

Michael Löwy

El marxismo en América Latina

(De 1909 a nuestros días)

Antología



Ediciones Era

ÍNDICE

*Introducción: PUNTOS DE REFERENCIA PARA UNA HISTORIA DEL
MARXISMO EN AMÉRICA LATINA*, 11
A propósito de esta antología, 60

1. LA INTRODUCCIÓN DEL MARXISMO EN AMÉRICA LATINA

Juan B. Justo, *El librecambio*, (1909), 65
Luis Emilio Recabarren, *Ricos y pobres*, (1910), 67

2. EL PERIODO REVOLUCIONARIO

I. DOCUMENTOS DEL COMINTERN LENINISTA (1921-23)

Sobre la revolución en América, (1921), 73
A los obreros y campesinos de América del sur, (1923), 79

II. EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

Luis Emilio Recabarren, *La revolución rusa y los trabajadores chilenos*,
(1923), 83
Aníbal Ponce, *La Revolución de Octubre y los intelectuales argentinos*,
(1926), 85

III. LOS PRIMEROS GRANDES MARXISTAS LATINOAMERICANOS

Julio Antonio Mella, *La guerra de clases en Cuba*, (1926), 88
Julio Antonio Mella, *El proletariado y la liberación nacional*, (1928), 94
José Carlos Mariátegui, *Prólogo a Tempestad en los Andes*, (1927), 96
José Carlos Mariátegui, *El problema indígena en América Latina*,
(1929), 102
José Carlos Mariátegui, *La revolución socialista latinoamericana*,
(1929), 106
José Carlos Mariátegui, *Punto de vista antimperialista*, (1929), 107

IV. LA REBELIÓN ROJA DE EL SALVADOR (1932)

Documentos del Partido Comunista de El Salvador, (1932) 114

Primera edición en francés: 1980
Título original: *Le marxisme en Amérique Latine*
© 1980, Librairie François Maspero. Paris
Traducción del francés: Oscar Barahona y Uxo Doyhamboure
Traducción del portugués: Eva Grosser
Primera edición en español: 1982
ISBN: 968-411-086-3
Derechos reservados en lengua española
© 1982, Ediciones Era, S. A.
Avena 102
Col. Granjas Esmeralda
Del. Iztapalapa
09810 México, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

V. LA INSURRECCIÓN DE 1935 EN BRASIL

Programa del Gobierno Popular Nacional Revolucionario, (1935), 121
Luis Carlos Prestes, *¡Todo el poder a la Alianza Nacional de Liberación!*, (1935), 125

3. LA HEGEMONÍA STALINISTA

I. EL FRENTE POPULAR EN AMÉRICA LATINA

El Frente Popular en Chile, (1938), 133
Una crítica de izquierda al Frente Popular Chileno, (1942), 138
Cuba: El Frente Popular con Batista, (1939), 141
Diego Rivera, *El problema indígena en México*, (1938), 144

II. EL PACTO GERMANO-SOVIÉTICO Y SUS REPERCUSIONES EN AMÉRICA LATINA

Ernesto Giudici, *Imperialismo y liberación nacional*, (1940), 152

III. EL BROWDERISMO Y LA POSGUERRA

Vicente Lombardo Toledano, *Por la industrialización de México*, (1944), 158
Vicente Lombardo Toledano, *El Partido Popular*, (1947), 161
Vittorio Codovilla, *Los comunistas argentinos y el peronismo*, (1945), 162
Partido Comunista Mexicano, *El pacto obrero-patronal*, (1945), 165
Bolivia: *Las tesis de Pulacayo*, (1946), 170

IV. LA GUERRA FRÍA

Partido Comunista Mexicano, *Por un Frente Nacional Democrático y Antimperialista*, (1951), 186
El antimperialismo en Brasil, (1952), 188
Manuel Agustín Aguirre, *El socialismo revolucionario en Ecuador*, (1952), 191
Guatemala: *La autocritica de los comunistas*, (1955), 195
Guatemala: *La posición de los trotskistas*, (1954), 206

V. DESPUÉS DEL XX CONGRESO

Partido Comunista del Brasil, *Por el desarrollo económico capitalista en Brasil*, (1958), 213
Sívlio Frondizi, *Tesis de la izquierda revolucionaria en Argentina*, (1959), 217

VI. LA HISTORIA ECONÓMICA MARXISTA

Sergio Bagú, *La economía colonial*, (1949), 226
Caio Prado Júnior, *La naturaleza económica de la colonización tropical*, (1951), 229
Marcelo Segall, *El desarrollo del capitalismo en Chile*, (1953), 232
Milciades Peña, *El desarrollo combinado de la economía colonial*, (1957), 234
Rodney Arismendi, *La economía feudal en América Latina*, (1962), 236

4. EL NUEVO PERIODO REVOLUCIONARIO

I. LA REVOLUCIÓN CUBANA

El Partido Socialista Popular y la revolución en Cuba, (1954), 243
Fidel Castro, *Revolución socialista y democrática en Cuba*, (1961), 250
Fidel Castro, *De Martí a Marx*, (1961), 251

II. EL CASTRISMO Y EL GUEVARISMO

Ernesto Che Guevara, *Guerra de guerrillas, un método*, (1963), 262
Ernesto Che Guevara, *Mensaje a la Tricontinental*, (1967), 271
Douglas Bravo, *La guerrilla en Venezuela*, (1964), 280
Camilo Torres, *Mensaje a los cristianos*, (1965), 281
La Declaración de la OLAS, (1967), 285
La guerrilla urbana de los Tupamaros, (1968), 297
Roque Dalton, *El Salvador, el istmo y la revolución*, (1969), 302
Declaración de principios del MIR, (1965), 308
El MIR y la Unidad Popular en Chile, (1973), 311
Miguel Enríquez, *Las causas de la derrota*, (1974), 317
La Junta de Coordinación Revolucionaria, (1974), 324
Carlos Fonseca Amador, *El Frente Sandinista en Nicaragua*, (1969), 332
Comunicado del Frente Sandinista de Nicaragua, (1978), 336
El programa sandinista para los campesinos de Nicaragua, (1979), 338
EGP de Guatemala, *La revolución y los indígenas*, (1979), 341
Coordinadora Revolucionaria de Masas de El Salvador, *Programa del Gobierno Democrático Revolucionario*, (1980), 344

III. SOCIALISMOS

Teodoro Petkoff, *Socialismo para Venezuela*, (1970), 348
Salvador Allende, *La vía chilena hacia el socialismo*, (1971), 351

IV. LOS PARTIDOS COMUNISTAS

- Rodney Arismendi, *Una revolución continental*, (1961), 355
José Revueltas, *Un proletariado sin cabeza*, (1962), 363
Vittorio Codovilla, *Historia del marxismo en América Latina*, (1964), 367
Luis Corvalán, *El Gobierno Popular*, (1970), 372
Jorge del Prado, *¿Revolución en el Perú?*, (1971), 375
Partido Comunista Mexicano, *Por el pluralismo socialista*, (1977), 379

V. EL MAOÍSMO

- Partido Comunista del Brasil, *La revolución nacional-democrática*, (1968), 382
Partido Comunista del Brasil, *La guerra popular*, (1969), 385
Partido Comunista (ML) de Colombia, *La guerra del pueblo*, (1965), 387

VI. EL TROTSKISMO

- Hugo Blanco, *¿Milicia o guerrilla?*, (1965), 391
Luis Vitale, *América Latina: ¿feudal o capitalista?*, (1966), 395
El POR boliviano y la guerrilla del Che, (1967), 402
Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, (1971), 408
Las tesis del PRT sobre la Revolución Mexicana, 415
XI Congreso de la IV Internacional, *Resolución sobre América Latina*, (1979), 420

INTRODUCCIÓN

PUNTOS DE REFERENCIA PARA UNA HISTORIA DEL MARXISMO EN AMÉRICA LATINA

Las siguientes observaciones procuran proporcionar algunos puntos de referencia para el estudio de la evolución del pensamiento marxista en América Latina, haciendo hincapié en el problema de la *naturaleza de la revolución*; no se trata, por supuesto, de resumir en treinta páginas la historia de cincuenta años de movimiento obrero en el continente.¹

En efecto, uno de los principales problemas que el marxismo latinoamericano tuvo que enfrentar fue el de la definición del carácter de la revolución en el continente. Esta definición era simultáneamente el resultado de cierto análisis de las formaciones sociales latinoamericanas y el punto de partida para la formulación de una estrategia y de una táctica política; en otros términos, el punto nodal de la reflexión científica y una mediación decisiva entre la teoría y la práctica. Toda una serie de cuestiones políticas claves —alianzas de clases, vía armada o pacífica, etapas de la lucha, etcétera— se relaciona íntimamente con esta problemática central: la naturaleza de la revolución.

A nuestro parecer, pueden distinguirse muy esquemáticamente tres periodos en la historia del marxismo latinoamericano: a) un periodo revolucionario de los años veinte a 1935, cuya expresión teórica más profunda es la obra de Mariátegui y cuya manifestación práctica más importante es la insurrección salvadoreña de 1932. Es el periodo en que los marxistas tienden a caracterizar la revolución latinoamericana como socialista y antimperialista simultáneamente; b) el periodo stalinista, de mediados de los años treinta a 1959, en que la interpretación soviética del marxismo es hegemónica y, por tanto, también la doctrina de Stalin sobre la revolución por etapas, que definía la etapa en América Latina como democrático-nacional; c) el nuevo periodo revolucionario, en que surgen (o se consolidan), después de la revolución cubana, corrientes radicales cuyos puntos de referencia comunes son la naturaleza socialista de la revolución y la necesidad de la lucha armada; corrientes cuyo inspirador y símbolo fue, en gran medida, el Che Guevara.

El problema de la naturaleza de la revolución está relacionado en último análisis con algunas cuestiones teóricas y metodológicas fundamentales, que

¹ Para una historia relativamente bien documentada del comunismo latinoamericano, véase el libro de Boris Goldenberg *Kommunismus in Lateinamerika*, Verlag Kohlhammer, Stuttgart, 1971; pese a sus defectos y a cierta tendencia anticomunista, es sin embargo muy superior a los libros equivalentes publicados en Estados Unidos, todos profundamente marcados por la guerra fría.

giran en torno a la pregunta "¿cómo aplicar el marxismo a la realidad latinoamericana?"

El marxismo en América Latina se vio amenazado por dos tentaciones opuestas: el exotismo indoamericano y el europeísmo.

El *exotismo* tiende a absolutizar la especificidad de América Latina, su cultura, su historia o su estructura social. Extremado hasta sus últimas consecuencias, este particularismo "indoamericano" acaba por enjuiciar al propio marxismo, como una doctrina demasiado exclusivamente europea. El ejemplo más significativo de este enfoque fue, por supuesto, el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana),² que, bajo la dirección de Haya de la Torre, trató primero de "adaptar" el marxismo a la realidad del continente, para más tarde "superarlo" en provecho de un populismo sui generis y ecléctico. Para Haya de la Torre, "el espacio-tiempo histórico indoamericano" se rige por leyes propias, muy distintas o las del "espacio-tiempo europeo" analizado por Marx, y exigen, por consiguiente, una nueva teoría, que niegue y continúe el marxismo.³

Pero la doctrina del APRA se sitúa esencialmente fuera del terreno del marxismo, y el exotismo nunca fue una corriente hegemónica en el pensamiento marxista en América Latina, aun si pudo influir en tal o cual autor o grupo político (por ejemplo, la llamada Izquierda Nacional en Argentina).

Fue sobre todo el *europeísmo* lo que causó estragos en el marxismo latinoamericano. Designamos por este término una concepción que se limita a trasplantar mecánicamente a América Latina los modelos de desarrollo económico y social de Europa en su evolución histórica hasta el siglo XIX. De cada aspecto de la realidad europea estudiada por Marx y Engels —la contradicción entre las fuerzas productivas capitalistas y las relaciones de producción feudales, el papel históricamente progresista de la burguesía, la revolución democrático-burguesa en contra del Estado absolutista feudal, etcétera, se trata de encontrar laboriosamente el equivalente latinoamericano, transformando así la teoría marxista en un verdadero lecho de Proceso, sobre el cual se "acorta" o se "alarga" de modo despiadado la rea-

² El APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) fue fundado en 1924 por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, exiliado en México. Ideológicamente ecléctico, se inspira sobre todo en el ejemplo de la revolución mexicana para elaborar una doctrina "indoamericanista" sui generis. Durante los años veinte, el APRA fue un movimiento de carácter continental, con secciones en varios países de América Latina, pero poco a poco se limita a las fronteras peruanas, donde se volverá un partido de masas. En su origen, el APRA reivindicaba el anticolonialismo, pero esta dimensión se matizará progresivamente hasta desaparecer del todo.

³ Según Haya de la Torre, "el aprismo formula una nueva interpretación del marxismo para Iberoamérica y transporta la concepción einsteiniana del espacio-tiempo en el ámbito histórico-social de este complejo conglomerado de regiones y de razas, de formas de producción y de cultura". En Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, ed. Limusa Wiley, México, 1964, p. 278.

lidad según las necesidades de la causa. Gracias a este enfoque, se clasifica la estructura agraria del continente como feudal, se supone que la burguesía local es progresista, si no revolucionaria, se considera al campesinado como reticente para con el socialismo colectivista, etcétera. En esta problemática, se niega implícita o explícitamente cualquier especificidad de América Latina, y el continente parece concebirse como una especie de Europa tropical, con un siglo de retraso y sometida al dominio del imperio norteamericano.

Esas dos tentaciones son rigurosamente opuestas y contradictorias, pero paradójicamente coinciden a nivel de una conclusión común: el socialismo no está a la orden del día en América Latina. Según Haya de la Torre,

antes de la revolución socialista que llevaría al poder al proletariado, nuestros pueblos deben pasar por periodos previos de transformación económica y política, y quizá por una revolución social que realice la emancipación nacional contra el yugo imperialista y la unificación económica y política indoamericana. La revolución proletaria llegará después.⁴

Al hablar de la especificidad de América Latina, los apristas (por ejemplo, Carlos Manuel Cox) critican a Mariátegui por no haber entendido la diferencia entre las sociedades industriales europeas y la sociedad indoamericana, esencialmente agraria, y de haber inventado así el mito de un proletariado latinoamericano de vocación revolucionaria.⁵

Ahora bien, la corriente europeísta (que se inspiraba en las obras de Stalin) desemboca precisamente en el mismo resultado: las condiciones económicas y sociales en América Latina no están maduras para una revolución socialista; se trata por el momento de realizar (como en Europa en los siglos XVIII y XIX) una etapa histórica democrática y antifeudal. Así, por ejemplo, Alexandro Martínez Cambero, un teórico del PC mexicano, escribía en 1945:

Las condiciones objetivas y subjetivas en las cuales nos hallamos no permiten la instauración inmediata del socialismo en México. ¿Acaso las fuerzas productivas han alcanzado, en nuestro país, un grado tal de desarrollo que vuelva *necesaria y también posible* la ruptura de las relaciones capitalistas de producción que existen actualmente? ¿Creemos que no! Objetivamente, las condiciones económicas, el modo de producción (en sus bases fundamentales y no sólo en centros industriales aislados) aún no es

⁴ Ibid., pp. 277-78.

⁵ Véase Carlos M. Cox, "Reflexiones sobre José Carlos Mariátegui", 1934, en *El marxismo latinoamericano de Mariátegui*, ed. Crisis, Buenos Aires, 1973, pp. 185-86: "Mariátegui pretendía que el proletariado, incipiente, por otra parte, en el Perú, como lo es en toda América Latina, acometiera la tarea que históricamente toca cumplir a la burguesía [...] Mariátegui hizo del proletariado su mito".

esencialmente capitalista.⁶

La aplicación creadora del marxismo a la realidad latinoamericana implica precisamente la superación de esas dos tendencias, la *Aufhebung* del dilema entre el particularismo vuelto hipótesis y el dogmatismo universalista, la unidad dialéctica entre lo específico y lo universal en un planteamiento concreto y riguroso. A nuestro parecer, no es una casualidad si la mayoría de los pensadores que comparten esta posición metodológica —desde Mariátegui hasta Gunder Frank, para citar dos ejemplos conocidos— llegan a la conclusión exactamente inversa: la revolución en América Latina será socialista o no será.

Una de las cuestiones que sirvió de punto de partida para un enjuiciamiento del modelo europeo fue la de las etapas históricas del desarrollo social en América Latina. En el análisis de la estructura de las relaciones de producción, una serie de investigadores marxistas de los años cuarenta y cincuenta, como Sergio Bagú, Marcelo Segall, Caio Prado Junior, se negaban a considerar las formaciones socioeconómicas latinoamericanas como una versión local del feudalismo europeo. Partiendo de esas investigaciones, Andre Gunder Frank, Luis Vitale y otros desarrollarán el análisis de la dimensión capitalista específica de la estructura productiva latinoamericana y de su combinación con formas precapitalistas, recalando que la evolución de las etapas socioeconómicas no fue en absoluto idéntica a la que la Europea del medievo experimentó hasta la era del capitalismo industrial. Al mostrar que la causa del subdesarrollo, de las desigualdades regionales, de la profunda miseria de los campesinos no es el feudalismo sino el carácter *particular* que revistió el capitalismo en América Latina (colonial y luego semicolonial o dependiente), estos autores criticarán la tesis de los europeístas acerca de la dimensión “antifeudal” del desarrollo del capitalismo en América Latina. De esta comprensión en términos marxistas de la especificidad latinoamericana deriva lógicamente, según ellos, que sólo medidas anticapitalistas, en el marco de un proceso revolucionario socialista, pueden resolver el problema agrario en el continente y abrir la vía a un desarrollo económico y social armonioso. Observamos cómo se articulan, en semejante interpretación, ciertos instrumentos conceptuales marxistas totalmente “clásicos” con el pleno reconocimiento del carácter único y *sui generis* de la economía y de la sociedad latinoamericanas.

Por otra parte, esta problemática está relacionada con el problema indígena. Se trata de descubrir la especificidad del campesinado latinoamericano con respecto al modelo europeo. De ahí el interés de un Mariátegui o de un Diego Rivera por el estudio de los modos de producción precolombinos, intentando encontrar ciertas tradiciones colectivistas que pudieran de-

terminar un comportamiento del campesinado indoamericano distinto al del pequeño campesino europeo descrito por Marx en el *18 Brumario*. De ahí también la preocupación de un Hugo Blanco o de un Ricardo Ramírez por analizar la doble naturaleza de la opresión a la cual está sometido el campesinado indígena y el carácter simultáneamente económico-social y étnico-cultural (o nacional) de su rebelión. Mientras la corriente “dogmática” sólo ve en la lucha del campesinado un combate democrático-burgués⁷ semejante al de los campesinos en la Gran Revolución francesa, el punto de vista concreto-dialéctico capta la especificidad del campesinado latinoamericano, que se desprende de sus tradiciones culturales y/o del carácter capitalista de su explotación, y descubre el potencial explosivo, revolucionario socialista, de las masas de trabajadores del campo (Salvador, 1932, Cuba, 1957-61, etcétera).

Otro debate significativo en ese contexto es el de la dependencia. ¿Acaso América Latina puede liberarse de la dominación imperialista y experimentar un desarrollo capitalista independiente, autónomo, semejante al de las naciones europeas que se unificaron y emanciparon del yugo extranjero en el siglo XIX (Italia, Alemania, etcétera)? La corriente representada por Mariátegui y que se desarrolla actualmente en la nueva ciencia social marxista, rechaza aquí también el modelo europeo: las burguesías latinoamericanas llegaron demasiado tarde al escenario de la historia. En el marco del modo de producción capitalista, están inevitablemente condenadas a la dependencia, a la sumisión al poder económico y político-militar del imperialismo. La única vía para acabar con la dominación “semicolonial” de la metrópoli norteamericana y la hegemonía de los monopolios multinacionales, el único camino para escapar al subdesarrollo exógeno, es la ruptura con el propio sistema capitalista, la vía del socialismo.

Resulta evidente que el desarrollo y la hegemonía de uno de esos dos enfoques en el marxismo latinoamericano, el europeísta o la dialéctica concreta (dejamos de lado el exotismo ecléctico, que tiende a escapar al marco del marxismo) depende no sólo del talento individual de cada pensador, sino también y sobre todo de las condiciones históricas de la situación del movimiento obrero en el mundo y en América Latina. De ese modo, el período de los años veinte, el del “primer comunismo”, antes de la dogmatización y del empobrecimiento llevados por el triunfo del stalinismo, fue particularmente favorable al enfoque “abierto”, así como la nueva era que se abre con la revolución cubana. Sin embargo, esto no impide la aparición de investigadores marxistas creadores y fecundos aun en el período más

⁷ Véase por ejemplo un texto maoísta brasileño que publicamos en esta antología, que declara en términos tajantes: “Postular el socialismo como tarea de la etapa actual de la revolución [...] significa negar el papel de los campesinos. En las actuales circunstancias en América Latina, el movimiento campesino, principal base de masas de la revolución, es esencialmente democrático”. *A linha revolucionária do Partido Comunista do Brasil*, ed. Caramuru, Río de Janeiro, 1971, p. 282.

⁶ A. M. Cambero, “Perspectivas del socialismo en México”, *La Voz de México*, 25 de noviembre de 1945, p. 7.

difícil (1935-59), ya sea al margen del movimiento comunista oficial, ya sea incluso en su seno.

El marxismo comienza a difundirse en América Latina hacia finales del siglo XIX, introducido por emigrantes alemanes, italianos o españoles. Surgen los primeros partidos obreros y los primeros pensadores que se valen del marxismo. También aparece una corriente socialista inspirada en la II Internacional, cuya ala moderada está representada por Juan B. Justo (1865-1928) y su Partido Socialista Argentino (fundado en 1895) y el ala revolucionaria por Luis Emilio Recabarren (1876-1924) y su Partido Socialista Obrero de Chile (fundado en 1912).

Juan B. Justo fue el primer traductor de *El Capital* al español (1895), pero debido a su pensamiento político tan ecléctico y semiliberal, sería muy difícil considerarlo como el primer marxista de América Latina. Su partido estaba ligado a la II Internacional, pero Germán Ave-Lallemant (1835-1910), marxista alemán inmigrado a Argentina y corresponsal de la *Neue Zeit*, consideraba a los círculos dirigentes del PS argentino como "ideólogos burgueses" o, en el mejor de los casos, como "turacianos".⁸

Con la aparición de la corriente comunista, se desarrollaron los primeros intentos significativos por analizar la realidad latinoamericana en términos marxistas y por establecer una orientación política revolucionaria. Los partidos comunistas surgen en los años veinte, a partir de dos orígenes distintos:

a) el ala izquierda, internacionalista, de ciertos partidos socialistas (Argentina 1918) o aun la mayoría de estos partidos (Uruguay 1920, Chile 1922), que se adhirió a la Revolución de Octubre.

b) la evolución hacia el bolchevismo de ciertos grupos anarquistas o anarcosindicalistas: México 1919, Brasil 1922.

La fuerza de estos partidos seguirá siendo durante mucho tiempo bastante limitada: el PC chileno, el más fuerte, no superaba en 1929 los cinco mil miembros.

Durante los primeros años, su orientación se inspirará en amplia medida en las resoluciones de la III Internacional, en particular el documento de enero de 1921 "Acercas de la revolución en América, llamado a la clase obrera de las dos Américas" y el de enero de 1923 "A los obreros y campesinos de América del Sur".⁹

⁸ Véase Germán Ave-Lallemant, "Kapitalismus und Sozialismus in Argentinien", *Die Neue Zeit*, año 23, vol. 2, Stuttgart, 1905, p. 454.

⁹ Véase en este libro los extractos de esos documentos que, después de los años treinta, cayeron en un "olvido" significativo. Aun un observador tan sagaz como Régis Debray los ignora, cuando escribe que el primer documento oficial de la Internacional Comunista dedicado a América Latina es una protesta en contra de

Estos textos atribuían claramente a la lucha revolucionaria en América Latina tareas simultáneamente agrarias, antimperialistas y anticapitalistas. La unidad entre el proletariado y el campesinado estaba concebida en el marco de una estrategia de revolución "ininterrumpida", capaz de hacer pasar a América Latina directamente del capitalismo subdesarrollado y dependiente ("atrasado y semicolonial" en la terminología de la III Internacional) a la dictadura del proletariado. Se niega explícitamente la idea de una etapa histórica de capitalismo independiente, "nacional y democrático", y se hace hincapié en la complicidad de las burguesías locales con el imperialismo. Observemos de paso que estos documentos nunca se refieren al "feudalismo" en el campo, y describen la lucha de los campesinos como dirigida contra el capitalismo agrario.

Para apoyar su demostración, estos documentos estudian el estancamiento de la revolución mexicana y lo comparan con la Revolución de Octubre, como ejemplo de transcurso de la revolución democrática en socialista.

La revolución rusa ejerció por supuesto una profunda influencia en el movimiento obrero y la inteligencia en América Latina.¹⁰

Luis Emilio Recabarren quizá sea el ejemplo más típico del viejo dirigente proletario que se adhirió, bajo la influencia de Octubre, al bolchevismo. Obrero tipógrafo, fundador del Partido Socialista Obrero de Chile, lo transforma en 1922 en Partido Comunista, sección chilena de la III Internacional. Los escritos y discursos de Recabarren, verdadero dirigente de masas y tribuno popular, tienen por eje central la lucha de clases irreconciliable entre los obreros de las minas y de las fábricas y los capitalistas, lucha cuyo desenlace histórico sólo puede ser la revolución socialista, el poder proletario. Sin embargo, su pensamiento conserva cierto matiz "obrerista", ya que subestima la cuestión nacional y la cuestión agraria. Su adhesión profunda y sincera a la revolución rusa no significa una aprobación real de la problemática leninista.

Julio Antonio Mella (1903-1929) es a su vez el primero y brillante ejemplo de una especie que se volverá a encontrar frecuentemente en la historia social de América Latina: el estudiante o joven intelectual revolucionario, el espíritu anticapitalista romántico que encuentra en el marxismo la respuesta a su pasión por la justicia social.¹¹

Fundador de la Liga Anticlerical de Cuba (1922), de la Federación de los Estudiantes Universitarios (1923), de la sección cubana de la Liga

la invasión norteamericana a Nicaragua en la época de Sandino. Cf. R. Debray, *La crítica de las armas*, ed. Siglo XXI, México, 1975, t. 1, p. 41.

¹⁰ Acerca de la influencia de 1917 en los intelectuales. véase en este libro el texto de Aníbal Ponce, sociólogo marxista argentino.

¹¹ Su arquetipo es el personaje legendario del "Estudiante" en *El recurso del método* del gran escritor cubano Alejo Carpentier.

Antimperialista de las Américas (1925), Julio Antonio Mella participa en la constitución del Partido Comunista Cubano (1925) y es elegido miembro del Comité Central. Debido a su actividad contra el dictador Machado ("el asno con garras" según la célebre expresión del poeta comunista Rubén Martínez Villena), Mella es detenido y obligado a exiliarse en México. Se adhiere al PC mexicano pero en 1928 tiene dificultades con su dirección que lo acusa de tendencias "trotskistas".¹²

Mella organiza a los emigrados cubanos en México y prepara una expedición armada para desembarcar en la isla, pero el 10 de enero de 1929 es asesinado, a los 26 años, por agentes de Machado.¹³

¿Cómo enfocaba Mella la lucha revolucionaria en Cuba? Con el grito de guerra *¡Delenda est Wall Street!*, llama a la formación de un frente unido antimperialista, compuesto de "obreros de todos los matices, campesinos, estudiantes, intelectuales libres"; se niega a incluir a la burguesía nacional, que considera como cómplice de la dominación imperialista.¹⁴ Exhorta a los soldados cubanos a ya no defender "a los explotadores, los burgueses nativos y extranjeros" y a unirse a sus hermanos de clase, los obreros y los campesinos.

Mella entiende la lucha contra la dictadura de Machado como un combate a muerte entre el proletariado y las clases dominantes: "Ya no hay patria. Sólo hay clases enemigas. La guerra (clasista) ha estallado, brutal, violenta, sanguinaria [...]".¹⁵

El problema del nacionalismo y de la liberación nacional ocupa un lugar central en la obra de Mella. Apoya con entusiasmo el movimiento de Sandino que lucha a la cabeza de su ejército de guerrilla campesina contra la invasión norteamericana en Nicaragua. En cambio, critica muy duramente el nacionalismo "populista" del APRA de Haya de la Torre, que pretendía ser "el Kuomintang de América Latina". En un folleto contra el APRA, publicado en 1928, Mella rechaza "el frente único en favor de la burguesía, traidora clásica de todos los movimientos nacionales de verdadera emancipación" y recalca que

la lucha definitiva por la destrucción del imperialismo [...] no es sólo la lucha pequeñoburguesa nacional, sino la proletaria internacional, ya

¹² Véase *Claridad*, Boletín de la oposición de izquierda, México, n. 5, marzo de 1931.

¹³ La tesis desarrollada por Julián Gorkín, Víctor Alba y otros, según la cual Mella habría sido ejecutado por un agente de la GPU (Vittorio Vidali), nos parece ser muestra de la mitología anticomunista.

¹⁴ Cf. Julio Antonio Mella, "Cuba: un pueblo que jamás ha sido libre", en *J. A. Mella, documentos y artículos*, ed. de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975.

¹⁵ Este artículo se refiere al asesinato de obreros por Machado; véase los extractos más largos incluidos aquí.

que sólo venciendo a la causa del imperialismo, el capitalismo, podrán existir naciones verdaderamente libres.¹⁶

Estas concepciones se sitúan —basta compararlas para verificarlo— en el mismo terreno político que los textos del Comintern de 1921-1923 y emiten la misma estrategia de fusión, "choque de frente" o combinación de las dimensiones antimperialistas y anticapitalistas de la revolución latinoamericana.

Internacionalista convencido y militante, Mella está al mismo tiempo profundamente inserto en la cultura y las tradiciones revolucionarias cubanas: como los castristas más tarde, se considera un discípulo de José Martí¹⁷ y heredero de su mensaje democrático, revolucionario y antimperialista.¹⁸

Esta síntesis dialéctica entre lo universal y lo particular, lo internacional y lo latinoamericano se vuelve a encontrar aún más nítidamente en el que sin duda es el pensador más vigoroso y más original de América Latina: José Carlos Mariátegui (1894-1930). Escritor y periodista, Mariátegui se vuelve socialista en 1918 y descubre el marxismo y el comunismo durante una larga estancia en Europa (1920-23), sobre todo en Italia. Al regresar al Perú, se integra al movimiento obrero y participa activamente en la constitución de sindicatos obreros y campesinos. En 1926 funda la revista *Amauta*, en torno a la cual se agrupa la vanguardia cultural y política peruana y latinoamericana, y que publica también numerosos textos literarios y políticos europeos (Breton, Gorki, Lenin, Marx, Rosa Luxemburgo, Romain Rolland, Ernst Toller, Leon Trotsky, etcétera). En 1927 Mariátegui participa en el congreso de la Federación Obrera de Lima; pocos meses después, el gobierno del dictador Leguía inventa un oscuro "complot comunista" y encarcela durante un corto periodo a Mariátegui y a varios de sus compañeros.

Tras haber participado durante algún tiempo en las actividades del APRA (1927), Mariátegui rompe con Haya de la Torre y funda en 1928 el Partido Socialista, que se declara acorde con la III Internacional, y redacta su programa. Rechaza la propuesta de Haya de transformar el APRA en partido político unificado, y subraya de manera clara y tajante:

la vanguardia del proletariado y los trabajadores conscientes, fieles a su acción dentro del terreno de la lucha de clases, repudian toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas u organismos políticos de las otras clases. Condenamos como oportunista toda política que plantee la renun-

¹⁶ J. A. Mella, "Qué es el ARPA?", en op. cit., pp. 380-403.

¹⁷ José Martí (1853-1895), poeta y revolucionario, fue el principal dirigente de la lucha de liberación de Cuba contra la metrópoli española (y las veleidades norteamericanas) en el siglo XIX. Su ideología "jacobina" se acercaba al socialismo.

¹⁸ J. A. Mella, "Glosas al pensamiento de José Martí", en op. cit., pp. 267-74.

cia momentánea del proletariado a su independencia de programa y acción, la que en todo momento debe mantener íntegramente. Por eso repudiamos la tendencia del APRA.¹⁹

Mariátegui fue también el fundador del periódico obrero *Labor* en 1928 y de la CGTP (Confederación General de los Trabajadores Peruanos) en 1929. Simultáneamente a su actividad de militante socialista, Mariátegui desarrolla su obra teórica: en 1928 publica su libro más importante, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, que constituye la primera tentativa de análisis marxista de una formación social concreta en América Latina.

Al no poder participar, debido a su enfermedad, en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, 1929), Mariátegui envía con la delegación peruana dos tesis acerca de la cuestión indígena y de la lucha antimperialista, que provocan intensos debates y polémicas. Por último, en 1928-29, escribe, contra Henri de Man y Max Eastman, *Defensa del marxismo*, que desarrolla sus concepciones filosóficas y ético-sociales. Mariátegui no toma partido en el conflicto entre Stalin y la oposición de izquierda, pero sus artículos a este respecto apenas si ocultan su pesar frente a la derrota de Trotsky:

Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa.²⁰

Mariátegui fue acusado por sus adversarios apristas de "europeísmo" y, por el contrario, de "nacional-populismo" indoamericano por ciertos auto-

¹⁹ José Carlos Mariátegui, "Sobre un tópico superado", *Amauta*, n. 28, enero de 1930, en *Ideología y política*, ed. Amauta, Lima, 1971, p. 211. Poco después de la ruptura con Haya, Mariátegui escribía a Eudocio Ravines "Cualquiera que sea el sesgo que siga la política nacional, y en particular la acción de los elementos con que hasta ayer habíamos colaborado identificados en apariencia —hemos descubierto ahora que era en apariencia— los intelectuales que nos hemos entregado al socialismo, tenemos la obligación de reivindicar el derecho de la clase obrera a organizarse en un partido autónomo". Carta publicada en R. Martínez de la Torre, *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú*, ed. Peruana, Lima, 1948, t. II, p. 335; agradecemos al historiador peruano Héctor Milla haber llamado nuestra atención sobre este documento.

²⁰ J. C. Mariátegui, "Trotsky y la oposición comunista", febrero de 1928, en *Obra política*, ed. Era, México, 1979, pp. 218-19. Según Pierre Naville (en conversación con nosotros, en 1971) existió una correspondencia entre la oposición de izquierda europea y Mariátegui.

res soviéticos.²¹

En realidad, su pensamiento se caracteriza precisamente por la fusión entre la herencia cultural europea más avanzada y las tradiciones milenarias de la comunidad indígena y por el intento de asimilar, en un marco teórico marxista, la experiencia social de las masas campesinas.

Mariátegui también fue considerado a menudo como "heterodoxo", "idealista" o "romántico". Es verdad que sus obras —en particular *Defensa del marxismo*— evidencian una profunda influencia del idealismo italiano (Croce, Gentile), de Bergson, y sobre todo de Sorel. Sin embargo hay que entender ese voluntarismo ético-social de Mariátegui como una reacción contra la versión economicista y materialista vulgar del marxismo. En este sentido, el pensamiento marxista de Mariátegui presenta parecidos notables con el "fichteanismo" del joven Lukács y el "bergsonismo" del joven Gramsci, también formas de revuelta antipositivista (contra el "marxismo ortodoxo" de la II Internacional).²² Este intento de renovación revolucionaria del marxismo, pese a sus excesos idealistas, permite a Mariátegui librarse del evolucionismo neokautskyano, con su versión rígida y determinista de la sucesión de las etapas históricas, que el Comintern empezaba a difundir en América Latina. Resulta interesante recalcar que en el momento mismo en que Stalin y Martínov desarrollaban para China la concepción de una revolución democrático-burguesa como etapa autónoma, Mariátegui hacía explícitamente hincapié en la fusión histórica en Perú entre el socialismo y las tareas democráticas:

Las mentes insuficientemente profundas y críticas pueden pensar que la eliminación del feudalismo es una medida liberal-burguesa típica y que el deseo de otorgar a este proceso un carácter socialista es una adulteración romántica de las leyes históricas objetivas. A ese criterio vulgar se limitan los teóricos baratos que oponen al socialismo su único argumento: que el capitalismo aún no ha agotado sus posibilidades en el Perú. ¿Cuál no será el asombro de los partidarios de esta idea cuando sepan que entre las tareas del socialismo, cuando llegue al poder en el país, figura la de realizar el capitalismo, o más bien, las posibilidades históricas que aún contiene el capitalismo?...²³

²¹ Véase por ejemplo V. M. Miroshevski, "El 'populismo' en el Perú. Papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social latinoamericano", en *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, ed. Pasado y Presente, México, 1978, pp. 55-70.

²² Acerca de la afinidad entre Mariátegui y Gramsci o Lukács, véase el excelente artículo de Robert Paris, "El marxismo de Mariátegui", en *ibid.* Paris compara por ejemplo la fórmula "tanto peor para la realidad", que Mariátegui atribuye a Lenin, con la cita de Fichte, "Tanto peor para los hechos", que Lukács considera en 1919 como la esencia de la política revolucionaria de los bolcheviques.

²³ J. C. Mariátegui, prefacio a L. E. Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, Lima, 1927, p. 14.

El método de Mariátegui, su interpretación de la dialéctica materialista, desempeñó un papel fundamental, pues, en su rechazo del *etapismo* (menchevique y/o stalinista) y que analizaba el desarrollo histórico como regido por "leyes naturales", y para el cual la sucesión feudalismo-capitalismo atrasado-capitalismo avanzado-socialismo era tan invariable como la de las estaciones en el año...

La hipótesis político-social decisiva de Mariátegui es que "no existe en el Perú, como nunca ha existido, una burguesía progresista, con una sensibilidad nacional, que se proclame liberal y democrática y que inspire su política en los postulados de su doctrina".²⁴

Ahora bien, el dirigente comunista peruano no podía ignorar la contradicción entre esta afirmación y la orientación preconizada por el Comintern en China en esta época; trata de salirse del apuro invocando hipotéticas razones de "civilización nacional" que explican por qué la burguesía china, al contrario de la peruana, participa en la lucha antimperialista.²⁵

Es a partir de su análisis de la burguesía indígena que Mariátegui desarrolla, en el preámbulo del programa del Partido Socialista (1928), su concepción de la estrategia revolucionaria en el Perú:

La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha antimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir.²⁶

Más allá del Perú, Mariátegui abarca a toda América Latina en su análisis: la revolución latinoamericana sólo podrá ser una revolución socialista, que incluya objetivos agrarios y antimperialistas; en el continente sometido a la dominación de los imperios, ya no hay lugar para un capitalismo independiente: la burguesía local llegó demasiado tarde al escenario de la historia.²⁷

En ciertos escritos sobre el Perú, Mariátegui parece sugerir que la vía socialista, en particular en el campo, puede seguirse gracias a las supervivencias del "comunismo inca"; esta idea es en particular uno de los ejes de su comunicación sobre el problema indígena en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Más que en el populismo, hay que pensar aquí en los escritos de Marx y Engels sobre el "mir" ruso y su papel en el paso

²⁴ J. C. Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed. Era, México, 1979.

²⁵ J. C. Mariátegui, "Carta colectiva del grupo de Lima", en *El proletariado y su organización*, ed. Grijalbo, México, 1970, p. 11.

²⁶ J. C. Mariátegui, "Principios programáticos del Partido Socialista", en *Obra política*, cit., p. 270.

²⁷ Véase en este libro p. 106.

de la Rusia zarista al socialismo. ¿Acaso podemos hablar de un romanticismo anticapitalista en Mariátegui, de una crítica de la civilización burguesa en nombre de una nostalgia de las comunidades precapitalistas del pasado como en Bergson y Sorel (y también en Luckács y Gramsci, antes de su adhesión al marxismo)? Hay que abstenerse de simplificar su pensamiento complejo y matizado: su visión idílica del pasado está sin embargo limitada por el marco riguroso de la problemática materialista-histórica; en el programa del Partido Socialista, Mariátegui se esfuerza por precisar claramente:

El socialismo encuentra lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una solución socialista de la cuestión agraria [...] Pero esto [...] no significa en lo absoluto una romántica y antihistórica tendencia de reconstrucción o resurrección del socialismo incaico, que correspondió a condiciones históricas completamente superadas, y del cual sólo quedan, como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socialismo de los campesinos indígenas.²⁸

Paralelamente a unos cuadros y pensadores auténticamente revolucionarios e internacionalistas, pero al mismo tiempo capaces de una reflexión autónoma, como Mella y Mariátegui, el comunismo latinoamericano de fines de los años veinte empieza a ver surgir también otro tipo de dirigentes; mucho más estrechamente vinculados, desde el punto de vista intelectual y político, al aparato del Comintern dirigido por Stalin, cuyas etapas reproducen con una fidelidad ejemplar. El primer representante y uno de los más talentosos en esta categoría es Vittorio Codovilla (1894-1970), secretario general del PC argentino. Nacido en Italia, Codovilla llega a Argentina en 1912 y se adhiere poco después al Partido Socialista. En 1918, es uno de los fundadores del Partido Socialista Internacional, que se transforma poco después en el Partido Comunista Argentino, sección de la Tercera Internacional. A finales de 1924, Codovilla participa, en calidad de delegado del PCA, en la reunión del comité ejecutivo ampliado de la IC. Rápidamente integrado al aparato del Comintern, hace adoptar en 1926 una resolución en el CC del PC argentino que condena al trotskismo y se solidariza con la dirección del PCUS.

En 1929, Codovilla participa en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, en Buenos Aires. Es el inicio del llamado "Tercer Período" del Comintern (1929-1933), caracterizado por una línea ofensiva y por el rechazo de cualquier acuerdo con la social-democracia (bautizada "social-fascismo" por Stalin). Codovilla presenta, en nombre del Secretariado Su-

²⁸ J. C. Mariátegui, "Principios programáticos del Partido Socialista", en *Obra política*, cit., p. 270.

americano de la Internacional Comunista, un informe acerca de "La situación internacional, América Latina y los peligros de guerra". Este informe es muy significativo: por una parte, haciendo eco fiel a la doctrina stalinista del "social-fascismo", Codovilla elabora el concepto de "nacional-fascismo" que aplica a diferentes gobiernos latinoamericanos, incluso el de México (el PC mexicano volverá a utilizar el término en los inicios de los años treinta para criticar a Lázaro Cárdenas); por otra parte, en pleno viraje hacia una ofensiva revolucionaria, recalca que "el carácter de la revolución en América Latina es el de una revolución democrático-burguesa". En otros términos: Codovilla había entendido perfectamente que la revolución por etapas, era en adelante el fundamento inquebrantable de la estrategia del Comintern para América Latina, independientemente de los virajes tácticos a derecha o izquierda.²⁹

Ciertos partidos como el argentino seguían la orientación del "tercer periodo" del Comintern en toda su ortodoxia rígida y estéril (lucha contra el "nacional-fascismo", etcétera) y otros veían en esa corriente de izquierda un estimulante a su propia tendencia revolucionaria autónoma. Es el caso, en particular, del Partido Comunista del Salvador, fundado en 1930 por cuadros sindicales y un ex-estudiante, Agustín Farabundo Martí (1893-1932), que organizó en 1932 la única insurrección de masas dirigida por un partido comunista en toda la historia de América Latina.

La situación social del Salvador, entonces sometido a la dictadura militar del general Martínez, puede perfectamente resumirse por estas frases de un informe enviado en 1931 por el mayor norteamericano A. R. Harris, encargado de asuntos militares centroamericanos en El Salvador:

Treinta o cuarenta familias poseen casi todo el país. Viven en un lujo regio con mucha servidumbre [...] El resto de la población casi no posee nada [...] Supongo que la situación del Salvador hoy día se parece mucho a la de Francia, de Rusia o de México antes de sus revoluciones. La situación está madura para el comunismo y parece que los comunistas lo descubrieron.³⁰

Frente a la represión gubernamental contra la prensa y la propaganda comunista, Farabundo Martí (que había combatido en 1929 en la guerrilla de Sandino) declara: "Cuando ya no se puede escribir con la pluma, hay que escribir con la espada". El partido comunista, que dirige los primeros sindicatos obreros y campesinos, decide preparar una insurrección, basán-

²⁹ Cf. *El movimiento revolucionario latinoamericano, versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana*, junio de 1929, editado por la Correspondencia Sudamericana, Buenos Aires, pp. 19-27.

³⁰ Citado por Thomas P. Anderson, *Matanza, El Salvador's Communist Revolt of 1932*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1971, p. 83.

dose sobre todo en el trabajo revolucionario en las filas del ejército, en la agravación del conflicto entre los soldados campesinos (e indígenas) y los oficiales, hijos de la oligarquía (y blancos).

Sin embargo, el gobierno, informado de los preparativos comunistas, desata una represión preventiva, detiene a algunos de los principales dirigentes del PC salvadoreño (Farabundo Martí, Alfonso Luna, Mario Zapata, Miguel Mármol) y fusila a los soldados sospechosos de simpatías comunistas. En respuesta, una insurrección campesina, animada y dirigida por los comunistas, estalla en enero de 1932, sobre todo en la región de las grandes plantaciones de café. Los destacamentos rojos de campesinos indígenas, armados con unos cuantos fusiles y sobre todo con machetes, ocuparon durante algunos días cierto número de aldeas, donde instauraron efímeros "soviets locales". Parece que más de cuarenta mil combatientes participaron en el levantamiento.³¹

¿Cuál era el programa político del movimiento? Una serie de documentos y llamamientos del PC del Salvador muestran claramente que el objetivo no era nada menos que una revolución socialista, un poder de consejos de obreros, soldados y campesinos que buscaba "la destrucción implacable de la burguesía nacional y del imperialismo".

En realidad, no existía una verdadera coordinación política y militar central de la insurrección y, como las bases rojas del ejército habían sido previamente destruidas, éste pudo (con la ayuda de las "guardias civiles" de la oligarquía) aplastar una tras otra las sublevaciones locales. Lo que ocurrió después pasó a la historia del Salvador con el nombre de "Matanza": durante semanas, el ejército mató, fusiló y quemó las aldeas campesinas, ejecutando a unos veinte mil hombres, mujeres y niños en las regiones "rojas". Tras un simulacro de proceso, Farabundo Martí, Luna y Zapata también fueron fusilados; el único superviviente de la dirección del partido fue el dirigente obrero Miguel Mármol (dejado por muerto por el pelotón de ejecución).

¿Cuál fue la relación del Comintern con este episodio, sin precedente (¡y sin porvenir!) en la historia de los partidos comunistas latinoamericanos? Según Mármol (en sus recuerdos de 1970), la Internacional no desempeñó ningún papel en la decisión de la acción, que la dirección del PCS tomó con toda independencia.³² La reacción de los representantes oficiales del movimiento comunista después de los acontecimientos tiende a confirmarlo: al mismo tiempo que saludaba "la lucha heroica de los obreros y campesinos del Salvador", el órgano del PC norteamericano criticaba "las tendencias

³¹ Véase en este libro los documentos de la insurrección de 1932, pp. 114-20.

³² Roque Dalton, "Miguel Mármol: El Salvador 1930-32", *Pensamiento Crítico*, n. 48, enero de 1971, La Habana, p. 70. Según un historiador universitario de la rebelión de 1932, Farabundo Martí tenía tendencias trotskistas y estaba en malos términos con Moscú. Cf. T. P. Anderson, op. cit., p. 68.

putschistas y sectarias de izquierda" del PCS,³³ en tanto que David Alfaro Siqueiros, dirigente del PC mexicano, recalca que la sublevación había sido un error, ya que de todos modos el imperialismo norteamericano hubiera intervenido directamente para impedir una victoria "roja".³⁴ La autocrítica de Mármol, cuarenta años más tarde, se sitúa en una problemática muy diferente:

Nuestros errores fueron de derecha y no de izquierda. Nuestros errores fueron por una parte la vacilación en la aplicación de una línea que era fundamentalmente correcta, lo cual no permitió aprovechar la oportunidad adecuada, la sorpresa, el mantenimiento de la iniciativa, etcétera. Nuestros errores también fueron el gran desprecio por los medios materiales de la insurrección: armas, transportes, medios económicos, comunicaciones, etcétera.³⁵

Por lo tanto, se puede concluir que la rebelión de 1932 constituye un acontecimiento muy particular en la historia del comunismo latinoamericano, por su empleo de la lucha armada de carácter de masas, por su programa abiertamente socialista y por su autonomía con respecto al Comintern. El hecho de que este episodio haya sido después más o menos "olvidado" o despreciado por el movimiento comunista oficial es evidentemente la consecuencia de esas particularidades, que contradecían cada vez más la nueva orientación de los partidos comunistas. Sólo será redescubierto y "rehabilitado" por el castrismo en los años setenta.³⁶

El otro intento (y el último) de sublevación armada bajo dirección comunista en América Latina fue la rebelión roja de 1935 en Brasil. Sin embargo, por su estilo y su carácter, se distingue radicalmente de la del Salvador: 1] no se trata de una verdadera insurrección popular, con masas armadas, sino en lo esencial de una rebelión militar fracasada; 2] el programa del movimiento no era socialista sino solamente nacional-democrático; 3] la acción de 1935, al contrario de la del Salvador, fue minuciosamente discutida, decidida y planificada por el Comintern.

³³ Citado por T. P. Anderson, op. cit., p. 146.

³⁴ Testimonio de Mármol en R. Dalton, art. cit., p. 72.

³⁵ Ibid., p. 69.

³⁶ Roque Dalton, comunista salvadoreño exiliado en Cuba, publicó su entrevista con Mármol en la revista cubana *Pensamiento Crítico*. La obra de Graciela A. García (del PC guatemalteco), dedicada a las "luchas revolucionarias en América Central" puede ser un ejemplo de la actitud actual del comunismo oficial hacia la rebelión de 1932. Este libro sólo menciona de paso la sublevación del Salvador, en el transcurso de una frase: "los acontecimientos trágicos de 1932, planeados por el dictador Martínez para destruir de una vez por todas el movimiento sindical [...]". Graciela A. García, *Páginas de lucha revolucionaria en Centroamérica*, ed. Linterna, México, 1971, p. 101.

Parece que desde diciembre de 1934, con motivo de un encuentro de los partidos comunistas latinoamericanos en Moscú, se tomó la decisión de desatar en Brasil un movimiento insurreccional dirigido por un frente popular antimperialista. Cierta número de delegados del Comintern fueron mandados a Brasil para aconsejar al partido comunista, entre los cuales "Harry Berger" (seudónimo del dirigente y ex diputado comunista alemán Artur Ewert) y Rodolfo Ghioldi del PC argentino.³⁷ En el VII congreso del Comintern (julio de 1935) varios oradores abordaron el problema de Brasil. El propio Dimitrov habla abiertamente de lucha por el poder, y el delegado brasileño da a entender que una insurrección se prepara.³⁸

El hombre designado para dirigir el movimiento era Luis Carlos Prestes, personaje legendario en Brasil; como capitán del ejército, había participado en 1924 en una sublevación militar de jóvenes oficiales contra el gobierno de la oligarquía de los plantadores de café que dominaba Brasil desde finales del siglo XIX. Ante el fracaso del movimiento en las grandes ciudades, forma una columna de varios miles de soldados y oficiales sublevados, que se retira hacia el interior de Brasil; durante tres años, recorrerá el país de norte a sur y de este a oeste, escapando con éxito a los intentos de cerco de las tropas gubernamentales. La columna tomará el nombre de "Coluna Prestes" y su jefe se volverá un héroe popular apodado "El Caballero de la Esperanza". En 1926, los últimos supervivientes de la columna tienen que refugiarse en Bolivia y Prestes se exilia en la Argentina. La sublevación de 1924 era un episodio de un amplio movimiento de impugnación de los jóvenes oficiales, sobre todo de los tenientes, en portugués *tenentes* —de ahí el nombre de *tenentismo*—, que había empezado en 1922 con una revuelta en el Fuerte de Copacabana en Río y que prosiguió hasta 1930. El programa y la ideología del *tenentismo* eran muy vagos y confusos: contra la oligarquía agraria, por la democracia, el progreso, la independencia nacional, etcétera. Hacia 1930, el movimiento estalla: mientras la derecha se une al político burgués Getulio Vargas para desatar la llamada "Revolución de 1930", Prestes se radicaliza y, después de un breve intermedio pro-trotskista³⁹ se acerca al PC brasileño. En 1931, regresa a Brasil, toma la dirección del partido comunista y organiza el movimiento insurrec-

³⁷ Heinz Neumann, otro dirigente del PC alemán, más o menos "en desgracia" en 1935, también había sido propuesto para esta tarea peligrosa, debido a su experiencia como organizador de la insurrección de Cantón en 1927; finalmente no fue enviado y desapareció en la URSS, víctima de los procesos de Moscú. Cf. Margarete Buber-Neumann, *La révolution mondiale*, ed. Castermann, París, 1971, cap. XXX.

³⁸ Véase Helio Silva, 1935, *A revolta vermelha*, ed. Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1970, pp. 117, 286-87.

³⁹ En un artículo autobiográfico de 1973, Prestes reconoce la influencia que tuvieron los trotskistas en su pensamiento y recalca que su manifiesto de julio de 1930 contenía opiniones "típicamente trotskistas". Cf. Luis Carlos Prestes, "Comment je suis venu au Parti", *Nouvelle Revue Internationale*, n. 174, 2/1973, p. 223.

cional.

Antes del regreso de Prestes, los comunistas y el ala izquierda del *tenentismo* crean la ANL, *Aliança Nacional Libertadora*, y eligen al "Caballero de la Esperanza" como presidente de honor. La ANL se desarrolla bastante rápidamente y obtiene éxitos considerables. Los dirigentes oficiales son oficiales *tenentistas* de izquierda (ex miembros de la *Coluna Prestes*), pero los animadores reales son los cuadros comunistas. Hacia mayo de 1935, había mil seiscientas ramas de la ANL, cuyo enemigo directo era el Partido Integralista, versión brasileña del fascismo (combates callejeros opusieron frecuentemente a ambos bandos, sobre todo en São Paulo). El programa de la ANL era bastante moderado: reformas nacionales y democráticas compatibles con una estrategia de frente popular. El método de lucha escogido —la insurrección armada— era lo que distinguía a la ANL de un Frente Popular.

El 5 de julio de 1935 Prestes, de regreso al Brasil, pronuncia un discurso memorable, en el cual acusa a Vargas y al gobierno de haber traicionado los ideales del movimiento *tenentista* y las promesas de 1930, y lanza la consigna "¡Todo el poder a la ANL!". Vargas pone inmediatamente fuera de la ley a la Alianza Nacional Libertadora y los preparativos para la sublevación se intensifican. En noviembre de 1935, la rebelión militar estalla por fin, comenzando por el norte del país: en las ciudades de Natal y de Recife, varios batallones se sublevan, dirigidos por sus suboficiales. En Natal logran incluso tomar el poder en la ciudad e instaurar un Gobierno Popular Revolucionario de la provincia. Después de algunos días, las fuerzas gubernamentales, reforzadas por tropas llegadas del sur, aplastan la rebelión. Tres semanas más tarde, otras fuerzas se sublevan en la capital del país, Río de Janeiro: el Tercer Regimiento de Infantería, bajo la dirección del capitán Agildo Barata, y la Escuela de Aviación Militar. Otros regimientos que supuestamente se iban a sublevar no lo hicieron y por consiguiente el movimiento abortó, tras algunas horas de lucha encarnizada.

Aparentemente, los dirigentes del PC brasileño contaban con el apoyo de la "burguesía progresista" (en particular el gobernador del estado de Río de Janeiro); ahora bien, como lo reconoce un historiador simpatizante de los comunistas, Abguar Bastos, "la burguesía progresista —industria, comercio, intelectuales— comprometida con el movimiento, no dio un solo paso para unirse a la revolución [...] Después de las sublevaciones [...] toda la burguesía se unió en torno a Vargas para acabar con el 'comunismo'".⁴⁰

En realidad, la acción fue enteramente concebida como un movimiento militar; no hubo (con excepción un poco del norte) verdadera movilización y armamento de las masas obreras y campesinas. Su fracaso fue seguido

⁴⁰ Abguar Bastos, *Prestes et a revolução social*, ed. Calvino, Río de Janeiro, 1946, p. 323.

de una inmensa ola represiva, con miles de ejecuciones, torturas en masa, decenas de miles de prisioneros políticos. El propio Prestes fue detenido y encarcelado durante diez años; su esposa, comunista de origen alemán, fue entregada a la Gestapo. Artur Ewert perdió la razón debido a las torturas de la policía brasileña.

La acción de 1935 fue el producto de un periodo de *transición*: su programa es frente-populista, pero su método insurreccional correspondía más bien a las tendencias del "Tercer Periodo". El carácter casi totalmente militar (y no popular) de la rebelión deriva de dos factores:

1] el origen *tenentista* de Prestes y de los dirigentes de la ANL, acostumbrados a las conspiraciones y a las sublevaciones militares;

2] sobre todo, la propia naturaleza del programa de la ANL, que no exigía que se armara a las masas; puesto que la revolución se definía como democrático-nacional, resultaba normal contar con la burguesía llamada progresista y el ala nacionalista (burguesa) del ejército.

En este sentido, la rebelión brasileña de 1935 es simultáneamente la última sublevación revolucionaria animada por un partido comunista en América Latina y el primer paso hacia la política de alianza de clase que orientará al movimiento comunista durante la mayor parte de su historia desde los años treinta.

Después de la muerte de Mella y de Mariátegui empieza en América Latina un proceso de empobrecimiento del pensamiento marxista que durará decenas de años. Una excepción de los años treinta es el sociólogo argentino Aníbal Ponce (1898-1938). Discípulo, amigo y colaborador del célebre pensador (próximo al positivismo) José Ingenieros, Ponce no será marxista sino a partir de 1928, cuando declara durante una conferencia clamorosa que los ideales de la revolución rusa eran los mismos que los de la Revolución de Mayo (la revolución "jacobina" de mayo de 1810 que proclamó la independencia de Argentina del poder colonial español) "en su significado integral". Simpatizante del partido comunista, preside en 1933 el Congreso Latinoamericano contra la Guerra Imperialista (Montevideo), pero no desempeña un papel político significativo en el movimiento obrero argentino.

Ponce es autor de varias obras de historia y de sociología, de las cuales las más conocidas son *Educación y lucha de clases* (1937) y *Humanismo burgués y humanismo proletario* (1935). Estos escritos —y en particular el segundo— revelan no sólo una cultura universal, sino también un dominio real del materialismo histórico. En cambio, las escasas obras de Aníbal Ponce sobre América Latina parecen ajenas a cualquier problemática marxista. Su biografía del gran escritor y caudillo argentino del siglo XIX, Sarmiento, es muy apologético y sobre todo no contiene ningún análisis en

términos de clases del personaje y de su papel político.⁴¹ Si comparamos a Ponce con Mariátegui, hay que reconocer que sus escritos sociológicos de carácter general se sitúan en un nivel equivalente a los notables trabajos del marxista peruano, mientras que sus obras sobre América Latina son mucho menos interesantes que las del autor de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* y, sobre todo, se caracterizan por un planteamiento esencialmente premarxista. ¿Acaso esta diferencia —así como el papel político marginal de Ponce— se debe solamente a causas psicológicas e individuales? Nos parece que la explicación debe buscarse también en el desfase entre dos periodos del movimiento obrero, ya que el de los años treinta era menos favorable a la unidad entre lo universal y lo particular (latinoamericano) o entre la teoría y la práctica.

A partir de 1936 se cristaliza y se completa el proceso de "stalinización" de los partidos comunistas que se había desarrollado de modo desigual y contradictorio desde finales de los años veinte. Por "stalinización" entendemos la constitución, en cada partido, de un aparato dirigente jerarquizado, burocrático y autoritario, estrechamente vinculado, desde el punto de vista orgánico, político e ideológico, a la dirección soviética, que adopta fielmente todos los virajes de su orientación internacional. El resultado de este proceso fue la adopción, como fundamento de toda la práctica política, de la doctrina de la revolución por etapas y del bloque de las cuatro clases —proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional— a fin de realizar la etapa nacional-democrática (o antimperalista y antifeudal); doctrina elaborada por Stalin y aplicada a China, y luego generalizada por el conjunto de los países llamados coloniales y semicoloniales (incluyendo, por supuesto, a América Latina). Su punto de partida metodológico es una interpretación economicista del marxismo, que ya se encuentra en Plejánov y los mencheviques: en un país semifeudal y económicamente atrasado, las condiciones no están "maduras" para una revolución socialista.⁴²

Para evitar cualquier malentendido, recalquemos, que desde el punto de

⁴¹ Domingo Faustino Sarmiento, autor de la célebre novela *Facundo*, fue presidente de la República Argentina de 1868 a 1874. Según Aníbal Ponce, "pocas veces un hombre de Estado conoció mejor las necesidades de su pueblo". Cf. *Sarmiento, constructor de la Nueva Argentina*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1932, p. 199. En cambio, según el escritor marxista cubano Roberto Fernández Retamar, Sarmiento fue "el implacable ideólogo de una burguesía argentina que intentó trasladar los esquemas de las burguesías metropolitanas, concretamente la norteamericana, a su país [...] Quizá sea el más consecuente, el más activo de los ideólogos burgueses en nuestro continente durante el siglo XIX". Cf. Roberto Fernández Retamar, *Calibán, apuntes sobre la cultura de nuestra América*, ed. La Pléyade, Buenos Aires, 1973, p. 98.

⁴² El término mismo de "maduración" es típico de una concepción "naturalista" y no dialéctica de las leyes del desarrollo económico y social. Véase a este respecto nuestra obra *Dialéctica y revolución*, ed. Siglo XXI, México, 1975.

vista subjetivo, esos dos fenómenos correspondían, para la mayoría de los militantes y cuadros comunistas, a una sincera convicción de que a) la URSS era la patria del socialismo, cuya defensa era un imperativo primordial, y b) la revolución democrático-nacional abriría en el futuro el camino hacia el objetivo final del movimiento obrero: el socialismo.

Regis Debray escribió acerca de las relaciones entre el comunismo latinoamericano y el Comintern:

América Latina iba a la cola, siempre demasiado pronto o demasiado tarde: cada viraje de la situación mundial se opera a contratiempo de los vuelcos en la situación continental o regional, de modo que, inspirándose cada vez en las directivas de la IC, los partidos comunistas se encontraban actuando a contracorriente de su historia local, afrontando sus tareas específicas a contrapelo.⁴³

A nuestro parecer el problema no se sitúa solamente a nivel de América Latina: la orientación del Comintern stalinizado también estaba a "contrapelo" con respecto a Asia y a Europa (Alemania 1929-1933...). Sin embargo, mientras que en Asia (China, Vietnam) algunos partidos comunistas, sin romper con el Comintern, siguen en la práctica una orientación propia y autónoma, en América Latina (como en la mayoría de los países de Europa) los partidos comunistas seguirán incondicionalmente la "línea general" definida por la dirección soviética, limitándose a adaptarla, mal que bien, a las condiciones específicas de su país (adaptación que permitía, por supuesto, cierto margen de maniobra y que explicaba diferencias a veces importantes en la táctica de los partidos).

La primera manifestación de esta nueva etapa —caracterizada por la hegemonía del "fenómeno stalinista" sobre el marxismo latinoamericano— es el frente popular.

El viraje mundial hacia el frente popular —o sea hacia una alianza antifascista entre partidos comunistas, socialistas y burgueses democráticos—, esbozado desde 1934, será oficialmente sancionado por el VII Congreso del Comintern en 1935. A partir de este momento, cada partido comunista latinoamericano tratará de aplicar la nueva orientación, buscando los asociados para un frente popular local. En la mayoría de los países del continente, en ausencia de partidos socialdemócratas, las alianzas se harán directamente con fuerzas burguesas, consideradas liberales o nacionalistas, o simplemente no-fascistas. En Perú, frente al rechazo del APRA, el PC se une al "Frente Democrático" que apoya la candidatura de Manuel Prado, representante de la oligarquía liberal tradicional.⁴⁴ En Colombia, el PC

⁴³ R. Debray, *La crítica de las armas*, cit., p. 42.

⁴⁴ Cf. Boris Boldenberg, *Kommunismus in Lateinamerika*. Verlag Kohlhammer, Stuttgart, 1971, p. 94.

apoya al Partido Liberal, apoyo que tomará (según la historia oficial del partido publicada en 1960), cada vez más un carácter incondicional. En 1938, el PC colombiano incluso romperá con la izquierda del partido liberal, para apoyar a Eduardo Santos, jefe de la derecha liberal.⁴⁵ De modo semejante, el PC mexicano rompe en 1939 con el general Mújica, dirigente de la izquierda del Partido de la Revolución Mexicana —el partido gubernamental— para apoyar al ala moderada representada por Ávila Camacho.⁴⁶ Por último, en Cuba, el PC, al no poder unirse a socialdemócratas, liberales o demócratas, acaba por apoyar en enero de 1939 a Fulgencio Batista, por la sencilla razón de que éste seguía una política de “colaboración eficaz de Cuba y de los Estados Unidos contra la amenaza fascista”.⁴⁷

El único país en que pudo constituirse un frente popular que presentara cierta similitud con el modelo europeo fue Chile, donde el PC, el PS y el Partido Radical se unieron, bajo la hegemonía de este último, representado por el presidente elegido en 1938, Aguirre Cerda.⁴⁸ El objetivo del Frente Popular era, para el PC chileno, la realización de la etapa democrático-nacional, mediante un desarrollo independiente y progresista del capitalismo chileno.⁴⁹ La posición del partido socialista era más compleja. Fundado en 1933 por la fusión de varios pequeños partidos y grupos socialistas y fortalecido en 1937 por la adhesión de la Izquierda Comunista (escisión trotskista del PC), el PS chileno no era un partido socialdemócrata, sino una formación política sui generis, que se valía del marxismo y destacaba en su programa “la dictadura de los trabajadores” y “la República Socialista de América Latina”. Sin embargo, su principal dirigente en los años treinta, el comodoro de aviación Marmaduke Grove, uno de los jefes de la efímera (doce días) “República Socialista” establecida en junio de 1932 por una sublevación militar, era más bien un ecléctico, más próximo a un nacionalismo socializante que al marxismo. Durante algún tiempo, el PS se resistirá a las proposiciones frente-populistas, recalcando que acabarían por transformar a los partidos obreros en instrumento del radicalismo demoburgués, y por hacer desaparecer el programa socialista, para no asustar a los aliados capitalistas. Sin embargo, en su IV Congreso de 1937, el PS decidió unirse al Frente Popular ya en vías de constitución entre el PC y

⁴⁵ Cf. *Treinta años de lucha del Partido Comunista de Colombia*, 1960. Esbozo elaborado por una comisión del CC del PC de Colombia, ed. La Pulga, Medellín, 1973, pp. 40, 47, 48.

⁴⁶ Véase la carta abierta de Mújica del 14 de julio de 1939 en Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, ed. El Caballito, México, 1972, p. 389.

⁴⁷ Blas Roca, *La unidad vencerá el fascismo*, ed. Sociales, La Habana, 1939, p. 12.

⁴⁸ En la convención del Frente Popular en 1938, el PC desempeñó un papel decisivo en la elección del candidato Aguirre Cerda, dirigente del ala derecha del Partido Radical, en contra del socialista Marmaduke Grove.

⁴⁹ Cf. “A programme of Action for the Victory of the Chilean People's Front”, *The Communist*, xx, n. 5, mayo de 1941.

el Partido Radical. Convertido rápidamente en un partido de masas, el PS siempre se caracterizó por una extrema heterogenidad política e ideológica, que reunía en una confederación flexible e inorgánica las corrientes más diversas, desde el trotskismo hasta la socialdemocracia “clásica”.⁵⁰

El Frente Popular chileno duró, en formas diversas, hasta 1947, y aun, con un ala del PS, hasta 1952. Durante estos catorce años el Partido Radical contaba a veces con los comunistas contra los socialistas, a veces con los socialistas (o una de sus fracciones) contra los comunistas. Por ejemplo, en 1946 el presidente radical Duhalde reprime a los comunistas con el apoyo del ala derecha de los socialistas; en 1947, el nuevo presidente radical, González Videla, reprime al PS, apoyándose en el PC que participa en el gobierno, a reserva de invertir las alianzas con el inicio de la guerra fría (1948) y poner al PC fuera de la ley (con el apoyo de los socialistas de derecha). Cuando finalmente, en 1952, el PC y un ala del PS se unen para constituir un frente único, la desmoralización del movimiento obrero era tal que su candidato común, Salvador Allende, sólo obtuvo el 6% de los votos...

Se podría resumir el papel histórico del Frente Popular comparando los comentarios siguientes: 1] de un historiador universitario norteamericano: “la victoria del Frente Popular impidió una revolución y enseñó a las masas a utilizar la urna electoral en vez de la espada”,⁵¹ 2] de un comunista chileno: “El triunfo del Frente Popular en 1938 y el de la Alianza Democrática en 1946 demostraron, precisamente, que la clase obrera y el pueblo chileno podían conquistar el gobierno por una vía diferente a la de la insurrección”,⁵² 3] de un socialista de izquierda chileno, Oscar Waiss (de origen trotskista): “el Frente Popular fue un gigantesco error político que rehabilitó al Partido Radical en descomposición y quitó a las masas la iniciativa revolucionaria [...] que nunca trató de modificar la estructura de la propiedad de la tierra o de recuperar el dominio de nuestras riquezas fundamentales”.⁵³

Si bien en un principio (1935-1936) el frente popular en América Latina tenía un programa antimperialista, esta dimensión tiende a desaparecer conforme se opera el acercamiento URSS-EU contra la Alemania nazi. De un modo general, la política de los partidos comunistas para con Estados

⁵⁰ A partir de 1948, el PS chileno sufrirá una considerable influencia del titismo y después de 1960, en cierta medida, del castrismo. Acerca de los años treinta, véase Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, 3a. ed., ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1971, t. I.

⁵¹ John Reese Stevenson, *The Chilean Popular Front*, Greenwood, 1942, p. 136.

⁵² Galo González, “X Congreso del PC de Chile”, abril de 1956, en Luis Corvalán, *Chili, les communistes dans la marche au socialisme*, ed. Sociales, París, 1972, p. 36.

⁵³ Oscar Waiss, *Nacionalismo y socialismo en América Latina*, 1954, ed. Iguazú, Buenos Aires, 1961, p. 139.

Unidos durante los años treinta y cuarenta seguirá de muy cerca los virajes de la política exterior soviética. El ejemplo más sorprendente es el PC argentino, desde siempre el más fiel a la URSS. He aquí por ejemplo algunas declaraciones de un conocido dirigente del PCA sobre los Estados Unidos de Franklin Delano Roosevelt:

1933, el "Tercer Periodo": "Cuba, ese formidable movimiento revolucionario de las masas antillanas, mostró que Roosevelt era tan imperialista como Hoover" (P. González Alberdi, *Informaciones*, octubre de 1933).

1938, la alianza de la URSS con las potencias occidentales: "Los esfuerzos italo-nazis por promover el antimeralismo yanqui fracasaron. Las naciones del continente entendieron que una colaboración estrecha con Roosevelt —que no pueden considerarse como la expresión de las fuerzas imperialistas que existen en el norte— no disminuye en nada la autonomía de cada país y no afecta su dignidad personal" (P. González Alberdi, *Orientación*, 15 de diciembre de 1938).

1940, el pacto Molotov-Ribbentrop: "En nombre de la lucha contra el nazismo, el imperialismo yanqui conspira contra las libertades públicas de los países americanos" (P. González Alberdi, *La Hora*, 14 de julio de 1940).⁵⁴

Durante el periodo del pacto germano-soviético, un dirigente del PC argentino, Ernesto Giudici, publica una interesante obra que se caracteriza de una parte por un ataque radical (y justificado) contra el imperialismo angloamericano y su dominio sobre Argentina, y de otra, por un análisis bastante sorprendente del fenómeno fascista: "Hay que saber y entender que, varias veces, tras la ideología fascista se encuentra una aspiración de masa, que, siendo de masa, poco importa que sea fascista o no, ya que en el movimiento de masa, que se desarrolla sin la ideología reaccionaria que se le quiere atribuir [...] es posible la necesaria rectificación política".⁵⁵

Después de junio de 1941 (invasión de la URSS por Hitler), será el análisis opuesto el que se desarrollará en Argentina y en otras partes del continente: en el marco de la alianza antifascista de Estados Unidos y de la URSS, cualquier propaganda contra el imperialismo norteamericano es duramente criticada y presentada por los partidos comunistas como una maniobra al servicio del fascismo.⁵⁶

Durante el periodo 1944-45 se desarrolla en América Latina un fenómeno designado con el término de "browderismo". En la euforia de los acuerdos

⁵⁴ Paulino González Alberdi es desde los años veinte uno de los principales dirigentes del PC argentino. Las citas están sacadas de J. Abelardo Ramos, *Historia del stalinismo en la Argentina*, ed. del Mar Dulce, Buenos Aires, 1969, p. 176.

⁵⁵ Ernesto Giudici, *Imperialismo y liberación nacional*, 1940, ed. Crónica, 1974, pp. 3-4. Véase en este libro un extracto más largo de este texto.

⁵⁶ Cf. por ejemplo la crítica del PC mexicano a la "demagogia antimeralista de los trotskistas": Blas Manrique, "El aplastamiento de los reptiles trotskistas: ésa debe ser una tarea de los antifascistas", *La Voz de México*, 13 de mayo de 1945.

de Teherán, Earl Browder, secretario del PC norteamericano, declara el inicio de una era de amistad y colaboración total entre el campo socialista y los Estados Unidos, destinada a durar aún después de la guerra. Browder saca conclusiones "excesivas" de esta perspectiva histórica diluyendo al PC norteamericano en una vaga "Asociación Política". Esta práctica fue condenada como liquidacionista por el movimiento comunista internacional, a través de un discurso de Jacques Duclos en abril de 1945. Los partidos comunistas latinoamericanos también serán arrastrados por el "browderismo". Por ejemplo, en un libro publicado en 1944, *En marcha por un mundo mejor*, Vittorio Codovilla escribía lo siguiente:

Las condiciones internacionales de la cooperación entre las grandes potencias capitalistas, y entre éstas y la URSS, para la creación de un mundo mejor, muestran que Estados Unidos e Inglaterra llegarán a un acuerdo referente a la política económica que hay que seguir en América Latina, con el objeto de contribuir al desarrollo económico, político y social en un sentido progresista [...] Este acuerdo se basará en la cooperación de ambas grandes potencias, con gobiernos democráticos y progresistas de América Latina, para la realización de un programa común, que, al mismo tiempo que proporciona un mercado diez o veinte veces mayor al actual para sus capitales, sus máquinas y sus productos industriales, contribuya al desarrollo independiente de la economía de esos países, y les permita en pocos años liquidar el retraso en el cual viven desde hace decenas de años.⁵⁷

El "browderismo" también tendrá consecuencias a nivel de la política interna de los partidos comunistas: en Cuba por ejemplo, después de haber participado en el gobierno del general Batista de 1943 a 1944,⁵⁸ el Partido

⁵⁷ Citado por J. A. Ramos, op. cit., pp. 190-91. Véase también, en el mismo estilo, la carta de Blas Roca a Earl Browder, publicada por el PC cubano en 1945: "Querido amigo: su libro es un documento inestimable para los pueblos latinoamericanos [...] Hasta ahora, habíamos sostenido que sólo la nacionalización de todas las inversiones y propiedades extranjeras, en una violenta oposición a los intereses ingleses y norteamericanos, nos permitiría alcanzar el nivel más elevado de desarrollo económico [...] La colaboración que Estados Unidos, Inglaterra y la URSS establecieron en Teherán nos abre otra perspectiva. Nos abre la perspectiva de obtener estos resultados progresistas por la colaboración con un programa como el que sugiere usted [...] la colaboración con Inglaterra y Estados Unidos en un plan de conjunto para resolver armoniosamente nuestros problemas económicos más agudos y más urgentes". Blas Roca, *Estados Unidos, Teherán y la América Latina, una carta a Earl Browder*, ed. Sociales, La Habana, 1945.

⁵⁸ En 1944, cuando Batista renuncia, el PC cubano le manda una carta que declara: "Desde 1940, nuestro partido fue el apoyo más leal y más constante de sus medidas gubernamentales, el promotor más enérgico de su plataforma inspirada por la democracia, la justicia social y la defensa de la prosperidad nacional [...]". Cf. Blas Roca, *Los socialistas y la realidad popular*, ed. del PSP, La Habana, 1944.

Socialista Popular (nuevo nombre del PC cubano) publica en 1945 un folleto llamado *La colaboración entre los patrones y los obreros*, para conmemorar un importante desayuno que reunió, en La Habana a la asociación patronal de los industriales, al gobierno y a los dirigentes (comunistas) de la Confederación de Trabajadores Cubanos (Central Sindical).⁵⁹ En abril de 1945, en México, la central sindical (CTM) y la asociación patronal firman un pacto de unidad nacional; *La Voz de México*, órgano del PC mexicano, celebra el acontecimiento con un gran título en primera página: "Histórico pacto obrero-patronal. Base sólida para el desarrollo y el progreso del país". Resulta interesante recalcar que uno de los puntos de este pacto declaraba solemnemente: "Abandonar la tesis de la autosuficiencia económica y actuar a partir de la tesis de la interdependencia económica, la cooperación financiera y técnica con los países del continente, para el beneficio común y como parte integrante de un programa internacional que considera las necesidades de todos los pueblos de la tierra". Según *La Voz de México*, el pacto es "correcto", "patriótico" e "impecablemente formulado", y refleja las nuevas condiciones en México y en el mundo que "obligan la alianza de los obreros con los capitalistas".⁶⁰

Con el artículo de Duclos en 1945 y el alejamiento de Earl Browder de la dirección del PC estadounidense, sigue un periodo de autocrítica y rectificación, que lleva al abandono de la perspectiva del acuerdo "armonioso" con Estados Unidos y de las medidas organizativas consideradas como liquidacionistas. No obstante, este nuevo periodo, que podría llamarse "posbrowderismo" (1945-47) se caracteriza por la continuidad de la orientación de "unidad nacional". Por ejemplo, en México, en noviembre de 1945 (o sea mucho después de la carta de Duclos), el periódico del PCM desarrollaba la tesis siguiente:

El objetivo del desarrollo del capitalismo en México es un objetivo revolucionario, ya que significa el desarrollo de una economía nacional, la eliminación de las garras que mantienen el país en una condición de semicolonía, la desaparición de los vestigios semicoloniales y la realización de la reforma agraria; el desarrollo democrático y general del país gracias a la revolución agraria antimperialista.

También según este artículo, las medidas propuestas por el PCM "son, como la reforma agraria, medidas burguesas que permitirán el desarrollo del capitalismo en México, la industrialización del país y la liberación de

⁵⁹ Blas Roca, Lázaro Peña, *La colaboración entre obreros y patrones*, ed. Sociales, La Habana, 1945; cf. p. 21, donde Blas Roca explica: "estamos proclamando cierta forma de colaboración de clase".

⁶⁰ *La Voz de México*, 12 de abril de 1945, pp. 1, 7.

cualquier intervención imperialista".⁶¹ El historiador soviético Anatol Shulgovsky, autor de una obra sobre la historia moderna de México, escribe con respecto a este periodo (1945) que la ideología "marxista" del movimiento obrero mexicano podía compararse al "marxismo legal" de la Rusia zarista (P. Struve, etcétera), cuyo tema central era que la clase obrera debía apoyar el desarrollo industrial como precondition de cualquier lucha social futura. Sin embargo, Shulgovsky sólo se refiere explícitamente a la orientación del círculo de los "marxistas" en torno a la dirección de la CTM (Lombardo Toledano) y no menciona que el partido comunista preconizaba una orientación semejante.⁶²

Uno de los episodios más famosos del "posbrowderismo" fue la orientación adoptada por el PC argentino frente al peronismo. Profundamente convencidos de que Perón y sus partidarios eran fascistas, los comunistas argentinos participan en la constitución de la Unión Democrática, amplia coalición antiperonista cuyas fuerzas, según Vittorio Codovilla (en su informe a la Conferencia Nacional del PCA de diciembre de 1945), eran las siguientes:

1. Todos los partidos tradicionales.
2. La parte más consciente y más combativa del movimiento obrero y campesino.
3. Gran parte de la juventud obrera y campesina, la inmensa mayoría de la juventud universitaria, profesores, empleados, clases medias.
4. La mayoría de los industriales, comerciantes, agricultores, ganaderos y financieros.
5. La mayoría del Ejército y de la marina, y una parte de la policía uniformada [...].

No obstante, la Unión Democrática tiene aún un carácter demasiado restringido, ya que algunos sectores progresistas del Partido Conservador no participan aún en ella.⁶³

La participación del PC en esta alianza —apoyada además por el embajador norteamericano en Argentina, Spruille Braden, desconfiado frente al nacionalismo demagógico de Perón— tuvo consecuencias a largo plazo: a partir de este momento, una distancia se instaura entre la mayoría de la clase obrera argentina cuya adhesión se había granjeado el peronismo, y los comunistas, acusados por Perón de colaboración con los militares y los propietarios de bienes inmuebles más conservadores ("la oligarquía").

⁶¹ Carlos Sánchez Cárdenas, "La revolución mexicana y el desarrollo capitalista de México", *La Voz de México*, 20 de noviembre de 1945, p. 1.

⁶² Anatol Shulgovsky, *México en la encrucijada de su historia*, ed. Fondo de Cultura Popular, México, 1969, p. 494.

⁶³ Citado por el periódico del PC mexicano, *La Voz de México*, 13 de enero de 1946.

Situaciones semejantes se presentan en otros países del continente, sobre todo en Bolivia, donde el PIR (Partido de la Izquierda Revolucionaria, prosoviético) se reúne con los partidos oligárquicos tradicionales para derrocar (en 1946) al gobierno del MNR (Movimiento Nacional Revolucionario); considerado como profascista. La excepción más notable es Brasil, donde el PCB apoya en 1945 al caudillo populista Getulio Vargas, entre otras cosas porque éste (contrariamente a Perón y a Villaroel, el presidente vinculado al MNR boliviano) había participado del lado de los aliados en la segunda guerra mundial.⁶⁴

Resulta interesante observar que en este periodo de extrema moderación política de los partidos comunistas, surgen por vez primera manifestaciones de oposición de izquierda en el seno del movimiento obrero, a escala de masas.

La oposición de izquierda comunista y el trotskismo aparecieron en América Latina desde el inicio de los años treinta, primero en Brasil y luego en Chile; la Izquierda Comunista chilena, afiliada a la oposición de izquierda internacional, la constituye en 1933 una fracción importante del PCCh, que se había escindido en 1931 (dirigida por Manuel Hidalgo, Humberto Mendoza, Oscar Waiss, etcétera); sin embargo, en 1937 la mayoría de los miembros de este grupo se adhieren al Partido Socialista, y a partir de este momento el trotskismo será constantemente una de las tendencias ideológicas difusas del socialismo chileno. En realidad, fue sobre todo en Bolivia donde la oposición trotskista logró implantarse realmente. Fundado en 1934 por J. Aguirre Gainsborg y Tristán Marof, el POR (Partido Obrero Revolucionario), sección boliviana de la IV Internacional, logra a partir de la segunda guerra mundial una influencia significativa dentro del movimiento obrero. En 1946, un congreso de la FSTMB (Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia) reunido en la ciudad de Pulacayo, aprueba un conjunto de tesis de inspiración netamente trotskista, cuyo eje central es la estrategia de transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista en un proceso ininterrumpido, bajo la dirección del proletariado aliado al campesinado. (Véase el documento en este volumen, pp. 170-85.)

Esta concepción, y el rechazo que de ella deriva lógicamente de una alianza estratégica con la burguesía nativa (considerada como incapaz de

⁶⁴ Sin embargo, el PCB también tendrá una orientación "posbrowderista" de "unidad nacional". Por ejemplo, en un libro publicado en 1945, Luis Carlos Prestes escribía: "gracias a sus organizaciones sindicales, la clase proletaria puede ayudar al gobierno y a los patrones a encontrar soluciones prácticas, rápidas y eficaces para los graves problemas económicos actuales". Luis Carlos Prestes, *União Nacional para a Democracia e o Progresso*, ed. Horizonte, Río de Janeiro, p. 25. Véase a este respecto el notable trabajo de F. Weffort, "Origens do sindicato populista no Brasil (a conjuntura do apos guerra)", *Estudos CEBRAP*, n. 4, abril-junio de 1973.

desempeñar un papel revolucionario consecuente), la perspectiva de una revolución que combine tareas democráticas, agrarias, nacionales y antipitalistas, van a diferenciar radicalmente al trotskismo de la corriente comunista "ortodoxa" (así como, por supuesto, su independencia con respecto a la URSS).

Por su visión de la estrategia revolucionaria, la corriente inspirada por las ideas de Trotsky en América Latina se considera como la continuadora de las tesis del comunismo latinoamericano de los años veinte, en particular de Mariátegui, a cuya herencia política los trotskistas apelarán constantemente.⁶⁵

Denunciados como "provocadores" y "agentes del fascismo" por los partidos comunistas, marginados del movimiento obrero que estos últimos controlan, divididos por querellas fratricidas, los trotskistas se reducirán en muchos países a sectas compuestas esencialmente de intelectuales. En Bolivia, y en menor medida en Argentina y en Chile, el trotskismo se implantará (antes de la revolución cubana) realmente en la clase obrera y los sindicatos, y desempeñará un papel político real. Fue el caso en particular de los militantes del POR, que durante la revolución boliviana de 1952-1953, desempeñaron un papel decisivo en la creación de la COB (Central Obrera Boliviana); el primer programa de la COB, publicado a fines de 1952, de franca inspiración trotskista (probablemente redactado por González Moscoso, dirigente del POR), recalca: "El proletariado realizará las tareas que corresponden históricamente a la burguesía".⁶⁶ El POR también estimuló las ocupaciones de tierras por el campesinado en 1952-53 que obligaron al gobierno del MNR a decretar la reforma agraria.⁶⁷

Durante 1948-54 se instaura, a escala internacional, el periodo llamado de la "guerra fría", que empieza por una ofensiva generalizada del imperialismo contra la URSS, seguida por el endurecimiento de ésta y del movimiento comunista internacional. En América Latina, desde 1948, se pone a los partidos comunistas fuera de la ley (por ejemplo en Brasil, en Chile) y la policía acosa a los sindicalistas comunistas (asesinato de Jesús Menéndez, dirigente de los trabajadores del azúcar en Cuba); gobiernos elegidos con la ayuda de los votos de los partidos comunistas (o apoyados por ellos) en 1945-46, tales como Grau San Martín en Cuba, González Videla en Chile, Miguel Alemán en México, se inspirarán en la política norteamericana para desatar la cacería de brujas y la represión anticomunista.

Como réplica (y según la nueva orientación de la URSS) los PC lati-

⁶⁵ Cf. por ejemplo E. Espinoza, "Aniversario de la muerte de Mariátegui", *Clave, tribuna marxista*, México, n. 8-9, abril-mayo de 1940.

⁶⁶ Liborio Justo, *Bolivia, la revolución derrotada*, ed. Cochabamba, Bolivia, 1967, p. 156.

⁶⁷ Cf. acerca del papel del POR en el campo, véase R. W. Patch, "Bolivia", *Social Change in Latin America Today*, Council of Foreign Relations, Nueva York, 1960, p. 121.

noamericanos dan un nuevo impulso al antimperialismo y en cierta medida a la lucha de clases contra la burguesía nativa; el periodo de la guerra fría experimenta un nuevo viraje a la izquierda del comunismo prosoviético en América Latina. Pero contrariamente al periodo 1929-1935, los partidos comunistas no llevan a cabo ninguna acción revolucionaria de masas; además, el nuevo viraje no enjuicia en absoluto el fundamento esencial de la estrategia de esos partidos para el continente: la interpretación "stalinista" del marxismo, la doctrina de la revolución por etapas y del bloque de cuatro clases para la realización de la etapa nacional-democrática.

El ejemplo más característico para este periodo es sin duda alguna la Guatemala de los años 1951-54, cuando, bajo la presidencia de Jacobo Arbenz, el PGT (Partido Guatemalteco del Trabajo, comunista) se convierte en una de las principales fuerzas políticas del país. Hegemónico en los sindicatos obreros y campesinos, el PGT concibe su tarea en el marco de una revolución democrático-nacional en unión con los sectores considerados como progresistas de la burguesía y de las Fuerzas Armadas. Los Estatutos del Partido, aprobados en su II Congreso (11-14 de diciembre de 1952), declaran claramente:

el PGT no tiene por objetivo inmediato la lucha por el establecimiento del socialismo en Guatemala. Orienta su lucha inmediata contra el retraso feudal y la opresión imperialista que padece nuestro país [...]⁶⁸

Lo que pasó después es conocido: la expropiación por el gobierno de Arbenz de ciertas propiedades de la United Fruit Company provocó, en junio de 1954, la invasión de Guatemala por un ejército de mercenarios, armados y entrenados por los Estados Unidos. Las Fuerzas Armadas gubernamentales se defienden con muy poca convicción y su Estado Mayor acaba por abandonar a Jacobo Arbenz y reunirse con el coronel Castillo Armas, jefe de las fuerzas invasoras, gracias a la mediación del embajador norteamericano en Guatemala, John Peurifoy. Salvo algunas excepciones locales, el movimiento obrero y campesino (y el PGT), desarmados, no podrán resistir.⁶⁹

⁶⁸ Jaime Díaz Rozzotto, *La révolution au Guatemala, 1944-54*, ed. Sociales, París, 1971, p. 261. El informe del secretario general, José Manuel Fortuny, en el II Congreso, es aún más explícito: "Nosotros los comunistas reconocemos que debido a sus condiciones especiales, el desarrollo de Guatemala deberá realizarse durante algún tiempo más por el camino del capitalismo". José Manuel Fortuny, *Relatorio sobre la actividad del Comité Central al Segundo Congreso del Partido*, Guatemala, 11 de diciembre de 1952.

⁶⁹ Se sabe que el Che Guevara se encontraba en ese momento en Guatemala y que había tratado en vano de luchar contra la invasión pronorteamericana. Según su primera mujer, Hilda Gadea, "Ernesto me contaba que insistentemente proponía en la Alianza de la Juventud la necesidad de ir al frente a pelear y que muchos jóvenes, alentados por él, estaban dispuestos, y que una y otra vez lo presentaban

La victoria de Castillo Armas dio paso a una represión masiva y sangrienta anticomunista y a un verdadero terror blanco, mientras que la United Fruit Company volvía a poseer sus tierras expropiadas.

¿Cómo fue posible tal derrota? En 1955, la dirección del PGT publica un balance autocrítico que reconoce que el partido "no había seguido una línea suficientemente independiente con respecto a la burguesía democrática"; en particular, "el PGT contribuyó a mantener ilusiones acerca del ejército al no desenmascarar la verdadera posición y la actividad contrarrevolucionaria de los jefes del ejército".⁷⁰ No obstante, esta autocrítica no enjuicia el fundamento *estratégico* de la orientación del PGT (la concepción de las etapas del desarrollo histórico, etcétera), sino solamente los errores *tácticos* cometidos en la aplicación concreta de esta estrategia etapista: por lo tanto el PGT reafirmará en 1955 la necesidad de formar un bloque con la burguesía nacional para una revolución democrática y patriótica.⁷¹

Durante el periodo 1948-1953, los comunistas tendrán que enfrentarse, con valor y tenacidad, a una sangrienta represión policiaca y militar en la mayoría de los países del continente. Por otra parte, es indiscutible que en algunos países tuvo lugar una verdadera radicalización durante la guerra fría: los comunistas encabezan grandes movimientos de huelga (Brasil 1953-54) o participan en acciones de guerrilla campesina (Colombia 1949-55). Pero para otros PC del continente, el endurecimiento político no significaba necesariamente una actividad revolucionaria concreta. A este respecto, el ejemplo cubano es muy significativo.

Después del golpe militar de Batista (1952), el PSP denuncia enérgicamente el carácter reaccionario y pronorteamericano del putsch, pero no se prohíbe al partido y su periódico cotidiano (*Hoy*) sigue publicándose, lo que repercutirá quizás en su política.⁷² El PSP no lleva a cabo acciones violentas contra el régimen de Batista y denuncia el asalto al Moncada del 26 de julio de 1953 como una iniciativa "putschista, aventurerista, desesperada, característica de una pequeña burguesía sin principios y comprometida con el gangsterismo".⁷³ Esto no impide de ningún modo que Batista desate, después del 26 de julio de 1953, una brutal represión anticomunista

al PGT, pero que no les hacían caso, dándoles como respuesta que el ejército había tomado las medidas necesarias y que el pueblo no debía preocuparse". Hilda Gadea, *Che Guevara, años decisivos*, ed. Aguilar, México, 1972, p. 65. Acerca del diálogo polémico entre el Che y Fortuny, ambos exiliados en México en 1955, véase p. 117 del mismo libro.

⁷⁰ *La intervención norteamericana en Guatemala y el derrocamiento del régimen democrático*, ed. Comisión Política del PGT, 1955, p. 31-32.

⁷¹ *Ibid.*, p. 42.

⁷² Cf. J. Arnault, *Cuba et le marxisme*, ed. Sociales, París, 1963, p. 48.

⁷³ "Carta a los militantes", Comisión ejecutiva del PSP, 30 de agosto de 1953, citado por K. S. Karol, *Les guerrilleros au pouvoir*, ed. Laffont, París, 1970, p. 142.

y ponga fuera de la ley al PSP.

La preocupación del PSP por no ser confundido con los "aventureristas" vuelve a encontrarse en las páginas de la revista del partido, *Fundamentos*, en junio de 1957 (seis meses después del desembarco en Cuba de los combatientes del Movimiento del 26 de julio, bajo la dirección de Fidel Castro): "es importante volver a afirmar [...] que hoy como ayer, rechazamos y condenamos y seguiremos rechazando y condenando los métodos terroristas y putschistas, como ineficaces, nocivos y contrarios al interés del pueblo".⁷⁴ La orientación preconizada por el partido en ese momento es la de los cambios "por la vía pacífica, sin violencias ni dolores", objetivo para el cual el PSP "está dispuesto —hoy como ayer y como siempre— a hacer todos los sacrificios y todas las concesiones honorables, en base, por supuesto, a los intereses supremos de la clase obrera, del pueblo y de la patria".⁷⁵ El objetivo del cambio es derrocar a Batista y llevar a cabo la revolución democrática y de liberación nacional, mediante una alianza entre el PSP y la burguesía progresista.⁷⁶

Durante 1958, el PSP acaba por integrarse al combate del M-26 de Julio contra la dictadura; varios militantes y también algunos dirigentes del partido (en particular Carlos Rafael Rodríguez) suben a la Sierra para participar en la lucha armada y contribuyen honorablemente al triunfo de la guerrilla en enero de 1959. El PSP no deja de ser por ello un factor de moderación en el seno del movimiento revolucionario cubano, que debe permanecer, a su parecer, dentro de los límites de la etapa democrático-nacional. Así, Blas Roca (secretario general del PSP) subraya, en su informe a la VIII Asamblea Nacional del Partido (agosto de 1960):

La revolución cubana [...] es una revolución que, dadas las tareas históricas que enfrenta y realiza, puede calificarse, con razón, de revolución nacional-liberadora y agraria, de revolución patriótica y democrática [...]. La burguesía nacional que saca provecho de la revolución gracias al aumento del poder adquisitivo del pueblo y del número de consumidores apoya la revolución, pero se asusta frecuentemente por sus medidas radicales y por las amenazas, las baladronadas y los ataques del imperialismo norteamericano [...] Dentro de los límites establecidos, hay que garantizar los beneficios de la empresa privada, su funcionamiento y su desarrollo normal. Hay que estimular entre los trabajadores de esas empresas el celo y el aumento de la productividad [...].⁷⁷

Por lo tanto, podemos concluir que el PSP no desempeñó un papel im-

⁷⁴ *Fundamentos*, n. 149, diciembre de 1956-junio de 1957, p. 9.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 8.

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 3, 6.

⁷⁷ Blas Roca, *Balance de la labor del partido desde la última asamblea nacional y el desarrollo de la revolución*, La Habana, 1960, pp. 42, 80, 87.

portante en la preparación y en la iniciación de la lucha armada contra Batista (1953-57), o en el paso de la revolución cubana al socialismo agosto-octubre de 1960). Esto no se debe a una limitación específica del PSP, sino que resulta de la orientación política fundamental del movimiento comunista oficial en el continente: la revolución por etapas, el bloque con la burguesía nacional. En este sentido, la política del PSP de 1953 a 1960 es un ejemplo de lo difícil que fue para los partidos comunistas tradicionales desempeñar un papel revolucionario real, pese a la abnegación, el valor y el desvelo de sus miembros.

La muerte de Stalin (1953) y el XX Congreso (1956) inauguran una nueva época en el comunismo latinoamericano "prosoviético" que ha perdurado hasta ahora. La disolución del Cominform (1956) no significa la abolición de los lazos político-ideológicos entre los partidos comunistas en América Latina y la dirección soviética. La orientación de la URSS hacia la coexistencia pacífica institucionalizada y el viraje moderado después del final de la guerra fría se traducen, para los PC latinoamericanos, en una política de apoyo a gobiernos burgueses considerados progresistas y/o democráticos: Juscelino Kubitschek en Brasil, Frondizi en Argentina, etcétera. El fundamento teórico de esta política queda resumido en una declaración del PC brasileño de marzo de 1958, según la cual la contradicción entre el proletariado y la burguesía

no exige una solución radical en la etapa actual. En las condiciones actuales del país, el desarrollo capitalista corresponde a los intereses del proletariado y de todo el pueblo [...] El proletariado y la burguesía se reúnen en torno al objetivo común de lucha por un desarrollo independiente y progresista contra el imperialismo norteamericano.⁷⁸

La hegemonía stalinista sobre el pensamiento marxista latinoamericano no significa que no se haya hecho ninguna aportación científica durante el período que va de los años treinta a la revolución cubana. Después de la guerra, en una serie de países, toman impulso las investigaciones sobre todo de historia económica marxista; además, tanto dentro como fuera de los partidos comunistas se discuten los esquemas de interpretación habituales de las formaciones socioeconómicas del continente, en particular la tendencia a calcar sobre la realidad de las estructuras agrarias latinoamericanas el modelo del feudalismo europeo. En 1949 se publica también el libro pionero de Sergio Bagú *Economía de la sociedad colonial* que desarrolla, probablemente por primera vez, la tesis siguiente:

La economía que las metrópolis ibéricas organizaron en América fue de

⁷⁸ *Declaração sobre a política do Partido Comunista do Brasil*, ed. Comitê Central do PCB, Río de Janeiro, marzo de 1958, p. 15, 18.

incuestionable índole colonial [...] No fue feudalismo lo que apareció en América en el periodo que estudiamos, sino capitalismo colonial [...] Iberoamérica nace para integrar el ciclo del capitalismo naciente, no para prolongar el agónico ciclo feudal.⁷⁹

Poco después Caio Prado Junior, historiador muy conocido ligado al partido comunista brasileño, publica su *Historia económica de Brasil* (1953) que partía de la siguiente hipótesis:

En su conjunto, considerada desde el punto de vista mundial e internacional, la colonización de los trópicos toma el aspecto de una vasta empresa comercial [...] destinada a explotar los recursos naturales de un territorio virgen en provecho del comercio europeo [...] Con estos elementos, articulados dentro de una única organización productiva, mercantil, se constituirá la colonia brasileña.⁸⁰

Paralelamente se desarrollan en Chile las investigaciones de Marcelo Segall que critica a los partidarios de la teoría del feudalismo e insiste en la importancia de la industria minera —típicamente capitalista— en la economía colonial.⁸¹ También podemos mencionar importantes trabajos de algunos autores trotskistas argentinos como Nahuel Moreno y Milcíades Peña (que se inspiran de la teoría del desarrollo desigual y combinado), sobre los aspectos capitalistas de la colonización española y portuguesa y su combinación con las relaciones sociales precapitalistas, existentes en esa época. (Los de Milcíades Peña serán publicados más tarde.)⁸²

Nahuel Moreno insiste sobre la combinación de las distintas estructuras productivas: "Si bien es cierto que los objetivos de la colonización europea fueron capitalistas y no feudales, los colonizadores no establecieron un sistema de producción capitalista porque no existía en el mercado de trabajo americano un ejército de trabajadores libres. Así es como los colonizadores para llevar a cabo la explotación capitalista, se ven obligados a establecer relaciones de producción no capitalistas: la esclavitud o la semiesclavitud de los indígenas".

Durante este periodo los historiadores "oficiales" del movimiento comu-

⁷⁹ Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial: ensayo de historia comparada de América Latina*, ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1949, p. 260.

⁸⁰ Caio Prado Junior, *Historia económica do Brasil*, ed. Brasiliense, São Paulo, 1957, p. 23.

⁸¹ Marcelo Segall, *Desarrollo del capitalismo en Chile*, Santiago, 1953.

⁸² Cf. Nahuel Moreno, "Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa", *Estrategia*, n. 1, septiembre de 1957, Buenos Aires. Milcíades Peña, *Claves para entender la colonización española en la Argentina*, Fichas n. 10, 1966. Véase también George Novack *Para comprender la historia*, ed. Fontamara, Barcelona, 1981, cap. vi, "Formaciones híbridas".

nista seguían defendiendo, contra viento y marea, la doctrina tradicional; por ejemplo Hernán Ramírez Necochea, el historiador del PC chileno insiste en la tesis de que la economía colonial chilena "poseía en forma predominante diversos elementos de tipo *estrictamente feudal* [...] Presentó características *adquiridas por el feudalismo europeo a finales del medioevo* [...] La manufactura y aun las minas no tenían actividades independientes y estaban también dominadas por relaciones feudales de producción.⁸³

En el caso de los historiadores trotskistas, este debate se relacionaba directamente con su crítica a la doctrina de la etapa democrático-burguesa ("anti-feudal") de la revolución latinoamericana. Para los demás autores, a veces militantes o simpatizantes de los partidos comunistas, sus descubrimientos históricos no rebasarán el marco de su especialidad científica; las consecuencias políticas no serán desarrolladas y no serán en absoluto tomadas en consideración por la dirección de sus partidos. En una obra publicada en 1966, Caio Prado Junior, intelectual conocido del PC brasileño, se queja de que el partido no admite el resultado de sus investigaciones "heréticas":

No fue posible oponer a concepciones tan profundamente arraigadas el testimonio de los hechos, por más convincentes que fueran [...] ya que los propios hechos se consideraban únicamente a través de los lentes deformantes de estas falsas concepciones [...] Se ha seguido y se sigue hablando, respetando el viejo esquema originario establecido a partir de la experiencia europea, se ha seguido hablando en Brasil de esa revolución democrático-burguesa destinada a eliminar los "restos feudales" que existen supuestamente en nuestro país.⁸⁴

Incidentalmente, este testimonio muestra que no fue la ignorancia científica la que originó esos errores políticos, sino viceversa...

Contrariamente a este desarrollo de la historia económica, no se publicaron en esa época trabajos científicos de sociología marxista, orientados hacia los problemas del *presente*. Una excepción es la obra del universitario (sociólogo, historiador y jurista), profesor en la Universidad de la Plata y militante revolucionario, Silvio Frondizi (1907-1974), cuyos escritos —filosóficos, socioeconómicos y políticos— revelan simultáneamente un profundo conocimiento de la cultura europea y de los clásicos del marxismo y una comprensión concreta de la realidad latinoamericana. Sus escritos acerca de América Latina se distinguen de la obra de los historiadores de la economía por su carácter mucho más directamente comprometido y po-

⁸³ Hernán Ramírez Necochea, *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, 2a. ed., ed. Universitaria, Santiago, 1967, p. 50, subrayado nuestro.

⁸⁴ Caio Prado Junior, *A revolução brasileira*, 1966, 4a. ed., ed. Brasiliense, São Paulo, 1972, p. 288.

lítico. En *La realidad argentina, ensayo de interpretación sociológica* (1955-56) Silvio Frondizi —ayudado por un equipo de jóvenes colaboradores entre los cuales se contaban Milcíades Peña, Marcos Kaplan, Ricardo Napuri, Marcelo Torrents— desarrolla un análisis al mismo tiempo económico, social y político de la formación social argentina tal como se constituye a partir de 1943, que tiene por eje central la comprensión del fenómeno peronista. Criticando la concepción defendida en 1945 por el partido comunista (el “nazi-peronismo”), Silvio Frondizi analiza la naturaleza *bonapartista* del régimen de Perón, su papel de pseudo-árbitro encima de las clases, su capacidad para neutralizar al movimiento obrero “nacionalizándolo”. Por otra parte, subraya que el fracaso de la experiencia peronista no se debe al azar, sino a la incapacidad orgánica de la burguesía argentina (como la de los países “semicoloniales” en general) para llevar a cabo una verdadera revolución democrática. Esta tarea histórica sólo podrá realizarse bajo la dirección del proletariado, pero en este caso “ya no se trata de realizar la revolución democrático-burguesa como etapa encerrada en sí misma, sino de realizar tareas democrático-burguesas en la marcha de la revolución socialista”.⁸⁵

Debido a la audacia de sus concepciones teóricas y políticas, Silvio Frondizi seguirá siendo durante los años cincuenta un personaje relativamente aislado, sin mucha influencia en el movimiento obrero organizado. Su papel crecerá en los años sesenta y setenta, cuando se une a las organizaciones revolucionarias armadas; la Alianza Anticomunista Argentina lo asesina en 1974.

La revolución cubana constituye evidentemente un viraje capital en la historia del marxismo latinoamericano y la historia de América Latina a secas.⁸⁶

Después de la destrucción del Estado dictatorial de Batista y de su aparato represivo a manos de la guerrilla dirigida por el joven abogado Fidel Castro (1927), la revolución democrática cubana experimenta un proceso de “transcrescimiento” hacia el socialismo, que desemboca hacia 1960-61 en la instauración de un Estado de tipo proletario. Las medidas democráticas y nacionales de 1959-60 —reforma agraria radical, expropiación de las refinерías de petróleo imperialistas, etcétera— se topan rápidamente con la oposición y la hostilidad creciente no sólo del capital extranjero y de la oligarquía terrateniente, sino del conjunto de las clases dominantes de la isla. En agosto de 1960, el régimen castrista expropia los principales capitales norteamericanos en Cuba (teléfono, electricidad, centrales azucareras, etcétera); luego, frente al sabotaje económico y la parálisis de la produc-

ción llevada a caso por la burguesía cubana, los revolucionarios del Movimiento 26 de Julio intervienen las fábricas abandonadas; finalmente, en octubre de 1960, llega la expropiación del conjunto de la gran burguesía nacional y la abolición *de facto* del capitalismo en Cuba, así como la constitución del milicias obreras y campesinas, fundamento de un nuevo Estado. La proclamación de la revolución socialista por Fidel Castro en mayo de 1961 (después de la derrota de la invasión contrarrevolucionaria de Bahía de Cochinos) sólo será la sanción explícita y “oficial” de una realidad ya existente.

Una observación de Fidel Castro de diciembre de 1961 resume la conclusión a la cual llegaron los dirigentes y militantes de la izquierda del M-26 de Julio: “Había que hacer la revolución antimperialista y socialista. Bien. La revolución antimperialista y socialista sólo tenía que ser una, una sola revolución, porque no hay más que una revolución. Esa es la gran verdad dialéctica de la humanidad: el imperialismo, y frente al imperialismo el socialismo”.⁸⁷ Algunos revolucionarios cubanos tenían esta perspectiva desde inicios de 1959; es el caso en particular de Guevara, que se proclamaba partidario, desde abril de 1959, del “desarrollo ininterrumpido de la revolución” hasta la destrucción del sistema social existente y de sus fundamentos económicos.⁸⁸ Para la mayoría de los demás la práctica precedió a la teoría, y el descubrimiento del marxismo y de la vía socialista ocurrió durante el propio proceso revolucionario: “Gracias a la revolución vamos a adquirir un gran fondo de experiencia. La revolución nos ‘revoluciona’ interiormente”.⁸⁹

El hecho excepcional de la revolución cubana es que todo un equipo político de origen pequeñoburgués y animado por una ideología jacobina (inspirada en José Martí) se haya pasado al campo del proletariado y se haya vuelto marxista por una verdadera “metamorfosis ideológica” colectiva, sin precedente. Fue la determinación de llevar a cabo, sin concesiones y hasta el final, transformaciones democráticas radicales, lo que llevó a Fidel Castro y a la izquierda del Movimiento 26 de Julio a ver en la revolución socialista la única vía capaz de realizar esas tareas históricas. Liberada de los esquemas etapistas paralizantes del PSP, la dirección castrista no tuvo miedo de rebasar el marco democrático-burgués y de tomar medidas anticapitalistas. Por lo tanto, no es casual el hecho de que la primera revolución socialista en América Latina se haya realizado bajo la dirección de revolucionarios que rompieron con el molde ideológico del comunismo

⁸⁷ Véase en este libro p. 260.

⁸⁸ Ernesto Che Guevara, “A New Old Interview”, 1959, *Selected Works*, MIT Press, 1969, p. 372.

⁸⁹ Fidel Castro, “Discours lors de la séance inaugurale du 9^e cycle de l’Université Populaire”, 2 de diciembre de 1961, en *3 discours sur la formation du Parti Uni de la Révolution Socialiste Cubaine*, editado por la Embajada de Cuba en Francia, París, 1962, p. 55.

⁸⁵ Silvio Frondizi, *La realidad argentina, ensayo de interpretación sociológica*, t. II, *La revolución socialista*, ed. Praxis, Buenos Aires, 1956, p. 234.

⁸⁶ Dado que la revolución cubana y los acontecimientos en América Latina desde 1959, se conocen mucho mejor que el período anterior, nos limitaremos aquí a situar esta época en el contexto global de la evolución del marxismo en el continente.

tradicional y con su concepción evolucionista del proceso histórico y su interpretación economicista del marxismo.⁹⁰

La revolución cubana trastocó evidentemente la problemática tradicional de la corriente marxista hegemónica en América Latina; por una parte, mostraba que la lucha armada era una vía eficaz para destruir un poder reaccionario y proimperialista y una precondition indispensable para el paso del socialismo; por otra, mostraba la posibilidad objetiva de una revolución que combinara tareas democráticas y socialistas en un proceso revolucionario *ininterrumpido*. Estas lecciones — eminentemente contradictorias respecto de la orientación de los partidos comunistas hacia el cambio pacífico y la alianza con la burguesía industrial para un desarrollo democrático, progresista y nacional del capitalismo — estimulan evidentemente la aparición de corrientes marxistas inspiradas en el ejemplo cubano.

Por lo tanto, a partir de 1959, el marxismo latinoamericano atraviesa por un nuevo período revolucionario, que vuelve a adoptar algunas de las ideas más vigorosas del “primer comunismo” de los años veinte. No existe continuidad política e ideológica directa entre ambas épocas, pero los castristas se valen de Mariátegui y sacan del olvido a Mella y a la revolución del Salvador de 1932.⁹¹ El dirigente y pensador revolucionario que mejor resume y simboliza este nuevo período del marxismo en América Latina es Ernesto Che Guevara (1928-1967), no sólo por su papel histórico en la revolución cubana, sino sobre todo por la influencia profunda de su obra y de su práctica en las nuevas corrientes revolucionarias del continente.

Esta influencia se ejerció a través de una serie de temas estrechamente relacionados entre sí, que constituyen el eje central del marxismo del Che.⁹²

1] el hombre nuevo como objetivo final de la revolución y el rechazo de los métodos económicos de construcción del socialismo fundados en “las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera)”.⁹³

2] El carácter socialista de la revolución en América Latina, revolución que debe derrocar “al mismo tiempo a los imperialistas y a los explotadores locales”.⁹⁴ Según la célebre fórmula de la *Carta a la Tricontinental* (que

⁹⁰ También es cierto que sin la ayuda y el apoyo económico y militar de la URSS, hubiera sido difícil que la revolución cubana sobreviviera al bloqueo económico y al intervencionismo de Estados Unidos.

⁹¹ Los escritos de Mella, fundador del PC cubano, no volverán a editarse en Cuba sino hasta después de la revolución castrista. El PSP no había publicado estos escritos desde los años treinta.

⁹² Cf. nuestra obra *El pensamiento del Che Guevara*, ed. Siglo XXI, México, 1979.

⁹³ Ernesto Che Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, en *Obra revolucionaria*, cit., pp. 630-31.

⁹⁴ Ernesto Che Guevara, “Guerra de guerrillas: un método”, en *Obra revolucionaria*, cit., pp. 23-109.

sirvió de bandera ideológica y programática para toda la izquierda revolucionaria del continente): “Las burguesías nacionales ya no son en absoluto capaces de oponerse al imperialismo —si algún día lo fueron— y forman ahora su traspatio. Ya no hay otros cambios por realizar: o revolución socialista o caricatura de revolución.

Con respecto a Cuba, Guevara examina, en un importante ensayo de 1964, las premisas metodológicas para un análisis marxista de la transformación de la revolución democrática en socialista. Plantea una pregunta: ¿cómo puede llevarse a cabo la transición al socialismo en un país semicolonial y poco industrializado? Rechaza irónicamente el punto de vista etapista, que contestaría “como los teóricos de la II Internacional [...] que Cuba rompió todas las leyes de la dialéctica, del materialismo histórico, del marxismo”. Partiendo de una comprensión muy diferente del marxismo y de la dialéctica entre el sujeto y el objeto, lo económico y lo político, recalca que en Cuba las fuerzas revolucionarias “saltan las etapas” para “forzar la marcha de los acontecimientos pero forzarla en el marco de lo que es objetivamente posible”.⁹⁵ La crítica de Guevara es válida no sólo para el menchevismo y el marxismo de la II Internacional, sino también para todos aquellos que en América Latina se valen del evolucionismo rígido, determinista y científico-naturalista de la doctrina de las etapas elaborada por Stalin.

3] la lucha armada como condición necesaria para esta revolución socialista, ya que la victoria del proletariado implica la destrucción del aparato militar burgués. Para Guevara, la guerra de guerrilla rural, concebida como continuación por otros medios de la lucha política de los trabajadores, es la forma más segura y más realista de lucha armada. Pero insiste en el hecho de que “pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población, es el preludio de un desastre inevitable. La guerrilla es la vanguardia combativa del pueblo [...]. Está apoyada por las masas campesinas y obreras de la zona y de todo el territorio de que se trate”.⁹⁶

Bajo la influencia de la obra y del ejemplo del Che Guevara, de los discursos y escritos de Fidel Castro, de los documentos programáticos de la dirección cubana —la Primera (1960) y la Segunda (1962) Declaración de La Habana— y sobre todo del ejemplo vivo y concreto de la revolución cubana misma, se constituye en América Latina una nueva corriente marxista: el castrismo. Una de las características más fundamentales de la interpretación del marxismo por esta corriente es cierto “voluntarismo revolucionario”, a la vez político y ético, que se opone a cualquier determinismo fatalista-pasivo: “El deber de todo revolucionario es hacer la revolución.

⁹⁵ Ernesto Che Guevara, “La planificación socialista, su significado”, *Obras II*, ed. Casa de las Américas, La Habana, pp. 322-23.

⁹⁶ Ernesto Che Guevara “Guerra de guerrillas: un método” en *Obra revolucionaria*, cit., pp. 551-52.

Sabemos que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es digno de un revolucionario sentarse a la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo". (Segunda Declaración de La Habana, 1962). De ahí también la idea de que no hay que esperar que todas las condiciones estén reunidas para empezar la lucha armada, en la medida en que el mismo foco de guerrilla puede contribuir a la constitución de estas condiciones.

Las primeras organizaciones castristas aparecerán a inicios de los años sesenta, a partir de la ruptura de los sectores de la juventud de ciertos partidos populistas (APRA peruano, Acción Democrática en Venezuela, etcétera), o de partidos comunistas tradicionales. Durante un primer periodo (1960-68), la mayoría de estos movimientos se lanza a la guerrilla rural, tratando de volver a realizar la gesta cubana del Movimiento 26 de Julio. Así surgen la guerrilla de las FALN (Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, dirigidas por Douglas Bravo) y del MIR (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria, dirigido por Américo Marín) en Venezuela, de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias, dirigidas por Turcios Lima) y del MR-13 (Movimiento Revolucionario 13 de noviembre, dirigido por Yon Sosa) en Guatemala, del MIR (dirigido por Luis de la Puente Uceda) y del ELN (Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Héctor Béjar) en Perú, del ELN (dirigido por Fabio Vázquez) de Colombia, del Frente Sandinista de Liberación (dirigido por Carlos Fonseca Amador) de Nicaragua, del Movimiento 14 de junio de la República Dominicana, y finalmente del ELN de Guevara en Bolivia.

En 1967 se reúne en La Habana el Congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que constituye la expresión política más acabada de este primer periodo castrista en el continente. La significación histórica de este congreso reside: a) en la grandiosa perspectiva de la coordinación continental del proceso revolucionario latinoamericano, por vez primera desde Bolívar, y b) en la proclamación unívoca y sin ambigüedad de la unidad del contenido democrático y socialista de la revolución en América Latina: "El carácter de la revolución es el de la lucha por la independencia nacional, la emancipación de las oligarquías y el camino socialista para su pleno desarrollo económico y social".⁹⁷ LA OLAS escogerá la guerra de guerrillas como el método más eficaz para la lucha en la mayoría de los países del continente.

Por esta época se publica la obra del joven filósofo francés Régis Debray que desarrolla de modo coherente y excesivo algunas de las ideas implícitas en la corriente castrista en ese momento. Su obra *¿Revolución en la Revolución?* (1966) tendrá mucho impacto y sus principales proposiciones —prioridad de lo militar sobre lo político, el foco de guerrilla como núcleo o remplazante del partido político— serán adoptadas por una parte impor-

⁹⁷ Véase texto en este libro p. 295.

tante de las organizaciones castristas.

Debido a su orientación "militarista" y voluntarista, la mayoría de estos movimientos de guerrilla experimentará un fracaso total o parcial, militar y político a la vez: después de algunos éxitos coyunturales, los combatientes y sus dirigentes serán diezmados y los núcleos de guerrilla desaparecerán (Bolivia, Perú) o serán aislados y marginados (Venezuela y en cierta medida Colombia). Por lo general, los guerrilleros lograrán establecer lazos locales con sectores del campesinado pobre, pero la ausencia de un movimiento de masas y de una organización política a escala nacional impedirán la extensión de la lucha armada. El Frente Sandinista de Nicaragua parece ser una de las raras excepciones, pero el eje de su actividad se desplazó hacia las ciudades.

Después de 1968 empieza una nueva etapa del castrismo, caracterizada sobre todo por el desarrollo de ciertos movimientos de guerrilla urbana, que tendrán un impacto político considerable: el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (dirigido por Raúl Sendic) en Uruguay, el PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo, dirigida por Roberto Santucho) en Argentina, la ALN (Acción de Liberación Nacional, dirigida por Carlos Marighella) y el MR-8 (Movimiento Revolucionario 8 de Octubre, dirigido por el capitán Carlos Lamarca) en Brasil; por último, el MIR (dirigido por Miguel Enríquez), en Chile. Si bien contaban con bases en el campo, estos movimientos serán fundamentalmente urbanos; encontrarán un apoyo significativo en el medio estudiantil e intelectual y en menor medida en los cinturones de miseria y en ciertos sectores radicalizados de la clase obrera. Sin embargo, la mayoría serán destruidos o muy debilitados por la represión brutal ejercida por los regímenes militares durante los años setenta. Algunos harán un balance autocrítico de su "militarismo" y de su incapacidad para arraigarse orgánicamente en las masas obreras y campesinas y tratarán de reorientar su práctica política.

A partir de 1974, la corriente castrista se organiza sobre todo en la Junta de Coordinación Revolucionaria formada por PRT-ERP, el MIR chileno, los Tupamaros y el ELN de Bolivia. Si bien sigue manteniendo lazos fraternales con Cuba, la Junta quiere ser autónoma con respecto a la dirección cubana y a su nueva política en América Latina (apoyo a ciertos regímenes militares nacionalistas, acercamiento con los partidos comunistas tradicionales, etcétera). Desde 1977-78, atraviesa una crisis profunda, debido a divergencias internas y a un debilitamiento de los grupos.

Uno de los pocos movimientos de guerrilla castrista que sobrevivió a la represión ha sido desde luego el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua. Durante los años 1977-79 el FSLN supo combinar campañas políticas de masas, actividades guerrilleras rurales y urbanas e insurrecciones locales sostenidas por la población pobre organizada en comités

de barrio.

El derrocamiento revolucionario de la dictadura de Somoza por la insurrección popular generalizada, bajo la dirección del FSLN puede abrir un nuevo capítulo en la historia social del continente. Gracias a la destrucción del aparato militar burgués, existe hoy la posibilidad objetiva, como sucedió en Cuba en 1959-60, de un proceso de revolución permanente que desemboque en transformaciones socialistas.

En El Salvador, que se encuentra actualmente en estado de guerra civil larvada, algunos grupos guerrilleros presentan características particulares. Surgieron en el curso de los años setenta y, extrayendo lecciones de las derrotas del foquismo, han tratado de impulsar, al mismo tiempo que el accionar armado, la organización masiva de los obreros, campesinos, estudiantes, maestros, habitantes de tugurios, etcétera. Han surgido así, paralelamente a los grupos armados, varios frentes de masas, incluyendo amplios sectores populares organizados en sus sindicatos y asociaciones: el BPR (Bloque Popular Revolucionario), el FAPU (Frente de Acción Popular Unificada) y las LP-28 (Ligas Populares 28 de febrero) que recientemente se han unido en una Coordinadora Revolucionaria de Masas (en la que participa también la Unión Democrática Nacional, cercana al Partido Comunista). La organización armada más importante es probablemente el Frente Popular de Liberación "Farabundo Martí" (cuyo nombre es un homenaje al dirigente comunista fusilado en 1932), que sostiene como línea la "revolución popular hacia el socialismo" y la lucha por "una sola patria socialista latinoamericana".⁹⁸

La revolución cubana provoca, paralelamente a la extensión de la corriente castrista, un desarrollo intenso de la ciencia social marxista. Por vez primera, el marxismo surge masivamente en las universidades latinoamericanas y fecunda la sociología, la economía política, la historia y la ciencia política. Una serie de trabajos de investigación teórica y empírica enjuicia y critica las tesis de la ciencia social norteamericana y sus imitadores en América Latina, las concepciones desarrollistas de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina de la ONU) y su problemática dualista ("sociedad moderna" versus "sociedad arcaica"), así como las doctrinas petrificadas (generalmente de origen stalinista) de la izquierda tradicional. La crítica de algunos de esos lugares comunes dominantes será formulada de modo conciso y polémico en el famoso ensayo del sociólogo mexicano Rodolfo Stavenhagen *Siete tesis erróneas sobre América Latina* (1965) y en el artículo de Luis Vitale, *Amérique Latine, féodale ou capitaliste?* (1966), y luego, de manera más extensa, por Andre Gunder Frank en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1967). Desde el inicio de los años sesenta, se publicó gran cantidad de investigaciones marxistas importantes e innovadoras acerca de los ámbitos clave de la realidad lati-

⁹⁸ *El Salvador Rebelde*, La Habana, septiembre de 1979, pp. 3 y 5.

noamericana: la dependencia y el subdesarrollo, el populismo, los sindicatos y sus relaciones con el Estado, el movimiento obrero y campesino, la cuestión agraria, la marginalidad, etcétera. Si bien a veces defienden tesis contradictorias, no hay duda de que estos trabajos —por ejemplo los de Alonso Aguilar, Arturo Anguiano, José Aricó, Mario Arrubla, Vania Bambrira, Roger Bartra, Carlos Blanco, Julio Cotler, Arnaldo Córdova, Fernando Henrique Cardoso, Francisco Delich, Enzo Faletto, Roberto Fernández Retamar, Adolfo Gilly, Octavio Ianni, Marcos Kaplan, Ernesto Laclau, Rigoberto Lanz, Héctor Malave Mata, Héctor Silva Michelena, José Álvaro Moisés, Gilberto Mathias, José Nun, Francisco de Oliveira, Juan Carlos Portantiero, Aníbal Quijano, Eder Sader, Germán Sánchez, Theotónio Dos Santos, Enrique Semo, Azis Simao, Paul Singer, Edelberto Torres Rivas, Francisco Weffort, etcétera— aportaron una rica y estimulante contribución a la interpretación marxista de América Latina.

Resulta importante recalcar que la nueva ciencia marxista no se limita al marco académico y participa frecuentemente en los debates ideológicos y en las luchas del movimiento obrero. Por ejemplo, entre los autores próximos a la izquierda revolucionaria como Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Aníbal Quijano y Luis Vitale, la investigación económica y social lleva explícitamente a cierta concepción de la estrategia política. Su problemática común se sitúa en torno a los ejes siguientes:

1] Rechazo de la doctrina de un feudalismo latinoamericano y caracterización de la economía colonial del pasado y de las estructuras agrarias del presente como esencialmente capitalistas;

2] Crítica del concepto de "burguesía nacional progresista" y de la perspectiva de un posible desarrollo capitalista independiente para los países latinoamericanos;

3] Análisis del fracaso de las experiencias populistas como resultado de la propia naturaleza de las formaciones sociales latinoamericanas, de su dependencia estructural, de la naturaleza política y social de la burguesía local, etcétera;

4] Descubrimiento del origen del retraso económico no en el feudalismo o en obstáculos precapitalistas al desarrollo económico, sino en las características del propio desarrollo capitalista dependiente;

5] Como conclusión: la imposibilidad de una vía "democrático-nacional" (burguesa) para el desarrollo económico y social de América Latina y la necesidad de la revolución socialista como única respuesta realista y coherente al subdesarrollo y a la dependencia.

No cabe ninguna duda de que la revolución cubana fue un poderoso estímulo para tal enjuiciamiento de la ciencia social establecida. De una manera más global, la revolución cubana creó el "clima ideológico" favorable a un renacimiento del marxismo en América Latina, y a su emancipación del modelo de marxismo-leninismo vehiculado por la Unión Soviética. Sobre

todo, el triunfo de una revolución socialista en Cuba asestó un golpe mortal al argumento ideológico clásico del pensamiento burgués en el continente: "el marxismo es una doctrina europea, visceralmente extranjera a la idiosincrasia de los pueblos latinoamericanos"...

En la propia Cuba, se asistió durante los años sesenta a un florecimiento de investigaciones sociológicas, históricas y filosóficas que demostraron la existencia de un marxismo creador y abierto, cuya expresión más notable fue la revista *Pensamiento Crítico*, publicada entre 1967 y 1970.

No obstante, el castrismo no fue la única corriente revolucionaria que se desarrolló en América Latina después de 1959; el trotskismo y el maoísmo también experimentaron en menor grado una extensión significativa.

La consolidación del trotskismo durante este periodo deriva entre otras cosas del hecho de que algunos sectores de la juventud radicalizada consideraron a la revolución cubana como una confirmación de ciertas tesis que se valen de las ideas de Trotsky y/o de la IV Internacional, en particular la teoría de la revolución permanente como proceso que lleva al transcurso de la revolución democrática en socialista. El trotskismo pudo también desarrollarse debido a la crisis del movimiento comunista tradicional después de la revolución cubana y a la polémica del castrismo con la política moderada de los PC latinoamericanos.

En Perú en 1961-1963, un militante trotskista, Hugo Blanco, dirigió uno de los mayores movimientos de masas campesinas de la historia reciente del continente, las ocupaciones de tierras por los sindicatos campesinos del valle de la Convención. Hugo Blanco tratará también de organizar una milicia campesina para defender al movimiento contra los propietarios terratenientes y la policía, pero la represión de las Fuerzas Armadas destruirá los sindicatos campesinos y detendrá a su dirigente.⁹⁹

La simpatía de los trotskistas por la revolución cubana y la ausencia de prejuicios antitrotskistas en los castristas permitirán en una serie de países relaciones de colaboración entre ambas corrientes, e incluso cierta "simbiosis" política y/u organizativa durante algún tiempo.

En Chile, por ejemplo, los trotskistas (Luis Vitale, etcétera) participarán en la fundación del MIR en 1965; aun después de su salida algunos años más tarde, sus ideas seguirán influyendo en la organización, y los trotskistas consideran al MIR como el grupo castrista más cercano a su problemática.

En Bolivia, el POR de González Moscoso y el ELN de Inti Peredo colaboran estrechamente de 1969 a 1971, e incluso fusionan parcialmente sus ramas militares.

⁹⁹ Militantes del FIR (Frente de la Izquierda Revolucionaria), organización trotskista peruana a la cual pertenecía Hugo Blanco, llevarán a cabo en 1961-62, bajo la dirección de Daniel Pereyra, las primeras "expropiaciones de bancos" en América Latina.

Por último, en Argentina, surge en 1965, de la fusión entre un grupo castrista y una organización trotskista, el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) que será, de 1969 a 1973, la sección argentina de la Cuarta Internacional.¹⁰⁰

Esta alianza trotsko-castrista cristalizará en el IX Congreso de la IV Internacional (1969), que proclama una orientación hacia la lucha armada y hacia la integración de las organizaciones trotskistas en la corriente de la OLAS. Sin embargo, en los años setenta, divergencias estratégicas y tácticas provocarán un distanciamiento entre ambas tendencias, que no obstante seguirán teniendo relaciones fraternales en la mayoría de los países. Durante este nuevo periodo, el trotskismo se desarrollará sobre todo en México, donde el PRT (sección mexicana de la IV Internacional) se desarrolla rápidamente con una influencia importante en sindicatos campesinos independientes, y en Perú, donde el FOCEP (Frente Obrero Campesino Estudiantil), coalición de dominante trotskista, dirigida en particular por Hugo Blanco, recibirá el 12% de los votos en las elecciones de junio de 1978 para la Asamblea Constituyente.

En cambio, las relaciones entre el maoísmo y el castrismo serán conflictivas en la mayoría de los casos. El maoísmo surgirá en el continente a consecuencia de la polémica sino-soviética y como resultado de escisiones de partidos comunistas tradicionales. El primer grupo maoísta latinoamericano será el Partido Comunista de Brasil, producto de una disidencia, en 1962, en el Partido Comunista Brasileño, prosoviético; el PC de Brasil lo funda una parte de la antigua dirección del partido (que apelaba a la doctrina de Stalin), descontenta con el XX Congreso y la destalinización, y cuyas principales preocupaciones correspondían con las críticas de China a Jruschov. El PC de Brasil oscilará entre el regreso a la política más ofensiva del partido en la época de la guerra fría (1949-53) y un intento de aplicación de la estrategia revolucionaria del PC chino; por lo tanto, el partido maoísta brasileño predicaba un "bloque de las cuatro clases" y el establecimiento de un gobierno popular revolucionario mediante la guerra del pueblo (concebida como "cerco de las ciudades por el campo"), que debía llevar a cabo una revolución antimperialista y antilatifundista. Los maoístas estaban de acuerdo con los prosoviéticos en rechazar el carácter socialista de la revolución en su etapa actual y en la necesidad de un frente con la burguesía nacional; no obstante, insistían en la hegemonía del proletariado en el seno de la alianza de clases y en la necesidad de la lucha armada. Durante los años sesenta, el PC de Brasil se negará a entablar acciones armadas y criticará severamente las actividades de la guerrilla cas-

¹⁰⁰ En 1968, una escisión dirigida por Nahuel Moreno dejará el PRT, negándose a entablar la lucha armada contra el régimen militar argentino, y constituirá más tarde el PST, Partido Socialista de los Trabajadores. En cuanto el PRT-ERP, dejará en 1973 la IV Internacional trotskista y su orientación política e ideológica se acercará sobre todo al comunismo vietnamita.

trista (ALN, MR-8, etcétera) como contrarias a la verdadera guerra del pueblo; sin embargo, hacia 1971-73, el partido participará en una acción de guerrilla campesina en Amazonia, que el Ejército brasileño acabará por diezmar. La adhesión en esta época de una parte importante de la Acción Popular, organización de origen cristiano de izquierda que durante los años sesenta fue hegemónica en el movimiento estudiantil brasileño, fortaleció al PC de Brasil.

Organizaciones semejantes al PC de Brasil surgirán en otros países: el PCML (Partido Comunista Marxista-Leninista) de Perú, el PCML de Bolivia, el PCML de Colombia, etcétera. Este último se distingue de los demás grupos maoístas por el desarrollo de una importante organización de guerrilla rural, el EPL (Ejército Popular de Liberación) desde 1967. En cambio, la negativa del PCML de Bolivia (dirigido por Oscar Zamora) a apoyar la guerrilla del Che en 1967 será uno de los temas del enfrentamiento político entre maoísmo y castrismo en el continente. Durante los años setenta, la nueva política exterior de China (acercamiento a Estados Unidos, actitud ambigua hacia Pinochet, etcétera) provoca una profunda crisis en la corriente maoísta, como resultado de la cual varias organizaciones (en particular el PC de Brasil ML) se acercarán a Albania.

El desarrollo del castrismo, del maoísmo y del trotskismo en América Latina después de 1959 significa evidentemente un desafío para la hegemonía de los partidos comunistas tradicionales sobre el movimiento obrero.

Estos partidos reaccionarán diversamente frente a las organizaciones castristas; algunos de ellos (Argentina, Brasil, Colombia, Chile) rechazarán desde un principio cualquier compromiso con la nueva corriente, clasificada como aventurera pequeñoburguesa; otros tratarán episódicamente de colaborar con los grupos armados castristas (Bolivia, Venezuela, Guatemala); pero muy pronto las divergencias profundas acerca del papel mismo de la lucha armada (¿estrategia o táctica?) provocarán una ruptura, por lo que cuadros militares comunistas (Douglas Bravo en Venezuela) o sectores de las juventudes comunistas (Inti Peredo en Bolivia) pasarán a las filas de la guerrilla castrista. Por último, algunos partidos, en particular el uruguayo (bajo la dirección de Rodney Arismendi) participarán en la OLAS y lograrán establecer un *modus vivendi* e incluso cierta colaboración con la corriente castrista (Tupamaros).

El partido que experimentó la crisis más profunda después de la revolución cubana fue probablemente el PC brasileño.¹⁰¹ Profundamente com-

¹⁰¹ El PC venezolano también atravesó hacia 1969-70 por una crisis grave, que provocó la salida de una buena parte de los dirigentes y de sectores importantes de la base, que constituirán el MAS (Movimiento al Socialismo, dirigido por Theodoro Petkoff); esto no se debió a la lucha armada, sino más bien al problema de las relaciones con la URSS, cuestionadas después de la invasión a Checoslovaquia en 1968; se trata por lo tanto de una crisis semejante a la que atraviesa el Partido Comunista Griego hacia la misma época.

prometido en el régimen populista del presidente João Goulart y confiando en el sector "democrático-nacional" de las Fuerzas Armadas brasileñas, el PCB será sorprendido por el putsch militar de abril de 1964, que establecerá la dictadura que sigue en el poder hoy día. Sin embargo, contrariamente a la dictadura que después de la caída de Arbenz en 1954, se autocrítica por haber seguido a la burguesía, el PCB subraya, mediante una resolución de su Comité Central en mayo de 1965, las tendencias "sectarias e izquierdistas" del partido durante los años 1962-64, tendencias que habían "alejado del frente único a importantes sectores de la burguesía nacional".¹⁰² El fracaso de 1964 y el tipo de autocrítica (considerada como "de derecha" por los oponentes) provocarán una crisis interna del partido que el impacto de la conferencia de la OLAS fortalecerá mucho; a partir de 1967 muchos militantes y algunos de los principales dirigentes del PCB (Carlos Marighe-lla, Joaquim Câmara Ferreira, Mario Alves, Apolinio de Carvalho, etcétera) dejarán el partido para fundar organizaciones de la izquierda revolucionaria y entablar la lucha armada.

Otros partidos, en cambio, como el PC chileno, no experimentarán ninguna escisión importante (salvo algunos sectores de la juventud unida al MIR) y no se dejarán influir en absoluto por la revolución cubana. Gracias a su fuerza de organización y a su coherencia ideológica, el PC chileno se convertirá en la fuerza hegemónica dentro de lo que puede considerarse como el intento más importante de paso pacífico al socialismo en América Latina.

Hay que recalcar que frente a las vacilaciones del Partido Socialista, cuya base estaba profundamente influida por tendencias castristas y trotskistas, el PC será en el gobierno de Allende la fuerza obrera *más moderada*. Convenido desde siempre que Chile no podía volverse socialista sin pasar primero por una etapa "antilogárquica y antimperialista",¹⁰³ el partido comunista trata por todos los medios posibles de asegurar un *modus vivendi* entre el gobierno de la Unidad Popular y fuerzas burguesas consideradas como progresistas, mediante la limitación de las nacionalizaciones,¹⁰⁴ mediante el diálogo con la Democracia Cristiana y sobre todo por medio de la colaboración con las Fuerzas Armadas, entre las cuales, según los dirigentes comunistas, "reina el espíritu profesional y el respeto al gobierno establecido conforme a la Constitución".¹⁰⁵ En conclusión, se puede decir que los trágicos

¹⁰² Cf. Carlos Rossi, "Le PC brésilien", en *Révolution permanente en Amérique Latine*, ed. Maspero, París, 1972, p. 15.

¹⁰³ Cf. por ejemplo el informe del secretario general al XIV Congreso del partido en noviembre de 1969, Luis Corvalán, *Camino de victoria*, Santiago, septiembre de 1971, p. 323.

¹⁰⁴ El famoso "plan Millas" elaborado por el ministro comunista de Finanzas, preveía incluso la devolución a los propietarios de ciertas empresas expropiadas durante la "huelga patronal" de octubre de 1972.

¹⁰⁵ Cf. L. Corvalán, *Camino de victoria*, cit., pp. 425-26. En una entrevista a *L'Humanité*, Corvalán —secretario general del PC chileno— subraya: "En los

acontecimientos de septiembre de 1973 no habían sido previstos y eran difícilmente previsibles en el marco de la concepción que tenía el PC chileno de la naturaleza del aparato de Estado y su relación con las clases sociales.

Algunas palabras sobre las corrientes socialistas en América Latina. La socialdemocracia no llegó a implantarse efectivamente en el continente. La principal excepción —hasta los años sesenta— fueron los Partidos Socialistas de Argentina y Uruguay, que tuvieron durante muchos años un papel significativo en el movimiento obrero, en Uruguay bajo la dirección de E. Frugoni, y en Argentina de Juan B. Justo, Alfredo Palacios, Américo Ghioldi, Alicia Moreau de Justo, etcétera. Pero aquí también la revolución cubana tuvo su impacto, provocando la radicalización de sectores de esos partidos. En los años sesenta el PS argentino conoce varias escisiones, tanto de derecha (Partido Socialista Democrático, de Ghioldi y Nicolás Repetto) como de izquierda (Partido Socialista de Vanguardia, de David Tieffenberg, etcétera; una de las fracciones socialistas, dirigida por Juan Coral, se unificó con el grupo "La Verdad" de Nahuel Moreno para formar en 1972 el Partido Socialista de los Trabajadores, ubicado dentro del trotskismo): en consecuencia, se ha debilitado y marginado la corriente socialdemócrata argentina, casi desapareciendo como fuerza sindical o política importante. Un proceso semejante ocurrió en Uruguay, donde los sectores más combativos del Partido Socialista constituyen (bajo la dirección de Raúl Sendic) el Movimiento Tupamaro.

Los principales partidos latinoamericanos que se autoubican dentro del socialismo, como el PS chileno, el Partido Socialista Revolucionario del Ecuador, el MAS (Movimiento Al Socialismo) de Venezuela, por su referencia al marxismo, por su programa y su estrategia, por sus relaciones internacionales, etcétera, no pueden ser considerados partidos socialdemócratas. En realidad, en el seno de las varias corrientes del marxismo en América Latina predomina la referencia positiva a la Revolución de Octubre, desde los años veinte hasta hoy.

Actualmente, la aplastante mayoría de la población de América Latina se encuentra sometida a regímenes militares conservadores y represivos, cuyas fuerzas armadas y policíacas se especializan en la detención, tortura y asesinato de los militantes marxistas de varias tendencias: comunistas prosoviéticas o maoístas, castristas o trotskistas, revolucionarios o reformistas. Más allá del debate político necesario y de los enfrentamientos ideológicos inevitables, un número creciente de militantes considera por lo tanto que

círculos ultrarrevolucionarios, se afirma que el enfrentamiento con el ejército es ineluctable, fatal [...]. A fin de cuentas, considerar el enfrentamiento armado como fatal implica —y algunos lo sugieren— la formación inmediata de milicias populares armadas. En la situación actual esto equivaldría a una señal de desconfianza hacia el ejército. Ahora bien, el ejército no es impermeable a los vientos nuevos que soplan en América Latina y que penetran en todos los rincones". *L'Humanité*, 7 de enero de 1971.

la unidad de acción del conjunto de las corrientes del movimiento obrero que se valen del socialismo y del marxismo es, más que nunca, un imperativo urgente. Como lo escribía Mariátegui, el 10. de mayo de 1924:

Formar un frente único es tener una actitud solidaria ante un problema concreto, ante una necesidad urgente. No es renunciar a la doctrina que cada uno sirve ni a la posición que cada uno ocupa en la vanguardia. La variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esa inmensa legión humana que se llama el proletariado. La existencia de tendencias y grupos definidos y precisos no es un mal; es por el contrario la señal de un periodo avanzado del proceso revolucionario. Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día [...]. Que no empleen sus armas [...] en herirse unos a otros, sino en combatir el orden social, sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes.¹⁰⁰

París, 26 de julio de 1979

100 J. C. Mariátegui, "El 10. de mayo y el frente único", 1924, en *Obra política*, cit., pp. 253-54.

El objetivo de esta antología es llenar un vacío y proporcionar un instrumento de trabajo útil a los investigadores y a los militantes. En efecto, no existe prácticamente ningún acopio de textos políticos significativos del marxismo latinoamericano en el siglo xx. Una de las raras obras de este tipo, el pequeño volumen de Luis Aguilar (*Marxism in Latin America*, Borzoi Books, A. Knopf, Nueva York, 1968) un cubano emigrado a Estados Unidos después de la revolución, padece las limitaciones drásticas del *pocket-book* de "kremlinología" norteamericana.

Resulta evidente que cualquier selección de textos tiene cierto grado de arbitrariedad, y esta antología no escapa a la regla. Sin embargo, nuestro propósito era recopilar documentos o fragmentos de ellos de diferentes corrientes del marxismo latinoamericano, incluso las corrientes minoritarias, de oposición, olvidadas por la historia oficial de los universitarios (y por la de los partidos comunistas). El eje central de la mayoría de los documentos es la lucha política, aun si incluyen, por supuesto, desarrollos teóricos, sociológicos, económicos e históricos.

El método de esta antología es decididamente *historicista*: se trata de considerar la evolución del pensamiento marxista en el marco de las luchas sociales y políticas en cada periodo histórico de América Latina. Por otra parte, se funda en suposición de que la historia del marxismo en América Latina no puede considerarse como un universo aparte, separado del contexto internacional; por lo tanto, hacemos hincapié en cada etapa en el lazo con las transformaciones del movimiento obrero mundial.

Hemos escogido únicamente textos referentes a América Latina; así nos vimos obligados a sacrificar una serie de escritos muy interesantes sobre el método marxista, la teoría socialista o el leninismo, que constituyen a veces verdaderas contribuciones latinoamericanas al pensamiento marxista universal. Estos trabajos constituirán quizás otro libro.

Por otra parte, tuvimos que descartar (salvo algunas excepciones) trabajos propiamente económicos y sociológicos, que experimentaron, en particular después de 1960, un verdadero auge en América Latina, con la aparición de una nueva ciencia social marxista, de gran riqueza y calidad.

En fin, por falta de espacio, no hemos podido incluir textos de ciertas corrientes significativas del marxismo latinoamericano: por ejemplo, los Cristianos por el Socialismo, que fundamentan sus tesis socioeconómicas y políticas en el marxismo; o la corriente llamada "izquierda nacional", que

ha subyugado la dimensión nacional de la lucha revolucionaria en el continente (Jorge Abelardo Ramos en Argentina, Carlos Malpica y la revista *Marka* en Perú, etcétera); o la corriente de la "negritud marxista", que incluye al mismo Franz Fanon —nacido en Martinica y autor de *Piel negra, máscaras blancas* (1952), que trata sobre la condición del negro en las colonias francesas de las Antillas— a Jacques Stéphen Alexis, escritor, poeta y dirigente del Partido Comunista de Haití, asesinado por la dictadura de Duvalier, al historiador brasileño Clovis Moura, a las corrientes influenciadas por el Black Power en el Caribe anglófono, etcétera.

Nuestra recopilación de textos comienza en el siglo xx; hubo, por supuesto, pensadores y organizaciones que se valían del marxismo desde fines del siglo xix, pero su influencia fue muy limitada y su papel político más bien marginal.

1
LA INTRODUCCIÓN DEL MARXISMO
EN AMÉRICA LATINA

JUAN B. JUSTO, *El librecambio*^{*1}

Médico y publicista, Juan B. Justo (1865-1928) fue el fundador del Partido Socialista (1896) y el autor de la primera traducción al español del libro I de El Capital (1895). Podría ser considerado como uno de los primeros difusores del marxismo en América Latina, pero en realidad sus escritos deben tanto a la sociología positivista (Comte, Durkheim, Spencer son frecuentemente mencionados) como a Marx. Vinculado con las corrientes moderadas de la II Internacional (participa en el Congreso de Copenhage en 1910, y, después de la primera guerra mundial, de la Internacional Socialista, Justo será el principal dirigente y teórico de una corriente socialdemócrata latinoamericana que, fuera de la Argentina y en cierta medida del Uruguay, nunca se convertirá en una fuerza política importante en el continente.

Su principal obra científica es Teoría y práctica de la historia (1909) que constituye una combinación ecléctica de tesis marxistas, liberales y positivistas. Publicamos aquí un corto pasaje de esta obra que desarrolla las ventajas del librecambio para Argentina. Justo era un librecambista apasionado; en su intervención en la Conferencia Socialista de Berna en 1919, presenta la libertad del comercio internacional como la única garantía contra nuevas guerras y predica "la unificación económica del mundo" mediante la abolición de las tarifas arancelarias.²

Las tesis de Justo fueron severamente criticadas por la mayoría de los marxistas argentinos como una semiapología del imperialismo y una incomprensión radical de la cuestión nacional en América Latina.

Librar al pueblo trabajador de la extensión fiscal es otra de las grandes funciones de la democracia obrera.

En lugar de pedir a los pudientes las contribuciones necesarias para mantener la maquinaria política que funciona en su provecho, los gobiernos echan sobre los hombros del pueblo los gastos del Estado, en forma de impuestos sobre la vida y el trabajo. En España, hacia 1907, el impuesto de

* Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia* (1909), ed. Libera, Buenos Aires, 1969, pp. 485-86.

¹ La mayoría de los títulos de los textos fueron escogidos por Michael Löwy. [E.]

² Cf. Juan B. Justo, *Internacionalismo y patria*, ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1933, pp. 26-27.

consumos sustraía anualmente a la población 400 millones de pesetas, de los cuales sólo 160 ingresaban a las arcas públicas, perdiéndose lo demás en los rodajes del complicado aparato fiscal necesario para quitar aquella suma al pueblo consumidor. En la República Argentina los derechos de aduana encarecen enormemente todo lo que se introduce para el consumo de la clase trabajadora, desde el arroz, la sal, el azúcar, el café y los tejidos y ropas de uso común hasta el petróleo con que el pueblo obrero se alumbraba y el hierro galvanizado que le sirve de techo. Cada una de esas gabelas equivale a una merma de los salarios reales. Y las agravan los derechos sobre todos los útiles de trabajo del pueblo, desde la herramienta del artesano hasta las agujas y el hilo de coser, y el impuesto de patente que se exige a todo el que trabaja por su cuenta, desde el que hace pan hasta la que ejerce de partera. ¿No existe en la provincia de Buenos Aires un impuesto contra la producción, que grava las huertas de legumbres para los mercados y deja libres los parques y las grandes mansiones campestres de recreo? La nueva democracia ha de abolir esas odiosas cargas con que el Estado burgués abruma al pueblo trabajador.

Internacional de tendencia y organización, el partido obrero que sostiene su oficina central de Bruselas y celebra la fiesta mundial del 1.º de mayo, no puede ser engañado por las ficciones del nacionalismo industrial o proteccionismo. Para él las actuales trabas aduaneras al comercio entre los pueblos son tan bárbaras como lo eran hace ciento cincuenta años las que impedían el comercio de provincia a provincia; y no puede respetarlas sino en cuanto son indispensables para la vida de empresas ya establecidas, cuya ruina perjudicaría a los trabajadores que ocupan.

Con el mismo criterio juzga la política obrera la contribución de tiempo o de sangre que el Estado exige al proletariado para fines militares.

La vinculación de los partidos obreros consolida la paz internacional. Sucede en el mundo como en el Imperio Austriaco, conglomerado heterogéneo de razas, lenguas y religiones en perpetua lucha, que ha adquirido unidad y consistencia con el desarrollo de la democracia social. Ni el imperialismo ni el nacionalismo fanático encuentran su órgano en el partido obrero, que desconfía por igual de las empresas guerreras del capitalismo y de la estructura patriótica en que suelen caer las oligarquías depravadas e ineptas al aproximarse el término de su dominación. La democracia obrera no admite más guerras que las defensivas contra el bárbaro enemigo exterior y las conducentes a abrir nuevas zonas del medio físico-biológico a la acción inteligente del hombre. Entre pueblos cultos, el arbitraje debe resolver todas las cuestiones. La nueva política se empeña en reducir los gastos de guerra que insumen todavía una porción enorme de la riqueza pública y en democratizar las instituciones militares y limitar las obligaciones personales que ellas imponen. En Francia el cuartel comienza a ser utilizado para la educación profesional, cooperativa y cívica de los ciudadanos.

LUIS EMILIO RECABARREN, *Ricos y pobres**

Contrariamente a Juan B. Justo, Luis Emilio Recabarren (1876-1924), que fue también uno de los primeros pensadores marxistas de América Latina, representa la corriente revolucionaria del movimiento socialista naciente en el continente. Más bien educador y propagandista notable que teórico, Recabarren fue el fundador del Partido Obrero Socialista de Chile en 1912, que se transformó en 1922 en Partido Comunista, sección chilena de la III Internacional. En 1916-18 actuó en el Partido Socialista argentino, donde se opuso a la tendencia reformista dirigida por Justo y participó en la fundación del Partido Socialista Internacional (futuro Partido Comunista Argentino).

Publicamos aquí extractos de una conferencia que dictó Recabarren en septiembre de 1910, en ocasión del primer centenario de la Independencia de Chile. Se trata de una de las primeras tentativas de análisis marxista del proceso de emancipación de las colonias hispánicas en América y de sus resultados desde el punto de vista del pueblo trabajador. El texto impresiona por su combatividad clasista y su rechazo de la mitología patrioter burguesa, pero carece de dimensión antimperialista.

Esta conferencia escrita con ocasión del primer centenario de lo que se llama *emancipación política del pueblo*, ha de dejar en sus páginas bien precisada la condición política del país.

La burguesía por el conducto de sus escritores nos habla siempre de "los grandes hombres que nos dieron patria y libertad" y esta frase ha pretendido grabarla en la mente del pueblo haciéndole creer que es propia para todos.

Yo mismo en torno mío... miro en torno de la gente de mi clase... miro el pasado a través de mis treintaicuatro años y no encuentro en toda mi vida una circunstancia que me convenza que he tenido patria y que he tenido libertad...

¿Dónde está mi patria y dónde mi libertad? ¿La habré tenido allá en mi infancia cuando en vez de ir a la escuela hube de entrar al taller a vender al capitalista insaciable mis escasas fuerzas de niño? ¿La tendré hoy cuando todo el producto de mi trabajo lo absorbe el capital sin que yo disfrute un átomo de mi producción?

Yo estimo que la patria es el hogar satisfecho y completo, y la libertad sólo existe cuando existe este hogar. La enorme muchedumbre que puebla campos y ciudades, ¿tiene acaso hogar? ¡No tiene hogar...! ¡No tiene hogar...! ¡Y el que no tiene hogar no tiene libertad! Todos los grandes creadores y fundadores de la economía política han afirmado este principio:

* Luis Emilio Recabarren, "Ricos y pobres", 3 de septiembre de 1910, en *Obras*, ed. Casa de las Américas, La Habana, 1976, pp. 74-76, 79-80.

"¡El que no tiene hogar no tiene libertad!"

A ver, ¿quién puede contradecirme?

Acaso los que vencieron al español en los campos de batalla, ¿pensaron alguna vez en la libertad del pueblo? Los que buscaron la nacionalidad propia, los que quisieron independizarse de la monarquía buscaban para sí esa independencia, no la buscaron para el pueblo.

¡Celebrar la emancipación política del pueblo! Yo considero un sarcasmo esta expresión. Es quizás una burla irónica. Es algo así como cuando nuestros burguesitos exclaman: ¡El soberano pueblo...! cuando ven a hombres que visten andrajos, poncho y chupalla. Que se celebre la emancipación política de la clase capitalista, que disfruta de las riquezas nacionales, todo eso está muy puesto en razón.

Nosotros, que desde hace tiempo ya estamos convencidos que nada tenemos que ver con esta fecha que se llama el aniversario de la independencia nacional, creemos necesario indicar al pueblo el verdadero significado de esta fecha, que en nuestro concepto sólo tienen razón de conmemorarla los burgueses, porque ellos, sublevados en 1810 contra la corona de España, conquistaron esta patria para gozarla ellos y para aprovecharse de todas las ventajas que la independencia les proporcionaba; pero el pueblo, la clase trabajadora, que siempre ha vivido en la miseria, nada, pero absolutamente nada gana ni ha ganado con la independencia de este suelo de la dominación española. Tal es así que los llamados padres de la patria, aquellos cuyos nombres la burguesía pretende inmortalizar, aquellos que en los campos de batalla dirigieron al pueblo-soldado para pelear y desalojar al español de esta tierra, una vez terminada la guerra y consolidada la independencia, ni siquiera pensaron en dar al proletariado la misma libertad que ese proletariado conquistaba para los burgueses reservándose para sí la misma esclavitud en que vivía. [...]

El espíritu de mezquindad y la falta de moral incapacitó, entonces, a la burguesía para darle a la República, que nacía por el esfuerzo de sus esclavos, el brillo de una verdadera grandeza que pudiera denotar a la vez que los fundadores de la patria eran grandes hombres. ¡Qué pequeños les vemos hoy!

Hasta el año 1823, fecha en que Chile se dio la primera Constitución, no se encuentra ninguna ley que demuestre una acción generosa para el pueblo, que le reconozca algún derecho o que siquiera piense en él como personas dignas de figurar en la sociedad.

Todo lo que existe son esas leyes que acabo de citar. Eso en cuanto a los primeros actos de la independencia nacional. Y ahí se ve la parte que le tocó al pueblo en el triunfo de esa jornada revolucionaria que entregó a la burguesía la administración de la riqueza natural y social de esta región del planeta, dejando al pueblo sumido en su ya larga era de miseria.

Y si esto es la verdad, ¿qué cosa es lo que celebra el pueblo en este

aniversario? Lo que en realidad hace el pueblo en esta fecha, estimulado por la burguesía, es gastar su dinero en torrentes de licor que la misma clase burguesa le vende para guardar el dinero en sus cajas insaciables.

Si los primeros pasos de la nación independiente nada reconocieron en el pueblo, mucho menos se hizo después, y en los primeros actos electorales se prescindió del pueblo, y aun podemos decir que los fraudes y la intervención oficial nacieron juntos con la república. Veamos lo que a este respecto decía el caudillo conservador M. J. Irarrázaval en el Senado, en la sesión del 11 de noviembre de 1889, cuando se discutía la ley de la comuna autónoma:

He aquí el primer acto de intervención oficial. No puedo menos que deplorar que haya iniciado O'Higgins esta serie de actos por demás reprochables... Aquella intervención que tenía, podría decirse, cierto aspecto de cortés, de vergonzante, se escondía, no quería de ningún modo hallarse comprometida, porque habría hecho perder su influencia al Director Supremo de la República.

Esto decía Irarrázaval comentando una carta de O'Higgins en que recomendaba la elección de algunos de sus amigos para diputados. Pero este mismo Irarrázaval, a quien se le atribuyen propósitos magníficos en favor del pueblo y de sus derechos, reclamaba en la sesión del Senado del 5 de agosto de 1874, cuando se discutía la ley de voto acumulativo, lo siguiente: "Advierta la Cámara que yo no digo ni sostengo que cualquier minoría tiene derecho de hacerse representar".

Irarrázaval demostraba con esto que él no pensaba en el pueblo ni quería que se creyese que al defender el voto acumulativo pretendiera él defenderlo en beneficio de las clases populares. Irarrázaval pedía el voto acumulativo para que por medio de él se vieran representados en la Cámara todos los intereses sociales de la burguesía. Los intereses populares no se tomaban en cuenta.

Si éste ha sido el criterio dominante, expuesto en diversas ocasiones desde 1810 hasta la fecha, no vemos razón alguna para que la clase popular sienta regocijo por el advenimiento periódico de esta fecha.

La fecha gloriosa de la emancipación del pueblo no ha sonado aún. Las clases populares viven todavía esclavas, encadenadas en el orden económico, con la cadena del salario, que es su miseria; en el orden político, con la cadena del cohecho, del fraude y la intervención, que anula toda acción, toda expresión popular y en el orden social, con la cadena de su ignorancia y de sus vicios, que le anulan para ser consideradas útiles a la sociedad en que vivimos.

Un pueblo que vive así sometido a los caprichos de una sociedad injusta, inmoral y criminalmente organizada, ¿qué le corresponde celebrar en el

18 de septiembre? Nada. El pueblo debe ausentarse, debe negar su concurso a las fiestas con que sus verdugos y tiranos celebran la independencia de la clase burguesa, que en ningún caso es la independencia del pueblo ni como individuo ni como colectividad.

2

EL PERIODO
REVOLUCIONARIO

Flora Magda PLM

Obras populares (May. 68)

→ Imposibilidad de un desarrollo autónomo
→ cuestión colonial
→ Burguesía.

Revolución y nación

I. DOCUMENTOS DEL COMINTERN LENINISTA (1921-23)

*Sobre la revolución en América**

Los dos documentos de la III Internacional que se reeditan aquí presentan mucho interés. No sabemos quién los escribió, ni si algunos latinoamericanos participaron en su redacción. La comparación con los textos comunistas latinoamericanos a partir de los años treinta permite medir el profundo cambio de orientación, de lenguaje y de problemática del movimiento comunista en el mundo y en América Latina.

La idea principal del primer texto es la alianza revolucionaria de los obreros y campesinos contra el imperialismo norteamericano y la burguesía local. La hipótesis de la extensión continental de la revolución —tesis grata a la corriente castrista de los años sesenta— aparece aquí por vez primera. En cambio, la problemática de la unidad inmediata de los proletarios de América del Sur y del Norte parece más "anticuada", ya que corresponde a un periodo en que aún existían corrientes revolucionarias en el seno del movimiento obrero de Estados Unidos.

AMÉRICA DEL SUR, BASE COLONIAL DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Poner bajo su férula al mundo entero: tal es el objetivo del imperialismo norteamericano. Pero así como la clave del imperialismo británico reside en su sistema colonial, el imperialismo norteamericano se basa en la explotación y en la dominación de América del Sur.

Los pueblos de América del Sur se equivocan ridículamente cuando hablan de su independencia. En el periodo imperialista, no se puede hablar de independencia para los pueblos pequeños: están reducidos a una dependencia vasalla hacia los grandes Estados. En el sector económico, por el comercio y la penetración de los capitales; en el sector político, mediante la doctrina de Monroe, el imperialismo norteamericano subordinó a los pueblos de América del Sur. ¿Dónde está la independencia de estos pueblos? Colocados bajo la tutela del gobierno norteamericano, que los sometió a veces por la fuerza de las armas como los de América Central, otras veces por una incalificable presión diplomática y por sangrientas intrigas

* "Sobre la revolución en América. Llamamiento a la clase obrera de las dos Américas", *L'Internationale communiste*, n. 15, enero de 1921, pp. 3311-14, 3321-24.

(como en México), su industria y su desarrollo económico están a merced de las finanzas norteamericanas.

De hecho, América del Sur es una colonia de Estados Unidos, fuente de materias primas, de mano de obra barata y, por supuesto, de ganancias fabulosas; su inmenso territorio aún inexplorado sirve de salida a las máquinas norteamericanas y de campo de explotación para los industriales norteamericanos.

La necesidad de adaptarse a las consecuencias de la guerra mundial transformó definitivamente a América del Sur en colonia de los Estados Unidos; pero esto no es más que el broche final del desarrollo anterior.

Mientras que antes de la guerra, Inglaterra, Alemania y Francia eran competidores temibles para Estados Unidos en América del Sur, la doctrina Monroe logró sin embargo asegurar al imperialismo norteamericano la hegemonía política (de la cual resulta la hegemonía económica).

La historia de la doctrina Monroe da una idea característica del bandillaje y del maquiavelismo capitalistas.

Formulada hace unos cien años, supuestamente para defender a las dos Américas de las intrigas monárquicas y coloniales de Europa, la doctrina Monroe tradujo en realidad la rivalidad entre Estados Unidos e Inglaterra. En adelante, fue interpretada conforme a las exigencias del desarrollo capitalista norteamericano, mientras no se convirtió (lo que es hoy día) en un medio para que el imperialismo norteamericano sometiera a América del Sur y defendiera su hegemonía contra cualquier imperialismo rival.

Hace cincuenta años, el presidente Grant dio de la doctrina Monroe una versión imperialista formulada más tarde mucho más nítidamente por el presidente Cleveland, durante el litigio norteamericano-inglés con respecto a Venezuela. Durante el gobierno del fogoso presidente Roosevelt, la doctrina Monroe se convirtió en la expresión manifiesta del imperialismo norteamericano. Pero fue el presidente Wilson quien acabó la obra del presidente Roosevelt. Convendría más bien llamarla hoy día doctrina Roosevelt-Wilson. El presidente Wilson, al interpretar en 1913 la doctrina Monroe, proclamaba el derecho de Estados Unidos a oponerse al dominio del capital británico sobre los pozos petroleros de México. El panamericanismo idealizado como un medio de unificación democrática de los pueblos de las dos Américas es, dicho de otro modo, un medio para asentar la hegemonía de Estados Unidos. En el momento preciso en que el gobierno del presidente Wilson defendía el principio de la unidad panamericana, el subsecretario de Estado Lansing declaraba la doctrina Monroe doctrina *nacional* de Estados Unidos, concebida y apoyada en beneficio de éstos últimos. ¿Acaso no es eso el imperialismo más puro y la negación misma de la unidad democrática?

Es precisamente en nombre de la doctrina Monroe que los Estados Unidos abolieron la independencia de las repúblicas de América Central. En nombre de esta misma doctrina mantiene un ejército de ocupación en

Nicaragua, en Honduras, en Haití, en Santo Domingo, arruinando a los pequeños pueblos cuya independencia suprimen (estos hechos fueron particularmente notables bajo la presidencia de Wilson). Es una vez más en nombre de la doctrina Monroe que los Estados Unidos establecen y mantienen su hegemonía económica en América del Sur.

La guerra permitió expropiar los bienes alemanes en América del Sur. Desde el punto de vista económico y financiero, Alemania ya no desempeña ningún papel en los mercados de América Central y meridional. La decadencia de Francia es extrema, mientras que Inglaterra se sitúa en el segundo plano, sin ninguna esperanza de volver a colocarse en el primer lugar. Las salidas de América del Sur están cada vez más en manos de los Estados Unidos.

Los pueblos de América del Sur constituyen el fundamento del imperialismo norteamericano. América del Sur acapara una cantidad enorme de capitales y de medios de producción (máquinas y, de modo más general, todos los productos de la industria metalúrgica). En cambio, Estados Unidos carece de materias primas que América del Sur posee en abundancia.

Toda la importancia para Estados Unidos de su hegemonía en América del Sur se manifestó en su oposición a la Sociedad de las Naciones —por la sencilla razón de que ésta última anulaba la doctrina Monroe— y en las exigencias apremiantes del presidente Wilson para que no se modificara en absoluto la doctrina panamericana y que se estipulara en el tratado que seguiría intacta. La hegemonía en América del Sur se expresó también en la política seguida con respecto al canal de Panamá (así como en la lucha por el dominio del Pacífico). El reciente proyecto de Estados Unidos de comprar y fortificar algunas de las islas del Caribe, situadas cerca del canal, revelan los objetivos agresivos de Estados Unidos; la propuesta hecha a Inglaterra de liquidar su deuda mediante la cesión de sus intereses en América del Sur demuestra igualmente la orientación de la política de Estados Unidos. La hegemonía en América del Sur no se relacionó primero con el imperialismo norteamericano en el plano económico, pero sirve, actualmente, de manifestación consciente de este imperialismo. Del mismo modo que el imperialismo alemán acariciaba la esperanza de unir económica, financiera y políticamente a Europa central con Alemania, el imperialismo norteamericano desea unir a América del Sur y a Estados Unidos en un solo bloque imperialista. La hegemonía en Europa central debía servir de fundamento y de fuerza motriz para la dominación de Alemania sobre el mundo entero. Las mismas intenciones agresivas sirven de fundamento a la hegemonía de Estados Unidos en las dos Américas.

Un imperio americano, con sus riquezas insondables, sus numerosas fuentes de materias primas, sería una potencia infinitamente mayor que cualquiera de los imperios que existieron hasta ahora; sería una formidable potencia conquistadora y devastadora. La fuerza de Estados Unidos y su desarrollo constituyen el mayor peligro para la seguridad del mundo, para

la libertad de los pueblos y para la liberación del proletariado.

Trabajadores de las dos Américas, he aquí el peligro que deben conjurar.

LA REVOLUCIÓN AMERICANA

Las revoluciones que trastornan periódicamente a México, Venezuela y otros países no conciernen directamente a las masas. Pero hay que aprovecharlas para desarrollar eficazmente el movimiento de las masas revolucionarias, que expresa los intereses del proletariado y del campesinado pobre.

Únicamente un movimiento revolucionario de este tipo puede liberar a los pueblos de América del Sur de la opresión de los explotadores nacionales y del imperialismo norteamericano.

El socialismo no ha hecho nada para desarrollar este movimiento revolucionario de las masas. En América del Sur, el socialismo traicionó escandalosamente los intereses de las masas. No es más que una miserable combinación o —como en México— un deporte semimilitar, semirrevolucionario, al cual se dedican unos aventureros (¿acaso Obregón y consortes no son “ellos también socialistas”?). Desacreditar este socialismo, aniquilar su influencia, cimentar los elementos socialistas revolucionarios con el comunismo: tal es la tarea revolucionaria urgente y esencial.

Esta tarea consiste sobre todo en organizar, en cada país de América del Sur, un partido comunista resuelto y consciente que tenga una idea clara de sus objetivos. No hace falta que este partido sea poderoso desde su formación; sólo importa que tenga un programa claro y preciso, que cree una agitación resuelta a favor de los principios y la táctica revolucionarios, que sea implacable en su lucha contra los que engañan y traicionan a las masas. Un partido de este tipo debe componerse de los mejores y más honestos representantes de las masas; debe trazar el programa del verdadero movimiento revolucionario y dedicarse totalmente a la acción de las masas, encauzándolas con paciencia y firmeza hacia las vías revolucionarias más amplias y los objetivos más elevados.

Sólo con la participación del partido comunista se introducirán en el movimiento de América del Sur la claridad y la honestidad revolucionarias; sólo así el movimiento podrá aliarse al movimiento revolucionario de Estados Unidos y a la Internacional Comunista y dar a las masas de América del Sur su lugar legítimo en el ejército de la revolución mundial.

El problema agrario es un problema capital. En América del Sur, la economía agrícola ocupa el primer lugar (aun Argentina, el país más desarrollado de América del Sur desde el punto de vista capitalista, cuenta con menos de cuatrocientos mil obreros industriales para una población total de más de ocho millones).

Tremendamente explotado, el campesinado vive en una miseria negra,

bajo un yugo aplastante, y sólo sirve de carne de cañón para los aventureros militares. La experiencia de México es simultáneamente característica y trágica. Los obreros agrícolas se rebelan y hacen revoluciones para verse después despojados de los frutos de su victoria por los capitalistas, los explotadores, los aventureros políticos y los charlatanes socialistas. Los campesinos, oprimidos y engañados, deben despertar a la acción y la organización revolucionarias; deben convencerse de que tanto para ellos como para los obreros no puede haber emancipación si no se unen al proletariado revolucionario contra el capitalismo.

El partido comunista debe penetrar entre los campesinos. No con fórmulas y teorías abstractas, sino con un programa práctico, capaz de incitarlos a atacar a los grandes terratenientes y a los capitalistas. La unión revolucionaria de la clase campesina pobre y de la clase obrera es indispensable; la revolución proletaria es la única capaz de liberar al campesinado, destruyendo el poder del capital, y la revolución agraria es la única que puede preservar a la revolución proletaria del peligro de aplastamiento por la contrarrevolución.

El ejército en América del Sur se compone mayoritariamente de campesinos pobres que se prestan, óptimamente, a la agitación revolucionaria. Esta agitación debe ser llevada a cabo sistemáticamente a fin de unir a los soldados, los obreros y los campesinos en una única y misma acción contra los capitalistas y el gobierno.

Los sindicatos que no agrupan a grandes masas industriales (como en Estados Unidos) son de tendencias revolucionarias. Pero ocurre frecuentemente que los líderes de los sindicatos sean traidores: es el caso de México donde Morones y sus semejantes explotan a los trabajadores y utilizan las organizaciones para su beneficio personal. Es importante expulsar a estos jefes y liberar a los sindicatos de los chantajistas y de su influencia reaccionaria. Es importante destruir a la Federación Obrera Norteamericana (AF of L), cuyos jefes son contrarrevolucionarios; es importante boicotear a la AF of L y organizar a los sindicatos de América del Sur y de Estados Unidos en el terreno de la lucha de clases. La afiliación a la Internacional sindical roja, a esta Internacional, que moviliza a los sindicatos del mundo entero para la lucha contra el imperialismo y la revolución mundial, se impone igualmente.

Se debe crear un núcleo comunista en cada sindicato. Al mismo tiempo que se despliegan esfuerzos por organizar a todos los obreros, conviene caminar de la mano con el movimiento político consciente. Unidos al partido comunista local y a la Internacional Comunista, los obreros sindicalizados se convertirán en un poderoso factor de la revolución americana.

Además de todas las medidas arriba indicadas, y como sus consecuencias directas, hay que depurar al movimiento de América del Sur de los elementos sindicalistas. El sindicalismo (en todos los lugares en que es pro-

letario) expresa una aspiración revolucionaria, pero a la vez no tiene la menor idea de las medidas que hacen falta para realizarla. La experiencia revolucionaria utilizó el buen lado del sindicalismo y rechazó el mal lado. La teoría y el programa de la revolución mundial dimanaban del marxismo y no del sindicalismo. ¿Acaso se declaran ustedes adversarios de un partido político? El partido comunista es la realización práctica de la idea sindicalista de "las minorías conscientes", pero depurada del anarquismo pequeñoburgués y vinculada de modo definido a la lucha real de las masas obreras por la revolución proletaria. ¿Se consideran ustedes adversarios del parlamentarismo? El parlamentarismo del partido socialista es una traición a la clase obrera y a la revolución. En cambio, el parlamentarismo del partido comunista es el reconocimiento revolucionario *de facto* de que tenemos que emplear todos los medios y utilizar la tribuna parlamentaria, mientras no hayamos organizado el movimiento de masas que debe suprimir los parlamentos. ¿Acaso son ustedes adversarios de la dictadura del proletariado? La vida misma prueba la necesidad de esta dictadura; rechazar la dictadura significa rechazar la revolución. Todo esto resume los problemas vitales de la revolución. Y son problemas cuya solución se impone a las masas por la experiencia revolucionaria y la vida misma, en base a la teoría y a la acción comunistas.

La unión con el movimiento revolucionario de Estados Unidos completará la unidad del movimiento revolucionario de América del Sur. Esta unidad es cuestión de vida o muerte. La revolución del proletariado y del campesinado pobre, en cualquier país de América del Sur, provocará inmediatamente la intervención armada de los Estados Unidos que, en respuesta, volverá necesaria la intervención revolucionaria del proletariado de Estados Unidos; el movimiento alcanzará a los demás países de América del Sur, y ya será una etapa en la vía de la *revolución americana*.

"La revolución en nuestro país, combinada con la revolución proletaria en Estados Unidos", tal es la consigna del proletariado revolucionario y del campesinado pobre de América del Sur.

CONCLUSIÓN

La experiencia política de la revolución proletaria en Rusia tiene una importancia mundial. Ha resaltado las formas de la lucha proletaria por el poder: las acciones de masas, los soviets y la dictadura proletaria. La Internacional Comunista es el resultado y la expresión de esta experiencia.

Los trabajadores de las dos Américas sabrán adaptar esta experiencia a su propia lucha. Su honestidad revolucionaria y su experiencia les enseñarán instintivamente a adaptar la teoría a la práctica y la práctica a la teoría.

El hundimiento del capitalismo y la cercanía de la revolución mundial

constituyen los acontecimientos decisivos de nuestra época y deben determinar las formas y los objetivos de la lucha internacional del proletariado.

¡Trabajadores de las dos Américas, uníos! ¡La Internacional Comunista os llama a la acción!

¡Viva la revolución mundial!

—El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

A los obreros y campesinos de América del sur*

Este documento, publicado a inicios de 1923, es una resolución del IV Congreso de la Internacional Comunista (noviembre de 1922). Se trata probablemente del primer texto de la Comintern específicamente dirigido a los trabajadores de América Latina.

La declaración insiste sobre todo en los lazos estrechos entre las clases dominantes de América del Sur y el imperialismo norteamericano. De ahí deduce la unidad estratégica entre la lucha contra la burguesía latinoamericana y la lucha antimperialista. A semejanza del texto de 1921, únicamente la clase obrera y el campesinado se consideran como clases revolucionarias.

Camaradas,

El IV Congreso de la Internacional Comunista, reunido en Moscú para el quinto aniversario de la Revolución Rusa, llama a todos los obreros y campesinos de América del Sur para que se preparen a la lucha de clases y secunden la acción revolucionaria del proletariado mundial.

EL PAPEL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA DEL NORTE

La guerra europea anunció el inicio de la crisis final del capitalismo. Los antagonismos de la burguesía internacional desembocaron en la matanza más terrible de la historia para decidir cuál de los dos grupos imperialistas impondría su hegemonía. Los proletarios fueron sacrificados por millones en los campos de batalla en beneficio del imperialismo capitalista, el cual busca una solución a la crisis aguda que lo lleva fatalmente a la bancarrota.

La guerra no pudo resolver esta crisis. Las crisis internas del capitalismo

* "A los obreros y campesinos de América del Sur", *La Correspondance Internationale*, n. 2, 20 de enero de 1923, pp. 26-27.

européo aumentaron y al mismo tiempo la lucha de clases se intensificó. El tratado de Versalles es fuente de nuevos conflictos. Las masas proletarias admiten cada vez más que sólo la Revolución puede abolir los antagonismos capitalistas. Las represiones increíbles a las cuales asistimos hoy día y la implacable ofensiva de la burguesía indican la situación crítica de los Estados capitalistas.

El imperialismo norteamericano fue el único que fortaleció su poder durante la guerra. Estados Unidos es actualmente la potencia imperialista más fuerte. Pero después de la guerra europea surgieron nuevas causas de luchas imperialistas. Los antagonismos entre América del Norte, Inglaterra y Japón amenazan de nuevo la paz del mundo. El imperialismo yanqui se desarrolla y crea las bases de futuros conflictos que exigirán de las masas proletarias nuevos sacrificios sangrientos. América del Norte se convierte en el centro de la reacción internacional de la burguesía contra el proletariado.

LA EXTENSIÓN DEL IMPERIALISMO YANQUI

El imperialismo yanqui trata de extender su influencia a todas las regiones del mundo. Tanto en Asia como en África y en las orillas del Pacífico, busca nuevas esferas de actividad para su explotación. Es sobre todo en América Latina donde, sea bajo una forma supuestamente económica, sea mediante una dominación política abierta, el imperialismo de Estados Unidos asegura su dominación. Busca en América del Sur la seguridad de salida a sus productos, que el capitalismo europeo ya no puede asegurarle debido al desquiciamiento de su base social.

La doctrina Monroe permite a los imperialistas norteamericanos asegurar su conquista económica de América Latina. Los empréstitos, las nuevas inversiones de capitales norteamericanos en explotaciones industriales, comerciales y bancarias, las concesiones de ferrocarriles y de empresas marítimas, la adquisición de yacimientos de petróleo, estas múltiples formas de expansión de la penetración económica yanqui muestran cómo el capitalismo norteamericano desea convertir a América del Sur en la base de su potencia industrial.

Esta precaución económica incita también a las diversas burguesías nacionales a intervenir en las luchas imperialistas de América Central, de Panamá, de Colombia, de Venezuela, del Perú. La burguesía de todas las Américas prepara la reacción contra el proletariado convocando congresos policíacos, y cuando los obreros de América del Sur se oponen a los intentos criminales del capitalismo yanqui, como durante el proceso de Sacco y Vanzetti, las clases gobernantes reprimen estas demostraciones proletarias para demostrar su sumisión interesada y consciente al imperialismo del Norte. La unión panamericana de la burguesía es un hecho evidente, así

como su objetivo de mantener los privilegios de clase y el régimen de opresión.

EL DEBER DEL PROLETARIADO DE AMÉRICA DEL SUR

¡Obreros y campesinos de América del Sur! El imperialismo capitalista introduce en sus países los antagonismos mundiales que provocaron entre los pueblos de Europa la guerra más sangienta y la mayor reacción. Ya es hora de unir a las fuerzas revolucionarias del proletariado, puesto que los capitalistas de toda América se unen contra la clase obrera.

Camaradas, los obreros y los campesinos de América del Sur aún no tienen organizaciones de lucha de clase disciplinadas y la unión de acción necesaria. Vuestra clase gobernante se apoya en la potencia formidable de Estados Unidos para aplastar vuestros esfuerzos, reprimir vuestras acciones liberadoras e impedir cualquier intento revolucionario de vuestras masas oprimidas.

¡Obreros y campesinos! La Internacional Comunista os llama. No olviden que en Estados Unidos hay comunistas dispuestos a ayudarlos en la lucha revolucionaria. La lucha común de los proletarios de todos los Estados de América contra todos los capitalistas americanos solidarios es una necesidad vital para la clase explotada. Se impone como la única vía de vuestra salvación. El ejemplo heroico de la revolución rusa que llevó a cabo una lucha encarnizada contra el capitalismo internacional les hará comprender el destino que les espera si permanecen indiferentes mientras que la clase poseedora agrava la explotación capitalista. En vuestros países, los antagonismos entre la alta finanza y la industria aumentan y los conflictos imperialistas mundiales amenazan arrastraros, a vosotros también, a matanzas.

Camaradas, a la ofensiva burguesa, oponed la unidad proletaria. Organizaos, unid vuestra acción revolucionaria a la acción de la clase obrera y campesina de toda América y de todos los países del globo. Luchad contra vuestra propia burguesía y lucharéis contra el imperialismo yanqui que encarna en sumo grado la reacción capitalista. Uníos en torno a la bandera de la revolución rusa que creó las bases de la revolución proletaria mundial.

Como en la revolución rusa, os prepararéis para transformar cualquier intento de guerra en lucha abierta de la clase obrera contra la burguesía. Como ella, llevaréis a cabo la acción contra el imperialismo preparando la dictadura proletaria que destruirá en toda América la dictadura burguesa. Si seguís divididos y desorganizados, la burguesía americana os degollará, aplastará vuestras acciones y aumentará la explotación capitalista arrancandoos vuestras conquistas. La lucha contra vuestra propia burguesía será cada vez más la lucha contra el imperialismo mundial y se convertirá en una batalla de todos los explotados contra todos los explotadores.

¡Camaradas! ¡Organizaos! Fortaleced vuestros partidos comunistas y creadlos allí donde aún no existen. Unid vuestra acción a la acción de todos los comunistas de América. Organizad al proletariado revolucionario que lucha con la Internacional Sindical Roja y trabajad para que existan en toda América secciones de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja.

¡Viva la Internacional Sindical Roja! ¡Viva la Internacional Comunista! ¡Viva la Rusia de los Soviets! ¡Viva el proletariado revolucionario de América y viva la Revolución mundial!

Recabarren

Extracto de informe de Trotsky

II. EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

LUIS EMILIO RECABARREN, *La revolución rusa y los trabajadores chilenos**

A finales de 1922, Recabarren sale para Moscú para asistir al IV Congreso de la Internacional Comunista y al II Congreso de la Internacional Sindical Roja. De regreso a Chile, publica en 1923 un libro, *La Rusia obrera y campesina* que incluye un ensayo sobre su viaje a la URSS y textos de Lenin y Trotsky. En el extracto adjunto, critica la democracia capitalista de Chile a la luz de la experiencia del poder obrero soviético. Este texto ilustra el modo como los sectores más radicalizados del movimiento obrero latinoamericano acogieron la Revolución de Octubre y esbozó un primer intento de análisis marxista del parlamentarismo burgués en América Latina.

Las objeciones que se hacen acerca de que Rusia no ha podido todavía establecer un régimen comunista, están totalmente desprovistas de razón y de seriedad. Quien lea detenidamente el informe de Trotsky, podrá darse cuenta de lo que significa edificar un Estado obrero sobre las ruinas de un régimen capitalista que desaparece entre el torbellino de la más inmensa de las guerras que han azotado a la humanidad, como fue la guerra europea que asoló al mundo durante los años 1914 a 1918; es sobre el montón de ruinas que acumuló el régimen capitalista durante la guerra, es venciendo las contrarrevoluciones de los capitalistas que lucharon por reconquistar el poder hasta 1922, es por encima de todos los inconvenientes de la guerra, de las contrarrevoluciones, del hambre, de la incultura del pueblo, y de la falta de cooperación obrera de los demás países, es por encima de todo que la Rusia obrera y campesina se desenvuelve y triunfa victoriosamente.

Estas razones y las demás contenidas en diversas páginas de este libro, demostrarán al lector lo irrazonable que es exigir a los comunistas la construcción o edificación rápida de un régimen nuevo sobre las ruinas y el caos dejados por un régimen que desaparece y sobre los inconvenientes creados después por el capitalismo desde fuera de Rusia. No querer creer todas estas cosas ni querer apreciar estas razones es colocarse fuera de toda realidad.

* Luis Emilio Recabarren, "La Rusia obrera y campesina", 1923, en *Obras escogidas*, ed. Recabarren, Santiago, 1965, t. I, pp. 182-85.

Queda demostrado que toda la población trabajadora es la dueña del poder desde el momento que en sus manos está elegir los elementos del poder, y en sus manos también está anular el poder. Si es en los sitios del trabajo donde se hacen las elecciones, si es en verdaderas asambleas donde se eligen los miembros de los Soviets, estamos en presencia de actos electorales totalmente diferentes de los demás países. En Rusia es una realidad, UNA VERDADERA REALIDAD que el pueblo elige sus administradores, en Rusia, es UNA VERDADERA REALIDAD que el pueblo tiene derechos electorales.

En Chile carecemos de derechos electorales, desde el momento en que desde la inscripción en los registros se empieza por molestar a los ciudadanos que no vienen recomendados por los políticos de influencia y de que las inscripciones se hacen al capricho de los mayores contribuyentes y en horas en que la mayoría de los ciudadanos están trabajando.

La inscripción en masa de los inquilinos de los fundos se opone como una fuerza que contrarresta efectivamente toda influencia de inteligencia que pudiera haber en el electorado de las ciudades. Pero todavía en las ciudades se recurre a comprar el derecho a voto de los ciudadanos, o se suplantán los electores ausentes o muertos, o se falsifican las actas o los verdaderos resultados de las elecciones como lo necesitan los dirigentes políticos de las clases capitalistas.

Esto es UNA VIEJA REALIDAD EN CHILE QUE NADIE PUEDE NEGAR, y estas costumbres anulan todos los derechos que se han escrito en las leyes y así resulta una mentira todo lo que se dice de que existan derechos o libertades. Cuando se dice que Chile es un país donde la DEMOCRACIA es una costumbre establecida, se dice una mentira exacta. En Chile no hay democracia. El gobierno se hace para servir los intereses de los grandes capitalistas sin tomar en cuenta para nada los intereses de los demás habitantes de la nación. Quien examine honradamente los actos del gobierno, tendrá que reconocer esta verdad.

Para engañar al pueblo se dice: "No es una verdad que los obreros demócratas están en el gobierno? Y nosotros preguntamos: ¿En compañía de quiénes gobiernan los demócratas? Y todo el pueblo verá y reconocerá que los demócratas gobiernan juntos y de acuerdo con los grandes capitalistas del país o con los representantes de esos grandes capitalistas. Y gobernando en compañía de esos grandes capitalistas tendrán que servirse preferentemente los intereses de ellos y por lo tanto abandonar los intereses de la clase trabajadora, pues en el gobierno de un país no se pueden servir JAMÁS los dos intereses al mismo tiempo. Esta es la VERDAD.

Los capitalistas que son muy hábiles han permitido que pasen hasta el Congreso y hasta el Gobierno algunos demócratas, pero a condición de que sirvan solamente sus intereses, pero de esta manera al llevar a los demócratas al gobierno, mantienen la ilusión del pueblo a quien hacen esperar y creer que así algún día vendrá algún mejoramiento, y mientras los

trabajadores mantienen sus esperanzas NO LUCHAN, SE CRUZAN DE BRAZOS ESPERANDO EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROMESAS, y así sigue tranquila la clase capitalista explotando y oprimiendo la población.

Eso es lo que se ha conseguido con la democracia: adormecer a las clases trabajadoras bajo la influencia de una esperanza.

La DEMOCRACIA es algo así como un juguete con que el explotador capitalista ilusiona y entretiene al pueblo para calmar sus furores y para desviar su atención. ¿Qué abuso se ha suprimido en el país desde que están en el Gobierno los demócratas? [...] ¿Ha terminado la tiranía y los abusos de los carabineros? ¿Ha desaparecido el sistema de fichas y la supresión del comercio libre en los minerales? ¿Han desaparecido los procesos calumniosos contra los obreros organizados? ¿Ha desaparecido la persecución a la prensa obrera y a los obreros federados? ¿Ha desaparecido la violación a las leyes del descanso dominical, de accidentes del trabajo, la que reprime el alcoholismo?

¿Qué es lo que han conseguido los demócratas mientras gobiernan en compañía de los capitalistas y a cambio de su concurso? SERÍA BUENO SABERLO. Sólo han conseguido unos cuantos empleos para unos cuantos amigos y la VANIDAD de sentirse gobernantes cuando en realidad sólo están para servir los intereses de los capitalistas y nunca los intereses del pueblo.

En Rusia los trabajadores no creyeron JAMÁS en las mentiras de la democracia y fueron derechamente por el camino de la REVOLUCIÓN que es más corto y MÁS SEGURO, y eso les ha dado la victoria que nosotros los comunistas celebramos.

ANÍBAL PONCE, *La Revolución de Octubre y los intelectuales argentinos**

Aníbal Ponce (1898-1938), pensador marxista argentino, discípulo del famoso sociólogo José Ingenieros, es autor de varios trabajos de ciencia social originales y profundos, de los cuales el más conocido es *Humanismo burgués y humanismo proletario* (1935). Profesor de psicología en la Universidad de Buenos Aires, Ponce será excluido de su cátedra por el gobierno argentino, bajo la acusación de "propaganda comunista o contraria al orden social y al régimen institucional". El pasaje adjunto pertenece a una biografía de José Ingenieros. En él se describe la atmósfera de los medios intelectuales no conformistas de la posguerra y su simpatía hacia la Revolución de Octubre, aun si no se establece una diferencia muy clara entre el "maximalismo" bolchevique y el anarcosindicalismo.

* Aníbal Ponce, *José Ingenieros, su vida y su obra*, 1926, en *Obras Completas*, ed. Héctor Matera, Buenos Aires, 1957, pp. 88-90.

La reforma universitaria, iniciada como un movimiento de protesta contra una escuela envejecida, se convirtió rápidamente en una verdadera revolución estudiantil (mayo de 1918). Una nueva generación entraba a la vida proclamando muy alto su inquietud renovadora, y el país entero, preocupado de otras cosas, sintió con asombro, su empuje y su fuerza. Entre las pasiones callejeras que el periodismo encendía y los políticos aprovechaban, la juventud universitaria de Córdoba tomaba por asalto el más firme reducto de la reacción conservadora.

Mientras tanto, la neutralidad aparente de la nación, no alcanzaba a impedir que llegaran hasta nosotros los estragos de la tragedia remota. Las facciones rivales envenenaban los espíritus con sus odios recíprocos, y la guerra vivía en los hogares, en las escuelas, en los partidos. Las mentiras de la prensa capitalista, la propaganda de las agencias inglesas, el viejo amor filial hacia la Francia, el aparente idealismo del presidente Wilson, parecieron conferir a los ejércitos aliados la defensa victoriosa de los ideales revolucionarios.

Voces aisladas llegaron más tarde: Romain Rolland, Barbusse, Frank, Latsko... Con los ojos enrojecidos por la hoguera, con la palabra casi quebrada por la emoción, los *precursores* nos gritaban todo el horror de la mentira inicua: nada de guerra por el derecho, nada de guerra por la justicia. Industriales de un lado, industriales del otro; carbón y acero, hulla y petróleo. La pobre bestia humana perecía a millones; ellos en cambio conquistaban la gloria, entraban a las Academias, centuplicaban sus tesoros.

Nadie ha contado aún cómo latía nuestro corazón de los veinte años en aquel momento decisivo de la historia. En la incertidumbre y el desconcierto, llevábamos vividos varios años, tenso el oído a los rumores lejanos. Sabíamos sí, con absoluta certidumbre, que la sociedad feudal agonizaba y que entre los escombros de un mundo deshecho, empezaba a diseñarse la ciudad del futuro. Desde la Rusia remota, el resplandor de la hoguera llegaba hasta nosotros con un sordo clamor creciente, enorme y vago como el pensamiento de las muchedumbres. Eran tan inauditos los sucesos, se sucedían en forma tan vertiginosa, oscilaba de tal modo la mentalidad del mundo, que retrocedieron para nosotros, los límites de lo imposible. Como en el verso de Milton, "en medio del día habíamos visto levantarse la aurora".

Pero, ¿cómo discernir entre el tumulto de las voces, la palabra de vida que señalara el camino? ¿Quién echaría sobre sí la responsabilidad tremenda de orientador y de vigía? En torno nuestro, el espectáculo indigno de los momentos graves: los profesionales de la política moviéndose en las sombras; los intelectuales del país llamándose a silencio. El miedo en todas partes; el miedo hipócrita que siempre habla de la patria y del hogar comprometido; el miedo en fin, que habría de dar, muy pronto, en la "Gran Colecta" su nota cómica y en la "semana de Enero" su mueca trágica.

Sólo un hombre podía hablar y hacia él se volvían nuestros ojos. Millares de estudiantes y de obreros caldeaban la sala del Teatro Nuevo, la noche aquella de la conferencia memorable (22 de noviembre de 1918), como si la intensidad de la expectativa pusiera en cada uno, un trémolo de emoción. Ingenieros apareció por fin, y con la misma sencilla naturalidad de todo lo suyo, se adelantó a la tribuna como si fuera una cátedra. Trazó a grandes rasgos el panorama revolucionario de la preguerra, tal como se había presentado, con signos inequívocos, en las transformaciones de la política, en las legislaciones del trabajo, en la renovación de los ideales éticos. En los talleres y en las escuelas, en los parlamentos y en las barricadas, mil indicios sugestivos pronosticaban la inminencia de una crisis decisiva y nadie ignoraba que una guerra entre los grandes Estados capitalistas europeos, traería como consecuencia lógica, el triunfo definitivo de las más radicales aspiraciones de las izquierdas. Pero vino la "gran guerra" y pocos, muy pocos en el mundo, pudieron sustraerse a la locura colectiva. La humareda de los combates pareció enneguecerlos, tomando partido por uno u otro de los bandos combatientes, como si residiera en la victoria de las armas, la finalidad verdadera de la guerra. Fue a principios del 18 cuando ocurrió en Rusia un vuelco decisivo, y el quinto congreso panruso de los soviets, al dictar para los pueblos emancipados el Estatuto Constitucional, inauguraba un nuevo capítulo en la filosofía del derecho político, imprimiendo nuevos caracteres al sistema republicano de gobierno, nacionalizando las fuentes de producción, suprimiendo el parasitismo de las clases ociosas. Pese a las injurias de las agencias telegráficas que los gobiernos interesados difundían por el mundo. Ingenieros afirmaba que el movimiento maximalista representa la Revolución Social en su significado verdadero, tal como fuera previsto antes de la guerra y tal como pusiera un rayo de esperanza en los ojos moribundos de Reclus.

Los errores inevitables del comienzo, las aparentes contradicciones de los primeros pasos, los excesos del sectarismo o del terror, podrán perturbar el juicio de los envejecidos o de los espantadizos. Para quien siga el curso de la historia con la visión panorámica que ignora los detalles, la Revolución Rusa, señala en el mundo, el advenimiento de la justicia social. Preparémonos a recibirla; pujemos por formar en el alma colectiva, la clara conciencia de las aspiraciones novísimas. "Y esa conciencia —terminaba Ingenieros— sólo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, que son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir."

Jamás, como en aquella noche, Ingenieros estuvo tan cerca de nuestro corazón.

III. LOS PRIMEROS GRANDES MARXISTAS LATINOAMERICANOS

JULIO ANTONIO MELLA, *La guerra de clases en Cuba**

Julio Antonio Mella (1903-1929), fundador del Partido Comunista Cubano, es uno de los primeros marxistas latinoamericanos en analizar el fenómeno de la dominación imperialista sobre los países del continente, sus relaciones con las dictaduras locales y la estrategia que de ello recae sobre el movimiento obrero. Sus escritos, "redescubiertos" después de la revolución cubana, se caracterizan por un extraordinario vigor de expresión y por una orientación revolucionaria intransigente. El texto siguiente (de 1926) se refiere al asesinato, por agentes del dictador Machado, de varios dirigentes y militantes obreros; es característico de un periodo en que la lucha de clases y el combate antimperialista estaban indisolublemente ligados para los comunistas latinoamericanos.

Ante la ofensiva sanguinaria del tirano y su amo: el imperialismo capitalista yanqui, este folleto es una respuesta. Es también un homenaje a los únicos núcleos revolucionarios de Cuba que aún defienden la libertad a costa de su vida, a esos obreros y campesinos, a esos pocos estudiantes e intelectuales que se han sabido poner frente al tirano y sus desmanes, a éstos es el homenaje. Como un recuerdo a los caídos —su memoria jamás será traicionada por los que aún viven—, como un aliento a los que luchan, como una venganza de los que vamos a caer.

Uno... Otro... Otro más... Y no se pueden contar. Ya no hay emoción nueva al recibir la noticia de los caídos. Soldados en batalla sabemos que día a día ha de aumentar el martirologio. Ya no hay humanidad. El odio que crispa nuestras manos —que desean ser garras— y la venganza que llena de un fiero fulgor la mirada —que aspira a ser rayos de muerte— han matado lo que de humano pueda existir en un oprimido.

Ya no hay patria. Sólo hay clases enemigas.

La guerra clasista ha estallado brutal, violenta, sanguinaria... ¡Silencio a las bocas que gritan asustadas! ¡Desprecio a los cobardes que lloran! ¡Castigo a los miserables que no luchan! ¡Llor a los valientes que están

* Julio Antonio Mella, "El grito de los mártires", 1926, en *Hombres de la Revolución*. Julio Antonio Mella, ed. Imprenta Universitaria, La Habana, 1971, pp. 17-24.

en la vanguardia! ¡Que la discusión teórica y el bizantinismo estúpido cesen y la acción hable con su elocuencia definitiva!

El pasado heroico de nuestra clase nos guía y nos alienta. El grito de las víctimas inmoladas en los fosos de la Comuna del 71, los alaridos de los mártires de 1905 inmolados en las nieves de la Rusia zarista, el clamor mundial de rebelión de 1917, tal es la música triunfal de nuestra guerra. Los que cayeron en las maniguas durante la Independencia, después de abandonar las fábricas; los que a raíz de la República fueron asesinados en la primera huelga general; los que valientemente sucumbieron en todas las epopeyas proletarias de la rápida y violenta industrialización de Cuba por el imperialismo; he aquí los que iniciaron el camino. ¡ADELANTE!

DÍAZ BLANCO. Tú que regaste con tu sangre las barricadas improvisadas de La Habana; tú que caíste bajo el fuego de los hermanos explotados que inconscientemente nos matan y sirven a los amos comunes: imperialistas, capitalistas y tirano; tú, proletario revolucionario, eres un precursor.

La sangre tuya que corrió por las calles de La Habana ha escrito unas palabras que el obrero todos los días, cuando va a su prisión y cuando se retira de ella, las lee emocionado, y estas palabras son: ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!

VARONA. Hermano luchador: ¿quién hubiera podido profetizar tu final trágico? Líder magnífico. Gigante de cuerpo y de pensamiento. Tú estabas hecho para la vanguardia del Ejército Proletario. Grande como un gladiador, la misma muerte parecía temerte. Tu palabra desordenada —como la lucha en los campos de Cuba— era palabra de profeta anunciador de una nueva era. Tu dirección en las formidables huelgas de los centrales azucareros era una esperanza para el proletariado ávido de nuevas conquistas. ¡Salud, general de los bisoños y rojos ejércitos proletarios de Cuba! Cuando pasen los años y el proletariado destruya las tiranías sociales, tú habrás sido también un precursor.

Tú caíste víctima del aleroso asesinato de un siervo del tirano, de un siervo que fue expresamente a buscarte desde el Palacio Presidencial.¹ La justicia de los tribunales oficiales, en un resto de pureza, te absolvió de la acusación imaginaria de terrorista. Pero, ¿quién pudo haberte absuelto de la "justicia" personal del tirano? Ante él, tú merecías la muerte: eras obrero oprimido, luchabas por tus camaradas contra el imperialismo extranjero, y este delito no lo perdona nunca el tirano.

El último grito que escapó de tu garganta cuando caíste, resuena aún, en los oídos de los proletarios de Cuba: ¡Venganza! ¡Venganza! ¡Venganza!

CUXART. Infeliz y oscuro obrero. Tú no sabías de la guerra de clases; tú no sabías del odio que a nosotros nos tienen los ricos y sus servidores; los del actual régimen de tiranía. Eras feliz "porque cumplías con tu deber",

¹ El ayudante presidencial capitán Vigil Menéndez, según declaraciones de testigos y familiares en hoja volante que circuló clandestinamente.

hacías tu trabajo puntualmente y nada más... Pero, ¿quién te habría de decir que tú tendrías que ser instrumento de unos cuantos criminales adúlteros?

El amo es todopoderoso, el amo es teatral como un histrión o un tirano; el amo gusta de las fuertes emociones sin peligro. Entonces se inventó una "conspiración", un "atentado" y tú, infeliz obrero, fuiste el juguete de esa farsa que originó felicitaciones en diarios, ascensos como recompensas, y otras ventajas a los monstruos que fraguaron la farsa del atentado personal.

Preso, un hermano nuestro también, un soldado, te aplicó, por servir al amo, la Ley —¡oh ironía de las palabras!— Fuga...

¡Ah, camarada Cuxart! Tú caíste. Pero el soldado que te asesinó tiene hoy pesadillas terribles. Todas las noches ve tu cuerpo aparecer como un fantasma sobre los muros centenarios de La Cabaña, y ve tu figura ascender junto con las de los mártires que sucumbieron en el Foso de los Laureles defendiendo la Independencia de Cuba contra la tiranía de la vieja España. El soldado ignorante tiene graves preocupaciones. Él no comprende cómo tu figura está unida a la de los mártires de la Revolución. Él no sabe que es criminal matar a un "perro obrero". Pero llama a sus compañeros y les cuenta sus visiones.

(Oh, soldados, obreros y campesinos, ¿cuándo comprenderéis en Cuba, oprimidos por la tiranía machadista, como comprendieron los rusos oprimidos por la tiranía zarista, que sois una sola clase, que sois hermanos, que tenéis amos comunes, que las fábricas, los campos y el poder son de vosotros y de nadie más que de vosotros? Los obreros y campesinos hacen las riquezas, y ustedes, soldados, se las defienden a los explotadores, los burgueses nativos y extranjeros. ¿Cuándo comprenderéis que el oficial parasitario es servil instrumento del yanqui de los centrales y de los ferrocarriles, y que unidos os oprimen a vosotros, soldados, y a vuestros hermanos, los obreros y campesinos?)

La reunión de soldados que escucha en altas horas de la noche, junto al mar donde se hundió el *Maine* para cometer la infamia de apoderarse de Cuba unos cuantos bandoleros, no se explica la aparición de los fantasmas. Mas de sus pechos se escapa un grito unánime, y este grito, que se puede oír entre la multitud de soldados, es: ¡Rebelión! ¡Rebelión! ¡Rebelión!

GRANT. Tú eres de la patria de los yanquis omnipotentes. Pero nada te salvó. En aquel país como en Cuba y en otros muchos, no se es ciudadano por nacer dentro del territorio. Sólo son ciudadanos de los Estados Unidos de América los grandes ricos, esos que llegan a Cuba como conquistadores y dictan órdenes al Gobierno nacional, por medio del Embajador, para proteger sus intereses. ¡Tú eres obrero y luchador! pues no podías tener la protección de tu Gobierno, ¡ni de ninguno! Pero esto, después de luchas épicas en la huelga ferrocarrilera de treinta días, varios muertos, muchos

heridos y más desaparecidos aún. Una noche, un revólver de "persona desconocida" —así dicen los diarios burgueses— pone primero en tu sien la boca fría del cañón, y después la bala que te privó de la vida y te hizo un mártir más de nuestra causa.

Obrero estadounidense: que tu muerte alevosa por manos de agentes de las compañías imperialistas —agentes que pueden ser lo mismo soldados nacionales que guardias jurados de las compañías— despierte a la nación de Lincoln, que ella comprenda que la oligarquía financiera que domina al mundo desde Wall Street es la mayor enemiga del pueblo de los Estados Unidos.

De todas maneras, los millares de compañeros que desfilaron ante su cadáver en Camagüey han oído este grito salvador lanzado por la boca sangrienta de tu herida: ¡Abajo el imperialismo!

LÓPEZ. Guerrero, no tengo palabras para ti. El autor de estas líneas se siente hoy huérfano. Bisoño en la lucha, fue con tu ejemplo, con tu acción que él adquirió experiencia.

¡Oh tu verbo de proletario, oh tu acción sindicalista, oh tu poder de organización! La Federación Obrera de La Habana, la Confederación Nacional Obrera, los Congresos de Camagüey y Cienfuegos son organismos potentes de la lucha de clases. Pero tú, luchador, fuiste el alma de ellos. Mas todavía, a pesar de tu desaparición seguirás siendo el maestro del proletariado cubano.

(Maestro, no es la lágrima lo que te ofrezco en homenaje; tampoco estas líneas —que no son literatura sino acción revolucionaria—; lo que te ofrezco es el juramento solemne de seguirte, de continuar tu obra, de cooperar para que la nueva generación proletaria a que pertenezco supere a la anterior en la lucha por el triunfo de ella misma.)

Nadie conoce tu paradero. ¿Acaso nos es dado a los revolucionarios escoger la forma de nuestra muerte? Caemos como soldados donde la bala enemiga nos encuentre. ¿Secuestrado o vivo?, volverás a la lucha con mayores entusiasmos. ¿Asesinado? "El revolucionario no tiene más descanso que la tumba" —ya lo dijo Saint-Just hace más de un siglo.

Maestro, hermano y compañero: las obras que tú hiciste son mudos monumentos a tu memoria. Cuando nos llegue a la clase oprimida la hora de nuestro triunfo lo obtendremos en gran parte por lo que tú iniciaste. No tendrás avenidas de ciudades burguesas, ni estatuas en los parques públicos. Pero cada proletario sabrá que las organizaciones que tú fundaste son los mejores monumentos a tu memoria.

¡Salud, luchador! Esas organizaciones que tú nos dejaste son nuestros batallones rojos, y algún día ellos gritarán contra los tiranos de hoy, contra el imperialismo, contra el capitalismo criollo —sus aliados— ellos gritarán: ¡Al asalto! ¡Al asalto! ¡Al asalto!

Vosotros, camaradas aún con vida (permitid que no os nombre por si el

rayo de la tiranía no os ha señalado), camaradas perseguidos, candidatos a la inmolación como todos lo estamos en esta lucha, digamos en un solo grito: ¡Adelante!

Hay que repetir la consigna: Triunfar o servir de trinchera a los demás. Hasta después de muertos somos útiles. Nada de nuestra obra se pierde. Sus pasos, avances triunfales... La victoria llegará a nuestra clase por ineluctable mandato de la historia.

Los desterrados a España; los que sirvieron de carne de cañón en el matadero humano de Marruecos contra el libertador Abd El-Krim; los desaparecidos en los campos, los "suicidados" obligatoriamente, todos vosotros, bravos soldados del Ejército Obrero y Campesino, ¡salud!

Los que llenaron las cárceles, ¡salud!

(¡Oh recuerdo doloroso de miseria! Compañeros de prisión: en esa Cárcel de La Habana sellamos nuestra unión con el proletariado revolucionario y con todos los ant imperialistas que ansían la liberación de Cuba de su tirano y del amo del tirano: el imperialismo. Las cárceles y las persecuciones son universidades de los luchadores. ¡Salud a los doctores de la Revolución!)

TIRANO: tú eres un pobre degenerado por los vicios, por la edad y por las riquezas. Te crees un superhombre nietzscheano. (Alberto Lamar, uno de los lacayos que te adulan públicamente en la prensa, mientras en privado no es lo suficientemente bruto para callar la verdad —¡oh, cuánto asco por unos mendrugos de pan!— te explicará quién fue Nietzsche. Ésta es la ventaja de los tiranos: tener seres que les expliquen todo lo que ellos no saben. ¡Y cuidado que necesitan de personas! Pero tienen el poder y el oro y el servilismo de los hambrientos.)

El proletariado es más inteligente y comprensivo que tú, ser ignorante, bestial y epiléptico. Supones que una o veinte muertes resuelven el problema social, el gran problema del siglo. Si así fuese ya te habrían hecho lo que tus esbirros han hecho a centenares de los nuestros. Si el asesinato fuese la panacea, ya se te habría asesinado. Pero no es así, imbécil degenerado.

Repites como papagayo unas frases sobre el fracaso de la democracia, la necesidad de las dictaduras y otros clichés que un abogado te fabricó para la ceremonia cinematográfica de tu coronación como doctor *honoris causa*.

Tú no eres dictador, ni tirano, ni gobiernas porque tu voluntad —no es necesario utilizar la frase grosera y popular que tú en privado utilizas— así lo ha querido. ¡Pobre ignorante juguete de las ciegas fuerzas de la historia!

Puede ser que el mediocre con mielitis, profesor de la Universidad, que es tu cancerbero en Hacienda, sepa de esas cosas. Pregúntale a él.

El desenvolvimiento de la historia está determinado por las fuerzas de producción, por el juego fatal de las fuerzas económicas. En Cuba el im-

perialismo ha desarrollado una gran industria y ha creado, a la vez, a su "sepulturero", al proletariado.

Durante la época de la democracia burguesa de Zayas, el proletariado y otras fuerzas progresistas adquirieron solidez. La democracia burguesa es algunas veces útil para el proletariado. Aquella situación no podía seguir. La riqueza de los grandes imperialistas no estaba segura con la huelga de los centrales, la de los ferrocarriles y las agitaciones ant imperialistas de estudiantes, además de los movimientos más o menos revolucionarios como el de los V. y P.

El factor de producción intervino gritando la necesidad de protección. El imperialismo capitalista que había invertido mil doscientos millones de dólares necesitaba seguridades. Estas seguridades no se las hubiese dado Mendieta, el candidato opositor tuyo dentro del mismo partido. Este Mendieta era "cubano", "muy cubano". Hubiera matado obreros también, probablemente. Pero nunca hubiera sido un juguete ciego de los imperialistas. Mendieta pertenecía a la pequeña clase de los capitalistas criollos, a los hacendados. A esta clase hubiera servido. Esto no convenía a los *gringos*. Entonces surgiste tú. Tú, gran accionista del *trust* eléctrico yanqui de Cuba; tú, que no tenías inteligencia; tú, que eres lo bastante sanguinario para asesinar a todos los que estorban; tú, que has garantizado la seguridad de un banco imperialista, ladrón del pueblo cubano, con los dineros tuyos y los del tesoro nacional; en fin, que podías servir, sostener y ayudar al imperialismo capitalista de los mil doscientos millones de dólares. Todas tus acciones persiguen ese fin.

No se te ha matado, no se te matará en un atentado individual porque no eres nadie; eres un instrumento de una fuerza social. Pero tu acción está engendrando una contraria. Los obreros que asesinas y tiranizas, los campesinos que haces desaparecer, los colonos que arruinas, los intelectuales que "silencias", los "políticos de oficio" que engañas, etcétera, etcétera; todos éstos, presionados también por las circunstancias, te harán una revolución. No a ti, renacuajo incompleto de una clase nacional que no ha logrado nacer, sino a los que te mandan, a los que sirves. Podrás hasta quedar con vida —el pueblo es imbécil muchas veces—, pero no podrás eludir que exista un nuevo agosto de 1906, ni un nuevo febrero del 17. Estas revoluciones también fueron contra los esclavos del poder imperialista yanqui: Estrada Palma y Mario García. Habrá una diferencia, sin embargo. En esta nueva revolución, que podrá ser cuando intentes reelegirte, antes o después, la clase obrera, ya algo madura y organizada, hará su Comuna cubana del 71, su primer ensayo de asalto al poder. Tú has unido a los campesinos arruinándolos, y a los obreros asesinandolos, y a unos y a otros con tu lacayismo ante los enemigos de Cuba, gran farsante que pediste la abolición de la Enmienda Platt. Tú eres la mejor Enmienda Platt, la mejor protección para los intereses imperialistas. Tú recibirás la cosecha de lo que has sembrado.

Nada podrás hacer. Mil asesinatos más nada resolverán.

TIRANO: los que vas a matar —o los que van a exterminar tu régimen en una acción revolucionaria de masas— te desprecian. Conocen que eres un pigmeo ante la historia, un instrumento ciego, y que tu suerte está unida a la de los tiranos que pretendes copiar. (El fascismo es un remedio temporal contra la democracia, ora burguesa o proletaria. Pero nunca la cura del mal social. Nunca una doctrina reaccionaria va a detener la marcha de los acontecimientos. Ni un hombre tampoco...)

Sólo tienes una salida: destruye a todo el pueblo de Cuba, asno con garras. Pero esto no es posible. ¿Quién trabajará?

¡Salud, tirano!

Los que has asesinado, los que has perseguido, los que has encarcelado, todos los que tiranizas te saludamos llenos de optimismo. Trabajas para nosotros. Mata, encarcela. "La sangre es el abono de la libertad." Ya se ha repetido en la realidad muchas veces esta afirmación. El pueblo de Cuba triunfará. Él irá a la lucha porque sabe con el maestro Marx que sólo las cadenas puede perder, y en cambio tiene un mundo que ganar. ¡Preparar la nueva sociedad de los productores!

JULIO ANTONIO MELLA, *El proletariado y la liberación nacional**

Mella fue también uno de los primeros marxistas latinoamericanos en analizar y criticar el nacionalismo populista. El siguiente pasaje se ha tomado de un libro (publicado por Mella en México en 1928) polémico contra la APRA —Alianza Popular Revolucionaria Americana— de Víctor Raúl Haya de la Torre.

Sin excluir el apoyo táctico a movimientos nacionalistas burgueses, Mella insiste en la complicidad entre el imperialismo y las burguesías nacionales del continente y en la primacía de la contradicción de clase.

La tesis que atribuye a la clase obrera la tarea histórica de liberar a América Latina de la dominación imperialista es característica del primer periodo del comunismo latinoamericano.

Los comunistas ayudarán, han ayudado hasta ahora —México, Nicaragua, etcétera—, a los movimientos nacionales de emancipación aunque tengan una base burguesa-democrática. Nadie niega esta necesidad, a condición de que sean verdaderamente emancipadores y revolucionarios. Pero he aquí lo que continúa aconsejando la tesis de Lenin al Segundo Congreso de la Internacional. "La Internacional Comunista debe apoyar los movimientos nacionales de liberación [aunque tengan una base, como todos la tienen,

* Julio Antonio Mella, "La lucha revolucionaria contra el imperialismo", 1928, en *Hombres de la revolución...*, pp. 76-78.

democrático-burguesa. N. del A.], en los países atrasados y en las colonias solamente bajo la condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no sólo de nombre, se agrupen y se eduquen en la conciencia de sus propias tareas disímiles, tareas de lucha contra los movimientos democráticos-burgueses dentro de sus naciones. La IC debe marchar en alianza temporal con la democracia burguesa de las colonias y de los países atrasados, pero sin fusionarse con ella y salvaguardando expresamente la independencia del movimiento proletario, aún en lo más rudimentario."

He aquí bien clara la opinión marxista sobre el frente único, dicha por el más exacto y práctico de los intérpretes de Carlos Marx: Nicolás Lenin. Todavía los "arpistas" no han probado que ellos lo interpretan mejor, aunque quieran hacérselo creer.

Esto no es sólo "teoría", sino que lo hemos vivido en América. El Partido Comunista en México ha estado apoyando la lucha de la burguesía liberal, democrática y revolucionaria, contra el imperialismo y sus aliados nacionales: el clero católico y los militares reaccionarios, profesionales de la revuelta. Igual cosa han estado haciendo los comunistas en el "caso Nicaragua". Los comunistas de Cuba, sin fusionarse con el Partido Nacionalista, guardando la independencia del movimiento proletario, lo apoyarían en una lucha revolucionaria por la emancipación nacional verdadera, si tal lucha se lleva a cabo. En la lucha contra la "Prórroga de Poderes", aspecto político inmediato del imperialismo yanqui, han apoyado a todos los "anti-prorroguistas", aunque no fueren obreros ni comunistas. En Chile fue el fuerte Partido Comunista el que luchó por un frente único contra la dictadura imperialista de Ibáñez. Pero en ningún momento han pretendido dejar a la clase obrera aislada o entregada a las otras clases para cuando las condiciones cambien —como ahora está sucediendo en México— se encuentre huérfana y sin dirección. Tal cosa pretende en la realidad el "Frente Único" del ARPA al no hablarnos concretamente del papel del proletariado y al presentarnos un frente único abstracto, que no es más que el frente único en favor de la burguesía, traidora clásica de todos los movimientos nacionales de verdadera emancipación. "Los movimientos nacionales liberadores de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, se están convenciendo por su experiencia amarga de que no hay para ellos salvación fuera de la victoria del poder soviético."

En otros términos: el triunfo en cada país de la revolución obrera sobre el imperialismo mundial.

Las traiciones de las burguesías y pequeñas burguesías nacionales tienen una causa que ya todo el proletariado comprende. Ellas no luchan contra el imperialismo extranjero para abolir la propiedad privada, sino para defender su propiedad frente al robo que de ellas pretenden hacer los im-

¹ Lenin.

política en los tiempos de la autonomía lucha.

perialistas.

En su lucha contra el imperialismo —el ladrón extranjero— las burguesías —los ladrones nacionales—, se unen al proletariado, buena carne de cañón. Pero acaban por comprender que es mejor hacer alianza con el imperialismo, que al fin y al cabo persiguen un interés semejante. De progresistas se convierten en reaccionarios. Las concesiones que hacían al proletariado para tenerlo a su lado, las traicionan cuando éste, en su avance, se convierte en un peligro tanto para el ladrón extranjero como para el nacional. De aquí la gritería contra el comunismo.

Por otro lado, los Estados Unidos —es una característica del moderno imperialismo con el carácter de financiero— no desean tomar los territorios de la América y exterminar toda la propiedad de las clases dominantes, sino alquilarlas a su servicio y hasta mejorarlas con tal de que les den la explotación de lo que ellos necesitan. Un buen país burgués con un gobierno estable, es lo que los Estados Unidos quieren en cada nación de América, un régimen donde las burguesías nacionales sean accionistas menores de las grandes compañías. En cambio, les conceden el privilegio de “gobernar”, de tener himnos, banderas y hasta ejércitos. Les resulta más económica esta forma de dominio.

Moncada en Nicaragua, el Kuo-Min-Tang en China (organización que los “arpistas” pretenden copiar), la nueva política de la pequeña burguesía mexicana y toda la diplomacia rosada hecha en la Conferencia de La Habana por muchas naciones que se dicen libres y que allí pactaron con el imperialismo, al final de las discusiones, demuestran que sí es cierto lo anterior.²

Para hablar concretamente: liberación nacional absoluta, sólo la obtendrá el proletariado, y será por medio de la revolución obrera.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, *Prólogo a Tempestad en los Andes**

José Carlos Mariátegui (1895-1930), fundador del comunismo peruano, es probablemente el pensador marxista más importante que América Latina haya producido hasta ahora. Además de sus escritos filosóficos (Defensa del marxismo, 1928-29) y sociohistóricos (Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, 1928), Mariátegui redactó numerosos textos políticos que presentan el mayor interés, más allá de su contexto coyuntural, en la medida en que tratan los problemas de fondo del movimiento obrero latinoamericano.

Este documento es uno de los más característicos del pensamiento de

² “Los trapos sucios de la Conferencia de La Habana...”, etcétera.

* José Carlos Mariátegui, “Prólogo a *Tempestad en los Andes*”, en *La polémica del indigenismo*, ed. Mosca Azul, Lima, 1976.

Mariátegui, tanto por sus referencias a Sorel (contra el “mediocre positivismo”), que él trata de integrar en su visión marxista, cuanto por su planteamiento socialista de la cuestión indígena. Su admiración por el pasado incaico no lo lleva a una concepción “restauracionista”, puesto que reconoce el carácter irreversible de ciertas “conquistas de la civilización occidental”. Uno de los pasajes de este texto importante puede prestarse a confusión. Cuando plantea que una de las funciones del socialismo es “realizar el capitalismo”, lo que quiere decir con esa fórmula paradójica lo aclara el contexto inmediato del mismo párrafo: sólo la revolución socialista puede realizar la tarea agraria democrático-burguesa (“liquidación de la feudalidad”).

Después de habernos dado en sus obras *De la vida inkaika* y *Del ayllu al Imperio* una interpretación esquemática de la historia del Tawantinsuyu, Luis E. Valcárcel nos ofrece en este libro una visión animada del presente autóctono. Este libro anuncia “el advenimiento de un mundo”, la aparición del nuevo indio. No puede ser, por consiguiente, una crítica objetiva, un análisis neutral; tiene que ser una apasionada afirmación, una exaltada protesta.

Valcárcel percibe claramente el renacimiento indígena porque cree en él. Un movimiento histórico en gestación no puede ser entendido, en toda su trascendencia, sino por los que luchan porque se cumpla. (El movimiento socialista, por ejemplo, sólo es comprendido cabalmente por sus militantes. No ocurre lo mismo con los movimientos ya realizados. El fenómeno capitalista no ha sido entendido y explicado por nadie tan amplia y exactamente como por los socialistas.)

La empresa de Valcárcel en esta obra, si la juzgamos como la juzgaría Unamuno, no es de profesor sino de profeta. No se propone meramente registrar los hechos que anuncian o señalan la formación de una nueva conciencia indígena, sino traducir su íntimo sentido histórico, ayudando a esa conciencia indígena a encontrarse y a revelarse a sí misma. La interpretación, en este caso, tal vez como en ninguno, asume el valor de una creación.

Tempestad en los Andes no se presenta como una obra de doctrina ni de teoría. Valcárcel siente resucitar la raza *keswa*. El tema de su obra es esta resurrección. Y no se prueba que un pueblo vive, teorizando o razonando, sino mostrándolo viviente. Éste es el procedimiento seguido por Valcárcel, a quien, más que el alcance o la vía del renacimiento indígena, le preocupa documentarnos su evidencia y su realidad.

La primera parte de *Tempestad en los Andes* tiene una entonación profética. Valcárcel pone en su prosa vehemente la emoción y la idea del resurgimiento inkaico. No es el Inkario lo que revive; es el pueblo del Inka que, después de cuatro siglos de sopor, se pone otra vez en marcha hacia sus destinos. Comentando el primer libro de Valcárcel yo escribí que ni las conquistas de la civilización occidental ni las consecuencias vitales de la

colonia, y la república, son renunciables,¹ Valcárcel reconoce estos límites a su anhelo.

En la segunda parte del libro, un conjunto de cuadros llenos de color y movimiento nos presenta la vida rural indígena. La prosa de Valcárcel asume un acento tiernamente bucólico cuando evoca, en sencillas estampas, el encanto rústico del agro serrano. El panfletario vehemente reaparece en la descripción de los "pobladores mestizos", para trazar el sórdido cuadro del pueblo parasitario, anquilosado, cánceroso, alcohólico y carcomido, donde han degenerado en un mestizaje negativo las cualidades del español y del indio.

En la tercera parte asistimos a los episodios característicos del drama del indio. El paisaje es el mismo, pero sus colores y sus voces son distintos. La sierra georgica de la siembra, la cosecha y la Kaswa, se convierte en la sierra trágica del gamonal y de la mita. Pesa sobre los ayllus campesinos el despotismo brutal del latifundista, del Kelkere y del gendarme.

En la cuarta parte, la sierra amanece grávida de esperanza. Ya no la habita una raza unánime en la resignación y el renunciamento. Pasa por la aldea y el agro serranos una ráfaga insólita. Aparecen los "indios nuevos": aquí el maestro, el agitador; allá el labriego, el pastor, que no son ya los mismos que antes. A su advenimiento no ha sido extraño el misionero adventista, en la apreciación de cuya obra no acompaño sin prudentes reservas a Valcárcel por una razón: el carácter de avanzadas del imperialismo anglosajón que, como lo advierte Alfredo Palacios, pueden revestir estas misiones. El "nuevo indio" no es un ser mítico, abstracto, al cual preste existencia sólo la fe del profeta. Lo sentimos viviente, real, activo, en las estancias finales de esta "película serrana", que es como el propio autor define a su libro. Lo que distingue al "nuevo indio" no es la instrucción sino el espíritu. (El alfabeto no redime al indio.) El "nuevo indio" espera. Tiene una meta. He ahí su secreto y su fuerza. Todo lo demás existe en él por añadidura. Así lo he conocido yo también en más de un mensajero de la raza venido a Lima. Recuerdo el imprevisto e impresionante tipo de agitador que encontré hace cuatro años en el indio puneño Ezequiel Urviola. Este

¹ He aquí, precisamente, lo que entonces (*Mundial*, septiembre de 1925) escribí: "Valcárcel va demasiado lejos, como casi siempre que se deja rienda suelta a la imaginación. Ni la civilización occidental está tan agotada y putrefacta como Valcárcel supone. Ni una vez adquiridas su experiencia, su técnica y sus ideas, el Perú puede renunciar místicamente a tan válidos y preciosos instrumentos para volver, con áspera intransigencia, a sus antiguos mitos agrarios. La Conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico. La República, tal como existe, es otro hecho histórico. Contra los hechos históricos, poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu. La historia del Perú no es sino una parcela de la historia humana. En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva. La han creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil. Pero es, de todos modos, una realidad. Sería excesivamente romántico decidirse hoy a ignorarla".

encuentro fue la más fuerte sorpresa que me reservó el Perú a mi regreso de Europa. Urviola representaba la primera chispa de un incendio por venir. Era el indio revolucionario, el indio socialista. Tuberculoso, jorobado, sucumbió al cabo de dos años de trabajo infatigable. Hoy ya no importa que Urviola no exista. Basta que haya existido. Como dice Valcárcel, hoy la sierra está preñada de espantacos.

El "nuevo indio" explica e ilustra el verdadero carácter del indigenismo que tiene en Valcárcel uno de sus más apasionados evangelistas. La fe en el resurgimiento indígena no proviene de un proceso de "occidentalización" material de la tierra Keswa. No es la civilización, no es el alfabeto del blanco, lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución socialista. La esperanza indígena es absolutamente revolucionaria. El mismo mito, la misma idea, son agentes decisivos del despertar de otros viejos pueblos, de otras viejas razas en colapso: hindúes, chinos, etcétera. La historia universal tiende hoy como nunca a regirse por el mismo cuadrante.

¿Por qué ha de ser el pueblo inkaico, que construyó el más desarrollado y armónico sistema comunista, el único insensible a la emoción mundial? La consanguinidad del movimiento indigenista con las corrientes revolucionarias mundiales es demasiado evidente para que precise documentarla. Yo he dicho ya que he llegado al entendimiento y a la valoración justa de lo indígena por la vía del socialismo. El caso de Valcárcel demuestra lo exacto de mi experiencia personal. Hombre de diversa formación intelectual, influido por sus gustos tradicionalistas, orientado por distinto género de sugerencias y estudios, Valcárcel resuelve políticamente su indigenismo en socialismo. En este libro nos dice, entre otras cosas, que "el proletariado indígena espera su Lenin". No sería diferente el lenguaje de un marxista.

La reivindicación indígena carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla —esto es, para adquirir realidad, corporeidad— necesita convertirse en reivindicación económica y política. El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como el problema étnico o moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político. Y entonces lo hemos sentido, por primera vez, esclarecido y demarcado.

Los que no han roto todavía el cerco de su educación liberal burguesa, y colocándose en una posición abstractista y literaria, se entretienen en bajar los aspectos raciales del problema, olvidan que la política, y por tanto la economía, lo dominan fundamentalmente. Emplean un lenguaje pseudo-idealista para escamotear la realidad disimulándola bajo sus atributos y consecuencias. Oponen a la dialéctica revolucionaria un confuso galimatías crítico, conforme al cual la solución al problema indígena no puede partir de una reforma o hecho político porque a los efectos inmediatos de éste escaparía una compleja multitud de costumbres y vicios que sólo pueden transformarse a través de una evolución lenta y normal.

La historia, afortunadamente, resuelve todas las dudas y desvanece todos los equívocos. La conquista fue un hecho político. Interrumpió bruscamente el proceso autónomo de la nación keswa, pero no implicó una repentina sustitución de las leyes y costumbres de los nativos por las de los conquistadores. Sin embargo, ese hecho político abrió, en todos los órdenes de cosas, así espirituales como materiales, un nuevo periodo. El cambio de régimen bastó para mudar desde sus cimientos la vida del pueblo keswa. La independencia fue otro hecho político. Tampoco correspondió a una radical transformación de la estructura económica y social del Perú; pero inauguró, no obstante, otro periodo de nuestra historia, y si no mejoró prácticamente la condición del indígena, por no haber tocado casi la infraestructura económica colonial, cambió su situación jurídica, y franqueó el camino de su emancipación política y social. Si la República no siguió este camino, la responsabilidad de la omisión corresponde exclusivamente a la clase que usufructuó la obra de los libertadores tan rica potencialmente en valores y principios creadores.

El problema indígena no admite ya la mistificación a que perpetuamente lo ha sometido una turba de abogados y literatos, consciente e inconscientemente mancomunados con los intereses de la casta latifundista. La miseria moral y material de la raza indígena aparece demasiado netamente como una simple consecuencia del régimen económico y social que sobre ella pesa desde hace siglos. Este régimen, sucesor de la feudalidad colonial, es el gamonalismo. Bajo su imperio, no se puede hablar seriamente de redención del indio.

El término gamonalismo no designa sólo a una categoría social y económica: la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios. Designa todo un fenómeno. El gamonalismo no está representado sólo por los gamonales propiamente dichos. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etcétera. El indio alfabeto se transforma en un explotador de su propia raza porque se pone al servicio del gamonalismo. El factor central del fenómeno es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política y el mecanismo del Estado. Por consiguiente, es sobre este factor sobre el que se debe actuar si se quiere atacar en su raíz un mal del cual algunos se empeñan en no contemplar sino las expresiones episódicas o subsidiarias.

Esa liquidación del gamonalismo, o de la feudalidad, podía haber sido realizada por la República dentro de los principios liberales y capitalistas. Pero por las razones que llevo ya señaladas en otros estudios, estos principios no han dirigido efectiva y plenamente nuestro proceso histórico. Saboteados por la propia clase encargada de aplicarlos, durante más de un siglo han sido impotentes para redimir al indio de una servidumbre que constituía un hecho absolutamente solidario con el de la feudalidad. No es el caso de esperar que hoy que estos principios están en crisis en el mundo, adquieran

repentinamente en el Perú una insólita vitalidad creadora.

El pensamiento revolucionario, y aun el reformista, no puede ser ya liberal sino socialista. El socialismo aparece en nuestra historia no por una razón de azar, de imitación o de moda, como espíritus superficiales suponen, sino como una fatalidad histórica. Y sucede que mientras, de un lado, los que profesamos el socialismo propugnamos lógica y coherentemente la reorganización del país sobre bases socialistas y —constatando que el régimen económico y político que combatimos se ha convertido gradualmente en una fuerza de colonización del país por los capitalismos imperialistas extranjeros— proclamamos que éste es un instante de nuestra historia en que no es posible ser efectivamente nacionalista y revolucionario sin ser socialista; de otro lado no existe en el Perú, como no ha existido nunca, una burguesía progresista, con sentido nacional, que se profese liberal y democrática y que inspire su política en los postulados de su doctrina. Con la excepción única de los elementos tradicionalmente conservadores, no hay ya en el Perú quien, con mayor o menor sinceridad, no se atribuya cierta dosis de socialismo.

Mentes poco críticas y profundas pueden suponer que la liquidación de la feudalidad es empresa típica y específicamente liberal y burguesa y que pretender convertirla en función socialista es torcer románticamente las leyes de la historia. Este criterio simplista de teóricos de poco calado, se opone al socialismo sin más argumento que el de que el capitalismo no ha agotado su misión en el Perú. La sorpresa de sus sustentadores será extraordinaria cuando se enteren que la función del socialismo en el gobierno de la nación, según la hora y el compás histórico a que tenga que ejecutarse, será en gran parte la de realizar el capitalismo —vale decir, las posibilidades históricamente vitales todavía del capitalismo— en el sentido que convenga a los intereses del progreso social.

Valcárcel, que no parte de apriorismos doctrinales —como se puede decir, aunque inexacta y superficialmente de mí y los elementos que me son conocidamente más próximos de la nueva generación— encuentra por esto la misma vía que nosotros a través de un trabajo natural y espontáneo de conocimiento y penetración del problema indígena. La obra que ha escrito no es una obra teórica y crítica. Tiene algo de evangelio y hasta algo de apocalipsis. Es la obra de un creyente. Aquí no están precisamente los principios de la revolución que restituirá a la raza indígena su sitio en la historia nacional; pero aquí están sus mitos. Y desde que el alto espíritu de Jorge Sorel, reaccionando contra el mediocre positivismo de que estaban contagiados los socialistas de su tiempo, descubrió el valor perenne del Mito en la formación de los grandes movimientos populares, sabemos bien que éste es un aspecto de la lucha que, dentro del más perfecto realismo, no debemos negligir ni subestimar.

Tempestad en los Andes llega a su hora. Su voz herirá todas las con-

ciencias sensibles. Es la profecía apasionada que anuncia un Perú nuevo. Y nada importa que para unos sean los hechos los que crean la profecía y para otros sea la profecía la que crea los hechos.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, *El problema indígena en América Latina*

Mariátegui envió un comunicado a la Conferencia Comunista de 1929, dedicado a los problemas de los campesinos indígenas y su inserción en la lucha de clases, del que publicamos algunos fragmentos. Mariátegui atribuye una gran importancia a las tradiciones colectivistas de los incas como elemento favorable al desarrollo del comunismo entre las masas campesinas de la región andina. Sin embargo sería injusto calificar su planteamiento de "populista": la hegemonía política del proletariado sigue siendo para Mariátegui la condición del paso al socialismo.

Mariátegui fue el primer comunista de América Latina que abordó el problema agrario y su relación con el problema indígena, tratando de aplicar en forma creadora el método marxista a un fenómeno específicamente latinoamericano. Es interesante señalar que esta problemática será abordada, después de él, sobre todo por los "herejes" y disidentes dentro del marxismo del continente y más tarde por la corriente castrista.

El advenimiento de la República no transforma sustancialmente la economía del país. Se produce un simple cambio de clases: al gobierno cortesano de la nobleza española, sucedió el gobierno de los terratenientes, encomenderos y profesionales criollos. La aristocracia mestiza empuña el poder, sin ningún concepto económico, sin ninguna visión política. Para los cuatro millones de indios, el movimiento de emancipación de la metrópoli pasa desapercibido. Su estado de servidumbre persiste desde la conquista hasta nuestros días no obstante las leyes dictadas para "protegerlos" y que no podían ser aplicadas mientras la estructura económica de supervivencia feudo-terrateniente persista en nuestro mecanismo social.

La nueva clase gobernante, ávida y sedienta de riquezas, se dedica a agrandar sus latifundios a costa de las tierras pertenecientes a la comunidad indígena, hasta llegar a hacerlas desaparecer en algunos departamentos. Habiéndoseles arrebatado la tierra que poseían en común todas las familias integrantes del ayllu, éstas han sido obligadas a buscar trabajo, dedicándose al yanaconazgo (parceleros) y a peones de los latifundistas que violentamente los despojaron.

* José Carlos Mariátegui, "El problema de las razas en América Latina", en *El movimiento revolucionario latinoamericano*, versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, junio de 1929, *La correspondencia sudamericana*, Buenos Aires, pp. 277-79, 290-91.

Del ayllu antiguo no queda sino uno que otro rasgo fisonómico, étnico, costumbres, prácticas religiosas y sociales, que con algunas pequeñas variaciones, se les encuentra en un sinnúmero de comunidades que anteriormente constituyeron el pequeño reino o "curacazgo". Pero si de esta organización, que entre nosotros ha sido la institución política intermediaria entre el ayllu y el imperio, han desaparecido todos sus elementos coactivos y de solidaridad, el ayllu o comunidad, en cambio, en algunas zonas poco desarrolladas, ha conservado su natural idiosincrasia, su carácter de institución casi familiar, en cuyo seno continuaron subsistiendo después de la Conquista los principales factores constitutivos.

Las comunidades reposan sobre la base de la propiedad en común de las tierras en que viven y cultivan y conservan, por pactos y por lazos de consanguinidad que unen entre sí a las diversas familias que forman el ayllu. Las tierras de cultivos y pastos pertenecientes a la comunidad, forman el patrimonio de dicha colectividad. En ella viven, de su cultivo se mantienen, y los continuos cuidados que sus miembros ponen a fin de que no les sean arrebatadas por los poderosos vecinos u otras comunidades, les sirven de suficiente incentivo para estar siempre organizados, constituyendo un solo cuerpo. Por hoy, las tierras comunales pertenecen a todo el ayllu o sea al conjunto de familias que forman la comunidad. Unas están repartidas y otras continúan en calidad de bien raíz común, cuya administración se efectúa por los agentes de la comunidad. Cada familia posee un trozo de tierra que cultiva, pero que no puede enajenar porque no le pertenece: es de la comunidad.

Por lo general, hay dos clases de tierras, unas que se cultivan en común para algún "santo" o comunidad y las que cultiva cada familia por separado.

Pero no sólo en la existencia de las comunidades se revela el espíritu colectivista del indígena. La costumbre secular de la "Minka" subsiste en los territorios del Perú, de Bolivia, del Ecuador y Chile; el trabajo que un parcelero, aunque no sea comunero, no puede realizar por falta de ayudantes, por enfermedad u otro motivo análogo, es realizado merced a la cooperación y auxilio de los parceleros confinantes, quienes a su vez reciben parte del producto de la cosecha, cuando su cantidad lo consiente, u otro auxilio manual en una próxima época.

Este espíritu de cooperación que existe fuera de las comunidades, se manifiesta en formas especiales en Bolivia, donde se establecen mutuos acuerdos entre indígenas pequeños propietarios pobres, para labrar en común el total de las tierras y repartir en común el producto. Otra forma de cooperación que también se observa en Bolivia es la que se realiza entre un indio pequeño propietario en los alrededores de la ciudad, sin nada más que su tierra, y otro indio que vive en la ciudad, en calidad de pequeño artesano o asalariado relativamente bien remunerado; este último no dispone

de tiempo, pero puede en una u otra forma conseguir las semillas y los instrumentos de labranza que faltan; el primero aporta la tierra y su labor personal; en la época de la cosecha se reparte el producto según la proporción establecida de antemano.

Estas y otras formas de cooperación extracomunitaria junto con la existencia de numerosas comunidades (en el Perú cerca de 1 500 comunidades con 30 millones de hectáreas, cultivadas aproximadamente por 1 500 000 comuneros; en Bolivia un número aproximadamente igual de comunidades, con menos comuneros, siendo arrancados muchos de ellos a la tierra, para las minas), comunidades que en algunas regiones dan un rédito agrícola superior a la de los latifundios, atestiguan la vitalidad del colectivismo incaico primitivo, capaz mañana de multiplicar sus fuerzas, aplicadas a latifundios industrializados y con los medios de cultivo necesarios.

El VI Congreso de la IC ha señalado una vez más la posibilidad, para pueblos de economía rudimentaria, de iniciar directamente una organización económica colectiva, sin sufrir la larga evolución por la que han pasado otros pueblos. Nosotros creemos que entre las poblaciones "atrasadas", ninguna como la población indígena incásica, reúne las condiciones tan favorables para que el comunismo agrario primitivo, subsistente en estructuras concretas y en un hondo espíritu colectivista, se transforme, bajo la hegemonía de la clase proletaria, en una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista preconizada por el comunismo marxista. [...]

Sólo el movimiento revolucionario clasista de las masas indígenas explotadas podrá permitirles dar un sentido real a la liberación de su raza, de la explotación, favoreciendo las posibilidades de su autodeterminación política.

El problema indígena, en la mayoría de los casos, se indentifica con el problema de la tierra. La ignorancia, el atraso y la miseria de los indígenas, no son sino la consecuencia de su servidumbre. El latifundio feudal mantiene la explotación y la dominación absoluta de las masas indígenas por la clase propietaria. La lucha de los indios contra los gamonales, ha estribado invariablemente en la defensa de sus tierras contra la absorción y el despojo. Existe, por tanto, una instintiva y profunda reivindicación indígena: la reivindicación de la tierra. Dar un carácter organizado, sistemático, definido, a esta reivindicación, es la tarea en que la propaganda política y el movimiento sindical tiene el deber de cooperar activamente.

Las "comunidades", que han demostrado bajo la opresión más dura condiciones de resistencia y persistencia realmente asombrosas, representan un factor natural de socialización de la tierra. El indio tiene arraigados hábitos de cooperación. Aun cuando de la propiedad comunitaria se pasa a la propiedad individual, y no sólo en la sierra sino también en la costa, donde un mayor mestizaje actúa contra las costumbres indígenas, la cooperación se mantiene, las labores pesadas se hacen en común. La "comunidad" puede transformarse en cooperativa, con mínimo esfuerzo. La adjudicación a las

"comunidades" de la tierra de los latifundios, es, en la sierra, la solución que reclama el problema agrícola. En la costa, donde la gran propiedad es también omnipotente, pero donde la propiedad comunitaria ha desaparecido, se tiende inevitablemente a la individualización de la propiedad del suelo. Los "yanaconas", especie de aparceros duramente explotados, deben ser ayudados en su lucha contra los propietarios. La reivindicación natural de estos "yanaconas" es la del suelo que trabajan. En las haciendas explotadas directamente por sus propietarios, por medio de peonadas, reclutadas en parte en la sierra, y a las que en esta parte falta vínculo con la tierra, los términos de la lucha son distintos. Las reivindicaciones por las que hay que trabajar son: libertad de organización, supresión de "enganche", aumento de salarios, jornada de ocho horas, cumplimiento de las leyes de protección del trabajo. Sólo cuando el peón de hacienda haya conquistado esas cosas, estará en la vía de su emancipación definitiva.

Es muy difícil que la propaganda sindical o política penetre en las haciendas. Cada hacienda es en la costa un feudo. Ninguna asociación, que no acepte el patronato y la tutela de los propietarios y la administración, es tolerada, y en este caso, sólo se encuentran las asociaciones de deporte o recreo. Pero con el aumento del tráfico automovilístico se abre poco a poco una brecha en las barreras que cerraban antes las haciendas a toda propaganda. De ahí la importancia que la organización y movilización activa de los obreros del transporte tiene en el desarrollo de la movilización clasista. Cuando las peonadas de las haciendas sepan que cuentan con la solidaridad fraternal de los sindicatos y comprendan el valor de éstos, fácilmente despertará en ellas la voluntad de lucha que hoy les falta. Los núcleos de adherentes al trabajo sindical que se constituyen, gradualmente, en las haciendas, tendrán la función de explicar en cualquiera reclamación y de aprovechar la primera oportunidad de dar forma a su organización, dentro de lo que las circunstancias consientan.

Para la progresiva educación ideológica de las masas indígenas, la vanguardia obrera dispone de aquellos elementos militantes de la raza india que en las minas o en los centros urbanos, particularmente en los últimos, entran en contacto con el movimiento sindical, se asimilan a sus principios y se capacitan para jugar un rol en la emancipación de su raza. Es frecuente que obreros procedentes del medio indígena, regresen temporal o definitivamente a éste. El idioma les permite cumplir eficazmente una misión de instructores de sus hermanos de raza y de clase. Los indios campesinos no entenderán de veras sino a individuos de su seno, que les hablen en su propio idioma. Del blanco, del mestizo, desconfiarán siempre; y el blanco y el mestizo, a su vez, muy difícilmente se impondrán el difícil trabajo de llegar al medio indígena y de llevar a él la propaganda clasista.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, *La revolución socialista latinoamericana**

El texto adjunto, tomado de un documento redactado por Mariátegui en nombre de un grupo de militantes de Lima (núcleo del futuro Partido Comunista), es una discusión con el APRA que define en términos tajantes y rigurosos el carácter socialista de la revolución en el continente, como única alternativa realista al dominio del imperialismo norteamericano.

La misma palabra revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla, rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana será, nada más y nada menos, que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: "antimperialista", "agrarista", "nacionalista revolucionaria". El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norteamérica, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América Latina o Ibera, socialista. La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y en todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritu, no tienen ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona ya materialista y una América Latina, idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos éstos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fundamentalmente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y sumulacros de ideologías y lugares y hagamos las cuentas serias y francamente con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específica ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indo América, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo.

* José Carlos Mariátegui, "Carta colectiva del grupo de Lima", junio de 1929, en *El proletariado y su organización*, ed. Grijalbo, 1970, pp. 119-21.

pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años debimos nuestra independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces, procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de estos hombres por la originalidad de estas ideas, sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes eran sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista primitiva, que registra la historia, es la incaica.

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea absoluto, abstracto, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil, vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. "Amauta" no es una diversión ni un juego de intelectuales puros; profesa una idea histórica, confiesa una idea activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: socialismo (con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista pequeñoburgués y demagogo).

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, *Punto de vista antimperialista**

Este texto pertenece a un documento redactado por Mariátegui y presentado por la delegación peruana en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio de 1929). Trata de delimitar la cuestión clave de la relación dialéctica entre la lucha de clases y la lucha contra el imperialismo y esboza un análisis penetrante e insólito de las relaciones y contradicciones entre la metrópoli norteamericana, la burguesía local y los terratenientes. Es uno de los textos políticos más conocidos de Mariátegui, y ha sido objeto de múltiples reediciones por parte de grupos revolucionarios latinoamericanos después de la revolución cubana.

16. ¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semicoloniales? La condición económica de

* José Carlos Mariátegui, "Punto de vista antimperialista", 1929, en *Obra política*, ed. Era, México, 1979, pp. 273-78.

estas repúblicas, es, sin duda, semicolonial, y, a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía. Pero las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional. Estas burguesías, en Sudamérica, que no conoce todavía, salvo Panamá, la ocupación militar yanqui, no tienen ninguna predisposición a admitir la necesidad de luchar por la segunda independencia, como suponía ingenuamente la propaganda aprista. El Estado, o mejor la clase dominante no echa de menos un grado más amplio y cierto de autonomía nacional. La revolución de la Independencia está relativamente demasiado próxima, sus mitos y símbolos demasiado vivos, en la conciencia de la burguesía y la pequeña burguesía. La ilusión de la soberanía nacional se conserva en sus principales efectos. Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de la lucha antimperialista en los países semicoloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error.

Ya en nuestra discusión con los dirigentes del aprismo, reprobando su tendencia a proponer a la América Latina un Kuo Min Tang, como modo de evitar la imitación europeísta y acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de nuestra propia realidad, sosteníamos hace más de un año la siguiente tesis:

"La colaboración con la burguesía, y aun de muchos elementos feudales, en la lucha antimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrepita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El antimperialismo en la China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indo-América las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criolla no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aún con sus simples empleados, en el Country Club, en el Tennis y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no siente escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La "huachafita" que puede atrapar un yanqui empleado de Grace o de la Foundation lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas que a ninguno de ustedes

escapa seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha antimperialista en nuestro medio. Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder en su patria, y donde la personalidad nacional tiene por estas razones contornos más claros y netos que en estos países retardados, el antimperialismo puede (tal vez) penetrar fácilmente en los elementos burgueses; pero por razones de expansión y crecimiento capitalistas y no por razones de justicia social y doctrina socialista como es nuestro caso."

La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuo Min Tang, no eran todavía conocidas en toda su magnitud. Un conocimiento capitalista, y no por razones de justicia social y doctrinaria, demostró cuan poco se podía confiar, aún en países como la China, en el sentimiento nacionalista revolucionario de la burguesía.

Mientras la política imperialista logre "manéger" los sentimientos y formalidades de la soberanía nacional de estos Estados, mientras no se vea obligada a recurrir a la intervención armada y a la ocupación militar, contará absolutamente con la colaboración de las burguesías. Aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países, o más bien sus burguesías, se considerarán tan dueños de sus destinos como Rumania, Bulgaria, Polonia y demás países "dependientes" de Europa.

Este factor de la psicología política no debe ser descuidado en la estimación precisa de las posibilidades en la acción antimperialista en la América Latina. Su relegamiento, su olvido, ha sido una de las características de la teorización aprista.

2o. La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el Apra —como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva— y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuo Min Tang latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del antimperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: "Somos de izquierda (o socialistas) porque somos antimperialistas". El antimperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada superestimación del movimiento antimperialista, a la exageración del mito de la lucha por la "segunda independencia", al romanticismo de que estamos viviendo ya las jornadas de una nueva emancipación. De aquí la tendencia a remplazar las ligas antimperialistas con un organismo político. Del Apra, concebida inicialmente como frente único, como alianza popular, como bloque de las clases oprimidas, se pasa al Apra definida como el Kuo Min Tang latinoamericano.

El antimperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir,

por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El antimperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses.

Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política antimperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui. Un gobierno "nacionalista" puede usar, en sus relaciones con los Estados Unidos, un lenguaje distinto que el gobierno de Leguía en el Perú. Este gobierno es francamente, desenfadadamente panamericanista, monroísta; pero cualquier otro gobierno burgués haría, prácticamente, lo mismo que él, en materia de empréstitos y concesiones. Las inversiones del capital extranjero en el Perú crecen en estrecha y directa relación con el desarrollo económico del país, con la explotación de sus riquezas naturales, con la población de su territorio, con el aumento de las vías de comunicación. ¿Qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña burguesía? Nada, sino palabras. Nada, sino una temporal borrachera nacionalista. El asalto del poder por el antimperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder, por las masas proletarias, por el socialismo. La revolución socialista encontraría su más encarnizado y peligroso enemigo —peligroso por su confusiónismo, por la demagogia—, en la pequeña burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden.

Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación antimperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera.

3o. Estos hechos diferencian la situación de los países sudamericanos de la situación de los países centroamericanos, donde el imperialismo yanqui, recurriendo a la intervención armada sin ningún reparo, provoca una reacción patriótica que puede fácilmente ganar al antimperialismo a una parte de la burguesía y la pequeña burguesía. La propaganda aprista, conducida personalmente por Haya de la Torre, no parece haber obtenido en ninguna otra parte de América mayores resultados. Sus prédicas confusionistas y mesiánicas, que aunque pretenden situarse en el plano de la lucha económica, apelan en realidad particularmente a los factores raciales y sentimentales, reúnen las condiciones necesarias para impresionar a la pequeña burguesía intelectual. La formación de partidos de clase y poderosas organizaciones sindicales, con clara conciencia clasista, no se presenta destinada en esos países al mismo desenvolvimiento inmediato que en Sud-

américa. En nuestros países el factor clasista es más decisivo, está más desarrollado. No hay razón para recurrir a vagas fórmulas populistas tras de las cuales no pueden dejar de prosperar tendencias reaccionarias. Actualmente el aprismo, como propaganda, está circunscrito a Centroamérica; en Sudamérica, a consecuencia de la desviación populista, caudillista, pequeñoburguesa, que lo definía como el Kuo Min Tang latinoamericano, está en una etapa de liquidación total. Lo que resuelva al respecto el próximo Congreso Antimperialista de París cuyo voto tiene que decidir la unificación de los organismos antimperialistas y establecer la distinción entre las plataformas y agitaciones antimperialistas y las tareas de la competencia de los partidos de clase y las organizaciones sindicales, pondrá término absolutamente a la cuestión.

4o. ¿Los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semif feudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzosa y completamente con la lucha antimperialista? Ciertamente, el capitalismo imperialista utiliza el poder de la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero, sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atende en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro, si el poder está en manos de una clase social más numerosa, que, satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, está en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y su ujier. La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entran el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la "democratización" de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente —y por lo mismo más apta para garantizar la paz social— nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo. En el Perú, el régimen leguista, aunque tímido en la práctica ante los intereses de los latifundistas y gamonales, que en gran parte le prestan su apoyo, no tiene ningún inconveniente en recurrir a la demagogia, en reclamar contra la feudalidad y sus privilegios, en tronar contra las antiguas oligarquías, en promover una distribución del suelo que hará de cada peón agrícola un

pequeño propietario. De esta demagogia saca el leguismo, precisamente, sus mayores fuerzas. El leguismo no se atreve a tocar la gran propiedad. Pero el movimiento natural del desarrollo capitalista —obras de irrigación, explotación de nuevas minas, etcétera— va contra los intereses y privilegios de la feudalidad. Los latifundistas, a medida que crecen las áreas cultivables, que surgen nuevos focos de trabajo, pierden su principal fuerza: la disposición absoluta e incondicional de la mano de obra. En Lambayeque, donde se efectúan actualmente obras de regadío, la actividad capitalista de la comisión técnica que las dirige, y que preside un experto norteamericano, el ingeniero Sutton, ha entrado prontamente en conflicto con las conveniencias de los grandes terratenientes feudales. Estos grandes terratenientes son, principalmente, azucareros. La amenaza de que se les arrebate el monopolio de la tierra y el agua, y con él el medio de disponer a su antojo de la población de trabajadores saca de quicio a esta gente y la empuja a una actitud que el gobierno, aunque muy vinculado a muchos de sus elementos, califica de subversiva o antigobiernista. Sutton tiene las características del hombre de empresa capitalista norteamericano. Su mentalidad, su trabajo, chocan al espíritu feudal de los latifundistas. Sutton ha establecido, por ejemplo, un sistema de distribución de las aguas, que reposa en el principio de que el dominio de ellas pertenece al Estado; los latifundistas consideraban el derecho sobre las aguas anexo a su derecho sobre la tierra. Según su tesis, las aguas eran suyas; eran y son propiedad absoluta de sus fundos.

5a. ¿Y la pequeña burguesía, cuyo rol en la lucha contra el imperialismo se superestima tanto, es como se dice, por razones de explotación económica, necesariamente opuesta a la penetración imperialista? La pequeña burguesía es, sin duda, la clase social más sensible al prestigio de los mitos nacionalistas. Pero el hecho económico que domina la cuestión, es el siguiente: en países de pauperismo español, donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarianización; donde ésta misma, por la miseria de los salarios no tiene fuerza económica para transformarla en parte en clase obrera; donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del Estado, la caza del sueldo y del puesto "decente"; el establecimiento de grandes empresas que, aunque explotan enormemente a sus empleados nacionales, representan siempre para esta clase un trabajo mejor remunerado, es recibido y considerado favorablemente por la gente de clase media. La empresa yanqui representa mejor sueldo, posibilidad de ascensión, emancipación de la empleomanía del Estado, donde no hay porvenir sino para los especuladores. Este hecho actúa, con una fuerza decisiva, sobre la conciencia del pequeño burgués, en busca o en goce de un puesto. En estos países, de pauperismo español, repetimos, la situación de las clases medias no es la constatada en los países donde estas clases han pasado un periodo de libre concurrencia, de crecimiento capitalista propicio a la iniciativa y al éxito individuales, a la opresión de los grandes monopolios.

En conclusión, somos antimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa.

IV. LA REBELIÓN ROJA DE EL SALVADOR (1932)

*Documentos del Partido Comunista de El Salvador**

Los textos siguientes son llamamientos, proclamas y documentos del Partido Comunista de El Salvador durante la insurrección campesina de 1932, que fue la única sublevación armada de masas dirigida por un partido comunista en América Latina.

Hay que situar el acontecimiento en el contexto del viraje a la izquierda del Comintern ("Tercer Periodo") pero constituye en lo esencial la expresión de un movimiento revolucionario "desde abajo", auténtico y autónomo.

Los llamamientos a los soldados en las proclamaciones del Partido Comunista de El Salvador no era mera retórica; correspondían a una real influencia de los comunistas en las bases del Ejército.

Estos documentos fueron publicados por el poeta comunista salvadoreño Roque Dalton, como anexo a los recuerdos de Miguel Mármol, único sobreviviente de la dirección del PCS de 1932, en la revista cubana Pensamiento Crítico.

MANIFIESTO COMUNISTA PARA LOS SOLDADOS DE AHUACHAPÁN

A los camaradas soldados:

Los obreros y los campesinos, todos bajo la dirección del CC del Partido Comunista de El Salvador, no tenemos nada que esperar del gobierno actual que está en manos de los ricos. Vosotros mismos conocéis que los camaradas del cantón Santa Rita están en una huelga por la que reclaman aumento de salarios, disminución de los terrajes que no les dejan casi nada a los trabajadores agrícolas. El capitalista Rogelio Arriaza y Rafael Herrera Morán, también capitalista, emborracharon a la guardia para que asesinara a los camaradas en huelga. El gobierno, siendo como es, de los ricos, ha mandado fuerzas para aplastar a los trabajadores. Vosotros, camaradas soldados, sois de nuestra clase explotada y no debéis disparar un cartucho contra los trabajadores. Los obreros, campesinos y soldados deben unirse para establecer el gobierno obrero y campesino. Vosotros debéis des-

* Roque Dalton, "Miguel Mármol: El Salvador 1930-32", en *Pensamiento Crítico*, n. 48, La Habana, enero de 1971, pp. 98-106.

conocer a los oficiales y jefes porque todos ellos están contra los trabajadores. Nombrad vosotros delegados para que entren en un acuerdo con nosotros. Acabemos con los jefes y oficiales del ejército de los ricos y formemos el Ejército Rojo compuesto de soldados y de jefes nombrados entre los mismos soldados. Ni un cartucho contra nosotros. Los delegados de los camaradas soldados deben recibir órdenes del Partido Comunista. El Comité Central del Partido Comunista nos llevará a la victoria contra los ricos ladrones.

Ahuachapán, 7 de enero de 1932

SOCORRO ROJO INTERNACIONAL
COMUNISTA DE EL SALVADOR
COMITÉ EJECUTIVO NACIONAL

(Confidencial y urgente)

Camarada:

Esperamos que a la hora definitiva no se desanime ni lleve desaliento a las masas. Debe estar convencido de que los Estados Unidos mirarán con buenos ojos la insurrección y la atribuirán a una reacción del araujismo y en consecuencia nos reconocerán inmediatamente una beligerancia que de momento nos es indispensable, mientras tomamos las riendas del poder, que es nuestro objetivo, y después, ya con las armas en la mano y con la ayuda de los camaradas de toda América y en especial la de los camaradas de Estados Unidos, podremos enfrentar cualquier situación desesperada. La lucha es de vida o muerte.

Por las víctimas de la reacción y del imperialismo.

Por el Comité Ejecutivo Nacional.

Ismael Hernández, secretario general.

PLAN QUE DESARROLLARÁ EL COMITÉ MILITAR REVOLUCIONARIO EL DÍA... DEL ACTUAL (ENERO) EN LA LUCHA POR LA TOMA DEL PODER POR LOS OBREROS, CAMPESINOS Y SOLDADOS, POR RESOLUCIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR

1o. Este CC del PCS nombra al Comité Militar Revolucionario que operará bajo la dirección de este mismo CC y queda integrado por los camaradas: [...]

2o. El Comité Militar Revolucionario queda facultado por este CC para organizar la insurrección inmediata planteada por este CC ampliado, en su sesión del 8 del actual.

3o. Todos los miembros del partido quedan bajo las órdenes del Comité Militar Revolucionario a quien le deben la disciplina más severa.

9 de enero de 1932. Proletarios de todos los países, uníos.

Por el CC Octavio Figueira, Secretario General Interino.

POR QUÉ EL SOLDADO DEBE TOMAR PARTE EN LA
REVOLUCIÓN PROLETARIA

Ante todo, el soldado es un obrero o un campesino a quien los ricos explotan en fábricas, talleres y campos. Todavía joven es llevado a los cuarteles, donde se le obliga a manejar un arma para defender las riquezas que como obrero o campesino le hizo a la clase rica. El descontento que el soldado siente en los cuarteles por la opresión en que vive, se debe a que el soldado, a pesar de las mentiras de los jefes y oficiales, siente que ellos son sus enemigos, porque esos mismos jefes y oficiales pertenecen a la clase que los explota en los talleres, fábricas y campos.

Un ejemplo: el golpe del dos de diciembre del año pasado. En este golpe, el soldado comprendió que peleando al lado de sus jefes no consigue más que la mejoría de éstos, quedando él en la misma condición de esclavo; así vemos que mientras los jefes están bien, gozando de todo, al soldado no le pagan: mientras a los cadetes los han ascendido, el esclavo se está muriendo de hambre.

Todo esto te hace comprender, camarada soldado, que tus intereses son los mismos de estas clases trabajadoras a quienes tus jefes y oficiales te obligan a matar, cuando en defensa de los derechos, como son aumentos, de jornales, disminución de horas de trabajo, disminución de terrajes, luchan por lo mismo que a ti te tiene sin sueldo el rico, o sea por las crisis que los ricos echan sobre las espaldas de nosotros y sobre las de ustedes mientras ellos viven como príncipes en grandes banquetes y fiestas.

Por consiguiente, tu deber de hombre proletario, tu deber de explotado como obrero, como campesino o como soldado, es organizarte hoy más que nunca, porque tienes un arma en la mano que te permitirá ayudar de una manera efectiva a tu clase, que dirigida por el Partido Comunista llegará al poder para suprimir la explotación del hombre por el hombre.

No dispares jamás un tiro contra tus mismos camaradas del campo y del taller. No atiendas a tus jefes y oficiales cuando éstos te manden a que te manches las manos con la sangre de los oprimidos, pues tú eras como ellos una víctima del capitalismo nacional y del imperialismo. Saluda a la bandera de la revolución y quírela porque es la que te llevará a la libertad que durante tanto tiempo te han negado tus jefes y oficiales y el gobierno que es un criado de los ricos.

¡Viva el Partido Comunista que llevará al poder a los obreros, campesinos y soldados! ¡Viva el Ejército Rojo en el cual el soldado tendrá los derechos de hombre y no será un esclavo como es el ejército manejado por los ricos!

COMUNICACIONES DE MILITANTES DIRIGIDAS AL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO
EN LOS DÍAS ANTERIORES A LA INSURRECCIÓN Y UNA INFORMACIÓN DIRIGIDA
AL COMITÉ MILITAR REVOLUCIONARIO DE SAN SALVADOR

Camarada jefe: quiero que se discuta de una manera amplia y a fondo, para definir un movimiento eficiente y de resultados efectivos, los puntos siguientes: 1] ¿Qué puntos hay que asegurar para el desarrollo de la contienda? Esto es de vital importancia, porque deben ser de una estrategia definida. 2] Con qué medios y elementos se cuenta, dónde estarán los lugares de aprovisionamiento o si no los hay. 3] Cómo están organizados los diferentes sectores y quiénes los comandan para tener seguridad de unificar la acción. 4] Cuáles deben ser los puntos de concentración de los diferentes sectores al iniciarse la acción. 5] Qué medios más rápidos de comunicación deben adoptarse en los momentos necesarios. 6] Qué medios políticos deben emplearse con los habitantes de los lugares que se tomen. Está también es de vital importancia. 7] Quiénes o quién dirigirá la acción puramente militar. 8] La hora matemática en que deben estar todos en su puesto. Salud. (firmado) MAGÓN. [...]

CREDENCIAL DE COMANDANTE ROJO

Partido Comunista de El Salvador.
Sección de la Internacional Comunista.
Comité Central.

Este Comité Central nombra al CAMARADA *Inocente Rivas Hidalgo* COMANDANTE ROJO DE LAS FUERZAS DEL EJÉRCITO ROJO que operarán en la Zona de y en la toma de la ciudad de *San Salvador*, quedando bajo su absoluta responsabilidad la marcha de la lucha revolucionaria hasta el triunfo final contra la clase explotadora.

Extendido en el Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador a los diez y seis días del mes de enero de mil novecientos treinta y dos.

Por la destrucción implacable de la
burguesía nacional y el imperialismo.

Por el Comité Central
El Secretario General Interino,
Octavio Rodríguez.

[En la esquina inferior izquierda se ve un sello con una hoz, un martillo y una estrella de cinco puntas y una leyenda circular en torno (con dos erratas) que dice: PARTIDO COMUNISTA/C.C. SEC. SALVADOR III. Según la policía y el Ejército, se recogieron más de mil quinientos de estos carnets.]

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR A LOS SOLDADOS DEL EJÉRCITO

San Salvador, enero 20 de 1932.

Camaradas:

El Comité Central del Partido Comunista, se dirige a ustedes en los momentos en que las clases trabajadoras de la república comienzan la lucha armada por conquistar el poder que emplearán para libertarse y libertar a ustedes del yugo del capital y de los grandes dueños de tierras que hoy están condenando al hambre a muchísimas familias trabajadoras en fábricas, ferrocarriles, talleres, fincas, haciendas y demás empresas capitalistas con salarios tan bajos que no alcanzan a remediar la miseria de todos los que producimos las riquezas.

Ustedes mismos conocen las matanzas que los gobiernos de Romero Bosque, Araujo y Martínez, de acuerdo con los ricos y el imperialismo han hecho en los trabajadores de Santa Tecla, Sansonate y Zaragoza y últimamente, el 5 de este mes, en el cantón Santa Rita, jurisdicción de Atiquizaya. Ustedes conocen también que las huelgas que declaramos los trabajadores tienen por objeto obligar a los ricos a que nos aumenten los jornales, pues no podemos vivir con los mismos pagos que siempre y ahora son miserables. Los ricos y el gobierno actual no quieren que los trabajadores organizados reclamemos derechos y por eso han matado y matan, han puesto presos y ponen todavía a cientos de trabajadores a quienes están mandando a la carretera de Cojutepeque a pesar de que las huelgas se hacen en la forma más ordenada.

Este Comité Central ha guiado a los trabajadores en las elecciones municipales y de diputados. En todas las ciudades, villas y pueblos, todo el mundo se ha dado cuenta de que el Partido Comunista es el más grande de todos, habiendo obtenido mayoría de votos, como los mismos diarios de la clase rica lo han dicho; pero a pesar de esa mayoría el gobierno de Martínez, que es el criado de los ricos, no ha permitido que los trabajadores lleguemos a ocupar las alcaldías, ni puestos de diputados en la Asamblea Nacional.

Comprenden los ricos y el gobierno que los trabajadores en esos puestos hubiéramos favorecido a nuestra clase pobre que toda la vida ha estado con el yugo de la esclavitud.

Por estos motivos, el Comité Central del Partido Comunista tiene armados para lanzarse con ellos a todos los obreros, obreras, campesinos y campesinas para conquistar el poder y establecer un gobierno de obreros, campesinos y soldados, quienes por medio de Consejos en que estén representados los obreros, los campesinos y los soldados, tendrán toda la fuerza para aplastar sin piedad a los ricos y a la burguesía en general dando las tierras a los campesinos y soldados y protegiendo a los campesinos pobres que

tienen su pedacito de tierra, puesto que nuestra lucha va contra los ricazos que tienen grandes fincas y haciendas y no contra los que tienen un pedacito apenas y no tienen ni siquiera donde morir.

El levantamiento armado de las masas obreras y campesinas, dirigido por este Comité Central, debe encontrar en ustedes, camaradas soldados, toda la ayuda, todo el apoyo que son ustedes capaces de prestar como hermanos nuestros en la lucha a muerte contra los ricos explotadores, que son los mismos que los tienen a ustedes ahí condenados a la disciplina dura del cuartel, no pagándoles y ocupándolos sólo para oprimir a la misma clase de pobres a que ustedes también pertenecen.

En cuanto el movimiento armado comience, en cuanto las grandes masas de trabajadores se levanten al grito de la revolución, deben ustedes nombrar delegados que recibirán amplias instrucciones del Comité Central.

Deben nombrar Comités de Soldados entre ustedes mismos y a un soldado como Comandante Rojo, quien de acuerdo con este Comité Central los dirigirá en el movimiento. *No deben disparar ni un solo tiro contra nosotros. ¡Viva el ejército rojo! Viva el comité central del partido que es el jefe de la revolución proletaria! ¡Abajo los oficiales y jefes!*

MANIFIESTO DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA A LAS CLASES TRABAJADORAS DE LA REPÚBLICA: OBREROS, CAMPESINOS Y SOLDADOS

Camaradas:

El Partido Comunista, que es el Director del Proletariado hacia la victoria final que sólo podrá alcanzarse hasta que hayan sido suprimidas el hambre, la desocupación y todas las demás formas de esclavitud a que la clase rica y el imperialismo nos condenan a nosotros los trabajadores, ha sostenido para bien de los trabajadores una lucha encarnizada contra los gobernantes y los grandes propietarios. Primeramente los ricos y su gobierno trataron de desacreditarlo diciendo que el Partido Comunista era una banda de ladrones. Ladrones nosotros los trabajadores a quienes se nos roba nuestro trabajo, pagándonos un jornal miserable; nosotros a quienes están matando lentamente, condenándonos a vivir en mesones cochinos, sin agua, sin luz, o en cuarteles hediondos o trabajando día y noche en el campo bajo la lluvia y el sol. Somos calificados de ladrones por exigir el jornal que se nos debe, disminución en las horas de trabajo y en los terrajes, que son tan grandes que los ricos se quedan con casi toda la cosecha, robándonos el trabajo.

A las calumnias agregaron la muerte, los palos, las cárceles y la expulsión del país para camaradas luchadores de nuestra clase. Así hemos visto las matanzas de trabajadores y trabajadoras y hasta de niños y ancianos proletarios de Santa Tecla, Sansonate y Zaragoza y en estos momentos en Ahua-

chapán. Nosotros los trabajadores, según los ricos, no tenemos derecho a nada, no debemos hablar. Nuestros periódicos han sido suprimidos, nuestras cartas abiertas y robadas. En nuestra lucha por poner alcaldes y diputados de nuestra misma clase, a pesar de que el Partido Comunista es el más grande y disciplinado, el gobierno y los ricos descaradamente nos demostraron que mientras la clase rica no caiga del poder por la fuerza de todos nosotros, siempre seremos sus esclavos. En Ahuachapán, después que no dejaron votar a nuestros camaradas, la guardia, por orden de los ricos, los maltrató. Valientemente nuestros compañeros de Ahuachapán están con las armas en la mano defendiéndose de los asesinos.

En presencia de todo esto, el Comité Central del Partido Comunista, que representa la opinión de todos los trabajadores y trabajadoras de la República y que cuenta con el apoyo moral y material de todos los trabajadores del mundo, y bajo la dirección de la Internacional Comunista,

Ordena:

El armamento de todos los obreros y campesinos y el establecimiento del Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador.

La insurrección general de los trabajadores y trabajadoras hasta establecer un gobierno de obreros, campesinos y soldados.

Camaradas obreros: ¡ármense y defiendan la Revolución Proletaria! Camaradas ferrocarrileros: ¡tomen los ferrocarriles y pónganlos al servicio de la revolución!

Camaradas campesinos: ¡tomen las tierras de las grandes haciendas y fincas y protejan al que actualmente tiene un pedazo de tierra y defiendan sus conquistas revolucionarias con las armas sin piedad para los ricos!

Camaradas soldados: ¡no disparen ni un solo tiro contra los obreros y campesinos revolucionarios! ¡Maten a los jefes y oficiales! ¡Pónganse a las órdenes de los camaradas soldados que han sido nombrados Comandantes Rojos por este Comité Central!

Camaradas: ¡formemos consejos de obreros, campesinos y soldados!

¡Todo el poder a los consejos de obreros, campesinos y soldados!

San Salvador, a 21 de enero de 1932. Dado en el Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador. El Comité Central.

V. LA INSURRECCIÓN DE 1935 EN BRASIL

*Programa del Gobierno Popular Nacional Revolucionario**

Este texto pertenece al periodo de preparación de la insurrección militar animada por el PC brasileño en 1935, acontecimiento que constituye una etapa de transición entre la táctica del "Tercer Periodo" y la era de los Frentes Populares.

El programa del Gobierno Popular Revolucionario es un documento de la Alianza Nacional Libertadora, frente político-militar del PCB y el ala izquierda del "tenentismo", que encabezará la sublevación de noviembre de 1935. La orientación del programa es relativamente moderada y no enjuicia el régimen capitalista en Brasil.

Con el objetivo principal de eliminar malentendidos, así como de responder a los interrogantes de muchos compañeros aliancistas, pasamos a dar algunas informaciones concretas sobre el carácter del Gobierno Popular Revolucionario, por cuya implantación luchamos, como libertadores de Brasil y verdaderos demócratas, esto es, como miembros de la Alianza Nacional Libertadora.

1] Calumnian a la ANL y hacen evidentemente un trabajo de provocación policial, todos aquellos que dicen que nuestra organización es una simple máscara del Partido Comunista, porque la ANL es un amplio frente único nacional de todos los que, en Brasil, quieren luchar por la independencia nacional, contra el imperialismo extranjero que nos esclaviza y contra el fascismo que, en países como el nuestro, es instrumento del más repugnante terror al servicio del imperialismo, incapaz de continuar dominando mediante los viejos métodos hasta ahora empleados.

De la misma manera, no comprenden nada sobre las intenciones de los libertadores de Brasil o son simples agentes provocadores de nuestros adversarios quienes pretenden confundir el Gobierno Popular Nacional Revolucionario por el cual lucha la ANL con un gobierno soviético, con la dictadura democrática de los obreros, los campesinos, los soldados y los mineros.

En las condiciones actuales de Brasil, frente a la amenaza del más terrible

* "Programa do Governo Popular Nacional Revolucionario", en Helio Silva, 1935, *A revolta vermelha*, ed. Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1969, pp. 443-47.

fascismo, frente a la completa colonización de nuestro país por el imperialismo, que le va siendo vendido cínicamente por el gobierno de traición nacional de Getulio Vargas y de sus más fieles lacayos en los estados, lo que nosotros, los miembros de la ANL, proclamamos, es la necesidad de un gobierno surgido realmente del pueblo en armas, entendiendo como pueblo a la totalidad de la población de un país, con la única exclusión de los agentes imperialistas y de la minoría insignificante que los sigue. Este gobierno no será solamente un gobierno de obreros y campesinos, sino un gobierno en el cual estén representadas todas las capas sociales y todas las corrientes importantes, ponderables, de la opinión nacional. Será un Gobierno Popular, en la estricta significación de la palabra, por apoyarse en las grandes organizaciones populares, como los sindicatos, las organizaciones campesinas, las organizaciones culturales, las fuerzas armadas, los partidos políticos, los demócratas, etcétera, y tendrá a su frente a hombres de real prestigio popular, los hombres que en cada lugar representen en la realidad al pueblo y a la población local. Al frente de tal gobierno, como jefe indiscutible, con el mayor prestigio popular en todo el país, no es posible encontrar un nombre capaz de sustituir el de Luis Carlos Prestes, porque el nombre de Prestes representa para las grandes masas de todo el país la garantía de que tal gobierno luchará realmente, efectivamente, por la ejecución del programa de la ANL; y la garantía de que tal gobierno no seguirá por el camino de los anteriores, por el camino trillado por Vargas, de completo abandono de las promesas de 1930 y de franca y cínica traición nacional.

Conviene aquí hacer una aclaración oportuna. Con el crecimiento impresionante del prestigio popular de la ANL, a ella se aproximan muchos elementos que dicen concordar con su programa e incluso con la implantación de un gobierno popular en Brasil, pero sin Prestes, o, por lo menos, sin que Prestes sea en tal gobierno la figura central y decisiva. Puede parecer, a primera vista, que se trata exclusivamente de una cuestión personal y nada más. Pero esto no es exacto. Es indispensable que todos los aliancistas comprendan el fondo evidentemente contrarrevolucionario de tal tendencia. Alejar la figura nacional, popular y revolucionaria de Prestes de la dirección del gobierno es una conspiración de los que temen la ejecución del programa de la ANL, la lucha contra el imperialismo y la satisfacción de los intereses populares, y es querer seguir el mismo camino de 1930, el camino de la traición, el camino de la liquidación progresiva de los verdaderos revolucionarios. Por eso es necesario mostrar al pueblo que los defensores de tal punto de vista son organizadores, desde ya, en nuestras filas, de la contrarrevolución.

2] El Gobierno Popular, como representante de los intereses de las grandes masas de la población, sólo podrá ser ejercido bajo el control directo del pueblo, practicando la democracia en su sentido más alto por la ins-

tauración de la completa libertad de pensamiento; de palabra, de prensa, de organización religiosa, racial, etcétera. El Gobierno Popular sólo podrá vivir en la práctica y en la ejecución de todas las medidas solicitadas por el pueblo, a través de sus más diversas organizaciones. El Gobierno Popular será realmente el gobierno del pueblo porque en tal gobierno el pueblo intervendrá directamente con sus sugerencias, exigencias, participando también prácticamente en la ejecución de las medidas que le interesan. Al frente de tal gobierno podrán quedar hombres de gran prestigio popular, los hombres que verdaderamente interpreten la voluntad de la gran mayoría popular. En estas condiciones, en el Gobierno Popular deberán estar representadas todas las capas sociales, inclusive la burguesía nacional a través de sus elementos realmente ant imperialistas y antifascistas. El Gobierno Popular, gobierno surgido del pueblo en armas, no será un gobierno solamente de obreros y campesinos; será el gobierno del amplio frente único de todos los brasileños ant imperialistas.

3] Pero al mismo tiempo este gobierno será un Gobierno Nacional Revolucionario, porque frente al imperialismo y a sus agentes este gobierno será profundamente revolucionario, no reconociendo ni deudas, ni tratados, ni acuerdos, nada en suma de todo lo que significa la vergonzosa entrega de Brasil a los capitalistas extranjeros. Frente al imperialismo el Gobierno Nacional Revolucionario será, realmente, nacional y revolucionario, profundamente, radicalmente, enérgicamente revolucionario. En este sentido es indispensable que se ponga el acento en que ése será el único gobierno capaz de una actitud enérgica frente a los dominadores extranjeros, porque, apoyado por todo el pueblo, ejercido por sus jefes de mayor prestigio popular, sufriendo la influencia directa de las grandes organizaciones de masas, apoyado en las fuerzas armadas de todo el país, será el primer gobierno en nuestro país dentro de la democracia popular que será capaz de ejercer la más dura dictadura contra los imperialistas y sus agentes. Democracia, sí, pero para el pueblo, para los brasileños y para todos los que trabajan honestamente sin explotar a Brasil, pero la más dura, la más enérgica y la más terrible dictadura contra el feudalismo extranjero y contra sus agentes en Brasil, contra los brasileños que venden su patria al imperialismo. Dar libertad a los agentes del imperialismo sería negar el contenido revolucionario de tal gobierno y constituiría el suicidio de la propia revolución libertadora.

4] El Gobierno Popular Nacional Revolucionario no significará la liquidación de la propiedad privada sobre los medios de producción, ni tomará bajo su control las fábricas y empresas nacionales. El referido gobierno, dando comienzo en Brasil al desarrollo libre de las fuerzas productivas, no pretende la socialización de la producción industrial y agrícola, porque en las condiciones actuales de Brasil sólo será posible llegar a ejecutar semejante medida con la implantación de la verdadera democracia, liquidando el

feudalismo y la esclavitud, dando todas las garantías para el libre desarrollo de las fuerzas productivas del país. Pero como los puntos estratégicos están en manos del imperialismo, el Gobierno Nacional Revolucionario, expropiando y nacionalizando revolucionariamente tales empresas, tendrá desde el comienzo grandes fuerzas productivas en sus manos, lo que constituirá, indiscutiblemente, un poderoso factor, junto con el libre desarrollo de las fuerzas productivas en el país, que garantizará el ulterior desarrollo progresivo de Brasil.

5] El Gobierno Popular tomará inmediatamente todas las medidas necesarias en el sentido de garantizar la ejecución de una legislación social mínima, que comprenderá como medidas esenciales, entre otras: a] ocho horas de trabajo y menor número de horas para los menores de edad; b] igual salario por igual trabajo; c] salario mínimo de acuerdo con las condiciones de vida de cada localidad, pero determinado por las propias organizaciones obreras; d] descanso semanal obligatorio remunerado; e] vacaciones anuales remuneradas; f] condiciones higiénicas en los lugares de trabajo; g] dos meses de reposo antes y después del parto con salario asegurado; h] comités de obreros para control de la legislación en cada lugar de trabajo; i] seguro social para los sin trabajo; j] caja de pensiones y jubilaciones, etcétera.

El Gobierno Popular Nacional Revolucionario tomará inmediatamente todas las medidas en el sentido de abaratar la vida, disminuyendo o incluso suprimiendo los impuestos sobre el pequeño comercio, así como los impuestos sobre la producción y los impuestos al consumo sobre los artículos de primera necesidad, disminuyendo los fletes ferroviarios y marítimos para los artículos de amplio consumo, etcétera. El Gobierno Popular tomará todas las medidas para garantizar la instrucción popular, liquidar el analfabetismo, elevar el nivel intelectual de las masas, etcétera, haciendo obligatoria la enseñanza. El Gobierno Popular tomará todas las medidas para garantizar la salud popular, desarrollando el número de hospitales y de clínicas, distribuyendo gratuitamente al pueblo los medicamentos, modificando las condiciones de vivienda de las grandes masas urbanas mediante la expropiación de los edificios que hoy pertenecen al imperialismo y a sus lacayos nacionales.

El Gobierno Popular, nacionalizando los bancos, garantizará los depósitos en ellos existentes y pertenecientes a todos los que no sean traidores nacionales, agentes directos o indirectos del imperialismo.

El Gobierno Popular tendrá como ingreso fundamental para satisfacer los gastos públicos el impuesto sobre las rentas de las grandes compañías extranjeras y nacionales y de los grandes capitalistas nacionales, acabando con todos los impuestos pagados hoy por el pueblo.

6] En el campo el Gobierno Popular será ejercido por los hombres de confianza de la gran masa trabajadora y defenderá naturalmente los intereses de esa masa contra los grandes propietarios feudales, los señores territoriales que explotan mediante el más duro feudalismo y la esclavitud a

la casi totalidad de nuestra población campesina, y que están directamente ligados a los explotadores imperialistas. El Gobierno Popular acabará evidentemente con la sumisión medieval al gran propietario, así como con todas las contribuciones feudales al señor. Garantizando la posesión de la tierra por quienes la trabajan, garantizando tierras para todos los que quieran trabajar, el Gobierno Popular exigirá de los propietarios capitalistas el cumplimiento en el campo de la legislación social que fuera implantada por la revolución. El Gobierno Popular, sin embargo, no expropiará a los que no emplean la explotación feudal y, garantizando la libertad de comercio, disminuyendo los fletes, acabando con todos los impuestos sobre la producción, etcétera, permitirá una enorme y hasta desconocida expansión del mercado interno nacional.

7] El Gobierno Popular Nacional Revolucionario, respetando los derechos de los oficiales (incluso generales) del ejército y de las fuerzas armadas de todo el país, sólo tomará medidas de rigor contra los traidores a Brasil, contra los oficiales que lanzaran sus tropas contra el pueblo o que trataran de organizar la contrarrevolución a favor del imperialismo. Contra tales elementos el Gobierno Popular no tendrá clemencia, pero con todos los demás, como los cuadros experimentados, unificará todas las fuerzas armadas del país, y junto con los obreros y campesinos en armas, dará cuerpo al gran ejército nacional revolucionario, el ejército capaz de luchar victoriosamente contra la invasión imperialista y la contrarrevolución, ejército basado en la disciplina voluntaria y cuyos jefes serán hombres de confianza de los mismos soldados.

8] Todavía una palabra más sobre la forma que tendrá el Gobierno Popular. Nada mejor que la propia vida, que la propia realidad revolucionaria, para dar forma a los frutos de la revolución. Pero, si desde ya es necesario responder a tal cuestión, podemos decir que nada indica que sea imposible que el Gobierno Popular tenga la misma forma aparente de los gobiernos hasta ahora dominantes; o sea, un gobierno central, ejercido por un presidente, un gobierno con un gabinete ministerial (de manera que las más caracterizadas corrientes populares antimperialistas estén representadas en el poder); en los estados o municipios, idénticos gobiernos ejercidos por personas de prestigio popular en el estado o en el municipio.

LUIS CARLOS PRESTES, ¡Todo el poder a la Alianza Nacional de Liberación!*

Este discurso de Luis Carlos Prestes —el legendario dirigente de la Co-

* Abguar Bastos, *Prestes e a revolução social*, ed. Calãino, Río de Janeiro, 1946, pp. 304-5, 309-11, 313-15.

lumna Revolucionaria de 1924-27, que se convertiría después en secretario general del PCB—, poco después de su regreso a Brasil (tras una estancia de varios años en la URSS), fue la “declaración de guerra” del partido comunista (apoyado por ciertos militares progresistas) al gobierno de Getulio Vargas, instaurado por la llamada “Revolución de 1930”. Prestes se presenta como continuador de la tradición democrático-revolucionaria del tenentismo de los años veinte, tradición abandonada y traicionada por Vargas y los ex tenentes que se le unieron. El discurso tuvo muchas repercusiones, pero el gobierno de Vargas lo tomó como pretexto para poner fuera de la ley a la Alianza Nacional de Liberación.

¡Truenan los cañones de Copacabana! ¡Caen los heroicos compañeros de Siqueira Campos! ¡Se levantan, con Joaquim Távora, los soldados de São Paulo y durante veinte días la ciudad obrera es bárbaramente bombardeada por los generales al servicio de Bernardes! Después [...] la retirada. ¡La lucha heroica en las selvas del Paraná! ¡Los levantamientos de Rio Grande do Sul! La marcha de la Columna por el interior de todo el país, despertando a la población de los más alejados parajes a la lucha contra los tiranos, que están vendiendo Brasil al capital extranjero. ¡Cuánta energía, cuánto valor! ¡Son trece años de luchas cruentas, de combates sucesivos, de victorias ininterrumpidas, de las más negras traiciones, de ilusiones que se deshacen como pompas de jabón al soplo de la realidad! ¡Pero las luchas continúan, porque la victoria aún no se ha alcanzado y el luchador heroico es incapaz de quedarse a mitad de camino; porque el objetivo a alcanzar es la liberación nacional de Brasil, su unificación nacional, su progreso, el bienestar y la libertad de su pueblo, y el luchador persistente y heroico es este mismo pueblo, que, del Amazonas al Rio Grande do Sul, desde el litoral del país hasta las fronteras con Bolivia, está unificado, más por el sufrimiento, por la miseria, y por la humillación en que vegeta, que por una unidad nacional imposible en las condiciones semicoloniales y semifeudales del Brasil actual! ¡Nosotros, los aliancistas de todo Brasil, una vez más levantamos, hoy, bien alto, la bandera de los “Dieciocho del Fuerte”, la bandera de Catanduvas, la bandera que tremoló, en 1925, en las puertas de Teresina, después de recorrer, de sur a norte, todo Brasil! La Alianza Nacional Libertadora está, hoy, constituida por la masa de millones que continúa las luchas de ayer. La Alianza Nacional Libertadora es, hoy, continuadora de los combates que, por la liberación de Brasil del yugo imperialista, iniciaran Siqueira Campos, Joaquim Távora Portela, Benevolente Cleto Campelo, Jansen de Melo, Djalma Dutra y miles de soldados, obreros y campesinos en todo Brasil. ¡Somos los herederos de las mejores tradiciones revolucionarias de nuestro pueblo y es recordando la memoria de nuestros héroes que marchamos hacia la lucha y hacia la victoria! [...]

El desafío está lanzado. Los dos campos se definen cada vez con mayor claridad ante las masas. De un lado, los que quieren consolidar en Brasil

la más brutal dictadura fascista, liquidar los últimos derechos democráticos del pueblo y concluir la venta y la esclavización del país al capital extranjero. De este lado, el integralismo, como brigada de choque terrorista de la reacción. Del otro, todos los que en las filas de la Alianza Nacional Libertadora quieren defender en todas las formas la libertad nacional del Brasil, pan, tierra y libertad para su pueblo. La lucha no es, por lo tanto, entre dos “extremismos”, como quieren hacer creer los hipócritas defensores de una “democracia liberal” que nunca existió y que el pueblo sólo conoce a través de las dictaduras sanguinarias de Epitacio, Bernardes, Washington Luis y Getulio Vargas. La lucha ha sido entablada entre los liberadores de Brasil, por una parte, y los traidores al servicio del imperialismo, por otra.

El momento exige, de todo hombre honesto, una posición clara y definida, en favor o en contra del fascismo, en favor o en contra del imperialismo. No hay término medio posible ni justificable. La Alianza Nacional Libertadora es, por eso, una vasta y amplia organización de frente único nacional. El peligro que nos amenaza, el peligro que aumenta día a día, nos obliga a poner en primer plano, en los días que corren, la creación del bloque, lo más amplio posible, de todas las clases oprimidas por el imperialismo, por el feudalismo y, por consiguiente, por la amenaza fascista. Tal es la tarea decisiva en la actual etapa de la Revolución Brasileña. El frente único no obliga, a quienquiera que se integre a él, a renunciar a la defensa de sus conceptos y opiniones. No. Eso sería sembrar la confusión entre las masas populares y debilitar su fuerza revolucionaria. Reconociendo todas las divergencias políticas, religiosas, filosóficas o ideológicas que puedan existir entre nosotros, sabemos, como revolucionarios, que el momento actual exige, por encima de todo, la concentración de todas nuestras fuerzas para la lucha contra el imperialismo, el feudalismo y el fascismo. A la Alianza Nacional Libertadora deben acercarse todas las personas, grupos, corrientes, organizaciones e incluso partidos políticos, sean cuales fueren sus programas, con la única condición de que quieran realmente luchar contra la implantación del fascismo en Brasil, contra el imperialismo y el feudalismo, por los derechos democráticos. Y a todas las personas o corrientes que quieran, por cualquier motivo, restringir este frente único nacional y revolucionario, debemos oponer la voluntad férrea de su realización. Y todas las personas, grupos, asociaciones y partidos políticos que participen de la Alianza, deben impedir con todas sus fuerzas dichas tentativas, denunciando a los culpables, implacablemente, como traidores al Brasil y a su pueblo.

Las fuerzas de la Alianza Nacional Libertadora son ya grandes, pero pueden y deben ser aún mayores, abarcando millones, porque con su programa estarán todos los que trabajan en el país, todos los que sufren con la dominación imperialista y feudal, en primera línea el proletariado y las grandes masas del campo. La unificación del proletariado, tendencia ya

invencible y que se sobrepone a todas las dificultades opuestas por la reacción, es una de las mayores fuerzas de la Revolución. Y las huelgas de los últimos tiempos aumentan cada vez más la capacidad de lucha del heroico proletariado de Brasil y la confianza que todos los revolucionarios del Brasil inspiran, como clase dirigente de la Revolución. Las luchas de los campesinos, aunque todavía espontáneas y carentes de una firme orientación, son un buen indicio del odio y de la energía concentrados a través de siglos de sufrimientos y de miseria, por la masa de millones que quiere días mejores. Pero, con la revolución y, por lo tanto, con la Alianza, estarán los soldados y los marineros de todo el Brasil. Con la Alianza estarán los mejores oficiales de las fuerzas armadas del país, todos aquellos que sean incapaces de conducir a sus soldados contra los libertadores de Brasil, muchos de los cuales ya demostraron en luchas anteriores que estarán con el pueblo y contra el imperialismo, el feudalismo y el fascismo.

Como antes de 1888, los militares del Brasil jamás se prestarán al papel de "capitanes de la selva" al servicio del imperialismo y de sus lacayos en el país. Con la Alianza estarán todos los heroicos combatientes de los movimientos armados que se suceden en el país desde 1922. Con la Alianza cerrará filas la juventud heroica de São Paulo, que pensó defender en las trincheras de 1932 la democracia y la libertad contra la dictadura de Vargas y que ve ahora a sus jefes en las juergas del gobierno. Con la Alianza estará la juventud trabajadora y estudiantil de todo el país, luchando por mejores días, por un futuro más claro y dispuesta a dar todo su entusiasmo y energía para la lucha por la libertad nacional del Brasil, en la que va a ocupar los puestos más avanzados. Con la Alianza, estarán las mujeres de Brasil, trabajadoras manuales e intelectuales, amas de casa, madres de familia, hermanas, novias e hijas de trabajadores. Ellas integrarán la Alianza porque, a pesar de todas las mentiras y calumnias de la prensa venal, comprenden y sienten que sólo con la Alianza podrán defender el pan para sus hijos y acabar con la brutal explotación en que viven. Las mujeres religiosas, como todas las personas religiosas, católicas, protestantes, espiritistas o positivistas, desean por encima de todo la libertad para sus cultos y esta libertad es defendida por la Alianza. Con la Alianza estarán asimismo los padres brasileños, los más pobres, que, siendo asiduos concurrentes a la iglesia, no se venderán al imperialismo, ni olvidarán sus deberes ante el pueblo. Es natural que los jefes de la Iglesia, los ricos y bien alimentados cardenales y arzobispos, como miembros de las clases dominantes y lacayos del imperialismo, estén contra la Alianza. Ya en otras épocas Fray Caneca el Padre Miguelinho y muchos otros lucharon al lado del pueblo por la independencia del Brasil contra la voluntad de los obispos y arzobispos que los mandaron asesinar. Con la Alianza estarán los artesanos, los pequeños comerciantes, los pequeños industriales, que, comprimidos entre los impuestos y los monopolios imperialistas, por una parte, y la miseria cada vez

mayor de la masa popular, por otra, ganan cada día menos y, a medida que se pauperizan, van pasando a ser simples intermediarios mal remunerados de la explotación del pueblo por el imperialismo y por los impuestos indirectos. Con la Alianza estarán todos los hombres de color del Brasil, los herederos de las tradiciones gloriosas de Palmares, porque sólo la amplia democracia de un gobierno realmente popular será capaz de acabar para siempre con todos los privilegios de raza, de color o de nacionalidad y de dar a los negros, en Brasil, la inmensa perspectiva de libertad e igualdad, libres ya de cualquier preconceito reaccionario, por la cual luchan con denuedo desde hace más de tres siglos.

No hay pretextos que justifiquen a los ojos del pueblo la lucha contra el frente único libertador. Es por esto que las filas de la Alianza Nacional Libertadora están abiertas a todos los que quieran luchar por su programa antimperialista, antifeudal y antifascista, programa que solamente el gobierno popular revolucionario realizará. [...]

La Alianza Nacional Libertadora representa ya la enorme fuerza revolucionaria de nuestro pueblo y su inconmensurable voluntad de sacrificio en la lucha por la liberación nacional del Brasil. Los últimos acontecimientos de Petrópolis y el vigor con que el pueblo de São Paulo obligó a los jefes integralistas a una retirada medrosa, hablan bien a las claras acerca de lo que será capaz de hacer el frente único nacional.

Marchamos, así, rápidamente, a la implantación de un gobierno popular revolucionario en todo Brasil, un gobierno del pueblo contra el imperialismo y el feudalismo y que demostrará en la práctica a las grandes masas trabajadores del país lo que son la democracia y la libertad. El gobierno popular, ejecutando el programa de la Alianza, unificará al Brasil y salvará la vida de millones de trabajadores amenazados por el hambre, perseguidos por las enfermedades y brutalmente explotados por el imperialismo y por los grandes propietarios. La distribución de las tierras de los grandes latifundios aumentará la actividad del comercio interno y abrirá el camino a una más rápida industrialización del país, independientemente de todo control imperialista. El gobierno popular abrirá a la juventud brasileña las perspectivas de una nueva vida, garantizándole trabajo, salud e instrucción.

La fuerza de las masas en que se apoyará un gobierno tal será la mejor garantía para la defensa del país contra el imperialismo y la contrarrevolución. El ejército del pueblo, el ejército nacional revolucionario, será capaz de defender la integridad nacional contra la invasión imperialista, liquidando al mismo tiempo a todas las fuerzas de la contrarrevolución.

Pero el poder sólo llegará a las manos del pueblo a través de los más duros combates. El principal adversario de la Alianza no es solamente el gobierno corrupto de Vargas; son fundamentalmente los imperialistas, a los cuales él sirve, y que tratarán de impedir por todos los medios la implantación de un gobierno popular revolucionario en Brasil. Los más evidentes

signos de la resistencia que se prepara en el campo de la reacción ya nos son mostrados por los latidos de la prensa venal, vendida al imperialismo. Las masas trabajadoras, todos los miembros de la Alianza, necesitan estar atentos y vigilantes. La situación es de guerra y cada uno debe ocupar su puesto. Corresponde a la iniciativa de las propias masas organizar la defensa de sus reuniones, garantizar la vida de sus jefes y prepararse activamente para el momento del asalto. La idea del asalto madura en la conciencia de las grandes masas. Corresponde a su jefe organizarlas y dirigirlas.

¡Población trabajadora de todo Brasil! ¡En guardia, en la defensa de tus intereses! ¡Ven a ocupar tu puesto junto a los libertadores de Brasil!

¡Soldado de Brasil! ¡Atención! ¡Los tiranos quieren lanzarte contra tus hermanos en lucha por la liberación de Brasil!

¡Soldado de Rio Grande do Sul, heroico heredero de las mejores tradiciones revolucionarias de la tierra gaucha! ¡Prepárate, organízate, porque sólo así podrás volver contra los tiranos que te oprimen, las armas con las que ellos quieren eternizar la vergüenza de los días de hoy!

¡Demócrata honesto de todo Brasil! ¡Heroico pueblo de Minas Gerais, tierra tradicional de las grandes luchas por la democracia! ¡Sólo con la Alianza Nacional Libertadora podrás continuar las luchas iniciadas por tus antepasados!

¡Norteño y nordestino! ¡Reserva formidable de las grandes energías nacionales! ¡Organízate para la defensa de un Brasil que te pertenezca!

¡Campesino de todo Brasil, luchador de los territorios del nordeste! ¡El gobierno popular revolucionario te garantizará la posesión de las tierras y de las represas que tomes! ¡Prepárate para defenderlo!

¡Brasileños!

¡Todos vosotros, que estáis unidos por el sufrimiento y por la humillación en todo Brasil! ¡Organizad vuestro odio contra los dominadores, transformándolo en la fuerza irresistible e invencible de la Revolución Brasileña! ¡Vosotros que nada tenéis que perder y que poseéis la riqueza inmensa de todo Brasil para ganar! ¡Arrancad a Brasil de las garras del imperialismo y sus lacayos! ¡Todos a la lucha por la liberación nacional de Brasil!

¡Abajo el fascismo!

¡Abajo el gobierno odioso de Vargas!

¡Por un gobierno popular nacional revolucionario!

¡Todo el poder a la Alianza Nacional Libertadora!

5 de julio de 1936

3 LA HEGEMONÍA STALINISTA

1. discusión escolástica

2. materialismo dialéctico y
materialismo histórico no
aparece en Marx.

3. Idealismo de Casso.

especificidad del
marxismo

↓
materialismo.

la materia ~~determina~~ el espíritu.
la base determina la superestructura.

I. EL FRENTE POPULAR EN AMÉRICA LATINA

El Frente Popular en Chile*

Este artículo del secretario general del PC chileno data del primer período del Frente Popular; documenta las discusiones en el seno del movimiento obrero en la época de la constitución del Frente, en particular con respecto a la candidatura común a la presidencia. Contrera Labarca polemiza duramente con los trotskistas, bastante influyentes en el seno del Partido Socialista, que se oponían al "ensanchamiento hacia la derecha" del Frente Popular. También resulta interesante recalcar la actitud muy moderada con respecto al capital norteamericano, que debe entenderse en el contexto de la coyuntura internacional en aquel momento (intento de acercamiento URSS-EEUU, etcétera).

FORTALECER Y AMPLIAR EL FRENTE POPULAR

Pero la unidad de la clase obrera no es suficiente. Debe asegurarse aliados. El frente popular constituye el cuadro de una amplia alianza cuya eficacia ha sido probada por la realidad. Las calumnias trotskistas según las cuales esta alianza es una traición de la revolución han mostrado una vez más el papel del trotskismo como lacayo del fascismo.

¿Quién puede dudar del hecho de que la existencia y el combate del frente popular impiden a la reacción destruir todas las libertades democráticas? Es evidente que el gobierno ha estado y estará aún en condiciones de adoptar numerosas medidas reaccionarias durante tanto tiempo como permanezca en el poder.

¿Habría sido posible impedir gran número de estas medidas? Sí, si el frente popular hubiera sido fortalecido y ampliado como el partido comunista reclamó con insistencia.

Las concepciones sectarias, las maniobras de los trotskistas para minar el frente popular, su influencia en ciertas secciones del partido socialista constituyen un serio obstáculo al cumplimiento de esas tareas.

La extrema y preocupante lentitud del trabajo en el campo, que es una

* Carlos Contrera Labarca, "The People of Chile Unite to Save Democracy", *The Communist*, n. 11, noviembre de 1938, pp. 1037-40, 1041-42. (Las notas son de la redacción de esta revista.)

de las debilidades más notorias del frente popular, indica la existencia de una influencia típicamente trotskista.

El programa agrario, recientemente elaborado, pretende satisfacer no solamente las reivindicaciones de los más pobres, sino también las de los sectores más vastos de la población rural. Busca rehabilitar la agricultura y aportar prosperidad y bienestar a las granjas. Intenta combatir prioritariamente a los grandes terratenientes feudales, aislarlos e impedirles utilizar a los "peones" (obreros agrícolas), a los aparceros y los semipropietarios contra el movimiento popular. Busca al mismo tiempo unificar la defensa de los intereses de los arrendatarios con la defensa del poder de compra de la clase obrera y de las masas trabajadoras.

La obstinada resistencia a conducir un trabajo resuelto para ganar a las masas trabajadoras católicas es también de origen trotskista. Mientras que el partido comunista trabaja con el slogan "Trabajadores católicos, nosotros os tendemos la mano", los trotskistas encuentran lugar en la prensa socialista para acumular argumentos contrarrevolucionarios destinados a impedir la extensión del frente antifascista.

El carácter semicolonial del país, cuya economía está aplastada y deformada por el imperialismo, es lo que obliga a la industria nacional a funcionar en condiciones muy precarias y difíciles. Existen ciertos sectores de la burguesía chilena que pueden y deben ser ganados para la lucha de liberación nacional mediante una política progresista y democrática.

Importantes sectores de los partidos políticos de la derecha tienen momentos de indecisión. Nos han ofrecido ocasiones que hubieran debido ser aprovechadas para invitarlos a unirse al movimiento popular, con la seguridad de que serían satisfechos sus deseos de orden, de progreso y de democracia.

Las fuerzas armadas deben ser atraídas mediante una campaña de masas intensa, en la esfera de influencia del movimiento antifascista. No con un fin de conspiración, sino con objeto de que puedan cumplir con su deber y garantizar la validez de los derechos constitucionales.

Las posibilidades de una ampliación de las fronteras del frente popular son aún inmensas. Los trotskistas dicen todavía hoy: "Todos aquellos que deben estar en el frente popular ya están". Esta actitud de arrogancia, de autosatisfacción y de sobrestimación de las capacidades del frente popular debe ser combatida por una política activa y realista para alcanzar los objetivos siguientes:

1. Unir el 95% de la población en torno al programa democrático del frente popular y de la candidatura Aguirre.¹ Utilizar para ello la menor posibilidad existente de fortalecer y ampliar el combate contra Gustavo

¹ El doctor Pedro Aguirre Ceda es un eminente dirigente del Partido radical, que anteriormente ocupó en repetidas ocasiones puestos ministeriales. En el seno de su partido representa el centro.

Rosas² y el fascismo. Eliminar todo motivo de discordia o de división que pueda oponer a nuestros aliados.

2. Dividir y dispersar al enemigo utilizando sin temor las contradicciones y las dificultades que hacen furor en su seno; hasta que las cincuenta familias de la oligarquía queden totalmente aisladas.

3. Disciplinar a las fuerzas populares, acumular sus energías mediante ataques combinados contra el enemigo. Evitar esfuerzos separados y prematuros así como los actos de impaciencia y las provocaciones. Es al partido comunista a quien le pertenece la grandiosa misión de hacer comprender a todo el país la extraordinaria gravedad de la situación, la amplitud real del peligro que habría que esperar, y mostrarle el camino a seguir. Advirtiéndole al pueblo de que aún hay tiempo para salvar la democracia y la vida misma de la República, pero que mañana será tal vez demasiado tarde.

UN CANDIDATO ÚNICO DE LOS ANTIFASCISTAS

Para elegir al candidato a la presidencia de la República, el partido comunista proponía el único procedimiento democrático: una convención, más amplia que el frente popular, de todas las fuerzas democráticas y antifascistas. Los radicales³ proponían que se les reconociera sin más trámite tener el "mayor derecho" a que el candidato salga de sus filas. Y el frente popular debería elegir el candidato de una lista de nombres propuesta por los radicales. Los socialistas propusieron un plebiscito. Después de un largo debate, la idea de la Convención prevaleció. Pero no fue tan amplia como se deseaba.

Dos candidatos fueron presentados en el curso de esta "Convención de la izquierda", Pedro Aguirre por el Partido radical y Marmaduke Grove por el Partido socialista. Probaron sus armas en una batalla de peligrosa intransigencia. Pero ninguno de ellos podía ser elegido, conforme al pacto, sin el acuerdo del otro. Ambos solicitaron el apoyo del partido comunista. Ante los numerosos escrutinios sin resultado, el peligro de estallido de la Convención y de destrucción del frente popular, el partido comunista lanzó un llamamiento público a los dos partidos, exhortándolos, en nombre del pueblo, a dejar de lado sus intereses egoístas y partidistas a fin de buscar juntos el candidato capaz de unir todas las fuerzas democráticas del país.

La situación se complica de forma extraordinaria cuando los elementos opuestos al frente popular forman un frente unido contra la Convención.

² Antiguo ministro de finanzas del gobierno actual. Dimitió de ese puesto para ser candidato a las elecciones presidenciales en la lista de los conservadores y liberales, la plataforma del fascismo.

³ El partido democrático más poderoso de Chile, que representa a la pequeña burguesía urbana y es influyente entre el campesinado y ciertos sectores de la clase obrera. Es también representativo de ciertos propietarios agrícolas progresistas.

La derecha del Partido radical especula con los "peligros" de una alianza social-comunista a favor de la candidatura Grove, lesionando al Partido radical en lo que podía esperar como partido mayoritario. El Partido socialista creía tener derecho a la candidatura a causa de la gran popularidad de su dirigente Grove. Desgraciadamente, el PS lanzó el lema "Grove al poder" bajo la influencia de los trotskistas. Esa consigna falsa despertó graves aprensiones, creando peligros por su carácter izquierdista; no unificaba el frente popular y tendía al aislamiento del proletariado.

Resultó entonces necesario para el partido comunista hacer escuchar la voz del pueblo que reclamaba la unidad antifascista y un candidato democrático único. El X Congreso nacional de nuestro partido, que se reunía en esos momentos, planteó la necesidad de tomar en consideración:

a) El nivel real del movimiento revolucionario chileno, es decir una apreciación exacta de la relación de fuerzas entre las clases en la etapa actual de la revolución.

b) El grado de experiencia política y de educación revolucionaria de la clase obrera y del pueblo.

c) La necesidad vital de mantener y desarrollar la unidad combativa de todas las fuerzas democráticas y antifascistas agrupadas en torno al proletariado, es decir, hacer pasar a los hechos la consigna: "Todo Chile contra Ross y el fascismo".

Felizmente, bajo la extraordinaria presión popular, la Convención llegó a un acuerdo, sobre la base de la retirada de la candidatura Grove y la elección unánime de Aguirre.

Aguirre expresó la aprobación y el entusiasmo del país cuando, algunas horas después de su elección, asistió a la sesión de clausura del X Congreso del partido comunista. Exaltó la política de unidad inquebrantable y consecuente de nuestro partido. [...]

LOS ALIADOS EXTRANJEROS

Ya hablamos de la necesidad de ganar aliados en el país para asegurar la victoria del pueblo sobre el fascismo. Pero eso no es suficiente. Hay que conquistar aliados en el campo internacional, como lo hicieron los patriotas de 1810. Hay que recordar que, entonces, eminentes extranjeros contribuyeron con su deber, con el don de su sangre y de sus vidas a la causa de nuestra emancipación.

El frente popular establece la necesidad de que la clase obrera del mundo entero y las otras fuerzas democráticas le presten una colaboración y una ayuda apropiadas. La ayuda del proletariado y del pueblo de la América del Norte es particularmente preciosa.

Los trotskistas tratan de ocultar este grave problema. Utilizan el legítimo sentimiento popular de odio contra el imperialismo para concentrar sus

ataques contra los imperialismos yanqui e inglés, que tienen el más importante volumen de inversiones en Chile. Esta es una manera de ayudar a la penetración y a la dominación de los gobiernos fascistas.

Es una monstruosidad política el identificar al pueblo de los Estados Unidos con las empresas imperialistas yanquis que oprimen a nuestro país. Wall Street es el enemigo implacable de la democracia no solamente en Chile, sino también en los Estados Unidos. Los enemigos del pueblo norteamericano son los enemigos del pueblo chileno.

La realineación de las fuerzas democráticas y progresistas en los Estados Unidos favorece particularmente el establecimiento de relaciones correctas entre nuestros países.

UNA POLÍTICA DE BUENA VECINDAD

Sobre la base de una política de buena vecindad y su aplicación consecuente, pueden y deben establecerse relaciones con la administración Roosevelt, que es atacada tan violentamente por Wall Street. La política de buena vecindad, según un criterio estrictamente realista, es un instrumento útil para los objetivos del combate por la paz y la democracia.

En lo que concierne al capital extranjero invertido en Chile, el pueblo siempre ha respetado y continuará respetando las disposiciones de la Constitución del Estado que garantizan la propiedad de los capitales extranjeros y en general la de todos los capitales. Al mismo tiempo, exigirá que los capitalistas, nacionales y extranjeros, las respeten a su vez. El pueblo no ha dejado nunca de reconocer la necesidad de una cooperación del capital extranjero; está siempre dispuesto a solicitar en el futuro esta cooperación.

Las riquezas de Chile son parte integrante de su derecho a la existencia como nación independiente y libre. Deben ser dedicadas a servir el mantenimiento y la extensión de la democracia, la salvaguardia de la paz en el pueblo sobre la base de una acción concertada.

En consecuencia, el frente popular tiene la misión de defender, por encima de todo, la soberanía nacional, aplicando a todos, de manera igual, la ley chilena; fortaleciendo la estricta observancia de la legislación social en su integridad. No permitirá la existencia de monopolios, concesiones o privilegios de cualquier tipo que sea que pudiesen poner en peligro el bienestar y la seguridad del país. Considerará como un acto de hostilidad contra la soberanía nacional todo intento de empresas extranjeras de intervenir en la política interna teniendo como objetivo estimular, directa o indirectamente, la rebelión de las fuerzas fascistas y reaccionarias, bien sea constituyendo en sus propiedades depósitos de armas clandestinas, bien utilizando el pabellón de Estados extranjeros para efectuar o facilitar el contrabando, el espionaje o las conspiraciones.

Tales son, por lo tanto, las condiciones de un *new deal* o de un tratamiento por el pueblo de las empresas capitalistas extranjeras que harán que el gobierno de Chile no sea más un lacayo sino un gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo de Chile. Evidentemente, Chile se reserva el derecho de aclarar las relaciones que han existido hasta ahora entre los capitalistas extranjeros y los gobiernos y políticos chilenos.

*Una crítica de izquierda al Frente Popular chileno**

Humberto Mendoza (también conocido con el seudónimo de "Jorge Lavín") fue uno de los dirigentes del partido comunista disidente que se separó en 1930 del PC chileno, para afiliarse en 1933 a la oposición de izquierda internacional. En 1937, Mendoza y la mayoría de los miembros de esta organización (Izquierda Comunista) deciden adherir al Partido Socialista, en cuyo seno constituirán una importante ala izquierda. Las críticas al Frente Popular chileno que desarrolla en su libro ¿Y ahora? publicado en 1942 (de donde están tomados los pasajes siguientes) se inspiran en las críticas de la corriente trotskista europea, pero tratan simultáneamente de captar la especificidad del fenómeno chileno.

Prueba de la persistencia de esta problemática en la ideología del Partido Socialista chileno es la reedición en 1972 de amplios extractos de esta obra en una recopilación de documentos del partido publicada por los historiadores socialistas Julio César Jobet y Alejandro Chelén Rojas.

En Chile, en el régimen actual, *no han llegado* las clases trabajadoras al Gobierno porque el Partido Socialista esté en los Ministerios. En realidad, lo que ha sucedido es que las clases trabajadoras corren el peligro de perder a su partido, porque lentamente la dialéctica del proceso político llevará al Partido Socialista a representar intereses cada vez más ajenos al proletariado y más próximos a los del capitalismo nacional e internacional.

Dentro de la sociedad capitalista basada fundamentalmente en la lucha de clases, la democracia no puede ser sino una función de la explotación. Las libertades que la Constitución suscribe como inviolables las hemos visto borradas todas las veces que así ha convenido a las clases gobernantes.

Los obreros, los campesinos, los empleados medios y bajos, los minoristas de todas las actividades sociales sienten el peso del régimen de injusticias, de hambre y de cesantía. Esta realidad la ven, la sienten y la sufren. Pero si la conciencia de esta explotación los lleva a la acción para destruirla, todo el peso de la "democracia capitalista" se dejará sentir en los palos y

* Humberto Mendoza, "El Frente Popular a la luz del socialismo revolucionario", 1942, en J. C. Jobet y A. G. Rojas, *Pensamiento político del PS*, ed. Quimantú, Santiago, 1972, pp. 35-39, 42-44.

balas, en las cárceles y en las prisiones en masa. El hambre enfrenta al cesante y al explotado con el significado real, con el contenido concreto de la democracia capitalista, o sea, con la dictadura capitalista en realidad.

¿Por qué los obreros no tratan de exigir con huelgas y demostraciones de fuerza el cumplimiento del "programa" del Gobierno, de este "Gobierno popular"? ¿O, acaso, las masas trabajadoras comen más que antes, tienen más trabajo, mejor salario y más derechos que en los gobiernos anteriores? Salta a la vista del más ingenuo de los obreros que no han conquistado nada y que en cambio han perdido mucho porque hasta han olvidado su independencia de acción y dejado muy atrás, escritas en páginas rojas, las heroicas jornadas de sus luchas de clase organizada. Ayer, las clases gobernantes de hoy derribaron revolucionariamente el régimen autocrático y feudal y rompieron a sangre y fuego las relaciones políticas establecidas. Hoy, esas mismas clases opinando como opinaban ayer los reyes y zares se consideran gobernantes por derecho propio. Quieren mantenerse a toda costa y oponen a la sociedad los propios recursos que la sociedad pone a su disposición.

"Cuando acuden ahora los burgueses a la fuerza para preservar de la ruina la 'situación económica' que se hunde, demuestran que son víctimas de la misma ilusión que M. Düring, que las condiciones políticas son la causa terminante de la situación económica; es decir, que se imaginan poder transformar valiéndose de la 'primordial' ayuda de 'la fuerza política inmediata' esos fenómenos de orden secundario, lo que equivale a querer destruir con cañones Krupp y fusiles Mauser los efectos económicos de la máquina de vapor y del mecanismo que ella pone en movimiento, así como los del comercio mundial y el sistema actual de los bancos y el crédito", dice Engels en su obra famosa el *Anti-Düring*, allá por el año 1877, cuando la clase obrera no había olvidado las páginas de la Comuna, las masacres en las calles de París por las tropas de Versalles.

Sabemos que la capacidad de resistencia y la envergadura misma de las instituciones democráticas están en todos los países en relación directa con el desarrollo económico. "Donde la burguesía ocupa un lugar importante en la vida económica, lo ocupa también en la esfera política." En Chile, en donde el predominio de la burguesía en el terreno político es indiscutible y el prestigio de las instituciones democráticas todavía suficiente para poder especular con su solvencia, el desarrollo económico *no* es de tal magnitud que determine su predominio absoluto.

La pequeña burguesía desempeña un papel importante en la economía agraria, en el comercio, en el profesionalismo universitario y en la burocracia estatal y semifiscal y tiende a desempeñar en la política un papel de primera magnitud, cada vez que la fluctuación de la actividad proletaria en las luchas políticas deja el campo libre para que surja la amenaza de una ofensiva capitalista.

¿Por qué, si la correlación entre la base económica y su superestructura política es directa y notoria, aquí en Chile, donde no existe un desarrollo económico de gran envergadura industrial, la burguesía desempeña el primer papel en el plano de la política? No siempre. Cada vez que la burguesía chilena inicia una ofensiva contra las instituciones que hasta la fecha ha utilizado para explotar la sociedad, lo hace en la seguridad de que éstas ya no le sirven para cubrir un frente de batalla contra una ofensiva proletaria. Su incompetencia política no ha permitido, todavía, encontrar el camino hacia la confianza de la pequeña burguesía. Pero está convencida de que la solidez relativa de las instituciones democráticas merece, de su parte, un respeto aparente y por un tiempo a las exterioridades formales del régimen.

Por lo demás, ésta es la clave de la política de los Frentes Populares y de toda combinación que tienda a encubrir o disimular las contradicciones económicas de las clases sociales.

Pero el proceso de descomposición de la sociedad capitalista sigue su curso a pesar de toda la contemporización política de los partidos de la clase obrera, concretándose, de esta manera, cada vez más el peligro de que la burguesía reaccione contra el proletariado, destruyéndole sus instituciones e instaurando el fascismo.

La clase de los poseedores disminuye en la misma medida que el capitalismo se concentra y se centraliza. Paralelo a esta centralización de la riqueza, se centraliza el poder, disminuyendo el número de los que lo ejercen y usufructúan. Por la propia dialéctica de este proceso, la opresión sobre las clases trabajadoras aumenta a grados desconocidos. La violencia, como medio aplicado por intermedio de fórmulas y de instituciones creadas expreso para encubrirla, pasa a convertirse en el procedimiento central, descubierto y descarado que las clases poseedoras enarbolan como razón de la existencia de su poderío. La agudización de los choques de los que todo lo tienen y de los que poco o nada poseen va adquiriendo intensidad y conciencia.

La revolución social se va haciendo cada vez más visible y necesaria a sectores cada vez más amplios de la población.

Y de esta coyuntura no se puede salir con buenos deseos o con mala y equivocada política. De esta coyuntura se vive o se muere y la lucha hay que darla por vivir.

El Partido Socialista debe, de una vez por todas, hacer comprender al proletariado y clases trabajadoras que "aun la República burguesa más democrática no es sino un instrumento de opresión de la clase obrera por la clase burguesa, de la masa proletaria por un puñado de capitalistas". El desarrollo de las fuerzas productivas rompe las relaciones de producción y este proceso inconsciente debe adquirir por intermedio de la acción justa de nuestro Partido la dirección consciente necesaria e indispensable para el

triunfo de la revolución socialista. La nueva guerra imperialista no es sino el resultado de la inmensa potencia de la técnica perfeccionada por el capitalismo, que rompe las trabas nacionales y trata de superar las contradicciones elevándolas al plano de una lucha política internacional por el establecimiento de nuevas relaciones sociales de producción.

Los proletarios apoyados en las masas del campo al luchar por la conquista de sus derechos y de sus reivindicaciones no hacen otra cosa que ejercitar el derecho histórico que en 1789 aplicaron los burgueses contra la autocracia.

Si la burguesía usó del terror para exterminar la resistencia del régimen derribado y para poder organizar a su vez el sistema que conocemos por democracia capitalista, no hay razón de ninguna especie que impida al proletariado organizar su dictadura para exterminar la resistencia de la burguesía y organizar la democracia proletaria.

*Cuba: el Frente Popular con Batista**

Cuba no conocerá un verdadero frente popular sino tan sólo una alianza entre el Partido Comunista y el coronel Fulgencio Batista, que durará desde 1939 hasta 1944, cuando renuncia éste último. En 1943, el presidente del partido, el escritor Juan Marinello, será ministro sin cartera del gobierno Batista. El artículo adjunto sitúa el marco político continental en el cual se constituyó este frente sui generis: la alianza panamericana contra el peligro fascista, bajo la égida simultánea de Roosevelt, Batista, Lombardo Toledano (secretario general de los sindicatos mexicanos) y el PC cubano.

*He aquí lo que escribe Saverio Tutino (ex-corresponsal de L'Unità en La Habana) en su historia de la revolución cubana acerca de la personalidad histórica de Batista en 1939: "Para la mayoría de los cubanos, Batista personificaba la antinación; representaba al fascismo, aun si aceptaba, ahora, debido a exigencias esencialmente norteamericanas, unirse al antifascismo en el plano internacional. Batista había hecho matar a obreros y se había manchado con el asesinato de un héroe nacional como Antonio Guiteras".*¹

El movimiento democrático cubano, que crece y se extiende constantemente, se convierte en uno de los más importantes factores del frente democrático antifascista del hemisferio occidental. A medida que se desarrolla en

* R. A. Martínez, "L'importance pour l'Amérique latine de l'essor démocratique à Cuba", en *La Correspondance Internationale*, 4 de abril de 1939, pp. 352-53.

¹ Saverio Tutino, *L'ottobre cubano*, ed. Einaudi, Turín, 1968, p. 159. Guiteras era un dirigente antimperialista muy popular en Cuba.

Cuba el movimiento democrático, la política exterior del gobierno cubano, dirigido por el coronel Batista, jefe constitucional del ejército, adquiere un carácter antifascista cada vez más marcado en toda América Latina.

Los recientes acontecimientos confirman de nuevo las futuras perspectivas desarrolladas por la X asamblea plenaria del Partido Comunista en julio de 1938 y el III Congreso del PC en enero pasado: por una parte, el movimiento popular sigue creciendo y fortaleciéndose. El coronel Batista se convirtió en un elemento importante del frente de las fuerzas progresistas. Por otra parte, la reacción y el fascismo unen sus fuerzas y urden planes desesperados para derrocar a Batista y aplastar el movimiento popular.

El Congreso de unificación sindical tuvo lugar del 23 al 28 de enero. 1 517 delegados representaban a más de 800 sindicatos y organizaciones. Se fundó la Confederación Obrera Cubana, que reagrupa a todos los sindicatos cubanos y cuenta con más de 500 000 miembros. El negro Lázaro Peña, obrero del tabaco, uno de los dirigentes obreros cubanos más queridos, fue elegido secretario general. Una delegación extremadamente numerosa de la Confederación de Trabajadores de México, bajo la dirección de su secretario, Vicente Lombardo Toledano, también participó en el congreso. Lombardo Toledano pronunció un discurso histórico en el cual refutó en todos los puntos la teoría fascista-trotskista que niega la existencia de un peligro fascista en América Latina. Esta teoría no es más que un velo tras el cual los enemigos de la política de Roosevelt pueden proseguir su política imperialista. Un delegado de la CIO norteamericana asistió igualmente al congreso en calidad de invitado.

El congreso no sólo examinó todos los problemas fundamentales que interesan a la clase obrera cubana: lucha por la aplicación de la legislación social existente, problemas de organización, actitud del proletariado para con la futura asamblea constituyente, lucha contra la guerra y el fascismo. También dedicó una atención particular al problema del campesinado cubano. Gran número de delegados de organizaciones campesinas asistían al congreso. Expusieron los problemas campesinos y propusieron la creación de una oficina nacional campesina cuyo objetivo sería ayudar a la preparación de los congresos provinciales que deben ser el preludio a un congreso nacional campesino. Apoyado por la potente Confederación de los Trabajadores Cubanos y el movimiento progresista en general, el campesinado cubano superará rápidamente su retraso desde el punto de vista de la organización.

El gobierno cubano y, sobre todo, su animador, el coronel Batista, comprenden que el desarrollo y la salvaguardia del bienestar popular así como la defensa de las instituciones democráticas están estrechamente relacionados con la lucha contra el fascismo no sólo en Cuba, sino en todo el hemisferio americano y por doquier en el mundo. La valiente actitud de la delegación cubana en la conferencia de Lima no era fortuita; era la expresión

de la política antifascista cada vez más consciente del gobierno cubano, como lo mostró el viaje del coronel Batista a México, y representa el intento más serio de ampliar las decisiones tomadas en Lima y de traducirlas en la realidad viva.

Desde el 3 de febrero, día de su llegada a Veracruz, hasta el 13 de febrero, día de su salida, el coronel Batista, en una serie de discursos, hizo declaraciones que, en resumen, pueden considerarse como las bases del frente antifascista latinoamericano en formación. Durante el gran mitin organizado en México por la Confederación de Trabajadores de México, el coronel Batista ante una asistencia de unos cien mil obreros, subrayó la necesidad de "una alianza de los pueblos de nuestro hemisferio sin consideraciones de nacionalidad, de raza, de color o de lengua", para combatir al fascismo. Recibido por los miembros de las dos Cámaras mexicanas, Batista renovó su promesa solemne de fidelidad a la causa de la España republicana y de la democracia mundial. Aseguró a México que el pueblo cubano está decidido a luchar junto con los mexicanos en caso de que el fascismo se atreva a pasar a la agresión.

De regreso a Cuba, el coronel Batista desarrolló más aún sus tendencias progresistas y democráticas. En un gran mitin organizado en su honor por la Confederación de los trabajadores cubanos, dijo en particular:

El Partido Comunista, tanto en México como en Cuba, en Francia como en los Estados Unidos, donde está reconocido como una fuerza legal en vez de estar considerado como un elemento de desorden, actúa como una fuerza viva de la democracia.

Y en otro discurso, pronunciado en Camagüey, declaró que el comunismo es "un elemento de progreso y de democracia".

La creciente fuerza de la democracia cubana y su influencia a escala del continente provocaron los renovados ataques del fascismo y de la reacción local. Estos ataques no se dirigen únicamente contra las organizaciones obreras, los partidos democráticos y sus jefes, sino que apuntan directamente al coronel Batista. El hecho se volvió particularmente patente desde su regreso de México. La reacción hizo todo para impedir el éxito de afluencia de las manifestaciones organizadas por la CTC y las agrupaciones democráticas para acoger al jefe del gobierno. Pese a todos estos esfuerzos, pese a las dificultades creadas por las propias compañías de transporte, cien mil trabajadores participaron en esta demostración.

La reacción utiliza métodos a los cuales acude en el mundo entero. Se lleva a los obreros a la calle, y los reaccionarios llegan incluso a incitar a sus partidarios a emplear un solo criado y un solo automóvil; no se pagan los impuestos y, en numerosas provincias, los plantadores de azúcar interrumpieron los trabajos del cultivo de la caña. Se oponen a la legislación progresista e impiden la adopción de la ley Warren Bro (reconocimiento de la deuda-oro del Estado cubano) de la cual depende el otorgamiento del

préstamo de cincuenta millones de dólares negociado durante el viaje de Batista a México.

El Partido Comunista cubano, cuya profunda comprensión de la situación política contribuyó más que cualquier otra cosa a la evolución democrática de estos últimos tiempos, llegó a la conclusión de que es preciso renunciar a las "fórmulas caducas" aún vigentes en el partido. La política del gobierno debe ser considerada como progresista. La situación cambió y la consigna del partido debe ser en adelante: "Con Batista, contra la reacción", es decir que el partido debe pronunciarse abiertamente por el apoyo de la política de Batista por parte de las amplias masas populares.

DIEGO RIVERA, *El problema indígena en México**

Diego Rivera, el famoso pintor muralista mexicano, se había adherido al trotskismo hacia 1934. El artículo adjunto fue publicado en pleno período de los frentes populares, pero su orientación política lo sitúa decididamente a contracorriente de la estrategia del comunismo "oficial". Se trata además de uno de los escasos intentos de análisis marxista de la cuestión indígena, después del de Mariátegui (cuya toma de partido indigenista es totalmente compartida por Rivera).

Diego Rivera volverá más tarde a las filas del Partido Comunista Mexicano.

LA INDEPENDENCIA MEXICANA, LAS LUCHAS Y REFORMAS DE LA BURGUESÍA COLONIAL

14. La llamada "Independencia de México" fue realizada en 1821 por un acuerdo entre la sub-burguesía aristocrática colonial mexicana y los pocos jefes insurgentes que quedaban después de una lucha terrible de once años (el movimiento de las masas campesinas había sido conducido por los eclesiásticos y los laicos de clases criollas y mestizos oprimidos, como Hidalgo, Morelos y Matamoros, curas; Allende, Moreno, Francisco Javier Mina, militares; Leona Vicario, Primo Verdad, Quintana Roo, Rayón, Guerrero, Victoria, civiles). Este acuerdo tuvo por objeto hacer subsistir los métodos feudales y semif feudales de la colonia, contra el movimiento liberal iniciado en la metrópoli, en España. La fracción progresista de la sub-burguesía mexicana comienza, a partir de 1857, después que los Estados Unidos habían arrebatado a México en la guerra de 1846-47 más de la mitad de su territorio y la parte más fantásticamente rica, el movimiento llamado de la

* Diego Rivera, "La lucha de clases y el problema indígena", *Clave*, n.º 2, México, 1938, pp. 21-29.

"Reforma". Éste no era sino la continuación de la revolución burguesa, iniciada en el Continente Americano con la independencia de Estados Unidos a México, a la América Central y del Sur, movimiento que en los tres últimos lugares había sido frenado y detenido por la supervivencia de las capas feudales y feudalizantes, provenientes de las antiguas clases dominantes del imperio colonial español, sostenidas por el clero católico, cuyos intereses económicos estaban y continuaban estando íntimamente ligados a aquéllos.

15. Los liberales de la Reforma, alentaron la ilusión de crear en México en lugar de la sub-burguesía raquítica y pequeña burguesía existentes, una burguesía nacional, fuerte e independiente, cosa imposible entonces como ahora, por la situación económica semifeudal del país. Los liberales mexicanos, discípulos de los liberales burgueses de los Estados Unidos, eran individualistas, creían en el repertorio de la libre concurrencia, del libre cambio, del voto libre (sufragio efectivo) y sobre todo, en la libre explotación de los productores por los capitalistas.

16. En México, bajo la presidencia del líder nacional, el indio Benito Juárez, y mediante la Constitución legal de 1857 y las "Leyes de Reforma", las propiedades del clero y de las comunidades agrarias fueron confiscadas con el objeto teórico de repartirlas entre numerosos propietarios individuales que habrían forjado la burguesía nacional. Pero la reforma fue un fracaso completo. El campesino pobre perdió lo poco que tenía, sin adquirir nada, como aumento de salarios, o casi nada; los bienes llamados de "manos muertas", no hicieron sino pasar a manos de algunos capitalistas extranjeros sin escrúpulo religioso y con suficiente espíritu de empresa burguesa o a los hombres testaferros, sólidamente controlados por la iglesia católica misma, la cual por este medio quedó en posesión de sus bienes, a pesar de la reforma liberal. Juárez, indio, solamente continuó desposeyendo a las comunidades campesinas indígenas de lo que habían tenido y sometiéndolas todavía a una miseria más grande que la que habían sufrido.

17. La situación creada por la llamada "Reforma Liberal", ha persistido hasta la época contemporánea. El imperialismo inglés, el colonialismo francés-belga, austro-alemán y español, aprovechando la guerra civil de los Estados Unidos entre el Norte industrial antiesclavista y el Sur reaccionario esclavista, intentaron, con el apoyo de este último, crear un "imperio mexicano". Habiendo fracasado por causa de la fuerza de la revolución industrial que apoyaba a los liberales de México, su intervención ha continuado bajo diferentes formas, hasta manifestarse hoy día en aquella de un subfascismo latinoamericano, que no es sino una forma de lucha de los capitalistas fascistas imperialistas de Europa contra el capitalismo imperialista de los Estados Unidos.

Las luchas en México, llamadas "religiosas", de los "cristeros" y otras facciones al servicio de los restos del feudalismo y del neofeudalismo y del

poder clerical, aliados nacionales del capitalismo extranjero, contra el "agrismo" y el llamado "socialismo" de la nueva sub-burguesía y de la pequeña burguesía nacidas de la industrialización emprendida en las ciudades y en el campo, durante el periodo de luchas políticas, comprendidas entre 1910 y 1937, llamadas "revolución mexicana", no son sino la cola de la situación creada bajo la llamada "Reforma Liberal".

EL PROBLEMA AGRARIO, TAL COMO ESTÁ PLANTEADO ACTUALMENTE,
PARTICULARMENTE EN MÉXICO

18. Después de 27 años de luchas pequenoburguesas y sub-burguesas "agraristas", por la restitución de los ejidos, creados en el siglo XVI por el Rey de España, en su imperio colonial feudal, la pobre sub-burguesía "nacional revolucionaria" mexicana, finalmente constituida en partido político gubernamental (Partido Nacional Revolucionario, PNR), no ha podido llegar todavía, bajo la administración del Presidente Lázaro Cárdenas (aunque ha sido diez veces más activo durante estos dos años y medio de poder que sus predecesores durante 24 años), sino a repartir, como entregas de tierras o como restituciones de "ejidos", cerca de cuatro millones de hectáreas sobre los catorce de tierras cultivables que posee México; de éstas, los gobiernos anteriores a Cárdenas habían repartido un millón novecientos cuarenta mil cuatrocientas noventa y ocho hectáreas.

19. Es muy importante observar que en las regiones donde existen grandes centros de población proletaria industrial, la entrega de las tierras a los campesinos, en proporción a las tierras cultivables, es mayor que en los estados sin centros industriales con masas de obreros organizados, lo que prueba que la presión de éstos en favor de los campesinos ha influido grandemente en la entrega de la tierra a los últimos.

20. Hoy día, a fines de 1937, el ritmo de entrega de tierras es más lento que en los dos años y medio anteriores. Los préstamos en dinero a los "ejidos" (refacciones) tropiezan con grandes dificultades que crean conflictos entre la organización bancaria ejidal y las organizaciones obreras y campesinas, aún las más reformistas y las más dependientes del Estado como la CTM (Confederación de Trabajadores de México). En la producción total de cereales para el consumo interior del país, se acusa este año un déficit considerable, lo cual prueba que a pesar de los esfuerzos hechos por el Gobierno para extender y acrecentar la producción, ésta ha sido incapaz de alcanzar éxito, pues con las restituciones ejidales no se ha podido mejorar la situación en la producción total del país. Es necesario hacer notar que el acrecentamiento de los préstamos (refacciones) a los "ejidos" ha sido paralelo al crecimiento del proletariado industrial, pues entre 1929 y 1937 se han establecido más de cuatro mil nuevas fábricas en México.

La Ley del Salario Mínimo fue promulgada por el Presidente Abelardo

L. Rodríguez, multimillonario industrial y agrario, el hombre más rico de México, con el fin de extender el mercado para los nuevos industriales. Pero, como era bien natural, los precios de los artículos de consumo se elevaron inmediatamente y la situación es hoy día, para los obreros y los campesinos —según el poder de adquisición de sus salarios— entre un 25 a un 75% peor que aquella que existía antes de la promulgación de la Ley del Salario Mínimo hace tres años.

21. El "ejido" y la comunidad agraria actuales en México, no son otra cosa que el expediente feudalista empleado por la monarquía española del siglo XVI para mantener al campesino en estado de siervo. Se suprime todavía el valor social progresivo del ejido y de las comunidades, disminuyéndole su carácter embrionario de propiedad comunal, dividiéndolos ahora en parcelas insignificantes y minúsculas, dadas en propiedad individual inalienable, como "patrimonio familiar", a cada uno de los "ejidatarios" a los que se les dan préstamos (refacciones) por medio del banco del Estado, el dinero se cobra sobre la base de las futuras cosechas. Como los "ejidatarios" no pueden comenzar a trabajar la tierra en su situación de campesinos pobres, este método de apariencia "socializante" no hace en realidad, sino fijar al campesino a la tierra y convertirlo en siervo de los blancos, como lo era antes de los señores feudales latifundistas.

22. El campesino pobre de México está en tal situación de miseria que sólo su congénere chino puede estar en el mismo nivel (según datos oficiales del Gobierno de México). Ha sufrido tal esclavitud y tal miseria desde la llamada Independencia hasta 1910, que la llamada "Reforma Agraria" le ha podido mover y hacerle combatir en favor de ella, durante años y años. Igualmente, según los datos oficiales, el costo de la vida en México, desde el fin del siglo XVIII hasta 1930, se ha elevado quince veces mientras que los salarios sólo se han elevado tres veces, lo que prueba que las condiciones de vida de los peones, campesinos asalariados, eran en el México "revolucionario" de 1930, peores que aquellas de los peones de los "encomenderos" latifundistas de la colonia española.

23. En vista de estas condiciones, la sola línea revolucionaria que se puede seguir en México, concerniente al problema agrario es exigir continuamente la aceleración de la entrega de la tierra a los campesinos bajo la forma aceptada por la "Revolución Mexicana", dotaciones de tierra que chocan sin cesar con los intereses capitalistas de los nuevos y de los antiguos propietarios agrarios y del capitalismo imperialista extranjero. Estos choques deben ser utilizados para hacer ver a las masas campesinas pobres que los mismos hombres que fueron jefes, generales, funcionarios o "líderes", durante la guerra civil, son hoy día terratenientes, sus enemigos, objetivamente aliados a los antiguos latifundistas y a los propietarios imperialistas extranjeros, a los que se encuentran ligados hoy día por una solidaridad de clase, y que en consecuencia, para la clase campesina pobre no puede ha-

ber sido un aliado: el proletariado.

Es necesario trabajar continuamente para que la insuficiencia de los métodos de cultivo y de préstamos a los "ejidos", que tocan directamente al campesino, sirvan para convencerles de la inanidad de tales métodos que en realidad —por otra parte ellos mantienen al campesino en la servidumbre— favorecen a la derecha de la sub-burguesía, el nacimiento de tendencias ultrarreaccionarias, neofeudalistas, hábilmente explotados por el fascismo europeo.

24. Las reformas agrarias llevadas a cabo por los gobiernos llamados revolucionarios, significan en el fondo mismo, no la liquidación total de los restos del viejo feudalismo y del neofeudalismo, sino un compromiso bastardo entre los intereses feudales e imperialistas de un lado y los de los campesinos del otro, siempre, en detrimento de estos últimos. Los indios, siendo la parte más atrasada de la población sufren más. En este terreno, la solución de la cuestión llamada indígena, significa la lucha por la revolución agraria. El proletariado de la América Latina debe poner en su programa esta consigna como una de las más importantes.

Los campesinos más explotados y más oprimidos dan una fuerza de trabajo más barata a los latifundistas, a los propietarios y a los capitalistas de toda suerte. Organizar a los campesinos, indios y mestizos, como obreros agrícolas en sindicatos combativos y llevar una lucha enérgica contra la explotación bárbara, significa, no solamente elevar el nivel cultural y material del campesino, sino también el socavamiento de la economía feudal, acelerar la reforma gubernamental y sobre todo, preparar la revolución agraria.

Haciendo suya esta campaña, ganando la confianza de los campesinos, comprendidos los indígenas, el proletariado preparará su propia ascensión al poder, lo único que puede abrir la época de liberación para los indígenas, como para todos los oprimidos de la América Latina.

EL ASPECTO ESPECÍFICO DE LA CUESTIÓN ETNOGRÁFICA-FILOLÓGICA DEL "PROBLEMA DEL INDIÓ" EN MÉXICO Y EN AMÉRICA LATINA

25. En vista de la necesidad de conservar a los indios como principal fuerza de producción de riqueza en las colonias españolas de la América Latina, la iglesia católica ha realizado otro "milagro". Ella se inflamó de amor por los indios y en la Universidad Real y Pontificia de México estableció textos de Teología y de Ciencias Físicas y Metafísicas en Lenguas Indígenas de América, prohibiendo a los universitarios, maestros y alumnos, bajo la pena de expulsión inmediata, hablar en el recinto de la Universidad otra lengua que no fuera indígena o el latín —lengua internacional del clero católico—. Así, obligado a aprender lenguas indígenas americanas el clero regular y secular salido de la Universidad pudo "educar"

al indio en su lengua natal inspirándole confianza y amistad, por lo cual el indio recibió a sus nuevos amos como hombres que tenían simpatía por él y no como a sus enemigos.

26. El método de penetración de la iglesia católica dio resultados excelentes y, hoy día, el cura que sigue aún la antigua línea de la Universidad Pontificia, hablando las lenguas indígenas, es el mejor agente de las clases dominantes, entre los campesinos pobres, indios o no, de México (ocurre lo mismo en la América Central y del Sur). En cambio, la sub-burguesía y la pequeña burguesía "revolucionaria", jamás han comprendido este medio de penetración y sus amos urbanos y "rurales" han fracasado en la tarea de sustituir al cura, como agentes de las clases explotadoras modernas en el poder.

27. Existen en México, según las cifras oficiales de 1930, cuatro millones novecientos setenta y un mil doscientos siete indios que hablan lenguas indígenas, de los cuales un millón ciento ochenta y tres mil cuatrocientos ochenta y uno no hablan sino sus lenguas nativas y no el español; los otros pueden considerarse como bilingües. Los campesinos indios, embrutecidos por la miseria, y por las enseñanzas de los frailes y de los curas durante cuatro siglos, escuchan los consejos de ellos y de los latifundistas y de los obispos que los manejan, tanto que a veces forman bandas armadas por los propietarios y dirigidas por los curas, las cuales al grito de "¡Viva Cristo Rey!" atacan las escuelas, las incendian, cortan las orejas de los maestros, hombres y mujeres, violando a estas últimas; centenares de veces han asesinado a todo el personal docente, con una crueldad verdaderamente increíble, llegando hasta a quemar vivos a algunos. Este martirologio se realiza con los maestros a los cuales el Gobierno de México paga salarios que oscilan entre \$3.50 y \$1.50 diarios, es decir, entre un dólar y cuarenta centavos americanos al día.

28. Al mismo tiempo que el mejoramiento del material flamante del ejército, que es de hecho una policía nacional, que cuenta unos cincuenta mil hombres, el Gobierno Mexicano acaba de anunciar que el próximo año cuatro millones de niños permanecerán sin poder ir a la escuela por falta de establecimientos escolares, a lo cual el Gobierno no puede aportar ningún remedio, pues necesitaría aumentar el presupuesto en 123 millones de pesos. El presupuesto de Guerra alcanza a cerca de 80 millones de pesos. Si, haciendo una hipótesis completamente fantástica sobre el "México revolucionario", se remplazara el ejército regular de soldados profesionales, por milicias obreras y campesinas —mucho menos costosas para el presupuesto del Estado— se podrían encontrar los millones necesarios para crear no pocas de las escuelas que faltan.

29. La población indígena, comparando el censo oficial de 1921 que da la cifra de 4 179 768 indios con el de 1930, ha aumentado en 791 768 individuos. Los 4 971 207 de indios existentes en 1930, se cuentan sobre un total de población en México de 16 852 728, es decir, representan cerca de la tercera parte de la población. Es necesario hacer notar que en la población campesina mestiza dominan todos los caracteres sociales de la población indígena y que esta población campesina forma la inmensa mayoría de la población entera del país, con 11 012 091.

El nivel de vida de la población campesina y obrera mexicanas, según los datos dados por los organismos oficiales, es tan bajo que sólo encuentra un grado inferior aquel del campesino y del obrero chino y que la diferencia es muy pequeña.

En los países de la América Central la situación es todavía peor y para países de América del Sur, como Bolivia y Perú, que tienen una mayoría de población indígena la situación de ninguna manera es mejor.

30. En la América Central, en Guatemala, el ministro de Educación Pública en persona, ha declarado recientemente en el Parlamento: "Si nosotros educamos al indio, enseñándole a leer y a contar, ¿cómo haríamos en seguida nosotros para encontrar "mozos" (peones o trabajadores agrícolas) para las haciendas y cómo haríamos para que no se derrumbe la economía nacional?" Esta frase magnífica de ingenuidad, resume en realidad todo el "problema indígena" para la América Latina. En el Perú, en Bolivia y en las otras naciones de un alto porcentaje de población indígena, la situación social entre aquella de México o de Guatemala, tiende más a la de Guatemala ya que, después de todo, la "revolución mexicana" ha servido de algo.

31. El mestizaje aumenta alrededor de los centros rurales más activos y sobre todo, alrededor de los centros industriales. En estos últimos, el uso del español en general elimina completamente a las lenguas indígenas. La experiencia demuestra que con los cambios de los métodos de producción y la aparición de una economía de tipo industrial —y con ella un nivel mejor de vida superior a aquel de los campesinos— desaparecen por fusión y amalgama con los mestizos, las características de lo que se llama el problema del indio. Este problema, no es en suma otra cosa que la supervivencia de una economía rural atrasada, de un tipo colonial feudal o semifeudal, mantenida en su estado atrasado para el solo beneficio del sector más reaccionario de los capitalistas nacionales y por ende, de su patrón, el imperialismo extranjero.

32. Todos los países de la América Latina nos muestran con una claridad obvia cómo y de qué manera el desarrollo histórico desigual toma para los países retardados, bajo la presión imperialista, el carácter de un desarrollo histórico combinado, en el cual las primeras letras del alfabeto histórico coinciden y se confunden con sus últimas o antepenúltimas letras. La técnica norteamericana se avecina a la antropofagia, el marxismo con el totemismo, los débiles comienzos de la democracia son ahogados por las tendencias fascistas y el todo forma un marco dentro del cual la sub-burguesía no es capaz sino de tomar miserables anti-medidas sin futuro próximo. Quemando las etapas en el desarrollo de la América Latina fuerza al joven proletario a tomar sobre su espalda las tareas enunciadas pero no resueltas por la historia de los siglos precedentes. No solamente la cuestión agraria, indisolublemente ligada a la cuestión indígena, sino también las tareas más elementales de la higiene física y mental, los métodos agrícolas practicados en otras partes desde hace siglos, la creación de caminos, etcétera, etcétera, no pueden ser resueltos sino bajo el régimen de dictadura del proletariado, el único régimen estable que es posible en la América Latina.

33. Nosotros no nos hacemos ilusiones sobre el grado actual de preparación del proletariado latinoamericano para estas tareas grandiosas, pero, bajo la presión de la necesidad, este joven proletariado va también a quemar las etapas en su ascensión histórica. Sabrá marchar codo con codo con el proletariado mundial y sobre todo con el de los Estados Unidos de América. Al mismo tiempo la vanguardia proletaria de la América Latina debe servirse, con el realismo revolucionario, que es el sentido mismo del marxismo, de todas las contradicciones entre las clases y partidos dirigentes o semidirigentes para arrastrar a las masas a la lucha, para crear nuevos puntos de apoyo sobre el plano político y organizacional, para desprender las alas progresistas de la pequeña burguesía de su ala reaccionaria, facilitando y acelerando así la ascensión revolucionaria del proletariado.

La verdadera política marxista, aquí todavía más que en otras partes, consiste no en oponer a las tareas concretas e inmediatas la perspectiva abstracta de la revolución socialista, sino en demostrar que todas las tareas de independencia nacional, progreso económico y cultural, elevación del nivel de vida conducen imperiosamente a la conquista del poder por el proletariado, como guía de la clase trabajadora.

II. EL PACTO GERMANO-SOVIÉTICO Y SUS REPERCUSIONES EN AMÉRICA LATINA

ERNESTO GIUDICI, *Imperialismo y liberación nacional**

El libro de Giudici (importante dirigente del PC argentino), publicado en 1940, es un ejemplo interesante de las tesis desarrolladas por el movimiento comunista latinoamericano durante el periodo 1939-1941 (desde el pacto Molotov-Ribentrop hasta la invasión de la URSS por los nazis). Por una parte denuncia los daños causados por el imperialismo norteamericano y la necesidad de llevar a cabo una lucha intransigente por la liberación nacional de Argentina; por otra, desarrolla un análisis del fascismo bastante ambiguo. Esta concepción sólo aparece durante un corto intermedio entre dos periodos pro Roosevelt y antifascistas del comunismo latinoamericano (1936-1939 y 1941-1945).

Hubo una época en que todos los movimientos populares, entre ellos el del nacimiento de la burguesía en Europa, traducían sus anhelos de acuerdo a sus creencias religiosas o los intereses de la Iglesia. Pero esa expresión religiosa fue lo transitorio; lo perdurable era la revolución económica y política que se operaba en el seno de la vieja sociedad. Bien. Algo semejante ha ocurrido con el fascismo en el clima político de la posguerra: muchos anhelos populares creyeron tener cabida en la expresión programática y demagógica del fascismo. Muchos movimientos de liberación nacional, vagamente expresados, se volcaron en los cuadros de la organización fascista por una necesidad igual a la que, en otra esfera, obligó al imperialismo alemán a adoptar la forma fascista de lucha para, en lo internacional, abrirse paso en un mundo dominado por Inglaterra y Estados Unidos —países “pacifistas” porque estaban ahitos, satisfechos— y en lo interno, sofocar toda acción del proletariado y capas populares. Lo fascista en este caso imperialista es lo transitorio; lo que vale, lo que es motor y norte, es el imperialismo que, por no tener color político, adopta en cada etapa o tarea la forma política que mejor conviene a sus intereses; ora democrática como Inglaterra, ora fascista como Alemania.

Hay que ver y apreciar que, muchas veces, detrás de esa ideología fascista late un anhelo de masas, que por ser de masas poco importa que sea fascista o no por cuanto en el propio movimiento de masas, desarrollado con pres-

* Ernesto Giudici, *El imperialismo y la liberación nacional* (1940), ed. Granica, Buenos Aires, 1974, pp. 3-8.

cindencia de la ideología reaccionaria que le quieren algunos atribuir —por lo que hay que buscar contacto con él, con ese movimiento—, cabe la necesaria rectificación política. Hay capas populares que pueden creer luchar contra la oligarquía dentro del fascismo; luchan a su modo y según sus debilidades políticas; y nosotros no podemos rechazarlas, sino que debemos ir hacia ellas para convencerlas de su error. Esas capas sufren tanto y generalmente más que las demás capas populares. La lucha no puede estar dirigida contra ellas, con el pretexto de librar una batalla contra el fascismo, sino con ellas contra la oligarquía y el dirigente o teórico fascista, ambos más unidos de lo que aparenta ser.

Este esclarecimiento político es impostergable en la actual situación. La confusión emana de ciertos elementos de juicio que no se rebaten a diario porque es más cómodo incluir masa e ideología fascista, errores políticos y francas intenciones reaccionarias, en un mismo bloque. Uno de esos elementos de juicio que perturba la clara comprensión del problema es el “nacionalismo” rosista. Rosas, en efecto, se opuso a todo lo extranjero; Francia e Inglaterra bloquearon el Río de la Plata y Buenos Aires; y Rosas hizo frente al bloqueo. Vista la situación de entonces con los ojos abiertos a la realidad de hoy, eso sería una actitud de auténtico nacionalismo. ¿Lo fue en realidad? No. Ese nacionalismo era ficticio: se oponía al desarrollo de la Nación. Una oligarquía ganadera quería vivir tranquilamente con sus estancias, conservar las formas coloniales y semif feudales: lo extranjero, capital y liberalismo auspiciado por otros grupos “extranjerizantes”, le era hostil. Se cerraba así el país, no a lo extranjero, sino al progreso que provenía del extranjero. La situación era parecida a la de España invadida por las fuerzas napoleónicas: Napoleón era lo extranjero en España, pero era también, en la realidad, la revolución burguesa proyectada por toda Europa, y en esa lucha contra lo extranjero, como lo establece Marx, se unían y mezclaban en España sinceros deseos nacionalistas de algunos sectores y móviles reaccionarios de las clases monárquicas y feudales que explotaban el sentimiento nacionalista en su provecho. Lo “nacional”, geográficamente, hacia afuera, no define, por sí solo, a la liberación nacional; lo nacional, en el sentido de soberanía, debe estar ligado a lo progresista en el sentido económico, social y político *de adentro*. Toda liberación nacional debe ser un paso revolucionario, para adelante, a fin de colocar el país al ritmo progresista de los países más adelantados. Volver atrás, estancarse, no es liberación nacional. Liberación nacional no es aislamiento antiextranjero, sino coincidencia con lo más progresista del mundo contra lo más reaccionario que, dentro de cada país, halla apoyo en los sectores más retrógrados. Barrer con los sectores de aquel “nacionalismo” rosista también es liberación nacional. En definitiva, quienes dicen que luchan contra Inglaterra deseando volver a la Argentina pre-anglófila no hacen sino un servicio a Inglaterra pues le brindan, como se le brindó antes, un

país atrasado, agropecuario, hecho a la medida de sus ambiciones imperialistas.

A pesar de lo manifestado, queremos formular una reserva de carácter político. La lucha contra el imperialismo extranjero puede llevar, en países más atrasados que la Argentina, al primer plano a sectores o partidos no democráticos, productos de un medio de incipiente democracia. Eso no es lo fundamental, ni una democracia perfecta ha de exigirse previamente en la lucha contra el imperialismo, puesto que donde domina el imperialismo la democracia se ve postergada, trabada, deformada. Hay que actuar con lo que se tiene, no con lo que se desea y no se tiene. Puesta en movimiento la lucha liberadora, lo políticamente reaccionario será barrido por la democracia que florecerá juntamente con los ascensos del movimiento y la aparición de fuerzas nuevas, jóvenes, progresistas y revolucionarias. Esto lo remarcamos porque repetidas veces hemos visto a quienes, desde Buenos Aires, con cierto alarde de aristocratismo político, juzgan con desdén movimientos populares de esencia progresista aunque, por natural gravitación de su medio, se traduzcan en luchas caudillescas carentes de pureza principista o democrática. Se les exige pureza principista o democrática, como a las masas se les reprocha su atraso e incultura. Es un círculo vicioso. La dominación imperialista sume a los países atrasados en un mayor atraso, y del atraso hay que salir en alguna forma; hay que romper el círculo vicioso o de hierro por algún lado. ¡Y al irrumpir las masas populares, por el resquicio que se abre en su acción, se les echa en cara su atraso! Dejémoslas que anden. Andando, la superación se operará en todos sus aspectos. Es menester no dejarse engañar ni por el atraso de las masas ni por la apariencia antidemocrática de un movimiento antimperialista. El imperialismo puede dominar oculto tras el manto de la democracia; toda lucha contra él obligará a medidas de fuerza que, vistas superficialmente, equivalen a una posición menos democrática. Pero la democracia no es una cuestión de forma sino de contenido; reside en lo que se aspira, en lo que se construye, en las fuerzas puestas en movimiento. Si esas medidas de fuerza, incluso una dictadura, tienen por objetivo robustecer el poder de las masas en la lucha contra las oligarquías, no se trata en realidad de una antidemocracia sino de un gobierno democrático fuerte, de una dictadura democrática. Nosotros, revolucionarios, no nos dejamos engañar por las apariencias: demócrata es el gobierno que se apoya en las grandes masas, para satisfacer sus necesidades, contra las oligarquías reaccionarias. Esto, repetimos, debe ser tenido en cuenta en muchos países latinoamericanos en los cuales la democracia no podrá implantarse de golpe, puesto que faltan las condiciones económicas y sociales para ello. Donde gobierna una oligarquía sometida al imperialismo, sobre una masa atrasada, no puede haber democracia; la democracia política exige como condición previa la formación de una burguesía nacional liberal. Por todo eso, frente al golpe del coronel Bush, en Bolivia, fuimos prudentes antes de calificarlo como reac-

cionario: ¿Contra quién iba dirigido ese golpe, en quién se apoyaba o buscaba apoyo? Si en realidad iba dirigido contra el imperialismo anglo-yanqui, destinado a defender la economía nacional y a sus masas explotadas, el nuevo gobierno fue progresista *pese a su forma dictatorial*. Y lo mismo puede decirse del actual gobierno de Estigarribia en el Paraguay, partiendo siempre del supuesto de que ambos movimientos hayan sido dirigidos contra la reacción oligárquica e imperialista. Decimos "partiendo del supuesto" porque no queremos sentar un juicio definitivo sin ahondar más el análisis, y aquí sólo tomamos esos casos como ejemplos de lo que podría ser una dictadura latinoamericana de contenido progresista. Todo depende del desarrollo político de cada país. En Chile, por ejemplo, el movimiento liberador puede ser democrático en el fondo y en la forma desde el principio; en la Argentina debe serlo con mayor razón. Lo mismo en el Uruguay; no así en el Brasil. En México, el gobierno fuerte de Cárdenas, cual fuera recibido de manos del callismo, ha logrado en pocos años ampliar las bases de una verdadera y efectiva democracia.

Otro ejemplo más será útil para aclarar esta cuestión. Cuando en Bolivia, nacionalizado el petróleo, se habló de venderlo a Alemania por las operaciones de trueque, hubo alguna alarma. Nosotros, aun siendo partidarios del *boycott* a los países fascistas, sostuvimos: la nacionalización del petróleo es un paso adelante en el proceso de la emancipación nacional, independientemente de a quién sea vendido después, porque el producto, *boliviano*, sería vendido por su dueño, el Estado boliviano. Llevar el antifascismo hasta el extremo de preferir que el petróleo no sea nacionalizado, quedando en poder de empresas extranjeras, era una deformación del concepto de liberación nacional. Un esclavo cualquiera que deja de ser esclavo para pasar a la condición de asalariado del capitalismo, pega un salto en la historia. Como esclavo, depende en cuerpo y alma del amo; como asalariado, sigue siendo explotado, pero vende, no su cuerpo, que es su libertad y su vida: vende su fuerza de trabajo; es un paso hacia la liberación. Se incorpora a una clase revolucionaria. En la misma forma, la reacción del trabajador europeo ante la aparición de las máquinas o telares mecánicos, fue la de su destrucción; la explotación era más dura que antes, más terrible la perspectiva de la desocupación, pero sobre esa máquina reposaba también la fuerza material de la emancipación proletaria. Distingamos siempre, pues, entre apariencia y realidad. Sepamos ver lo que es "nacionalismo" opuesto a la liberación nacional, pese a sus posturas "nacionalistas", y lo que es liberación nacional efectiva pese a su apariencia en contrario.

Hay que bajar, insistimos, al seno de los movimientos populares para separar lo que es necesidad legítima, digna de atención y apoyo, y lo que es expresión política equivocada. Esto debe hacerse en la Argentina. Y veremos que mucha gente a la cual podemos considerar progresista en sus anhelos, ha creído en el fascismo como la fórmula de una liberación nacional

antimperialista. Todo tiene su razón de ser en los fenómenos sociales y políticos. ¿Por qué, pues, esa masa ha tenido tendencia a enrolarse en ideologías políticas que, en definitiva, atentan contra sus propios anhelos de liberación? Porque, en primer lugar, se trata de sectores pequeñoburgueses o de la burguesía nacional que no aceptan o no comprenden, naturalmente, las ideas socialistas o comunistas. Obligadas a optar entre la democracia y el fascismo, instintivamente han preferido el fascismo porque todos los partidos políticos de la burguesía que son o se dicen democráticos apoyaban y apoyan al imperialismo inglés; y se apoyan en el imperialismo inglés. En esta forma, nosotros, que hemos seguido paso a paso el desarrollo del movimiento fascista y reaccionario en la Argentina, hemos podido constatar cómo las ideologías fascistas y reaccionarias unían temporal y accidentalmente a los que dependían del nazismo alemán o del fascio italiano y a los que, sin cabida en los marcos de la democracia anglófila, iban hacia ellos más por inercia que por consciente decisión. Pero, por el lado del imperialismo dominante —el inglés, y en parte también el imperialismo yanqui— las oligarquías, también sin color político en cuanto a convicción firme y permanente, recurrían a la organización de tipo fascista para defenderse en aquellos años críticos de 1931 y siguientes. Hubo un momento en que dos organizaciones fascistas se enfrentaron en el país: por un lado, los "legionarios", niños bien y hombres de la oligarquía gobernante que estaban a las órdenes del imperialismo inglés y yanqui; estas legiones vivieron hasta que la oligarquía las consideró indispensables para mantener el orden. Cuando el fraude en gran escala permitió a la oligarquía vivir sin mayores sobresaltos, las legiones desaparecieron. Las legiones eran antipopulares, aristocráticas; fueron las que esperaron a Martínez de Hoz a su salida de la Casa de gobierno y le rindieron tributo de rey destronado al modo de los *camelots du roi*. Pero al lado de las legiones, que no se decían fascistas sino "nacionalistas", aparecieron en 1932 grupos fascistas, con *camisa negra*, populacheros que buscaban el contacto popular en lugar de rehuirlo, que no seguían a la curia, que no perdían medidas represivas y que en todo momento hacían gala de esa fina demagogia que convirtió en poderoso a Benito Mussolini. Estos grupos eran todos, sin excepción, antibritánicos. En ellos se juntaban bribones y astutos *condottieri*, apolíticos y desamparados, gente de buena intención y pequeños comerciantes o productores que sentían la soledad política frente al imperialismo inglés, cada vez más tirano, día a día más opresor. ¿Alguien se acordó de esa gente? ¿Alguien se preocupó en bajar al seno de las masas para diferenciar lo que era negocio de lo que era desorientación y orfandad política? No. Era muy arriesgado hacerlo, porque no podía, a los ojos del antifascista austero y literario, haber explicación para las causas que llevaron a esas masas al fascismo. Podríamos decir que nosotros, entusiastas en el estudio del complejo fenómeno fascista, hicimos varias veces esa diferenciación, pero con eso no se resuelve la cuestión política. Políticamente, hubo incompreensión hacia esos sectores

fascistas *malgré lui*.

En esta forma, algunos de esos sectores populares, poco numerosos, se acercaban sin desearlo a los sectores fascistas. Y el imperialismo fascista, por otro lado, buscaba el apoyo de esos sectores para su política antibritánica o antiyanqui en la Argentina. Este doble juego de intereses determinó, como consecuencia, que lo antinglés fuera sospechoso siempre de connivencia con el fascismo italiano o alemán. En gran parte eso era verdad. Lo antinglés, en sus primeras manifestaciones, aparecía contaminado con ideas fascistas. Por eso no prosperó y quedó reducido a un minúsculo grupo de gente. No podía prosperar. La masa popular sabe que no puede haber lucha antimperialista sin lucha correlativa por la democracia.

Estas enseñanzas deben tenerse presentes. Hay que dar un contenido democrático a la lucha contra el imperialismo inglés, tanto para demostrar que lo inglés no es patrimonio de democracia, sino a la inversa —fascistas de ayer están hoy al servicio de la "Inglaterra democrática"—, como para hacer viable esa lucha, que sólo es posible dentro de la homogeneidad y la unidad entre lo que es antimperialismo como movimiento de liberación nacional y lo que es democracia como expresión y camino para llevar la lucha antimperialista hasta el final. En esa forma, lograremos convencer de su error a los fascizantes bien intencionados y dar cabida en el proceso de la liberación nacional antimperialista y democrática a las grandes capas de la población que se encuentran sin quienes las comprendan en el seno de la democracia nuestra.

III. EL BROWDERISMO Y LA POSGUERRA

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO, *Por la industrialización de México**

Vicente Lombardo Toledano (1894-1958) fue una de las figuras más importantes del movimiento obrero mexicano y de la intelectualidad de izquierda del país. Dirigente sindical y político en los años 30 —secretario general de la CTM (Confederación de Trabajadores de México) y dirigente del PRM (Partido de la Revolución Mexicana —el partido oficial)— Lombardo Toledano fue además autor de una vasta obra que incluye libros sobre filosofía, derecho, ética, educación, sindicalismo, agrarismo, socialismo y marxismo. Su concepción teórica se caracteriza por una síntesis sui-générís entre el marxismo y la ideología de la revolución mexicana, o, más precisamente, entre el stalinismo y el nacionalismo del Estado mexicano. Varios críticos han comparado el pensamiento de Lombardo —que ejerció por algún tiempo una gran influencia en México— al “marxismo legal” en Rusia, como doctrina que tenía por principal función la apología del desarrollo industrial capitalista, en nombre del materialismo histórico.

Los pasajes siguientes son extraídos de un discurso pronunciado por Lombardo Toledano en septiembre de 1944 en una Asamblea del Sector Revolucionario (organizaciones sindicales obreras, campesinas y populares bajo el liderazgo del PRM). El tema de la armonía entre los intereses de las varias clases unidas para la industrialización del país es típico de su obra política.

LOS REVOLUCIONARIOS NO SE PROPONEN LA INSTAURACIÓN
INMEDIATA DEL SOCIALISMO EN MÉXICO

Muchos creen, ingenuamente, otros, no por ignorancia sino por perversidad, asumiendo el papel de simples provocadores, que esta guerra es la oportunidad histórica para que se instaure de hecho y de inmediato el régimen socialista en todas las partes del mundo. Esto es falso para México. Los so-

* Vicente Lombardo Toledano, *El nuevo programa del Sector Revolucionario de México*, México, 1944, pp. 14-15, 16-17.

cialistas mexicanos, los marxistas mexicanos, entre los cuales yo me encuentro, así como los no socialistas pero revolucionarios, los que han luchado por destruir las supervivencias del régimen feudal, por anular la pobreza de nuestros recursos naturales y por defender a la Patria del imperialismo, los liberales que no participan de algunas ideas concretas de los miembros de la corriente revolucionaria de hoy; todos, todos en lo absoluto, convini- mos ya hace tiempo en que, en México, para la posguerra no tratamos de conseguir la abolición del régimen de la propiedad privada; que no pretendemos instaurar el socialismo en esta tierra, porque ni las condiciones históricas domésticas, ni las circunstancias internacionales, hacen propicia tarea tan trascendental. Hemos convenido en que no es la hora del socia- lismo la hora de la posguerra, y que nuestras miras, nuestros objetivos, nuestros propósitos, son propósitos que se ligan de una manera lógica, natu- ral, inevitable, a los viejos objetivos históricos de la Revolución iniciada en 1910; de la Revolución de Reforma y de la Revolución de Independencia. No queremos sino el cumplimiento y el desenvolvimiento, el desarrollo, el progreso de las ideas de ayer, enriquecidas con nuevas modalidades y formas de aplicación. Queremos ser un pueblo que tenga posibilidades de cultura, posibilidades de trabajo, posibilidades de vivir de un modo civilizado; y queremos que México sea no un país semicolonial, sino una nación soberana, emancipada de veras, tanto desde el punto de vista político, como desde el punto de vista material [...]

QUÉ ES LO ESENCIAL DE NUESTRO NUEVO PROGRAMA

Transformar la tierra pobre en rica, levantar fábricas en donde no las hay, mejorar los transportes y multiplicarlos, aumentar el volumen de la riqueza nacional: todo esto no es sólo tarea, evidentemente, de los campesinos y los obreros; es también tarea de los demás sectores del país, es obra de todo el pueblo, es, debe ser, propósito y objetivo de todos los sectores de México, de todas las personas, con la condición de que acepten que las únicas soluciones valederas para nuestro país son las soluciones que aspiran hacia el progreso y no las que miran hacia atrás, hacia el retroceso.

Rebasa el propósito de un solo sector, de una sola clase social, esta gran tarea histórica inmediata. Es obra de todos: campesinos, obreros, artesanos, pequeños industriales, rancheros, pequeños propietarios rurales, comercian- tes en pequeño, grandes comerciantes no agiotistas, no especuladores, gran- des industriales y banqueros; todos, todos sin excepción, los hombres que concurren directa o indirectamente a la producción, al desarrollo económico del país, con tal, vuelvo a afirmarlo, de que tanto los industriales grandes como los pequeños industriales, como los grandes banqueros y los comer- ciantes honestos, como los campesinos, y los obreros, y los artesanos y los profesionistas, y las gentes de la clase media y el ejército nacional piensen

que la solución de México está en su emancipación y en la abolición de las condiciones miserables en las que vive el pueblo mexicano.

El sector revolucionario de México piensa en consecuencia, que el nuevo programa del sector revolucionario, será un programa en el que estén considerados los intereses legítimos de todos los sectores sociales del país. Mayor prosperidad para el porvenir. Sin ella, nada es posible pensar del progreso colectivo de la nación. No hay industria que pueda no sólo prosperar, sino mantenerse, en un país en donde la gran mayoría de los consumidores en perspectiva no puede comprar. Pero para esto, es preciso una reforma radical, profunda, a la agricultura mexicana. Hacerla que pase de agricultura tradicional arcaica a la categoría de industria moderna.

Beneficiará este gran plan, ante todo, pues, a la inmensa mayoría del pueblo, integrada por las masas rurales. El proletariado mexicano no podrá prosperar, por tanto, sino a condición de que progresen las masas campesinas. No puede haber crecimiento del proletariado en número, ni progreso suyo en cuanto a prestaciones y salarios, en un país en donde las fábricas están detenidas en su desarrollo natural por ausencia de un mercado interior; y no hemos de aspirar todavía, por desgracia, a ser un país que exporte, en grande, manufacturas para consumo de otras naciones.

Y lo que se afirma en relación al proletariado, es mucho más cierto respecto de la clase capitalista. No hay progreso para la burguesía nacional, para los industriales mexicanos, para los banqueros mexicanos, para los técnicos mexicanos, para los comerciantes honestos de México; no hay posibilidades de progreso, de desarrollo en su fortuna lícita, sino a condición de que el campesino mexicano eleve su nivel de vida y de que se multiplique, como factor de consumo, el proletariado incipiente de nuestro país.

No afirmamos, sin embargo; que el paso trascendental que México debe dar, iniciándolo en la posguerra, ha de ser el de mejorar nuestras agricultura para seguir siendo un país agrícola, aunque de agricultura moderna. Es evidente que el porvenir agrícola de México está en los cultivos de productos de alto precio, de gran rendimiento, tratándose de la agricultura del altiplano, y en el desarrollo de la agricultura tropical. Pero el porvenir económico de México depende, principalmente, de su desarrollo industrial.

Industrializar a México, revolucionar a nuestro país mediante las industrias, hacer de la producción una unidad indivisible, de acuerdo con un plan previsor, lleno de estímulo, es la única solución que puede ofrecerse a un país que no sólo quiere vivir mejor —vieja aspiración secular— sino que va a ser objeto o puede serlo en la posguerra, de la intromisión de poderosas fuerzas económicas del extranjero.

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO, *El Partido Popular**

En 1947 Lombardo Toledano funda el Partido Popular (después Partido Popular Socialista, PPS); no se trata, como él mismo lo explica, de un partido de oposición, sino de una fuerza de cooperación con el gobierno.

Los párrafos siguientes son de un discurso que pronunció en ocasión de la constitución del PP; plantea de manera precisa el programa del nuevo partido y su "división del trabajo" con el partido oficial (Partido Revolucionario Institucional, PRI).

En la misma medida en que nosotros dependamos menos del exterior, la Revolución habrá cumplido su objetivo histórico más importante. Por eso afirmamos que los objetivos de la Revolución, competen por igual y por igual interesan a los sectores democráticos y progresistas de México. Elevar el nivel de vida del pueblo, interesa lo mismo al proletariado que a los campesinos, que a las gentes de la clase media, que a las gentes de las organizaciones burguesas progresistas. Defender su soberanía y la independencia de la Nación por igual interesa al proletariado, a los campesinos, a la pequeña burguesía de la ciudad, a la gran burguesía progresista del país. Interesa a la Nación misma. Por eso hemos preconizado esta unión de las fuerzas nacionales. Quiere decir, en suma, que si los objetivos de la revolución, los actuales, son de tal magnitud, de tal significación, de tal importancia, hemos de concluir de un modo lógico que todos estos sectores deben participar de todas las maneras posibles en el advenimiento del nuevo régimen que ha de remplazar al régimen de la dictadura porfiriana.

Una de las actividades fundamentales en la vida de un país moderno, es la actividad política.

Quando hablamos de crear un nuevo Partido Político, no estamos hablando sino de crear un instrumento más para contribuir a lograr los objetivos de la Revolución, y por lo tanto, malamente podríamos hablar de crear un nuevo partido, para destruir la poca fuerza revolucionaria que existe. Eso sería ingenuo, eso sería contraproducente y sería suicida para nosotros mismos. Quienes creen que nosotros tratamos de construir el Partido Popular, tratando de destruir al Partido Revolucionario Institucional, al PRI, se equivocan de un modo rotundo. Los que transformamos al PRM, los que construimos no sólo material sino ideológicamente al PRM, y los que contribuimos al nacimiento del PRI, declaramos, yo por lo menos, y creo que muchos participan de mi pensamiento, que el Partido Revolucionario Institucional, debe ser mantenido por diversas razones. [...]

Por eso cuando hablamos de un nuevo partido, hablamos, de un modo

* Vicente Lombardo Toledano, *Un nuevo partido para la defensa de México y de su pueblo*, versión taquigráfica de un discurso, mayo de 1947, mimeógrafo, vol. v de la colección de textos de VLT publicados por el PPS., pp. 25-26, 27-28.

lógico, en primer lugar de un partido independiente del Poder Público. El Partido Popular, ante todo, ha de ser un partido del sector revolucionario que tenga la libertad necesaria para actuar, realizando en nuestro medio la función que ningún partido oficial podrá cumplir jamás.

Por eso debe trabajar con esta base, sobre este principio de independencia del Estado, de independencia del Gobierno, de independencia del Poder Público. Independencia no quiere decir oposición. Quiere decir respeto mutuo, coordinación, alianza, asociación, de trabajo común. Pero respecto del PRI, particularmente, es indispensable diferenciar las labores del Partido Popular y las del Partido Revolucionario Institucional.

Algunos ejemplos aclararán de un modo inequívoco la diferencia en la función, en la tarea de las dos organizaciones. ¿Podrá el PRI, pregunto yo, sin comprometer al Presidente de la República y al Gobierno todo, hacer la labor de autocrítica constructiva que se necesita, denunciando, por ejemplo, la mala labor de un miembro del Gabinete, o los errores del Gobierno en su conjunto, sin provocar con su opinión una crisis grave en el propio Gobierno? ¿No se tomaría la censura del Partido oficial contra un ministro, contra un Secretario de Estado, como la opinión del Presidente de la República, que por razones especiales no ha querido herir a su colaborador, pero que desea desprenderse de él? Si el partido oficial ataca a un miembro del Gabinete; no se diría: ¿por qué mejor el Presidente no le pide su renuncia o le dice en privado que abandone su Gobierno? ¿Cuál sería el efecto de un ataque del Partido oficial a un miembro del Gabinete? Una crisis política. ¿Puede el Partido oficial atacar a un gobernador de un estado sin que se tome ese ataque como la opinión del Presidente de la República?

Y en materia internacional, pregunto yo: ¿puede el Partido del Gobierno, sin comprometer al Gobierno y a su jefe, el Presidente de la República, opinar en materia internacional como no sea repitiendo lo que el Secretario de Relaciones diga, en cuyo caso es inútil...?

Desde este punto de vista, el partido oficial ha de ser eco del Gobierno, su función crítica no puede existir, y es lógico que no exista. Por eso la función de un partido oficial como el PRI, tiene que ser la función que de hecho realiza, y que es necesaria: la función de coordinación de la acción política de los funcionarios que piensan de manera semejante, mientras la propia evolución histórica de México no permita otra clase de actividades y otra clase de elementos en la acción cívica.

VITTORIO CODOVILLA, *Los comunistas argentinos y el peronismo**

En 1945, el PC argentino participa en la formación de una coalición

* Vittorio Codovilla, *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*, ed. Anteo, Buenos Aires, 1946, pp. 14-15, 18-19, 20.

llamada Unión Democrática, que incluye fuerzas políticas pronorteamericanas, para oponerse al peronismo, calificado entonces de movimiento fascista.

En un informe de la Conferencia Nacional del partido (diciembre de 1945), presentado por su secretario general, Vittorio Codovilla (informe del cual publicamos aquí algunos extractos), se desarrolla insistentemente este análisis del "nazi-peronismo", aun a propósito de la gigantesca huelga general del 17-18 de octubre de 1945 (en apoyo a Perón, alejado del Ministerio del Trabajo por militares de derecha). En las elecciones de febrero de 1946, Perón gana con 1 480 000 votos contra 1 210 000 para la Unión Democrática.

El PC argentino rectificará más tarde su análisis del peronismo, pero el "error" de 1945-46 —la confusión entre el populismo nacionalista de una nación dependiente y el fascismo de una metrópolis imperialista— será de gran gravedad para el porvenir político del partido.

Hay que recalcar que no se trata de una equivocación específica del partido comunista argentino, ya que otros partidos prosoviéticos (en Bolivia por ejemplo, el PIR frente al MNR) tuvieron la misma actitud. Una vez más el marco internacional (la política de la URSS) es esencial para la comprensión del problema.

¿Cuáles son las debilidades esenciales de la Unión Democrática?

La primera consiste en que se trata de una unidad INCOMPLETA, por cuanto no participan todavía en ella los sectores PROGRESISTAS del conservadurismo y algunos partidos provinciales, dispuestos a luchar en común por los mismos objetivos. Estas lagunas en el frente de la unidad democrática dejan un margen libre para las maniobras de los elementos más reaccionarios de la oligarquía y del nazi-peronismo, interesados en impedir que el grueso del caudal electoral del conservadurismo se sume a la Unión Democrática, para asegurar el triunfo de la fórmula radical.

Ahora bien, con la autoridad que nos da el hecho de ser partidarios de la unidad sin exclusiones, y de que no escatimaremos esfuerzos para lograr la unión de todas las fuerzas opuestas al peronismo, los comunistas declaramos que, cualquiera sea el curso que siga el movimiento de unidad, todo aquel que diciéndose enemigo del nazi-peronismo negara su voto a la fórmula de la Unión Democrática, cometería, quiéralo o no, una TRAICIÓN A LA DEMOCRACIA, puesto que favorecería al candidato continuista.

Además de ser una unidad incompleta, su debilidad esencial consiste en que se realiza sobre la base de un objetivo restringido, cual es el de hacer triunfar la fórmula presidencial radical, y en que las fuerzas coaligadas de la Unión Democrática no se presentan unidas en todos los terrenos de la lucha. En efecto, hay resistencia a la confección de listas comunes para la elección de gobernadores, senadores y diputados nacionales y provinciales. Esto hace que ese frente unido no sea lo suficientemente sólido y eficaz. No

se comprende que la presentación de listas mixtas es ventajosa para asegurar que en el próximo Parlamento ingresen representantes de todos los sectores políticos y sociales democráticos, evitando que, debido a la dispersión de votos, los candidatos nazi-peronistas consigan una representación que no corresponda a la influencia real que tienen en el pueblo. La consigna debe ser: NINGUNA BANCA PARA LOS PERONISTAS. De ese modo se evitaría la introducción del caballo de Troya fascista en el Parlamento. Por eso creo que los comunistas debemos insistir ante nuestros aliados en el sentido de que MARCHEMOS UNIDOS no sólo en la elección PRESIDENCIAL, sino también en la de DIPUTADOS, SENADORES y GOBERNADORES [...]

El ejemplo típico es el de nuestro país. ¡Fijaos en la demagogia "antimperialista" del peronismo, y veréis que en el fondo de ella no hay más que un chantaje para venderse al mejor postor. Los peronistas hablan contra el imperialismo en general, pero se especializan en los ataques contra el imperialismo yanqui.

¿Por qué? Porque en nuestro país dominan los trusts y monopolios ingleses, que en gran parte apoyan al peronismo. Cada vez que se plantea, o se ha planteado, la necesidad de medidas o sanciones económicas internacionales para obligar a la dictadura militar-fascista a abandonar el poder y a permitir que el pueblo argentino pueda expresar libremente su voluntad a través de las urnas y darse el gobierno que quiere, surgen en seguida los sectores reaccionarios de la política inglesa alegando que no pueden apoyar tales medidas o sanciones, porque eso perjudicaría los intereses de Gran Bretaña y de su comercio importador y exportador con la Argentina. Por otra parte, cada vez que los sectores democráticos del gobierno de los Estados Unidos manifiestan su repudio a la dictadura nazi-peronista, posición que se refleja a través de los discursos de algunos diplomáticos norteamericanos, surgen inmediatamente las voces de "sosegate" de los círculos de la gran industria y de las finanzas americanas, que temen que una actitud enérgica de parte de los Estados Unidos pueda favorecer a los grandes trusts y monopolios ingleses que operan en nuestro país.

Y así continúan, desde hace meses y años, estas escaramuzas verbales entre los nazi-peronistas y los gobiernos americano e inglés, sin ningún resultado práctico que beneficie al pueblo argentino [...]

Los que hemos vivido como exilados en países hermanos, hemos podido comprobar, EN EL CALOR, CARÍÑO Y ESPÍRITU SOLIDARIO con que fuimos acogidos, la intensa coparticipación de esos pueblos en el drama y en la lucha del pueblo argentino. Me refiero particularmente al pueblo chileno, al mexicano y al uruguayo, y, en muchos casos, también a los gobiernos y autoridades de esos países.

Y es que en todos ellos ha ido penetrando hondamente el concepto de que el pueblo argentino, está luchando para apagar un peligroso foco nazi-fascista en América, y de que, por lo mismo, la lucha de nuestro pueblo no es solamente una lucha democrática de carácter nacional, sino también

una lucha por la libertad de todos los pueblos de la América Latina. Se puede afirmar hoy que la causa del pueblo argentino, en su lucha por el aplastamiento del nazi-peronismo, SE HA TRANSFORMADO EN LA CAUSA DE TODOS LOS HOMBRES DE AMÉRICA QUE AMAN LA DEMOCRACIA Y LA LIBERTAD. En toda la extensión de América se ha formado un poderoso movimiento de solidaridad con el pueblo argentino y con los pueblos hermanos y vecinos del nuestro, el paraguayo y el boliviano, que también están sometidos a regímenes de fuerza en gran parte apuntalados por la influencia del nazi-peronismo y también por la política munichista de ciertos monopolios extranjeros, petroleros y mineros.

Deseamos expresar, en nombre del Partido Comunista, nuestro profundo agradecimiento para con los pueblos americanos, en especial para los pueblos y gobiernos de Chile, del Uruguay y México, por sus múltiples y eficaces demostraciones de solidaridad. Entre las acciones solidarias de mayor empuje y efectividad cabe mencionar las de los valientes mineros chilenos, particularmente de los aguerridos trabajadores de las minas carboníferas de Lota, que han demostrado PRÁCTICAMENTE, con su reiterada negativa a mandar combustibles a la dictadura nazi-peronista, cómo SE PUEDE Y SE DEBE combatir a los regímenes dictatoriales fascistas, aislándolos y estrangulándolos económicamente. [...]

La huelga del 18 de octubre, lograda, en parte por la demagogia social e impuesta por la violencia, así lo demuestra. Es un hecho que esa huelga fue ejecutada de acuerdo a un plan preestablecido, y dirigida por un mando único, con el apoyo decidido de la policía. Así es como los peronistas pudieron cortar la energía eléctrica, levantar vías de ferrocarriles, paralizar los transportes, impidiendo la concurrencia al trabajo. No hay que llamarse a engaño: el nazi-peronismo sabe accionar AUDAZ Y ENÉRGICAMENTE. Esa "huelga" y los desmanes perpetrados con ese motivo por las bandas armadas peronistas deben ser considerados como el PRIMER ENSAYO serio de los nazi-peronistas para desencadenar la GUERRA CIVIL.

PARTIDO COMUNISTA MEXICANO; *El pacto obrero-patronal**

En abril de 1945, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), bajo el liderazgo de Lombardo Toledano, y la Confederación de Cámaras Industriales firman un acuerdo de unidad nacional. La Voz de México, órgano del partido comunista, saluda el histórico acontecimiento y presenta su justificación política, social y económica. Se trata de un documento característico del llamado periodo browderista, por su insisten-

* "Histórico pacto obrero-patronal", *La Voz de México*, 12 de abril de 1945, pp. 1, 7.

cia en la colaboración no sólo con la burguesía nacional sino con el mismo imperialismo norteamericano (en esa época —últimas semanas de la segunda guerra mundial— aún aliado de la URSS).

El sábado 7 de abril de 1945 es una fecha histórica para México, con proyecciones hacia el exterior. En este día ha sido firmado el Pacto de alianza en el que los más altos representativos de los obreros y de los capitalistas mexicanos han expresado su decisión de actuar en conjunto en favor de un programa de aspiraciones comunes: un programa de aspiraciones que abraza toda la Nación.

I. Pugnar por la plena autonomía económica, por el desarrollo económico del país y por la elevación de las condiciones materiales y culturales del pueblo.

II. Renovar, reafirmar y consolidar, para la paz, la alianza que se ha venido formando en el curso de la guerra, bajo la política de unidad nacional preconizada por el Presidente Avila Camacho.

III. Trabajar por un México moderno, próspero y culto, libre de miseria, insalubridad e ignorancia, mediante la utilización máxima de sus recursos naturales, el aumento de la capacidad productiva, el incremento de la renta nacional, la multiplicación de mercancías y servicios, la ampliación de los transportes y las comunicaciones y las obras públicas, el mejoramiento de las instituciones sanitarias y educativas.

IV. Desechar la tesis de la autosuficiencia económica y actuar sobre la tesis de la interdependencia económica, la cooperación financiera y técnica con los países del continente para beneficio común y como parte de un programa internacional que considere las necesidades de los demás pueblos de la tierra.

V. Se realiza la reunión sin menoscabo de los puntos de vista particulares de las clases pactantes y sin mengua de los derechos que concedan las leyes.

VI. Los pactantes elaborarán un programa económico conjunto para ofrecer al gobierno en favor de la solución de los problemas que implica la guerra y que se presentarán en la paz.

El Pacto es tan correcto, tan impecablemente formulado, tan patriótico que nadie ha sido capaz de presentar un argumento serio —¡uno siquiera!— objetándolo.

CONSTRUYENDO LA UNIDAD NACIONAL DE LARGO ALCANCE

El pacto constituye una gran realización unitaria: tan grande, como fuerte y seco ha sido el golpe que con él han recibido los enemigos de la unidad y de la patria.

El movimiento de la unidad nacional se ha venido desarrollando. De un

postulado político, la unidad nacional ha venido más y más cuajando en hechos. Pero pocas expresiones —no es exagerado decir que ninguna— hay tan claras del desarrollo del movimiento de unidad nacional, como el Pacto obrero-industrial suscrito el 7 de abril.

Este Pacto merece el apoyo entusiasta, vibrante, de todos los mexicanos. Ha costado muchos esfuerzos. Representa un anhelo empezado a alcanzar tras de vencer innumerables obstáculos. Destaca en este trabajo arduo y perseverante la figura de Vicente Lombardo Toledano, abanderado incansable de este anhelo.

Desde que el mundo fue lanzado a la brutal guerra de agresión y conquista desencadenada por el hitlerismo: desde que el mundo se levantó en una guerra justa contra los bandidos nazis y sus asociados y lacayos, los patriotas de México levantaron la bandera de la unidad nacional, definida como la unión de todos los mexicanos para la defensa de la patria y por su libertad y su bienestar y progreso; de todos los mexicanos independientemente de su ideología, creencia religiosa o clase social.

En el IX Congreso Nacional del Partido Comunista —mayo de 1944—, Dionisio Encina, secretario general del PCM, presentó en nombre de los comunistas mexicanos el siguiente llamado claro y preciso: "Afirmamos que lo que se halla en la orden del día, es la independencia y el progreso de México. Declaramos que, enmarcados en este cauce, es posible e indispensable que todos los sectores, clases, grupos y fuerzas de la nación, todos los hombres y mujeres de las diversas ideologías o creencias, se unan alrededor de sus objetivos comunes y firmes defensores de esta Unidad Nacional, lucharemos incansablemente hasta asegurarla".

Y añadió: "Unidad de la nación mexicana para contribuir más eficazmente a ganar la guerra. Unidad de la nación mexicana en el futuro previsible después de la victoria, para el desarrollo independiente de nuestra patria y su participación en una convivencia universal pacífica, justa, popular, sólida y que abarque un periodo de varias generaciones".

Abanderados con una justa política los sectores revolucionarios; con la infatigable e indomable actividad sostenida del líder de la unidad —Lombardo Toledano—; el movimiento unitario siguió su curso. Nuevas dificultades surgieron. Pero la dinámica nacional y la acción de los sectores más conscientes y responsables de la vida de México, ha conducido al progreso del movimiento de unidad nacional.

LA UNIDAD AVANZA. EL ENEMIGO MANIOBRA

Esta situación fue caracterizada por el reciente Consejo Nacional del Partido Comunista que, refiriéndose a la industrialización y, en relación con ella, a la demanda de que México pueda adquirir maquinaria de los Estados Unidos, afirmó: "Refleja de tal modo esta demanda un sentimiento

y un postulado de unidad nacional, que recientemente la Cámara Nacional de la Industria de Transformación la defendió como propia del siguiente modo: igualdad de acceso a los equipos que el país más adelantado del mundo creemos que debe proporcionar a los países retrasados, para hacer posible su desarrollo rápido que a todos interesa”.

Firmado el histórico Pacto, la alarma y la desesperación, realizan contorsiones viles para combatirlo, expuestos a ponerse en evidencia si se deciden por el ataque abierto, han preferido en su mayor parte lanzarse por el camino de la intriga y del insulto y de la maniobra repugnante.

Insisten en levantar el “fantasma” del comunismo; pero este fantasma a cada día que pasa va quedando más y más reducido a un simple espantapájaros. La política del PCM —expuesta en los párrafos transcritos antes—, está acabando por abrirse paso.

Pretenden levantar suspicacias en torno a los “verdaderos fines” de Lombardo Toledano; pero no pueden destruir el hecho indiscutible para quien sabe cómo han ocurrido las cosas, de que Lombardo Toledano ha actuado como factor decisivo y como el elemento de mayor actividad para hacer posible el Pacto.

Entre toda la campaña hostil a México y al formidable progreso de la Unidad Nacional que significa la firma del Pacto, no podía faltar la perversa labor de los periódicos *Excélsior*, que hablan, llenos de despecho, con una voz de derrota.

EL ALACRÁN “EXCÉLSIOR”

Los periódicos *Excélsior* se pican con su propia cola y, desconcertados, derraman sobre sí mismos su propio veneno.

Simulando una actitud benévola que a nadie debe engañar, *Excélsior* de la mañana hace la siguiente declaración en relación con el Pacto: “ningún ciudadano amante de su país podría dejarlo de suscribir”.

¿A quién resulta que afecta esa declaración? ¿Quién no es un ciudadano amante de su país? En otras palabras: ¿quién es, según *Excélsior*, traidor a la patria? ¿Con quién tropieza el venenoso aguijón de *Excélsior*?

Ese traidor a su patria según *Excélsior*, es el propio hijastro de éste: las *Últimas Noticias* vespertinas. “Ningún ciudadano AMANTE DE SU PAÍS podría dejar de suscribir el Pacto”. Y he aquí lo que dice el “ciudadano” *Últimas Noticias*: “famoso pacto que propusieron los líderes que fueron a Londres y que aceptaron, movidos por su patriotismo aunque con error, a nuestro juicio, los capitanes de la industria mexicana”.

¿Puede darse una prueba más evidente del juego y del papel que realizan los periódicos *Excélsior*, como órganos de la reacción fascista y de la traición a México?

Esta perniciosa misión no puede ser ocultada ni siquiera mediante un

autobombo chistoso, perverso y tonto —las tres cosas al mismo tiempo— que *Excélsior* ha pretendido darse para disimular su rabia. Porque esta casa de la traición —la Casa *Excélsior*— hace cuanto puede para convencer a quienes leen periódicos de que el mayor de los que ella edita fue el primero en anunciar las pláticas que han culminado con la firma del Pacto. Lo que en realidad hizo *Excélsior* fue tergiversar las cosas, tratar de sembrar la alarma afirmando que Lombardo Toledano negociaba la supresión del Derecho de Huelga. Y el Pacto dice lo contrario: “sin mengua de los derechos que las leyes vigentes consagran a nuestro favor”. Los periódicos de la casa de la traición pretendían, como se ve, impedir que hubiera Pacto, cumpliendo su misión de enemigos de México, de su unidad, y su progreso.

UNA ALIANZA LLAMADA A SER PERDURABLE

Los puntos del Pacto presentados al principio, son bien claros y no hay en ellos lugar a dudas. Nadie engaña a nadie. Nadie defecciona de su clase. Por el contrario, son específicos intereses de clase y, junto con ellos, los intereses de la nación entera, los que han hecho posible este Pacto. Por su propio interés, la clase obrera y la clase capitalista luchaban por el desarrollo industrial del país y por la elevación del nivel de vida de las masas; por este interés, las condiciones que actualmente viven México y el mundo obligan la alianza de los obreros con los capitalistas a quienes inspiran los mismos fines, sin renunciar cada cual ni a sus intereses ni a sus fines específicos de clase.

Ahora ha quedado constituida una Comisión mixta de Mesa Redonda, que discutirá los problemas y elaborará, en lo posible, opiniones comunes. A esta Comisión corresponde cumplir una gran tarea, y el pueblo mexicano espera que logre elaborar opiniones sobre el mayor número de los problemas que afectan a México.

Ahora es posible y necesario integrar los comités tripartitas propuestos por el PCM desde el 1.º de mayo de 1944, en los siguientes términos: “Hay un medio concreto para contribuir tanto a la solución de los conflictos como al aligeramiento del trabajo en las factorías: el de la constitución de comités tripartitas en cada centro de trabajo, en los que representantes de los trabajadores, la empresa y el gobierno, discutan las diferencias y las resuelvan, y logre el incremento de la producción, aligerando y perfeccionando los sistemas de trabajo”. Ahora, estos comités con funciones técnicas pueden ser creados en gran número a lo largo de todo el país.

Todas las condiciones permiten que esta alianza se consolide con la incorporación de los organismos obreros y núcleos capitalistas no incluidos. Ojalá que sea bastante la campaña hostil de *Últimas Noticias* —que ha pretendido sacar provecho de declaraciones de algunos grupos obreros—,

para convencer a las centrales no incluidas de que su incorporación es el único camino patriótico que les corresponde seguir.

El Pacto del 7 de abril expresa la comprensión de los elementos firmantes —de gran fuerza representativa—, acerca de que sólo la ruta elegida conduce a la libertad y al progreso nacionales.

Este hecho es presagio de que se verá satisfecho un deseo anhelado por todos los mexicanos amantes de su patria: que la alianza sellada se consolide y amplíe hoy, en la guerra, y se amplíe más y se desarrolle con gran potencia en la próxima paz victoriosa y justa.

*Bolivia: las tesis de Pulacayo**

En noviembre de 1946, se reúne en la ciudad de Pulacayo un congreso extraordinario de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y aprueba un documento, conocido desde entonces como "Tesis de Pulacayo". Los militantes del POR (Partido Obrero Revolucionario, fundado en 1934), en particular Guillermo Lora, fueron los principales redactores de este texto, claramente inspirado en la concepción trotskista de la revolución permanente. Es, por lo tanto, una excepción notable en el movimiento obrero latinoamericano de este periodo, dominado por la estrategia muy moderada de "unión nacional" preconizada por los partidos comunistas.

Las Tesis de Pulacayo se convertirán en un documento de referencia central en el movimiento obrero boliviano que sigue siendo vigente en nuestros días.

I. FUNDAMENTOS

1. El proletariado, aun en Bolivia, constituye la clase social revolucionaria por excelencia. Los trabajadores de las minas, el sector más avanzado y combativo del proletariado nacional, definen el sentido de la lucha de la FSTMB.

2. Bolivia es un país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista, y las otras formaciones económico-sociales constituyen herencia de nuestro pasado histórico. De esta evidencia arranca el predominio del proletariado en la política nacional.

3. Bolivia, pese a ser país atrasado, sólo es un eslabón de la cadena ca-

* "Tesis central de la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia: Tesis de Pulacayo", 1946, en Guillermo Lora (selección y notas), *Documentos políticos de Bolivia*, ed. Los Amigos del Libro, Cochabamba, 1970.

pitalista mundial. Las particularidades nacionales representan en sí una combinación de los rasgos fundamentales de la economía mundial.

4. La particularidad boliviana consiste en que no se ha presentado en el escenario político una burguesía capaz de liquidar el latifundio y las otras formas económicas precapitalistas; de realizar la unificación nacional y la liberación del yugo imperialista. Tales tareas burguesas no cumplidas son los objetivos democrático-burgueses que inaplazablemente deben realizarse. Los problemas centrales de los países semicoloniales son: la revolución agraria, es decir, la liquidación de la herencia feudal y la independencia nacional, es decir, el sacudimiento del yugo imperialista; tareas que están estrechamente ligadas la una a la otra.

5. "Las características distintivas de la economía nacional, por grandes que sean, forman parte integrante, y en proporción cada día mayor, de una realidad superior que se llama economía mundial; en este hecho tiene su fundamento el internacionalismo obrero." El desarrollo capitalista se fisonomiza por una creciente tonificación de las relaciones internacionales, que encuentran su índice de expresión en el volumen del comercio exterior.

6. Los países atrasados se mueven bajo el signo de la presión imperialista, su desarrollo tiene un carácter combinado: reúnen al mismo tiempo las formas económicas más primitivas y la última palabra de la técnica y de la civilización capitalista. El proletariado de los países atrasados está obligado a combinar la lucha por las tareas demoburguesas con la lucha por reivindicaciones socialistas. Ambas etapas —la democrática y la socialista— "no están separadas en la lucha por etapas históricas, sino que surgen inmediatamente la una de la otra".

7. Los señores feudales han amalgamado sus intereses con los del imperialismo internacional, del que se han convertido en sus sirvientes incondicionales.

De ahí que la clase dominante sea una verdadera feudal-burguesía. Dado el primitivismo técnico sería inconcebible la explotación del latifundio si el imperialismo no fomentara artificialmente su existencia arrojándole migajas. La dominación imperialista no se la puede imaginar aislada de los gobernantes criollos. La concentración del capitalismo se presenta en Bolivia en un alto grado: tres empresas controlan la producción minera, es decir, el eje económico de la vida nacional. La clase gobernante es mezquina en la misma medida en que es incapaz de realizar sus propios objetivos históricos y se encuentra ligada tanto a los intereses feudales como a los imperialistas. El Estado feudal-burgués se justifica como un organismo de violencia para mantener los privilegios del gamonal y del capitalista. El Estado es un poderoso instrumento que posee la clase dominante para aplastar a su adversaria. Sólo los traidores y los imbéciles pueden seguir sosteniendo que el Estado tiene la posibilidad de elevarse por encima de las clases y de decidir paternalmente la parte que corresponde a cada una de ellas.

La clase media o la pequeña burguesía es la más numerosa y, sin embar-

go, su peso en la economía nacional es insignificante. Los pequeños comerciantes y propietarios, los técnicos, los burócratas, los artesanos y los campesinos no han podido hasta ahora desarrollar una política de clase independiente y menos lo podrán en el futuro. El campo sigue a la ciudad y en ésta el caudillo es el proletariado. La pequeña burguesía sigue a los capitalistas en las etapas de "tranquilidad" social y cuando prospera la actividad parlamentaria. Va detrás del proletariado en los momentos de extrema agudización de la lucha de clases (ejemplo: la revolución), y cuando tiene la certeza de que será el único que señale el camino de su emancipación. En los dos extremos la independencia de clase de la pequeña burguesía es un mito. Evidentemente, son enormes las posibilidades revolucionarias de amplias capas de la clase media, basta recordar los objetivos de la revolución demoburguesa, pero también es cierto que no pueden realizar por sí solas tales objetivos.

El proletariado se caracteriza por tener la fuerza suficiente para realizar sus propios objetivos e incluso los ajenos. Su enorme peso específico en la política está determinado por el lugar que ocupa en el proceso de la producción y no por su escaso número. El eje económico de la vida nacional será también el eje político de la futura revolución. El movimiento minero boliviano es uno de los más avanzados de América Latina. El reformismo argumenta que no puede darse en el país un movimiento social más adelantado que el de los países técnicamente más evolucionados. Tal concepción mecanicista de la relación entre la perfección de las máquinas y la conciencia política de las masas ha sido desmentida innumerables veces por la historia. El proletariado boliviano por su extrema juventud e incomparable vigor, por haber permanecido casi virgen en el aspecto político, por no tener tradiciones de parlamentarismo y colaboracionismo clasista y, en fin, por actuar en un país en el que la lucha de clases adquiere extrema beligerancia, decimos que por todo eso el proletariado boliviano ha podido convertirse en uno de los más radicales. Respondemos a los reformistas y a los vendidos a la "rosca" que un proletariado de tal calidad exige reivindicaciones revolucionarias y una temeraria audacia en la lucha.

II. TIPO DE REVOLUCIÓN QUE DEBE REALIZARSE

1. Los trabajadores del subsuelo no insinuamos que debe pasarse por alto la etapa demoburguesa: lucha por elementales garantías democráticas y por la revolución agraria-antimperialista. Tampoco negamos la existencia de la pequeña burguesía, sobre todo de los campesinos y de los artesanos. Señalamos que la revolución demoburguesa, si no se la quiere estrangular, debe convertirse sólo en una fase de la revolución proletaria.

2. Mienten aquellos que nos señalan como propugnadores de una inmediata revolución socialista en Bolivia, bien sabemos que para ello no existen

condiciones objetivas. Dejamos claramente sentado que la revolución será democrático-burguesa por sus objetivos y sólo un episodio de la revolución proletaria por la clase social que la acaudillará. La revolución proletaria en Bolivia no quiere decir excluir a las otras capas explotadas de la nación, sino alianza revolucionaria del proletariado con los campesinos, artesanos y otros sectores de la pequeña burguesía ciudadana.

3. La dictadura del proletariado es la proyección estatal de dicha alianza. La consigna de revolución y dictadura proletarias pone en claro el hecho de que será la clase trabajadora el núcleo director de dicha transformación y de dicho Estado. Lo contrario, sostener que la revolución democrático-burguesa, por ser tal, será realizada por sectores "progresistas" de la burguesía y que el futuro Estado encarnará en un gobierno de unidad y concordia nacionales, pone de manifiesto la intención firme de estrangular el movimiento revolucionario en el marco de la democracia burguesa. Los trabajadores una vez en el poder no podrán detenerse indefinidamente en los límites demoburgueses y se verá obligado, cada día en mayor medida, a dar cortes siempre más profundos en el régimen de la propiedad privada; de este modo la revolución adquirirá carácter permanente.

Los trabajadores mineros denunciaremos ante los explotados a quienes pretenden sustituir la revolución proletaria con asonadas palaciegas fomentadas por los diversos sectores de la feudal-burguesía.

III. LUCHA CONTRA EL COLABORACIONISMO CLASISTA

1. La lucha de clases es, en último término, la lucha por la apropiación de la plusvalía. Los proletarios que venden su fuerza de trabajo luchan por hacerlo en mejores condiciones y los dueños de los medios de producción (capitalistas) luchan por seguir usurpando el producto del trabajo no pagado, persiguen objetivos contrarios, resultando estos intereses irreconciliables. No podemos cerrar los ojos ante la evidencia de que la lucha contra los patronos es una lucha a muerte, porque en esa lucha se juega el destino de la propiedad privada. No reconocemos, contrariamente a nuestros enemigos, tregua en la lucha de clases. La presente etapa histórica, que es una etapa de vergüenza para la humanidad, sólo podrá ser superada cuando desaparezcan las clases sociales, cuando ya no existan explotados ni explotadores. Sofisma estúpido de los colaboracionistas que sostienen que no debe irse a destruir a los ricos, sino convertir a los pobres en ricos. Nuestro objetivo es la expropiación de los expropiadores.

2. Todo intento de colaboración con nuestros verdugos, todo intento de concesión al enemigo en nuestra lucha, no es nada menos que una entrega de los trabajadores a la burguesía. La colaboración de clases quiere decir renunciamento a nuestros objetivos. Toda conquista obrera, aun la más pequeña, ha sido conseguida después de cruenta lucha contra el sistema

capitalista. No podemos pensar en un entendimiento con los sojuzgadores porque el programa de reivindicaciones transitorias lo subordinamos a la revolución proletaria. No somos reformistas, aunque entregamos a los trabajadores la plataforma más avanzada de reivindicaciones; somos, sobre todo, revolucionarios porque nos dirigimos a transformar la estructura misma de la sociedad.

3. Rechazamos la ilusión pequeñoburguesa de solucionar el problema obrero dejándolo en manos del Estado o de otras instituciones que tienen la esperanza de pasar por organismos equidistantes de las clases sociales en lucha. Tal solución, enseña la historia del movimiento nacional e internacional, ha significado siempre una solución de acuerdo con los intereses del capitalismo y a costa del hambre y de la opresión del proletariado. El arbitraje y la reglamentación legal de los medios de lucha de los trabajadores es, en la generalidad de los casos, el comienzo de la derrota. En lo posible, trabajamos por destrozarnos el arbitraje obligatorio. ¡Que los conflictos sean resueltos bajo la dirección de los trabajadores y por ellos mismos!

4. La realización de nuestro programa de reivindicaciones transitorias, que debe llevarnos a la revolución proletaria, está subordinada siempre a la lucha de clases. Estamos orgullosos de ser los más intransigentes cuando se habla de compromisos con los patronos. Por esto es una tarea central luchar y destrozarnos a los reformistas que pregonan la colaboración clasista, a los que aconsejan apretarse los cinturones en aras de la llamada salvación nacional. Cuando existe hambre y opresión de los obreros no puede haber grandeza nacional: eso se llama miseria y decrepitud nacionales. Nosotros aboliremos la explotación capitalista.

¡Guerra a muerte contra el capitalismo! ¡Guerra a muerte contra el colaboracionismo reformista! ¡Por el sendero de la lucha de clases hacia la destrucción de la sociedad capitalista!

IV. LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO

1. Para los trabajadores mineros lucha de clases quiere decir, sobre todo, lucha contra los grandes mineros, es decir, contra un sector del imperialismo yanqui que nos oprime. La liberación de los explotados está subordinada a la lucha contra el imperialismo. Porque luchamos contra el capitalismo internacional representamos los intereses de toda la sociedad y tenemos objetivos comunes con los explotados de todo el mundo. La destrucción del imperialismo es cuestión previa a la tecnificación de la agricultura y a la creación de la pequeña y pesada industrias. Ocupamos la misma posición que el proletariado internacional porque estamos empeñados en destruir una fuerza internacional: el imperialismo.

2. Denunciamos como a enemigos declarados del proletariado a los "iz-

quierdistas" alquilados al imperialismo yanqui, que nos hablan de la grandeza de la "democracia" del Norte y de su prepotencia mundial. No se puede hablar de democracia cuando son sesenta familias las que dominan los Estados Unidos y cuando esas sesenta familias chupan la sangre de los países semicoloniales como el nuestro. A la prepotencia yanqui corresponde una descomunal acumulación y agudización de los antagonismos y contradicciones del sistema capitalista. Estados Unidos es un polvorín que espera el contacto de una sola chispa para explotar. Nos declaramos solidarios con el proletariado norteamericano y enemigos irreconciliables de su burguesía que vive de la rapiña y la opresión mundiales.

3. La política imperialista, que define la política boliviana, está determinada por la etapa monopolista del capitalismo. Por esto la política imperialista no puede menos que ser de opresión y rapiña, de incesante transformación del Estado en un débil instrumento en manos de los explotadores. Las posturas de "buena vecindad, panamericanismo", etcétera, no son sino disfraces que utilizan el imperialismo yanqui y la feudal burguesía criolla para engañar a los pueblos de Latinoamérica. El sistema de la consulta diplomática recíproca; la creación de instituciones bancarias internacionales con dinero de los países oprimidos, la concesión de bases militares estratégicas a los yanquis, los contratos leoninos sobre venta de materias primas, etcétera, son diversas formas de la descarada entrega de los países sudamericanos por sus gobernantes. Luchar contra este entreguismo y denunciar cada vez que el imperialismo muestre su garra, es un deber elemental del proletariado. Los yanquis no se conforman con señalar el destino de las composiciones ministeriales, van más lejos: han tomado para sí la tarea de orientar la actividad policial de los países semicoloniales, no otra cosa significa la anunciada lucha contra los revolucionarios ant imperialistas.

Trabajadores de Bolivia: ¡fortificad vuestros cuadros para luchar contra el rapaz imperialismo yanqui!

V. LUCHA CONTRA EL FASCISMO

1. Nuestra lucha contra el imperialismo tiene que ser paralela a nuestra lucha contra la feudal burguesía entreguista. El antifascismo se convierte, en la práctica, en un aspecto de tal lucha: la defensa y consecución de garantías democráticas y la destrucción de las bandas armadas y mantenidas por la burguesía.

2. El fascismo es producto del capitalismo internacional. El fascismo es la última etapa de la descomposición del imperialismo, pero, con todo, no deja de ser una fase imperialista. Cuando se organiza la violencia desde el Estado para defender los privilegios capitalistas y destruir el movimiento obrero, nos encontramos en un régimen de corte fascista. La democracia burguesa es un lujo demasiado caro, que sólo países que han acumulado grasa

a costa del hambre mundial pueden darse. En países pobres, como el nuestro, los obreros están condenados, en un determinado momento, a enfrentarse con la boca de los fusiles. Poco importa el partido político que tenga que recurrir a medidas fascitizantes para servir mejor los intereses imperialistas. Si se persiste en mantener la opresión capitalista, el destino de los gobernantes está ya escrito: empleo de la violencia contra los obreros.

3. La lucha contra grupúsculos fascitizantes está subordinada a la lucha contra el imperialismo y la feudal burguesía. Los que, pretextando luchar contra el fascismo, se entregan al imperialismo "democrático" y a la feudal burguesía "democrática", no hacen otra cosa que preparar el camino para el advenimiento inevitable de un régimen fascitizante.

Para destruir definitivamente el peligro fascista tenemos que destruir el capitalismo como sistema.

Para luchar contra el fascismo, lejos de atenuar artificialmente las contradicciones clasistas, tenemos que avivar la lucha de clase.

Obreros y explotados en general: ¡destruyamos al capitalismo para destruir definitivamente el peligro fascista y los grupúsculos fascitizantes! Sólo con los métodos de la revolución proletaria y en el marco de la lucha de clases podremos derrotar al fascismo.

VI. LA FSTMB Y LA SITUACIÓN ACTUAL

1. La situación revolucionaria del 21 de julio, creada por la irrupción a la calle de los explotados privados de pan y libertad y la acción defensiva y beligerante de los mineros, impuesta por la necesidad de defender las conquistas sociales logradas y conseguir otras más avanzadas, ha permitido a los representantes de la gran minería montar su máquina estatal, gracias a la traición de los reformistas que pactaron con la feudal burguesía. La sangre del pueblo sirvió para que sus verdugos consolidaran su posición en el poder. El hecho de que la Junta de Gobierno sea una institución provisional no modifica en nada la situación creada.

Los trabajadores mineros hacen bien en colocarse a la expectativa frente a los gobernantes y exigirles obliguen a las empresas a cumplir las leyes que rigen al país. No podemos ni debemos solidarizarnos con ningún gobierno que no sea el nuestro propio, es decir, obrero. No podemos dar ese paso porque sabemos que el Estado representa los intereses de la clase social dominante.

2. Los ministros "obreros" no cambian la estructura de los gobiernos burgueses. Mientras el Estado defiende a la sociedad capitalista, los ministros "obreros" se convierten en vulgares proxenetas de la burguesía. El obrero que tiene la debilidad de cambiar su puesto de lucha en las filas revolucionarias por una cartera ministerial burguesa pasa a las filas de la traición. La burguesía idea a los ministros "obreros" para poder engañar

mejor a los trabajadores, para conseguir que los explotados abandonen sus propios métodos de lucha y se entreguen en cuerpo y alma a la tutela del ministro "obrero". *La FSTMB nunca irá a formar parte de los gobiernos burgueses, pues eso significaría la más franca traición a los explotados y el olvidar que nuestra línea es la línea revolucionaria de la lucha de clases.*

3. Las próximas elecciones darán como resultado un gobierno al servicio de los grandes mineros, por algo será el producto de elecciones que nada tienen de democráticas. La mayoría de la población, los indígenas y un enorme porcentaje del proletariado, por los obstáculos que pone la Ley Electoral y por ser analfabetos, está imposibilitada de concurrir a las urnas electorales. Sectores de la pequeña burguesía, corrompidos por obra de la clase dominante, determinan el resultado de las elecciones. No nos hacemos ninguna ilusión con la lucha electoral. Los obreros no llegaremos al poder por obra de la papeleta electoral, llegaremos por obra de la revolución social. Por esto, podemos afirmar que nuestra conducta frente al futuro gobierno será la misma que frente a la actual Junta de Gobierno. Si se cumplen las leyes, en hora buena; para eso están puestos los gobernantes. Si no se llegan a cumplir enfrentarán nuestra enérgica protesta.

VII. REIVINDICACIONES TRANSITORIAS

Cada sindicato, cada región minera, tienen sus problemas peculiares y los sindicalistas deben ajustar su lucha diaria a esas peculiaridades. Pero existen problemas que, por sí solos, sacuden y unifican a los cuadros obreros de toda la nación y son la miseria creciente y el boycott patronal que se hacen cada día más amenazantes. Contra esos peligros, la FSTMB propugna medidas radicales.

1. *Salario básico vital y escala móvil de salarios.* La supresión del sistema de pulpería barata y la excesiva desproporción existente entre el estándar de vida y el salario real, exigen la fijación de un salario básico vital.

El estudio científico de las necesidades de la familia obrera debe servir de base para la fijación del salario básico vital, es decir, del salario que permita a esa familia llevar una existencia que pueda llamarse humana. Como sostuvo el III Congreso, ese salario debe ser complementado con el sistema de la escala móvil. Evitemos que la curva del alza de precios no pueda nunca ser alcanzada por los reajustes periódicos de salarios. Pon-gamos fin a la eterna maniobra de anular los reajustes de salarios mediante la depreciación del signo monetario y por la elevación casi siempre artificial de los precios de los medios de subsistencia. Los sindicatos deben encargarse de controlar el costo de vida y exigir a las empresas el aumento automático de salarios de acuerdo a dicho costo. El salario básico, lejos de ser estático, debe seguir al aumento de los precios de los artículos de primera necesidad.

2. *Semana de 40 horas de trabajo y escala móvil de trabajo.* La tecnificación de las minas acelera el ritmo de trabajo del obrero. La propia naturaleza del trabajo en el subsuelo convierte la jornada de 8 horas en excesiva y que aniquila en forma inhumana la vitalidad del trabajador. La lucha misma por un mundo mejor exige que en alguna medida se libere al hombre de la esclavización a la mina. Por esto la FSTMB luchará por la consecución de la semana de trabajo de 40 horas, jornada que debe ser complementada con la implantación de la escala móvil de horas de trabajo.

La única manera de luchar eficazmente contra el peligro permanente de boycott patronal está en conseguir la implantación de la escala móvil de horas de trabajo, la que hará disminuir la jornada de trabajo en la misma proporción en que aumenta el número de desocupados. Tal disminución no debe significar una disminución del salario, puesto que éste es considerado vital necesario.

Sólo estas medidas nos permitirán evitar que los cuadros obreros sean destrozados por la miseria y que el boycott patronal cree artificialmente un ejército de desocupados.

Nota. El I Congreso Extraordinario, complementando este punto, acordó conseguir la implantación de la semana de 36 horas para mujeres y niños.

3. *Ocupación de minas.* Los capitalistas pretenden contener el ascendente movimiento obrero con el argumento de que están obligados en caso de tener pérdidas. Se pretende poner un dogal a los sindicatos presentándoles el espectro de la cesantía. Además, la paralización temporal de las explotaciones, lo demuestra la experiencia, sólo ha servido para burlar los verdaderos alcances de las leyes sociales y para recontratar a los obreros, bajo la presión del hambre, en condiciones verdaderamente vergonzosas.

Las empresas tienen el sistema de doble contabilidad. Una para exhibirla ante los obreros y pagar impuestos al Estado y otra para establecer el monto de los dividendos. No podemos ceder en nuestras aspiraciones ante los guarismos de los libros de contabilidad.

Los obreros que han sacrificado sus vidas en aras de la propiedad de las empresas tienen derecho de exigir que no se les niegue el derecho al trabajo, aun en épocas que no sean bonancibles para los capitalistas.

El derecho al trabajo no es una reivindicación dirigida a tal o cual capitalista en particular sino al sistema en su conjunto, por esto no puede interesarnos el lamento de algunos pequeños empresarios quebrados.

Si los patronos se encuentran incapacitados de otorgar a sus esclavos un pedazo más de pan; si el capitalismo para subsistir se ve obligado a atacar el salario y las conquistas alcanzadas; si los capitalistas responden a todo intento de reivindicaciones con la amenaza del cierre de sus instalaciones, no queda a los trabajadores más recurso que ocupar las minas y tomar por su cuenta el manejo de la producción.

La ocupación de las minas por sí misma sobrepasa el marco del capitalismo, puesto que plantea la cuestión de saber quién es el verdadero dueño de las minas: los capitalistas o los trabajadores. La ocupación no se debe confundir con la socialización de las minas, se trata solamente de evitar que el boycott patronal prospere, que los trabajadores sean condenados a morir de hambre. Las huelgas con ocupación de minas se convierten en uno de los objetivos centrales de la FSTMB.

Por tales proyecciones, es evidente que la ocupación de las minas adquiere categoría de medida ilegal. No podía ser de otro modo.

Un paso que desde todo punto de vista supera los límites del capitalismo no puede encontrar una legislación preestablecida. Sabemos que al ocupar las minas rompemos el derecho burgués y nos encaminamos a crear una nueva situación, que después los legisladores al servicio de los explotadores se encargarán de introducirla en los códigos e intentarán estrangularla mediante reglamentaciones.

El Decreto Supremo de la Junta de Gobierno prohibiendo la incautación de las minas por los obreros no afecta nuestra posición. Sabíamos que no es posible contar, en tales casos, con la colaboración gubernamental y teniendo la evidencia de no obrar bajo el amparo de las leyes, no nos quedaba más recurso que ocupar las minas sin derecho a indemnización alguna en favor de los capitalistas.

La ocupación de las minas debe hacer surgir los Comités de Minas, que se formarán con la concurrencia de todos los trabajadores, incluso de los no sindicalizados. Los Comités de Minas deberán decidir los destinos de la mina y de los obreros que intervienen en la producción.

Trabajadores mineros: ¡para rechazar el boycott patronal *ocupad las minas!*

4. *Contrato colectivo.* En nuestra legislación el patrón puede escoger libremente entre los contratos individual y colectivo. Hasta la fecha y porque a las empresas así les interesa, no ha sido posible llevar a la práctica el contrato colectivo. Tenemos que luchar porque se establezca una sola forma de contrato de trabajo: el colectivo.

No se puede permitir que la prepotencia del capitalista arrolle al trabajador individual, incapaz de dar libremente su consentimiento, porque no puede haber libre consentimiento allí donde la miseria del hogar obliga a aceptar el más ignominioso contrato de trabajo.

A los capitalistas organizados que obran de común acuerdo para extorcionar al obrero mediante el contrato individual, opongamus el contrato colectivo de los trabajadores organizados en sindicatos.

a) El contrato colectivo de trabajo debe ser, sobre todo, revocable en cualquier tiempo por la sola voluntad de los sindicatos; b) de adhesión, es decir, obligatorio aun para los no sindicalizados, el obrero que vaya a contratarse encontrará ya preestablecidas las condiciones pertinentes; c) no debe excluir las condiciones más favorables que se hubiesen conseguido mediante

contratos individuales; d] su ejecución y el contrato mismo deben estar controlados por los sindicatos. El contrato colectivo debe tomar como punto de partida nuestra plataforma de reivindicaciones transitorias.

¡Contra la extorsión del capitalismo: *contrato colectivo de trabajo!*

5. *Independencia sindical.* La realización de nuestras aspiraciones será posible si somos capaces de liberarnos de la influencia de todos los sectores de la burguesía y de sus agentes de "izquierda". La sífilis del movimiento obrero constituye el sindicalismo dirigido. Los sindicatos cuando se convierten en apéndices gubernamentales pierden su libertad de acción y arrastran a las masas por el camino de la derrota.

Denunciamos a la CSTB como una agencia gubernamental en el campo obrero. No podemos confiar en organizaciones que tienen su secretaría permanente en el Ministerio de Trabajo y envían a sus miembros a realizar propaganda gubernamental.

La FSTMB tiene absoluta independencia con relación a los sectores burgueses, al reformismo de izquierda y al gobierno. Realiza una política sindical revolucionaria y denuncia como traición toda componenda con la burguesía o con el gobierno.

¡Guerra a muerte contra el sindicalismo dirigido!

6. *Control obrero en las minas.* La FSTMB apoya toda medida que tomen los sindicatos en sentido de realizar un efectivo control de los obreros en todos los aspectos del funcionamiento de las minas. Tenemos que romper los secretos patronales de explotación, de contabilidad, de técnica, de transformación de minerales, etcétera, para establecer la directa intervención de los trabajadores como tales en dichos "secretos". Ya que nuestro objetivo es la ocupación de las minas, tenemos que interesarnos en sacar a la luz del día los secretos patronales.

Los obreros deben controlar la dirección técnica de la explotación, los libros de contabilidad, intervenir en la designación de empleados de categoría y, sobre todo, deben interesarse en publicar los beneficios que reciben los grandes mineros y los fraudes que realizan cuando se trata de pagar impuestos al Estado y de contribuir a la Caja de Seguro y Ahorro Obrero.

A los reformistas que hablan de los sagrados derechos del patrón oponemos la consigna de *control obrero en las minas.*

7. *Armamento para los trabajadores.* Hemos dicho que mientras exista el capitalismo, la represión violenta del movimiento obrero es un peligro latente. Si queremos evitar que la masacre de Catavi se repita tenemos que armar a los trabajadores. Para rechazar a las bandas fascistas y a los rompeshuelgas, forjemos piquetes obreros debidamente armados. ¿De dónde sacar armas? Lo fundamental es enseñar a los trabajadores de base que deben armarse contra la burguesía armada hasta los dientes; los medios ya se encontrarán. ¿Hemos olvidado acaso que diariamente trabajamos con poderosos explosivos?

Toda huelga es el comienzo potencial de la guerra civil y a ella debemos ir debidamente armados. Nuestro objetivo es vencer y para ello no debemos olvidar que la burguesía cuenta con ejércitos, policías y bandas fascistas. Nos corresponde, pues, organizar las primeras células del ejército proletario. Todos los sindicatos están obligados a formar piquetes armados con los elementos jóvenes y más combativos.

Los piquetes sindicales deben organizarse militarmente y a la brevedad posible.

Contra futuras masacres: ¡cuadros obreros armados!

8. *Bolsa pro-huelga.* Las empresas tienen un arma de control en las pulperías y en los miserables salarios que obligan a los obreros a no tener más recursos que la remuneración diaria. La huelga tiene su peor enemigo en el hambre que sufren los huelguistas. Para que la huelga llegue a feliz término se tiene que eliminar la adversa presión de la familia. Los sindicatos están obligados a destinar una parte de sus ingresos a engrosar las bolsas pro-huelgas, para poder, llegado el caso, otorgar a los obreros el socorro necesario.

¡Destruyamos el control patronal de las huelgas mediante el hambre, organizando de inmediato bolsas pro-huelga!

9. *Reglamentación de la supresión de la pulpería barata.* Ya dijimos que el sistema de pulpería barata permitía a los patronos un enriquecimiento indebido a costa del salario del trabajador. La simple supresión de las pulperías baratas no hace más que agravar la situación de los trabajadores y se convierte en una medida contraria a sus intereses.

Para que la supresión de pulperías baratas cumpla su función debe exigirse que el reglamento respectivo complemente dicha medida con la escala móvil de salarios y el establecimiento del salario básico vital.

10. *Supresión del trabajo a "contrata".* Las empresas, para burlar la jornada máxima legal y explotar en mayor medida al trabajador, han ideado las diversas modalidades de trabajo que se llaman "contratos". Estamos obligados a romper esta nueva maniobra capitalista que se utiliza con fines de rapiña. Que se establezca como único sistema el salario por jornada diaria.

VIII. ACCIÓN DIRECTA DE MASAS Y LUCHA PARLAMENTARIA

Reivindicamos el lugar de preeminencia que corresponde entre los métodos de lucha proletaria a la acción directa de masas. Sabemos sobradamente que nuestra liberación será obra de nosotros mismos y que para conseguir dicha finalidad no podemos esperar colaboración de fuerzas ajenas a las nuestras. Por esto, en esta etapa de ascenso del movimiento obrero nuestro método preferido de lucha constituye la acción directa de masas y dentro de ésta la huelga y la ocupación de minas. En lo posible evitemos las huel-

gas por motivos insignificantes a fin de no debilitar nuestras fuerzas. Superemos la etapa de las huelgas locales. Las huelgas aisladas permiten a la burguesía concentrar su atención y sus fuerzas en un solo punto. Toda huelga debe nacer con la intención de convertirse en general. Algo más, una huelga de mineros debe extenderse a otros sectores proletarios y a la clase media. Las huelgas con ocupación de minas están en la orden del día. Los huelguistas desde el primer momento deben controlar los puntos claves de la mina y sobre todo los depósitos de explosivos.

Declaramos que al colocar en primer plano la acción directa de masas no necesitamos la importación de otros métodos de lucha.

Los revolucionarios deben encontrarse en todas partes donde la vida social coloque a las clases en situación de lucha.

La lucha parlamentaria es importante, pero en las etapas de ascenso del movimiento revolucionario adquiere un carácter secundario. El parlamentarismo para jugar un papel trascendental debe subordinarse a la acción directa de masas. En los momentos de reflujo, cuando las masas abandonan la lucha y la burguesía se apropia de los puestos que aquéllas han dejado, puede el parlamentarismo colocarse en un primer plano. De un modo general, el parlamento burgués no resuelve el problema fundamental de nuestra época: el destino de la propiedad privada. Tal destino será señalado por los trabajadores en las calles. Si bien no negamos la lucha parlamentaria, la sometemos a determinadas condiciones. Debemos llevar al parlamento a elementos revolucionarios probados que se identifiquen con nuestra conducta sindical. El parlamento debe ser convertido en tribuna revolucionaria. Sabemos que nuestros representantes serán una minoría pero también que se encargarán de desenmascarar, desde el seno mismo de las cámaras, las maniobras de la burguesía. Y sobre todo, la lucha parlamentaria debe estar directamente ligada a la acción directa de masas. Diputados obreros y trabajadores mineros deben actuar bajo una sola dirección: los principios de la presente tesis central.

En la próxima lucha electoral nuestra tarea consiste en llevar un bloque obrero, lo más fuerte posible, al parlamento. Recalcamos que siendo antiparlamentaristas no podemos dejar libre este campo a nuestros enemigos de clase. Nuestra voz también se escuchará en el recinto parlamentario.

¡Ante las maniobras electorales de los traidores de izquierda opongamos la formación del *Bloque Parlamentario Minero*!

IX. A LA CONSIGNA BURGUESA DE UNIDAD NACIONAL, OPONGAMOS EL FRENTE ÚNICO PROLETARIO

1. Somos soldados de la lucha de clases. Hemos dicho que la guerra contra los explotadores es una guerra a muerte. Por esto, destrozaremos todo intento colaboracionista en las filas obreras. El camino de la traición se

abrió con los famosos "frente populares", es decir, un frente que, olvidando la lucha de clases, unía a proletarios, pequeñoburgueses y algunos sectores de la misma burguesía. El frente popular ha costado muchas derrotas al proletariado internacional. La expresión más cínica de la negación de la lucha de clases, de la entrega de los oprimidos a sus verdugos, del punto culminante de la degeneración de los frentes populares, es la llamada "unidad nacional". Esa consigna burguesa ha sido lanzada por boca de los reformistas. "Unidad nacional" significa unidad de los burgueses con sus sirvientes para poder maniatar a los trabajadores. "Unidad nacional" significa derrota de los explotados y victoria de la "rosca". No podemos hablar de "unidad nacional" cuando la nación está dividida en clases sociales empeñadas en una guerra a muerte. Mientras exista el régimen de la propiedad privada sólo los traidores o los agentes a sueldo del imperialismo, pueden atreverse a hablar de "unidad nacional".

2. A la consigna burguesa de "unidad nacional" oponemos el frente único proletario (FUP). La unificación en un bloque granítico de los explotados y de los elementos revolucionarios es una imperiosa necesidad para destrozarse al capitalismo que está unificado en un solo bloque.

Porque utilizamos los métodos de la revolución proletaria y porque no nos salimos del marco de la lucha de clases es que forjamos el frente único proletario.

Para evitar las influencias burguesas, para convertir en realidad nuestras aspiraciones, para movilizar a las masas hacia la revolución proletaria, necesitamos el frente único proletario. Los elementos revolucionarios que se identifiquen con nuestras declaraciones fundamentales y las organizaciones proletarias (ferroviarios, fabriles, gráficos, choferes, etcétera) serán muy bien recibidos en el frente único proletario. En los últimos días la CSTB agita la consigna de frente de izquierdas. Hasta ahora no se sabe con qué fines se pretende formar tal frente. Si sólo se trata de una maniobra preelectoral y se quiere imponer una dirección pequeñoburguesa —pequeñoburguesa es la CSTB— declaramos que nada tenemos que ver con tal frente de izquierda. Pero, si se permitiese que se imponga el pensamiento proletario y si sus objetivos fueran los que contempla esta tesis, iríamos con todas nuestras fuerzas a dicho frente, que, en último caso, no sería más que un frente proletario con pequeñas variaciones y diferente denominación.

¡Contra la "rosca" coaligada en un solo frente, contra los frentes que a diario viene ideando el reformismo pequeñoburgués: *forjemos el frente único proletario*!

X. CENTRAL OBRERA

La lucha del proletariado precisa un comando único. Necesitamos forjar una poderosa *Central Obrera*. La historia vergonzosa de la CSTB enseña

la forma en que debemos proceder para lograr nuestro intento. Cuando las federaciones se convirtieron en instrumentos dóciles al servicio de los partidos políticos de la pequeña burguesía, cuando pactaron con la burguesía, dejaron de ser representantes de los explotados. Es nuestra misión evitar las maniobras de los burócratas sindicales y de las capas artesanales corrompidas por la burguesía. Sobre una base verdaderamente democrática debe organizarse la Central de los trabajadores bolivianos. Estamos cansados de los pequeños fraudes para conseguir mayorías. No vamos a permitir que una organización de un centenar de artesanos pueda pesar en la balanza plebiscitaria igual que la FSTMB que cuenta con cerca de 70 000 obreros. El pensamiento de las organizaciones mayoritarias no debe ser anulado con el voto de organismos casi inexistentes. El porcentaje de influencia de las diferentes federaciones debe estar determinado por el número de afiliados. *Debe ser el pensamiento proletario y no el pequeñoburgués el que prime en la Central Obrera.* Además, es nuestra tarea entregar a ella un programa verdaderamente revolucionario que debe inspirarse en lo que en este documento exponemos.

XI. PACTOS Y COMPROMISOS

Con la burguesía no tenemos que realizar ningún bloque ni ningún compromiso.

Con la pequeña burguesía como clase y no con sus partidos políticos podemos forjar bloques y firmar compromisos. El frente de izquierda, la Central Obrera, son ejemplos de tales bloques, pero teniendo cuidado de luchar por que el proletariado sea el director del bloque. Si se pretende que vayamos a remolque de la pequeña burguesía, debemos rechazar y romper los bloques.

Muchos pactos y compromisos con diferentes sectores pueden no ser cumplidos, pero aun así son un poderoso instrumento en nuestras manos. Esos compromisos, si se los contrae con espíritu revolucionario, nos permiten desenmascarar las traiciones de los caudillos de la pequeña burguesía, nos permiten arrastrar a la base a nuestras posiciones. El pacto obrero-universitario de julio es un ejemplo de cómo un pacto no cumplido puede convertirse en arma destructora de nuestros enemigos. Cuando algunos universitarios descalificados ultrajaron a nuestra organización en Oruro, los trabajadores y sectores revolucionarios de la Universidad atacaron a los autores del atentado y orientaron a los estudiantes. En todo pacto debe colocarse como punto de partida las declaraciones contenidas en el presente documento.

El cumplimiento de un pacto depende de que los mineros iniciemos el ataque a la burguesía, no podemos esperar que tal paso lo den los sectores pequeñoburgueses. El caudillo de la revolución será el proletariado.

La colaboración revolucionaria de mineros y campesinos es una tarea central de la FSTMB, tal colaboración es la clave de la revolución futura. Los obreros deben organizar sindicatos campesinos y trabajar en forma conjunta con las comunidades. Para esto, es necesario que los mineros apoyen la lucha de los campesinos contra el latifundio y secunden su actividad revolucionaria.

Con los otros sectores proletariados estamos obligados a unificarnos, a tal unificación debemos llevar también a los sectores explotados del taller artesanal: oficiales y aprendices.

Nota. El Primer Congreso Extraordinario ha ratificado el pacto obrero-universitario suscrito en Oruro el 29 de julio de 1946 (el programa aprobado se basaba en lo acordado en el III Congreso Minero de Catavi).

Pulacayo, 8 de noviembre de 1946

PARTIDO COMUNISTA MEXICANO, *Por un Frente Nacional Democrático y Antimperialista**

En 1946 el PCM había llamado a apoyar la candidatura de Miguel Alemán (del partido oficial, PRM) a la presidencia de la República. Hasta 1948 siguió apoyándolo, pero con el principio de la guerra fría y la campaña anticomunista del gobierno, el PCM pasa a la oposición. Este documento de 1951 critica duramente al régimen alemanista, en nombre de una alternativa democrático-nacional; la radicalización de la política del partido resultante de la guerra fría no ha cambiado su análisis de fondo sobre el carácter y las tareas de la revolución en México.

Mexicanos:

Nuestro pueblo se enfrenta ya al problema decisivo de la sucesión presidencial.

Pese a los propósitos y a las maniobras que se incuban en los más altos círculos gobernantes del país y de las fuerzas antinacionales entregadas a servir los designios del imperialismo yanqui y la reacción, a un año escaso del día en que debe decidirse la elección del próximo Presidente de la República y la integración de las Cámaras de Diputados y Senadores, se manifiesta y crece la inquebrantable decisión del pueblo mexicano de resolver la sucesión presidencial conforme a los intereses nacionales, de acuerdo con su voluntad soberana y en función de las aspiraciones de las más amplias masas populares.

Al emprender la lucha por la sucesión presidencial, sobre el pueblo mexicano pesan grandes problemas que le agobian y México vive una de las situaciones más graves y cruciales de toda su historia.

De la salida de esta situación, depende si México ha de vivir como una nación independiente y democrática o si ha de convertirse en un país completamente sometido y colonizado por el imperialismo yanqui y sumido en el atraso, la miseria, la explotación y la dictadura reaccionaria para imponer la voluntad de los círculos monopolistas de los Estados Unidos y su política de guerra y fascismo.

* "Un Frente Nacional Democrático y Antimperialista"; Comisión Política del Comité Central del PCM, julio de 1951.

Sobre nuestro pueblo y su juventud se cierne la amenaza de ser convertidos en carne de cañón para ir a morir a lejanos frentes de batalla en una guerra injusta y de rapiña, y de que México sea arrastrado a la guerra de agresión que preparan los imperialistas norteamericanos por el dominio del mundo y la esclavización de todos los pueblos.

Nunca como ahora había sido tan vergonzosa y acentuada la dependencia de nuestro país con respecto a los Estados Unidos y tanta la intervención y penetración colonizadora del imperialismo yanqui en México.

La desenfrenada carestía de la vida hince sus garras en la inmensa mayoría de la población, y ante la pasividad cómplice del Gobierno actual, los salarios de los trabajadores sufren golpe tras golpe y sus familias son condenadas al hambre. Mientras, ante el aumento pavoroso de la miseria del pueblo, los círculos gobernantes y las clases dominantes hacen ostentación de una pretendida y falsa era de "prosperidad y auge nacional", cuya única muestra es la insultante exhibición del lujo, del derroche y de la riqueza mal habida de una minoría explotadora. La inflación monetaria, la escasez y los altos precios, en el extremo de una política gubernamental que condena a las masas al hambre y a la miseria, pretenden ser combatidos con la congelación y el estancamiento de los salarios de los trabajadores y la represión de sus luchas reivindicativas.

La clase obrera sufre la embestida de una política gubernamental antiobrera y patronal, que destruye las conquistas de los trabajadores, congela los salarios, burla la legislación del trabajo, destruye e impide la unidad sindical, interviene en los sindicatos e impone la gubernamentalización de los mismos, hace uso de la represión policiaca para aplastar la lucha revolucionaria del proletariado y fomenta en alto grado la corrupción y la compra de líderes traidores en el seno del movimiento obrero.

A la par con una tenaz destrucción de la Reforma Agraria, de abandono completo de la entrega de tierras a los campesinos y de despojos a los ejidatarios, se forma una nueva casta de terratenientes que junto con los dueños de los grandes latifundios aun existentes y con la connivencia abierta de las esferas oficiales, condenan a las grandes masas campesinas de nuestro país a una vida de inaudita miseria y de explotación sin freno por terratenientes, acaparadores, funcionarios del Banco Ejidal y refaccionistas privados.

En condiciones que hacen aumentar el descontento de las masas populares y su repulsa a la política de un gobierno que ha traicionado a la Revolución Mexicana y revela plenamente su carácter reaccionario, antipopular y sometido al imperialismo yanqui, las libertades democráticas y los derechos políticos del pueblo mexicano son violados y restringidos, la Constitución es agredida y se adopta un vergonzoso Código Penal para reprimir la libertad de expresión, el derecho de reunión, el derecho de huelga y las

luchas democráticas del pueblo y de la clase obrera de México y en defensa de la paz, de sus derechos y de la independencia nacional.

Unido a los numerosos empréstitos yanquis que hipotecan y entregan al país, la economía nacional es ligada y subordinada a la economía de crisis y de guerra de los Estados Unidos, los grandes monopolios norteamericanos se apoderan más y más de las fuerzas de la riqueza nacional y destruyen la economía nacional independiente de México, deteniendo así su desarrollo y progreso económicos.

A un grado jamás alcanzado y sin precedentes, la corrupción y la inmoralidad administrativa invaden el aparato del Estado y con el robo de la hacienda pública se forman de la noche a la mañana funcionarios públicos millonarios.

Estos hechos, principalmente, enuncian la política reaccionaria y antipopular mantenida por el gobierno del Presidente Alemán e indican la grave situación y los grandes problemas que pesan sobre nuestra Patria y el pueblo mexicano.

*El antimperialismo en Brasil**

El periodo de la guerra fría (1949-53) se caracteriza por la persecución de los partidos comunistas en América Latina y por su viraje hacia una política de oposición radical al imperialismo norteamericano y a los gobiernos. Esta orientación originaba a veces simplificaciones excesivas, como en el documento de marzo de 1952 del PC del Brasil que define el régimen populista de Vargas como prefascista y "agente cínico del imperialismo norteamericano". En realidad, Vargas oscilaba entre la aceptación de las imposiciones norteamericanas (el Acuerdo de Asistencia Militar) y tímidas iniciativas nacionalistas, que provocarán su caída (y su suicidio) en 1954.

Este documento muestra además la preocupación del PC brasileño por la guerra de Corea y su lucha contra el envío de tropas de Brasil junto con las fuerzas intervencionistas norteamericanas. El antimperialismo radical corresponde a la política exterior soviética del momento, pero también a los sentimientos de importantes sectores de las masas populares de Brasil, como lo demuestra el éxito de la campaña del PCB contra las compañías petroleras extranjeras, con la consigna "¡El petróleo es nuestro!"

* "Resolução do PC do Brasil", marzo de 1952, en *Problemas*, n. 39, 1952, pp. 4-6.

UN PASO MÁS HACIA LA GUERRA

Con la firma en Itamaratí el día 15 de marzo último del denominado "Acuerdo de asistencia militar entre Brasil y Estados Unidos", el gobierno del señor Vargas da un nuevo y serio paso en el sentido de arrastrar al país a una guerra imperialista y comete un nuevo crimen contra la seguridad y la soberanía de la patria y contra la vida del pueblo brasileño.

La comisión ejecutiva del Partido Comunista del Brasil, ante la gravedad de este acontecimiento y convencida de que interpreta los anhelos de paz de la mayoría aplastante de la Nación, levanta su más vehemente protesta contra este nuevo paso en el camino de la guerra y de la traición nacional y se dirige a todo el pueblo para alertarlo ante el peligro creciente que a todos amenaza.

El referido "Acuerdo de asistencia militar" es un verdadero tratado para la guerra, elaborado secretamente, a espaldas del pueblo, y contrario a los intereses vitales de la nación. Se trata, antes que nada, de arrastrar al país a las acciones guerreras del gobierno de los Estados Unidos, de enviar tropas brasileñas a Corea o a cualquier otra parte del mundo, siguiendo las imposiciones de Truman. No es por casualidad que se repite en ese documento que es deseo del gobierno de Vargas "proporcionar fuerzas armadas a las Naciones Unidas", organización que, como es notorio, no pasa hoy de ser mero instrumento para la agresión norteamericana en Corea.

En segundo lugar, el señor Vargas busca con el presente "Acuerdo" legalizar la concesión de bases militares al gobierno de los Estados Unidos y volver así más fácil la ocupación de nuestro territorio por las tropas norteamericanas. Y, como la pretendida "asistencia militar", está dirigida a enfrentar supuestas agresiones externas o incluso internas, los términos del "Acuerdo" permiten la automática ocupación de nuestro territorio por las tropas norteamericanas en caso de cualquier movimiento popular contra el gobierno en el país, fácilmente calificable de agresión del "comunismo internacional". Es evidente que el señor Vargas, temeroso del pueblo, desde ya solicita ayuda a su patrón yanqui para que venga a hacer de nuestra patria una nueva Grecia, para que los soldados norteamericanos vengán a matar brasileños a fin de salvar los intereses de los traidores y de los enemigos del pueblo.

Además de estos dos objetivos fundamentales, el nuevo "Acuerdo" somete por completo a las fuerzas armadas brasileñas al dominio de los imperialistas norteamericanos. Estos buscan transformarlas en cuerpos de mercenarios bajo el comando de generales y oficiales yanquis para lanzarlas no sólo contra el pueblo coreano y otros pueblos libres sino igualmente contra nuestro propio pueblo, que está contra la guerra imperialista y demuestra ya no estar dispuesto a morir lentamente de hambre ni a dejarse esclavizar por los fascistas y agentes del imperialismo norteamericano.

Por último, en los términos del nuevo "Acuerdo", el gobierno de Vargas

entrega gratuitamente al imperialismo norteamericano todas las riquezas de la nación, abre por completo las puertas del país a la invasión de todos los agentes y espías yanquis con regalías e inmunidades diplomáticas, y viola cínicamente las leyes del país, asegurando a los agentes de Truman derechos de extraterritorialidad y garantías incluso contra procesos judiciales.

Es éste, en resumen, el contenido del referido "Acuerdo", claro atentado a la manifiesta voluntad de paz de todo un pueblo, verdadero crimen de traición contra la soberanía nacional y contra la vida y la libertad de los brasileños.

La firma de este "Acuerdo" muestra, así, a la nación, cuál es el verdadero sentido de la política del señor Vargas, y confirma una vez más lo que a ese respecto ha dicho y repetido el Partido Comunista del Brasil; se trata de un gobierno de guerra y de traición nacional, gobierno de los más cínicos agentes del imperialismo norteamericano y que, desde sus primeros días, viene haciendo esfuerzos para arrastrar al país a la participación directa en los actos agresivos de los incendiarios de guerra norteamericanos. Esta participación descarada del señor Vargas en los planes de guerra del imperialismo norteamericano es lo que lleva a prohibir la realización de la Conferencia Continental por la Paz —expresión de los anhelos de paz de los pueblos del continente americano— y a desencadenar el terror contra el pueblo que lucha contra el hambre, por la paz y por sus derechos democráticos. Es por ese camino y con el conocido pretexto de la lucha contra los comunistas que el gobierno de Vargas prepara las condiciones para implantar el fascismo en el país. Se suceden por eso las provocaciones policiales, los pretendidos "golpes armados" de que son acusados los comunistas, provocaciones que deben servir para justificar el desencadenamiento del terror policial contra el pueblo, para legalizar las medidas de excepción, para aplastar las luchas del pueblo, para arrastrar al país a la guerra, así como para entregar el petróleo brasileño a la Standard Oil y satisfacer otras exigencias de los incendiarios de guerra norteamericanos.

Solamente la fuerza del pueblo, unido y organizado, podrá detener esa política criminal e impedir que el señor Vargas prosiga impunemente por el camino de la guerra. Solamente la fuerza del pueblo podrá salvar al país de la catástrofe que lo amenaza. Ante la gravedad de la situación y del peligro creciente que amenaza a la Nación y a la propia vida del pueblo, ningún patriota puede quedarse de brazos cruzados ni impasible o indiferente.

La Comisión Ejecutiva del Partido Comunista del Brasil se dirige por eso a todo el pueblo haciéndole un llamamiento para que se oponga decididamente a los monstruosos planes del gobierno de Vargas y de los imperialistas norteamericanos. Hoy más que nunca es indispensable que la voz del pueblo se haga oír, que protestas enérgicas y decididas —lo más amplias posibles— se levanten en el país entero contra el crimen que significa la firma de este nuevo tratado de guerra con los imperialistas norteamericanos.

Empleando todas las formas de protesta, las grandes masas populares deben demostrar su repudio a este acuerdo criminal contra la Patria, así como desarrollar la más amplia acción para impedir que el Congreso Nacional lo ratifique. La acción popular podrá reducir a la nada los acuerdos de guerra y paralizar la política de guerra del gobierno. Si las grandes masas populares tomaran en sus manos la defensa de la paz y de la soberanía nacional, los planes de los incendiarios de guerra podrían ser derrotados.

La comisión ejecutiva del Partido Comunista del Brasil se dirige a todos los patriotas, hombres y mujeres, a las madres, esposas, hijas y novias que sienten en su propio corazón el peligro que amenaza la vida de sus seres queridos, a los jóvenes, sean obreros, campesinos o estudiantes, soldados, aviadores o marineros, amenazados de muerte por los planes siniestros y criminales del señor Vargas, y a todos hace un caluroso llamado en el sentido de que intensifiquen la lucha por la paz y contra el gobierno de traición nacional de Vargas, contra el envío de tropas brasileñas a Corea y contra la entrega del petróleo brasileño a los imperialistas norteamericanos.

La comisión ejecutiva del Partido Comunista del Brasil llama especialmente a los obreros y campesinos a que intensifiquen la lucha por la paz, contra la política de guerra, de hambre y reacción del señor Vargas, por la liberación nacional del yugo imperialista y por un gobierno democrático y popular.

A las organizaciones del Partido y a cada comunista les corresponde, en esta emergencia, el deber de hacer esfuerzos redoblados y cada vez mayores, juntamente con todos los otros partidarios de la paz, en la lucha en defensa de la paz y de la independencia nacional.

La Comisión Ejecutiva del Partido Comunista de Brasil

MANUEL AGUSTÍN AGUIRRE, *El socialismo revolucionario en Ecuador**

Durante el periodo de la guerra fría, el movimiento comunista latinoamericano no es el único en alzar la bandera del antimperialismo radical. Corrientes socialistas revolucionarias, más o menos influidas por las ideas de Trotsky, se desarrollan, sobre todo en Chile (véase por ejemplo, la obra de Oscar Waiss, del PS Chileno, Nacionalismo y socialismo en América Latina, Prensa Latinoamericana, Santiago, 1954) y en Ecuador; su orientación era simultáneamente antimperialista y anticapitalista.

* Manuel Agustín Aguirre, *América Latina y el Ecuador (apuntes para un estudio socioeconómico)*, 1952, Asociación de la Escuela de la Facultad de Ciencias Administrativas, Quito, 1972.

Manuel Agustín Aguirre fue uno de los fundadores del Partido Socialista de Ecuador (1933) del cual fue secretario general durante muchos años. Elegido senador en 1944, será encarcelado y desterrado por la dictadura de Velasco Ibarra (1946). Fue además el primer decano de la Facultad de Ciencias Económicas y más tarde rector de la Universidad Central de Ecuador. En 1960, Manuel Agustín Aguirre dirige la escisión de izquierda que se llevará a la mayoría de la base del partido para formar el Partido Socialista Revolucionario de Ecuador.

Los extractos que publicamos aquí forman parte de un discurso que pronunció el 10. de mayo de 1952 y resumen algunos de los temas centrales del socialismo revolucionario en América Latina (en particular el principio estratégico del carácter socialista de la revolución en el continente).

¿REVOLUCIÓN BURGUESA EN LATINOAMÉRICA Y EL ECUADOR?

Después de este somero análisis, creo que no podemos esperar, sin caer en el absurdo, el mesiánico y ya fallido 1789, que ha de liquidar lo que nos resta de estructura feudal, conduciéndonos a la industrialización y al capitalismo floreciente. ¿Cómo es posible esperar que la burguesía terrateniente o los terratenientes burgueses, han de llegar a destruir la propia estructura que les sirve de soporte y base? ¿Cómo creer que estas capas burgueses-feudales han de solucionar el problema de la tierra, entregándola a los campesinos, si viven fundamentalmente de la explotación de ese campesinado? ¿Cómo esperar que una economía de "laissez faire", de un Estado liberal que ya ha demostrado por años su incapacidad, pueda llevar adelante nuestro desarrollo económico diferido y paralizado? ¿Cómo esperar que los que viven de la miseria y explotación del pueblo, sean capaces de liberarlo y redimirlo?

A situaciones insostenibles como ésta, nos llevan los teorizantes metafísicos que creen que la misma vigencia que tuvieron las clases burguesas y las ideas liberales en el desarrollo industrial de Europa y los Estados Unidos, en los siglos XVIII y XIX, han de tenerla aún en la América india, tan lejana y distinta, en la plena mitad del siglo XX. Estas escandalosas incongruencias son las que nos han llevado a sostener, continua y permanentemente, la necesidad ineludible de tratar nuestros problemas latinoamericanos y ecuatorianos, situándolos francamente en nuestro meridiano de países semicoloniales y semicapitalistas, uncidos al carro del imperialismo mundial.

Por otra parte, ¿cómo es posible pensar que la burguesía terrateniente nacional ha de luchar contra el imperialismo del cual depende y es su aliado? ¿Acaso no sabemos que actualmente la economía latinoamericana y especialmente la ecuatoriana, continúan encadenadas al comercio exterior de exportación e importación, que es el que les imprime su ritmo y su

modalidad esencial? No es difícil comprender, entonces, que los terratenientes que producen materias primas para ese imperialismo, así como la capa de grandes comerciantes exportadores e importadores, que viven del comercio de exportación e importación, no han de ser los que luchen contra el imperialismo, al que se encuentran tan íntimamente soldados. Si bien el capitalismo industrial y nacional incipiente, por razones de competencia, pudiera oponer algunas veces sus intereses a los imperialistas; sin embargo tampoco posee la capacidad suficiente para la lucha antimperialista; pues, cuando se siente amenazada se apresura a unirse con la burguesía imperialista, que extiende la mano para garantizar su salvación en una solidaridad ancha y continental [...]

No se puede negar, como lo hemos demostrado en este rápido ensayo, que existen fuertes rezagos feudales, especialmente en el campo, mantenidos por la burguesía terrateniente y el imperialismo que han limitado y entorpecido nuestra marcha hacia adelante; pero de esto a negar el capitalismo como forma fundamental de nuestras relaciones de producción y la existencia de un proletariado con la capacidad suficiente para constituirse en el conductor de la revolución latinoamericana y ecuatoriana, hay la distancia que va del cómodo oportunismo a la actitud realmente revolucionaria. Por lo demás, aunque el proletariado, como quizás toda clase en sí, no sea una mayoría cuantitativa, lo es cualitativamente, como dice Lenin, por su fuerza y capacidad revolucionarias.

Por otra parte, si contamos no sólo al proletariado industrial, sino al proletariado y semiproletariado que suda y muere, en la ciudad y el campo, para alimentar y enriquecer a la burguesía terrateniente nacional y a la gran burguesía internacional, encontramos que aquéllos forman las grandes mayorías nacionales. ¿O es qué la reducida clase burguesa-terrateniente constituye esa mayoría?

Y aún suponiendo, mero supuesto, que algunas naciones poco desarrolladas de Latinoamérica, como el Ecuador, fueran fundamentalmente feudales, y, en consecuencia, el proletariado una minoría insignificante, como dicen aquellos teóricos, ni aún entonces podríamos llegar a la conclusión de que es la revolución burguesa y no la proletaria socialista, la única posible en nuestra América, ya que hemos probado hasta la saciedad lo imposible y absurdo de esperar una revolución de la clase burguesa-terrateniente, empeñada en mantener la estructura feudal-burguesa-imperialista en nuestras naciones. Aún constituyendo una minoría, y no se necesitan mayorías cuantitativas para la revolución, como nos lo demuestra la historia, la clase proletaria es la única capaz de realizar en el Ecuador, en nuestro Continente y en el mundo entero, la transformación socialista que ha de salvar a la humanidad.

También es necesario liquidar, de una vez para siempre, aquella tesis pseudo-marxista, que sostiene la imposibilidad del socialismo en nuestros

países, hasta que no lleguen a su pleno desarrollo capitalista. Estos teorizantes ignoran que después del gran desarrollo mundial del capitalismo y el advenimiento del imperialismo, las naciones no pueden considerarse como unidades aisladas e independientes, sino como simples eslabones débiles o fuertes, del gran capitalismo mundial. Estos señores olvidan la gran Revolución Rusa y que el capitalismo existe como un todo, el capitalismo mundial en decadencia, que debe ser superado, lo antes posible, con el advenimiento revolucionario del socialismo [...]

UN FRENTE PROLETARIO CAMPESINO LATINOAMERICANO Y LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE LATINOAMÉRICA

Esto nos lleva a sostener la necesidad de que en Latinoamérica se forme un solo frente de proletarios y campesinos pobres, que apoyándose en el proletariado mundial, lleven adelante la revolución socialista que ha de salvar nuestros países del atraso en que yacen, destruyendo la explotación y la miseria, y estableciendo la verdadera libertad, la paz y la justicia.

Así como la burguesía terrateniente supo unirse en la gran guerra de la Independencia que, desgraciadamente, dada la contextura de tal clase, derramó la sangre popular sólo en provecho propio, ahora las clases proletario-campesinas de Latinoamérica, deben fundirse en un abrazo solidario y continental, para realizar la verdadera lucha por la liberación e independencia del hombre latinoamericano, en sus más amplias dimensiones; porque ahora las clases proletarias, al liberarse por sí mismas del yugo de la explotación, liberarán a todos los hombres, al construir una sociedad socialista sin clases.

Sólo un frente proletario y campesino ha de realizar la verdadera libertad de América, rompiendo las cadenas de la esclavitud y servidumbre interior y exterior, para darnos la libertad integral del hombre americano.

Sólo la revolución socialista en América Latina, al planificar no sólo las economías en forma nacional, sino internacional, completándolas y reajustándolas en un solo todo, hará posible la formación de los Estados Socialistas Latinoamericanos, que debe ser nuestra máxima aspiración continental. El sueño de Bolívar, fue un sueño de la clase terrateniente-burguesa americana, que no podía cumplirse porque se basaba en la rivalidad y la competencia que separa y opone a los países en dominadores y dominados, en explotadores y explotados. Por eso únicamente el socialismo, que es la supresión de la explotación de unos hombres por otros y de unas naciones sobre otras, hará posible la unidad latinoamericana, con bases de verdadera equidad y justicia.

He aquí el gran deber de las clases proletarias y campesinas latinoamericanas; he aquí el gran deber y la responsabilidad de las juventudes de izquierda, verdaderamente revolucionarias de América, especialmente las

juventudes universitarias, que deben ser las más conscientes de su misión histórica; he aquí el gran deber de todos los hombres que aspiramos a la verdadera paz y la justicia; gran deber que debemos rubricar en este primero de mayo de 1952.

Guatemala: la autocrítica de los comunistas*

El derrocamiento del régimen progresista de Jacobo Arbenz (1951-54) en Guatemala, después de la invasión de unos "voluntarios" directamente organizada por Estados Unidos, es uno de los episodios más cruciales de la guerra fría en el continente. En este documento, publicado un año después de los acontecimientos, el Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista) —que había desempeñado un papel importante en el gobierno de Arbenz— desarrolla un balance autocrítico de su orientación durante este periodo; reconoce haber cometido ciertos errores, en particular en sus relaciones con la burguesía nacional, cuya influencia en el partido fue tan profunda que pudo frenar muchas de sus actividades.

Esto demuestra que la guerra fría no cambió la orientación estratégica fundamental del movimiento comunista en América Latina: la alianza con la burguesía democrática para llevar a cabo la primera etapa histórica de la revolución.

El 27 de junio de 1954, fue derrocado el Gobierno democrático de Guatemala que desde el 15 de marzo de 1951, por libre elección popular, presidía el coronel Jacobo Arbenz. Desde aquella fecha el pueblo guatemalteco se ha preocupado por establecer cuales fueron los factores que condujeron a la derrota temporal del movimiento revolucionario de Guatemala. A su vez los pueblos del mundo se han preguntado también por qué Guatemala no presentó una mayor y más prolongada resistencia a la agresión norteamericana. Se han dado diversas versiones de los acontecimientos, hasta se ha especulado con muy poca seriedad acerca de ellos, pero ha faltado un análisis serio y profundo que descubra la causa fundamental de la derrota, que extraiga las enseñanzas principales que se derivan de aquellos acontecimientos para el pueblo y que, por consiguiente, alumbre con la luz de la experiencia el camino que las masas populares siguen en su lucha por hacer de nuestra patria una Guatemala democrática, próspera e independiente.

La Comisión Política del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo, con la ayuda de la probada doctrina científica de la clase obrera, el marxismo-leninismo, ha realizado un serio esfuerzo para hacer un examen correcto de aquella experiencia, el cual por razones muy comprensibles

* La intervención norteamericana en Guatemala y el derrocamiento del régimen democrático, Comisión Política del PGT, 1955, pp. 3-4, 30-36.

puede hacerse público hasta ahora, y que sin duda será de gran utilidad para la elaboración de la línea política del Partido, al mismo tiempo que ayudará a la clase obrera y a las masas populares guatemaltecas para orientarse mejor en su lucha contra la falsificación de los hechos y por sacudirse el yugo de la tiranía y de la dominación imperialista norteamericana.

DE DÓNDE PROVIENE LA AGRESIÓN

El gobierno de los Estados Unidos ha tratado vanamente de disfrazar los hechos y ocultar sus responsabilidades de organizador de la intervención, atribuyéndole al pueblo guatemalteco el derrocamiento del régimen democrático que él mismo se diera, y bajo el cual disfrutó de las más amplias libertades de toda su historia. La verdad que conoce nuestro pueblo, y que comprueba cada día más, es que el derrocamiento del gobierno legítimo de Arbenz, el aplastamiento brutal de todas las libertades y la destrucción de todas las conquistas revolucionarias y democráticas alcanzadas, es la obra de los monopolios yanquis, particularmente de los que tienen inversiones en Guatemala, o que codician las riquezas naturales de nuestro país, tales como la United Fruit Company y otros; es la obra, por consiguiente, del gobierno de los Estados Unidos, el cual hace tiempo se encuentra bajo el control de los grandes monopolios norteamericanos, en cuyo nombre practica una política agresiva y de sojuzgamiento colonial de nuestros países; es la obra también de la camarilla terrateniente-burguesa reaccionaria en la que se apoya y se ha apoyado siempre el imperialismo norteamericano para oprimir a nuestro pueblo y para saquear el país sin freno alguno.

Los invasores que el 17 de junio, procediendo de Honduras, violaron por dos puntos la frontera de nuestra patria y se internaron en nuestro territorio sembrando a su paso la desolación, el terror y la muerte, eran guatemaltecos sólo en una mínima parte, la mayoría abrumadora estaba compuesta por mercenarios nicaragüenses, hondureños, salvadoreños, dominicanos y cubanos, una verdadera gama de aventureros fracasados, de hampones de la más baja calaña y criminales de oficio, que fueron reclutados y pagados por la United Fruit Company y entrenados durante varios meses en territorio de Nicaragua y Honduras por oficiales del Ejército de los Estados Unidos. Estas bandas de maleantes fueron armadas hasta los dientes por las compañías yanquis, en primer lugar, por la United Fruit Company, habiendo suministrado las armas el gobierno de los Estados Unidos, que usó de pantalla a los gobiernos títeres de Honduras y Nicaragua.

El hecho de que al frente de la invasión apareciera un grupo de guatemaltecos traidores, encabezados por el más traidor de todos, Carlos Castillo Armas, no reduce en nada el carácter extranjero de la agresión. Todo el mundo sabe que Castillo Armas y su minúscula pandilla de aventureros no disponían de cinco centavos para financiar la invasión y también es sabido que las contribuciones de los finqueros, los grandes comerciantes y los pa-

trones reaccionarios apenas alcanzaban para saciar la voracidad de ese grupo de vividores. Todo el mundo sabe que los dominios de la United Fruit Company en Honduras, que llegan hasta las fronteras de Guatemala, se convirtieron en los últimos años en el principal centro de conspiración contra el régimen democrático de Guatemala: allí se elaboraban los planes que luego aprobaban Washington y Boston; allí se reclutaba a los saboteadores y terroristas que luego se enviaban al interior de Guatemala; allí se cocinaba la propaganda de sucias mentiras y calumnias contra las fuerzas democráticas y el movimiento revolucionario guatemalteco; allí se proyectaban y ordenaban los llamados "desfiles cívicos anticomunistas"; allí se disponían los numerosos viajes de los conspiradores para coordinar la acción con Somoza, Pérez Jiménez, Trujillo y Batista, a quienes el Departamento de Estado yanqui había ordenado "cooperar" en la realización de los planes para aplastar la democracia en Guatemala; allí, en fin, se reclutaba y se pagaba a los mercenarios que debían integrar el mal llamado "ejército de liberación".

El gobierno de los Estados Unidos suministró los aviones que durante diez días consecutivos volaron sobre ciudades y aldeas de Guatemala, bombardeando no solamente objetivos militares, sino también hogares humildes, iglesias y escuelas, e incendiándolos. Aquellos aviones que ametrallaron la población pacífica de la ciudad de Guatemala, Chiquimula, Zacapa y otros lugares, con el fin de sembrar el terror y la desesperación, estaban pilotados por aviadores norteamericanos que después se han jactado cínicamente de su "hazaña".

El golpe de Estado de los jefes militares traidores que derrocó al gobierno del presidente Arbenz en los momentos en que existían todas las condiciones para rechazar victoriosamente la agresión extranjera, fue planeado, financiado y dirigido por la embajada de los Estados Unidos en Guatemala. El embajador yanqui, John Peurifoy, un gángster y provocador de triste recordación en Grecia, a donde fue comisionado para organizar la matanza de patriotas griegos, fue el hombre escogido por el gobierno de los Estados Unidos para que ejecutara las órdenes de los monopolios norteamericanos de ahogar en sangre el régimen democrático de Guatemala.

Para que pueda comprenderse mejor por qué los imperialistas yanquis organizaron la intervención y agredieron a nuestro país para aplastar el movimiento revolucionario y derrocar el gobierno de Arbenz, es conveniente recordar algunos rasgos sobresalientes de la vida y la lucha de nuestro pueblo [...]

LAS EXPERIENCIAS DEL PARTIDO

El desarrollo del Partido de los comunistas guatemaltecos

Fundado el 28 de septiembre de 1949 el Partido Guatemalteco del Traba-

jo ha acumulado en corto tiempo una rica experiencia. Nuestro Partido ha tenido que enfrentar situaciones y problemas muy complejos y tareas que algunas veces fueron superiores a su propia fuerza, a su experiencia y a su nivel teórico. De estas situaciones salió muchas veces victorioso, en otras su inexperiencia y su debilidad teórica fueron un obstáculo para triunfar, o bien no tuvo la fuerza necesaria para salir adelante con éxito.

Nuestro Partido ha tenido que desarrollar su labor en un medio muy atrasado en el que los enemigos de la clase obrera y del pueblo han realizado una venenosa propaganda anticomunista durante decenas de años, mucho antes de que naciera nuestro Partido y de que hubiera una organización que diera respuesta adecuada a las sucias calumnias de la propaganda anticomunista; en un medio en el que el clericalismo y el alcoholismo han sido armas principales de las clases reaccionarias dominantes, destinadas a minar la voluntad y el espíritu combativo y rebelde de la clase obrera y de todas las masas trabajadoras oprimidas.

Nuestro Partido, gracias al trabajo abnegado de sus escasos cuadros y de sus militantes, en su mayoría ganados recientemente para la causa del socialismo, logró romper el bloqueo político que desde su nacimiento quisieron imponerle las fuerzas reaccionarias, conquistó el apoyo y la simpatía de un gran sector de la clase obrera, de importantes masas campesinas y de los intelectuales y profesionales progresistas. Nuestro Partido fue el motor principal, el organizador y el dirigente de la lucha por la unidad de la clase obrera, el defensor más consecuente de la unidad cuando ésta cristalizó en su forma orgánica con la constitución de la CGTG, el organizador y el dirigente de las principales batallas de los trabajadores por sus reivindicaciones, el guía de la clase obrera en defensa de las reivindicaciones de los campesinos, y, en primer lugar, por la realización de la reforma agraria, el impulsor de la lucha por la rápida entrega de la tierra a los campesinos.

Nuestro Partido fue el que más se preocupó por la defensa de los derechos y reivindicaciones de la juventud y de las mujeres. Nuestro Partido fue el más batallador por la unidad de las fuerzas democráticas y antimperialistas, el que con más firmeza y patriotismo apoyó y defendió el régimen democrático del coronel Arbenz en cuanto que éste se orientaba por una política de contenido antifeudal y antimperialista.

La consecuencia de la lucha del Partido en defensa de los intereses de las masas trabajadoras, de la democracia y de la independencia nacional, le ha ganado el odio bestial de las clases reaccionarias, odio que está ampliamente compensado por el creciente cariño, el respeto y la simpatía de la clase obrera, las masas campesinas y los elementos honestos de la intelectualidad democrática.

Como el cariño y el respeto del pueblo trabajador los ha conquistado nuestro Partido merced a la consecuencia y abnegación de su lucha, ninguna ley fascista, ninguna campaña calumniosa, ningún género de terror,

por brutal que sea, puede impedir que el pueblo confíe cada día más en nuestro Partido; ninguna medida puede liquidar al Partido de los comunistas guatemaltecos, porque nuestro Partido no surgió de manera incidental sino que ha nacido en el proceso de la lucha de la clase obrera por la liberación nacional y contra la explotación clasista, y tiene unido su destino, su vida y su suerte al desarrollo histórico de la sociedad a la cabeza del cual inevitablemente debe marchar la clase obrera.

El desarrollo del Partido Guatemalteco del Trabajo está indisolublemente ligado a su lucha en defensa de los intereses del pueblo y de la patria; en lo sucesivo ésta seguirá siendo la fuente de su fuerza y de su crecimiento.

Junto a los éxitos destacados de la actividad de nuestro Partido se han cometido errores graves que debemos señalar con franqueza para extraer las experiencias que de ellos se derivan, a fin de evitar que en el futuro puedan entorpecer de nuevo la lucha exitosa del Partido.

La Comisión Política del Comité Central del Partido considera que en lo fundamental sus errores y debilidades arrancan de su propia línea política. La línea política del Partido era en lo general correcta; sin embargo, era en algunos aspectos insuficiente e incompleta en tanto que no trazaba una perspectiva concreta para enfrentar determinados problemas a los que más tarde se vio avocada la dirección del Partido. Esta insuficiencia de nuestra línea se debió sin duda al bajo nivel teórico del Partido y a que nuestro Congreso (el II Congreso del Partido, diciembre de 1952) no profundizó lo bastante la discusión de los problemas de mayor importancia para el desarrollo de la revolución.

Pero, sobre todo, el origen de los errores del Partido está en la deficiente asimilación de la línea política y en su mala aplicación, ya que aún en cuestiones subrayadas por el Congreso tales como el carácter de la revolución democrático-burguesa en un país semicolonial como el nuestro, y el papel del proletariado como fuerza dirigente de dicha revolución, no se tuvieron en cuenta más tarde, se subestimaron en algunos casos y no se desarrollaron de manera consecuente en el curso de la lucha revolucionaria.

Examinemos los errores principales del Partido.

La alianza con la burguesía nacional

El Partido Guatemalteco del Trabajo no siguió una línea suficientemente independiente en relación a la burguesía nacional democrática. En la alianza con la burguesía democrática tuvo éxitos señalados, pero a su vez la burguesía ejerció cierta influencia en nuestro Partido, influencia que en la práctica constituyó un freno para muchas de sus actividades.

El PGT no estimó correctamente la débil capacidad de resistencia de la burguesía y no siempre tuvo en cuenta su carácter conciliador frente al imperialismo y las clases reaccionarias, de allí que haya tenido algunas

ilusiones en el patriotismo, la lealtad y la firmeza de la burguesía nacional frente a las embestidas del imperialismo norteamericano.

El PGT, aunque teóricamente sustentaba el criterio leninista de que la burguesía nacional ya no es en la época del imperialismo una clase consecuentemente revolucionaria, y, por consiguiente, que debe ser la clase obrera la que se ponga a la cabeza y ejerza la hegemonía en la revolución democrático-burguesa, en la práctica se limitó a repetir una y otra vez esta concepción leninista, sin comprenderla en toda su profundidad; no luchó con la debida tenacidad porque la clase obrera conquistara la dirección del movimiento revolucionario, no se plantearon ni resolvieron las tareas concretas que era necesario realizar para asegurar la hegemonía de la clase obrera en el movimiento revolucionario.

Nuestro Partido se percataba de que muchos líderes de los partidos burgueses y elementos importantes del gobierno, cuyas vacilaciones eran ya conocidas, capitularían frente al imperialismo; se daba cuenta de que las vacilaciones del movimiento revolucionario obedecían particularmente a que la burguesía era la clase que aún jugaba el papel dirigente de la mayor parte del movimiento revolucionario y que a éste le faltaba que la clase obrera pasara a ser la fuerza hegemónica del conjunto de fuerzas democráticas. Nuestro Partido abrigaba en el fondo la falsa concepción de que a la clase obrera guatemalteca no le era posible conquistar todavía la dirección del movimiento revolucionario, porque numéricamente era muy débil y políticamente estaba muy atrasada. Sin embargo, esta manera de plantear las cosas conducía a un callejón sin salida, más aún, conducía —como condujo— a que la dirección del movimiento revolucionario quedara en manos de la burguesía democrática hasta tanto la clase obrera no creciera y se desarrollara políticamente.

Es claro que nuestro Partido caía, sin proponérselo, en las posiciones oportunistas demolidas hace más de cincuenta años por el gran Lenin. A propósito de esta cuestión se dice lo siguiente en las Tesis del Instituto Marx-Engels-Lenin-Stalin, "El cincuenta aniversario de la primera revolución rusa":

La marcha de la revolución confirmó la justeza y la vitalidad de la estrategia y la táctica de los bolcheviques. Se confirmó plenamente la tesis leninista de que el proletariado puede y debe desempeñar el papel dirigente del movimiento revolucionario [...]

En un país campesino atrasado como Rusia, la clase obrera demostró que la verdadera fuerza y el papel del proletariado no dependen de que éste constituya o no la mayoría de la población del país, sino de su energía revolucionaria, de su conciencia política, de su capacidad para dirigir la lucha revolucionaria del pueblo, de su aptitud para atraer a la revolución, en calidad de aliado, a las masas campesinas.

Si nuestro Partido se hubiera detenido a examinar la cuestión a la luz del marxismo-leninismo habría comprendido que la pequeñez numérica de la clase obrera guatemalteca no era un obstáculo insuperable para que asumiera la dirección del movimiento revolucionario, y en lo que respecta al atraso político de la clase obrera la cuestión dependía enteramente del propio Partido, de lo que éste hiciera para pertrecharse a sí mismo y a la clase obrera con la teoría marxista-leninista, de la voluntad, la energía y la audacia que pusiera nuestro Partido en la tarea de elevar el nivel político de la clase obrera y, en particular, su conciencia del papel dirigente que le corresponde en la revolución antifeudal y antimperialista.

Hay otras manifestaciones importantes de las concesiones que en la práctica hizo el Partido a la burguesía democrática.

El PGT, por ejemplo, cometió el grave error de no denunciar y combatir públicamente a aquella parte de la alta oficialidad del ejército que se sabía que era, por razones de clase y de ideología, enemiga del movimiento revolucionario y de las transformaciones fundamentales que estaban en marcha en Guatemala. El Partido no confiaba en los traidores como Monzón, Sánchez, Aldana Sandoval, Parinello y otros más, pero por una falsa manera de enfrentar el problema, aceptando en cierto modo la falsa concepción burguesa de la "apoliticidad" del ejército —cortina de humo tras de la cual los jefes han realizado siempre una política reaccionaria—, y temiendo que se pudiera acusar al Partido de actos provocadores, no los desenmascaró públicamente, limitándose a exponer sus puntos de vista en círculos estrechos del campo democrático y al presidente Arbenz. El PGT contribuyó a alimentar ilusiones en el ejército al no desenmascarar la verdadera posición y la actividad contrarrevolucionaria de los jefes del ejército, al publicar en su órgano central, sin la debida crítica, los discursos de Arbenz en que se hacía mención de la "lealtad" de los jefes militares, y las hipócritas declaraciones de éstos, a pesar de que no era de esperar que los jefes militares se enfrentaran al imperialismo yanqui aún en el caso de que éste agrediera nuestra patria.

Nuestro Partido no asumió una consecuente actitud crítica frente a la burguesía democrática, a veces se fue complaciente con ésta, olvidando que la alianza con la burguesía no debe atar las manos al Partido para criticarla y para censurar sus múltiples vicios y sus actos inconsecuentes con el pueblo y el movimiento revolucionario.

Al examinar nuestro trabajo de frente único volveremos sobre esta cuestión.

El trabajo del Partido en la clase obrera

El Partido Guatemalteco del Trabajo desarrolló un enorme y fructífero trabajo en el seno de la clase obrera, llevó adelante una correcta política de frente único en el movimiento sindical, combatió el sectarismo y el

espíritu de grupo dentro y fuera del Partido, encabezó grandes luchas victoriosas de los trabajadores en defensa de su salario y de sus reivindicaciones principales. Pero nuestro Partido se limitó a un trabajo de tipo economista en el seno de la clase obrera, no supo ligar la lucha por las demandas económicas y el trabajo en el campo sindical con el trabajo político cotidiano que corresponde realizar al Partido revolucionario de la clase obrera, no supo realizar la agitación y la propaganda políticas en el seno de la clase obrera, a fin de que ésta comprendiera correctamente los fenómenos sociales y políticos que tenían lugar, la posición de los diversos partidos y de las distintas clases frente a dichos fenómenos, la posición y la línea política de nuestro Partido.

Al Partido le faltó tenacidad e intransigencia en el trabajo organizativo en el seno de la clase obrera, lo que nos impidió aprovechar al máximo la gran influencia y la autoridad del Partido, en general, y de algunos camaradas, en particular, en el movimiento obrero.

Aún mucho antes de producirse la agresión norteamericana y el golpe de Estado de los militares traidores, el PGT era decidido partidario de que se armara a los obreros y los campesinos, considerando esta tarea como la clave del triunfo de las fuerzas democráticas frente a una inminente intervención extranjera. Sin embargo, el Partido no planteó esta tarea ante la clase obrera con toda la energía y la audacia que era necesario, la planteó solamente a algunos aliados, y más tarde, frente a la inminente invasión extranjera, la planteó con retraso y con mucha debilidad ante las masas trabajadoras.

La principal gestión del Partido en este sentido se hizo por arriba, con algunos aliados. El Partido se había enredado en el temor de que se podía producir un golpe del ejército, o por lo menos una imposición política de éste, si planteaba abiertamente la cuestión de las armas para la clase obrera y los campesinos, y no supo encontrar la forma y la oportunidad de plantear la cuestión cuando anteriormente pudo haberlo hecho. Aún en el momento de iniciarse la agresión norteamericana el problema no fue bien planteado pues el Partido dio a las organizaciones populares la iniciativa de demandar primero instrucción militar, para después solicitar pelear junto al ejército en la defensa de la patria.

Esta manera de plantear las cosas alimentaba ilusiones en las masas sobre el papel que jugaría el ejército, pues hacía suponer que el ejército era leal en su totalidad, que combatiría dignamente contra el invasor y que mantendría honrosamente su juramento de defender la inviolabilidad del territorio nacional, la soberanía nacional, las instituciones democráticas y el gobierno legítimo electo por el pueblo.

Es cierto que el Partido organizó numerosas brigadas de obreros, campesinos y jóvenes para luchar contra la intervención, es bien cierto que estas brigadas, armadas solamente con machetes y palos, le hicieron frente a los grupos reaccionarios en diversos lugares del país, pero en lo funda-

mental se esperó a que las armas las diera el ejército en cumplimiento de una orden del presidente Arbenz. El ejército, por su parte, que no recibió tal orden hasta un día antes del golpe de Estado, rechazó una tras otra las solicitudes de los sindicatos, de las uniones campesinas y las organizaciones populares de recibir entrenamiento militar y armas.

Nuestro Partido no combatió con las masas la negativa del ejército a armar a los obreros y los campesinos, no desenmascaró públicamente el fondo de clase de esta negativa, encubierta hipócritamente con declaraciones de fingido patriotismo y de autosuficiencia para rechazar al invasor. Nuestro Partido no desplegó una enérgica actividad para que la consigna del armamento del pueblo fuera una consigna comprendida y sentida por cada obrero y por cada campesino, por cada luchador antimperialista de tal manera que se desarrollara en cada uno la iniciativa de armarse a toda costa. Como no se hizo este trabajo los campesinos procedieron ingenuamente a entregar a las autoridades militares y civiles las armas que los aviones invasores arrojaban en paracaídas en distintos lugares del país. El Partido cometió un grave error al elogiar este acto ingenuo de los campesinos y al dar instrucciones en algunos lugares para que se procediera de igual forma, temiendo una "prematura" fricción con el ejército y abrigando la esperanza de que se podría conseguir por arriba la decisión de armar al pueblo. Es verdad que las armas arrojadas en paracaídas por los invasores no fueron muchas y que una buena parte era vieja o estaba inutilizada, pero esta circunstancia no atenúa en lo más mínimo el error del Partido.

Finalmente, el Partido cometió el error de no preocuparse por organizar el trabajo revolucionario en el seno del ejército. Se desaprovecharon magníficas oportunidades que brindaba la Reforma agraria para acercarse a los soldados, para ligar a los soldados, en su gran mayoría de origen campesino, a la clase obrera, para hacer un serio trabajo de agitación y propaganda por los objetivos del movimiento revolucionario, contra la venenosa labor anticomunista y contrarrevolucionaria de los jefes y oficiales reaccionarios.

El frente único de las fuerzas democráticas

El Partido siguió una correcta línea de alianza de todas las fuerzas democráticas y antimperialistas contra los terratenientes feudales, la burguesía, reaccionaria y el imperialismo yanqui. Sin embargo, en la aplicación de la justa línea de frente único el Partido concedió más importancia a la alianza con los partidos democrático-burgueses, que a la forja de una firme alianza de la clase obrera y los campesinos. El Partido no tuvo suficientemente en cuenta que el frente único de todas las fuerzas democráticas debía tener como núcleo fundamental la alianza de los obreros y los campesinos, que los campesinos son el aliado natural y más próximo

de la clase obrera y que tal alianza es indispensable para que la clase obrera pueda ejercer la hegemonía del movimiento revolucionario y garantizar su desarrollo consecuente.

El Partido creó las condiciones para una estrecha alianza de los obreros y los campesinos al conducir la lucha de la clase obrera por la realización de la reforma agraria, haciendo de ésta una consigna propia de la clase obrera, al luchar de manera consecuente por la satisfacción de las demandas de los campesinos y exigir la entrega inmediata de la tierra a los campesinos, sin distinción de opinión política o religiosa, ni de que fueran o no miembros de alguna organización de masas. Sin embargo, estas condiciones favorables no se supo aprovecharlas al máximo, ni se supo encontrar las múltiples formas concretas de utilizarlas en interés del fortalecimiento de la alianza obrero-campesina.

En cuanto a la alianza del Partido con los partidos de la burguesía democrática, debe indicarse que fue el resultado de una justa táctica que correspondía a los intereses del pueblo y a los objetivos del movimiento revolucionario y democrático. El Partido fue perseverante en sus esfuerzos para mantenerla y perfeccionarla y es justo reconocer que en los partidos democrático-burgueses, junto a los elementos capituladores y reaccionarios incrustados, había fuerzas y elementos que respondían consecuentemente a la línea de unidad de las fuerzas democráticas, gracias a la cual se alcanzaron importantes conquistas económicas, sociales y políticas.

Las fallas de nuestra parte radicaron en cuatro cuestiones fundamentales:

En primer lugar, la dirección del Partido realizaba un trabajo serio por arriba, con los dirigentes de los partidos que integraban el Frente Democrático Nacional en proceso de desarrollo, pero el conjunto de las organizaciones del Partido no realizaban igual esfuerzo con los miembros y las organizaciones locales de los partidos burgueses democráticos, desatendiendo las reiteradas indicaciones del Comité Central del Partido de realizar el trabajo de frente único por la base. Esto les permitía a los líderes de los partidos burgueses el incumplimiento de los acuerdos y el entorpecimiento del desarrollo del Frente Democrático, en el cual aquellos líderes veían solamente un instrumento electoral, cuando no participaban en las reuniones sólo para "complacer al señor Presidente", cuya posición unitaria era conocida.

En segundo lugar, el Partido, temeroso de caer en posiciones sectarias, o de que se le pudiera tildar de "provocador", limitó muchas veces la propaganda por su propio Programa y por su propia línea marxista-leninista, y ciñó sus actividades al ritmo lento y tortuoso del Frente Democrático. Debido a este erróneo criterio el Partido accedió a suspender la manifestación popular del día 18 de junio de 1954, tomando en cuenta las informaciones que tenía el gobierno de que esa tarde los aviones invasores iban a bombardear la ciudad, como efectivamente sucedió, pero al mismo tiempo el Partido no propuso ninguna hora ni fecha distinta para

llevar a cabo la manifestación, ni luchó por convencer a los aliados de la necesidad de sacar a las masas a la calle para patentizar el respaldo popular del gobierno en aquellos momentos en que era tan necesario hacerlo. Esto expresaba una concepción falsa acerca del trabajo de frente único, concepción que colocaba al Partido a la zaga de sus propios aliados.

En tercer lugar, por las mismas falsas concepciones, el Partido no realizó la debida crítica del gobierno del coronel Arbenz, en el cual, como bien se sabe, no todos sus miembros eran sinceramente demócratas y antimperialistas, por el contrario, junto a los elementos que tenían una posición democrática se movían los elementos reaccionarios y proimperialistas, los desfalcadores del tesoro público, los traidores como Elfecho H. Monzón, ministro sin cartera, Luis Ángel Sánchez, ministro de la Defensa y tantos otros más que tenían igual o parecida actitud, en forma abierta o solapada. Algunos de los males del gobierno de Arbenz se veían con indiferencia por el Partido considerándolos simples "males propios de un régimen burgués", cuando precisamente por serlo los comunistas debimos practicar una justa crítica de los mismos, con lo cual se conseguía, entre otras cosas, educar a las masas trabajadoras, en primer lugar, a la clase obrera.

En cuarto lugar, como ya lo hemos dicho, el Partido permitió que la burguesía ejerciera sobre él cierta influencia nociva, influencia que por la debilidad teórica y política del Partido era tanto más perjudicial y que se manifestó no sólo en la base sino que hasta en determinadas opiniones políticas de algunos de los principales dirigentes del Partido. Aquella influencia actuó como un freno de la actividad del Partido y no siempre la dirección del Partido supo descubrirla y combatirla a tiempo.

Sabiendo que la posición democrática y antimperialista del presidente Arbenz no era compartida por una parte muy importante de su gobierno, el Partido siguió la política de vigorizar el respaldo de las masas a Arbenz como una manera de afirmar la posición de éste en el seno de su gobierno y frente al ejército, pero el Partido cometió el error de no levantar al mismo tiempo ante las masas al Comité Central y a los principales dirigentes del Partido, por lo cual se mantuvo en las masas la concepción de Arbenz como jefe de la revolución, lo que hizo perder de vista que Arbenz era, a pesar de su respeto por las promesas que había hecho al pueblo, de su consecuencia y del arraigo de sus convicciones democráticas, un exponente y un líder de la burguesía nacional que no podía por sí solo decidir sobre su propia clase.

El Partido subestimó la necesidad de elaborar y practicar una política de frente único con los católicos, no prestó suficiente atención a la réplica a la calumniosa campaña reaccionaria que presenta a los comunistas como enemigos de la libertad de conciencia y a los cultos religiosos, campaña llevada a cabo con notorio desparpajo por los dirigentes de ideología fascista de la Iglesia Católica, cuyas vinculaciones con los monopolios ex-

tranjeros, con la burguesía reaccionaria y con los terratenientes feudales no fueron desenmascaradas oportunamente por nuestro Partido. Por ello el clero reaccionario pudo movilizar con relativa facilidad a algunos sectores católicos en favor de la intervención extranjera.

Guatemala: la posición de los trotskistas*

Poco antes del golpe de las fuerzas pronorteamericanas en Guatemala (junio de 1954), el trotskista latinoamericano Ismael Frías publicaba en la revista Cuarta Internacional un análisis de la situación seguido de propuestas concretas para el movimiento obrero: constitución de comités de soldados para depurar al ejército, organización de milicias bajo la dirección de los sindicatos, etcétera. El artículo contiene también una interpretación de la naturaleza contradictoria e inestable del régimen de Arbenz y de las razones por las cuales no gozaba del apoyo de la burguesía.

Defender a Guatemala en contra del imperialismo es una tarea para los marxistas revolucionarios y las organizaciones obreras del mundo entero, sobre todo de América Latina. La forma más efectiva de esta defensa es la lucha revolucionaria anticapitalista en nuestro propio país; pero también tenemos que movilizar a los trabajadores para acciones específicas de solidaridad con el pueblo guatemalteco: mítines de protesta, huelgas, boicots y, en caso de intervención militar imperialista, organización de brigadas internacionales. Además, el carácter mundial de la lucha de clases y las tradiciones del internacionalismo proletario nos imponen otro deber: estudiar las experiencias de la revolución guatemalteca, ayudar a construir la vanguardia del proletariado de Guatemala y cooperar en la elaboración de su programa, su estrategia y sus tácticas. [...]

LA MOVILIZACIÓN REVOLUCIONARIA DE LAS MASAS

Guatemala es algo más que una semicolonía norteamericana: es una semicolonía norteamericana que empezó su revolución ant imperialista.

La huelga exitosa y la insurrección popular del 20 de octubre de 1944 y el triunfo electoral de Juan José Arévalo, menos de seis meses después, fueron manifestaciones del ascenso revolucionario que se produjo en toda América Latina. En esta misma época, movimientos de masas similares llevaron al poder a Villaroel en Bolivia, a Betancourt en Venezuela, a Bus-

* Ismael Frías, "La Révolution guatémalteque" en *Quatrième Internationale*, vol. 12, n. 3-5, marzo-mayo de 1954.

tamente en Perú, a Perón en Argentina, etcétera. ¿Por qué, en los años que siguieron, el gobierno impuesto por las masas de Guatemala no fue derrocado como lo fueron casi todos los demás? Esto se debió al extraordinario dinamismo revolucionario de los obreros y campesinos guatemaltecos que rechazaron una tras otra veintinueve insurrecciones reaccionarias. En *A New Day in Guatemala*, Samuel Guy Inman escribe con razón: "El primer movimiento obrero organizado fue lo que permitió al presidente Arévalo terminar su periodo de seis años". Durante la más grave insurrección reaccionaria, que tuvo lugar tras el asesinato del coronel Federico Arana, tres mil soldados armados con fusiles obligaron a los rebeldes a rendirse después de varios días de combate, cuenta Inman en la obra citada.

Robert M. Hallet, en el *Christian Science Monitor* del 8 de enero de 1953, describe muy claramente la situación bajo el gobierno de Jacobo Arbenz. Leemos en este órgano: "Los partidos que apoyan al gobierno Arbenz tienen una base muy poco sólida, su lealtad es incierta y están divididos por intensas rivalidades. No brindan una base política firme. Las únicas fuerzas coherentes son las del movimiento obrero y las del Partido Comunista, que actualmente se confunden. Así, en términos más sencillos, el gobierno no puede mantenerse sin el apoyo de la clase obrera unida bajo la bandera de la Confederación General de Trabajadores de Guatemala".

La movilización revolucionaria de los campesinos arrancó al gobierno la ley de la reforma agraria. El proceso actual de nueva distribución de la tierra es, por consiguiente, una transformación revolucionaria aún inacabada de las relaciones de propiedad agraria, empezada y continuada por los propios campesinos conjuntamente con el proletariado urbano. Volveremos a esta cuestión más adelante.

La unificación de la clase obrera guatemalteca en la Confederación General de Trabajadores de Guatemala (CGTG) y las grandes huelgas de estos últimos años, como la de los ferrocarrileros (1951), de los trabajadores de Tiquisate, de los obreros del puerto de Puerto Barrios, de los trabajadores de la Pan American Airways, de los bananeros del norte, etcétera, completan el cuadro de la progresión revolucionaria de las masas en Guatemala.

LA REFORMA AGRARIA

Veamos rápidamente cuál era la situación agraria en Guatemala antes de la reforma.

Hasta el 17 de junio de 1952, fecha de la promulgación del decreto 900, un 2.2% de los propietarios de terrenos poseían más del 70% de la tierra, mientras que el 76% poseía menos del 10%; veintidós grandes propietarios poseían 528 000 hectáreas, cuando doscientos cincuenta y nueve mil individuos sólo disponían de 327 000 hectáreas. Los campesinos pobres eran

víctimas de la usura más descarada; una encuesta realizada por Joaquín Noval reveló que la tasa legal de interés alcanzaba en ciertas regiones hasta el 35% al mes y, en casos excepcionales, hasta el 175% mensual. Estas cifras pueden darnos una idea del infierno que era la vida rural en Guatemala.

La transformación revolucionaria del campo sólo está empezando: un año después de la reforma agraria, se habían redistribuido 296 000 hectáreas de propiedad nacional (antigua propiedad alemana nacionalizada durante la segunda guerra mundial) y 151 000 hectáreas de propiedad privada (mediante indemnización pagada en Bonos de la Reforma Agraria), que benefició a más de ciento diez mil campesinos. De las 119 680 hectáreas, 19 áreas y 39 centiáreas, propiedad de la United Fruit Co., se expropiaron 83 929 hectáreas, 24 áreas y 74 centiáreas que no cultivaba, a cambio de indemnización prevista en Bonos, naturalmente.

El artículo primero de la ley declara que la reforma agraria "tiene por objeto liquidar la propiedad feudal en el campo y las relaciones de producción que de ella derivan y suprimir la forma de explotación y los métodos capitalistas de producción en la agricultura y preparar la vía a la industrialización de Guatemala". ¡Una utopía dentro del sistema capitalista en la época del imperialismo! Pero la ley es inconsecuente incluso en la búsqueda de su utopía: el artículo diez exceptúa de la expropiación los "inmuebles rurales de hasta noventa hectáreas, veinticinco áreas y trece centiáreas (dos caballerías) ya estén o no cultivadas" y los "inmuebles rurales de más de noventa hectáreas, veinticinco áreas y trece centiáreas (dos caballerías) y de menos de doscientas hectáreas, setenta y cinco áreas y cuarenta centiáreas (seis caballerías) de las cuales las dos terceras partes están cultivadas"; además las tierras de la United Fruit Co., se liberan de la expropiación en virtud del párrafo "D" del mismo artículo que exceptúa "las tierras en toda propiedad o arrendadas en las cuales están establecidas empresas agrícolas para cultivos técnicos o económicos tales como el café [...] los plátanos [...] o demás artículos cuya producción está destinada a satisfacer las necesidades del mercado interior o exterior".

Como lo hemos dicho más arriba, los campesinos han empezado la reforma agraria y manifiestan la tendencia a llevarla a cabo hasta el final por sus propios medios. Es lo que demuestra la noticia siguiente publicada en el *Christian Science Monitor* del 23 de enero de 1953: "Volle, Guatemala. La policía dice que campesinos armados de cuchillos, en el sureste de Guatemala, aplican por su cuenta la ley de reforma agraria, al tomar propiedades cultivadas. Se informa que unos cuatrocientos obreros agrícolas, armados de machetes, se adueñaron de la tierra en la zona de Asunción Mita cerca de la frontera con Salvador". Casos como éste se han producido por docenas desde entonces.

LA BURGUESÍA Y EL GOBIERNO

El gobierno Arbenz es un gobierno burgués. No debe haber confusión a este respecto si queremos comprender lo que sucede en Guatemala. El propio José Manuel Fortuny, secretario general del Partido Comunista (ahora llamado Partido Guatemalteco del Trabajo), reconoce en su Informe sobre la actividad del Comité Central en el Segundo Congreso del Partido, el 11 de diciembre de 1952, que "el gobierno Arbenz [...] es un gobierno de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía que sirve los intereses nacionalistas de la burguesía y dirige su acción revolucionaria contra el feudalismo". Lo que Fortuny calló, y que en calidad de stalinista sólo podía callar, es que la burguesía guatemalteca dista de apoyar totalmente a su propio gobierno, en particular en lo que se refiere a las medidas revolucionarias que tuvo que tomar bajo la presión de las masas y, sobre todo, a sus esfuerzos osados por apoyarse en esas masas para resistir al imperialismo. El gobierno Arbenz es un gobierno burgués bonapartista que, aunque defiende los intereses generales de la burguesía, se mantiene en equilibrio entre ella y las masas y entre éstas últimas y el imperialismo, logrando así una relativa independencia. En su artículo "La administración obrera en la industria nacionalizada", León Trotsky, estudiando el gobierno de Cárdenas, escribía: "El gobierno oscila entre el capital extranjero y el capital doméstico, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente potente. Esto confiere a este gobierno un carácter bonapartista *sui generis*, un carácter distintivo. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar [...] maniobrando con el proletariado hasta hacerle concesiones y obteniendo así la posibilidad de cierta independencia para con los capitalistas extranjeros". El gobierno Arbenz pertenece a esta categoría.

La diferencia entre el gobierno actual y el de Arévalo consiste en que el gobierno Arbenz está sometido a una presión popular mucho más fuerte que lo obliga a hacer mayores concesiones a los trabajadores. En su Informe citado más arriba, Fortuny revela gran parte de la verdad cuando dice: "la nueva correlación de fuerzas y el cambio de gobierno se caracterizaron por una organización y una movilización popular más importantes [que] permitieron al gobierno Arbenz ser más independiente [...]"

No debemos hacernos ilusiones acerca de la capacidad antimperialista de la burguesía guatemalteca y, por consiguiente, de su gobierno. El mismo Fortuny lo dice en su Informe, varias veces citado: "El hecho de que una pequeña parte de la burguesía de Guatemala resista al imperialismo e incluso se preocupe por la defensa de la soberanía nacional no impide que la burguesía de Guatemala en general, débil y naciente, no esté dispuesta a defender los intereses nacionales ya que coloca sus relaciones con el imperialismo por encima de los intereses de la nación".

Un gobierno como el de Arbenz es eminentemente transitorio ya que re-

presenta un factor de equilibrio social inestable. O bien es derribado por el imperialismo y los feudales-burgueses idogoristas, o bien deja su lugar al gobierno obrero-campesino, o sea a un gobierno formado por el Partido Comunista, la Confederación General de los Trabajadores y la Confederación Nacional Campesina, gobierno que emanciparía realmente al país del imperialismo y completaría la reforma agraria. Es obvio que los marxistas revolucionarios de Guatemala deben luchar incansablemente por esta última solución.

Mientras tanto, nuestro deber es defender al gobierno Arbenz con las armas en la mano, contra cualquier ataque de la contrarrevolución proyanqui. Esto, naturalmente, no significa que debamos otorgarle el menor apoyo político, que debamos esconder sus límites y su carácter efímero o que sembramos ilusiones acerca de su capacidad para dirigir la lucha antimperialista. En esto precisamente se diferencian los marxistas revolucionarios y los burócratas oportunistas como Fortuny: los primeros dicen la verdad a los obreros, los preparan para defender al gobierno contra la reacción y a reemplazarlo por su propio gobierno, los segundos engañan a los obreros y los desorientan impidiéndoles prepararse para una u otra tarea.

EL PARTIDO GUATEMALTECO DEL TRABAJO (EX PARTIDO COMUNISTA)

El partido stalinista agrupa a la vanguardia del proletariado guatemalteco. En el *Informe* que ya citamos tantas veces, Fortuny dice: "Hay actualmente en el Partido un 60% de obreros y demás trabajadores, un 13% de campesinos y un 27% que provienen de las clases medias de la sociedad. Los obreros y los campesinos forman juntos un 73%, lo que significa que el Partido fortaleció enormemente su composición proletaria y de campesinos-trabajadores". La gran afluencia de obreros a sus filas se explica por el hecho de que el Partido se presenta como el único revolucionario en Guatemala. Actualmente su periódico *Tribuna Popular* tiene una circulación estimada en diez mil ejemplares. La penetración del partido en las masas es muy eficaz y se realiza a través de la CGTG y la CNC, organizaciones nacionales del proletariado y del campesinado guatemaltecos.

La autocrítica de Fortuny en su *Informe*, al mismo tiempo que nos permite conocer la política oportunista del Partido durante el gobierno de Arévalo, es un indicio de la existencia de un ala izquierda opuesta a esta política, única explicación de su franqueza y de sus capacidades. Fortuny ha reconocido tres errores fundamentales: 1) "A partir de algunas de nuestras formulaciones podría concluirse que nuestro Partido preconiza el desarrollo capitalista para Guatemala [...] y que creemos históricamente inevitable un largo periodo de desarrollo capitalista en Guatemala"; 2) "no haber subrayado con bastante nitidez y firmeza el papel dirigente del proletariado en la presente etapa de lucha por la liquidación del feudalismo y

por la independencia nacional"; y 3) "haber juzgado superficialmente el proceso democrático de Guatemala empezado en 1944, al grado de apreciar y definir este movimiento como si fuera ya la revolución democrático-burguesa antimperialista en Guatemala".

Por supuesto, su "autocrítica" no le impide volver a los caminos trillados, evitando las contradicciones flagrantes tan sólo gracias a la imprecisión de los términos que emplea. Por ejemplo, cae en los mismos errores cuando dice que "nosotros los comunistas reconocemos que, debido a sus condiciones especiales, el desarrollo de Guatemala deberá realizarse por un tiempo por el camino del capitalismo"; sin embargo, ¿acaso un país retrasado puede desarrollarse, en la época de la decadencia del imperialismo, en los moldes del capitalismo? Más lejos nos dice que "el Partido Comunista de Guatemala [...] apoya también al gobierno democrático de Arbenz, pero no se integra a él [...] no pertenece al gobierno". ¿Qué pasa en todo esto con "el papel dirigente del proletariado"? Apoyar políticamente al gobierno ¿no significa acaso reconocer su dirección? En lo que se refiere al "error" cometido con el gobierno de Arévalo, es exactamente el mismo que comete ahora con el gobierno de Arbenz.

Como en cualquier partido stalinista, ya no se conoce la democracia interna de tipo leninista. El mismo Fortuny se ve obligado a reconocerlo cuando admite que "el empleo reducido de la crítica y de la autocrítica" se debe "en parte al temor de ciertos camaradas", y cuando insiste en que "los camaradas no deben temer en absoluto desarrollar la crítica".

LAS TAREAS DE LOS MARXISTAS REVOLUCIONARIOS EN GUATEMALA

Los marxistas que entienden que la política oportunista de los dirigentes del partido guatemalteco del trabajo no es únicamente un fenómeno nacional, sino que se origina en los intereses y la política contrarrevolucionaria de la burocracia stalinista rusa, los marxistas que aprendieron a distinguir entre el comunismo de Lenin y Trotsky y el stalinismo, tienen como deber esencial asentar las bases del programa revolucionario del proletariado guatemalteco mediante un estudio concienzudo de las relaciones de clase en Guatemala. Naturalmente, sólo podemos esbozar aquí los elementos más esenciales de este programa; lo hacemos como contribución a este trabajo indispensable.

Como lo vimos al principio, los salarios de los trabajadores de Guatemala son los más bajos de América Latina. La primera reivindicación de los proletarios urbanos y rurales debe ser EL SALARIO MÍNIMO VITAL FIJADO POR LAS ORGANIZACIONES OBRERAS Y CAMPESINAS. Pero la constante alza del costo de la vida, que aniquilaría muy rápidamente los aumentos, impone la institución de la ESCALA MÓVIL, o sea el aumento automático de los salarios proporcionalmente al aumento de los precios. La amenaza de una crisis

del capitalismo norteamericano que provocaría la crisis de la economía de Guatemala y el desempleo para decenas de miles de trabajadores guatemaltecos, vuelve urgente la adopción de consignas contra el lock-out: NO ACEPTAR DESPIDOS MASIVOS; establecer la ESCALA MÓVIL de las horas de trabajo o sea la disminución de la jornada sin disminución de los salarios y el reparto del trabajo existente entre todos los obreros para evitar el desempleo. Si las empresas, nacionales o imperialistas, se niegan a aceptar estas reivindicaciones pretextando pérdidas, hay que ABRIR LOS LIBROS DE CONTABILIDAD PARA QUE LOS EXAMINEN LOS SINDICATOS; organizar EL CONTROL OBRERO DE LA PRODUCCIÓN Y NACIONALIZAR SIN INDEMNIZACIÓN LAS EMPRESAS QUE PROCEDEN AL LOCK-OUT. Es obvio que para llevar a buen término la lucha por estos medios, hay que establecer la DEMOCRACIA SINDICAL Y LA INDEPENDENCIA DE LOS SINDICATOS FRENTE AL GOBIERNO.

La realización de la reforma agraria debe pasar a manos de COMITÉS DEMOCRÁTICOS DE CAMPESINOS POBRES, TRABAJADORES AGRÍCOLAS Y GAÑANES. Hay que reunir un gran CONGRESO NACIONAL DE CAMPESINOS POBRES, TRABAJADORES AGRÍCOLAS Y GAÑANES para REVISAR RADICALMENTE LA LEY DE REFORMA AGRARIA, ANULAR EL PAGO DE INDEMNIZACIONES A LOS GRANDES TERRATENIENTES Y ASUMIR EL CONTROL DEL BANCO NACIONAL DE CRÉDITO AGRÍCOLA.

Guatemala no se volverá independiente mientras no proceda a la NACIONALIZACIÓN SIN INDEMNIZACIÓN Y BAJO CONTROL OBRERO DE LAS TIERRAS E INSTALACIONES DE LA UNITED FRUIT COMPANY, DE LA INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA Y DE OTRAS EMPRESAS IMPERIALISTAS, mientras no establezca el MONOPOLIO ESTATAL DEL COMERCIO EXTERIOR y no intensifique SUS RELACIONES COMERCIALES CON LA URSS, CHINA Y LAS "DEMOCRACIAS POPULARES".

La única garantía eficaz contra las insurrecciones reaccionarias es la DEMOCRATIZACIÓN DEL EJÉRCITO Y ARMAR AL PUEBLO. Hay que constituir COMITÉS DE CLASES Y SOLDADOS PARA LA DEPURACIÓN DE LOS OFICIALES ANTIDEMOCRÁTICOS y proceder a la ELECCIÓN DE LOS OFICIALES POR LA TROPA. Hay que ARMAR A LOS OBREROS Y A LOS TRABAJADORES DEL CAMPO organizándolos en MILICIAS BAJO LA EXCLUSIVA DIRECCIÓN DE LOS SINDICATOS.

La lucha por estos medios no tiene sentido si no se combina con la lucha por el GOBIERNO OBRERO Y CAMPESINO, por un GOBIERNO FORMADO POR EL PARTIDO GUATEMALTECO DEL TRABAJO, LA CONFEDERACIÓN GENERAL DE LOS TRABAJADORES DE GUATEMALA Y LA CONFEDERACIÓN NACIONAL CAMPESINA, en base a organismos democráticos locales y a fin de llevar a cabo el programa revolucionario [...]

Marzo de 1954

V. DESPUÉS DEL XX CONGRESO

PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL, *Por el desarrollo económico capitalista en Brasil**

Después del final de la guerra fría y en particular después del XX Congreso del PC soviético, se inicia una reorientación del comunismo latinoamericano. Se criticará la política de los años 1949-54 como sectaria e izquierdista y se seguirá una orientación mucho más moderada, cuyo eje principal es la tesis de una "vía pacífica" de la revolución. También se observa cierto acercamiento a las concepciones desarrollistas que predominaban entonces en los medios políticos y universitarios de América Latina. Los extractos adjuntos pertenecen a una declaración del PC brasileño de marzo de 1958, que presenta de modo claro y sistemático la idea central de este nuevo periodo: el desarrollo capitalista corresponde a los intereses de todo el pueblo, la contradicción principal es la que existe entre la nación en desarrollo y el imperialismo norteamericano.

Observemos de paso que el texto insiste también en la importancia de las "supervivencias feudales" como freno al desarrollo capitalista del país.

Los documentos del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética motivaron en las filas de nuestro partido una intensa discusión, en el curso de la cual fueron sometidos a crítica los graves errores de carácter dogmático y sectario de la orientación política del Partido.

El examen de estos errores y la necesidad de superarlos condujeron al comité central del Partido Comunista del Brasil a trazar una nueva orientación política, que se expone en la presente declaración. Al hacerlo, el comité central consideró la experiencia pasada del partido y las modificaciones esenciales ocurridas en la situación de Brasil y del mundo.

El comité central espera que, en el proceso de su aplicación práctica, la política aquí trazada sea sometida a comprobación y enriquecida por la experiencia del Partido y del pueblo brasileño [...]

* *Declaração sobre a política do Partido Comunista do Brasil, Rio de Janeiro, março de 1958, pp. 3, 14-16, 24-26.*

SE PROFUNDIZA LA CONTRADICCIÓN ENTRE LA NACIÓN BRASILEÑA Y EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Las modificaciones en la situación económica y política del país, así como en la situación internacional, determinan importantes alteraciones en la disposición de las fuerzas sociales y definen el camino hacia la solución de los problemas de la revolución brasileña.

Como consecuencia de la explotación imperialista norteamericana y de la permanencia del monopolio de la tierra, la sociedad brasileña está sometida, en la etapa actual de su historia, a dos contradicciones fundamentales. La primera es la contradicción entre la nación y el imperialismo norteamericano y sus agentes internos. La segunda es la contradicción entre las fuerzas productivas en desarrollo y las relaciones de producción semi-feudales en la agricultura. El desarrollo económico y social del Brasil hace necesaria la solución de estas dos contradicciones fundamentales.

La sociedad brasileña encierra también la contradicción entre el proletariado y la burguesía, que se expresa en las diversas formas de la lucha de clases entre obreros y capitalistas. Pero esta contradicción no exige una solución radical en la etapa actual. En las condiciones presentes de nuestro país, el desarrollo capitalista corresponde a los intereses del proletariado y de todo el pueblo.

La revolución en Brasil, por consiguiente, no es aún socialista, sino antimperialista y antifeudal, nacional y democrática. La solución completa de los problemas que ella plantea debe conducir a la total liberación económica y política de la dependencia con respecto al imperialismo norteamericano; a la transformación radical de la estructura agraria, con la liquidación del monopolio de la tierra y de las relaciones precapitalistas de trabajo; al desarrollo independiente y progresista de la economía nacional y a la democratización radical de la vida política. Estas transformaciones removerán las causas profundas del atraso de nuestro pueblo y crearán, con un poder de las fuerzas antimperialistas y antifeudales bajo la dirección del proletariado, las condiciones para la transición al socialismo, objetivo no inmediato, sino final, de la clase obrera brasileña.

En la situación actual del Brasil el desarrollo económico capitalista entra en conflicto con la explotación imperialista norteamericana, profundizándose la contradicción entre las fuerzas nacionales y progresistas en crecimiento y el imperialismo norteamericano, que obstaculiza su expansión. En estas condiciones, la contradicción entre la nación en desarrollo y el imperialismo norteamericano y sus agentes internos, se ha transformado en la contradicción principal de la sociedad brasileña.

El golpe principal de las fuerzas nacionales, progresistas y democráticas se dirige, por ello, actualmente, contra el imperialismo norteamericano y los entreguistas que lo apoyan. La derrota de la política del imperialismo norteamericano y de sus agentes internos abrirá el camino para la solución

de todos los demás problemas de la revolución nacional y democrática en Brasil.

Para realizar su política de explotación y de vinculación de nuestro país a sus planes guerreros, el imperialismo norteamericano cuenta con el apoyo de sectores de latifundistas y de sectores de la burguesía. Sirven al imperialismo norteamericano los latifundistas que están ligados, por sus intereses, a la explotación imperialista, numerosos intermediarios del comercio exterior, los socios de empresas controladas por el capital monopolista norteamericano y determinados agentes de negocios bancarios y comerciales.

Estos sectores —una minoría verdaderamente ínfima— constituyen las fuerzas entreguistas que, dentro y fuera de los órganos del Estado, sostienen la política de dependencia con respecto al imperialismo norteamericano.

Al enemigo principal de la nación brasileña se oponen, por lo tanto, fuerzas muy amplias. Estas fuerzas incluyen al proletariado, el luchador más consecuente por los intereses generales de la nación; los campesinos, interesados en liquidar una estructura retrógrada que se apoya en la explotación imperialista; la pequeña burguesía urbana, que no puede expandir sus actividades en virtud de los factores de atraso del país; la burguesía, interesada en el desarrollo independiente y progresista de la economía nacional; los sectores de latifundistas que están en contradicción con el imperialismo norteamericano, a raíz de la disputa en torno a los precios de los productos de exportación, a la competencia en el mercado internacional o a la acción extorsiva de las firmas norteamericanas y de sus agentes en el mercado interno; los grupos de la burguesía ligados a monopolios imperialistas rivales de los monopolios de Estados Unidos y que son perjudicados por éstos.

Son fuerzas, por consiguiente, extremadamente heterogéneas por su carácter de clase. Incluyen desde el proletariado, que tiene interés en las más profundas transformaciones revolucionarias, hasta partes de las fuerzas más conservadoras de la sociedad brasileña. Su consecuencia en la lucha contra el imperialismo norteamericano no puede ser evidentemente la misma, aunque todas esas fuerzas poseen motivos para unirse contra la política de sumisión al imperialismo norteamericano. Cuanto más amplia sea esta unidad, mayores serán las posibilidades de infligir una derrota completa a aquella política y garantizar un curso independiente, progresista y democrático al desarrollo de la nación brasileña. [...]

EL FRENTE ÚNICO Y LA LUCHA POR UN GOBIERNO NACIONALISTA Y DEMOCRÁTICO

Las tareas impuestas por la necesidad del desarrollo independiente y progresista del país no las puede resolver ninguna fuerza social aisladamente. De esto se desprende la exigencia objetiva de la alianza entre todas las

fuerzas interesadas en la lucha contra la política de sumisión al imperialismo norteamericano. La experiencia de la vida política brasileña ha demostrado que las victorias antimperialistas y democráticas sólo se pudieron obtener mediante la acción en frente único de estas fuerzas [...]

Siendo inevitablemente heterogéneo, el frente único nacionalista y democrático encierra contradicciones. Por una parte, hay intereses comunes y, por lo tanto, hay unidad. Éste es un aspecto fundamental y explica la necesidad de la existencia del frente único, su capacidad de superar las contradicciones internas entre sus componentes. Por otra parte, hay intereses contradictorios y, por lo tanto, las fuerzas sociales integrantes del frente único se oponen en el terreno de ciertas cuestiones, esforzándose en hacer prevalecer sus intereses y sus puntos de vista.

El proletariado y la burguesía se alían en torno al objetivo común de luchar por un desarrollo independiente y progresista contra el imperialismo norteamericano. Aunque explotado por la burguesía, es de interés del proletariado aliarse a ella, toda vez que sufre más las consecuencias del atraso del país y de la explotación imperialista que las del desarrollo capitalista. Entretanto, marchando unidos para alcanzar un objetivo común, la burguesía y el proletariado poseen también intereses contradictorios.

La burguesía se empeña en recoger para sí todos los frutos del desarrollo económico del país, intensificando la explotación de las masas trabajadoras y lanzando sobre ellas el peso de las dificultades. Por ello, la burguesía es una fuerza revolucionaria inconsecuente, que vacila en ciertos momentos, tiende a los compromisos con los sectores entreguistas y teme a la acción independiente de las masas.

El proletariado tiene interés en el desarrollo antimperialista y democrático consecuente.

A fin de asegurarlo, al mismo tiempo que lucha por la causa común de todas las clases y capas que se oponen a la explotación imperialista norteamericana, el proletariado defiende sus intereses específicos y los de las vastas masas trabajadoras y lucha por las amplias libertades democráticas que faciliten la acción independiente de las masas. El proletariado debe salvaguardar, por ello, su independencia ideológica, política y organizativa dentro del frente único.

Es indispensable, mientras tanto, no perder de vista jamás que la lucha dentro del frente único es diferente, en principio, de la lucha que el frente único libra contra el imperialismo norteamericano y las fuerzas entreguistas. En este último caso, el objetivo consiste en aislar al enemigo principal de la nación brasileña y derrotar su política. Ya la lucha del proletariado dentro del frente único no tiene por fin aislar a la burguesía ni romper la alianza con ella, sino que se dirige a defender los intereses específicos del proletariado y de las vastas masas, ganando simultáneamente a la propia burguesía y a las demás fuerzas con el fin de aumentar la cohesión del frente único. Por librarse dentro del frente único, esta lucha debe ser conducida

de modo adecuado, a través de la crítica o de otras formas, evitando elevar las contradicciones internas del frente único al mismo nivel de la contradicción principal, que opone la nación al imperialismo norteamericano y sus agentes. Así, es preciso tener siempre en cuenta que las contradicciones de intereses y las divergencias de opinión dentro del frente único, aunque no deban ser ocultadas y lleguen a causar dificultades, pueden ser abordadas y superadas sin romper la unidad.

SILVIO FRONDISI, *Tesis de la izquierda revolucionaria en Argentina**

Algunas corrientes de izquierda revolucionaria surgen en ciertos países de América Latina en oposición a la orientación del movimiento comunista oficial: coexistencia pacífica a escala internacional, apoyo a partidos o gobiernos burgueses considerados como progresistas, etcétera. En Argentina, Silvio Frondizi (1907-1974), historiador y sociólogo marxista (próximo al trotskismo), constituye una pequeña organización que será la primera en llamarse MIR, Movimiento de la Izquierda Revolucionaria. Pensador original y vigoroso, autor de trabajos filosóficos, económicos y políticos importantes (La integración mundial del capitalismo, 1947. El Estado moderno, 1954, La realidad argentina, 1955-56, Interpretación materialista dialéctica de nuestra época, 1960, etcétera), abogado de los combatientes de la guerrilla encarcelados por el régimen militar argentino (1966-73), Silvio Frondizi será asesinado en 1974 por un grupo terrorista de extrema derecha (Triple A).

Los pasajes siguientes se tomaron de la respuesta a una encuesta sobre la izquierda argentina realizada hacia 1958-59.

PERONISMO

Para nosotros, el peronismo ha sido la tentativa más importante y la única de realización de la revolución democrático-burguesa en la Argentina, cuyo fracaso se debe a la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir con dicha tarea.

A través de su desarrollo, el peronismo ha llegado a representar a la burguesía argentina en general, sin que pueda decirse que ha representado de manera exclusiva a uno de sus sectores —industriales o terratenientes. Dicha representación ha sido directa, pero ejercida a través de una acción burocrática que lo independizó parcial y momentáneamente de dicha bur-

* "Contesta el doctor Silvio Frondizi", en *Las izquierdas en el proceso político argentino*, ed. Palestra, Buenos Aires, 1959, pp. 28-33, 40-46.

guesía. Ello le permitió canalizar en un sentido favorable a la supervivencia del sistema, la presión de las masas, mediante algunas concesiones determinadas por la propia imposición popular, la excepcional situación comercial y financiera del país, y las necesidades demagógicas del régimen. Precisamente, la floreciente situación económica que vivía el país al término de la segunda gran guerra, constituyó la base objetiva para la actuación del peronismo. Este contó, en su punto de partida, con cuantiosas reservas acumuladas de oro y divisas, y esperó confiadamente que la situación que las había creado mejorara constantemente, por la necesidad de los países afectados por la guerra y por un nuevo conflicto bélico que se creía inminente.

Una circunstancia excepcional y transitoria más, contribuyó a nutrir ilusiones sobre las posibilidades de progreso de la experiencia peronista. Nos referimos a la emergencia de una especie de interregno en el cual el imperialismo inglés vio disminuir su control de la Argentina, sin que se hubiera producido todavía el dominio definitivo y concreto del imperialismo norteamericano sobre el mundo y sobre nuestro país. Ello posibilitó cierto bonapartismo internacional —correlativo al que se practicó en el orden nacional—, y engendró en casi todas las corrientes políticas del país grandes ilusiones sobre las posibilidades de independencia económica y de revolución nacional.

La amplia base material de maniobras permitió al gobierno peronista, en primer lugar, planear y empezar a realizar una serie de tareas de desarrollo económico y de recuperación nacional, con todas las limitaciones inherentes a un intento de planificación en el ámbito capitalista. La estructura tradicional de la economía argentina no sufrió cambios esenciales; las raíces de su dependencia y de su deformación no fueron destruidas. Al agro no llegó la revolución, ni siquiera una tibia reforma. Fueron respetados los intereses imperialista, a los cuales incluso se llamó a colaborar, a través de las empresas mixtas. Tampoco se hicieron costear las obras de desarrollo económico al gran capital nacional e imperialista. El Primer Plan Quinquenal, en la medida que se realizó, fue financiado, ante todo, con los beneficios del comercio exterior. Por otra parte, a consecuencia de una serie de factores, aquella fuente primordial de recursos pronto se tornó insuficiente, y debió ser complementada con las manipulaciones presupuestarias y el inflacionismo abierto. A través de la inflación, los costos de la planificación económica peronista no tardaron en recaer también sobre la pequeña burguesía y el proletariado de las ciudades.

Pero durante su primer periodo de expansión y euforia, el peronismo tuvo también realizaciones en los distintos aspectos de la economía. En materia de transportes, se nacionalizaron los ferrocarriles y se incorporó nuevo material; la marina mercante argentina fue aumentada en sus efectivos y en el tonelaje total transportado. Hacia la misma época se fue dando gran impulso a la aviación, se completó la nacionalización de puertos, etcétera.

Otra realización recuperadora del peronismo en su periodo de auge ha sido la repatriación de la deuda pública externa. Se pretendió solucionar el problema de la energía en general y del petróleo en particular, pero sin atacar las cuestiones de fondo. Se tomaron una serie de medidas favorables a la industria y se apoyaron los rudimentos de una industria pesada estatizada, heredados del gobierno precedente, aumentando la participación estatal en la industria. La intervención directa del Estado en la industria tuvo una doble finalidad: tomar a su cargo tareas económicas necesarias que la endeble burguesía nacional no era capaz de realizar por sí sola y proporcionar a la burocracia bonapartista un nuevo resorte de poder y una importante fuente adicional de beneficios. La generosidad del crédito estatal fue otra de las formas de favorecer al capitalismo nativo-extranjero.

El mantenimiento de un grado apreciable de paz social ha sido una de las contribuciones más importantes del Estado peronista a la prosperidad de la burguesía agroindustrial argentina durante el primer periodo de expansión. La propia prosperidad general fue factor fundamental en la atenuación transitoria de las luchas clasistas argentinas. A ello se agregó la acción del Estado, que por un lado promovía una política de altos salarios, a la vez que subsidiaba a las grandes empresas para evitar que éstas elevaran exageradamente sus precios, y por otra parte encerraba a los trabajadores en un flexible pero sólido y eficiente mecanismo de estatización sindical.

Este balance realizado —que es nuestra posición desde hace varios años— nos ha evitado caer en los dos tipos de errores cometidos respecto al peronismo: la idealización de sus posibilidades progresistas, magnificando sus conquistas y disimulando sus fracasos; y, por el otro lado, la crítica negativa y reaccionaria de la "oposición democrática", que, v.gr., tachó al peronismo de fascismo.

El resultado de tal balance es la entrega del capitalismo nacional al imperialismo, a través de su personero gubernamental, el peronismo. En efecto: transcurridos los primeros años de prosperidad, entró a jugar con toda fuerza el factor crítico fundamental de los países semicoloniales: el imperialismo. Éste logró por diversos medios (dumping, relación de los términos de intercambio, etcétera) ir estrangulando paulatinamente a la burguesía nacional y su gobierno. Los diversos tratados celebrados con el imperialismo —verdaderamente lesivos para el país— culminaron el proceso de entrega. En fin, el balance de la experiencia nacional-burguesa del peronismo ha sido la crisis: estancamiento y retroceso de la industria, la caída de la ocupación industrial y de los salarios reales, el crónico déficit energético, la crisis de la economía agraria y del comercio exterior, la inflación, etcétera.

Yendo ahora a su aspecto político, el rasgo fundamental del peronismo estuvo dado por su aspiración de desarrollar y canalizar simultáneamente la creciente presión del proletariado en beneficio del grupo dirigente primero y de las clases explotadoras luego. De aquí que nosotros hayamos cali-

ficado al peronismo como bonapartismo, esto es, una forma intermedia, especialísima de ordenamiento político, aplicable a un momento en que la tensión social no hace necesario aún el empleo de la violencia, que mediante el control del aparato estatal tiende a conciliar las clases antagónicas a través de un gobierno de aparente equidistancia, pero siempre en beneficio de una de ellas, en nuestro caso la burguesía.

El capitalismo, frente a la irrupción de las masas populares en la vida política, y sin necesidad inmediata de barrer con la parodia democrática que la sustenta, trata de canalizar esas fuerzas populares. Para ello necesita favorecer, por lo menos al comienzo, a la clase obrera con medidas sociales, tales como aumento de salario, disminución de la jornada de trabajo, etcétera. Pero como estas medidas son tomadas, por definición, en un período de tensión económica, el gran capital no está en condiciones materiales y psicológicas de soportar el peso de su propia política. Lógico es, entonces, que lo haga incidir sobre la clase media, la que rápidamente pierde poder, pauperizándose. Con ello se agrega un nuevo factor al proceso de polarización de las fuerzas sociales.

La política de ayuda obrera referida se realiza, en realidad, en muy pequeña escala, si es que alguna vez se realiza, dándosele apariencia gigantesca por medio de supuestas medidas de todo orden.

Las consecuencias de este demagogismo son fácilmente previsibles: dislocan aún más el sistema capitalista, anarquizándolo y por lo tanto, acelerando su proceso crítico. Además, la política demagógica relaja la capacidad de trabajo de los obreros, lo que explica que cuando el capitalismo necesita readaptarlos para el trabajo intenso, tenga que emplear métodos compulsivos. Ésta es una nueva causa que explica el totalitarismo y una nueva demostración de que, en el actual período, el Estado Liberal carece tanto de posibilidad como de valor operativo.

El proceso demagógico presenta algunos resultados beneficiosos, particularmente en el orden social y político. Al apoyarse en el pueblo, desarrolla la conciencia de clase política del obrero. Creemos que el aspecto positivo fundamental del peronismo está dado por la incorporación de la masa a la vida política activa; en esta forma la liberó psicológicamente. En este sentido Perón cumplió el papel que Yrigoyen en relación a la clase media. Hizo partícipe al obrero, aunque a distancia, en la vida pública, haciéndole escuchar a través de la palabra oficial el planteamiento de los problemas políticos de fondo, tanto nacionales como internacionales.

Estos aspectos representados por el peronismo fueron los que lo volvieron peligroso a los ojos del gran capital. De aquí que nosotros hayamos dicho en el primer tomo de *La realidad argentina*, escrito en 1953, que Estados Unidos "necesita un gobierno de personalidades más formales" que las peronistas, permitiéndonos predecir "que llegado este momento (de profundas convulsiones sociales) el general Perón, instrumento del sistema capitalista en una etapa de su evolución, será desplazado".

La pérdida de la *base material de maniobra* del país y del peronismo restó a éste la posibilidad de continuar con su política, y fue la que condujo, en última instancia, a su caída.

La acusación de fascismo lanzada contra el régimen peronista carece de tanto fundamento como la posición que consideró a éste un movimiento de liberación nacional. Para demostrar que el mismo fue bonapartista y no fascista, será suficiente con indicar que se apoyó en las clases extremas, gran capital y proletariado, mientras la pequeña burguesía y en general la clase media, sufrió el impacto económico-social de la acción gubernamental.

Por el contrario, en el fascismo, la fuerza social de choque del gran capital, está constituida por la pequeña burguesía. Esta circunstancia explica que las persecuciones contra el proletariado bajo el régimen fascista, encierren tanta gravedad, ya que la acción represiva está a cargo de toda una clase. Es necesario distinguir entre dictadura clasista y dictadura política.

La torpe y reaccionaria acusación de fascismo, partió de la Unión Democrática, de triste recuerdo. Las fuerzas más oscuras de la política argentina, coaligadas en la Unión Democrática, en la que no faltó el apéndice izquierdista, no quisieron o no supieron comprender en su hora toda la importancia del nuevo fenómeno representado por el peronismo, y de su desprestigio e incapacidad cosechó éste para conquistar el poder. Así, nosotros pudimos predecir el triunfo del coronel Perón, en nuestro trabajo "La crisis política argentina".

El gran odio que le profesó la "oposición democrática" se debió a que su régimen destapó la olla podrida de la sociedad burguesa, mostrándola tal cual es. La juridicidad burguesa y la sacrosanta Constitución Nacional, perdieron su virginidad poniendo al descubierto su carácter de servidoras de una situación. Se destruyó la unidad del ejército y se colaboró en la descomposición de los partidos políticos, etcétera. En efecto, no fueron los rasgos negativos del peronismo los que verdaderamente separaban a la "oposición democrática"; como se ha visto después: el aventurerismo y la corrupción política, administrativa, etcétera, la "pornocracia"; la estatización y burocratización del movimiento obrero; la legislación represiva, hoy en vigor con más fuerza que nunca, etcétera. Asimismo, con la caída de Perón no se trató de corregir esos defectos, sino terminar con los excesos de su demagogismo, demasiado peligroso ya en un período de contracción económica. El golpe de Estado de 1955 cumple ese objetivo del gran capital nativo-extranjero [...]

Creemos que en Latinoamérica están dadas las condiciones para una revolución socialista, pero nos faltan todavía algunas condiciones subjetivas. Claro está que el análisis de esta situación significa resolver el grave problema —tal vez el más grave que enfrenta la revolución socialista en el mundo— sobre las relaciones entre masa, partido y dirección.

El M. I. Revolucionaria (Praxis) ha enfrentado y buscado solucionar estos problemas, mediante la formación de cuadros medios obreros, manuales e intelectuales, que puedan llegar a ser grandes conductores sociales. En esta forma, si algún día llega —como llegará— el ascenso revolucionario en el país, no se irá al fracaso, tal como sucedió en Bolivia por ejemplo, en el que las condiciones objetivas están maduras y poco o nada se hizo por la ausencia de una dirección numerosa y consciente.

El primer requisito de una dirección consciente reside en la firme creencia en la jerarquía de la masa obrera y en la necesidad de acatar los dictados de la magnífica capacidad creadora de las masas populares.

Debemos ahora dedicar la atención a los elementos de las otras clases que pueden integrarse con el proletariado en la lucha por la liberación del hombre. Ante todo, corresponde el estudio de la pequeña burguesía pauperizada.

Ésta sufre directamente las consecuencias de la concentración económica monopolista. La situación de esta subclase debe ser tenida especialmente en cuenta, por cuanto su posición intermedia la hace apta para cualquier desplazamiento social. Es necesario hacerle comprender que su porvenir está ligado a los intereses del proletariado, que puede liberarla de la opresión económica y social que sufre.

Junto a los elementos sociales examinados, debemos tener en cuenta también a sectores o individuos de la intelectualidad, que han esclarecido el problema social y se pasan al campo revolucionario.

La toma del poder por el proletariado con la colaboración de los demás elementos sociales tratados, produce un salto cualitativo. Aunque esta opinión es suficientemente clara, no siempre es bien comprendida, por la deformación social, intelectual y moral realizada a través de toda suerte de propaganda que empieza en la escuela primaria y acompaña al individuo durante toda su vida. De aquí que, cuando se piensa sobre las posibilidades y consecuencias de un cambio social, se lo hace dentro de los viejos moldes mentales y de acuerdo a las acostumbradas posibilidades. Y no es así: la toma del poder por el proletariado produce un salto cualitativo que abre inmensas posibilidades, no dadas en la formación anterior.

La clase obrera puede realizar dicha transformación gracias a su mayor independencia frente a la deformación producida por la sociedad capitalista. Por otra parte, el proletariado, al no compartir ciertas ventajas de la sociedad burguesa, tiene la suerte de no compartir muchas de sus deformaciones; tal es el caso de los convencionalismos sociales, que por ejemplo, aplastan la vida de la pequeña burguesía.

Debemos indicar un elemento más: la tremenda y creciente alienación sufrida por los trabajadores bajo el capitalismo, crea en ellos una legítima y a menudo inconsciente resistencia a todo posible esfuerzo productivo o creador, aun cuando ello implique mejoras inmediatas.

La transición a la nueva sociedad socialista encierra un problema im-

portante, porque es evidente que en el país no se han cumplido todos los aspectos de la revolución democrático-burguesa. Establecida esta conclusión, y la de que la burguesía ha caducado como fuerza capaz de realizarla y que es el proletariado como fuerza rectora el que debe encargarse de esta misión, el problema se resuelve pensando que ya no se trata de realizar la revolución democrático-burguesa como etapa cerrada en sí misma, como fin, sino de realizar tareas democrático-burguesas en la marcha de la revolución socialista.

Entre esas tareas inmediatas figura: la lucha contra el imperialismo, que sólo puede ser realizada por un partido marxista revolucionario que se fundamente en las masas. Además, será necesario resolver los graves problemas que impiden el desarrollo industrial y agrario del país. En el primer aspecto, deberán colocarse las grandes fuentes de producción en manos de la colectividad, dando en esta forma poderoso impulso a la acumulación económica. En el otro aspecto, el agrario, las fuerzas socialistas deberán realizar, no ya un paso o un salto adelante, sino la revolución agraria integral, cuya primera manifestación es la nacionalización de los latifundios. Esta nacionalización deberá realizarse, no para distribuirlos en forma de pequeña propiedad, sino para ser colectivizados, medida que permitirá, entre muchas otras cosas, el empleo masivo de la maquinaria agrícola.

Por supuesto, para la realización de tales tareas se requiere un cambio cualitativo en el aparato estatal. Éste no podrá estar en manos de un sector privilegiado de la sociedad, sino en manos de la colectividad social como tal; en otras palabras, implica el cambio del Estado por la Comunidad.

Solamente una organización socialista podrá resolver el problema de la libertad de conciencia, separando efectivamente la Iglesia del Estado, impidiendo que los intereses confesionales se entrometan, como lo pretenden, en los problemas político-sociales, en una tentativa de imposible regresión a la Edad Media.

En fin, la organización socialista de la sociedad es la única que puede asegurar al hombre su libertad, que no ha podido ser dada por los partidos tradicionales, ni al país ni a sus propias organizaciones. Para ello la nueva fuerza tendrá que asegurar al hombre la libertad política y espiritual.

Pero la revolución socialista tiene un sentido más, que es su internacionalización. Esto es importante porque distintas tendencias de izquierda propugnan aparentemente lo mismo, pero en realidad con un contenido y resultado totalmente distintos.

En efecto, los representantes de las corrientes pequeñoburguesas, ya sea en el campo burgués o en el marxista, sostienen también la tesis de la integración latinoamericana. El problema se circunscribe a saber si tal tarea puede ser realizada por las burguesías nacionales o por el contrario es tarea que cabe exclusivamente a las fuerzas que actúan en la revolución

socialista. Sostenemos la última alternativa, dado que: desde el punto de vista general, las burguesías nacionales son, por definición, nacionales, y han nacido, vivirán y morirán como tales. Y esto es tanto más válido en nuestra época, en que las burguesías, para poder sobrevivir, deben luchar a dentelladas entre ellas. A esta acción disociadora debe agregarse la función disolvente del imperialismo, creando o avivando antagonismos. Además de lo dicho, podría agregarse el aspecto histórico, es decir, la no realización de ninguna unidad internacional en manos de la burguesía, dado su carácter fundamentalmente competitivo.

La única posibilidad de realizar la unidad latinoamericana está dada por la toma del poder por las fuerzas socialistas. Solamente una clase libre de los intereses nacionales e internacionales que envuelven a la burguesía, puede realizar tal tarea. Tanta importancia asignamos a la internacionalización de la revolución para la supervivencia de un intento de socialismo en cualquier país latinoamericano, que creemos que debe ser una de las tareas centrales de toda revolución. Buena parte de sus energías y recursos debe ser destinada a esta finalidad. Los recursos que las burguesías nacionales y sus Estados sustraen a la comunidad y despilfarran sin sentido, deben ser destinados por la primera revolución socialista para la extensión y el triunfo revolucionario en los demás países latinoamericanos.

No es posible indicar dónde o en qué país se iniciará la lucha, pero es evidente que esta lucha ha de comenzar pronto. En cualquier forma nuestro país tiene una tarea importante y decisiva que cumplir: la consolidación de la revolución socialista latinoamericana se producirá, en efecto, con la revolución argentina. Esto será así, por el poderoso desarrollo relativo y el consiguiente peso específico que hemos adquirido en todos los órdenes de la actividad económica, ideológica, etcétera. En este orden de ideas, piénsese solamente en lo que significarán las vastas praderas argentinas, junto con las zonas montañosas ricas en yacimientos minerales de Brasil, Chile, Bolivia, Perú, etcétera, y se tendrá una idea de las enormes posibilidades que tiene esta parte del mundo para realizar una integración de carácter económico. Y decimos integración, porque, al quedar suprimida la competencia, tiende a ir dejando de funcionar la ley del desarrollo combinado.

Dicha integración económica centuplicará las fuerzas originales de los países que la realizarán. Por otra parte, todo nuevo país que se va sumando al proceso revolucionario asesta un golpe mortal al imperialismo desde varios puntos de vista. Lo obliga a dividir los recursos financieros y militares disponibles para la represión internacional. Le reduce el mercado para la producción e inversión, agudizando sus contradicciones sociales y políticas internas al restarle las bases materiales para el equilibrio relativo que varios imperialismos han gozado, en distinto grado durante décadas.

Tal es, a grandes rasgos, la perspectiva estratégica determinante de la enorme tarea que se ha impuesto el MIR (Praxis), a la que ha dado principio de ejecución mediante un trabajo práctico y teórico incansable. Cre-

emos que es hora ya de que la izquierda, abandonando viejas rivalidades y falsas posiciones, se decida a formar por fin, un gran frente para librar la batalla definitiva contra la opresión capitalista.

Si las viejas direcciones, que durante décadas han marchado separadas del proletariado argentino, insisten en optar, no entre los movimientos de izquierda, sino entre las distintas fracciones de la burguesía, llámense éstas Unión Democrática, peronismo o frondismo, serán entonces sus propias bases las que les den la espalda, cansadas de seguir dando vuelta a una noria que no conduce a ninguna parte. El dilema de la hora es bien claro: o socialismo revolucionario o dictadura burguesa. Que cada uno elija su lugar en la lucha.

VI. LA HISTORIA ECONÓMICA MARXISTA

SERGIO BAGÚ, *La economía colonial**

El historiador y economista argentino Sergio Bagú (también autor de trabajos sobre el materialismo histórico) es uno de los representantes más significativos de las ciencias sociales marxistas en América Latina. Sus obras de historia económica muestran que aun durante el periodo de hegemonía del dogmatismo más tosco, se hicieron trabajos marxistas serios. Economía de la sociedad colonial (1949) es un libro pionero, seguramente el primero que impugna, en forma sistemática, amplia y explícita, el esquema tradicional del "feudalismo latinoamericano", subrayando la dimensión capitalista de la colonización ibérica del continente.

ÍNDOLE DE LA ECONOMÍA COLONIAL

La determinación de la índole de la economía colonial es algo más que un tema estrictamente técnico. Afecta la interpretación misma de la historia económica y adquiere un alcance práctico inmediato si consideramos que la economía actual de los países latinoamericanos conserva aún muchas de las fundamentales características de su estructura colonial.

La estructuración económica de la sociedad colonial hispano-lusa va adquiriendo sus líneas definitivas a mediados del siglo xvi, las que se acentúan notablemente en los siglos posteriores. Al producirse la independencia de nuestros países, ya lleva el régimen colonial tres siglos largos de funcionamiento. En uno de ellos —Cuba— casi cuatro. Y en el más infortunado de todos —Puerto Rico— aún continúa en pie, bajo distinta insignia. Esta larga vigencia ayuda a explicar la honda huella colonial que los Estados independientes de América Latina heredan, mientras que en las colonias anglosajonas del norte el régimen imperial no alcanzó a vivir dos siglos, durante gran parte de los cuales estuvieron libradas a su propia suerte.

¿Qué índole de economía es ésta que españoles y portugueses organizan aquí, en medio de las enormes multitudes nativas de América y África? ¿Es feudalismo, decadente entonces en el continente viejo? ¿Es capitalismo, cuyo brillo y empuje documentan en la época el apogeo italiano y los nave-

* Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial*, ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1949, pp. 97-98, 103-4, 117-20, 142-43.

gantes ibéricos? ¿Es algo distinto de ambos, aunque de ambos recoja algunas de sus características básicas? [...]

Pero hay un hecho indudable, las colonias hispano-lusas de América no surgieron a la vida para repetir el ciclo feudal, sino para integrarse en el nuevo ciclo capitalista que se inauguraba en el mundo.

Fueron descubiertas y conquistadas como un episodio más en un vasto periodo de expansión del capital comercial europeo. Su régimen económico colonial fue organizado con miras al robustecimiento de las economías metropolitanas y al mercado colonial. Muy pocos lustros después de iniciada su historia propiamente colonial, la orientación que van tomando sus explotaciones mineras y sus cultivos agrícolas descubren a las claras que responden a los intereses predominantes entonces en los grandes centros comerciales del viejo mundo.

Con todo, no podemos dejar de advertir en la estructuración económico-social de nuestra América una conmixión de factores, de características aparentemente contrapuestas, que deben ser estudiadas en detalle para extraer de su visión panorámica un concepto amplio y nítido de la índole de la economía colonial. [...]

LA PRODUCCIÓN PARA EL MERCADO

Si alguna característica bien definida e incuestionable queremos encontrar en la economía colonial, es la de la producción para el mercado. Desde los primeros tiempos del régimen hasta sus últimos días, condiciona ella toda la actividad productiva.

Para el mercado internacional producen el *senhor de engenho* de Bahía, de Río y de San Vicente, desde mediados del primer siglo colonial; del mismo modo que los *mineiradores* de Minas Gerais y el Distrito Diamantino, que la corona portuguesa monopoliza, en el siglo xviii. Con el mismo destino se cultiva el algodón en Marañón, en el xviii y, hacia el fin de la era colonial, comienzan a extenderse los cafetales sureños. Para el mercado interno producen los *fazendeiros de gado* del noreste desde el xvi y, más tarde, sus competidores del sur. Para el mercado interno se cultivan cereales en distintas regiones. [...]

Las colonias hispano-lusas no sólo se incorporan rápidamente a la revolución comercial iniciada en Europa sino que llegan a constituir, en su conjunto, uno de sus elementos más importantes.

Por otra parte, síntomas hay abundantes del alto grado de sensibilidad comercial que va presidiendo el desarrollo económico de estas colonias. Cuando se advierte que un producto colonial puede ser lanzado en gran escala al mercado internacional, hay crédito, instrumentos y esclavos disponibles para estimular su producción; a veces, hay también armas dispuestas a conquistar la zona productora para usufructuar mejor sus riquezas.

La Dutch West India Company, que invade la costa noreste del Brasil en 1630, busca dominar las zonas del azúcar, producto por el cual existía de antiguo gran interés en Holanda, al punto de que en el siglo xvi ya se había constituido en este país una compañía para venderla. Está aún en posesión de esa franja costera de la colonia portuguesa, cuando su necesidad de obtener el producto en grandes cantidades le lleva a ofrecer a los colonos ingleses de Barbados todo lo que éstos necesitan —capital, implementos, negros, caña de azúcar— para que inicien en la isla el mismo cultivo y, después que las primeras tentativas fracasan porque el azúcar obtenido no es de buena calidad, hace venir a algunos colonos de Barbados a sus flamantes dominios brasileños para que allí aprendan a mejorar la técnica. Cuando los portugueses y los brasileños la expulsan de Brasil en 1654, Barbados ya ha comenzado a exportar azúcar a Europa, con gran beneplácito de los accionistas y directores de la compañía holandesa, sin cuya ayuda Barbados no se hubiera transformado en lo que después sería: un gigantesco latifundio azucarero.

En el siglo xviii —ya muy perfeccionada la técnica colonial del comercio internacional— los ejemplos como éste se multiplican. Los esclavistas estimulan la producción de azúcar en Cuba, abriendo créditos a los agricultores. La Companhia Geral do Comercio de Grao Pará e Maranhao abre crédito para la adquisición de esclavos e instrumentos de labranza, a los colonos de Marañón para estimular el cultivo del algodón, que los telares europeos buscan con insaciable avidez. La Compañía Guipuzcoana ofrece crédito a los pequeños agricultores de Venezuela para que se dediquen a producir cacao y otros frutos, que aquella coloca a buen precio en el viejo continente.

Bastan los casos expuestos para confirmar que la colonia hispano-lusa forma parte fundamental del ciclo capitalista mundial y se desarrolla como complementaria de la economía europea, razón por la cual los productos más solicitados en el viejo mundo son los que mayor auge cobran en el nuevo. El mercado colonial fue también mucho más importante de lo que nuestros historiadores del siglo xix habían supuesto, pero no puede equipararse, sin embargo, al europeo, en cuanto a la gravitación que ejerce en la configuración de la economía americana. [...]

LA ECONOMÍA COLONIAL COMO CAPITALISMO COLONIAL

Estamos ahora en condiciones de ofrecer una respuesta a los interrogantes que abrimos al iniciar el capítulo. El régimen económico luso-hispano del periodo colonial no es feudalismo. Es capitalismo colonial.

Cuando los historiadores y economistas dicen que el feudalismo, agonizante en Europa, revivió en América, se refieren a hechos ciertos: el traslado de algunas instituciones ya decadentes en el viejo mundo; el floreci-

miento de una aristocracia constituida por elementos desplazados de allá; ciertas características de las grandes explotaciones agrarias, ganaderas y mineras, que hemos analizado y que evocan las condiciones de dependencia de siervo a amo y la beligerancia señorial de la época feudal. Pero todos esos hechos no son suficientes para configurar un sistema económico feudal.

Por lo demás, el capitalismo colonial presenta reiteradamente en los distintos continentes ciertas manifestaciones externas que lo asemejan al feudalismo. Es un régimen que conserva un perfil equívoco, sin alterar por eso su incuestionable índole capitalista.

Lejos de revivir el ciclo feudal, América ingresó con sorprendente celeridad dentro del ciclo del capitalismo comercial, ya inaugurado en Europa. Más aún: América contribuyó a dar a ese ciclo un vigor colosal, haciendo posible la iniciación del periodo del capitalismo industrial, siglos más tarde.

La esclavitud no tiene nada de feudal y sí todo de capitalista, como creemos haberlo probado en el caso de nuestra América. Al integrarse dentro del ciclo comercial, la América luso-hispana recibió un formidable injerto africano. La mano de obra indígena y la otra de procedencia africana fueron los pilares del trabajo colonial americano. América y África —destiladas sus sangres por los alquimistas del comercio internacional— fueron indispensables para el deslumbrante florecimiento capitalista europeo.

CAIO PRADO JUNIOR, *La naturaleza económica de la colonización tropical**

Caio Prado Junior, eminente historiador brasileño y militante del Partido Comunista, es autor de varios libros de historia económica del Brasil que se han convertido en "clásicos". Él (junto con Bagú) fue uno de los primeros marxistas latinoamericanos que impugnó la tesis tradicional de los partidos comunistas sobre el carácter "feudal" de la economía colonial, en su libro Historia económica do Brasil, de 1951. Sin embargo, como él mismo lo explicará más tarde, sus descubrimientos científicos no alteraron de ningún modo las concepciones de su partido sobre la necesidad de una revolución "antifeudal" en el Brasil del siglo XX.

El texto que sigue es un análisis de las características propias de la colonización "tropical" (diferente de la de América del Norte) en América Latina en general y en Brasil en particular, subrayando su dimensión capitalista específica.

Imaginemos la Europa anterior al siglo xvi, aislada de los trópicos que no le eran accesibles sino de una forma indirecta y lejana. De hecho, aquella

* Caio Prado Junior, *Historia económica do Brasil*, ed. Brasiliense, São Paulo, 1959, pp. 20-23.

Europa estaba casi enteramente privada de productos que hoy pueden parecer secundarios por su banalidad. Pero entonces eran apreciados como artículos de lujo. Tomemos, por ejemplo, el azúcar: cultivada en mediana escala en Sicilia, no por ello dejaba de ser un artículo muy raro y muy buscado. Incluso, en ocasión de matrimonios regios, figuraba como una dote preciosa y muy estimada. La pimienta, importada de Oriente, fue durante muchos siglos uno de los principales productos comerciales de las repúblicas comerciantes italianas; durante largo tiempo, la larga y difícil ruta de las Indias no sirvió más que para el aprovisionamiento de Europa. El tabaco, originario de América y por consiguiente desconocido antes de los descubrimientos, no tendrá una importancia menor después de su comercialización. Lo mismo sucederá con el añil, el arroz, el algodón y tantos otros productos tropicales.

Esto nos permite medir la atracción ejercida por los trópicos lejanos sobre la fría Europa. América iba a ofrecerle territorios inmensos que no esperaban más que la iniciativa y el esfuerzo del hombre, lo que estimulará la ocupación de los trópicos americanos. Pero, aunque impulsado por ese poderoso interés, el colono europeo no estaba dispuesto a invertir en ese medio a la vez difícil y extraño la energía de su trabajo físico. Llegaba a los trópicos para dirigir la producción de bienes de gran valor comercial, era el empresario de un negocio rentable, y no era sino a contrapelo que se convertía él mismo en trabajador. Otros trabajarían para él.

Sobre esta base es que se realiza una primera selección entre los colonos que se dirigen hacia los dos sectores del Nuevo Mundo, a saber el sector templado y los trópicos. El colono europeo no se dirige hacia los trópicos, libre y espontáneamente, sino cuando dispone de recursos y aptitudes capaces de garantizarle un papel dirigente; por lo tanto, cuando puede contar con gentes que trabajen para él. Otra circunstancia vendrá a reforzar esta tendencia y esta discriminación: es el carácter de la explotación agraria en los trópicos. Ésta se desarrollará en gran escala, es decir en grandes unidades productivas —las *fazendas* (grandes propiedades), los *engenhos* (ingenios azucareros), las plantaciones (como en las colonias inglesas)—, las cuales reúnen un número relativamente importante de trabajadores. En otros términos, para cada propietario (*fazendeiro*, amo o plantador) había muchos trabajadores subordinados y sin propiedad.

Las colonias tropicales tomaron una dirección completamente distinta de las que se encontraban en la zona templada. En esta última, se constituirían colonias de *poblamiento* (expresión consagrada por el trabajo clásico de Leroy-Beaulieu, *De la colonisation chez les peuples modernes*), exutorio de los excesos demográficos de Europa. Exutorio que se utilizará para reconstituir, en el Nuevo Mundo, una organización y una sociedad semejantes al modelo europeo de origen. En los trópicos, por el contrario, veremos aparecer un tipo de sociedad completamente original, y que no es la simple

sucursal comercial (*feitoria*), irrealizable en América. Pero esta sociedad conservará un carácter mercantil muy acentuado; será la empresa del colono blanco, la que le permitirá hacer la unión de una naturaleza pródiga en recursos ventajosos con la producción de bienes de gran valor comercial y del trabajo aportado por las razas inferiores, es decir los indios y los negros africanos importados que domina el colono blanco. Se realiza así un ajuste entre los objetivos mercantiles tradicionales que señalan el comienzo de la expansión marítima europea y las nuevas condiciones en que se realizará la empresa. Estos objetivos mercantiles, relegados al segundo plano en la zona templada, serán conservados en los trópicos marcando profundamente a las colonias aquí existentes y fijando su destino. En conjunto, contemplada en el plano mundial e internacional, la colonización de los trópicos adopta el aspecto de una vasta empresa comercial, mucho más compleja que la antigua sucursal (*feitoria*), pero siempre con el mismo carácter que aquélla, por estar destinada a la explotación de los recursos naturales de un territorio virgen en beneficio del comercio europeo. Ahí está el verdadero sentido de la colonización tropical, de la que Brasil es uno de los resultados. Esto es lo que explica los elementos fundamentales de la formación y de la evolución de los trópicos americanos, tanto en el plano social como en el económico. Si queremos llegar a lo que hay de esencial en nuestra formación, veremos que en realidad nos constituimos con vistas a proporcionar primeramente azúcar, tabaco y algunos otros productos. Más tarde, será el oro y los diamantes; después el algodón, seguido por el café, y todo ello para el comercio europeo. Nada más que eso. En función de tal objetivo, objetivo orientado hacia el exterior; y sin otras consideraciones más que el interés de ese tipo de comercio, es que la sociedad y la economía brasileñas serán organizadas. Todo será dispuesto en el sentido que ha sido indicado, desde la estructura social hasta las otras actividades del país. El hombre blanco europeo vendrá hasta aquí para especular, para hacer un negocio: colocará sus capitales en esta empresa y reclutará la mano de obra —indios y negros importados— que necesita. Con tales elementos, articulados en una organización puramente productiva y mercantil, es que se constituirá la colonia brasileña.

Ese comienzo, cuyo carácter permanecerá dominante a través de los siglos de formación de la sociedad brasileña, marcará de manera profunda y total la vida del país, sobre todo en su estructura económica. Y eso hasta nuestros días, puesto que apenas empezamos a liberarnos de ese largo pasado colonial. Tomarlo en cuenta es necesario para comprender lo esencial de la evolución económica de Brasil.

El historiador chileno Marcelo Segall es también uno de los primeros autores marxistas que criticó la doctrina del feudalismo latinoamericano. Nacido en Santiago en 1920, Segall fue rector y fundador de la Universidad Independiente (popular) de Santiago y profesor e investigador de la Universidad de Chile. Detenido en 1973 y encarcelado durante un año por la Junta militar de Pinochet, fue liberado gracias a una campaña de opinión internacional y actualmente dirige el Departamento Latinoamericano del Instituto Internacional de Historia social de Amsterdam. Segall fue militante comunista desde los años treinta hasta 1957, cuando deja el partido comunista chileno y se acerca a la corriente trotskista, pero como independiente. Además de su obra pionera de 1953 sobre el desarrollo del capitalismo en Chile, Segall es autor de varios trabajos importantes de historia económica y social: Biografía social de la ficha salario, ed. Mapocho, Santiago, 1964; "Las fichas salario en el mundo", Boletín de la Universidad de Chile, Santiago, 1967, etcétera.

Publicamos aquí algunos fragmentos del libro El desarrollo del capitalismo en Chile, cinco ensayos dialécticos (1953); debemos señalar que Marcelo Segall considera las tesis de esa época parcialmente superadas. En una carta que nos envió (23 de abril de 1976) recalca: "Mi punto de vista anterior tenía una expresión algo mecánica: presentaba la sociedad chilena como capitalista desde la época colonial, a partir del salto histórico que significó el paso de la tierra de uso comunal a la propiedad privada mercantil, el paso de la economía natural a la economía monetaria [...]. Pero esto no explicaba el conjunto del proceso. [...] Mi visión actual es más dialéctica y universal. Parte del salto histórico pero lo considera como un fragmento del desarrollo desigual y combinado de la sociedad: la conquista española aportó las relaciones de propiedad privada, pero sobre la cultura existente, es decir, las culturas andinas que constituirían una forma original de la evolución [...]. La América Latina andina es el producto del desarrollo combinado de sociedades de diferentes niveles culturales, muy desigual, pero como totalidad, después de la conquista, capitalista".

La agricultura moderna nace con la encomienda y el repartimiento organizado por los conquistadores. El repartimiento y la encomienda fueron la expropiación violenta, sangrienta y necesaria de la tierra a sus primitivos habitantes aborígenes y su reducción a la esclavitud. Tal uso de la mano de obra se produjo por medio de una revolución en las relaciones de producción; es decir, de la recolección primitiva y común del sistema tribal al ré-

* Marcelo Segall, *El desarrollo del capitalismo en Chile, cinco ensayos dialécticos*, Santiago de Chile, 1953, pp. 90-91, 96-97, 98-99.

gimen de la explotación de una clase por otra.

Se ha asimilado el régimen de la tierra chilena desde la encomienda; y aún el de hoy, con el feudalismo estadio europeo, posterior al de la esclavitud de la antigüedad.

Con el fin de evitar estas confusiones y malos entendidos, en su comprensión, tanto de ese sistema como de su significado terminológico, nos detendremos previamente a definir y determinar qué es capitalismo y qué es feudalismo.

Feudalismo es, en el sentido económico, la relación de producción de un estadio de la sociedad caracterizado, específicamente, por la explotación agrícola y artesanal en pequeña escala, para el consumo directo del señor y de sus siervos.

Capitalismo es, en el sentido mercantil, al contrario, el modo de producción destinado al mercado, ya sea nacional o exterior en mayor o menor escala; esto significa, a su vez, un intercambio comercial o sea la producción de mercancías (o valores de cambio), en este caso, productos agrícolas. Modo de producción caracterizado por la venta de su fuerza por el trabajador.

La encomienda se inició, en parte, para el uso privado del conquistador, pero el fin general era producir artículos para el consumo y abastecimiento de las ciudades y de la minería: poder producir mercancías, para el intercambio y pagar derechos a la Corona de España. En resumen, una evolución capitalista, pero de tipo colonial. [...]

La causa de la sumisión de los inquilinos no reside en el "sistema social feudal" hipotético, sino en las constantes deudas pendientes, que le obligan a ocupar el resto del tiempo en trabajar gratuitamente para su acreedor "benevolente". Acreedor que es su patrón.

El secreto de la liberación campesina en Chile reside en el esfuerzo que el inquilino hacía (hace) por cumplir el trato y quedar con algún excedente en calidad de utilidad y alimentación, lo cual, lo presiona a un trabajo de sol a sol. Y no sólo a él, sino también a sus familiares. "Esta condición se hereda en la familia y en las generaciones futuras que de este modo pertenecen de un modo efectivo al acreedor." (K. Marx.)

Bajo las condiciones de deudor, es evidente que si el clima lo permite o lo obliga (por los imprevistos naturales de la agricultura) con el propósito de cuidar, defender la cosecha apuran el trabajo, ocupan las noches, y también a sus familiares. Ritmo de actividad que jamás ejercería si únicamente trabajara presionado por la simple sujeción, dura pero esquivable con un poco de habilidad.

Me parece que puedo, con esto, poner fin a la leyenda patriarcal (o semi-feudal) de las relaciones familiares entre patrón e inquilino. Leyenda continuada por el investigador Mac Bride, en las páginas iniciales de su obra.¹

¹ Chile, su tierra y su gente. A pesar de sus defectos, es la más valiosa contri-

Para los defensores del actual régimen agrario, el patrón es un patriarca bondadoso. Para sus enemigos, mal informados, un feudal. El historiador y agricultor Francisco Encina los declara "patriarcas"; o sea en el fondo un benéfico feudalismo. Desde el otro campo, el historiador socialista Julio César Jobet, "feudales o semif feudales".

La opinión general no concuerda con la mía. Desde Mac Bride a los programas impersonales, todos coinciden en afirmar que la agricultura chilena conserva una estructura medieval modificada o semifeudal. Estas posiciones son comunes en casi toda América, con algunas notables excepciones como la del norteamericano William Z. Foster, los mexicanos Jan Bazant y Silvio Zavala y el argentino Sergio Bagú, los cuales (excepto Zavala), continuando el método de análisis económico de Marx, tienen otra forma de definir. Foster² clasifica a la agricultura latinoamericana como empresa capitalista de poco desarrollo y Bazant define a la encomienda como una organización capitalista de métodos y formas esclavistas. [...]

Otro elemento que contribuye al concepto, errado, de feudalismo chileno, es la confusión de este término con latifundismo. La gran superficie no es la característica fundamental del feudo. Puede tenerla como la tuvo el esclavismo y el Imperio Romano. Pero también existe en la capitalista Inglaterra. Lo que caracteriza al feudalismo es la relación clasista de señor y siervo. Otra costumbre para definir al terrateniente nacional como feudal, es aquella que parte de las costumbres familiares y externas, es decir de un carácter moral, orientación muy notoria en Julio César Jobet. Arranca su actitud del hecho que la gran mayoría de los propietarios de la tierra es descendiente de antiguos mayorazgos y encomenderos, lo cual les crea la posibilidad de un tradicionalismo de casta privilegiada y una ostentación de nobleza provinciana. Tampoco esto altera la forma capitalista de producción, que es lo esencial.

MILCIADES PEÑA, *El desarrollo combinado de la economía colonial**

Militante y teórico trotskista, autor de varias obras de historia económica y social de Argentina (Antes de mayo, El paraíso terrateniente, Masas, caudillos y élites, ed. Fichas, Buenos Aires) Milcíades Peña fue también (bajo el seudónimo de Alfredo Parrera Dennis), hasta su muerte en 1956, animador de una revista marxista de investigaciones sociales, Fichas de

bución al problema. Muchas veces acertada y precisa en sus investigaciones sobre la agricultura.

² An. Outline of Political History of the Americas, Nueva York, 1952.

* Milcíades Peña, *Antes de mayo, formas sociales del trasplante español al Nuevo Mundo*, ed. Fichas, Buenos Aires, 1973, pp. 51-54.

Investigación Económica y Social. Su análisis de la economía colonial, desarrollado esencialmente durante los años 1955-57, será publicado por primera vez en 1966 en dicha revista. Peña trata de aplicar a la estructura socioeconómica latinoamericana la teoría de Trotsky sobre el desarrollo desigual y combinado. El fragmento que publicamos es una polémica sobre este tema con el historiador, que proviene del partido comunista argentino, Rodolfo Puiggrós.

Que a lo largo de toda la historia colonial hay en la América Española un tipo de señor cuyos hábitos, cuya actuación y cuya mentalidad guardan estrecha semejanza con el señor del Medievo no puede haber la menor duda. El *senhor do engenho* y el *fazendeiro de ganado* o de café, en Brasil; el encomendero, el minero, el latifundista, el cultivador de cacao y de azúcar, el obispo, el ranchero, el estanciero en las colonias españolas, tienen una marcada tendencia a considerarse señores absolutos dentro de sus dominios territoriales, jefes militares locales con menosprecio de la autoridad central, y a ejercer sobre sus subordinados una justicia de inspiración feudal. También puede decirse lo mismo de los propietarios de ingenios de las Antillas británicas y de los plantadores de tabaco de Virginia y las Carolinas. Pero los "señores feudales" americanos tienen con los europeos algunas diferencias dignas de notarse: las bases materiales de sus riquezas no son feudos cerrados, unidades autosuficientes, sino minas que producen para el exterior, o indios encomendados, o ingenios, o estancias, o ranchos cuyos productos se exportan. Como dijera Bagú, América fue una "concepción de casta sobre una realidad de clases".

Rodolfo Puiggrós, historiador de formación stalinista que hace años escribió historia argentina con el propósito de encontrar en ella —o, en todo caso, inventar— los elementos feudales a los cuales contraponer la correspondiente burguesía progresista, hizo un descubrimiento que, guardando las distancias, es por lo menos tan trascendental como el de América. Se trata de que "La conquista colonizadora trasladó las formas de producción [...] del feudalismo ibérico en decadencia" y que luego "América dio oxígeno al agónico feudalismo [...] de la península ibérica". Siguiendo a Puiggrós, Leonardo Paso dice también que en América "la colonización fue feudal" pero con injertos esclavistas. Y un apóstol del disparate que escribió un libro titulado *América Latina un país* dice que las colonias españolas "desarrollaban su economía sobre bases feudales" (Jorge Alberto Ramos).

Pese a las afirmaciones sobre la colonización feudal, el mismo Puiggrós reconoce que "el descubrimiento de América fue una empresa llevada a cabo por comerciantes y navegantes" y tuvo objetivos perfectamente comerciales. Hay una evidente contradicción entre esa afirmación y la tesis sobre el carácter de la colonización, que Puiggrós esquivo con la teoría del "puente" según la cual los objetivos comerciales de la conquista de América sirvieron de pasarela para que en estas tierras arraigara el feudalismo.

español. Evidentemente, Puiggrós y Cía., entienden por feudalismo la producción de mercancías en gran escala con destino al mercado mundial, y mediante el empleo de concentraciones de mano de obra semiasalariada, similares a las que muchos siglos después acostumbra levantar el capital financiero internacional en las plantaciones afroasiáticas. Si esto es feudalismo cabe preguntarse con cierta inquietud qué será capitalismo. Pero esta pregunta no preocupa a Puiggrós, quien explica el "carácter eminentemente feudal del dominio español en América" en base a que "la Corona consideraba al nuevo continente feudo directo suyo y vasallos a sus habitantes, y no colonias en el sentido que desde el siglo xvii les ha ido dando a sus dominios comerciales". Aunque parezca lo contrario, estas palabras no pertenecen a un especialista en derecho comparado, sino a un historiador que se proclama marxista. Pero nada es más extraño al marxismo que el cretinismo jurídico, y nada más revelador de un impenitente cretinismo jurídico que caracterizar como feudal la colonización española, no por la estructura de sus relaciones de producción, sino por la forma jurídica que asume el vínculo entre las colonias y la Corona española. La forma que reviste la relación entre las colonias y España tiene, indudablemente, en lo jurídico, un acentuado color feudal. Pero, bajo esa forma jurídica, el contenido económico-social de las colonias gira en torno a la producción para el mercado y la obtención de ganancias —lo cual da a ese contenido un decisivo carácter capitalista, pese a todos los matices feudales que lo envuelven.

Nuevamente se tropieza aquí —en la tesis de Puiggrós— con el pensamiento esquemático y formal, que tantos errores origina en el proceso del conocimiento; España era feudal; "luego", su colonización fue feudal. Perfecta deducción formal y perfecto error. Los españoles llegados a América encontraron una realidad nueva, inexistente en España; y el resultado fue que, aun cuando subjetivamente quisieran reproducir la estructura de la sociedad española, objetivamente construyeron algo muy distinto. La España feudal levantó en América una sociedad básicamente capitalista —un capitalismo colonial, bien entendido, del mismo modo que, a la inversa, en la época del imperialismo el capital financiero edifica en sus colonias estructuras capitalistas recubiertas de reminiscencias feudales y esclavistas. Éste es precisamente el carácter combinado del desarrollo histórico. El pensamiento formal no capta esto, y por eso, en general, no capta absolutamente nada de lo esencial.

RODNEY ARISMENDI, *La economía feudal en América Latina**

A pesar de los numerosos trabajos de los historiadores marxistas de los

* Rodney Arismendi, "Problemas de una revolución continental", en *Recherches Internationales à la Lumière du Marxisme*, n. 32, julio-agosto de 1962, pp. 31-34.

años cuarenta y cincuenta, la doctrina oficial de los partidos comunistas latinoamericanos continuará sosteniendo la tesis del carácter feudal o semifeudal de la economía colonial del continente y de su actual sobrevivencia.

El texto que publicamos a continuación es un breve resumen de esta concepción histórica, que presenta una visión de conjunto de la estructura socioeconómica de las colonias latinoamericanas. Es un extracto de un ensayo de Rodney Arismendi, sociólogo y filósofo marxista, secretario general del Partido Comunista de Uruguay, y uno de los principales teóricos del comunismo tradicional de América Latina (publicado en 1961 en la revista Kommunist de Moscú).

Recordemos la estructura económico-social de las colonias iberoamericanas. Si bien el descubrimiento de América, el oro y la plata indios, la transformación de la esclavitud en la empresa mercantil de la cacería y venta de esclavos negros, el desenvolvimiento de la navegación y la técnica, etcétera¹ pertenecen históricamente a ese sangriento, rapaz y maravilloso periodo del amanecer del capitalismo, de la formación del mercado mundial, las instituciones sociales y las relaciones de producción que España y Portugal trasplantan a las tierras del Nuevo Mundo, son feudales o de cuño feudal y no capitalistas. Esas instituciones deben adaptarse a las circunstancias americanas, a la existencia o no, de metales preciosos, al clima —condición primaria y natural de la producción— y a las posibilidades de mano de obra nativa; pero, en lo esencial ponen siempre un sello feudal más o menos clásico sobre la arcilla de las recién evocadas economías.

No es ésta la oportunidad de rebatir, una vez más, las disquisiciones de historiadores y sociólogos iberoamericanos que niegan el carácter predominantemente feudal de las relaciones de producción de las colonias españolas y portuguesas, y que las denominan de diversos modos, entre ellos como "un capitalismo colonial". Aquí nos circunscribiremos a desenterrar del pasado colonial, los raigones de la estructura actual de nuestras economías. Ellos son, primordialmente, el régimen latifundista de propiedad de la tierra y la supeditación de la economía colonial a la economía metropolitana. Ambos rasgos conjugados quitan, aparentemente, a la plantación, al ingenio de azúcar brasileño, al latifundio ganadero del Plata, la característica de unidad económica cerrada que singulariza una economía feudal típica. Éstos producen para la metrópoli, pero las relaciones de producción imperantes en la mayoría de los países, se basan en el trabajo servilizado del indio (encomiendas, yanaconas, etcétera) combinado con el trabajo esclavizado del negro o semiesclavizado del indio (la mita). En torno a estas unidades

¹ Véase Carlos Marx, *El Capital*, tomo I, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1972, el capítulo referente a la acumulación original del capital y otras referencias a América, al papel del capital comercial y a su relación con las manufacturas.

económicas de exportación, basadas en un régimen feudal de propiedad, se organiza la economía natural y se encuentran cuasi típicamente las formas de la renta precapitalista (en trabajo, natural y, mucho más tarde, la renta monetaria precapitalista).

Avanzando el siglo XVIII es posible encontrar el trabajo asalariado como una manifestación esporádica; la pequeña producción individual y la economía mercantil simple. En muchos países se organizan corporaciones artesanales de tipo medieval que utilizan a la vez el trabajo del negro esclavo y del indio. Pero lo esencial y lo predominante siempre es la relación feudal o semifeudal y el latifundio.

Los españoles reparten tierras entre los colonizadores —por acto feudal y por cuenta del monarca— por procedimientos diversos (mercedes reales, “composición” que es una venta de carácter feudal).² Los portugueses echan las bases del latifundio con el reparto de la fabulosa tierra del palo brasil en “capitanías” y en mercedes de latifundios denominados “sesmarias”.³ Sobre la base del latifundio se originan diversos tipos de unidades económicas de cuño feudal o semifeudal: minas o latifundios de México, Perú, etcétera, de un feudalismo más estratificado;⁴ el ingenio brasileño donde el latifundio y el ingenio azucarero se basan en el trabajo de los negros esclavos combinado con la pequeña explotación campesina dependiente del señor del ingenio;⁵ la vasta empresa de los jesuitas (Paraguay, actual nordeste argentino y “las misiones” hoy territorio brasileño) que a pesar de su peculiaridad tipifica bien su carácter feudal. En las regiones donde no hay indios para la “encomienda”, ni metales preciosos, ni productos de alto valor mercantil, ni clima tropical, sino tierras de colonización tardía, tales Buenos Aires y la Banda Oriental (Uruguay),⁶ se forma el latifundio ganadero, de apariencia patriarcal —cueros, sebo, astas, carne abundante y luego tasajo— que explota trabajo gratuito, algunos esclavos negros y el trabajo asalariado esporádico. También en torno a ellos se establecen relaciones sociales que configuran un tipo especial de aparcería. La plantación, organizada en función de una inversión comercial colonial y de la utilización abundante de esclavos negros, corresponde sólo a las islas del Caribe de

² Ots Capdequí, *El régimen de la tierra en la América española*, ed. Universidad, República Dominicana.

³ Caio Prado, *Historia económica do Brasil*. Del mismo autor *Formação do Brasil contemporâneo*, ed. Brasiliense, São Paulo. O el relatorio de Antonil correspondiente a su viaje en la época colonial.

⁴ C. Wiese, *Historia crítica del Perú*. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed. Era, México, 1979.

⁵ Diéguez Junior, *População e açúcar no nordeste do Brasil*, ed. C. Nal. de Alimentação.

⁶ R. Levene, *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Plata*. P. Blanco Acevedo, *El gobierno colonial en el Uruguay*. F. R. Pintos, *De la colonia a la guerra grande*. Varios autores, *Historia de la nación argentina*, ed. de la Academia de Historia de Argentina.

preferente colonización inglesa, francesa u holandesa.⁷

Conjuntamente con el latifundio y la producción primaria de minerales y alimentos, el periodo colonial deja como herencia la hipertrofia del capital comercial intermediario y formas variadas de capital usurario. Ya Marx y Lenin han demostrado que el desarrollo independiente del capital comercial está en razón inversa del grado de desarrollo capitalista.⁸ Este es un factor que ha contribuido a la formación de las grandes ciudades portuarias sudamericanas, que se desarrollaron como verdaderos emporios comerciales.

En los siglos XVIII y comienzos del XIX, las economías latinoamericanas fueron incorporadas abiertamente al mercado mundial capitalista, a raíz de modificaciones en la política colonial de la monarquía española y luego por la independencia política sucesiva de diversos países. Las mercancías europeas —primordialmente inglesas— batieron en brecha y provocaron la ruina de las industrias domésticas de muchos países y a la vez entroncaron la producción primaria latinoamericana con la producción industrial europea, especialmente inglesa.

La vinculación al mercado mundial pone en marcha el desarrollo capitalista. Pero la economía mundial capitalista que erosiona y subordina las economías de origen colonial y que, sin duda, desencadena el desenvolvimiento capitalista interior, actúa a la vez como un factor deformante. De acuerdo a la consistencia de las instituciones feudales de cada país, el proceso es más o menos rápido —podemos comparar por ejemplo el Río de la Plata con Bolivia o Perú—; pero en ningún caso es un proceso normal de transición del feudalismo y semifeudalismo colonial al capitalismo. Este es un proceso lento, doloroso, complejo; se materializa sobre la base de mantener, en lo sustancial, el latifundio de cara al mercado exterior, de adaptarse luego, a través de la exportación de capitales, de la extensión de las vías férreas, de la navegación, etcétera, como un factor condicionado y condicionante del pasaje del capitalismo a su fase imperialista.⁹ En su transcurso las formas capitalistas se van enroscando y adaptando a las formas precapitalistas. Así, la acumulación originaria de un capital nacional y la conformación del mercado interior —la constitución del proletariado y la burguesía modernos— se alargan por muchas décadas con las consecuencias más dolorosas para las masas.

⁷ Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. ed. Fondo de Cultura Económica, t. II

⁸ Carlos Marx, *El Capital*, t. II y V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.

⁹ “La posibilidad de la exportación de capital está determinada por el hecho de que una serie de países atrasados se hallan ya incorporados a la circulación del capitalismo mundial, han sido construidas las principales líneas ferroviarias o se ha iniciado su construcción, cuentan con las condiciones de desarrollo de la industria, etcétera” (V. I. Lenin, *El Imperialismo fase superior del capitalismo*, p. 80).

EL NUEVO PERIODO REVOLUCIONARIO

I. LA REVOLUCIÓN CUBANA

*El Partido Socialista Popular y la revolución en Cuba**

El triunfo de la revolución cubana tuvo lugar en 1959, pero sus raíces se remontan al célebre asalto al cuartel Moncada (1953) que dio origen al Movimiento del 26 de julio. Resulta interesante estudiar la posición del Partido Socialista Popular (PC cubano) sobre este episodio y sobre los métodos de lucha contra la dictadura de Batista, para captar mejor la diferencia entre la concepción del nuevo comunismo castrista, que cristalizará en los años sesenta, y la tradición del comunismo latinoamericano (desde los años treinta). El documento que sigue (extractos de un artículo publicado por Fundamentos, el órgano del PSP en 1954) permite también comprender por qué el PSP no encabezó el más importante movimiento revolucionario de la historia del continente.

Compañeros:

El 26 de julio de 1953, la camarilla burgués-latifundista y pro imperialista, que se impuso al país mediante el golpe de Estado reaccionario del 10 de marzo de 1952, dio, en la práctica, un nuevo golpe de Estado, esta vez para acentuar el carácter reaccionario de su gobierno y eliminar toda una serie de obstáculos que se oponían a sus planes.

La estéril y equivocada —no obstante los buenos propósitos que pudieron alentar sus autores— intencionalidad, que tuvo por punto culminante el asalto a los cuarteles de Santiago de Cuba y Bayamo y que fuera derrotada fácilmente por la maquinaria militar del régimen de facto, sirvió a éste de oportuno pretexto para barrer la escasa legalidad democrática subsistente a la sazón y para dar fuertes golpes al movimiento democrático de masas, que en aquellos momentos crecía y amenazaba seriamente trastornar todos los planes del gobierno.

En las semanas que precedieron al 26 de julio, se observaba un rápido crecimiento de la protesta popular, que poco a poco se traducía en acciones diversas y hasta en huelgas que sacudían al régimen de facto. El gobierno, comprometido con sus padrinos y protectores, los imperialistas yanquis, a imponer en Cuba el "plan de reajuste", de rebajas de salarios, despidos en

* A. Díaz, "Balance de la actividad de la Dirección Nacional del Partido desde el 26 de julio hasta la fecha...", *Fundamentos*, La Habana, mayo de 1954, pp. 111-13, 133-37.

masa y derogación de la legislación social ganada a través de las grandes luchas de los trabajadores bajo la orientación de nuestro Partido; el gobierno, decimos, comprometido a hacer de Cuba una colonia sin disfraces, fiel cumplidora de la política expansionista y de guerra yanqui y abrir camino a la insaciable sed de explotación de los monopolios yanquis, confrontaba grandes dificultades para cumplir lo que de él se exigía. Además, en esas condiciones de creciente movilización de las masas, de resistencia en aumento a sus propósitos, se hacía cada vez más precaria la posibilidad de asegurar, sin correr el "peligro" de una votación abrumadoramente adversa, una farsa electoral que le permitiera al gobierno darse el barniz legalista que ha buscado desde el propio 10 de marzo.

Por eso, con salvaje alegría y desbocada furia, los capitostes del 10 de marzo recibieron los sucesos orientales como un deseado pretexto y emprendieron una rápida y violenta ofensiva contra esos restos de legalidad democrática de que hablamos, y desataron la ola de persecuciones y de atropellos que en aquellos instantes conmovió al país. Como consecuencia de esa ofensiva, además de los innumerables asesinatos en los caminos reales orientales, de los centenares de presos, de los registros en masa, de la clausura de nuestro querido *Hoy* y de otros periódicos, quedó Cuba sometida a la suspensión de toda garantía constitucional (¡de las pocas garantías constitucionales que quedaban después del 10 de marzo!) y al imperio de la violencia desenfrenada de los sicarios del régimen, de su SIM odioso, esa gestapo que no halla precedente ni en la policía política de Machado.

Con el 26 de julio, vinieron la completa supresión de los derechos de reunión y de palabra, la represión desenfrenada contra nuestro Partido, nuevas restricciones al movimiento obrero y popular, la draconiana ley de "orden" público que suprimió, prácticamente, la libertad de prensa, y otras medidas, no pregonadas, de opresión y sofocamiento de los derechos democráticos. La fascista ley anticomunista, adoptada dos meses más tarde, no hizo sino darle una cobertura "jurídica" a la ilegalización de nuestro Partido y crear un instrumento de chantaje y persecuciones contra todo el movimiento obrero y antimperialista, inclusive contra la oposición burguesa de Batista.

Después, el gobierno "restableció" las garantías constitucionales pero, ¿quién no sabe que no hay garantías en Cuba y que persiste, en la práctica, un régimen de excepción, de arbitrariedad, de ausencia de derechos democráticos y de persecuciones?

Contra nuestro Partido, como es sabido, se dirigen los más violentos ataques y las medidas más agresivas del gobierno. Está bien establecido que nuestro Partido no sólo no tuvo arte ni parte en los sucesos orientales, sino que es opuesto a esas tácticas burgués-putchistas, por ser falsas, por producirse fuera de las masas, por estorbar la lucha de masas, que en definitiva es la única que puede, en su necesario desarrollo llevada hasta las formas más altas y combativas, alcanzar la victoria contra la reacción y el impe-

rialismo, como se demostró en 1933 o, más tarde, y de otra forma, en 1938-39. Si eso es así, ¿por qué ese encarnizamiento de la persecución contra el Partido? Para todos debe ser claro el motivo: el Partido Socialista Popular es el obstáculo más fuerte y decisivo a los planes del imperialismo norteamericano y de sus agentes en el gobierno de Batista y fuera del gobierno de Batista. Nuestro Partido es el único que no puede ser intimidado, ni coaccionado, ni comprado, ni corrompido. Nuestro Partido es el único partido antimperialista, el único que no se inclina ante Washington y que levanta sin vacilaciones ni dudas la bandera de la plena independencia nacional, de la liberación de Cuba de la opresión extranjera. Nuestro Partido es el único partido de la clase obrera, de todos los trabajadores y campesinos, de la unidad obrera y de la democracia sindical, del subsidio para los desocupados, de la verdadera reforma agraria que distribuya gratuitamente la tierra a los campesinos, de la unión del pueblo, del Frente Democrático Nacional que conduzca al país fuera de la crisis y hacia empeños superiores de progreso y desarrollo nacional. Nuestro Partido, en fin, es el partido de la paz y del socialismo.

Por eso, y porque es el más consistente luchador contra el "plan de reajuste" y contra la política pro-imperialista y reaccionaria de Batista, porque es el partido de lucha pro-elecciones democráticas y por la solución democrática de la crisis cubana, el Partido Socialista Popular es el blanco de los peores ataques y de las más brutales persecuciones por parte del gobierno reaccionario que ensombrece a Cuba.

El ensañamiento de esta persecución contra nuestro Partido Socialista Popular —azuzada desde el extranjero por las periódicas declaraciones anticomunistas de Prío y sus amigos— está dictado en la mayor medida por el interés del régimen de facto de mantener el favor de Washington, haciendo coro a su sucia y repulsiva histeria anticomunista y antisoviética; de mantener el apoyo de los imperialistas yanquis uniéndose a la política fascista del anticomunismo rabioso.

Estas persecuciones y estas medidas gubernamentales contra nuestro Partido, pues, no son ocasionales ni se hacen con finalidad transitoria. Se trata de un plan que sus autores quieren que sea definitivo y que busca, no solamente ilegalizar al Partido, sino destruirlo. Que puedan lograrlo y que en definitiva el resultado de su plan sea transitorio, vistas las cosas desde el ángulo histórico, es harina de otro costal. Con el pueblo, estamos seguros de que derrotaremos ese y todos los planes del enemigo destinados a "barrer" el comunismo, que es presente victorioso en la tercera parte del mundo y esperanza de toda la humanidad. [...]

Es conocida nuestra posición.

Desde los inmediatos días al 10 de marzo, nosotros hemos venido sosteniendo una línea que ha probado ser correcta.

Nosotros no nos planteamos los problemas cubanos —como hemos dicho— en términos de simple "crisis institucional".

Nosotros vamos al fondo de las cosas y proponemos soluciones de fondo para los problemas, que se derivan no sólo del golpe de Estado y del régimen reaccionario de facto, sino, también, y decisivamente, de la crisis económica que avanza sobre la nación y del sofocamiento del desarrollo nacional por la injerencia imperialista.

De ahí que nuestra línea no mire solamente a lo circunstancial de la contienda electoral sino que provea soluciones de fondo a la crisis.

De ahí que nuestra línea postule elecciones libres inmediatas, no como un fin en sí mismas, sino como vía actual y posible para plantearse la solución democrática de la crisis.

De ahí que nuestra línea demande la formación de un Frente Democrático Nacional, que organice un gobierno capaz de aplicar el programa cubano y patriótico de la solución democrática de la crisis.

Nosotros rechazamos tanto el aventurerismo y el "putchismo" como el entreguismo electorero. Somos opuestos a todas esas conspiraciones sin principios, al golpismo, al terrorismo y demás modos de actuación de grupos, aislados de las masas, cuya ineficacia y negatividad ha sido comprobada por la historia. Somos opuestos al "quietismo", al abstencionismo y demás formas que condenan al pueblo a la pasividad, a la simple espera pasiva del desarrollo de los acontecimientos. Somos opuestos al entreguismo electorero que sólo busca pequeñas concesiones y ventajas inmediatas olvidando los verdaderos problemas que requieren solución.

Frente a todos esos métodos burgueses y pequenoburgueses, nosotros postulamos resueltamente los métodos proletarios de la lucha de masas, la movilización de masas, la propaganda de masas, la unión de masas.

Nuestra táctica es clara: propugnamos el frente único, la unión popular, el acuerdo entre los partidos opositoristas, para defender los derechos democráticos, para lograr la libertad de los presos, para combatir las rebajas de salarios, los despidos, los desalojos campesinos, la discriminación racial, etcétera; para luchar por elecciones libres y participar, eventualmente, en los comicios, con el programa de la solución democrática de la crisis, del Frente Democrático Nacional.

Nuestro objetivo es claro: la solución democrática de la crisis cubana, la derrota del gobierno de facto de sumisión al imperialismo y la construcción de un gobierno patriótico de Frente Democrático Nacional.

¿Qué hemos hecho por aplicar y desarrollar esa política?

Los acontecimientos del 26 de julio no lograron desviar al Partido de su línea. A pesar de las nuevas condiciones y del terror desatado, el Partido no abandonó la lucha por el Frente Único sino que la reforzó por todos los caminos a su alcance; no retiró, desesperado, la consigna de elecciones generales inmediatas y democráticas, sino que la planteó con más fuerza y demandó del Tribunal Superior Electoral y del gobierno un nuevo período para inscribir partidos y las modificaciones necesarias para hacer de los comicios una verdadera consulta popular. Con redoblados bríos, el Partido se

planteó la necesidad de constituir un vehículo electoral de frente único.

El Partido acogió con energía estas tareas y en breve proliferaban los comités de frente único de un extremo a otro del país. El movimiento de frente único habanero, más viejo y fuerte (pues provenía de antes del 26 de julio) dio el paso al frente para iniciar la constitución del Partido de Frente Unido Nacional, en cuyo empeño colaboraban hombres y mujeres de todos los partidos, incluso del nuestro.

En gran medida, por esa lucha, por la petición dirigida por el Frente Único de La Habana al gobierno y al Tribunal Supremo Electoral, por nuestra demanda de nueva convocatoria electoral, el gobierno se vio obligado a maniobrar, designando una Comisión Electoral para "oír a la oposición". A esa Comisión gubernamental llegó, conjuntamente con la clara y resuelta voz de nuestro Partido, una avalancha de demandas y peticiones pro elecciones democráticas. Y el gobierno se vio obligado, no sólo a posponer la convocatoria —lo que venía bien con sus planes—, sino a abrir nuevo plazo de inscripción de partidos y a hablar de "concesiones a la oposición".

Ante la abierta oportunidad, los comités de frente único del país presentaron más de 8 000 firmas de electores para inscribirse como Partido. Este hecho, el vigor demostrado por ese movimiento, asustaron al gobierno reaccionario. Se hallaba en puertas un verdadero instrumento popular electoral de oposición y su vigencia abría nuevas posibilidades a la unión de las masas y a la lucha unida por comicios libres, por las demandas democráticas, por la libertad de todos los presos políticos, etcétera, y por derrotar al gobierno. La camarilla batistiana no halló otro modo de enfrentar esta situación que forzando una negativa arbitraria a la inscripción del FUN y corriendo el riesgo de desenmascarar aún más —como desenmascaró— sus planes destinados a impedir toda oposición democrática en los comicios y a dar la "brava" al fin, si las circunstancias lo exigían. La negativa a inscribir el FUN demostró que las medidas draconianas del gobierno no eran momentáneas, sino que formaban parte de sus planes permanentes.

Posteriormente, vinieron las afiliaciones y el Partido nuestro, impedido arbitrariamente de participar en el proceso electoral, aprovechó la oportunidad para denunciar una vez más el carácter de mascarada del proceso reorganizativo y para llamar a las masas a no permitir que sus nombres aparecieran afiliados en ninguno de los partidos que, del lado del gobierno o de la supuesta oposición, participaban en la mascarada afiliatoria.

Las masas, como es sabido, repudiaron la reorganización. Batista y sus conmitones se hicieron aparecer con cerca de dos millones de afiliados, pero el pueblo sabe que en esa cifra hay cientos de miles de cédulas robadas, arrancadas a la fuerza o, simplemente, nombres vaciados del censo.

Por el fracaso de las afiliaciones, precisamente, tuvo el gobierno que dictar el vergonzoso decreto-remache.

Recientemente, e insistiendo en nuestra línea de lucha y unión de masas, nuestro Partido se dirigió a la Comisión Ejecutiva Permanente de la Ortodoxia acogiendo la iniciativa del Frente Unido de apoyar — pese a sus insuficiencias — el plan de demandas presentado al país por esa Comisión e invitando a la Ortodoxia a contribuir al movimiento unido por tales demandas, que podían y debían servir de base para unir no solamente a la Ortodoxia sino a toda la oposición, en una acción común por varias demandas democráticas y por elecciones libres. Aunque la referida Comisión Ejecutiva Permanente no respondió a nuestro Partido, nuestra declaración no pudo dejar de influir en la dirección por nosotros defendida.

Realmente, si se insiste en esta dirección, si peleamos seriamente por mover a los ortodoxos a acciones comunes por su programa de demandas, si promovemos sin desesperación ni cansancio la lucha unida con los ortodoxos y los opositoristas de otros partidos, no sólo por arriba sino por debajo, si no despreciamos las pequeñas acciones por las demandas económicas y políticas en las fábricas y talleres, en el campo, en los barrios, entre los jóvenes y estudiantes, ni los gestos de unidad de la base, la idea del frente único se abrirá paso con decisión, se hará carne de las masas y forzará en esa dirección a los dirigentes que temen a la unidad, al pueblo y a la lucha de masas contra el régimen y contra su sostén, el imperialismo yanqui, el mayor obstáculo a la victoria de la democracia en Cuba.

En fin, el camino correcto para el pueblo, en las actuales circunstancias, es, concretamente expuesto, éste:

a) Unir a la oposición, a las masas, para el logro de

— unas elecciones libres; y

— la derrota, así, del “putchismo”, del “posibilismo” y de cualquier componenda a espaldas de y contra las masas.

b) En todo caso, mantener viva la lucha de masas por las demandas económicas y las consignas democráticas, por las elecciones libres y por el programa del Frente Democrático Nacional y prepararse a utilizar, para esa lucha y por esas demandas, inclusive la propia farsa que organiza el gobierno.

La situación no es fácil, ni mucho menos. El gobierno se opone resueltamente a todo lo que sea elecciones libres y derechos democráticos. Se aferra a sus planes de farsa y “brava” electorales. Por eso, y porque la unión brilla por su ausencia en la oposición, y porque el “putchismo” y el abstencionismo frenan todavía a las masas, el gobierno puede aún manobrar y resistir a la solución que el país necesita.

Por eso, nuestro Partido tiene que reforzar su actividad en pro de la unión y de la movilización de masas, no dejar de actuar, no dejarse arrastrar por ciertas corrientes electoralistas, persistentes todavía en algunos círculos del Partido, no dejarse arrastrar tampoco por las corrientes pseudo-izquierdistas que nos colocarían en el mismo plano de los “abstencionistas”, y seguir, en cambio, golpeando con renovada energía en favor de nuestra justa línea.

La situación, insistimos, no es fácil, pero tampoco está cerrada a la victoria de nuestras consignas. No olvidemos que la lucha de masas tiende a crecer, que aumenta la actividad de las masas por sus demandas económicas y políticas, y que, en definitiva, si movemos a las masas debidamente, ellas podrán imponer la solución.

Batista, con la colaboración de factores de oposición, se resiste al avance de la democracia. Confía en la fuerza. Usa toda su maquinaria para que las elecciones sean a su antojo y conveniencia, sin verdadera participación popular.

Sobre esta base y con conocimiento de esa realidad, tenemos que actuar con crecida tenacidad para lograr en poco tiempo cambiar la situación, o, en su caso, llevar nuestra lucha al terreno en que se coloca el enemigo.

La consigna del pueblo es una: elecciones libres y derrota del gobierno anticubano de facto, para abrir camino a la solución democrática y al gobierno de Frente Democrático Nacional.

Para esa tarea, estamos dispuestos a unirnos con cualquier partido o grupo político o ciudadano.

Miramos al interés del pueblo y sólo a eso. Y sobre esa base, actuamos y actuaremos. ¡Que hagan los demás lo mismo, si de veras quieren sacar a Cuba de la oscura y difícil situación actual!

En conclusión debemos:

—Reforzar la lucha por elecciones libres inmediatas.

—Reforzar la lucha por unir a las masas, a los partidos de oposición, etcétera, por demandas tales como:

—amnistía para los presos políticos y sociales;

—total derogación de los decretos-leyes de orden público y anticomunista;

—cese de la clausura de *Hoy*, *La Calle* y otros periódicos, y efectivo restablecimiento de la libertad de prensa;

—restablecimiento de los derechos democráticos, incluido el derecho de los trabajadores y empleados a reunirse, organizarse y hacer manifestaciones de protesta contra las rebajas de salarios y sueldos;

—derogación del impuesto sindical fascista;

—facilidades para la concurrencia de todos los partidos y núcleos democráticos, obreros, antimperialistas, socialistas y progresistas, a las elecciones, restableciendo al efecto, los principios de la Constitución del 40;

—voto directo y libre.

—Reforzar la lucha por el frente único; por la creación de más y más activos comités de frente único en las fábricas, en los centros de trabajo, en centrales y colonias, en los centros docentes, en las oficinas, en los barrios y ciudades; por unir a todos los comités de frente único en un poderoso movimiento estable y firme.

—Propagar y defender con mayor fuerza la idea del Frente Democrático Nacional y su programa, como la solución cubana de los males cubanos.

—Y en fin, utilizar al máximo el proceso electoral convocado por este gobierno, si otra cosa no pudiera lograrse y no obstante sus limitadas posibilidades, para llevar a él la lucha de masas, para defender la línea del Partido y el programa del Frente Democrático Nacional, para unir a las masas, incluso en dicho proceso electoral, contra el gobierno de Batista y por la solución democrática de la crisis cubana.

FIDEL CASTRO, *Revolución socialista y democrática en Cuba**

La evolución de la revolución cubana a revolución socialista tuvo lugar en octubre de 1960, pero no fue sino hasta abril de 1961 cuando se reconoció explícitamente y se proclamó abiertamente este "salto cualitativo" del proceso revolucionario.

Fue durante un discurso histórico, pronunciado el 16 de abril de 1961, en el entierro de las víctimas de un bombardeo de aviones contrarrevolucionarios venidos de Guatemala, cuando Fidel Castro afirmó por vez primera el carácter socialista y democrático de la revolución cubana. Al día siguiente, 17 de abril, varios miles de contrarrevolucionarios cubanos (armados y entrenados por la CIA) desembarcaban en Playa Girón, pero eran derrotados en setenta y dos horas por las milicias obreras y campesinas constituidas en 1960.

Porque lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo de Cuba.

Eso es lo que no pueden perdonarnos: que estemos aquí, en sus narices, y que hayamos hecho una revolución socialista en las mismas narices de los Estados Unidos!

Esa revolución socialista la defendemos con esos fusiles. Esa revolución socialista la defendemos con el valor con que ayer nuestros artilleros antiaéreos acribillaron a balazos a los aviones agresores.

Y esa revolución, esa revolución no la defendemos con mercenarios. La defendemos con los hombres y mujeres del pueblo.

¿Quiénes tienen las armas? ¿Acaso las armas las tiene el mercenario? ¿Acaso las armas las tiene el millonario? Porque mercenarios y millonarios son la misma cosa. ¿Acaso las armas las tienen los hijitos de los ricos?

¿Acaso las armas las tienen los mayores? ¿Quién tiene las armas? ¿Qué manos son esas que levantan las armas? ¿Son manos de señoritos? ¿Son manos de ricos? ¿Son manos de explotadores? ¿Qué manos son esas que

* Fidel Castro, *La Revolución Cubana*, 1953-62, ed. Era, México, 1976, pp. 328-29.

levantan esas armas? ¿No son manos obreras? ¿No son manos campesinas? ¿No son manos endurecidas por el trabajo? ¿No son manos creadoras? ¿No son manos humildes del pueblo? ¿Y cuál es la mayoría del pueblo? ¿Los millonarios o los obreros? ¿los explotadores o los explotados? ¿los privilegiados o los humildes? ¿No tienen las armas los privilegiados? ¿Las tienen los humildes? ¿Son minoría los privilegiados? ¿Son mayoría los humildes? ¿Es democrática una revolución en que los humildes tienen las armas?

Compañeros obreros y campesinos, ésta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. Y por esta revolución de los humildes, y por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida.

Obreros y campesinos, hombres y mujeres humildes de la patria, ¿juran defender hasta la última gota de sangre esta revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes?

Compañeros obreros y campesinos de la patria, el ataque de ayer fue el preludio de la agresión de los mercenarios. El ataque de ayer costó siete vidas heroicas, tuvo el propósito de destruir nuestros aviones en tierra, más fracasaron. No nos destruyeron los aviones, y el grueso de los aviones enemigos fue averiado o abatido. Aquí, frente a la tumba de los compañeros caídos, aquí junto a los restos de los jóvenes heroicos, hijos de obreros e hijos de humildes, reafirmemos nuestra decisión de que, al igual que ellos pusieron su pecho a las balas, al igual que ellos dieron su vida, cuando vengan los mercenarios, nosotros orgullosos de nuestra revolución, orgullosos de defender esta revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, no vacilaremos, frente a quienes sean, en defenderla hasta nuestra última gota de sangre.

¡Viva la clase obrera! ¡Vivan los campesinos! ¡Vivan los humildes! ¡Vivan los mártires de la patria! ¡Vivan eternamente los héroes de la patria! ¡Viva la revolución socialista! ¡Viva Cuba libre!

¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

FIDEL CASTRO, *De Martí a Marx**

El discurso del 2 de diciembre de 1961 es un documento clave de la revolución cubana: es la primera vez que Fidel se vale explícitamente del marxismo y explica su itinerario ideológico del antimperialismo radical (Martí) a Marx y Lenin. También aclara por qué y cómo la revolución cubana experimentó un proceso de "transcrescimiento" hacia el socialismo. Se encuentran en este discurso algunas de las principales características de la interpretación castrista del marxismo: percepción del campo

* Fidel Castro, *La Revolución Cubana* 1953-62, cit., pp. 394-99, 434-39.

político en términos de la alternativa, imperialismo o socialismo, intenso pathos ético. Mencionaremos el homenaje a Mella, a Martínez Villena (poeta y dirigente comunista muerto en 1935) así como a Guiteras.

Realmente, nosotros pensamos que aquél era un tipo de trabajador verdaderamente heroico. ¿Cómo trabajaba? Trabajaba en el llano quince días, reunía quince o veinte pesos, compraba sal y un poco de manteca, regresaba a las lomas. Y así, durante años, mientras recogía los primeros granitos de café, nadie lo ayudaba. Pero no sólo eso: cuando ese campesino desmontaba un pedazo de monte, por allí se le aparecía la pareja de la guardia rural, y si no iba la pareja de la guardia rural iba un encargado que tenía el Jefe de Puesto más próximo, que era el encargado de cobrar una cantidad de dinero por los desmontes, para él.

Así es que aquel infeliz guajiro que bajaba al llano, trabajaba quince días, con mil fatigas porque le pagaban un peso, para hacer una finquita de café, y un cabo de la guardia rural, o un sargento de un puesto lejano, le echa encima a un individuo encargado de sacarle dinero cada vez que cortaba.

Esos mismos campesinos tenían el problema de que al vender el café se lo pagaban a trece pesos, catorce pesos; les prestaban dinero, y les cobraban unos intereses altísimos. Ya existía el BANFAIC. Claro: ya existía el BANFAIC, pero el BANFAIC, ¿a quién le daba dinero? El BANFAIC le daba dinero al campesino que ya tenía una cosecha, al individuo que había tenido dinero, al capitalista casi, o al que con mil trabajos había podido sembrar media caballería, y ya recogía cien quintales. Al que recogía cien quintales le daban la refacción, pero al que no recogía ningún quintal —que era la inmensa mayoría de los campesinos de la sierra— no le daban dinero, porque no tenían el título de la propiedad —el BANFAIC exigía título de propiedad de la tierra; exigía además que tuviese ya una cosecha, que recogiera granos, si no, no le daban. Ésa era la situación del campesino.

Además, cuando iba la guardia rural por allí seguro que le quitaba por lo menos un gallo fino. ¡Por lo menos! Si es que no le llevaba el puerquito también y todas aquellas cosas. Las mercancías que les vendían a los campesinos, se las vendían carísimas. Allí no había una escuela. Allí no había maestro. Desde luego que si los guajiros hubiesen sabido lo que ellos podían hacer es posible desde mucho antes, con seis rifles nada más, se hubiesen hecho por lo menos independientes en las montañas. Porque las condiciones eran óptimas. Para cualquier campesino era mucho mejor suerte agarrar un fusil y alzarse que ser desalojado de las tierras y pasar trabajos y miserias.

Ésas son las condiciones que nosotros encontramos en la Sierra Maestra. Es decir: condiciones objetivas. Todo lo demás —organización de aparato militar, organización de aparato político, ¡todo!— estaba por hacer. Exactamente había pasado en el llano. En el llano se formó la organización

correspondiente, pero era una organización muy embrionaria, era una organización muy nueva y, desde luego, no podía tener la disciplina de una organización revolucionaria fogueada por muchos años de lucha.

Es indiscutible que en el llano mucha gente joven luchó, se sacrificó, se jugó la vida, y luchó heroicamente. Pero, naturalmente, era una lucha de tipo heroico, sin que pudiera estar en correspondencia con los frutos que, desde luego, ya empezábamos a recoger en las montañas.

El teatro para la lucha eran las montañas. Entonces empezó nuestra tarea de ir organizando el movimiento guerrillero, dándole experiencia, adquiriendo experiencia, y al mismo tiempo ganando, conquistando para la revolución, a las masas campesinas. Era perfectamente lógico que en aquellas condiciones objetivas que existían en la Sierra Maestra, el trabajo revolucionario se desarrollara, hasta llegar a contar, como llegó a contar, con el apoyo unánime, prácticamente, de los campesinos de la Sierra Maestra.

Es decir, ya se contaba con una fuerza social, aunque con pocas armas y toda una serie de dificultades. La lucha siguió desarrollándose, se desarrolló en el segundo frente de Las Villas, después en el segundo frente de Oriente. La táctica que nosotros promovíamos había triunfado. Es decir, que los hechos habían demostrado que aquel camino, en determinadas condiciones, era correcto. Se empezó a abandonar las tácticas del tipo putchista, de organización de fuerzas para intentar conquistar el poder en una lucha frontal, con una gran desventaja, contra las fuerzas armadas. La táctica que nosotros preconizábamos llevaba el desgaste a las fuerzas de la tiranía.

De más está decir que por eso nosotros tenemos, desde luego, una profunda fe en la lucha guerrillera. Nosotros creemos en la lucha guerrillera en las condiciones de nuestro país, que es similar a las condiciones de muchos países de América Latina. Y no vayan a pensar por eso que nosotros estamos promoviendo... Ustedes no me dejaron terminar. Nosotros lo creemos muy seriamente. Tenemos derecho a creerlo, porque hemos atravesado esa experiencia.

Desde luego, nosotros sabemos que cuando ese convencimiento llegue a otros pueblos, igualmente oprimidos por el imperialismo y las camarillas al servicio del imperialismo, por las castas militares, igualmente explotados por los latifundistas, otro pueblo donde pase exactamente lo mismo que pasaba en Cuba con campesinos hambrientos, explotados, sin tierra, sin escuelas, sin médicos, sin créditos, sin ayuda de ninguna clase, cuando se convenzan de lo que nosotros fuimos convenciéndonos —y nos convencimos, sobre todo, por la realidad de los hechos— estoy seguro de que no habrá fuerza imperialista, ni reaccionaria, ni casta militar, ni el ejército de la OTAN, que pueda contener el movimiento revolucionario.

Nosotros creemos, sinceramente, que en las condiciones de Cuba nos percatamos de una táctica. Tan así es que los enemigos tratan de usarla. Con una sola diferencia, con una sola diferencia: que ellos quieren hacer

una revolución en un campesinado donde se acabaron los latifundistas, se acabó la renta, y hay un maestro en cada barrio, hospitales, médicos, créditos, ayuda, y se acabaron el intermediario, el especulador, las cosechas garantizadas. Es decir: en condiciones que son absolutamente el reverso de las condiciones en que la hicimos nosotros.

O sea, que nosotros hicimos una revolución en determinadas condiciones, y vienen los contrarrevolucionarios a querer hacer una guerra en unas condiciones que son el reverso de las condiciones donde nosotros luchamos. Es decir: todo lo necesario para que les pase lo que les pasa, en dos palabras. Allí en la Sierra Maestra, en las zonas aquellas, cuando han querido formar un grupo contrarrevolucionario, antes de las cuarenta y ocho horas siempre han estado fuera de combate.

Es decir, que copiaron una parte pero no copiaron la otra. La otra no puede copiarse, en dos palabras. Pero copiaron la idea de formar guerrillas hasta los enemigos, hasta la reacción. Ahora bien, el Pentágono también copió las ideas, al fin y al cabo, pero en el reverso de la medalla. Nosotros no tenemos que copiar nada: dejar las cosas, sencillamente, y ver cómo van a ir produciéndose. Sabemos que toda la ciencia militar del Pentágono va a estrellarse contra la realidad. La realidad son las condiciones en que viven los pueblos de América Latina.

No habría más que una sola forma de combatir la guerrilla revolucionaria, que es la desaparición del imperialismo, de sus monopolios y de su explotación. Por eso nadie se aflija cuando oigan decir que el general Taylor, o cualquier otro general que estuvo en Corea, o estuvo donde haya estado, dirige una escuela antiguerrillera en Panamá. Eso es una pérdida de tiempo.

En dos palabras: ellos temen eso; demuestran que, realmente, temen eso. Pero incurrir en la ilusión de creer que eso se puede evitar: la lucha revolucionaria de los pueblos. Frente a la lucha revolucionaria de los pueblos no hay remedio de ninguna clase. Únicamente la desaparición de las causas que llevan a los pueblos a la revolución. Por eso hay que reírse de todas las escuelas de Taylor. Nosotros estamos seguros de que un puñado de hombres cualquiera que se lance a la lucha, en países donde haya las condiciones objetivas que existían en Cuba —y no me refiero a ningún país en particular—, y ese movimiento revolucionario, ese grupo cumpla las reglas que debe cumplir una guerrilla, estamos completamente seguros que es la chispa que enciende la llama.

En definitiva, nosotros fuimos como un fosforito puesto en un pajar —no voy a decir en un cañaveral, porque eso de fósforo en un cañaveral es una cosa seria—, un fósforo en un pajar: ése fue el movimiento guerrillero, dadas las condiciones que existían en nuestro país. Poco a poco la lucha se fue convirtiendo en una lucha de todo el pueblo. Fue el pueblo, todo el pueblo, el único actor en esa lucha, fueron las masas las que

decidieron la contienda.

Cuando la táctica fue acreditándose, inmediatamente comenzó a unirse el pueblo, comenzaron a unirse todos los revolucionarios, y se convirtió en la táctica y en la lucha de todo el movimiento revolucionario cubano, de todos los revolucionarios. Y al final en la lucha de todo el pueblo.

¿De qué manera, incluso —aunque es cierto que ya, en la etapa final, a fines del mes de diciembre, las fuerzas regulares de la tiranía estaban bastante quebrantadas—, qué es lo que hace posible que el movimiento revolucionario pueda evitar lo que hoy están haciendo en Santo Domingo, evitar lo que siempre ha tratado de hacer la reacción y el imperialismo en cualquier parte de América? Sólo una conciencia revolucionaria que se ha desarrollado en el pueblo, una participación activa de las masas.

¿Qué fue lo que liquidó, como un merengue en la puerta de una escuela, la maniobra de la embajada americana y de la reacción? Simplemente la huelga general. No había que tirar un solo tiro más. Ese era el momento adecuado para lanzar la consigna de huelga general.

Indiscutiblemente que la habíamos lanzado en un momento muy prematuro. ¿Qué quiere decir eso? Predominaron los criterios subjetivos, desconocimos las condiciones objetivas. Nuestra propia revolución puede mostrar ejemplos de todo. Nosotros queríamos que ya estuvieran esas condiciones listas; nosotros queríamos que con una simple consigna se desatara la huelga general y se desplomara la tiranía; eso era lo que nosotros deseábamos, eso era lo que queríamos. Pero ocurrió que nosotros convertimos nuestros deseos en realidad, pero sólo en la imaginación.

Y ¿qué es lo que tiene que hacer el revolucionario? Debe interpretar la realidad. Nosotros no interpretamos esa realidad y cometimos una equivocación. El resultado fue que no hubo tal huelga, porque las condiciones no estaban completamente maduras, y por la táctica empleada. En suma, que fundamentalmente no estaban maduras las condiciones. La fuerza militar de la revolución contaba con menos de doscientos hombres.

Cuando se lanzó la consigna por segunda vez, ya teníamos provincias enteras aisladas, unidades completas del enemigo destruidas, el enemigo estaba realmente resquebrajado, mientras que en la otra ocasión el enemigo siempre había atravesado el territorio que había querido y siempre había dominado la situación en el país. El momento en que se lanza la consigna es el adecuado y, entonces, se cumple, sencillamente, la estrategia: la conquista del poder revolucionario con las masas. Eso era lo que diferenciaba, un movimiento verdaderamente revolucionario de un golpe de Estado.

¿Qué factor había movilizó a las masas? La lucha guerrillera se convirtió en un factor que movilizó a las masas, que agudizó la lucha, la represión, agudizó las contradicciones del régimen y, sencillamente, toma el poder el pueblo; se toma el poder por las masas. Esa fue la primera característica fundamental.

Se puede liquidar la fuerza, el aparato militar, la maquinaria que había sostenido al régimen. Es decir, que se fueron cumpliendo una serie de leyes revolucionarias; primero, la conquista del poder por las masas y segundo, la liquidación del aparato, de la maquinaria militar que sostenía todo aquel régimen de privilegio.

¿Qué es lo que procuran la reacción y el imperialismo? ¿Qué es lo que trata de conservar en cualquier crisis? La historia de América Latina está llena de ejemplos: lo que tratan de conservar a toda costa es el aparato militar, la máquina militar del sistema. Ni al imperialismo ni a las clases dominantes les importa, en última instancia, quién está de presidente, quién está de representante, quién está de senador.

Desde luego, al imperialismo y a la reacción les interesa, si es posible, que el que esté de presidente no sea un ladrón consumado; les interesa, si es posible, que sea honrado, que invierta correctamente el dinero en beneficio de sus intereses de clase dominante; les interesa que la administración pública funcione con honestidad y, en fin, prefieren un gobierno de gente que robe menos a un gobierno que robe más.

¿Qué le interesa al imperialismo? Le interesa, desde luego, un gobierno que garantice los beneficios de sus monopolios. Entonces, le da lo mismo que sea un Pérez Jiménez que un Rómulo Betancourt. Si quieren un ejemplo, ahí lo tienen. [...]

Desde el punto de vista de la marcha de la historia del mundo, desde el punto de vista del gran esfuerzo que realizan todos los pueblos por librarse del hambre, de la miseria, de la explotación, del coloniaje, de la discriminación, como están luchando los pueblos de Asia, de África, de América Latina, nosotros jamás podríamos haber estado conscientemente al lado del imperialismo. Es posible que mucha gente, atiborrada de revistas *Selecciones*, de películas yanquis, de revistas *Life* y de cables de la UPI y de la AP que han dicho tantas mentiras, llegaran a creer que la política de los Estados Unidos era una política correcta, noble y humanitaria, como ellos hacían ver.

¿Quién que hoy comprenda, quién que hoy razone, quién que hoy se dé cuenta de lo que pasa en el mundo entero, podría estar honestamente al lado de la política del imperialismo?

Era lógico que nuestro país, ya desde el punto de vista no de los valores nacionales y de los sentimientos nacionales, sino desde el punto de vista de los intereses universales del hombre, jamás podría haber estado al lado de aquella política, sino al lado de la política que sustenta hoy defendiendo en todas partes los derechos de todos esos pueblos. Eso es posible que alguna gente todavía lo vea más claro que los propios problemas económicos. Para todo aquel que no se dé cuenta que nuestro país tenía que optar entre dos políticas: la política del capitalismo, la política del imperialismo, o la política antimperialista, la política del socialismo.

Es preciso tener en cuenta que no hay términos medios entre capitalismo y socialismo. Los que se empeñan en encontrar terceras posiciones, caen en una posición verdaderamente falsa y verdaderamente utópica. Eso equivaldría a desentenderse, eso sería complicidad con el imperialismo. Es perfectamente comprensible que quien permanezca indiferente ante la lucha de los argelinos es un cómplice del imperialismo francés. Quien permanezca indiferente ante la intervención yanqui en Santo Domingo es un cómplice de esa intervención yanqui en Santo Domingo. Quien permanezca ajeno a la persecución desatada por el traidor Rómulo Betancourt contra los obreros y contra los estudiantes en Venezuela —esos mismos obreros y estudiantes de Venezuela que nos defienden—, es un cómplice de aquella opresión. Quien permanezca indiferente ante Franco en España, ante el rearme alemán, ante el hecho de que los guerrilleros alemanes, los oficiales nazis, estén hoy armados, y estén reclamando por armas termonucleares, inclusive, quien permanezca indiferente ante lo que pasa en Vietnam del Sur, ante lo que pasa en el Congo, ante lo que pasa en Angola, quien permanezca indiferente, y pretenda, frente a todos estos hechos, adoptar una tercera posición, no está realmente adoptando una tercera posición, está adoptando una posición prácticamente de complicidad con el imperialismo.

Hay algunos —que se presumen de muy sabios— que afirman que lo que debió haber hecho la Revolución Cubana era cogerle dinero a los americanos y cogerle dinero a los rusos, como dicen ellos.

Es decir, que no falta quién predique una tesis política tan repugnante, tan cobarde y tan mercachifle y tan baja. Es decir: véndete, vendan el país, como si se vendiera una mercancía cualquiera, a los intereses del imperialismo. Cójale al imperialismo amedrentándolo y asustándolo con la amistad de la Unión Soviética, es decir, ser chantajista. Y así ha habido quienes promovieron aquí la tesis del chantaje.

¡Ah! pero, además, la tesis del chantaje, ¿cómo? ¿Cómo iban a llevar a cabo esa tesis del chantaje? Eso no era tal chantaje. Habría sido la tesis, además, de permanecer en el status quo que existía en nuestro país, y el respeto a todos los intereses del imperialismo, todos sus miles de caballerías, todos sus centrales azucareros, su "pulpo" eléctrico, su compañía telefónica, su control de nuestro comercio exterior e interior de los bancos. Y, además, cualquier país que se decidiera a liberarse del monopolio del comercio norteamericano, que se decidiera a hacer una reforma agraria, que se decidiera a tener una industria propia, tener una política independiente, tenía que enfrentarse al imperialismo.

Es decir, que la revolución no era revolución o tenía que ser traición. La revolución tenía que escoger entre estos dos términos: traición o revolución.

Y nosotros, que nos acordamos de los hombres que han muerto por esta revolución, que nos acordamos de nuestros compañeros caídos en la lucha,

como de todos los revolucionarios que tenían que haber recordado los que cayeron desde Guiteras, desde Martínez Villena —aunque Martínez Villena prácticamente no murió asesinado, pero murió como consecuencia del desastre de aquella lucha—, de Mella, de todos aquellos revolucionarios. Los que pensaron no en los revolucionarios de ahora, los que pensaron en Martí; Martí, que tuvo también una visión genial.

Porque ¿cuál es el mérito de Martí, lo que nos admira de Martí? ¿Martí era marxista-leninista? No, Martí, no era marxista-leninista. Martí dijo de Marx que, puesto que se puso del lado de los pobres, tenía todas sus simpatías.

Porque la revolución de Cuba era una revolución nacional, liberadora, frente al poder colonial español; no era una revolución que fuera una lucha social, era una lucha que perseguía primero la independencia nacional. Y aun en aquella época, en aquella época, Martí dijo de Marx: "puesto que se puso del lado de los pobres merece mi respeto".

Y ¿qué otra visión tuvo Martí? Una visión también genial en el año 1895. Tuvo la visión del imperialismo norteamericano, cuando el imperialismo norteamericano todavía no había empezado a ser imperialismo. Eso se llama tener visión política de largo alcance.

Porque el imperialismo norteamericano se comienza a desarrollar vigorosamente a partir de la intervención en Cuba, en que se apodera prácticamente de la riqueza del país, se apodera de Puerto Rico, se apodera de Filipinas, y se inicia la etapa imperialista del capitalismo norteamericano.

Martí prevé en el año 1895 el desarrollo de los Estados Unidos como potencia imperialista. Y escribe, y alerta al pueblo contra eso, y se pronuncia contra eso. Véase si Martí era realmente un revolucionario genial que se percató del desarrollo del imperialismo en el año 1895 cuando todavía éste no había empezado a manifestarse como fuerza mundial.

Y, entonces, hay que pensar en todos los que cayeron, en todos los que murieron, en todos los que lucharon. ¿Para qué lucharon? ¿Para que la compañía de electricidad siguiese siendo compañía yanqui? ¿Para que las 18 mil caballerías de la Atlántica del Golfo siguieran siendo 18 mil caballerías extranjeras? ¿Para que siguieran sin tierra, siguieran pasando hambre, siguieran pasando miseria nuestros campesinos? ¿Para que los bancos continuasen siendo propiedades extranjeras? ¿Para que de nuestro país se succionaran cientos de millones de dólares todos los años? ¿Para que continuaran un millón de analfabetos en nuestro país? ¿Para que continuaran sin escuela los campesinos, sin hospitales, sin casas, viviendo en los barracones en los barrios de indigentes? ¿Para que continuara así nuestro pueblo, después de cincuenta años en que supuestamente había conquistado su independencia?

Desde luego, yo no estoy hablando aquí para los revolucionarios. Y es posible que ya para los revolucionarios sea innecesario hablar esto. Hay

que hablarles, incluso, a los insensibles, a los indiferentes, a los confusos, a los que no entienden por qué esto y por qué aquello.

Y ¿había muerto toda esa gente para que los latifundistas siguieran siendo dueños de miles de caballerías de tierra? No, cualquiera comprende que no; cualquiera comprende que habrían sido traidores los dirigentes de la revolución, si hubiesen hecho una revolución, si hubiesen llevado a tantos jóvenes al combate y a la lucha, si se hubiesen sacrificado tantas vidas para eso. ¿Para tan poca gloria no valía la pena que hubiese muerto un solo cubano!; ¿para tan poca gloria no habría valido la pena levantar un arma! Esgrimir un arma, combatir, luchar, sufrir lo que sufrió nuestro país, tenía que ser por algo, mucho más que todo esto.

Y algunos pretendían que estaban muriendo los hombres, precisamente, para que siguiese ese sistema de explotación, para que siguiese un millar de familias viviendo como príncipes en nuestras capitales y en nuestras ciudades, para que siguiese existiendo aquel régimen de explotación, de hambre, de miseria, de discriminación, de abusos. Algunos pretendían eso. Y, precisamente, al parecer creyeron que la revolución podía ser eso. Hubo algunos que, a última hora, incluso compraron algunos bonos e hicieron algunas cosas para eso. ¿Qué equivocados estaban! ¿Qué equivocados estaban, que creían que ciertas conquistas de nuestro país, que ya fueron trazadas incluso desde la guerra del 95, iban a quedarse trucas, y las cosas iban a seguir como estaban!

Claro está que esta política honesta, esta política revolucionaria, esta política que marcha acorde con la historia, acorde con los sentimientos e intereses de los pueblos subdesarrollados y explotados de todo el mundo, que marcha acorde con los intereses y con el honor nacional no es una política fácil. Tenía que ser necesariamente una política de sacrificios, porque si nosotros queríamos redimir a nuestro pueblo de la incultura, del desempleo, del hambre, de la miseria, desarrollar nuestra economía, tener una economía propia, una economía independiente, y, junto con una economía independiente, una política independiente que acabara con el desempleo, con la incultura, con la miseria, con el retraso, con la pobreza, con la ignorancia, con la enfermedad, con la situación de infelicidad en que vivía la mayor parte de nuestro pueblo, teníamos que hacer una política consecuentemente revolucionaria. Hacerlo significaba enfrentarse al imperialismo con todas sus fuerzas. Y eso es lo que hemos hecho.

Desde luego, los dirigentes de la revolución somos revolucionarios. Si no fuéramos revolucionarios, no estaríamos, sencillamente, haciendo una revolución. Quiero decir con esto, que los revolucionarios y los pueblos junto con los revolucionarios —es decir, la gran masa explotada del pueblo, está dispuesta a pagar el sacrificio que sea necesario, y el precio que sea necesario por todo eso.

A un "pancista", a un indiferente, a un insensible, a un corrompido, le podrán decir que lo mejor era no buscarse problemas, que lo mejor era

respetar todos esos intereses, sencillamente. A éste le podían decir eso, y eso lo podría decir.

Nosotros teníamos que optar entre permanecer bajo el dominio, la explotación y la insolencia imperialista, seguir soportándoles aquí a los embajadores yanquis que dieran órdenes, seguir manteniendo a nuestro país en el estado de miseria en que estaba, o hacer una revolución antimperialista, y hacer una revolución socialista.

En eso no había alternativa. Nosotros escogimos el único camino honrado, el único camino leal que podíamos seguir con nuestra patria, y acorde con la tradición de nuestros mambises, acorde con la tradición de todos los que han luchado por el bien de nuestro país. Ése es el camino que hemos seguido: el camino de la lucha antimperialista, el camino de la revolución socialista. Porque, además, no cabía ninguna otra posición. Cualquiera otra posición era una posición falsa, una posición absurda. Y nosotros nunca adoptaremos esa posición, nosotros jamás vacilaremos. ¡Jamás!

El imperialismo debe saber que —para siempre— jamás tendrá nada que ver con nosotros, y el imperialismo tiene que saber que por grandes que sean nuestras dificultades, por dura que sea nuestra lucha por construir nuestro país, por construir el futuro de nuestro país, por hacer una historia digna de nuestro país, el imperialismo no debe tener con respecto a nosotros la menor esperanza.

Muchos que no comprendían estas cosas las comprenden hoy. Y las comprenderán cada vez más. Para todos nosotros estas cosas son cada vez más claras, más evidentes, más indiscutibles.

Ése era el camino que tenía que seguir la revolución: el camino de la lucha antimperialista y el camino del socialismo. Es decir: la nacionalización de todas las grandes industrias, de los grandes comercios. La nacionalización y la propiedad social de los medios fundamentales de producción, y el desarrollo planificado de nuestra economía a todo el ritmo que nos permitan nuestros recursos, y nos permita la ayuda que estamos recibiendo del exterior. Que ha sido otra cosa verdaderamente favorable a nuestra revolución, el hecho de que contamos con ayuda y solidaridad que nos permiten, sin los enormes sacrificios que tuvieron que hacer otros pueblos, llevar adelante nuestra revolución.

Había que hacer la revolución antimperialista y socialista. Bien. La revolución antimperialista y socialista sólo tenía que ser una, una sola revolución, porque no hay más que una revolución. Ésa es la gran verdad dialéctica de la humanidad: el imperialismo, y frente al imperialismo el socialismo. Resultado de eso: el triunfo del socialismo, la superación de la época del capitalismo; superación de la etapa del capitalismo y el imperialismo, el establecimiento de la era del socialismo, y después la era del comunismo.

Nadie se asuste, no habrá comunismo —por si queda algún anticomunista por ahí— hasta dentro de treinta años, por lo menos.

Así que, para que aprendan incluso nuestros enemigos a comprender cómo es el marxismo, en dos palabras; y que, sencillamente, no se puede saltar por encima de una etapa histórica. Quizá la etapa histórica que algunos países subdesarrollados pueden saltar hoy es la edificación del capitalismo. Es decir, pueden iniciar el desarrollo de la economía de un país por el camino de la planificación y por el camino del socialismo, lo que no puede saltarse es el socialismo. Y la propia Unión Soviética, después de cuarenta años, empieza la edificación del comunismo y espera haber avanzado considerablemente en ese terreno al cabo de veinte años. Así que estamos en la etapa de construcción del socialismo.

Y el socialismo. ¿Cuál es el socialismo que debíamos aplicar? ¿El socialismo utópico? Teníamos, sencillamente, que aplicar el socialismo científico. Por eso les empecé diciendo con toda franqueza que creíamos en el marxismo, que creíamos que es la teoría más correcta, más científica, la única teoría verdadera, la única teoría revolucionaria verdadera. Lo digo aquí con entera satisfacción, y con entera confianza: soy marxista-leninista, y seré marxista-leninista hasta el último día de mi vida.

II. EL CASTRISMO Y EL GUEVARISMO

ERNESTO CHE GUEVARA, *Guerra de guerrillas, un método**

Este escrito de Guevara, que se remonta a 1963, es uno de los más interesantes intentos de generalizar ciertas lecciones de la revolución cubana para la lucha en América Latina. Una de las tesis centrales del texto se refiere al carácter socialista de la revolución latinoamericana y está estrechamente ligada al análisis del papel de las burguesías nacionales. Guevara presenta también, de modo conciso y riguroso, sus ideas sobre la guerra de guerrillas a escala continental; hay que recalcar que, contrariamente a lo que pretenden sus críticos superficiales, Guevara concebía la guerrilla como un proceso político-militar con carácter de lucha de masas. Por supuesto, su concepción de la guerra de guerrilla está directamente influida por el ejemplo cubano: prioridad de la lucha en el campo, papel clave del foco inicial, etcétera.

La guerra de guerrillas ha sido utilizada innumeradas veces en la historia en condiciones diferentes y persiguiendo distintos fines. Últimamente ha sido usada en diversas guerras populares de liberación donde la vanguardia del pueblo eligió el camino de la lucha armada irregular contra enemigos de mayor potencial bélico. Asia, África y América han sido escenario de estas acciones cuando se trataba de lograr el poder en lucha contra la explotación feudal, neocolonial o colonial. En Europa se la empleó como complemento de los ejércitos regulares propios o aliados.

En América se ha recurrido a la guerra de guerrillas en diversas oportunidades. Como antecedente mediato más cercano puede anotarse la experiencia de Augusto César Sandino, luchando contra las fuerzas expedicionarias yanquis en la Segovia nicaragüense. Y, recientemente, la guerra revolucionaria de Cuba. A partir de entonces, en América se han planteado los problemas de la guerra de guerrillas en las discusiones teóricas de los partidos progresistas del continente y la posibilidad y conveniencia de su utilización es materia de polémicas encontradas.

Estas notas tratarán de expresar nuestras ideas sobre la guerra de guerrillas y cuál sería su utilización correcta.

* Ernesto Che Guevara, "Guerra de guerrillas, un método" (1963), *Obra revolucionaria*, ed. Era, México, 1973, pp. 551-52 y 556-63.

Ante todo hay que precisar que esta modalidad de lucha es un método; un método para lograr un fin. Ese fin, indispensable, ineludible para todo revolucionario, es la conquista del poder político. Por tanto, en los análisis de las situaciones específicas de los distintos países de América, debe emplearse el concepto de guerrilla reducido a la simple categoría de método de lucha para lograr aquel fin.

Casi inmediatamente surge la pregunta: ¿El método de la guerra de guerrillas es la fórmula única para la toma del poder en la América entera?, o ¿será, en todo caso, la forma predominante?; o, simplemente, ¿será una fórmula más entre todas las usadas para la lucha? y, en último extremo, se preguntan, ¿será aplicable a otras realidades continentales el ejemplo de Cuba? Por el camino de la polémica, suele criticarse a aquellos que quieren hacer la guerra de guerrillas, aduciendo que se olvidan de la lucha de masas, casi como si fueran métodos contrapuestos. Nosotros rechazamos el concepto que encierra esa posición; la guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es una lucha de masas. Pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población, es el preludio de un desastre inevitable. La guerrilla es la vanguardia combativa del pueblo, situada en un lugar determinado de algún territorio dado, armada, dispuesta a desarrollar una serie de acciones bélicas tendientes al único fin estratégico posible: la toma del poder. Está apoyada por las masas campesinas y obreras de la zona y de todo el territorio de que se trate. Sin esas premisas no se puede admitir la guerra de guerrillas.

En nuestra situación americana, consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América; son ellas: Primero: las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. Segundo: no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. Tercero: en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo. (*La guerra de guerrillas.*)

Tales son las aportaciones para el desarrollo de la lucha revolucionaria en América y pueden aplicarse a cualquiera de los países de nuestro continente en los cuales se vaya a desarrollar una guerra de guerrillas. [...]

Durante el desarrollo de la lucha armada aparecen dos momentos de extremo peligro para el futuro de la revolución. El primero de ellos surge en la etapa preparatoria y la forma en que se resuelva da la medida de la decisión de lucha y claridad de fines que tengan las fuerzas populares. Cuando el Estado burgués avanza contra las posiciones del pueblo, evidentemente tiene que producirse un proceso de defensa contra el enemigo que, en ese momento de superioridad, ataca. Si ya se han desarrollado las condiciones objetivas y subjetivas mínimas, la defensa debe ser armada, pero de

tal tipo que no se conviertan las fuerzas populares en meros receptores de los golpes del enemigo; no dejar tampoco que el escenario de la defensa armada simplemente se transforme en un refugio extremo de los perseguidos. La guerrilla, movimiento defensivo del pueblo en un momento dado, lleva en sí, y constantemente debe desarrollarla, su capacidad de ataque sobre el enemigo. Esta capacidad es la que va determinando con el tiempo su carácter de catalizador de las fuerzas populares. Vale decir, la guerrilla no es autodefensa pasiva, es defensa con ataque y, desde el momento en que se plantea como tal, tiene como perspectiva final la conquista del poder político.

Este momento es importante. En los procesos sociales la diferencia entre violencia y no violencia no puede medirse por las cantidades de tiros intercambiados; responde a situaciones concretas y fluctuantes. Y hay que saber ver el instante en que las fuerzas populares, conscientes de su debilidad relativa, pero al mismo tiempo de su fuerza estratégica, deben obligar al enemigo a que dé los pasos necesarios para que la situación no retroceda. Hay que violentar el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular. La dictadura trata constantemente de ejercerse sin el uso aparatoso de la fuerza; el obligar a presentarse sin disfraz, es decir, en su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias, contribuirá a su desenmascaramiento, lo que profundizará la lucha hasta extremos tales que ya no se pueda regresar. De cómo cumplan su función las fuerzas del pueblo abocadas a la tarea de obligar a definiciones a la dictadura —retroceder o desencadenar la lucha—, depende el comienzo firme de una acción armada de largo alcance.

Sortear el otro momento peligroso depende del poder del desarrollo ascendente que tengan las fuerzas populares. Marx recomendaba siempre que una vez comenzado el proceso revolucionario, el proletariado tenía que golpear y golpear sin descanso. Revolución que no se profundice constantemente es revolución que regresa. Los combatientes, cansados, empiezan a perder la fe y puede fructificar entonces alguna de las maniobras a que la burguesía nos tiene tan acostumbrados. Estas pueden ser elecciones con la entrega del poder a otro señor de voz más meliflua y cara más angelical que el dictador de turno, o un golpe dado por los reaccionarios, encabezados, en general, por el ejército y apoyándose, directa o indirectamente, en las fuerzas progresistas. Caben otras, pero no es nuestra intención analizar estrategias tácticas.

Llamamos la atención principalmente sobre la maniobra del golpe militar apuntada arriba. ¿Qué pueden dar los militares a la verdadera democracia? ¿Qué lealtad se les puede pedir si son meros instrumentos de dominación de las clases reaccionarias y de los monopolios imperialistas y como casta, que vale en razón de las armas que posee, aspiran solamente a mantener sus prerrogativas?

Cuando, en situaciones difíciles para los opresores, conspiren los militares y derroquen a un dictador, de hecho vencido, hay que suponer que lo hacen porque aquél no es capaz de preservar sus prerrogativas de clase sin violencia extrema, cosa que, en general, no conviene en los momentos actuales a los intereses de las oligarquías.

Esta afirmación no significa, de ningún modo, que se deseche la utilización de los militares como luchadores individuales, separados del medio social en que han actuado y, de hecho, rebelados contra él. Y esta utilización debe hacerse en el marco de la dirección revolucionaria a la que pertenecerán como luchadores y no como representantes de una casta.

En tiempos ya lejanos, en el prefacio de la tercera edición de *La guerra civil en Francia*, Engels decía: "Los obreros, después de cada revolución, estaban armados; por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado. De ahí que, después de cada revolución ganada por los obreros, se llevara a cabo una nueva lucha que acababa con la derrota de éstos..." (Cita de Lenin, *El Estado y la Revolución*.)

Este juego de luchas continuas en que se logra un cambio formal de cualquier tipo y se retrocede estratégicamente, se ha repetido durante decenas de años en el mundo capitalista. Peor aún, el engaño permanente al proletariado en este aspecto lleva más de un siglo de producirse periódicamente.

Es peligroso también que, llevados por el deseo de mantener durante algún tiempo condiciones más favorables para la acción revolucionaria mediante el uso de ciertos aspectos de la legalidad burguesa, los dirigentes de los partidos progresistas confundan los términos, cosa que es muy común en el curso de la acción, y se olviden del objetivo estratégico definitivo: *la toma del poder*.

Estos dos momentos difíciles de la revolución, que hemos analizado someramente, se obvian cuando los partidos dirigentes marxistas-leninistas son capaces de ver claro las implicaciones del momento y de movilizar las masas al máximo, llevándolas por el camino justo de la resolución de las contradicciones fundamentales.

En el desarrollo del tema hemos supuesto que eventualmente se aceptará la idea de la lucha armada y también la fórmula de la guerra de guerrillas como método de combate. ¿Por qué estimamos que, en las condiciones actuales de América, la guerra de guerrillas es la vía correcta? Hay argumentos fundamentales que, en nuestro concepto, determinan la necesidad de la acción guerrillera en América como eje central de la lucha.

Primero: aceptando como verdad que el enemigo luchará por mantenerse en el poder, hay que pensar en la destrucción del ejército opresor; para destruirlo hay que oponerle un ejército popular enfrente. Ese ejército no nace espontáneamente, tiene que armarse en el arsenal que brinda su ene-

migo, y esto condiciona una lucha dura y muy larga, en la que las fuerzas populares y sus dirigentes estarían expuestos siempre al ataque de fuerzas superiores sin adecuadas condiciones de defensa y maniobrabilidad.

En cambio, el núcleo guerrillero, asentado en terrenos favorables a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario. Las fuerzas urbanas, dirigidas desde el estado mayor del ejército del pueblo, pueden realizar acciones de incalculable importancia. La eventual destrucción de estos grupos no haría morir el alma de la revolución, su jefatura, que, desde la fortaleza rural, seguiría catalizando el espíritu revolucionario de las masas y organizando nuevas fuerzas para otras batallas.

Además, en esta zona comienza la estructuración del futuro aparato estatal encargado de dirigir eficientemente la dictadura de clase durante todo el periodo de transición. Cuanto más larga sea la lucha, más grandes y complejos serán los problemas administrativos y en su solución se entrenarán los cuadros para la difícil tarea de la consolidación del poder y el desarrollo económico, en una etapa futura.

Segundo: la situación general del campesinado latinoamericano y el carácter cada vez más explosivo de su lucha contra las estructuras feudales, en el marco de una situación social de alianza entre explotadores locales y extranjeros.

Volviendo a la Segunda Declaración de La Habana:

—Los pueblos de América se liberaron del coloniaje español a principios del siglo pasado, pero no se liberaron de la explotación. Los terratenientes feudales asumieron la autoridad de los gobernantes españoles, los indios continuaron en penosa servidumbre, el hombre latinoamericano en una u otra forma siguió esclavo y las mínimas esperanzas de los pueblos sucumben bajo el poder de las oligarquías y la coyunda del capital extranjero. Ésta ha sido la verdad de América, con uno u otro matiz, con alguna que otra variante. Hoy América Latina yace bajo un imperialismo mucho más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperialismo colonial español.

—Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui? Disponerse a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear el aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos pseudo legales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos.

Esta situación objetiva nos muestra la fuerza que duerme, desaprovechada, en nuestros campesinos y la necesidad de utilizarla para la liberación de América.

Tercero: el carácter continental de la lucha.

Podría concebirse esta nueva etapa de la emancipación de América co-

mo el cotejo de dos fuerzas locales luchando por el poder en un territorio dado? Difícilmente. La lucha será a muerte entre todas las fuerzas populares y todas las fuerzas de represión. Los párrafos arriba citados también lo predicen.

Los yanquis intervendrán por solidaridad de intereses y porque la lucha en América es decisiva. De hecho, ya intervienen en la preparación de las fuerzas represivas y la organización de un aparato continental de lucha. Pero, de ahora en adelante, lo harán con todas sus energías; castigarán a las fuerzas populares con todas las armas de destrucción a su alcance; no dejarán consolidarse al poder revolucionario y, si alguno llegara a hacerlo, volverán a atacar, no lo reconocerán, tratarán de dividir las fuerzas revolucionarias, introducirán saboteadores de todo tipo, crearán problemas fronterizos, lanzarán a otros Estados reaccionarios en su contra, intentarán ahogar económicamente al nuevo Estado, aniquilarlo, en una palabra.

Dado este panorama americano, se hace difícil que la victoria se logre y consolide en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países en que la opresión llegue a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión, y esta bandera tendrá, por necesidad histórica, caracteres continentales. La cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista.

No podemos decir cuándo alcanzará estas características continentales, ni cuánto tiempo durará la lucha; pero podemos predecir su advenimiento y su triunfo, porque es resultado de circunstancias históricas, económicas y políticas inevitables y su rumbo no se puede torcer. Iniciarla cuando las condiciones estén dadas, independientemente de la situación de otros países, es la tarea de la fuerza revolucionaria en cada país. El desarrollo de la lucha ira condicionando la estrategia general; la predicción sobre el carácter continental es fruto del análisis de las fuerzas de cada contendiente, pero esto no excluye, ni mucho menos, el estallido independiente. Así como la iniciación de la lucha en un punto de un país está destinada a desarrollarla en todo su ámbito, la iniciación de la guerra revolucionaria contribuye a desarrollar nuevas condiciones en los países vecinos.

El desarrollo de las revoluciones se ha producido normalmente por flujos y reflujos inversamente proporcionales; al flujo revolucionario corresponde el reflujó contrarrevolucionario y, viceversa, en los momentos de descenso revolucionario hay un ascenso contrarrevolucionario. En estos instantes, la situación de las fuerzas populares se torna difícil y deben recurrir a los mejores medios de defensa para sufrir los daños menores. El enemigo es extremadamente fuerte, continental. Por ello, no se pueden analizar las debilidades relativas de las burguesías locales con vistas a tomar decisiones de ámbitos restringidos. Menos podría pensarse en la eventual alianza de estas

oligarquías con el pueblo en armas. La Revolución cubana ha dado el campanazo de alarma. La polarización de fuerzas llegará a ser total: explotadores de un lado y explotados de otro; la masa de la pequeña burguesía se inclinará a uno u otro bando, de acuerdo con sus intereses y el acierto político con que se la trate; la neutralidad constituirá una excepción. Así será la guerra revolucionaria.

Pensemos cómo podría comenzar un foco guerrillero.

Núcleos relativamente pequeños de personas eligen lugares favorables para la guerra de guerrillas, ya sea con la intención de desatar un contraataque o para capear el vendaval, y allí comienzan a actuar. Hay que establecer bien claro lo siguiente: en el primer momento, la debilidad relativa de la guerrilla es tal que solamente debe trabajar para fijarse al terreno, para ir conociendo el medio, estableciendo conexiones con la población y reforzando los lugares que eventualmente se convertirán en su base de apoyo.

Hay tres condiciones de supervivencia de una guerrilla que comience su desarrollo bajo las premisas expresadas aquí: movilidad constante, vigilancia constante, desconfianza constante. Sin el uso adecuado de estos tres elementos de la táctica militar, la guerrilla difícilmente sobrevivirá. Hay que recordar que la heroicidad del guerrillero, en estos momentos, consiste en la amplitud del fin planteado y la enorme serie de sacrificios que deberá realizar para cumplimentarlo.

Estos sacrificios no serán el combate diario, la lucha cara a cara con el enemigo; adquirirán formas más sutiles y más difíciles de resistir para el cuerpo y la mente del individuo que está en la guerrilla.

Serán quizás castigados duramente por los ejércitos enemigos; divididos en grupos, a veces; martirizados los que cayeren prisioneros; perseguidos como animales acosados en las zonas que hayan elegido para actuar; con la inquietud constante de tener enemigos sobre los pasos de la guerrilla; con la desconfianza constante frente a todo, ya que los campesinos atemorizados los entregarán, en algunos casos, para quitarse de encima, con la desaparición del pretexto, a las tropas represivas; sin otra alternativa que la muerte o la victoria, en momentos en que la muerte es un concepto mil veces presente y la victoria el mito que sólo un revolucionario puede soñar.

Esa es la heroicidad de la guerrilla; por eso se dice que caminar también es una forma de combatir, que rehuir el combate en un momento dado no es sino una forma de combatir. El planteamiento es, frente a la superioridad general del enemigo, encontrar la forma táctica de lograr una superioridad relativa en un punto elegido, ya sea poder concentrar más efectivos que éste, ya asegurar ventajas en el aprovechamiento del terreno que vuelque la correlación de fuerzas. En estas condiciones se asegura la victoria táctica; si no está clara la superioridad relativa, es preferible no actuar. No se debe dar combate que no produzca una victoria, mientras se pueda elegir el "cómo" y el "cuándo".

En el marco de la gran acción político-militar, del cual es un elemento, la guerrilla irá creciendo y consolidándose; se irán formando entonces las bases de apoyo, elemento fundamental para que el ejército guerrillero pueda prosperar. Estas bases de apoyo son puntos en los cuales el ejército enemigo sólo puede penetrar a costa de grandes pérdidas; bastiones de la revolución, refugio y resorte de la guerrilla para incursiones cada vez más lejanas y atrevidas.

A este momento se llega si se han superado simultáneamente las dificultades de orden táctico y político. Los guerrilleros no pueden olvidar nunca su función de vanguardia del pueblo, el mandato que encarnan, y por tanto, deben crear las condiciones políticas necesarias para el establecimiento del poder revolucionario basado en el apoyo total de las masas. Las grandes reivindicaciones del campesinado deben ser satisfechas en la medida y forma que las circunstancias aconsejen, haciendo de toda la población un conglomerado compacto y decidido.

Si difícil será la situación militar de los primeros momentos, no menos delicada será la política; y si un solo error militar puede liquidar la guerrilla, un error político puede frenar su desarrollo durante grandes periodos.

Político-militar es la lucha, así hay que desarrollarla y, por lo tanto, entenderla.

La guerrilla, en su proceso de crecimiento, llega a un instante en que su capacidad de acción cubre una determinada región para cuyas medidas sobran hombres y hay demasiada concentración en la zona. Allí comienza el efecto de colmena, en el cual uno de los jefes, guerrillero distinguido, salta a otra región y va repitiendo la cadena de desarrollo de la guerra de guerrillas, sujeto, eso sí, a un mando central.

Ahora bien, es preciso apuntar que no se puede aspirar a la victoria sin la formación de un ejército popular. Las fuerzas guerrilleras podrán extenderse hasta determinada magnitud; las fuerzas populares, en las ciudades y en otras zonas permeables del enemigo, podrán causarle estragos, pero el potencial militar de la reacción todavía estaría intacto. Hay que tener siempre presente que el resultado final debe ser el aniquilamiento del adversario. Para ello, todas estas zonas nuevas que se crean, más las zonas de perforación del enemigo detrás de sus líneas, más las fuerzas que operan en las ciudades principales, deben tener una relación de dependencia en el mando. No se podrá pretender que exista la cerrada ordenación jerárquica que caracteriza a un ejército, pero sí una ordenación estratégica. Dentro de determinadas condiciones de libertad de acción, las guerrillas deben de cumplir todas las órdenes estratégicas del mando central, instalado en alguna de las zonas, la más segura, la más fuerte, preparando las condiciones para la unión de las fuerzas en un momento dado. ¿Habrá otras posibilidades menos cruentas?

La guerra de guerrillas o guerra de liberación tendrá en general tres momentos: el primero, de la defensiva estratégica, donde la pequeña fuerza

que huye muerde al enemigo; no está refugiada para hacer una defensa pasiva en un círculo pequeño, sino que su defensa consiste en los ataques limitados que pueda realizar. Pasado esto, se llega a un punto de equilibrio en que se estabilizan las posibilidades de acción del enemigo y de la guerrilla y, luego, el momento final de desbordamiento del ejército represivo que llevará a la toma de las grandes ciudades, a los grandes encuentros decisivos, al aniquilamiento total del adversario.

Después de logrado el punto de equilibrio, donde ambas fuerzas se respetan entre sí, al seguir su desarrollo, la guerra de guerrillas adquiere características nuevas. Empieza a introducirse el concepto de la maniobra; columnas grandes que atacan puntos fuertes; guerra de movimientos con traslación de fuerzas y medios de ataque de relativa potencia. Pero, debido a la capacidad de la resistencia y contraataque que todavía conserva el enemigo, esta guerra de maniobra no sustituye definitivamente a las guerrillas; es solamente una forma de actuar de las mismas; una magnitud superior de las fuerzas guerrilleras, hasta que, por fin, cristaliza en un ejército popular con cuerpos de ejércitos. Aún en este instante, marchando delante de las acciones de las fuerzas principales, irán las guerrillas en su estado de "pureza", liquidando las comunicaciones, sabotando todo el aparato defensivo del enemigo.

Habíamos predicho que la guerra sería continental. Esto significa también que será prolongada; habrá muchos frentes, costará mucha sangre, innúmeras vidas durante largo tiempo. Pero, algo más, los fenómenos de polarización de fuerzas que están ocurriendo en América, la clara división entre explotadores y explotados que existirá en las guerras revolucionarias futuras, significan que, al producirse la toma del poder por la vanguardia armada del pueblo, el país, o los países, que lo consigan, habrán liquidado simultáneamente, en el opresor, a los imperialistas y a los explotadores nacionales. Habrá cristalizado la primera etapa de la revolución socialista; estarán listos los pueblos para restañar sus heridas e iniciar la construcción del socialismo.

¿Habrá otras posibilidades menos cruentas?

Hace tiempo que se realizó el último reparto del mundo en el cual a los Estados Unidos le tocó la parte del león de nuestro continente; hoy se están desarrollando nuevamente los imperialistas del viejo mundo y la pujanza del mercado común europeo atemoriza a los mismos norteamericanos. Todo esto podría hacer pensar que existiera la posibilidad de asistir como espectadores a la pugna interimperialista para luego lograr avances, quizás en alianza con las burguesías nacionales más fuertes. Sin contar con que la política pasiva nunca trae buenos resultados en la lucha de clases y las alianzas con la burguesía, por revolucionaria que ésta luzca en un momento dado, sólo tiene carácter transitorio, hay razones de tiempo que inducen a tomar otro partido. La agudización de la contradicción fundamental luce

ser tan rápida en América que molesta el "normal" desarrollo de las contradicciones del campo imperialista en su lucha por los mercados.

Las burguesías nacionales se han unido al imperialismo norteamericano, en su gran mayoría, y deben correr la misma suerte que éste en cada país. Aun en los casos en que se producen pactos o coincidencias de contradicciones entre la burguesía nacional y otros imperialismos con el norteamericano, esto sucede en el marco de una lucha fundamental que englobará necesariamente, en el curso de su desarrollo, a todos los explotados y a todos los explotadores. La polarización de fuerzas antagónicas de adversarios de clases es, hasta ahora, más veloz que el desarrollo de las contradicciones entre explotadores por el reparto del botín. Los campos son dos: la alternativa se vuelve más clara para cada quien individual y para cada capa especial de la población.

La Alianza para el Progreso es un intento de refrenar lo irrefrenable.

Pero si el avance del mercado común europeo o cualquier otro grupo imperialista sobre los mercados americanos, fuera más veloz que el desarrollo de la contradicción fundamental, sólo restaría introducir las fuerzas populares como cuña, en la brecha abierta, conduciendo éstas toda la lucha y utilizando a los nuevos intrusos con clara conciencia de cuáles son sus intenciones finales.

No se debe entregar ni una posición, ni un arma, ni un secreto al enemigo de clase, so pena de perderlo todo.

De hecho, la eclosión de la lucha americana se ha producido. ¿Estará su vórtice en Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú, Ecuador...? ¿Serán estas escaramuzas actuales sólo manifestaciones de una inquietud que no ha fructificado? No importa cuál sea el resultado de las luchas de hoy. No importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado. Lo definitivo es la decisión de lucha que madura día a día; la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario, la certeza de su posibilidad.

Es una predicción. La hacemos con el convencimiento de que la historia nos dará la razón. El análisis de los factores objetivos y subjetivos de América y del mundo imperialista, nos indica la certeza de estas aseveraciones basadas en la Segunda Declaración de La Habana.

ERNESTO CHE GUEVARA, *Mensaje a la Tricontinental**

Este documento, redactado por Guevara en el monte boliviano a comienzos de 1967, desarrolla en forma de carta al Secretariado Ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América

* Ernesto Che Guevara, "Mensaje a la Tricontinental" (1967), en *Obra revolucionaria*, cit., pp. 643-45 y 646-48.

Latina (creada por la Conferencia Tricontinental de 1966) su concepción de la revolución mundial y del internacionalismo proletario. La influencia de este escrito fue enorme y rebasó ampliamente los límites de América Latina.

El pasaje que aquí presentamos insiste simultáneamente en el carácter socialista de la revolución y en la ineluctabilidad de la lucha armada. Fue utilizado como texto programático tanto por la corriente castrista como por el trotskismo latinoamericano.

El campo fundamental de la explotación del imperialismo abarca los tres continentes atrasados, América, Asia y África. Cada país tiene características propias, pero los continentes, en su conjunto, también las presentan.

América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de su territorio los capitales monopolistas norteamericanos mantienen una primacía absoluta. Los gobiernos títeres o, en el mejor de los casos, débiles y medrosos, no pueden oponerse a las órdenes del amo yanqui. Los norteamericanos han llegado casi al máximo de su dominación política y económica, poco más podrían avanzar ya; cualquier cambio de la situación podría convertirse en un retroceso en su primacía. Su política es mantener lo conquistado. La línea de acción se reduce en el momento actual, al uso brutal de la fuerza para impedir movimientos de liberación, de cualquier tipo que sean.

Bajo el slogan, "no permitiremos otra Cuba", se encubre la posibilidad de agresiones a mansalva, como la perpetrada contra Santo Domingo, o anteriormente, la masacre de Panamá, y la clara advertencia de que las tropas yanquis están dispuestas a intervenir en cualquier lugar de América donde el orden establecido sea alterado, poniendo en peligro sus intereses.

Esa política cuenta con una impunidad casi absoluta; la OEA es una máscara cómoda, por desprestigiada que esté; la ONU es de una ineficiencia rayana en el ridículo o en lo trágico; los ejércitos de todos los países de América están listos a intervenir para aplastar a sus pueblos. Se ha formado, de hecho, la internacional del crimen y la traición.

Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay cambios que hacer, o revolución socialista o caricatura de revolución. [...]

En América Latina se lucha con las armas en la mano en Guatemala, Colombia, Venezuela y Bolivia y despuntan ya los primeros brotes en Brasil. Hay otros focos de resistencia que aparecen y se extinguen. Pero casi todos los países de este continente están maduros para una lucha de tipo tal, que para resultar triunfante, no puede conformarse con menos que la instauración de un gobierno de corte socialista.

En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional de Brasil, con cuyo pueblo, los de habla hispana pueden enten-

derse, dada la similitud entre ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo "internacional americano" mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común, los unen. El grado y las formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores y explotados de una buena parte de los países de nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella.

Podemos preguntarnos: esta rebelión ¿cómo fructificará? ¿de qué tipo será? Hemos sostenido desde hace algún tiempo que dadas sus características similares, la lucha en América, adquirirá, en su momento, dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación.

En el marco de esa lucha de alcance continental, las que actualmente se sostienen en forma activa son sólo episodios, pero ya han dado los mártires que figurarán en la historia americana como entregando su cuota de sangre necesaria en esta última etapa de la lucha por la libertad plena del hombre. Allí figurarán los nombres del comandante Turcios Lima, del cura Camilo Torres, del comandante Fabricio Ojeda, de los comandantes Lobatán y Luis de la Puente Uceda, figuras principalísimas en los movimientos revolucionarios de Guatemala, Colombia, Venezuela y Perú.

Pero la movilización activa del pueblo crea sus nuevos dirigentes; César Montes y Yon Sosa levantan la bandera en Guatemala, Fabio Vázquez y Marulanda lo hacen en Colombia, Douglas Bravo en el occidente del país y Américo Martín en El Bachiller, dirigen sus respectivos frentes en Venezuela.

Nuevos brotes de guerra surgirán en estos y otros países americanos, como ya ha ocurrido en Bolivia, e irán creciendo, con todas las vicisitudes que entraña este peligroso oficio de revolucionario moderno. Muchos morirán víctimas de sus errores, otros caerán en el duro combate que se avecina; nuevos luchadores y nuevos dirigentes surgirán al calor de la lucha revolucionaria. El pueblo irá formando sus combatientes y sus conductores en el marco selectivo de la guerra misma, y los agentes yanquis de represión aumentarán. Hoy hay asesores en todos los países donde la lucha armada se mantiene y el ejército peruano realizó, al parecer, una exitosa batida contra los revolucionarios de ese país, también asesorado y entrenado por los yanquis. Pero si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar, se harán prácticamente imbatibles y exigirán nuevos envíos de los yanquis. En el propio Perú, con tenacidad y firmeza, nuevas figuras aún no completamente conocidas, reorganizan la lucha guerrillera. Poco a poco, las armas obsoletas que bastan para la represión de las pequeñas bandas armadas, irán convirtiéndose en armas modernas y los grupos de asesores en combatientes norteamericanos, hasta que, en un momento dado, se vean obligados a enviar cantidades crecientes de tropas regulares para asegurar la relativa estabilidad de un poder cuyo ejército nacional tí-

tere se desintegra ante los combates de las guerrillas. Es el camino de Vietnam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como Juntas de Coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa.

América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la Tricontinental en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución Cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve; la de la creación del Segundo o Tercer Vietnam o del Segundo y Tercer Vietnam del mundo.

En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del imperialismo. La participación que nos toca a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos, de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y a donde exportan nuevos capitales —instrumentos de dominación—, armas y toda clase de artículos, sumiéndonos en una dependencia absoluta.

El elemento fundamental de esa finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá, a través de la lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una Revolución Socialista.

Al enfocar la destrucción del imperialismo, hay que identificar a su cabeza, la que no es otra que los Estados Unidos de Norteamérica.

Debemos realizar una tarea de tipo general que tenga como finalidad táctica sacar al enemigo de su ambiente obligándolo a luchar en lugares donde sus hábitos de vida choquen con la realidad imperante. No se debe despreciar al adversario; el soldado norteamericano tiene capacidad técnica y está respaldado por medios de tal magnitud que lo hacen temible. Le falta esencialmente la motivación ideológica que tienen en grado sumo sus enconados rivales de hoy: los soldados vietnamitas. Solamente podremos triunfar sobre ese ejército en la medida en que logremos minar su moral. Y ésta se mina infligiéndole derrotas y ocasionándole sufrimientos repetidos.

Pero este pequeño esquema de victorias encierra dentro de sí sacrificios inmensos de los pueblos, sacrificios que deben exigirse desde hoy, a la luz del día y que quizás sean menos dolorosos que los que debieran soportar si rehuyéramos constantemente el combate, para tratar de que otros sean los que nos saquen las castañas del fuego.

Claro que, el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrará a ese pueblo. Pero tal vez sea

imposible eludir esa lucha o sus efectos, en una contienda de carácter mundial y se sufra igual o más aún. No podemos predecir el futuro, pero jamás debemos ceder a la tentación claudicante de ser los abanderados de un pueblo que anhela su libertad, pero reniega de la lucha que ésta conlleva y la espera como un mendrugo de victoria.

Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse en forma pacífica. Para nosotros está clara la solución de esta interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades en las casas de los combatientes —donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares— en la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo.

Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla.

CARACTERÍSTICAS PECULIARES DE NUESTRA REVOLUCIÓN

Nuestra Revolución como la de cualquier país del mundo, tiene un conjunto de características que la diferencian de otras. El no entender esto, nos ha llevado a lamentables errores que van desde exagerar esas peculiaridades para aplicar tácticas erradas, como en el caso de nuestra posición golpista, hasta el hecho de aplicar esquemas ajenos a nuestra realidad como el caso de querer hacer una guerra al estilo chino con las tres etapas clásicas. El problema, pues, para nosotros radica en extraer de nuestra realidad las peculiaridades propias de nuestro país entrelazándolas con los factores internacionales en juego.

Para extraer las leyes que dirigirán este proceso revolucionario se hace necesario tomar en cuenta los siguientes factores:

1o. El PCV y el MIR actualmente son la vanguardia de esta Revolución. Este factor nos diferencia esencialmente de Cuba y de Argelia, y crea condiciones especiales para el desarrollo del Frente, y señala desde ya el carácter prolongado de la lucha por su contenido no sólo liberador sino también socialista.

2o. La división del campo socialista internacional incide directamente sobre un factor determinante en una guerra, como es la ayuda externa, creando factores de aislamiento que retardan ese proceso revolucionario. Esta

situación del campo socialista ha contribuido a que lo que hubiese podido ser un despertar conjunto o de la mayor parte de América Latina, se produzca en dos o tres países, dándole ventaja a la estrategia general del imperialismo para atacarnos por separado.

3o. El gobierno al cual nos hemos enfrentado poseía ventajas transitorias desde el punto de vista de lo que se llaman las puertas legales. Acción Democrática, partido eje del poder, contaba en aquella oportunidad con un extraordinario apoyo popular, especialmente en las áreas campesinas, donde debía desarrollarse la guerrilla; este fenómeno, unido a la debilidad y casi inexistencia de Partido organizado, contribuyó a retardar el proceso de consolidación de las guerrillas en nuestro frente, ya que la propia guerrilla tuvo que convertirse en el principal instrumento organizador de la población campesina y de su propia base de apoyo. Aún más, para el conjunto de la población venezolana, Acción Democrática fue durante mucho tiempo la esperanza de redención de los oprimidos. Al lado de esto debemos anotar que nos enfrentamos a un gobierno cuyas características diferían de las del régimen de Pérez Jiménez, del de Batista, etcétera, etcétera. Aunque este factor ha sido casi superado en su totalidad, quedan todavía puntos débiles que le permiten al gobierno atraerse un conjunto de aliados para su política de democracia representativa sin que todos ellos respondan a una unidad de carácter clasista; atendiendo a este fenómeno, debemos saber aprovechar todas las debilidades y contradicciones que existen en el seno de esos aliados transitorios del gobierno, para promover todas las alianzas tácticas que sean posibles y estimular permanentemente su descomposición interna.

4o. Al iniciar nosotros nuestro movimiento emancipador y siendo dirigidos por las fuerzas marxistas-leninistas encontramos a un enemigo en guardia, preparado y listo para pasar a la ofensiva ante cualquier brote liberador. Este fenómeno no sucedió en Cuba; como ejemplo ilustrativo citaremos simplemente que los sectores que inicialmente prestaron su apoyo a la revolución cubana, *fueron los mismos que se unieron en bloque compacto para combatir nuestro movimiento.*

5o. El hecho de ser Venezuela rico en minerales estratégicos de guerra, lo convierte en uno de los llamados puntos críticos, es decir, puntos donde el enemigo concentra sus fuerzas principales, a diferencia de otras zonas, las cuales, por sus escasos recursos naturales, pueden ser abandonadas fácilmente. Significa esto que debemos prepararnos para una lucha cruenta y muy difícil y compleja; pero que como analizaremos posteriormente, si sabemos armonizar los inmensos recursos internos, a través de una verdadera guerra popular, ensamblándola con un sólido apoyo internacional del campo socialista y fundamentalmente de los países latinoamericanos, y si sabemos por último aprovechar las grandes contradicciones interimperialistas, podemos concluir diciendo que la intervención directa yanqui en nuestro país puede impedirse. Además sabiendo mover todos los recursos nacionales e internacionales a que hemos hecho referencia, si la intervención

directa yanqui, que tampoco es descartable, se produce, para lo cual tenemos que prepararnos, significará la derrota político-militar del imperialismo yanqui en América por el carácter continental que promoverá semejante agresión. La intervención directa yanqui colocaría en el orden del día la aplicación de la "guerra a muerte" decretada por Bolívar en 1813.

6o. Desde el punto de vista histórico, Venezuela ha jugado un papel importante en el nacimiento y desarrollo de los países de América Latina, su privilegiada situación geográfica y su legendaria historia la colocan en posición especial frente a otros países de América Latina.

7o. En América Latina, y especialmente en Venezuela, las clases dominantes han utilizado como método de subir al poder el clásico golpe de Estado, tradición ésta que si bien es cierto que aleja a las masas de su participación en la lucha no debe ser subestimada para las combinaciones insurreccionales, claro está, haciendo participar a las masas y con objetivos claros y definidos de poder. Si profundizamos un poco en estas características peculiares de nuestro país y la ensamblamos con los fenómenos de carácter internacional podemos extraer algunas de las leyes que rigen y regirán este proceso revolucionario. Sólo de esta manera podemos conseguir la táctica de lucha que encuadre con la estrategia general trazada. Podemos resumir estas leyes generales de la liberación venezolana de la siguiente manera:

1] *Nuestra lucha por la liberación es la lucha de la mayoría de la nación venezolana, bajo la dirección del FLN, contra el Imperialismo Norteamericano y sus servidores criollos.*

En los países neocoloniales y entre ellos Venezuela, la lucha de clases significa el enfrentamiento de las clases revolucionarias contra el poder imperialista en primer término y contra sus servidores locales que fungen de instrumento en segundo término. A diferencia de la colonia, donde en cada país las diferentes clases sociales bajo la dirección de los grupos explotadores criollos coinciden en oponerse al poder extranjero amainando la lucha de clases interna —aunque en el campo internacional signifique una agudización de la lucha de clases— en la neocolonia la lucha de clases se enfrenta a la mayoría de la nación bajo la hegemonía de las clases más revolucionarias, en nuestro caso bajo la dirección de los partidos marxistas, contra el poder imperialista y los grupos internos que le sirven de instrumento para afianzar la dominación extranjera. En la neocolonia se forman dos nucleamientos clasistas perfectamente definidos. El nucleamiento revolucionario bajo amplios frentes de liberación nacional (FLN) con programas muy amplios que abarcan en lo político, en lo militar, en lo económico y en lo social a esa mayoría de la nación que coincide en los objetivos de la liberación nacional utilizando como forma fundamental de lucha, la lucha armada. Estos frentes de liberación nacional amplios se pro-

yectan como una ley, para todos los países neocoloniales bajo la dirección de la ideología marxista, de la ideología del proletariado. El otro nucleamiento clasista es el del imperialismo y las oligarquías criollas que se resisten a entregar el poder y luchan encarnizadamente para conservarlo.

2] *La guerrilla rural es la forma fundamental de lucha dentro del carácter estratégico de guerra prolongada.*

Dada la superioridad estratégica transitoria que tiene el ejército enemigo, el carácter estratégico de nuestras materias primas, nuestra ubicación geográfica en América Latina y por la influencia bolivariana de nuestro país unido al ejemplo que ha significado la liberación de Cuba, etcétera, el imperialismo yanqui agotará todos los recursos para oponerse a la liberación de nuestro país. Todo esto aconseja trazar una estrategia de *guerra prolongada* a fin de no arriesgar los recursos innecesariamente. Pero como veremos después por otras características nacionales e internacionales de nuestra revolución, esta guerra prolongada no abarcará necesariamente las tres etapas clásicas. La guerrilla rural tiene que ser el centro estratégico fundamental para la formación de nuestro ejército de liberación porque ella nos permite anular la superioridad estratégica transitoria del enemigo mediante una ofensiva táctica permanente. En el campo, la técnica de escuela, y la superioridad del armamento moderno (aviones, tanques, cañones) se anulan. La guerrilla rural, además, es el instrumento de redención objetiva que ven las masas campesinas, la que capitaliza el impacto emotivo de la lucha en las ciudades y el catalizador permanente de todas las contradicciones que bullen en el país.

3] *El papel históricamente nuevo aportado por la guerrilla urbana (UTC)¹ en una guerra a largo plazo.*

El carácter de concentración de la explotación imperialista en dos o tres áreas fundamentales y el alto desarrollo comercial en la capital de la República conforman zonas estratégicas en lo político, lo militar, y lo económico, como es el caso del Zulia, Caracas y Oriente (zona de hierro y zona de petróleo). Esa actividad armada urbana (UTC) surge y se mantiene en ascenso porque en las principales áreas urbanas existen poderosos núcleos organizados de los partidos marxistas, que capitalizan el alto grado de desarrollo de la conciencia ant imperialista y antigubernamental (anti-adeca) de la mayoría de la población. Este factor creó de antemano las condiciones de base de apoyo para la actividad revolucionaria. Esto ha determinado el carácter históricamente nuevo de la relevante importancia de la lucha urbana (UTC) en una guerra a largo plazo. [...]

¹ Unidades Tácticas de Combate.

Partiendo de las características peculiares de nuestra guerra de liberación ya señaladas anteriormente, arribamos a la formulación de las leyes fundamentales que rigen y regirán en nuestro proceso revolucionario. De igual modo partiendo de la comprensión de estas leyes fundamentales, generales y particulares, arribaremos a la formulación que sirva de base, al lineamiento táctico a seguir. El examen de nuestra realidad económica, social y política le permitió a nuestro CC precisar el carácter prolongado de nuestra guerra de liberación; pero en la aplicación de esta concepción cometió un grave error; de un lado como dijimos anteriormente exageramos nuestras características peculiares y desarrollamos una táctica cortoplacista principalmente reflejada en ilusiones golpistas y electorales. Del otro lado abandonamos estas características y quisimos aplicar un esquema ajeno a nuestra realidad, la guerra larga de las tres etapas clásicas.

La experiencia internacional nos indica que dos vías de desarrollo armado han sido transitadas en los países hermanos: la insurrección clásica de corto plazo y la guerra de liberación clásica a largo plazo. Para nuestro país con las características y leyes ya señaladas, corresponde una formulación de nuevo tipo que seguramente será la misma para otros países de América Latina. Muy alejados estamos de la clásica insurrección al estilo de San Petersburgo, donde el momento coyuntural de la crisis fue aprovechado en 48 horas para el asalto al poder y cambiar el viejo orden de cosas. Allí las ciudades fueron el factor fundamental y el campo un factor secundario. En los casos de China y otros países asiáticos, la guerra prolongada de las tres etapas fue la vía de desarrollo. Fue necesario que estos países desarrollaran una guerra cuyo ejército incipiente en un comienzo, pasara a una segunda etapa de equilibrio, y más tarde a una etapa de superioridad, la llamada etapa de la ofensiva militar estratégica, para luego disponerse al asalto al poder. En este caso la superioridad del movimiento revolucionario estaba en razón directa a la existencia de un ejército regular con territorios libres y con pleno dominio de la guerra convencional. Para ser más gráfica esta expresión diremos que partiendo del punto CERO sólo se puede llegar al punto CIEN de ebullición mediante un gran poderío militar que fue la premisa clave: un ejército estratégico y tácticamente a la ofensiva.

En nuestro caso las cosas son diferentes: ni la insurrección clásica de las ciudades ni la guerra prolongada clásica de las tres etapas. De allí que podamos hablar con propiedad de un camino venezolano al que denominaremos LA INSURRECCIÓN COMBINADA. Aclaremos que el carácter de guerra prolongada no varía, sólo que los factores propios de nuestra realidad permiten quemar las etapas, llegar al punto CIEN de ebullición, no como producto de la existencia de un ejército regular en una guerra convencional en franca ofensiva militar estratégica y táctica, sino porque la superioridad

en nuestro caso será la conjunción de factores políticos y militares perfectamente ensamblados en el escenario de las áreas rurales, suburbanas y urbanas mediante el aprovechamiento de las múltiples formas de la lucha armada y no armada, de lo legal y de lo ilegal, de la lucha reivindicativa y de la lucha política de las masas que se incorporan al estallido insurreccional. LA INSURRECCIÓN COMBINADA como línea de desarrollo a seguir, es un proceso permanente que aprovecha todas las riquezas que las múltiples formas que la lucha política tiene, y la subordina estratégicamente al desarrollo de la lucha armada, en particular a la guerrilla rural como la forma fundamental de lucha para tomar el poder. Es decir, armoniza los factores fundamentales de la insurrección que existen en nuestras leyes, con los factores fundamentales de guerra prolongada que también existen en ellas produciéndose una interrelación dialéctica entre los factores fundamentales y secundarios, políticos y militares, sociales y económicos, etcétera, que existen en nuestro país. Factores estos que se reflejan en el auge de masas latente que existe y que no hemos sabido capitalizar, ni canalizar hasta llevarlo al estallido insurreccional porque hemos carecido de una táctica política y militar adecuada. Por eso decimos que las leyes de nuestra revolución se resumen en la INSURRECCIÓN COMBINADA como línea táctica a seguir [...]

DOUGLAS BRAVO, *La guerrilla en Venezuela**

Dirigente del Partido Comunista Venezolano y su representante a la cabeza de las guerrillas del Frente de Liberación Nacional (FLN) —alianza del PCV con el MIR y sectores independientes— a principio de los años sesenta, Douglas Bravo se va a transformar rápidamente en una de las figuras legendarias de la nueva izquierda armada que se desarrolla en América Latina bajo la influencia de la revolución cubana. En 1965 rompe con el PCV, cuando este partido empieza a alejarse de la lucha armada, y algunos años después constituye su propia organización, el PRV (Partido de la Revolución Venezolana), permaneciendo hasta los años setenta en la sierra, con un pequeño núcleo guerrillero. En 1979 su juicio es sobrepasado y Douglas Bravo sale de un periodo de casi treinta años de clandestinidad para desarrollar una actividad política legal.

Publicamos aquí extractos de un documento redactado por Douglas Bravo y Elías Manuit del Comité Regional de la Montaña del FLN en 1964, en el cual explican su concepción de las particularidades de la revolución venezolana.

Partiendo de esta realidad la INSURRECCIÓN COMBINADA basa su estrategia

* Douglas Bravo, "Informe del Comité Regional de la Montaña", aprobado por el FLN y por la Comandancia General del Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos, 18 de octubre de 1964.

político-militar en hacer fijar la mayor cantidad de efectivos enemigos en las áreas urbanas y suburbanas en labores de protección y vigilancia mediante una justa combinación de la actividad militar de las UTC y de las guerrillas suburbanas con las múltiples formas de la actividad no armada que las masas desarrollen fundamentalmente en las áreas pobladas. Una actividad político-militar *permanente* en las ciudades y en las zonas suburbanas, disminuiría la cantidad de efectivos disponibles para chocar con la guerrilla campesina, facilitándose a la guerrilla su labor de aniquilamiento del aparato represivo. Tal estrategia del Movimiento Revolucionario aplicada a través de la INSURRECCIÓN COMBINADA PERMANENTE, introduce una contradicción insuperable para el enemigo, esta contradicción es que sus efectivos represivos nunca serán suficientes y tendrán que desgastarse algunos de los frentes atacados facilitando nuestros golpes de aniquilamiento. Esta estrategia además es la que permite al movimiento revolucionario sacar nuestra guerra de liberación del carácter de vanguardia que actualmente tiene y convertirla en una *verdadera guerra del pueblo* con la participación de las masas en huelgas, manifestaciones, protestas, etcétera, etcétera, hasta llegar a EMPUÑAR LAS ARMAS y producir el momento coyuntural al ASALTO AL PODER.

Douglas Bravo
Elías Manuit

Por el CR de la Sierra de Falcón en Armas.

Iracara, 18 de octubre de 1964.

CAMILO TORRES, *Mensaje a los cristianos**

Camilo Torres nació en Bogotá en 1929 y se ordenó sacerdote en 1954; ese mismo año viaja a Europa para estudiar sociología en la Universidad de Lovaina, donde permanece hasta fines de 1958. Nuevamente en Colombia, en 1959, trabaja como profesor en la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. En el curso de los años sesenta se comprometerá de manera cada vez más directa con las luchas populares de su país.

El primer llamamiento, publicado en el periódico Frente Unido, órgano del Frente Unido del Pueblo, es un documento muy significativo: revela las mediaciones ideológicas a través de las cuales un cristiano radicalizado se compromete con el movimiento revolucionario. Fusiona de una manera profundamente sincera la problemática evangélica del

* Camilo Torres, "Mensaje a los cristianos" (1965), "Al pueblo colombiano de las montañas" (1966), en *Cristianismo y revolución*, ed. Era, México, 1972, pp. 525-28 y 571-72.

amor al prójimo y la teoría marxista de la lucha de clases, el deber de caridad y el deber de hacer la revolución.

Un año más tarde, Camilo Torres, que encuentra cada vez más restricciones para llevar a cabo su campaña de propaganda del Frente Unido del Pueblo, se pone en contacto con el Ejército de Liberación Nacional (dirigido por Fabio Vázquez) y decide unirse a la guerrilla. Como Che Guevara, Camilo Torres creía en la necesidad de que los dirigentes dieran el ejemplo personal en la lucha. En febrero de 1966, muere en un combate contra las fuerzas armadas gubernamentales. El segundo documento muestra las razones de este compromiso.

MENSAJE A LOS CRISTIANOS

Las convulsiones producidas por los acontecimientos políticos, religiosos y sociales de los últimos tiempos, posiblemente han llevado a los cristianos de Colombia a mucha confusión. Es necesario que en este momento decisivo para nuestra historia, los cristianos estemos firmes alrededor de las bases esenciales de nuestra religión.

Lo principal en el catolicismo es el amor al prójimo: "El que ama a su prójimo cumple con la ley" (S. Pablo, Rom. xiii, 8). Este amor para que sea verdadero tiene que buscar la eficacia. Si la beneficencia, la limosna, las pocas escuelas gratuitas, los pocos planes de vivienda, lo que se ha llamado "la caridad", no alcanzan a dar de comer a la mayoría de los desnudos ni a enseñar a la mayoría de los que no saben, tenemos que buscar medios eficaces para el bienestar de las mayorías. Estos medios no los van a buscar las minorías privilegiadas que tienen el poder, porque generalmente esos medios eficaces obligan a las minorías a sacrificar sus privilegios. Por ejemplo, para lograr que haya más trabajo en Colombia, sería mejor que no se sacaran los capitales en forma de dólares y que más bien se invirtieran en el país en fuentes de trabajo. Pero como el peso colombiano se desvaloriza todos los días, los que tienen dinero y tienen el poder, nunca van a prohibir la exportación de dinero, porque exportándolo se libran de la devaluación.

Es necesario, entonces, quitarles el poder a las minorías privilegiadas para dárselo a las mayorías pobres. Esto, si se hace rápidamente, es lo esencial de una revolución. La revolución puede ser pacífica si las minorías no hacen resistencia violenta. La revolución, por lo tanto, es la forma de lograr un gobierno que dé de comer al hambriento, que vista al desnudo, que enseñe al que no sabe, que cumpla con las obras de caridad, de amor al prójimo no solamente en forma ocasional y transitoria, no solamente para unos pocos, sino para la mayoría de nuestros prójimos. Por eso la revolución no solamente es permitida sino obligatoria para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos. Es cierto

que "no hay autoridad sino de parte de Dios" (S. Pablo, Rom. xiii, 1). Pero Santo Tomás dice que la atribución concreta de la autoridad la hace el pueblo.

Cuando hay una autoridad en contra del pueblo, esa autoridad no es legítima y se llama tiranía. Los cristianos podemos y debemos luchar contra la tiranía. El gobierno actual es tiránico porque no lo respalda sino el veinte por ciento de los electores y porque sus decisiones salen de las minorías privilegiadas.

Los defectos temporales de la Iglesia no nos deben escandalizar. La Iglesia es humana. Lo importante es creer que también es divina y que si nosotros los cristianos cumplimos con nuestra obligación de amar al prójimo, estamos fortaleciendo a la Iglesia.

Yo he dejado los deberes y privilegios del clero, pero no he dejado de ser sacerdote. Creo que me he entregado a la revolución por amor al prójimo. He dejado de decir misa para realizar ese amor al prójimo en el terreno temporal, económico y social. Cuando mi prójimo no tenga nada contra mí, cuando haya realizado la revolución volveré a ofrecer la misa si Dios me lo permite. Creo que así sigo el mandato de Cristo: "Si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano y entonces ven y presenta tu ofrenda" (S. Mateo v, 23-24).

Después de la revolución los cristianos tendremos la conciencia de que establecimos un sistema que está orientado sobre el amor al prójimo.

La lucha es larga, comencemos ya...

AL PUEBLO COLOMBIANO DESDE LAS MONTAÑAS

Colombianos:

Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía.

En aquellos momentos en los que la desesperación del pueblo ha llegado al extremo, la clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguando con nuevas fórmulas que siempre paran en lo mismo: el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para la casta privilegiada.

Cuando el pueblo pedía un jefe y lo encontró en Jorge Eliécer Gaitán, la oligarquía lo mató. Cuando el pueblo pedía paz, la oligarquía sembró el país de violencia. Cuando el pueblo ya no resistía más violencia y organizó las guerrillas para tomarse el poder, la oligarquía inventó el golpe militar para que las guerrillas, engañadas, se entregaran. Cuando el pueblo pedía democracia, se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponía la dictadura de la oligarquía.

Ahora el pueblo ya no creerá nunca más. El pueblo no cree en las elecciones. El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar la vida, tengan educación, techo, comida, vestido y sobre todo DIGNIDAD. Para que los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano.

Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes con su ejemplo y con su presencia den la voz de combate.

Yo quiero decirle al pueblo colombiano que éste es el momento. Que no les he traicionado. Que he corrido las plazas de los pueblos y ciudades bregando por la unidad y la organización de la clase popular para la toma del poder. Que he pedido que nos entreguemos por estos objetivos hasta la muerte.

Ya está todo preparado. La oligarquía quiere organizar otra comedia en las elecciones; con candidatos que renuncian y vuelven a aceptar; con comités bipartidistas; con movimientos de renovación a base de ideas y de personas que no sólo son viejas, sino que han traicionado al pueblo. ¿Qué más esperamos, colombianos?

Yo me he incorporado a la lucha armada.

Desde las montañas colombianas pienso seguir en la lucha con las armas en la mano, hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido. Encontré el deseo y la realización de una unidad por la base, de base campesina, sin diferencias religiosas ni de partidos tradicionales. Sin ningún ánimo de combatir a los elementos revolucionarios de cualquier sector, movimiento o partido. Sin caudillismos. Que busca liberar al pueblo de la explotación de las oligarquías y del imperialismo. Que no depondrá las armas mientras el poder no esté totalmente en manos del pueblo. Que en sus objetivos acepta la plataforma del Frente Unido.

Todos los colombianos patriotas debemos ponernos en pie de guerra. Poco a poco irán surgiendo jefes guerrilleros experimentados en todos los rincones del país. Mientras tanto, debemos estar alerta.

Debemos recoger armas, municiones. Buscar entrenamiento guerrillero. Conversar con los más íntimos. Reunir ropas, drogas y provisiones, y prepararnos para una lucha prolongada.

Hagamos pequeños trabajos contra el enemigo en los que la victoria sea segura. Probemos a los que se dicen revolucionarios. Descartemos a los traidores. No dejemos de actuar pero no nos impacientemos. En una guerra prolongada todos deberán actuar en algún momento. Lo que importa es que en ese preciso momento la revolución los encuentre listos y prevenidos. No se necesita que todos hagamos todo. Debemos repartir el trabajo. Los

militantes del Frente Unido deben estar a la vanguardia de la iniciativa y de la acción. Tengamos paciencia en la espera y confianza en la victoria final.

La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado porque la jornada es larga.

Colombianos: No dejemos de responder al llamado del pueblo y de la revolución.

Militantes del Frente Unido: Hagamos una realidad nuestras consignas:

¡Por la unidad de la clase popular hasta la muerte!

¡Por la organización de la clase popular hasta la muerte!

¡Por la toma del poder para la clase popular hasta la muerte!

Hasta la muerte porque estamos decididos a ir hasta el final. Hasta la victoria porque un pueblo que se entrega hasta la muerte, siempre logra su victoria. ¡Hasta la victoria final con las consignas del Ejército de Liberación Nacional!

¡Ni un paso atrás!

¡Liberación o muerte!

Enero de 1966

*La declaración de la OLAS**

En agosto de 1967 se reunió en La Habana el primer (y único) congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), con representantes de todas las organizaciones que compartían las tesis de la revolución cubana. La corriente castrista era por supuesto hegemónica, pero algunos representantes del comunismo tradicional (en particular Rodney Arismendi, secretario del PC uruguayo) también desempeñaron un papel importante. En cambio, los partidos comunistas de Brasil, Venezuela y Argentina boicotearon el congreso.

Las tesis de la OLAS tuvieron un impacto muy profundo en toda América Latina, en particular en Brasil, donde aceleraron la crisis interna del Partido Comunista. Sin embargo, la organización nunca logró estructurarse a escala del continente.

La declaración general que publicamos aquí resume las tesis centrales del congreso y recupera, en un contexto marxista, la perspectiva "bolivariana" de revolución continental.

La Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad se reunió en La Habana, capital de la República de Cuba, desde el

* "Declaración General de la Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad", 1967, en *Primera Conferencia de la OLAS (Documentos)*, ed. El orientador revolucionario, Instituto del Libro, La Habana, 1967, pp. 68-78.

31 de julio hasta el 10 de agosto de 1967.

La Conferencia constituye un luminoso jalón en la lucha revolucionaria que libran en las montañas y en las ciudades los pueblos de nuestro continente por su definitiva y total liberación nacional y social. Por primera vez en la historia de América Latina, se congregan los representantes genuinos de sus masas explotadas, hambreadas y oprimidas para discutir, organizar e impulsar la solidaridad revolucionaria, intercambiar sus experiencias, coordinar sus acciones sobre una firme base ideológica y, a la luz de las enseñanzas de su pasado revolucionario y de las condiciones presentes, enfrentarse los pueblos a la estrategia global contrarrevolucionaria del imperialismo y las oligarquías nacionales.

El objetivo central de la Conferencia ha sido, en suma, estrechar los lazos de la solidaridad militante entre los combatientes antimperialistas de América Latina y elaborar las líneas fundamentales para el desarrollo de la Revolución Continental. Esta magna reunión ha abierto posibilidades de una amplia y profunda discusión sobre viejos problemas de estrategia y táctica revolucionarias, así como un intercambio de opiniones en relación con el papel de las diferentes clases y capas sociales en el actual proceso histórico del continente. El intercambio de opiniones, la elaboración de una línea común y la creación de un organismo permanente de solidaridad, constituye un paso importante de aliento y de impulso a la lucha revolucionaria en América Latina. La lucha revolucionaria armada triunfante en Cuba y ya iniciada en Venezuela, Colombia, Guatemala y Bolivia, no terminará hasta destruir el aparato burocrático y militar de la burguesía y de los terratenientes e instaurar un poder revolucionario del pueblo trabajador enfrentado, parejamente, a la contrarrevolución interna y a la intervención yanqui y que segará implacablemente las raíces de la dominación imperialista.

La batalla emprendida sólo terminará con la victoria de los legítimos descendientes de aquellos que nutrieron las heroicas y abnegadas huestes de los libertadores. Vivimos ya bajo el signo promisorio de la segunda guerra de independencia.

Siglo y medio hace que los pueblos de nuestra América empuñaron decididamente las armas para abatir el poder colonial que los sojuzgaba, exprimía y afrentaba, sacudiendo todo el continente con sus proezas y sacrificios. La gesta revolucionaria que culminó con el derrocamiento de la dominación ibérica en casi toda América, fue dirigida por hombres capaces, resueltos e indomables, provenientes en su mayoría de los grupos de intelectuales pudientes educados en el liberalismo burgués y en los ideales de la Revolución Francesa, con una clara perspectiva del carácter continental de la lucha y, por ende, con una comprensión cabal de sus deberes de revolucionarios latinoamericanos. "Para nosotros —postuló Simón Bolívar, la más alta personificación de los libertadores de la época— la patria es América". Estos hombres, que constituían la vanguardia revolucionaria del mo-

vimiento emancipador, no sólo se percataron de que la lucha era una desde el río Bravo hasta la Patagonia, sino que, conjuntamente, se dispusieron a liberar la patria común con acciones también comunes que desbordaran las fronteras de los Virreinos y de las Capitanías hasta privar al enemigo de toda base territorial para ulteriores ataques a los pueblos independizados. Consecuentemente con sus concepciones, objetivos y métodos, la vanguardia de los libertadores fraguó desde los albores de la contienda la unidad de la dirección política y militar y marchó siempre a la cabeza de los ejércitos revolucionarios, organizando y guiando a los pueblos por el único camino que los conduciría a la victoria: la insurrección armada. Los objetivos perseguidos determinaban el carácter de la lucha. Frente a la violencia reaccionaria, que era la esencia misma del régimen colonial, no había otra alternativa para conquistar la independencia, la soberanía y la dignidad, que la violencia revolucionaria. La historia no registra un solo caso de clase dominante que haya abdicado graciosamente su poder. La historia demuestra, por el contrario, que los oprimidos y explotados tienen que arrebatárselo a sus opresores y explotadores.

En aquella ocasión, como ahora, como siempre, hubo gente de poca fe que negó la eficacia del camino emprendido, replegándose a posiciones procolonialistas o pasándose abiertamente al enemigo. Eran, obviamente, seudorrevolucionarios incapaces de afrontar la prueba de los hechos, aptos sólo para enmascarar, con espesa retórica seudorrevolucionaria, sus tendencias a la conciliación, al apoltronamiento y a la traición; los típicos siemsesinos a que aludiera José Martí. En ostensible contraste con los conformistas, claudicantes y cobardes, los combatientes de la vanguardia libertadora albergaron siempre encendida confianza y absoluta seguridad en el coronamiento victorioso de su magna empresa. Cuando los pueblos se deciden a vencer o morir, y los encabeza una dirección lúcida, audaz y firme, el fruto de su determinación es siempre la victoria, a despecho del tamaño y del poderío del enemigo; ésa es la más fecunda lección que legó esta aguerrida vanguardia a la posteridad.

Pero esa vanguardia fue aún más lejos al tratar de incluir en el Congreso de Panamá, convocado a instancia de Bolívar, su decisión solidaria de contribuir a la emancipación de Cuba y Puerto Rico, rezagos de la dominación española en el continente. La conjura del gobierno de Estados Unidos contra ese designio delata su temprana ambición de apoderarse de Cuba y Puerto Rico y de ejercer su dominio sobre nuestra América, contenido ya en la Doctrina Monroe, formulada cuando los ejércitos de los pueblos del continente señoreaban en los Andes y despuntaba en el horizonte el fulgor glorioso de Ayacucho.

La primera guerra de independencia librada por los pueblos de nuestra América se redujo, en los hechos, a un traspaso formal de soberanía política y a un desplazamiento de los jefes del movimiento revolucionario por la exigua minoría criolla —que detentaba la propiedad territorial— y sus

caudillos. Las banderas coloniales habían sido arriadas; pero la débil y atrasada estructura económica de la sociedad colonial, caracterizada por su escaso grado de desarrollo técnico y capitalista, permaneció intacta y así sobrevivió, por tanto, el régimen de opresión y explotación contra el cual se habían rebelado las masas de campesinos, esclavos, indios y trabajadores manuales. Nunca epopeya alguna tuvo tan pobres resultados para sus verdaderos, heroicos y anónimos protagonistas, ni han sido tan desconocidas sus hazañas.

Los factores condicionantes del régimen colonial —latifundio, monopolio comercial, misoneísmo ideológico, atraso científico, estratificación social, yugo religioso, opresión política— explican el moroso desarrollo de las futuras naciones de América Latina y, asimismo, la frustración, poco después de independizarse de la metrópoli, de un desarrollo capitalista libre de trabas y de la formación de una burguesía nacional. Era patente la radical discordancia entre las ideas que inspiraron la lucha por la independencia y la realidad que sirvió de sustento a las nuevas repúblicas. La resultante de la gigantesca batalla no fue el régimen burgués capitalista en su forma plena de desarrollo. Fue un proceso a la inversa del que aconteció en Estados Unidos, que sería rápidamente la más dinámica, pujante y agresiva expresión del capitalismo, primero, y después, del imperialismo agresor y criminal.

Al avivarse el ritmo del crecimiento económico durante los años subsiguientes a la independencia, se crean en América Latina ciertas condiciones propicias para el desarrollo independiente del capitalismo y de la burguesía; pero este desarrollo se vio paralizado, desviado y deformado al irrumpir en escena la penetración imperialista. Por otra parte, la debilidad orgánica de la burguesía latinoamericana para romper el latifundio —supuesto indispensable de la ampliación de la producción agrícola y del mercado interno— y el entrelazamiento de sus intereses de clase con los intereses de clase de los latifundistas, la forzarían a integrar con los dueños de la tierra una compacta oligarquía, directamente ligada a la casta que domina el ejército profesional y en cuyas manos se concentran las posiciones decisivas del poder político.

Sería absurdo suponer que, en tales condiciones, la llamada burguesía latinoamericana pueda desarrollar una acción política independiente de la oligarquía y del imperialismo, en defensa de los intereses y aspiraciones de la nación. La contradicción en que está objetivamente atrapada es, por naturaleza, insuperable. La endebles de semejante estructura explica, con entera nitidez su incapacidad para encararse a la embestida brutal que significa el hecho universal de la expansión imperialista. Y explica, asimismo, su inmediata subordinación a los intereses extranjeros y el marco de subdesarrollo en que se estanca, con sus correspondientes relaciones de clase, privilegios y jerarquías, y sus corolarios económicos, políticos, sociales y culturales.

La influencia económica de las potencias coloniales europeas fue desplazada aceleradamente a partir de la guerra hispano-cubano-norteamericana y sustituida por el dominio neocolonial cada vez más voraz, férreo y rampante de Estados Unidos, apuntalado por las oligarquías y los aparatos de fuerza de los gobiernos títeres, que durante muchos años representaron ante el mundo la tragicomedia de un continente apócrifamente libre, que exhibía la bandera, el himno y un color en el mapa como atributos formales de su soberanía intervenida y de su economía secuestrada.

Es harto sabido que el imperialismo yanqui controla casi totalmente en América Latina los mecanismos del comercio exterior, el sistema bancario, las tierras más fértiles, las minas, los servicios públicos, las principales industrias y los medios de publicidad. Los vastos recursos naturales de este continente —estaño, cinc, bauxita, plomo, manganeso, cobalto, grafito, hierro, cobre, níquel, vanadio, berilio, azufre, petróleo— están sometidos a una sistemática succión en detrimento del desarrollo de los pueblos que, con su fatiga y sudor, arrancan esa riqueza a las entrañas de una tierra que es suya sólo de nombre. América Latina figura a la cabeza de las regiones subdesarrolladas del mundo en el renglón de las inversiones de capitales norteamericanos, que se concentran especialmente en la minería, el petróleo, el comercio y la industria. En el periodo de 1956 a 1965, esas inversiones alcanzaron la suma de 2 893 millones de dólares, obteniendo por concepto de ganancias 7 441 millones. Por cada dólar invertido, el imperialismo yanqui ha rapiñado casi tres dólares a nuestros pueblos. Estas cifras claves no incluyen, desde luego, los intereses y beneficios obtenidos por los préstamos, por el capital asociado, por las diferentes formas de penetración que emplea, por el robo y el saqueo que se realizan al margen de la seudolegalidad burguesa. Su objetivo, ya logrado, es apoderarse de nuestro mercado interno y convertir la economía latinoamericana en una economía complementaria de la yanqui, condenando a la desaparición y, en el mejor de los casos, a la vida vegetativa a aquellas ramas de la industria nacional que pueden competir con los productos norteamericanos. El radio de acción del capital nacional queda compulsoriamente enmarcado en el comercio y en la manufactura dependientes de los monopolios extranjeros. Las consecuencias de este proceso de absorción y hegemonía están a la vista: saqueo de los recursos, ruina de las industrias nacionales, deformación de la economía, déficit permanente en el balance de pagos, bajos salarios, desempleo crónico, desigualdad creciente, atraso tecnológico, subalimentación popular, analfabetismo masivo, insalubridad en gran escala, tasa elevadísima de mortalidad, servidumbre social, discriminación racial, inestabilidad política, contradicciones de clase cada vez más agudas, violencia criminal como esencia del poder.

A esas formas de penetración económica del imperialismo, añádanse las mil formas de su penetración ideológica y los índices comparativos de la expansión demográfica con el crecimiento del producto bruto interno *per*

capita y la desigual redistribución del ingreso bruto nacional, y se tendrá un cuadro vívido de la dramática situación que afrontan nuestros pueblos.

La tremenda gravitación política que ello entraña es demasiado evidente para insistir. Las mismas contradicciones de la burguesía latinoamericana con el imperialismo yanqui se desarrollan en tales condiciones de subordinación y vasallaje que jamás adquieren un carácter antagónico: su impotencia es absoluta.

No ha habido un solo acto de intervención directa o indirecta del imperialismo en nuestros países —desde el siglo pasado hasta la fecha— que la burguesía latinoamericana no haya justificado y apoyado. Está intrínsecamente invalidada para enfrentarse a los imperialistas. Más aún: es su obsesiva servidora y su aprovechada intermediaria. Los problemas que plantea esta compleja y coagulada estructura de intereses antipopulares, antinacionales y antihistóricos, fundada en la explotación del hombre por el hombre, mantenida por la fuerza y usufructuada principalmente por el imperialismo yanqui, que la genera y condiciona, no pueden resolverse mediante académicas “reformas de estructura” y “el ejercicio efectivo de la democracia representativa”. La única vía real para resolverlos es la lucha revolucionaria de los pueblos.

La política intervencionista norteamericana en América Latina, que des- punta con la Doctrina Monroe, se acentúa y define con las “doctrinas” de la “fruta madura” y del “destino manifiesto”, con el despojo de más de la mitad del territorio de México, las aventuras filibusteras de William Walker en América Central, la imposición a Cuba de la Enmienda Platt y del arrendamiento del territorio que ocupa la Base Naval de Guantánamo, la desvergonzada ocupación de Puerto Rico, las sucias maniobras en torno al control del canal de Panamá, el cínico Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, los empréstitos leoninos, las intervenciones descaradas en Nicaragua, Panamá, México, Haití, Colombia, Guatemala y Santo Domingo y la creación en Bogotá de la sedicente Organización de Estados Americanos, mera cobertura de la vieja y desacreditada Unión Panamericana, cuyos torvos designios había denunciado y combatido José Martí, quien avizó antes que nadie, con genial penetración política, el fenómeno imperialista que se gestaba en Estados Unidos; llamándole por su nombre en carta a Manuel Mercado, escrita la víspera de su muerte heroica. Los dispositivos seudojurídicos establecidos en la OEA por el imperialismo yanqui para “legitimar” su expansión económica, dominio político y agresiones militares en América Latina, se completan con el titulado Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, órgano de aplicación de su política represiva en el continente.

Los pueblos de América Latina no han permanecido cruzados de brazos ante sus verdugos y explotadores. Se han erguido numerosas veces y presentado batalla desigual a las oligarquías y al imperialismo, conquistando a veces determinados beneficios y el respeto temporal de elementales dere-

chos. Han apelado a todas las formas de lucha, desde las demostraciones populares y las huelgas políticas hasta los alzamientos esporádicos, y no pocas veces han sido víctimas, por la desesperación en que viven, del espejismo de movimientos demagógicos encabezados por partidos al servicio de las oligarquías y del imperialismo. Pero lo más importante ha sido, sin duda, su actitud constante de resistencia y rebelión contra la opresión, la miseria, el despojo y la humillación, sin otro sostén, por lo común, que la fuerza moral que dimana de los principios, de la conciencia y de la dignidad.

En el curso de sus luchas contra las oligarquías y el imperialismo yanqui, los pueblos latinoamericanos han acumulado energías revolucionarias, han acrecentado su nivel político, han fortalecido sus cuadros y han promovido la solidaridad militante más allá de sus fronteras. No obtuvieron ventaja política o económica alguna que no fuera arrancada a los explotadores por la fuerza y, por eso, cobraron cada vez más clara noción de que sólo la derrota de las oligarquías, de los gobiernos títeres y del dominio imperialista podría liberarlos definitiva y totalmente y poner en sus manos el derecho a labrar su propia vida.

El triunfo y consolidación de la Revolución Cubana puso de manifiesto que la insurrección armada es el verdadero camino para la toma del poder por el pueblo trabajador y, a la vez, que los ejércitos profesionales pueden ser destruidos, las oligarquías vencidas, el imperialismo yanqui derrotado, y el socialismo, como vía nacional de desarrollo, puede avanzar y fortalecerse, no obstante el bloqueo económico, la subversión, la agresión, el chantaje, el hostigamiento, la presión y la contrarrevolución.

Las primeras consecuencias fundamentales de la Revolución Cubana fueron el ascenso del movimiento antimperialista y la consiguiente radicalización y deslinde de las fuerzas en choque; la polarización de éstas es cada vez más clara y tajante: de un lado, en apretado haz militante, combatiendo por su liberación y defendiendo con acciones concretas la Revolución Cubana, la clase obrera urbana, los trabajadores agrícolas, los campesinos, los estudiantes, las clases medias más progresistas, los subempleados, los desempleados, los indios y los negros; y del otro lado, tratando de ahogarlos, las oligarquías, los gobiernos títeres y el imperialismo yanqui.

Los imperialistas yanquis han pretendido aislar a Cuba de América para que su ejemplo no cunda en todo el continente. Sin embargo, nunca Cuba ha estado más unida al resto de los pueblos de América. Los imperialistas han levantado la consigna de que Cuba quiere imponer en el continente una ideología extracontinental. No obstante esto, los pueblos de nuestra América han sentido y comprendido la Revolución Cubana estrechamente hermanada a su propia Revolución.

Extraños a América Latina son los imperialismos yanquis y su ideología

reaccionaria. En Cuba se concretan y sentetizan las aspiraciones e ideales de todos los pueblos de América Latina. Pretendieron aislarla y han logrado con esta actitud estrechar más los lazos de indestructible unidad entre el pueblo cubano y los restantes pueblos de América, que constituyen una sola gran familia humana enfrentada a un adversario común, el principal enemigo de toda la humanidad: el imperialismo yanqui.

La sumisión y el entreguismo de las oligarquías y los gobiernos títeres adquirieron notorios tintes a partir de las Conferencias de la OEA, efectuadas en Punta del Este en 1961 y 1962, en que se confabularon abiertamente bajo los dictados de Washington para aislar a Cuba diplomática y económicamente del resto de América Latina, desatando parejamente una represión implacable contra sus pueblos, que exhibe crudamente el carácter contrarrevolucionario y proimperialista, tanto de los regímenes "gorilas" como de los "reformistas" o "demócratas representativos". Incapaces de resolver los problemas planteados por el subdesarrollo y la penetración imperialista, acosados cada vez más por las crecientes demandas de los trabajadores, campesinos, estudiantes y desempleados, aterrorizados ante la marea creciente de la guerra revolucionaria, ven en el apoyo, la alianza y la intervención del imperialismo, con sus centros antiguerrilleros, sus "boinas verdes", sus "marines" y su Fuerza Interamericana de Paz, la única garantía de su supervivencia y la única fuerza capaz de defender sus intereses. El imperialismo yanqui, a su vez, en un esfuerzo baldío por frenar el impulso revolucionario y ensombrear la imagen de la Revolución Cubana en la mente de las masas latinoamericanas, urdió el fraude de la Alianza para el Progreso, enderezada a uncirla aún más a su política de medro, explotación y represión. Su fracaso ha sido tan ruidoso que el propio Comité Interamericano a su cargo, se ha visto compelido a señalar el engaño contenido en esta real Alianza para el Retroceso.

En las actuales circunstancias, en América Latina existen condiciones para el desarrollo y triunfo de la Revolución que la emancipe de la estructura del poder oligárquico-imperialista que coarta su independencia, progreso y bienestar. Y existen esas condiciones porque en las regiones rurales hay millones de campesinos y trabajadores agrícolas sometidos a condiciones intolerables de vida personal y a un régimen inaudito de explotación del trabajo y una concentración increíble de la propiedad de la tierra; porque en las ciudades contrastan dramáticamente el lujo y dispendio de las clases dominantes con el hacinamiento, la sordidez y la pobreza en que viven millones de obreros y desempleados evidenciándose así el carácter antagónico de los intereses de las clases explotadoras y los explotados; por la cada vez más diáfana y firme conciencia de clase creada por el desarrollo del capitalismo en ciertas regiones del continente y la existencia de una intelectualidad progresista y, particularmente, de un estudiantado con grandes tradiciones de lucha adscrito a idearios de izquierda. La posición de fuerza de las oligarquías, los gobiernos títeres y el imperialismo yanqui que

apelan a la tortura y al asesinato para oponerse a toda reclamación popular y recurren a los métodos más crueles y torpes en su guerra contra las masas y sus vanguardias revolucionarias, está contribuyendo también a desarrollar la conciencia combatiente y la clara comprensión del camino de las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales; a oponer a la violencia contrarrevolucionaria, la violencia revolucionaria, legítima ya por la Revolución Cubana y por los triunfos de las fuerzas guerrilleras.

Las condiciones revolucionarias existentes en América Latina están vigentes también en otros países subdesarrollados de África y Asia, continentes que con América Latina forman parte de una misma corriente histórica antimperialista. Como sucedió en Rusia y China en los años anteriores a la Revolución, dichas condiciones indican que es posible el desarrollo de la Revolución. En el contexto de la lucha revolucionaria en América Latina, estas condiciones plantean el desarrollo de la tarea con una vanguardia revolucionaria audaz, decidida y valiente, forjada en la guerra popular e íntimamente ligada a las masas campesinas y proletarias y que, unificando la dirección política y militar, puede y debe convertirse en el centro de acción político, ideológico y revolucionario que, enfrentándose y derrotando a los ejércitos profesionales, dé al traste con las oligarquías, los gobiernos títeres y la dominación imperialista. En América Latina la Revolución del pueblo trabajador es el primer punto de la orden del día. Las condiciones están maduras para emprenderla con confianza, seguridad, decisión y éxito. Vietnam enseña que la victoria de los pueblos latinoamericanos es posible.

La Conferencia, luego de analizar con profundidad y dedicación las condiciones existentes en el continente y haber esclarecido en el terreno ideológico esenciales problemas del movimiento revolucionario, concluye que:

En América Latina existe una situación convulsiva, caracterizada por la existencia de una débil burguesía, que, fundida de manera indisoluble con los terratenientes, constituye la oligarquía dominante en nuestros países. Un mayor sometimiento y una dependencia casi absoluta de estas oligarquías al imperialismo, determinan la intensa polarización de fuerzas en el continente: por un lado, la alianza oligarco-imperialista y por otro, los pueblos. El enorme potencial revolucionario de los pueblos sólo espera ser canalizado por una dirección consecuente, por una vanguardia revolucionaria, para desarrollar o emprender la lucha.

Este potencial es el de las masas proletarias de obreros urbanos y trabajadores agrícolas, de un campesinado pobre superexplotado, de una intelectualidad joven, de un estudiantado con hermosas tradiciones de lucha y de las capas medias, unidos todos por el común denominador de la explotación a que son sometidos.

Ante la crisis estructural del sistema económico, social y político del continente y la creciente insurgencia de los pueblos, el imperialismo ha

formulado y desarrollado una estrategia continental represiva que pretende, infructuosamente, detener el curso de la historia.

La supervivencia del sistema colonial y neocolonial de explotación y dominio, es objetivo del imperialismo norteamericano.

Esta situación determina y exige que se desate y desarrolle la violencia revolucionaria, en respuesta a la violencia reaccionaria.

La violencia revolucionaria, como expresión más alta de la lucha del pueblo, es no sólo la vía, sino también la posibilidad más concreta y manifiesta para derrotar al imperialismo.

Los pueblos y los revolucionarios han constatado esta realidad y se plantean, consecuentemente, la necesidad de que se inicie, desarrolle y culmine la lucha armada con el fin de destruir la máquina burocrático-militar de las oligarquías y el poder del imperialismo.

En muchos países, las especiales condiciones del campo, una topografía favorable y una base social potencialmente revolucionaria, unidas a la especial adaptación de los medios técnicos y de los ejércitos profesionales para reprimir al pueblo en las ciudades, e incapaces, en cambio, de adaptarse a la guerra irregular, hacen de la guerrilla la fundamental expresión de la lucha armada, la escuela más formidable de revolucionarios y su vanguardia indiscutible.

La Revolución, que marcha ya en algunos países, es demanda inmediata en otros y futura perspectiva en el resto, tiene un carácter definido antimperialista dentro de sus objetivos antioligárquicos.

El primer objetivo de la Revolución popular en el continente es la toma del poder mediante la destrucción del aparato burocrático-militar del Estado y su remplazo por el pueblo armado para cambiar el régimen social y económico existente: dicho objetivo sólo es alcanzable a través de la lucha armada.

El desarrollo y organización de la lucha dependen de la justa selección del escenario donde librarla y del medio organizativo más idóneo.

Las enseñanzas de la Revolución Cubana, las experiencias acumuladas por el movimiento revolucionario en los últimos años en el mundo y la presencia en Bolivia, Venezuela, Colombia y Guatemala de un creciente movimiento revolucionario armado, demuestran que la guerra de guerrillas, como genuina expresión de la lucha armada popular, es el método más eficaz y la forma más adecuada para librar y desarrollar la guerra revolucionaria en la mayoría de nuestros países y consiguientemente en escala continental.

En esta particular situación, la unidad de los pueblos, la identidad de objetivos, la unificación de criterios y la disposición conjunta de librar la lucha, son los elementos caracterizadores de la estrategia común que ha de oponerse a la que, con carácter continental, desarrolla el imperialismo.

Esta estrategia requiere una nítida y clara expresión de solidaridad, cuyo carácter más efectivo es la propia lucha revolucionaria, cuya exten-

sión es el continente y cuyo destacamento de vanguardia es la guerrilla y los ejércitos de liberación.

Nosotros, representantes de los pueblos de nuestra América, conscientes de las condiciones que existen en el continente, sabedores de la existencia de una estrategia común contrarrevolucionaria que dirige el imperialismo yanqui,

Proclamamos:

1. Que constituye un derecho y un deber de los pueblos de América Latina hacer la Revolución.
2. Que la Revolución en América Latina tiene sus más profundas raíces históricas en el movimiento de liberación contra el colonialismo europeo del siglo *xx*, y contra el imperialismo en este siglo. La epopeya de los pueblos de América y las grandes batallas de clase contra el imperialismo que han librado nuestros pueblos en las décadas anteriores, constituyen la fuente de inspiración histórica del movimiento revolucionario latinoamericano.
3. Que el contenido esencial de la Revolución en América Latina está dado por su enfrentamiento al imperialismo y a las oligarquías de burgueses y terratenientes. Consiguientemente, el carácter de la Revolución es el de la lucha por la independencia nacional, la emancipación de las oligarquías y el camino socialista para su pleno desarrollo económico y social.
4. Que los principios del marxismo-leninismo orientan al movimiento revolucionario de América Latina.
5. Que la lucha revolucionaria armada constituye la línea fundamental de la Revolución en América Latina.
6. Que todas las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de la línea fundamental, que es la lucha armada.
7. Que para la mayoría de los países del continente, el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario.
8. Que aquellos países en que esta tarea no está planteada de modo inmediato, de todas formas han de considerarla como una perspectiva inevitable en el desarrollo de la lucha revolucionaria en su país.
9. Que a los pueblos de cada país y a sus vanguardias revolucionarias corresponderá la responsabilidad histórica de echar hacia adelante la Revolución en cada uno de ellos.
10. Que la guerrilla —como embrión de los ejércitos de liberación— constituye el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria en la mayoría de nuestros países.
11. Que la dirección de la Revolución exige como un principio organizativo la existencia del mando unificado político y militar como garan-

- tía para su éxito.
12. Que la solidaridad más efectiva que pueden prestarse los movimientos revolucionarios entre sí, la constituye el desarrollo y culminación de la propia lucha en el seno de cada país.
 13. Que la solidaridad con Cuba y la colaboración y cooperación con el movimiento revolucionario en armas constituyen un deber insoslayable de tipo internacional de todas las organizaciones antimperialistas del continente.
 14. Que la Revolución Cubana, como símbolo del triunfo del movimiento revolucionario armado, constituye la vanguardia del movimiento antimperialista latinoamericano. Los pueblos que desarrollan la lucha armada, en la medida en que avanzan por ese camino, se sitúan también en la vanguardia.
 15. Que los pueblos directamente colonizados por las metrópolis europeas o sujetos por dominación colonial directa a los Estados Unidos, en su camino para la liberación tienen como objetivo inmediato y fundamental el luchar por la independencia y mantenerse vinculados a la lucha general del continente, como única forma de evitar ser absorbidos por el neocolonialismo norteamericano.
 16. Que la Segunda Declaración de La Habana, recogiendo la hermosa y gloriosa tradición revolucionaria de los últimos 150 años de la historia de América, constituye un documento programático de la Revolución Latinoamericana, que los pueblos de este continente durante los últimos cinco años han confirmado, profundizado, enriquecido y radicalizado.
 17. Que los pueblos de América Latina no tienen antagonismos con ningún otro pueblo del mundo y le extienden su mano fraternal al propio pueblo de los Estados Unidos, al que exhortan a luchar contra la política represiva de los monopolios imperialistas.
 18. Que la lucha en América Latina fortalece sus vínculos de solidaridad con los pueblos de Asia y África y de los países socialistas, y con los trabajadores de los países capitalistas, especialmente con la población negra de los Estados Unidos que sufre a la vez la explotación de clase, la miseria, el desempleo, la discriminación racial y la negación de los más elementales derechos humanos y que constituye una importante fuerza a considerar en el contexto de la lucha revolucionaria.
 19. Que la lucha heroica del pueblo de Vietnam presta a todos los pueblos revolucionarios que combaten al imperialismo, una inestimable ayuda y constituye un ejemplo inspirador para los pueblos de América Latina.
 20. Que hemos aprobado el Estatuto y creado el Comité Permanente, con sede en La Habana, de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, la que constituye la genuina representación de los pueblos de América Latina.

Nosotros, revolucionarios de nuestra América, la América al sur del río Bravo, sucesores de los hombres que nos dieron la primera independencia, armados de una voluntad inquebrantable de luchar y de una orientación revolucionaria y científica y sin otra cosa que perder que las cadenas que nos oprimen,

Afirmamos:

Que nuestra lucha constituye un aporte decisivo a la lucha histórica de la humanidad por librarse de la esclavitud y de la explotación.

El deber de todo revolucionario es hacer la Revolución

*La guerrilla urbana de los Tupamaros**

El Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros fue fundado por Raúl Sendic (1925), abogado del Partido Socialista Uruguayo y organizador de los sindicatos de obreros agrícolas del norte del país. En un principio se trataba de una especie de "brazo armado" del Partido Socialista, pero muy pronto, después de las primeras acciones armadas (en 1963), se autonomiza y se convierte en una organización independiente, aun si permanece abierta a militantes socialistas, comunistas y anarquistas. Durante los años 1965-72, los Tupamaros (cuyo nombre recuerda a Tupac Amaru, jefe de una rebelión indígena contra el colonizador español en el siglo XVIII) se desarrollan mucho y se granjean la simpatía y el apoyo de un sector significativo de la población (sobre todo joven) por una serie de acciones armadas (urbanas) espectaculares: expropiaciones, rapto de diplomáticos, ejecución de torturadores, etcétera. Sin embargo, a partir de 1972, diezmado por la represión y debilitado por las escisiones, el movimiento atraviesa por una profunda crisis.

El texto que publicamos aquí es un extracto del documento "30 preguntas a un Tupamaro", publicado el 2 de junio de 1968 por la revista chilena Punto Final (cercana al MIR), y que sirvió durante mucho tiempo de plataforma política y estratégica del Movimiento.

30 PREGUNTAS A UN TUPAMARO

—¿Cuál ha sido el principio fundamental en que se ha basado la actividad de su organización hasta el presente?

* "30 preguntas a un Tupamaro", 1968, en Omar Costa, *Los Tupamaros*, ed. Era, México, 1975, pp. 68-73.

—El principio de que la acción revolucionaria en sí, el hecho mismo de armarse, de prepararse, de pertrecharse, de procesar hechos que violen la legalidad burguesa, genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias.

—*¿Cuál es la diferencia fundamental de la organización de ustedes, con otras organizaciones de la izquierda?*

—La mayoría de estas últimas parecen confiar más en los manifiestos, en la emisión de enunciados teóricos referentes a la revolución para preparar militantes y condiciones revolucionarias, sin comprender que fundamentalmente son las acciones revolucionarias las que precipitan las situaciones revolucionarias.

—*¿Me puede poner algún ejemplo histórico ilustrativo de cómo funciona el principio de que la acción revolucionaria genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias?*

—Cuba es un ejemplo. En lugar del largo proceso de formación del partido de masas, se instala un foco guerrillero con una docena de hombres y este hecho genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias que culminan con una verdadera revolución socialista. Ante el hecho revolucionario consumado todos los auténticos revolucionarios se ven obligados a lanzarse detrás.

—*¿Quiere decir que lanzada la acción revolucionaria, la famosa unidad de izquierda puede darse en la lucha?*

—Sí, las fuerzas que se llaman revolucionarias se ven obligadas a optar entre apoyar o desaparecer. En Cuba, el partido socialista popular optó por apoyar una lucha que no había iniciado ni dirigido y subsistió. Pero Pío Socarrás, el que se llamaba el principal opositor de Batista, no apoyó y desapareció.

—*Esto es con respecto a la izquierda. ¿Y con respecto al pueblo en general?*

—Para el pueblo realmente disconforme con las injusticias del régimen, la opción es mucho más fácil. Quiere un cambio y tiene que elegir entre el improbable y remoto cambio que le ofrecen algunos por medio de proclamas, manifiestos o acción parlamentaria y el camino directo que encarna el grupo armado y su acción revolucionaria.

—*¿Quiere decir que la lucha armada al mismo tiempo que va destruyendo el poder burgués, puede ir creando el movimiento de masas que necesita una organización insurreccional para hacer la revolución?*

—Sí, sin considerar esfuerzo perdido el que se realice para crear un partido o movimiento de masas antes de lanzar la lucha armada, hay que reconocer que la lucha armada apresura y precipita el movimiento de masas. Y no es sólo el ejemplo de Cuba, también en China el partido de masas se fue creando en el transcurso de la lucha armada. Quiere decir que la fórmula rígida de ciertos teóricos, "primero crear el partido para después lanzar la revolución", históricamente, reconoce más excepciones que

aplicaciones. A esta altura de la historia ya nadie puede discutir que un grupo armado, por pequeño que éste sea, tiene mayores posibilidades de éxito para convertirse en un gran ejército popular, que un grupo que se limite a emitir "posiciones revolucionarias".

—*Sin embargo, un movimiento revolucionario necesita plataformas, documentos, etcétera.*

—Desde luego; pero no hay que confundir. No es sólo puliendo plataformas y programas como se hace la revolución. Los principios básicos de una revolución socialista están dados y experimentados en países como Cuba y no hay más que discutir. Basta adherir a esos principios y señalar con hechos el camino insurreccional para lograr su aplicación.

—*¿Considera que un movimiento revolucionario debe prepararse para la lucha armada en cualquier etapa, aun cuando las condiciones para la lucha armada no estén dadas?*

—Sí, por dos razones al menos. Porque un movimiento armado de izquierda puede ser atacado por la represión a cualquier altura de su desarrollo y debe estar preparado para defender su existencia... Recordar Argentina y Brasil.

Y porque si a cada militante no se le inculca desde el principio la mentalidad del combatiente, iremos elaborando otras cosas: un mero movimiento de apoyo a una revolución que harán otros, por ejemplo, pero no un movimiento revolucionario en sí mismo.

—*¿Esto puede interpretarse como un menosprecio de toda otra actividad, salvo la de prepararse para combatir?*

—No, el trabajo de masas que lleve al pueblo a posiciones revolucionarias también es importante. De lo que el militante, incluso el que está en el frente de masas, ha de ser consciente, es que el día en que se dé la lucha armada él no se va a quedar en su casa esperando el resultado. Y debe prepararse en consecuencia, aunque su militancia actual sea en otros frentes. Esto, además, dará autoridad, autenticidad, sinceridad y seriedad a su prédica revolucionaria actual.

—*¿Cuáles son las tareas concretas de un militante en el movimiento de masas que pertenezca a su organización?*

—Si se trata de un militante en gremio o movimiento de masas debe tratar de crear un ámbito, sea un grupo dentro del gremio, sea todo el gremio, donde se pueda organizar el apoyo para la acción del aparato armado y la preparación para ingresar al mismo. Formación teórica y práctica, reclutamiento, serán las tareas concretas principales dentro de ese ámbito. Además, la propaganda de la lucha armada. Y en caso de que sea posible, llevar al gremio a luchas más radicales y a etapas más definitorias de la lucha de clases.

—*¿Cuáles son los objetivos fundamentales en general, del movimiento en esta etapa?*

—Tener un grupo armado, lo mejor preparado y pertrechado posible,

probado en la acción.

Tener buenas relaciones con todos los movimientos populares que apoyan esta clase de luchas.

Crear órganos de propaganda destinados a radicalizar las luchas y crear conciencia.

Tener un eficiente aparato de captación de militantes con posibilidades de formación teórica y grupos dentro del movimiento de masas que cumplan las funciones antes mencionadas.

—*La importancia que le da el movimiento a la preparación para la lucha armada, ¿implica la afirmación de que un combatiente no se puede improvisar?*

—La lucha armada es un hecho técnico que requiere, pues, conocimientos técnicos, entrenamiento, práctica, materiales y psicología de combatiente. La improvisación en este terreno, se paga onerosamente en vidas y fracasos. El espontaneísmo que propician los que hablan vagamente de la "revolución que hará el pueblo" o "las masas", o es mera dilatoria o es librar a la improvisación, justamente, la etapa culminante de la lucha de clases. Todo movimiento de vanguardia, para conservar ese carácter en el momento culminante de la lucha, debe intervenir en ella y saber encauzar técnicamente la violencia popular contra la opresión, de modo que se logre el objetivo con los menores sacrificios posibles.

—*¿Considera que los partidos de izquierda puedan cumplir esa preparación para la lucha armada manteniendo un pequeño grupo de choque o de autodefensa?*

—Ningún partido cumple con los principios revolucionarios que enuncia si no encara seriamente esta preparación en toda la escala del partido. De otra forma no se logra la máxima eficiencia posible para enfrentar a la reacción en cada etapa, lo cual puede resultar una negligencia fatal (cabe recordar a Brasil y Argentina), o el desperdicio de una coyuntura revolucionaria.

No encarados para su fin específico, los pequeños grupos armados partidistas pueden transformarse en triste masa de maniobras políticas. Un misero ejemplo que recordar en tal sentido, son los incidentes sucedidos en la manifestación del último Primero de Mayo: grupos armados rebajados a la tarea de proteger el reparto de un manifiesto donde se ataca a otros grupos de izquierda y grupos armados rebajados a la tarea de impedir que se repartan manifiestos.

—*¿Qué le parece que podrían exigir los militantes de los aparatos armados partidistas a sus respectivas direcciones?*

—Que su acción sea dirigida solamente contra el enemigo de clase, contra el aparato burgués y sus agentes. Ningún aparato armado puede cumplir su fin específico si su dirección no reúne, al menos, estos requisitos mínimos:

1] que sea consecuente y demuestre con hechos su adhesión invariable

al principio de la lucha armada, dándole la importancia y los medios materiales necesarios para su preparación;

2] que ofrezca las condiciones necesarias de seguridad y discreción para los militantes que desarrollen tareas ilegales;

3] que por su amplitud y correcta línea, tenga posibilidades —las más inmediatas posibles—, de constituirse en dirección de masas proletarias.

—*¿No cree que un aparato armado debe depender de un partido político?*

—Creo que todo aparato armado debe formar parte de un aparato político de masas a determinada altura del proceso revolucionario y en caso de que tal aparato no exista debe contribuir a crearlo. Esto no quiere decir que sea obligado, en el panorama actual de la izquierda, adscribirse a uno de los grupos políticos existentes o se deba lanzar uno nuevo. Esto es perpetuar el movimiento o sumarse a él. Hay que combatir la mezquina idea en boga de partido, que lo identifica con una sede, reuniones, un periódico y posiciones sobre todo lo que lo rodea. El conformismo de esperar que los otros partidos de izquierda se disuelvan ante sus andanadas verbales, y sus bases y el pueblo en general vengán un día a él. Esto es lo que se ha hecho durante 60 años en Uruguay, y el resultado está a la vista. Hay que reconocer que hay revolucionarios auténticos en todos los partidos de izquierda, y muchos más que no están organizados. Tomar estos elementos y grupos donde estén y unirlos, es una tarea para la izquierda en general, para el día en que los sectarismos queden atrás; cosa que no depende de nosotros. Pero mientras esto no suceda, la revolución no se puede detener a esperar. A cada revolucionario, a cada grupo revolucionario sólo nos cabe un deber: prepararse para hacer la revolución. Como dijo Fidel en uno de sus últimos discursos: "...con partido o sin partido". La revolución no puede esperar.

—*¿Me puede detallar la estrategia para la toma del poder en el Uruguay?*

—No, no puedo darle una estrategia detallada. En cambio puedo darle algunas líneas generales estratégicas y esto mismo sujeto a modificaciones, con el cambio de circunstancias. Es decir, líneas generales estratégicas válidas para el día, mes y año en que se enuncian.

—*¿Por qué no puede darme una estrategia detallada y definitiva?*

—Porque una estrategia se va elaborando a partir de hechos reales básicos y la realidad cambia, independientemente de nuestra voluntad. Comprenda que no es lo mismo una estrategia basada en el hecho de un movimiento sindical fuerte y organizado que una basada en el hecho de que ese movimiento haya sido desbaratado, para poner un ejemplo ilustrativo.

—*¿Sobre qué hechos reales básicos funda su organización las líneas estratégicas generales en este periodo?*

—Para citar sólo aquéllos más importantes:

La convicción de que la crisis, lejos de irse superando, se va profundizando.

zando día a día. El país está fundido y un plan capitalista de desarrollo para aumentar la producción de artículos exportables, en caso de que se pudiera aplicar, no dará rendimiento sino muy menguado y dentro de varios años. Quiere decir que tenemos varios años por delante donde el pueblo deberá seguir apretándose el cinturón. Y con 500 millones de deuda externa no es previsible que vengan desde el extranjero cuantiosos créditos capaces de devolverles su mediano estándar de vida a los sectores que lo han perdido. Éste es un hecho concreto básico: habrá penuria económica y descontento popular en los próximos años.

Un segundo hecho básico para una estrategia, es el alto grado de sindicalización de los trabajadores del Uruguay. Si bien todos los gremios no tienen un alto grado de combatividad —sea por su composición, sea por sus dirigentes— el solo hecho de que prácticamente todos los servicios fundamentales del Estado, la banca, la industria y el comercio están organizados, constituye de por sí un hecho altamente positivo, sin parangón en América. La posibilidad de paralizar los servicios del Estado ha creado y puede crear coyunturas muy interesantes desde el punto de vista de la insurrección porque —para poner un ejemplo— no es lo mismo atacar a un Estado en la plenitud de sus fuerzas, que a un Estado semiparalizado por las huelgas.

Otro factor estratégico a tener en cuenta —éste negativo—, es el factor geográfico. No tenemos lugares inexpugnables en el territorio como para instalar un foco guerrillero que perdure, aunque tenemos lugares de difícil acceso en campaña. En compensación tenemos una gran ciudad con más de 300 kilómetros cuadrados de edificios, que permite el desarrollo de la lucha urbana. Esto quiere decir que no podemos copiar la estrategia de aquellos países que por sus condiciones geográficas pueden instalar un foco guerrillero en las montañas, sierras o selvas con posibilidades de estabilizarse. Por el contrario, tenemos que elaborar una estrategia autóctona adecuada a una realidad diferente a la de la mayoría de los países de América.

ROQUE DALTON, *El Salvador, el istmo y la revolución**

Poeta, escritor y militante comunista salvadoreño, Roque Dalton vivió varios años exiliado en Cuba, donde publica, en 1971, en la revista Pensamiento Crítico, testimonios y documentos sobre la revolución de 1932 en El Salvador; fue así como por primera vez salió a la luz la importancia histórica de esta gran experiencia popular insurreccional. Es en cuanto miembro (disidente) del Partido Comunista de El Salvador que Roque Dalton redacta este artículo en 1969; pocos años después

* Roque Dalton, "El Salvador, el istmo y la revolución", *Tricontinental*, n. 11 La Habana, marzo-abril de 1969, pp. 9-10, 20-22.

vuelve clandestinamente a El Salvador, rompe con el Partido Comunista y se integra en una organización guerrillera. En 1974, miembros de una de las fracciones de este grupo, en un acto absurdo e inexplicable, asesinan a Roque Dalton.

En lo que se refiere a El Salvador este proceso nos había llevado a ser un país bastante peculiar en Centroamérica; el proceso de integración nacional desde el punto de vista étnico se había completado a principios de siglo; la densidad de la población y la pequeñez territorial, si bien evitaron la aparición de la gran plantación imperialista al estilo de las de la United Fruit Company en Honduras, crearon la explosividad del problema social en las relaciones inmediatas entre el pueblo y la oligarquía cafetalera; la lucha popular tomó tempranamente los cauces de la organización revolucionaria, lo que obligó a las clases dominantes a concentrar su respuesta represiva en el tiempo y en el espacio. Desde otro punto de vista, básico, las características de la oligarquía criolla, el carácter de la explotación imperialista en el país, el nivel del sector comercial local, propiciaron que la tendencia hacia el desarrollo capitalista (así como el desarrollo capitalista en sí) tuviera un ritmo más acelerado que en el resto de los países del istmo. El Salvador (en tanto núcleo de la costa pacífica centroamericana y hablando en los términos que ha acuñado la literatura revolucionaria moderna, desde Mao Tse-tung hasta Régis Debray) comenzó a ser como conjunto la zona urbana y suburbana de Centroamérica, lo cual le impone en la actualidad características y necesidades específicas al planteamiento de su lucha revolucionaria.

A partir de 1914 aparece, con las organizaciones gremiales de artesanos urbanos, suburbanos y rurales, la organización popular clasista en El Salvador. En la década de los 20 esta labor organizativa cobra un desarrollo importante a nivel nacional y funde sobre líneas político-gremiales un tanto ambiguas (anarquistas, anarco-sindicalistas, reformistas, marxistas) a grandes capas de trabajadores de la ciudad y el campo, a cuya vanguardia se van colocando poco a poco los representantes incipientes marxistas de la más incipiente aún clase obrera y del proletariado agrícola. De este auge organizativo radical surge en 1930 el Partido Comunista de El Salvador, que comenzó a desarrollar, ligado a la Internacional Comunista, una labor extraordinaria. Tan extraordinaria que, a menos de sus dos años de existencia, en el seno de la situación revolucionaria que en los años 1931-32 se planteó en El Salvador como resultado nacional de la crisis mundial capitalista, nuestro Partido llamó al pueblo a la insurrección armada para tomar el poder político en el país. Los detalles y el análisis de esta acción histórica sobrepasan nuestros propósitos en estas líneas; baste decir que la insurrección salvadoreña de 1932, tan desconocida aún en nuestro país, es uno de los acontecimientos clave de la historia contemporánea de América Latina que permanece aún sin ser aprovechada como experiencia para los

revolucionarios del continente. Fundamentalmente por errores de tipo militar y organizativo, aquella insurrección fue derrotada por el primer gobierno oligárquico-imperialista propiamente tal que tuvo El Salvador: la dictadura de Maximiliano Martínez. El pueblo fue asesinado y las organizaciones revolucionarias arrasadas. El número de víctimas obreras y campesinas llegó a cerca de 30 mil en menos de un mes. *Esta profunda derrota, cuyo análisis no ha sido efectuado correctamente por las organizaciones revolucionarias de El Salvador, ha presidido durante décadas las concepciones organizativas y de ligazón con las masas en el seno del Partido Comunista* —principal organización revolucionaria en el país desde su nacimiento, a pesar de su debilidad y sus concepciones estratégicas y tácticas no siempre justas—, *ha servido como punto de referencia negativo para el planteamiento salvadoreño de la lucha armada revolucionaria, ha significado de hecho una seria ruptura entre la tradición revolucionaria de nuestro pueblo y su perspectiva de poder.* Esto en lo subjetivo. En lo objetivo, la derrota del año 32 fue la base material para la construcción de un aparato de poder oligárquico-imperialista de gran eficacia porque planteó a nivel operativo (a nivel local y nacional) el problema de la defensa del sistema frente a la lucha armada revolucionaria dirigida hacia la Revolución Socialista desde una época tan temprana como 1932.

La larga dictadura militar que, con cambios en las personas continúa hasta la fecha, se inició entonces. Al gobierno de Martínez (derrocado en 1944 por una huelga general nacional encabezada por los estudiantes universitarios que culminó un proceso insurreccional que había sido iniciado con un levantamiento militar fracasado), le siguieron: el del sangriento coronel Osmín Aguirre (qué sobrevivió a una etapa de acciones armadas citadinas y a una invasión armada de estudiantes, profesionales y militares jóvenes que entró desde Guatemala a la zona de Ahuachapán, en donde fue rechazada por la guardia nacional y el ejército), el del general Salvador Castaneda Castro, el del coronel Oscar Osorio y el del coronel José María Lemus (1956-1960). Las luchas populares contra este último gobierno abren una nueva etapa en la situación y las perspectivas políticas del país en el mismo periodo en que para América Latina en general las abre, revolucionariamente el triunfo de la insurrección de Cuba. [...]

A partir de 1962 se abrió una etapa de reflujo en la acción revolucionaria de masas. El Partido sufrió impactos serios (traiciones, desertiones, paralización de frentes enteros de trabajo, etcétera) pero pudo reponerse en la medida suficiente para estar de nuevo al frente del movimiento obrero en las grandes huelgas de 1966, 1967 y 1968. Sin embargo las nuevas concepciones de la lucha armada habían sido seriamente cuestionadas en la conciencia de los comunistas salvadoreños (por dos vías: la de los afectados del reflujo y la de la contraposición de hecho, entre el movimiento huelguístico abierto y entre el movimiento pro-insurreccional, contraposición esta última que en la cabeza de muchos se encarnaba en la diferencia

entre las líneas políticas —y sus resultados prácticos— del Partido Guatemalteco del Trabajo y del PC de El Salvador), hasta el grado de poderse afirmar en la actualidad que ese cuestionamiento ha pasado a ser la labor más importante de la corriente conservadora que predomina en la dirección y en extensos sectores de las bases del Partido, todo lo cual se ha reflejado en distintos aspectos de su actividad práctica (tendencias en la política de alianzas; política electoralista; caídas en desviaciones economicistas y legalistas en el frente obrero sobre todo por no dar a las masas agremiadas una perspectiva revolucionaria subsiguiente al elevarse la lucha abierta hasta determinados niveles; rupturas y escisiones en las filas del Partido a un nivel y con unos resultados sin precedentes en los últimos años; diversas carencias en el frente militar, etcétera).

¿Qué ha hecho por su parte el enemigo durante este periodo? A partir de 1961 el imperialismo pasó a subrayar más aún el énfasis en la solución político-militar frente a los problemas revolucionarios de Centroamérica. La perspectiva marcada por el inicio de la guerra de guerrillas en Guatemala aceleró aún más esta actividad contrarrevolucionaria. En lo que a El Salvador respecta, el ejército pasó a ser directamente el instrumento fundamental de gobierno y concentró gran parte de la actividad administrativa en manos de sus cuadros de mando. Al desarrollo de la integración económica centroamericana y a la creación del Mecomún en la zona siguió muy de cerca la integración de los ejércitos centroamericanos bajo un estado mayor conjunto y un organismo planificador y ejecutivo común, el Consejo de Defensa Centroamericano. Todo este aparataje militar regional ha actuado conjuntamente, en los niveles en que hasta ahora ha sido necesario, contra los movimientos guerrilleros aparecidos en nuestros países. Para resumir la actividad del imperialismo en este terreno en los últimos años, diremos que el gobierno de los Estados Unidos *ha creado y puesto en función en Centroamérica las instituciones y los organismos de la guerra especial.* Es decir que, hablando en términos amplios, el imperialismo en complicidad con las oligarquías y los ejércitos locales *ha planteado ya institucionalmente la guerra contra los pueblos centroamericanos.* Retoques de últimos niveles de acabado se están dando ya a este conjunto de fuerza cuando, por ejemplo, se persigue una interpenetración entre el ejército y las empresas mixtas de la Integración Económica usando el procedimiento de hacer de los cuadros de mando militar, accionistas, administradores o altos funcionarios de las grandes firmas industriales y comerciales o de las instituciones estatales que instrumentan la Integración.

En El Salvador, la tradicional habilidad de la oligarquía criolla y las experiencias de la lucha contra el pueblo y las guerrillas de Guatemala han hecho que el ejército haya tratado de llevar las consignas imperialistas de organización de la violencia a un nivel de masas populares. El coronel José Alberto Medrano, coordinador de los servicios de inteligencia del país y hombre fuerte de la CIA, ha anunciado la existencia de una organización

rural paramilitar llamado ORDEN (Organización Democrática Nacionalista), que con fines "anticomunistas y antiguerrilleros" agrupaba en 4 mil células de combate de 15 individuos cada una a 60 mil campesinos en todo el territorio nacional, a fines del año pasado. Esta organización, sumada a los efectivos del ejército (infantería, policía militar, blindados, aviación y tropas aerotransportadas, artillería, caballería marina, etcétera), la guardia nacional, policía de hacienda, policía nacional, policías municipales, etcétera, forman una bastante bien coordinada red antidemocrática cuyo real papel en el camino de la revolución es imposible ignorar.

Datos como éstos, que se agregan a los tradicionalmente esgrimidos en esta dirección (territorio pequeño, superpoblado, sin montañas o lugares inaccesibles, cruzado en todas las direcciones por buenas carreteras y caminos; presencia de un ejército relativamente numeroso y conocedor del terreno; carencia de bases revolucionarias en el campo y preponderancia de la fuerza revolucionaria en dos o tres de las ciudades principales) hacen que las tendencias al quietismo no revolucionario proliferen bajo diversos aspectos. *Del hecho de que la lucha armada revolucionaria presenta en nuestro país dificultades especiales y problemas técnico-prácticos particulares suele llegarse muy a menudo a la conclusión de que la lucha revolucionaria es allí imposible.* Esto no siempre se dice directamente en los documentos, pero se desprende nítidamente del contenido de muchos de ellos con el más ligero análisis.

Sólo mediante la elaboración en concreto de la estrategia de lucha armada en El Salvador, de acuerdo con las condiciones concretas del país, y sólo mediante el emprendimiento práctico de las tareas que imponga esa perspectiva estratégica podrá evitarse esa peligrosa tendencia al quietismo que es, en último término, la contrarrevolución. Esa perspectiva estratégica deberá elaborarse partiendo del análisis de nuestro país no como un país aislado sino como un país que pertenece a la zona centroamericana en los momentos en que el imperialismo le impone un nuevo desarrollo unitario contrario a los intereses de los pueblos. La estrategia de la revolución salvadoreña deberá ser una estrategia político-militar centroamericana [...]

El carácter centroamericano de la lucha de los pueblos de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica lo establece el hecho de la unidad que de nuevo le ha planteado el enemigo imperialista a la región en la forma que hemos dejado esbozada antes. La unidad económica básica no es ya El Salvador, Guatemala, etcétera, sino el conjunto de países centroamericanos que componen el Mercado Común. Para defender esta estructura económica nueva (cuyas crisis estructurales comienzan a ser evidentes) el imperialismo ha construido y continúa construyendo un aparato centroamericano de dominación y represión. La respuesta de los revolucionarios debe ser también a nivel centroamericano. En Guatemala y en Nicaragua esa respuesta han comenzado a darla los hombres que combaten bajo la dirección de César Montes y de Carlos Fonseca Amador. Las orga-

nizaciones revolucionarias salvadoreñas no pueden ser indiferentes a esos esfuerzos extraordinariamente abnegados pues ello equivaldría a serlo con su propio porvenir. De tal manera que subrayar en demasía el *carácter interior* de la lucha de clases de nuestros países como lo hace la CP de nuestro Partido en el epílogo al *Diario del Che*, se convierte en Centroamérica en una contraposición frente a la necesidad de centroamericanizar la lucha, en un despropósito, basado en análisis obsoletos. [...]

Desentrañar hasta las últimas consecuencias la lección del Che es tarea de quienes pudieron dejar definitivamente atrás las ilusiones pacifistas que se encarga siempre de estimular el enemigo, es tarea de los comunistas decididos a marchar por el duro camino de la guerra popular. Poco a poco las direcciones de los PC de América Latina nos han venido construyendo un panorama desconsolador en lo que se refiere a la participación del Partido en la lucha armada revolucionaria: ¿no han sido más o menos similares a la del PCB las actividades concretas de los Partidos de Venezuela, Perú, Honduras, Nicaragua, Brasil, frente a las acciones armadas en sus países, y las posiciones teóricas de los PC de Argentina, Costa Rica, Ecuador, y, ahora El Salvador, en esta problemática? ¿Es que hay una línea pacifista en el movimiento comunista latinoamericano, encubierta hasta ahora por las declaraciones sucesivas en favor de la lucha armada? De ser así, la discusión misma con esos Partidos se haría imposible porque la discusión revolucionaria sobre los problemas de la lucha armada sólo podrá sustanciarse entre los revolucionarios que emprendan la ruta de la lucha armada.

En el caso de nuestro Partido creemos que el momento es grave y lleno de inquietantes alternativas. Sin lugar a dudas se trata de una de las organizaciones revolucionarias más maduras, fuertes e influyentes de Centroamérica, cuyas posiciones políticas y cuya estructura orgánica dejan muy atrás a Partidos como los de Honduras, Nicaragua y Costa Rica, para citar ejemplos concretos. Sin embargo los resabios conservadores determinan aún gran parte de sus posibles proyecciones y los limitan. Estos resabios pueden convertirse en freno definitivo para que el Partido pueda ocupar su puesto de vanguardia en la lucha del pueblo salvadoreño y alejarlo del lugar que le estaría destinado en la lucha de las masas centroamericanas contra el enemigo común. En la zona hay varios ejemplos de este proceso regresivo. Sólo una discusión a fondo de la realidad centroamericana, procesada con espíritu constructivo e independiente, y el emprendimiento de la acción que exijan las circunstancias y el momento de las conclusiones podrá conjurar el peligro. En caso contrario, nuestro Partido, presa del dogmatismo que ya se refleja aunque sea parcialmente en el epílogo al *Diario del Che* se verá imposibilitado de seguir la ruta que nos hemos marcado para tomar el poder político para el pueblo, se verá imposibilitado de hacer la Revolución y dirigirla. En América Latina también hay ejemplos en este sentido, en diverso nivel de desarrollo. Basta abrir bien los ojos para saberlo.

Declaración de Principios del MIR*

Fundado en 1965 por la fusión de un grupo de jóvenes salidos de los partidos socialista y comunista (Vanguardia Revolucionaria Marxista) y del Partido Obrero Revolucionario (trotskista), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile se convertirá en algunos años en uno de los grupos castristas más numerosos y más influyentes de América Latina.

La Declaración de Principios adoptada en la fundación, que publicamos aquí, muestra que durante el primer periodo del MIR la influencia trotskista era preponderante. Esta influencia se manifiesta también en el Programa aprobado en 1965, que proclama por ejemplo: "El MIR se pronuncia por la defensa de los países socialistas en caso de agresión. En los países socialistas, controlados por el reformismo o el revisionismo, apoyamos al pueblo revolucionario y no a sus direcciones burocráticas que deformaron el proceso de construcción del socialismo y traicionaron el marxismo revolucionario".

En 1967, se aparta a los cuadros trotskistas y el grupo de dirigentes estudiantes de Concepción (Bautista van Schowen, Luciano Cruz, Miguel Enríquez) toma la dirección de la organización. Se adopta una nueva orientación (Documento Programa de 1967), que reafirma por un lado la tesis trotskista de la revolución proletaria —a la vez democrática y socialista— en Chile, pero por otro adopta las tesis de Debray sobre la guerrilla rural.¹

I

El MIR se organiza para ser la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y capas oprimidas de Chile que buscan la emancipación nacional y social. El MIR se considera el auténtico heredero de las tradiciones revolucionarias chilenas y el continuador de la trayectoria socialista de Luis Emilio Recabarren, el líder del proletariado chileno. La finalidad del MIR es el derrocamiento del sistema capitalista y su remplazo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigidos por los órganos del poder proletario, cuya tarea será construir el socialismo y extinguir gradualmente el Estado hasta llegar a la sociedad sin clases. La destrucción del capitalismo implica un enfrentamiento revolucionario de las clases antagónicas.

II

El MIR fundamenta su acción revolucionaria en el hecho histórico de la

* Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), *Declaración de Principios*, Santiago de Chile, septiembre de 1965.

¹ Cf. Catherine Lamour, *Le parti chilien*, ed Stock, París, 1972, pp. 222-23.

lucha de clases. Los explotadores, por un lado, asentados en la propiedad privada de los medios de producción y de cambio; y por otro, los explotados, mayoría aplastante de la población, que sólo cuentan con la fuerza de trabajo, de los cuales la clase burguesa extrae la plusvalía. El MIR reconoce al proletariado como la clase de vanguardia-revolucionaria que deberá ganar para su causa a los campesinos, intelectuales, técnicos y clase media empobrecida. El MIR combate intransigentemente a los explotadores, orientado en los principios de la lucha de clase contra clase y rechaza categóricamente toda estrategia tendiente a amortiguar esta lucha.

III

El siglo xx es el siglo de la agonía definitiva del sistema capitalista. El desarrollo de la técnica no ha servido para evitar las crisis periódicas, los millones de desocupados y la pauperización, a causa de que en el régimen capitalista la producción es social, pero la apropiación es individual. El sistema capitalista, en su etapa superior, el imperialismo, no puede ofrecer a la humanidad otra perspectiva que no sea el régimen dictatorial y la guerra, como un intento último para salir de su crisis crónica de estructura. Pretende ocultar en determinados periodos, su régimen de dictadura burguesa, ejercido a través del Estado opresor, hablando en abstracto de la libertad, pero sus contradicciones lo llevan inevitablemente al fascismo.

IV

El rasgo más sobresaliente de este siglo es el carácter mundial que ha adquirido el proceso revolucionario. Todos los continentes han sido sacudidos por la historia y la relación de fuerzas entre las clases ha cambiado en un sentido desfavorable al imperialismo. Un tercio de la humanidad —más de mil millones de personas— ha salido de la órbita del capitalismo, y está construyendo el socialismo. El triunfo de la revolución en numerosos países atrasados ha demostrado que todas las naciones tienen condiciones objetivas suficientes para realizar la revolución socialista; que no hay proletariados "maduros e inmaduros". Las luchas por la liberación nacional y la reforma agraria se han transformado, a través de un proceso de revolución permanente e ininterrumpida, en revoluciones sociales, demostrándose así que sin el derrocamiento de la burguesía no hay posibilidades efectivas de liberación nacional y reforma agraria integral, tareas democráticas que se combinan con medidas socialistas.

La revolución en los países coloniales y semicoloniales no ha resuelto aún los problemas básicos del socialismo. Mientras la revolución no triunfe en los países altamente industrializados siempre estará abierto el peligro de una guerra nuclear y no se podrá alcanzar la sociedad sin clases. El imperialismo no será derrotado con la mera competencia económica entre los regímenes sociales opuestos en un mundo formal de coexistencia

pacífica, sino por medio de la revolución socialista en los propios bastiones del imperialismo.

V

Las condiciones objetivas están más que maduras para el derrocamiento del sistema capitalista. A pesar de ello, el reformismo y revisionismo siguen traicionando los intereses del proletariado. De ahí que la crisis de la humanidad se concretiza en la crisis de dirección mundial del proletariado. Sin embargo, el proceso revolucionario de las últimas décadas ha producido una crisis en los partidos políticos tradicionales de izquierda y han comenzado a surgir movimientos revolucionarios nuevos que abren la perspectiva histórica para la superación de la crisis de dirección del proletariado.

VI

Chile se ha convertido en un país semicolonial, de desarrollo capitalista atrasado, desigual y combinado. A pesar de su atraso, Chile no es un país agrario sino industrial y minero. En 150 años de desgobernación las castas dominantes han retrasado la agricultura, la minería y la industria, han entregado nuestras principales fuentes de producción al imperialismo, hipotecando la independencia nacional con pactos y compromisos internacionales; han convertido a Chile en uno de los países con más bajo promedio de vida, de más alta mortalidad infantil, de mayor analfabetismo, déficit alimenticio y habitacional. La trayectoria de las clases dominantes desde la declaración de nuestra Independencia en el siglo pasado hasta el presente, ha demostrado la incapacidad de la burguesía criolla y sus partidos para resolver las tareas democrático-burguesas que son, fundamentalmente, la liberación nacional, la reforma agraria, la liquidación de los vestigios semi-feudales. Rechazamos, por consiguiente, la "teoría de las etapas" que establece equivocadamente, que primero hay que esperar una etapa democrático-burguesa, dirigida por la burguesía industrial, antes de que el proletariado tome el poder.

Combatiremos toda concepción que aliente ilusiones en la "burguesía progresista" y practique la colaboración de clases. Sostenemos enfáticamente que la única clase capaz de realizar las tareas "democráticas" combinadas con las socialistas, es el proletariado a la cabeza de los campesinos y de la clase media empobrecida.

VII

Las directivas burocráticas de los partidos tradicionales de la izquierda chilena defraudan las esperanzas de los trabajadores; en vez de luchar por el derrocamiento de la burguesía se limitan a plantear reformas al régimen

capitalista, en el terreno de la colaboración de clases, engañan a los trabajadores con una danza electoral permanente, olvidando la acción directa y la tradición revolucionaria del proletariado chileno. Incluso, sostienen que se puede alcanzar el socialismo por la "vía pacífica y parlamentaria", como si alguna vez en la historia de las clases dominantes hubieran entregado voluntariamente el poder.

El MIR rechaza la teoría de la "vía pacífica" porque desarma políticamente al proletariado y por resultar inaplicable ya que la propia burguesía es la que resistirá, incluso con la dictadura totalitaria y la guerra civil, antes de entregar pacíficamente el poder. Reafirmamos el principio marxista-leninista de que el único camino para derrocar el régimen capitalista es la insurrección popular armada.

VIII

Frente a estos hechos, hemos asumido la responsabilidad de fundar el MIR para unificar, por encima de todo sectarismo, a los grupos militantes revolucionarios que estén dispuestos a emprender rápida, pero seriamente, la preparación y organización de la Revolución Socialista Chilena.

El MIR se define como una organización marxista-leninista, que se rige por los principios del centralismo democrático.

*El MIR y la Unidad Popular en Chile**

Al dejar la clandestinidad después del triunfo electoral de Salvador Allende (que encabeza la Unidad Popular, coalición de los partidos de izquierda), el MIR se desarrolla considerablemente, a través de sus frentes de masa: el Movimiento Campesino Revolucionario, el Movimiento de los Pobladores (habitantes de los cinturones de miseria), el Frente de los Trabajadores Revolucionarios, etcétera. Junto con la izquierda de la Unidad Popular (un ala del partido socialista, una tendencia del MAPU [Movimiento de Acción Popular Unificado], la Izquierda Cristiana, etcétera) tratará de disputar la hegemonía del movimiento obrero al Partido Comunista Chileno, sin lograrlo.

El texto que publicamos aquí es uno de los más característicos de este periodo: una polémica con el PC acerca de la estrategia de la lucha.

La práctica y la doctrina del MIR durante este periodo enriquecen mucho la experiencia y las tesis hasta entonces predominantes en la corriente castrista (guerrilla rural y urbana, etcétera).

* "El MIR responde al Partido Comunista", *Punto Final*, n. 178, 27 de febrero de 1973, Santiago de Chile.

EL PODER POPULAR AUTÓNOMO, INDEPENDIENTE Y ALTERNATIVO AL ESTADO BURGUÉS NO ES UNA FANTASMAGORÍA, SINO UNA REALIDAD Y NECESIDAD

El Secretario General del PC, Luis Corvalán, afirma en su carta a Carlos Altamirano:

Pero ocurre que quien está, como ya se ha dicho, bajo el fuego graneado del imperialismo y la oligarquía de los Jarpa y de los Frei, y a quién éstos quieren derrocar, no es el fantasmagórico Poder Popular Independiente del Gobierno de que habla el MIR y que sólo existe en la cabeza calenturienta de sus dirigentes, sino al Gobierno del Presidente Allende.

Pensamos que la argumentación es falaz y pasamos a demostrarlo.

Lo que la gran burguesía y el imperialismo quieren es impedir que la clase obrera y las masas populares avancen con independencia de clase hacia la toma del poder político. Es en ese contexto que las clases reaccionarias y sus partidos se han planteado impedir que el Gobierno actual actúe como un verdadero Gobierno de los Trabajadores, abriendo paso, impulsando y apoyando la movilización y la lucha independiente de las masas. Por eso la burguesía impuso en octubre la salida del Gabinete UP-Generales, precisamente para colocar bajo custodia de una institución que es un "agente del Estado burgués", en este caso "agente restaurador", al gobierno. Por eso también el imperialismo y la burguesía buscan la derrota del gobierno bajo la forma de derrocamiento y claudicación. Y es por eso precisamente que la movilización creciente de las masas y su organización en órganos de poder, independientes y autónomos del *Estado Burgués*, es la única alternativa real para que la clase obrera y las masas populares puedan enfrentar con posibilidades de éxito a las fuerzas de la reacción burguesa. La burguesía ha comprendido perfectamente esto y por eso lucha por subordinar toda forma de organización independiente de las masas, de poder de las masas, al Estado burgués.

En esto encuentran el concurso del reformismo, el apoyo de la dirección del PC, que se opone a impulsar el desarrollo de formas de poder popular autónomas y contradictorias con el Estado burgués chileno.

Y entiéndase bien, estamos hablando de un poder obrero y popular, que se organiza desde abajo en forma autónoma e independiente, en contradicción y lucha con el Estado burgués y sus instituciones de dominación social y política. Se trata de un poder autónomo y alternativo al Estado burgués e independiente del gobierno actual. Esto no significa que ese poder tenga que ser necesariamente contradictorio con el gobierno. Eso depende exclusivamente del gobierno, de su capacidad para realizar y absorber o no, los intereses inmediatos y generales de los distintos sectores de la clase obrera, las masas y el pueblo. Más aún, se trata de que efectivamente el gobierno ayude a desarrollar ese poder popular que es el único

factor de fuerza que le puede dar una estabilidad clasista, proletaria y popular. Que el gobierno apoye las luchas del pueblo, sea una palanca efectiva de sus movilizaciones, lucha y organización independiente, depende del carácter de clase y la fuerza de clase en que se afirme.

En verdad, el fondo de la polémica sobre el poder popular alternativo no está en las relaciones de éste con el gobierno, sino en la concepción de la dirección del PC sobre el actual periodo y las tareas del proletariado en la presente etapa de la lucha de clases.

Lo que ocurre es que la dirección del PC es contraria al desarrollo de un poder obrero y popular alternativo y autónomo, porque no se plantea para este periodo la toma del poder político por el proletariado, la sustitución revolucionaria del actual Estado sino, como dice el senador Corvalán:

somos partidarios de llevar adelante el proceso revolucionario en *los marcos del actual estado de derecho*, sin perjuicio de irlo *mejorando* paulatinamente y somos firmes partidarios de la participación de la clase obrera en la gestión del Gobierno, pero somos absolutamente contrarios a los planteamientos del MIR acerca de la creación de un poder popular como alternativa al Gobierno Popular, pues eso a nuestro juicio significaría debilitar al Gobierno, cuando de lo que se trata es de fortalecerlo.

Es decir, la dirección del PC se plantea un largo periodo de luchas por reformas dentro del capitalismo, dentro del Estado de derecho burgués, a través de la acción parlamentaria, para llegar gradualmente al socialismo, tesis de la transición pacífica y electoral parlamentaria al socialismo. Esto es la esencia del reformismo de ayer, el de los Bernstein, Plejánov y Kautsky y del neorreformismo contemporáneo del PC chileno y de otros PC que siguen la misma política reformista de la dirección del PC chileno.

Es necesario señalar claramente que la dirección del PC se plantea una reforma del capitalismo y una democratización del actual Estado burgués, pero que no se plantea ni la toma del poder político, ni el socialismo en el actual periodo y en la actual etapa. Y no porque no hayan condiciones. Marx y Lenin estudiaron los periodos en que era posible que el proletariado se planteara el cuestionamiento real del poder del Estado. Estos son los periodos de crisis de la sociedad, de crisis de la dominación burguesa y ascenso del movimiento de masas, periodo que hoy vivimos en Chile en su fase prerrevolucionaria.

La dirección del PC no debe ocultar sus ideas y propósitos. No debe seguir mistificando y deformando la realidad y la lucha ideológica afirmando que el poder popular que desarrollan las masas es necesaria e inevitablemente alternativo y contradictorio al gobierno actual. *Es alternativo al Estado burgués*, a ese Estado al que la dirección del PC no quiere combatir en sus raíces y al que no quiere que el Gobierno actual combata (por eso aceptaron la incorporación de los militares), Estado que sólo se pro-

pone modernizar, democratizar, hacer más popular, sin que pierda su carácter burgués. Sólo será contradictorio con el Gobierno si éste se opone a la lucha independiente del proletariado y el pueblo.

El Poder Popular alternativo y autónomo es parte de una estrategia proletaria alternativa a la estrategia del reformismo, que acepta mantener subordinadas a las masas a la democracia burguesa.

El Poder Popular alternativo y autónomo no es una fantasmagoría, ni existe sólo en la "cabeza calenturienta" de algunos dirigentes. Ha surgido, se está desarrollando y se fortalecerá en el seno de las masas, aunque algunos dirigentes del PC quieran impedirlo o darle un carácter distinto. Y ello porque es el producto de una agudización de la lucha de clases, de un proceso progresivo y creciente de mayor autonomía ideológica, política, programática y organizativa de las masas.

Tan real es el Poder Popular Independiente que es una de las principales preocupaciones de la dirección del PC y que las masas que todavía reconocen conducción en el PC, y aun las bases de su propio partido, se les escapan y desarrollan una política contraria a la política oficial de la dirección del PC. La dirección del PC fue hasta el paro de octubre contraria a los Comandos y Consejos Comunales de trabajadores. Octubre les mostró que no podían ir contra la corriente de la lucha de clases. Entonces decidieron aceptar formalmente los Comandos y Consejos, pero anulándoles todo su contenido proletario al intentar convertirlos en instrumentos de lucha corporativa y de democratización del Estado nacional-burgués. Los Comandos y Consejos, el desarrollo del Poder Popular alternativo y autónomo, constituyen órganos fundamentales para abrir paso a la Revolución Proletaria [...]

LA VERDADERA POSICIÓN DEL MIR FRENTE AL GOBIERNO

El senador Corvalán señala en la carta ya mencionada que "el MIR descalifica por completo al Gobierno actual". Mientras ustedes (se refiere al PS) y nosotros (el PC) consideramos que trabaja por los cambios y quiere abrir paso al socialismo, el MIR sostiene que se propone la reafirmación del orden burgués. No es ése exactamente el pensamiento del MIR. Nosotros pensamos que hasta la constitución del Gabinete UP-generales el Gobierno fue un gobierno predominantemente reformista de izquierda, que amplió las libertades democráticas en Chile y puso en práctica un limitado proyecto de reformas en beneficio de la clase obrera, y en ese sentido lo valoramos. Lo cual no significa que hayamos estado absolutamente de acuerdo con su práctica, ni con subordinar la lucha independiente del proletariado a la capacidad de acción del gobierno y a los límites políticos del Gobierno como objetivo último de la acción obrera. Muy por el contrario, valoramos la existencia de un gobierno de izquierda, en la me-

dida en que sea realmente un instrumento y una palanca importante en la lucha de la clase obrera y las masas. Por eso criticamos la política reformista que con sus vacilaciones y falta de confianza en las masas, posteriormente llevó a buscar la solución a la crisis de octubre en la incorporación de algunos representantes del cuerpo de oficiales de las FFAA al Gabinete, iniciándose con ello un proceso gradual de reafirmación del orden burgués en el interior del Gobierno y aparato estatal.

LA ESENCIA DE LA POLÍTICA DE LA DIRECCIÓN DEL PC CHILENO: LA ALIANZA DE LAS FUERZAS POPULARES CON LA "BURGUESÍA NACIONAL"

La esencia de la política de la dirección del PC para el actual periodo fue definida por José Cademártori, miembro de la Comisión Política del PC, en un artículo aparecido en los números 11 y 12 de la *Revista de la Universidad Técnica*.

Cademártori señala que la dirección del PC considera que estamos en la primera etapa del proceso chileno de transición al socialismo y que la clave del éxito en esta primera etapa reside en lograr conseguir el concurso y el apoyo de la burguesía nacional (que para el PC está constituida por todos los sectores que estén fuera de las 49 o bien de las 91 empresas definidas para integrar el APS) al camino chileno de transición al socialismo.

Es decir, la dirección del PC plantea hoy día, frente al fracaso de su estrategia por la crisis de la economía y crisis por tanto de su modelo de acumulación de fuerzas que se basa en los éxitos económicos, una nueva alianza de clases. Una alianza de clases en que a la burguesía ya no sólo se le garantizan sus intereses en forma subordinada, a través del programa, sino que se redefine la alianza social, la alianza de clases que sustenta el actual programa de la UP, dando un papel importante, un rol mayor a la burguesía nacional. Se entiende que esto debe traducirse en una incorporación orgánica de la burguesía a las alianzas bajo alguna forma y, por tanto, su incorporación también en los niveles de dirección del gobierno. Esta alianza plantea, según Cademártori, una redefinición de las relaciones entre la burguesía nacional y el proletariado que, de relaciones de lucha y oposición entre explotados y explotadores, se deben transformar en "relaciones de cooperación entre capital y trabajo asalariado". Se trata de convencer, según la dirección del PC, a la burguesía chilena que apoye la lucha del proletariado en el tránsito chileno al Socialismo. Nosotros pensamos que lo que la dirección del PC busca en los hechos es más bien convencer al proletariado que colabore a la plena restauración del dominio burgués.

Así se hacen perfectamente comprensibles las afirmaciones recientes del secretario general del PC cuando señala "somos partidarios de llevar adelante el proceso revolucionario en los marcos del actual estado de derecho

sin perjuicio de irlo mejorando paulatinamente". Es decir, la dirección del PC renuncia a impulsar la lucha anticapitalista y socialista del proletariado. En el actual periodo no se plantea como objetivo la conquista del poder político por el proletariado, sino la reforma del capitalismo, de los monopolios, el latifundio y la penetración imperialista en algunos sectores de la economía, aceptándolo en otros y la democratización del Estado nacional burgués, a través de mejoras paulatinas que se irían introduciendo al edificio capitalista y explotador de la sociedad chilena.

Las razones que la dirección del PC da para impulsar esta política están en el conocido y falaz argumento de la concepción de la correlación de fuerzas internas (fundamentalmente electorales para la dirección del PC) para plantearse objetivos socialistas y no existiría tampoco la correlación de fuerzas internacionales para plantearse objetivos socialistas en un país que está en el traspaso colonial del imperialismo yanqui.

Pero lo contradictorio y paradójico es que la dirección del PC no plantea una política para quebrar esa correlación de fuerzas en el plano interno, salvo la de ganar la "batalla de la producción" y, a partir de la solución de los problemas económicos, ganarse a las masas y modificar la correlación de fuerzas. Este esquema, ha fracasado. Pero se sigue insistiendo en él. *Como la dirección del PC ha visto que no puede ganar la batalla de la producción en una economía capitalista sin el concurso de la burguesía, ha decidido llamar en su auxilio a la "burguesía nacional".*

Pero la paradoja llega al extremo cuando se nos dice que no obstante que no hay fuerza para plantearse objetivos socialistas, es decir, el objetivo de la conquista del poder político en el periodo, se nos dice que se inició ya la primera fase de la transición al socialismo. Esta se habría iniciado el 4 de septiembre de 1970; antes de que el proletariado y sus aliados hayan conquistado el poder político salvo, dice el PC, una parte del poder. Ahora se trataría de convencer a la burguesía nacional para que ayudara al proletariado a conquistar todo el poder.

El problema en verdad es otro. En Chile nunca ha habido ni se ha iniciado transición alguna del capitalismo al socialismo. Lo que ha ocurrido desde el 4 de septiembre del 70 a esta parte es una transición hacia un capitalismo de Estado, bajo la dirección de un gobierno reformista de izquierda. Lo que el PC plantea hoy día es revivir, bajo otra forma, su vieja tesis de la liberación nacional, de la burguesía nacional "progresista" y de la revolución por etapas. No otra cosa significa el frente amplio que Cademartori y la dirección del PC llaman a constituir entre el proletariado y la burguesía llamada "nacional y progresista". Todas las políticas económicas del PC han estado orientadas a ganarse la confianza de la "burguesía nacional". (Por eso la política de reajuste, por eso el proyecto sobre el ASP, etcétera.)

—Secretariado Nacional del MIR.

Santiago, 10 de febrero de 1973

MIGUEL ENRÍQUEZ, *Las causas de la derrota**

Miguel Enríquez (1944-1974), secretario general y principal teórico del MIR, era uno de los representantes más notables de la nueva generación de revolucionarios marxistas en el continente. Estudiante en la Universidad de Concepción, pertenece, con Bautista van Schowen y Luciano Cruz, al grupo que tomará la dirección del Movimiento en diciembre de 1967. Cae en octubre de 1974, durante un combate contra las fuerzas militar-policíacas de la Junta chilena.

Este texto es uno de sus últimos documentos: una entrevista con el semanario francés Rouge (trotskista) acerca del balance de la trágica experiencia de la Unidad Popular y las perspectivas de la resistencia al régimen militar instaurado por el golpe de septiembre de 1973.

—¿Cuál es la reacción del MIR frente a las acusaciones —principalmente del Partido Comunista— en cuanto a su responsabilidad en la caída de la Unidad Popular? Esta acusación fue también utilizada por la prensa burguesa "democrática" en Europa.

—En realidad, estas acusaciones vienen fundamentalmente de dos sectores: el reformismo de izquierda y los burgueses. Nosotros sabemos que algunas personalidades de otros tantos partidos comunistas europeos se han dedicado a expandir la afirmación de que la caída del gobierno de la Unidad Popular se debió a la "impaciencia", al "ultraizquierdismo" y a la "precipitación" del MIR. De esta manera tratan de salvar históricamente al reformismo y a su política, del fracaso en Chile, con el fin de ensayar lo mismo en otros países. Las acusaciones tienen como fundamento las frustraciones de la Unidad Popular, al no haber podido lograr una alianza con el Partido Demócrata Cristiano chileno. Nosotros vamos a responder lo más brevemente posible dada la magnitud del tema.

El gobierno de la Unidad Popular fue un gobierno pequeñoburgués de izquierda, cuyo eje se formó en la alianza del reformismo obrero con el reformismo pequeñoburgués.

La política que desarrolló en el curso de sus tres años fue reformista y se caracterizó por su sumisión al orden burgués y por su tentativa de concretar un proyecto de colaboración de clases.

El reformismo no apreció el carácter que asumió el periodo de su gobierno, lo que hizo imposible que desarrollara con éxito su proyecto de colaboración de clases. El sistema de dominación capitalista entró en crisis. El movimiento de masas cuyas movilizaciones y actividad iban aumentando después de 1967, había entrado en ebullición con la llegada de la UP al

* "Entrevista a Miguel Enríquez", *Correo de la resistencia*, boletín del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile en el exterior, n. 1, junio de 1974, pp. 29-38.

gobierno. En el curso de estos tres años había multiplicado sus movilizaciones, desarrollando sus niveles de organización y de conciencia, mucho más allá de todo lo que antes se había visto en Chile.

En ese mismo momento, y en parte como consecuencia de ello, la crisis interburguesa continuó profundizándose. Fue eso lo que confundió al reformismo que, percibiendo que la lucha interburguesa se hacía cada vez más aguda, pretendió sellar una alianza con una de las fracciones en lucha. No comprendió que, si bien la lucha interburguesa aumentaba, las fracciones burguesas se daban cuenta, desde el comienzo, que el aumento del movimiento de masas, por su carácter, iba mucho más lejos que las tímidas reformas que la UP se proponía y que amenazaban el sistema de dominación capitalista vigente. El conjunto de la clase dominante asumió desde el principio la defensa de dicho sistema y la lucha dirigida a derrocar el gobierno de la Unidad Popular. El aumento y la polarización de la lucha de clases cerró históricamente toda posibilidad de éxito para su proyecto de colaboración de clases.

Siempre detrás de este ilusorio proyecto de colaboración de clases, la UP, bajo la ilusión de haber conquistado el poder, impulsó una política económica que funcionó fundamentalmente sobre el consumo y no sobre la propiedad de los medios de producción. La redistribución drástica del ingreso hizo aumentar el consumo, a partir del cual aumentó la producción sobre la base de la utilización de la capacidad instalada, la que se agotó a mediados del 72.

La Unidad Popular también trabajó sobre los medios de producción pero de una manera limitada: nacionalizó la gran minería del cobre y la banca y se propuso integrar al área social solamente 91 grandes empresas industriales —que eran en realidad entre 500 y 800— olvidando explícitamente todas las grandes empresas de construcción y de distribución. En el campo, a lo largo de 1971, se limitó a la expropiación de un poco más de 1 000 fundos, que aumentaron más tarde a 1 300, pero sólo fueron fundos que tenían una superficie superior a 80 hectáreas de riego básico, y sobre las cuales los latifundistas tenían un derecho a reserva de 40 hectáreas, que podían ser escogidas entre las mejores tierras. Por otra parte, esto les permitió olvidar explícitamente las grandes empresas agrícolas, cuya extensión era entre 40 y 80 hectáreas, que producían en 1973 cerca del 50% de toda la producción agrícola de Chile. De 4 500 que había en 1970, subieron a 9 000 en 1973.

Sobre el plano político, su proyecto de colaboración de clases se expresó no sólo en su subordinación a la institucionalidad burguesa sino también a la legalidad en los momentos en que la clase dominante controlaba poderosas instituciones del aparato del Estado: el parlamento, el poder judicial, la contraloría, la mayoría de los cuerpos de oficiales de las Fuerzas Armadas, etcétera, a partir de las cuales, en los hechos, gobernó a Chile.

Todas estas concesiones y vacilaciones no fueron gratuitas ni indiferentes

al movimiento de masas, única fuente posible de fuerza real del gobierno.

Todas estas concesiones —olvidar las grandes empresas, prometer a los norteamericanos el pago de la deuda externa, legitimar a la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, etcétera— fortificaron a la clase dominante, que apoyada por el bloqueo del crédito norteamericano logró mantener en sus manos —gracias a estas concesiones— enormes cantidades de poder y de riqueza, que no dudó en descargar con furor empresarial sobre el gobierno, la clase obrera y el pueblo; saboteando la producción a partir de las empresas que ella conservaba en sus manos, acaparando, especulando, creando el mercado negro y favoreciendo la inflación, acentuando la presión militar, etcétera.

Además, todas estas concesiones fueron hechas hiriendo y golpeando los intereses de los sectores populares. Mientras, dejaba intactas las grandes empresas industriales, agrícolas, de construcción, de distribución, etcétera, cerraba el paso a la lucha de los trabajadores; no apoyando las movilizaciones directas de la clase obrera, combatiéndolas e incluso haciendo acciones represivas contra ella; atacando todo trabajo político en el seno de las Fuerzas Armadas. A la vez que esto fragmentó a la izquierda, dividió y confundió a los trabajadores que veían al gobierno como un instrumento para sus luchas.

En el terreno político, el reformismo favoreció a la vía parlamentaria y los ensayos frustrados de alianza con el Partido Demócrata Cristiano. Además cada vez que esta alianza se frustraba, el reformismo no se apoyaba en las masas, sino que se refugiaba en el aparato del Estado constituyendo gabinetes cívico-militares, aumentando así, al interior del Estado, el peso de la institucionalidad y, en particular, de la alta oficialidad reaccionaria de las Fuerzas Armadas.

Pero empecinado en sus vacilaciones, el reformismo debió ceder frente a las presiones del movimiento de masas. Su amplia base de apoyo popular, el carácter masivo y decidido de las movilizaciones directas del pueblo, obligaron al gobierno a poner bajo su control más de 300 grandes empresas, derribaron la fortaleza de la burguesía agraria con las tomas de fundos de 40 a 60 hectáreas, y motivaron la ocupación de numerosas empresas de construcción, de viñas y de algunas firmas distribuidoras. Pero estas concesiones del reformismo a los trabajadores, que primero fueron combatidas y luego reprimidas (expulsión de campesinos de los fundos, desalojos de obreros de las fábricas, etcétera), fueron limitadas y desordenadas. De esta manera, el gobierno primero cedió frente a la presión del movimiento de masas, para luego negarle su apoyo y abandonarlo, lo que fragmentó, dispersó y confundió a las masas.

A pesar de todo, la legitimación del gobierno de estas conquistas del movimiento de masas despertó la cólera de la clase dominante. Fue así como el gobierno se sometió al orden burgués; y buscando sellar una alianza con una fracción burguesa, hizo todo tipo de concesiones a la institucionalidad

lidad y a la clase dominante, e hirió de esta manera los intereses de la clase obrera y el pueblo, creando en él la confusión.

La clase dominante jamás perdió de vista el carácter revolucionario y anticapitalista que asumió el movimiento de masas. Arremetió contra el gobierno desde el principio a pesar de las promesas y limitaciones que el proyecto reformista les ofrecía.

De esta manera, el gobierno de la Unidad Popular no tuvo la fuerza que le habría dado una alianza con una fracción burguesa, reforzó a la clase dominante y debilitó y dispersó su verdadera fuente de poder: el movimiento de masas.

Estos problemas se vieron multiplicados después de la tentativa fracasada del golpe de Estado del 29 de junio, y la amenaza subsecuente del nuevo golpe. El gobierno no tomó medidas contra los verdaderos conspiradores, no cambió a los oficiales superiores, sólo detuvo a quienes estaban directamente implicados.

El movimiento de masas, dirigido por la clase obrera, desarrolló altos niveles de organización y conciencia. Ocupó cientos de fábricas, se organizó en cordones industriales (semejantes a los consejos obreros) y en comandos comunales, que reagrupaban a obreros, campesinos, pobladores y estudiantes; logrando, incluso, desarrollar masivamente formas materiales y orgánicas de autodefensa.

La clase dominante utilizó una doble táctica: por una parte, reforzó su ofensiva a través del paro de los camioneros, de atentados, de acusaciones a los ministros en el parlamento, del bloqueo de la contraloría y de las declaraciones de los presidentes del Senado y la cámara de Diputados; y por la otra, permitió que una minoría del PDC —bien intencionada, pero sin fuerza— abriera un diálogo con el gobierno, exigiéndole primero concesiones, luego un consenso, más tarde la capitulación y finalmente la renuncia.

Bajo la ilusión de este diálogo, el gobierno comenzó su capitulación, comprometiendo así su suerte en el curso de la semana: constituyó el gabinete del diálogo, enseguida un gabinete cívico-militar. Golpeó al movimiento obrero, devolviendo a los patronos decenas de industrias que habían sido tomadas recientemente por los trabajadores. Combatió el poder popular (los cordones y los comandos), dio curso a acciones represivas, aquí y allá, desalojando a los obreros de las industrias ocupadas, deteniendo en las calles a los obreros de algunos cordones y poblaciones. Combatió furiosamente a la izquierda revolucionaria, acusándola de subversiva y permitió decenas de allanamientos militares en fábricas y fundos en búsqueda de armas. En algunos de estos allanamientos se torturó salvajemente a obreros y campesinos, como fue el caso de Nehuentúe, en la provincia de Cautín, y en la Industria Sumar en Santiago. Se tomaron medidas legales contra los marineros de la Escuadra que preparaban medidas de autodefensa en caso de un golpe militar, con lo que el gobierno apoyó las torturas bru-

tales que los oficiales de la Marina ejercieron sobre los marineros, permitiendo, a su vez, la persecución legal del procurador de la Marina contra los secretarios generales del PS, del MIR y del MAPU.

Con estas acciones, el gobierno reforzó la ofensiva de la clase dominante y de la alta oficialidad reaccionaria; frustró, confundió y desarticuló la tropa antigolpista de las Fuerzas Armadas y dividió a la izquierda, abriendo el camino al golpe de Estado.

Aquí está la responsabilidad de la política reformista. Y éste es un hecho que muchos han tratado de esconder o de oscurecer. Muchos de estos cuadros y militantes reformistas, afrontaron más tarde heroicamente a la dictadura; otros se asilaron y el resto hoy está en Chile, haciendo frente a la represión gorila.

Durante los tres últimos años, nosotros hemos alertado a los trabajadores y a la izquierda de la catástrofe hacia la cual la política reformista los arrastraba; y hemos hecho, frente a las masas y como partido, todo lo que nosotros podíamos hacer para evitarla.

Las masas no fueron "ultraizquierdistas" cuando multiplicaron sus movilizaciones en defensa de sus intereses. Continuaron su marcha —después de llevar a la UP al gobierno— por el único camino que la historia les ofrecía. No fueron las masas las que impidieron la alianza entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, sino la lucha de clases en un país subdesarrollado y dependiente como Chile.

La clase obrera y el pueblo sólo pueden constituirse en fuerza social —como lo fueron al llevar a la UP al gobierno— en la medida en que como clase realicen sus intereses. Y esto, objetivamente, en Chile capitalista, no puede ni podrá obtenerse sino atacando los intereses de clase dominante, una de cuyas fracciones —con el PDC como representante político— lo comprendió también.

La clase dominante asumió desde el comienzo la defensa del sistema capitalista, la lucha contra los avances de los trabajadores y la destrucción de lo que ellos habían creado: el gobierno de la Unidad Popular.

Las masas no se equivocaron avanzando, como la historia no se equivocó. Ni el PDC —partido burgués— fue alejado por la extrema izquierda. Lo que arrastró a Chile hacia la catástrofe gorila que vivimos hoy día, fue la política reformista, que sistemáticamente golpeó, frustró y finalmente destruyó la fuerza social que la había llevado al gobierno y su fuente fundamental de fuerza, la clase obrera y el pueblo.

Nosotros no hemos sido "impacientes" ni "ultraizquierdista". Nosotros dirigimos, en la medida de nuestras fuerzas, la marcha histórica de los trabajadores contra la clase dominante y el sistema capitalista, en las fábricas, en los fundos, en los liceos y universidades, y en los cuarteles. Pero no fuimos capaces de arrebatarle al reformismo la conducción del movimiento de masas. Ésa fue nuestra debilidad y nuestra falla, ninguna otra.

Hoy día nos quedamos en Chile para reorganizar el movimiento de

masas, buscando la unidad de toda la izquierda y de todos los sectores dispuestos a combatir la dictadura gorila, preparando una larga guerra revolucionaria, a través de la cual la dictadura gorila será derrotada, para luego conquistar el poder para los trabajadores e instaurar un gobierno de obreros y campesinos.

No es ésta la polémica central hoy en Chile. Nuestro objetivo es obtener la unidad de toda la izquierda. Pero lo que ha ocurrido en Chile, es una lección para todos los pueblos del mundo. Raras veces el desastre provocado por la política reformista ha sido tan evidente. Los ataques que algunos personajes y partidos europeos nos lanzan, nos obligan a responder y hacer que la verdad se imponga por encima de la desfiguración de los hechos.

—¿Estas acusaciones significan la voluntad, el deseo de aislar al MIR del resto de la izquierda?

—¿Cuál es la posición del MIR en cuanto al acercamiento, a nivel de direcciones, con el PS, el PC, el MAPU, la IC, etcétera...?

—Creo que ya lo hemos explicado. Fundamentalmente, el sentido de estas acusaciones es ocultar la responsabilidad histórica del reformismo, borrar su derrota en Chile y tratar de nuevo de aplicar su política en otras partes. Nosotros respondemos aclarando la realidad de los hechos, ya que tergiversando lo que ha ocurrido, impiden a los pueblos del mundo la posibilidad de extraer las lecciones que la experiencia chilena ofrece, para evitar los errores cometidos en Chile.

No es el socialismo ni la política revolucionaria lo que ha fracasado en Chile, sino una débil e ilusoria tentativa reformista.

Es necesario que el reformismo asuma su responsabilidad histórica y no busque más disculpas entre los revolucionarios. Al mismo tiempo, la experiencia y condiciones exigen hoy en Chile la unidad de todas las fuerzas de izquierda y de todos los sectores dispuestos a luchar contra la dictadura, en el seno de un frente político de la resistencia.

Estamos en contacto con todas las fuerzas de izquierda y otras en Chile. El paso que hemos dado al lanzar al exterior un llamado conjunto de toda la izquierda es un avance importante en la unidad de todas las fuerzas de la izquierda y ha sido bastante útil aquí en Chile.

—¿Cuál es la posición del MIR frente a la alianza táctica con todos los demócratas, alianza denominada "frente amplio", en tanto que significa un peligro inminente de una restauración del sistema burgués?

—Nosotros impulsamos la unidad de todas las fuerzas dispuestas, en la práctica, a luchar contra la dictadura, en el seno de un frente político de la resistencia, como ya hemos mencionado. En este frente, nosotros creemos que deben entrar todas las organizaciones de izquierda de la ex-UP, nosotros, y también una parte del PDC, la "progresista" o "pequeñoburguesa democrática" que antes y después del golpe, se pronunció abiertamente contra él.

La base fundamental de la lucha contra la dictadura será la clase obre-

ra y el pueblo. Como consecuencia de su experiencia reciente, una experiencia trágica de dictadura burguesa, según la forma de democracia representativa, es muy difícil creer que los trabajadores la acepten otra vez.

El otro sector del PDC, llamado "democrático" por algunos, fue dirigido por Frei, y apoyó sin condiciones las agresiones de la clase dominante contra los trabajadores y el gobierno, incitó y preparó las condiciones del golpe militar. Hay que recordar las declaraciones de Frei exigiendo los allanamientos para buscar armas, la declaración del congreso sobre la ilegitimidad del gobierno, etcétera.

Reconoció y aplaudió el golpe militar, inmediatamente después y también posteriormente. Asimismo participa en la dictadura gorila, aportando técnicos, un ministro y algunos subsecretarios de Estado. A pesar de que a través de la prensa y algunos grupos de presión reclama tímidamente la moderación de la junta en su política represiva y económica. Lo hace cuidadosamente a fin de acumular fuerza en su lucha contra la fracción burguesa hegemónica, para participar en la mayor medida posible de la riqueza y el poder que el Estado controla en Chile, como es la renta del cobre, las exenciones fiscales, créditos del Estado, etcétera...

Trata, como los anteriores movimientos populistas, de colocar detrás de él al grueso de la población golpeada por la política de la junta, buscando sumar también el apoyo popular del reformismo, para caerle encima cuando haya tomado el poder.

Con ese sector ni la clase obrera, ni el pueblo, ni los revolucionarios pueden hacer una alianza que decapite su programa y sus métodos de lucha, pero sí pueden aprovechar las grietas abiertas por la lucha interburguesa intensificada.

—¿En caso de que haya un vacío a nivel directivo en el PC y el PS, cómo analiza el MIR el acercamiento revolucionario a las bases y cómo piensa asumir la dirección del movimiento revolucionario?

—La conducción de la lucha contra la dictadura gorila no se gana por decreto o por declaraciones. Ella será conquistada en la lucha misma. La lucha contra la dictadura gorila no es, fundamentalmente, una lucha de partidos políticos contra la dictadura, es la lucha de la clase obrera y de todo el pueblo contra un sector del cuerpo de oficiales de las Fuerzas Armadas. Es por esto, que a fin de organizar a todos los sectores del pueblo dispuestos a combatir la dictadura sean o no militantes de partido, impulsamos en la base —y con cierto éxito— la constitución de un movimiento de resistencia popular contra la dictadura gorila, mediante la formación de comités en cada fábrica, fundo, población, liceo, universidad, repartición pública, etcétera.

—¿Cómo concilia tácticamente el acercamiento con los sectores democráticos y el desarrollo de la lucha armada en el Sur?

—¿Cuál es el grado de organización del movimiento armado en este momento? ¿En qué plazo piensa que se puede desarrollar paralelamente la

reorganización de los sindicatos y de los frentes de masas?

—Sólo serán parte de la resistencia, evidentemente, los sectores dispuestos a impulsar o apoyar en la práctica la lucha en todos los terrenos contra la dictadura. En consecuencia, los problemas de conciliación de tácticas no deberían ser fundamentales. La reorganización del movimiento de masas se desarrolla progresivamente desde hace algunos meses. Lo que dirigirá la lucha armada en Chile será fundamentalmente aquello que evite el aislamiento de las vanguardias de las masas, aquello que incorpore progresivamente a la clase obrera y al pueblo a formas de lucha armada. A partir del movimiento de resistencia popular, surgirá el Ejército Revolucionario del Pueblo, única fuerza capaz de enfrentar al ejército gorila y derrocar la dictadura.

—¿El fracaso del proceso chileno podría ser, a su juicio, el fin de los partidos tradicionales?

—El fracaso en Chile de un proyecto reformista debería tener como consecuencia, al menos en nuestro país, el fin del predominio de las ilusiones reformistas en el seno de la clase obrera y el pueblo. Pero el reformismo, como proyecto político, no desaparece como consecuencia de una derrota. Será la experiencia adquirida por los trabajadores y los militantes de izquierda —y la que venga de la lucha misma— orientada por una táctica y una estrategia revolucionarias, la que deberá desterrar al reformismo de la conducción de las masas.

—¿Un nuevo sistema de comunicaciones, podría poner fin al aislamiento de la izquierda chilena y permitiría crear un frente común contra el imperialismo?

—Pienso que desde el punto de vista de su aislamiento del resto del mundo, es la dictadura gorila la que está más aislada. La clase obrera, el pueblo y la izquierda chilena han recibido y reciben un apoyo enorme de los países socialistas, de Cuba revolucionaria y de los sectores revolucionarios y progresistas del mundo.

Los revolucionarios del Cono Sur de América Latina, han constituido una junta coordinadora entre el ERP de Argentina, el MLN-Tupamaros de Uruguay, el ELN de Bolivia y el MIR de Chile que, no solamente quiebra todo aislamiento posible, sino que significa un enorme progreso para la lucha revolucionaria. En todo caso, cualquier iniciativa que contribuya a unir y a reforzar la lucha contra el imperialismo y por la revolución, será siempre considerada como positiva por nosotros.

*La Junta de Coordinación Revolucionaria**

En 1972, durante un encuentro entre dirigentes del MIR, de los Tupa-

* "A los pueblos de América Latina, declaración constitutiva de la JCR", *Che Guevara*, órgano de la JCR, n. 1, noviembre de 1974.

maros y del PRT argentino, Miguel Enríquez propone la creación de una organización internacionalista —un "pequeño Zimmerwald" según sus propias palabras— entre los tres grupos revolucionarios. Esta proposición es aceptada y pronto el ELN boliviano se unirá a la iniciativa. Después de un periodo de consolidación de los lazos establecidos, se proclama a inicios de 1974 la formación de la Junta de Coordinación Revolucionaria, compuesta de las cuatro organizaciones, con vocación de ensanchamiento más allá del cono sur del continente. Contrariamente a la OLAS, la JCR no es una iniciativa de la dirección cubana, aun si existen lazos fraternales; la constitución de la JCR significa cierta autonomización del guevarismo latinoamericano con respecto a Cuba.

Es el camino de Vietnam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como Juntas de Coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa.

Ché Guevara, Mensaje a la Tricontinental.

El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) de Uruguay, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) de Chile, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de Argentina, firman la presente declaración para hacer conocer a los obreros, a los campesinos pobres, a los pobres de la ciudad, a los estudiantes e intelectuales, a los aborígenes, a los millones de trabajadores explotados de nuestra sufrida patria latinoamericana, su decisión de unirse en una Junta de Coordinación Revolucionaria.

Este importante paso es producto de una sentida necesidad, de la necesidad de cohesionar a nuestros pueblos en el terreno de la organización, de unificar las fuerzas revolucionarias frente al enemigo imperialista, de librar con mayor eficacia la lucha política e ideológica contra el nacionalismo burgués y el reformismo.

Este importante paso es la concreción de una de las principales ideas estratégicas del Comandante Ché Guevara, héroe, símbolo y precursor de la revolución socialista continental. Es también significativo paso que tiende a retomar la tradición fraternal de nuestros pueblos que supieron hermanarse y luchar como un sólo hombre contra los opresores del siglo pasado, los colonialistas españoles.

NUESTRA LUCHA ES ANTIMPERIALISTA

Los pueblos del mundo viven la amenaza permanente del imperialismo

más agresivo y rapaz que jamás haya existido antes. Han presenciado, no con indiferencia, el genocidio organizado y dirigido por el imperialismo yanqui contra el heroico pueblo vietnamita. En esta guerra desigual, cuyas llamas aún no se extinguen, se ha mostrado de cuerpo entero el carácter guerrillero y alevoso del imperialismo del norte. Pero, en esta guerra, una vez más y por contrapartida, se ha demostrado la debilidad de su sistema y aún todo su poderío militar frente a un pueblo dispuesto a luchar y decidido a ser libre a cualquier precio.

Los pueblos latinoamericanos, desde el siglo pasado hasta nuestros días, soportan el pesado yugo colonial o neocolonial de los imperialistas, han sufrido consecutivamente intervenciones militares y guerras injustas ejecutadas o fomentadas, bien por el ejército norteamericano, bien por los monopolios supranacionales.

Y ahí está el despojo de México, la ocupación de Puerto Rico, la intervención en Santo Domingo, y está Playa Girón y muchos hechos bélicos que nuestra América no olvida y no perdonará jamás.

Y está la Shell, la Esso o la Standar Oil, la United Fruit, la ITT los dineros de Mr. Rockefeller y Mr. Ford. Y está la CIA que con Papy Shelton, Mittrione, Siracusa, dejó huellas indelebiles de la política avasalladora y prepotente de los EE.UU. contra el movimiento Popular en Latinoamérica.

LATINOAMÉRICA MARCHA HACIA EL SOCIALISMO

El 1o. de enero de 1959, con el triunfo de la revolución cubana, se inicia la marcha final de los pueblos latinoamericanos hacia el socialismo, hacia la verdadera independencia nacional, hacia la felicidad colectiva de los pueblos.

Es la justa y abierta rebelión de los explotados de América Latina contra un bárbaro sistema neocolonial capitalista impuesto desde fines del siglo pasado por el imperialismo yanqui y europeo, que con la fuerza, el engaño y la corrupción se adueñaron de nuestro continente. Las cobardes burguesías criollas y sus ejércitos, no supieron hacer honor al legado revolucionario liberacionista de la gloriosa lucha anticolonial de nuestros pueblos, que conducidos por héroes como Bolívar, San Martín, Artigas y tantos otros, conquistaron la independencia, la igualdad y la libertad.

Las clases dirigentes, defendiendo mezquinos intereses de grupo, se unieron a los imperialistas, colaboraron con ellos, facilitaron su penetración económica, entregando progresivamente el control de nuestra economía a la voracidad insaciable del capital extranjero. La dominación económica engendró el control y la subordinación política y cultural. Así, se fundó el sistema capitalista neocolonial que viene explotando, oprimiendo y deformando desde hace cien años a las clases trabajadoras de nuestro continente.

Desde principios del siglo la clase obrera comenzó a alzarse contra ese sistema, desplegando la entonces poco conocida bandera del socialismo, unida indisolublemente a la bandera de la independencia nacional, promoviendo el despertar de los campesinos, de los estudiantes, de todo lo sano y revolucionario de nuestros pueblos. El Anarquismo, el Socialismo y el Comunismo como movimientos organizados de la clase obrera vanguardizaron con energía y heroísmo la movilización de amplias masas, jalones imborrables de lucha revolucionaria. El legendario líder nicaragüense Augusto César Sandino, obrero metalúrgico, dirigió en su pequeño país una de las más heroicas de esas batallas, cuando su ejército guerrillero tuvo en jaque y derrotó a las tropas intervencionistas norteamericanas en 1932. Fue en esa década del 30 cuando nuestros pueblos desarrollaron en todo el continente un formidable auge de masas que puso en jaque la dominación neocolonial homogeneizada por el imperialismo yanqui, enemigo número uno de todos los pueblos del mundo.

Pero esa formidable movilización revolucionaria de masas no fue coronada por la victoria. La activa intervención contrarrevolucionaria política y militar, directa e indirecta del imperialismo yanqui, unida a las deficiencias del anarquismo, de las corrientes socialistas y los Partidos Comunistas, fueron las causas de una derrota temporal. La mayoría de los Partidos Comunistas, los másconscientes, consecuentes y organizados de ese periodo, cayeron en el reformismo. Algunos de ellos como el heroico y aguerrido Partido Comunista Salvadoreño sufrieron crueles derrotas con decenas y miles de mártires. Por ello, el impetuoso auge de las masas se desvió de su camino revolucionario y cayó bajo la influencia y dirección del nacionalismo burgués vía muerte de la revolución, recurso inteligente y demagógico que encontraron las clases dirigentes para prolongar con el engaño la vigencia del sistema capitalista neocolonial.

A partir del formidable triunfo del pueblo cubano, que bajo la hábil y clarividente conducción de Fidel Castro y un grupo de dirigentes marxistas-leninistas logró derrotar al ejército batistiano y establecer en la isla de Cuba, en las mismas barbas del imperialismo, el Primer Estado Socialista Latinoamericano, los pueblos del continente vieron fortalecida su fe revolucionaria e iniciaron una nueva y profunda movilización de conjunto.

Con aciertos y errores nuestros pueblos y sus vanguardias se lanzaron con decisión a la lucha ant imperialista por el socialismo. La década del 60 vio sucederse en forma ininterrumpida grandes luchas populares, violentos combates guerrilleros, poderosas insurrecciones de masas. La guerra de abril, insurrección general del pueblo dominicano, obligó a la intervención directa del imperialismo yanqui que debió enviar 30 000 soldados para sofocar con la masacre ese magnífico levantamiento.

La legendaria figura del Comandante Ernesto Guevara personificó, simbolizó todo ese periodo de lucha y su muerte heroica así como su vida

ejemplar y su clara concepción estratégica marxista-leninista, abre e ilumina el nuevo auge revolucionario de nuestros pueblos que crece día a día en poderío y consistencia, parte de las fábricas, de los pueblos, del campo y de las ciudades y se despliega incontenible por todo el continente.

Es el definitivo despertar de nuestros pueblos que pone en pie millones y millones de trabajadores y que se encamina inexorablemente hacia la segunda independencia, hacia la definitiva liberación nacional y social, hacia la definitiva eliminación del injusto sistema capitalista y el establecimiento del socialismo revolucionario.

LA LUCHA POR LA DIRECCIÓN DEL MOVIMIENTO DE MASAS

Pero el camino revolucionario no es fácil ni sencillo. No solamente debemos enfrentar la bárbara fuerza económica y militar del imperialismo. Enemigos y peligros más sutiles acechan a cada momento a las fuerzas revolucionarias, a sus esfuerzos por librar con efectividad, victoriosamente, la lucha antimperialista.

Hoy día, dada la particular situación del proceso revolucionario continental, debemos referirnos específicamente a dos corrientes de pensamiento y acción, que conspiran poderosamente contra los esfuerzos revolucionarios de los latinoamericanos. Ellos son, un enemigo: el nacionalismo burgués y una concepción errónea en el campo popular: el reformismo.

Ambos, a veces estrechamente unidos, intentan encaramarse en el auge revolucionario de nuestros pueblos, lograr su dirección e imponer sus concepciones erróneas e interesadas, que indefectiblemente terminarán por detener y castrar el impulso revolucionario. Por ello adquiere una dimensión estratégica la intransigente lucha ideológica y política que los revolucionarios debemos librar contra esas corrientes, imponernos a ellas, ganar así la dirección de las más amplias masas, para dotar a nuestros pueblos de una consecuente dirección revolucionaria que nos conduzca con constancia, inteligencia y efectividad hacia la victoria final.

El nacionalismo burgués es una corriente apadrinada por el imperialismo que se apoya en ella como variante demagógica para distraer y desviar la lucha de los pueblos cuando la violencia contrarrevolucionaria pierde eficacia. Su núcleo social está constituido por la burguesía pro-imperialista o un embrión de ella, que pretende enriquecerse sin medida, disputando con la oligarquía y burguesía tradicional los favores del imperialismo mediante el truco de presentarse como bomberos del incendio revolucionario, con influencia popular y capacidad de negociación ante la movilización de las masas. En su política del engaño esgrimen un antimperialismo verbal e intentan confundir a las masas con su tesis nacionalista preferida: la tercera posición. Pero en realidad no son antimperialistas sino que se allanan incluso a nuevas y más sutiles formas de penetración económica extranjera.

El reformismo es en cambio una corriente que anida en el propio seno del pueblo trabajador, reflejando el temor al enfrentamiento de sectores pequeño-burgueses y de la aristocracia obrera. Se caracteriza por rechazar cerradamente en los hechos la justa y necesaria violencia revolucionaria como método fundamental de lucha por el poder, abandonando así la concepción marxista de la lucha de clases. El reformismo difunde entre las masas nocivas ideas pacifistas y liberales, embellece a la burguesía nacional y a los ejércitos contrarrevolucionarios, con quienes constantemente busca aliarse, exagera la importancia de la legalidad y del parlamentarismo. Uno de sus argumentos preferidos, de que es necesario evitar la violencia y relacionarse con la burguesía y los "militares patriotas" en busca de una vía pacífica que ahorre derramamientos de sangre a las masas en su camino hacia el socialismo, es rotunda y dolorosamente refutado por los hechos. Allí donde el reformismo impuso su política conciliadora y pacifista las clases enemigas y sus ejércitos ejecutaron las más grandes masacres contra el pueblo. La cercanía de la experiencia chilena con más de 20 000 hombres y mujeres trabajadores asesinados nos exime de mayores comentarios.

Frente al nacionalismo burgués, el reformismo y otras corrientes de menor importancia, en constante lucha ideológica y política con ellas, se alza el polo revolucionario que día a día se consolida en el seno de las masas, aumentando su influencia, mejorando su capacidad política y militar, convirtiéndose cada vez más en una opción real hacia la independencia nacional y el socialismo.

Precisamente para contribuir al fortalecimiento de ese polo revolucionario a escala continental, las cuatro organizaciones firmantes de esta declaración, hemos decidido constituir la presente Junta de Coordinación Revolucionaria en torno a la cual y a cada una de sus organizaciones nacionales, llamamos a organizarse y a combatir juntos, a toda la vanguardia revolucionaria obrera y popular de Latinoamérica. Esto significa naturalmente que las puertas de esta Junta de Coordinación están abiertas para las organizaciones revolucionarias en los distintos países latinoamericanos.

LA EXPERIENCIA DE NUESTRAS ORGANIZACIONES

El MLN Tupamaros, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), en el curso de su lucha patriótica y revolucionaria, han ido comprendiendo la necesidad de unirse, han ido afirmando por propia experiencia su concepción internacionalista, comprendiendo que al enemigo imperialista y capitalista que está unido y organizado debemos oponerle la más férrea y estrecha unidad de nuestros pueblos.

Vinculados por la similitud de nuestras luchas y nuestra línea, las cuatro organizaciones hemos establecido primero vínculos fraternales, y en un proceso hemos pasado a un intercambio de experiencias, a la mutua colaboración cada vez más activa, hasta dar hoy este paso decisivo que acelera la coordinación y colaboración que sin ninguna duda redundará en una mayor efectividad práctica en la encarnizada lucha que nuestros pueblos libran contra el feroz enemigo común.

El mayor desarrollo de nuestras organizaciones, el fortalecimiento de su concepción y práctica internacionalistas, permitirá un mayor aprovechamiento de las potencialidades de nuestros pueblos hasta erigir una poderosa fuerza revolucionaria capaz de derrotar definitivamente a la reacción imperialista-capitalista, aniquilar a los ejércitos contrarrevolucionarios, expulsar al imperialismo yanqui y europeo del suelo latinoamericano, país por país, e iniciar la construcción del socialismo en cada uno de nuestros países, para llegar el día de mañana a la más completa unidad latinoamericana.

Lograr ese sagrado objetivo no será fácil, la crueldad y fuerza del imperialismo hará necesarios, como lo vislumbrara el Comandante Guevara, desarrollar una cruenta y prolongada guerra revolucionaria que hará del continente latinoamericano el segundo o tercer Vietnam del mundo.

Más, siguiendo el glorioso ejemplo del heroico pueblo vietnamita, los trabajadores latinoamericanos sabremos combatir sin desmayos, con creciente eficacia, desplegando en toda su intensidad, las imbatibles energías de las masas y aplastar al imperialismo yanqui y sus agentes conquistando así nuestra felicidad y contribuyendo poderosamente a la destrucción definitiva del enemigo principal de la clase obrera internacional, del socialismo, de todos los pueblos del mundo.

NUESTRO PROGRAMA

Nos une la comprensión de que no hay otra estrategia viable en América Latina que la estrategia de guerra revolucionaria. Que esa guerra revolucionaria es un complejo proceso de lucha de masas, armado y no armado, pacífico y violento, donde todas las formas de lucha se desarrollan armónicamente convergiendo en torno al eje de la lucha armada. Que para el desarrollo victorioso de todo el proceso de guerra revolucionaria es necesario movilizar a todo el pueblo bajo la dirección del proletariado revolucionario. Que la dirección proletaria de la guerra se ejerce por un partido de combate marxista-leninista, de carácter proletario, capaz de centralizar y dirigir, uniendo en un solo, potente haz, todos los aspectos de la lucha popular, garantizando una dirección estratégica justa. Que bajo la dirección del Partido Proletario es necesario estructurar un poderoso ejército popular, núcleo de acero de las fuerzas revolucio-

narias, que desarrollándose de lo pequeño a lo grande, íntimamente unido a las masas y alimentado por ellas, se erija en impenetrable muro donde se estrellen todos los intentos militares de los reaccionarios, y esté en condiciones materiales de asegurar el aniquilamiento total de los ejércitos contrarrevolucionarios. Que es necesario construir asimismo un amplio frente obrero y popular de masas que movilice a todo el pueblo progresista y revolucionario, a los distintos partidos populares, a los sindicatos y demás organizaciones similares, en una palabra a las más amplias masas cuya lucha corre paralela, convergiendo a cada momento y estratégicamente con el accionar militar del ejército popular y el accionar político clandestino del partido proletario.

La respuesta debe ser clara, y no otra que la lucha armada como el principal factor de polarización, agitación y, en fin, de la derrota del enemigo, la única posibilidad de triunfo. Esto no quiere decir que no se utilicen todas las formas de organización y lucha posibles: la legal y clandestina, la pacífica y violenta, económica y política, convergiendo todas ellas con mayor eficacia en la LUCHA ARMADA, de acuerdo a las particularidades de cada región y país.

El carácter continental de la lucha está signado, en lo fundamental por la presencia de un enemigo común. El imperialismo norteamericano desarrolla una estrategia internacional para detener la Revolución Socialista en Latinoamérica. No es casual la imposición de regímenes fascistas en los países donde el movimiento de masas en ascenso amenaza la estabilidad del poder de las oligarquías. A la estrategia internacional del imperialismo corresponde la estrategia continental de los revolucionarios.

El camino por transitar en esta lucha no es corto. La burguesía internacional está dispuesta a impedir, por cualquier medio, la Revolución, así se planteara en un sólo país. Ella posee todos los medios oficiales y oficiales, bélicos o de difusión, para utilizarlos contra el pueblo. Por eso nuestra guerra revolucionaria es de desgaste del enemigo en sus primeras fases, hasta formar un ejército popular que supere en fuerza a los del enemigo. Este proceso es paulatino, pero es, paradójicamente, la senda más corta y menos costosa para alcanzar los objetivos estratégicos de las clases postergadas.

PUEBLO LATINOAMERICANO: A LAS ARMAS

Vivimos momentos decisivos de nuestra historia. En esa conciencia, el MLN Tupamaros, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), llaman a los trabajadores explotados latinoamericanos, a la clase obrera, a los campesinos pobres, los pobres de la ciudad, los

estudiantes e intelectuales, los cristianos revolucionarios y a todos aquellos elementos provenientes de las clases explotadoras, dispuesto a colaborar con la justa causa popular, a tomar con decisión las armas, a incorporarse activamente a la lucha revolucionaria antimperialista y por el socialismo que ya se está librando en nuestro continente bajo la bandera y el ejemplo del Comandante Guevara.

Victoria o muerte [ELN]
Patria o muerte/Venceremos [MIR]
A vencer o morir por la Argentina [ERP]
Libertad o muerte [MLN, Tupamaros]
—Junta de Coordinación Revolucionaria

CARLOS FONSECA AMADOR, *El Frente Sandinista en Nicaragua**

Carlos Fonseca Amador (1936-1976) fue uno de los personajes más significativos de la joven generación marxista nacida bajo la estrella de la revolución cubana. Siendo estudiante, se adhirió al Partido Socialista Nicaragüense (comunista), pero pronto lo abandonó para buscar una vía más radical. En 1959, poco después del triunfo de la revolución en Cuba, toma el camino de la guerrilla y cae herido de gravedad durante un combate contra las tropas de Somoza. En 1962, es uno de los fundadores del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que trata de volver a tomar la antorcha de la guerrilla campesina de Sandino contra el imperialismo norteamericano y sus agentes nicaragüenses. Convertido en principal dirigente e ideólogo del FSLN, cae en 1976, asesinado por la Guardia Nacional somocista.

Publicamos aquí algunos extractos de un texto de 1969, que presenta dos características importantes, que no siempre se encuentran en la corriente castrista: una crítica explícita del pasado y del presente del movimiento comunista tradicional y una afirmación clara del carácter simultáneamente democrático y socialista de la revolución en Nicaragua.

Desde 1926 hasta 1936 el pueblo de Nicaragua vivió uno de los periodos más intensos de su historia. Más de 20 mil muertos produjo la lucha armada, mediante la cual el pueblo buscó un cambio. Fue una lucha que se inició contra el gobierno conservador impuesto por los norteamericanos, pasó por la resistencia sandinista y concluyó con el golpe militar de Anastasio Somoza a Juan B. Sacasa.

La lucha se desarrolló sin existir un proletariado industrial. La incipiente

* Carlos Fonseca Amador, "Nicaragua hora H", *Tricontinental*, n. 14, La Habana, septiembre-octubre de 1969, pp. 32-33, 40-41.

burguesía traicionó al pueblo nicaragüense y se entregó a la intervención yanqui. La burguesía no pudo ser relevada de inmediato de la vanguardia de la lucha popular por un proletariado revolucionario. La resistencia sandinista, que se convirtió en la heroica vanguardia del pueblo, presentaba una composición casi absoluta campesina y precisamente en este detalle reside la gloria y la tragedia de aquel movimiento revolucionario. Fue una gloria para el pueblo de Nicaragua que la clase más humilde respondiera por el mancillado honor de la patria y al mismo tiempo fue una tragedia porque se trataba de un campesinado sin nivel político alguno. Además, hubo jefes de importantes columnas guerrilleras que no conocían una letra. Esto condujo a que una vez asesinado Sandino su movimiento no pudiera tener continuidad.

La prolongada lucha armada, que finalizó en traición y frustración, provocó un agotamiento de la fuerza popular. El sector encabezado por Anastasio Somoza logró la hegemonía sobre el partido liberal tradicional mientras la oposición al gobierno de Somoza pasaba a ser dominada por el partido conservador tradicional, fuerza política reaccionaria profundamente debilitada debido a que en los años 30 estaba fresca en la memoria del pueblo la entrega por parte de ese partido a los intervencionistas yanquis.

Un factor importante que contribuyó también seriamente a interrumpir la lucha antimperialista fue la situación que se originó al estallar la segunda guerra mundial, la cual concentró el foco de la reacción mundial en Europa y Asia. El imperialismo yanqui, enemigo tradicional del pueblo de Nicaragua, se convirtió en un aliado del frente mundial antifascista. La falta de una dirección revolucionaria en Nicaragua impidió que esta realidad fuera interpretada correctamente, y Somoza se aprovechó de la situación para consolidar el dominio de su camarilla.

SURGIMIENTO DEL VIEJO SECTOR MARXISTA

Durante largos años, la influencia del sector marxista en la oposición al régimen de Somoza fue extremadamente débil. La oposición antisomocista estuvo bajo la hegemonía casi total del sector conservador, fuerza política representante de los intereses de un sector de la clase capitalista. Una de las causas que contribuyó a la debilidad del sector marxista se originó en las condiciones en que fue constituido el Partido Socialista Nicaragüense (organización comunista tradicional de Nicaragua). Esa organización nació en junio de 1944, cuando aún no había concluido la segunda guerra mundial y en una época en que estaba en pleno vigor la tesis de Earl Browder, secretario del Partido Comunista de Estados Unidos, quien propugnó la conciliación con la clase capitalista y con el imperialismo norteamericano en América Latina.

En aquellos años, el movimiento obrero nicaragüense estaba integrado

básicamente por artesanos y esto fue una base para incurrir en desviaciones antiobreras. Paralelamente, la dirección misma del Partido Socialista era de origen artesanal y no de raíces proletarias, como demagógicamente se afirma en el Partido Socialista Nicaragüense. Se trataba de una dirección que padecía de un bajísimo nivel ideológico.

Durante muchos años, en Nicaragua el intelectual revolucionario fue una rara excepción. Los intelectuales radicales y librepensadores de los años de la intervención armada de Estados Unidos, que como clase representaban a la burguesía que terminó claudicando, no pudieron ser relevados por intelectuales identificados con la clase obrera, en virtud de las razones expuestas anteriormente. En consecuencia, en Nicaragua el movimiento intelectual pasó a ser el monopolio de un elemento católico, que durante un periodo llegó incluso a identificarse abiertamente con el fascismo. De ese modo, permaneció cerrada para el movimiento revolucionario la puerta del pensamiento.

El Partido Socialista Nicaragüense nació en un mitin cuyo objetivo era proclamar el apoyo al gobierno de Somoza. Esto aconteció el 3 de julio de 1944 en el gimnasio de Managua y para ser rigurosamente objetivos es necesario explicar este gravísimo error no como producto de la simple mala fe de los dirigentes, sino tomando en cuenta los factores que lo propiciaron. La dirección marxista no guardó la debida serenidad ante la hegemonía que el sector conservador tenía sobre el movimiento antisomocista; no supo distinguir entre la justeza de la oposición antisomocista y las maniobras del sector conservador.

Una vez que Somoza utilizó a su favor al sector seudomarxista, desató una persecución contra el movimiento obrero que, debido a las condiciones de comodidad en que había nacido, no supo defenderse con la firmeza propia de los revolucionarios. [...]

El Frente Sandinista de Liberación nacional considera que en la actualidad y durante un cierto tiempo se atravesará en Nicaragua por una etapa en que una fuerza política radical va adquiriendo su fisonomía. Por consiguiente, en el momento actual se hace necesario que planteemos con gran énfasis que nuestro magno objetivo es la revolución socialista, una revolución que se propone derrotar al imperialismo yanqui, a sus agentes locales, a los falsos opositores y a los falsos revolucionarios. Esta propaganda, con el respaldo consecuente de la acción armada, permitirá al Frente ganarse el apoyo de un sector de las masas populares que sea consciente de toda la profundidad de la lucha que realizamos.

La fuerza que representan los partidos capitalistas por la influencia que todavía ejercen en la oposición es necesario que se tenga en cuenta para trazar la estrategia del movimiento revolucionario. Hay que estar alerta contra el peligro de que la insurrección revolucionaria sirva de escalera a la fuerza reaccionaria de la oposición al régimen somocista. La meta del movimiento revolucionario es doble. Por un lado, derrocar a la cama-

rilla criminal y traidora que durante largos años usurpa el poder y, por otro, impedir que la fuerza capitalista de la oposición, de probada sumisión al imperialismo yanqui, aproveche la situación que desencadena la lucha guerrillera, y atrape el control del poder. En la tarea de salirles al paso a las fuerzas capitalistas traidoras ha de desempeñar un papel singular, una fuerza revolucionaria, política y militar con arraigo en un amplio sector del pueblo. Tal arraigo depende de la capacidad que se tenga para extirpar de ese sector la influencia liberal y conservadora.

De acuerdo con la actitud que asuma el conjunto del pueblo ante los viejos partidos que hoy tienen una dirección capitalista, determinaremos la política a seguir más adelante respecto a esos partidos.

En cuanto a la situación del Partido Socialista Nicaragüense, puede afirmarse que los cambios que ha habido en la dirección de esa organización política son únicamente de forma. La antigua dirección se hace ilusiones respecto al sector conservador y clama por la construcción de un frente político en que estos contumaces agentes del imperialismo ocupen su lugar. La llamada nueva dirección justifica actualmente haber patrocinado la farsa electoral de 1967 apoyando la candidatura pseudo opositora del político conservador Fernando Agüero. Igual que la vieja dirección, la llamada "nueva dirección" no cesa de hablar de lucha armada, mientras en la práctica concentra sus energías en el trabajo leguleyesco.

Los planteamientos anteriores no están en contradicción con la posibilidad de desarrollar cierta unidad del sector antisomocista en general. Pero se trata de una unidad por la base, con los sectores más honestos de las diversas tendencias antisomocistas. Esto se posibilita aún más en razón del aumento de prestigio del Frente Sandinista de Liberación Nacional y del creciente desprestigio que se suma al fraccionamiento de la dirección de los partidos capitalistas y similares.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional comprende todo lo duro que es el camino guerrillero. Pero no está dispuesto a retroceder. Sabemos que nos enfrentamos a una sanguinaria fuerza armada reaccionaria como la Guardia Nacional, la feroz GN, que conserva intactas las prácticas de crueldad que le inculcaron sus creadores, los infantes de marina de Estados Unidos. Bombardeos de aldeas, degollamientos de niños, violación de mujeres, incendio de chozas con campesinos en su interior, la mutilación como tortura, ésas fueron las asignaturas que los profesores norteamericanos de civilización impartieron a la GN en el periodo de la resistencia guerrillera (1927-1932) que encabezó Augusto César Sandino.

La frustración que siguió al periodo de la resistencia sandinista no ha de repetirse hoy. Ahora los tiempos son otros. Los días actuales no son como aquellos en que Sandino y sus hermanos guerrilleros se batían solitarios contra el imperio yanqui. Hoy los revolucionarios de todos los países sojuzgados se lanzan o se preparan para librar la batalla contra el imperio del dólar. Cúspide de esa batalla es el indómito Vietnam, que con su

ejemplo de heroísmo rechaza la agresión de las bestias rubias [...]

Cumpliremos fielmente nuestro juramento:

"Ante la imagen de Augusto César Sandino y Ernesto Che Guevara, ante el recuerdo de los héroes y mártires de Nicaragua, América Latina y la Humanidad entera, ante la historia. Pongo mi mano sobre la bandera roja y negra que significa "Patria Libre o Morir", y juro defender con las armas en la mano el decoro nacional y combatir por la redención de los oprimidos y explotados de Nicaragua y del mundo. Si cumplo este juramento, la liberación de Nicaragua y de todos los pueblos será un premio; si traiciono este juramento, la muerte oprobiosa y la ignominia serán mi castigo."

*Comunicado del Frente Sandinista de Nicaragua**

El Frente Sandinista de Liberación Nacional se había dividido en 1975 en tres tendencias: 1] la tendencia proletaria, que insistía en la importancia de la implantación en el seno de la clase obrera, en calidad de fuerza social hegemónica, de la lucha revolucionaria contra el régimen de Somoza; 2] la tendencia guerra popular prolongada, y 3] la tendencia insurreccional (mayoritaria en el Frente). En diciembre de 1978, en vísperas del movimiento insurreccional popular, las tres tendencias se unificaron en una plataforma común que publicamos aquí.

Hermanos nicaragüenses:

El FSLN-GPP, el FSLN-PROLETARIO, y el Estado Mayor de la Resistencia Urbana-FSLN-INSURRECCIONAL, hemos decidido unir nuestras fuerzas políticas y militares para garantizar que la lucha heroica de nuestro pueblo no sea burlada por las maniobras del imperialismo yanqui y los sectores vende patria de la burguesía local. Uniremos nuestras fuerzas para impulsar la lucha armada revolucionaria hasta que la Dictadura Militar Somocista sea definitivamente derrocada y se instaure en nuestra patria un régimen auténticamente democrático que garantice la soberanía nacional y el progreso socioeconómico de nuestro pueblo trabajador. La Unidad Sandinista que hoy nos comprometemos a reforzar cada día más, será la indiscutible garantía de la victoria popular.

Todas las fuerzas revolucionarias del Frente Sandinista unidas en nuestra ineludible voluntad de conquistar junto a nuestro pueblo un futuro de libertad y progreso social declaramos:

1. Que rechazamos la mediación imperialista que no es más que una burda maniobra intervencionista mediante la cual el imperialismo yanqui

trata de burlar las aspiraciones revolucionarias del pueblo de Nicaragua implantando un gobierno reaccionario y sometido a sus designios, un somocismo sin Somoza. Advertimos que nos opondremos intransigentemente a la intervención imperialista levantando contra ella los fusiles revolucionarios.

2. Que ante la claudicación cobarde de cualquier sector de la oposición burguesa, el Frente Sandinista continuará la guerra revolucionaria en defensa de la libertad de nuestro pueblo y la soberanía de nuestra patria. El plebiscito propuesto por la Comisión Mediadora no es más que una artimaña que conduce al pacto y a la traición. El derrocamiento de la dictadura por la vía revolucionaria y la disolución de la Guardia Nacional, son las condiciones indispensables para una verdadera democracia. Por estos objetivos lucharemos hasta el fin con las armas en la mano.

3. Que apoyamos decididamente una solución patriótica, nacional y democrática a la crisis que vive el país y que sufren principalmente las masas trabajadoras. Por esta razón respaldamos las reivindicaciones planteadas en el programa del MPU y consideramos que constituyen las bases mínimas para enrumbar al país por un camino de paz y progreso. Hacemos un llamado a todas las fuerzas democráticas, a todos los que rechazan la intromisión del imperialismo yanqui en nuestros asuntos internos, a todos los nicaragüenses honestos y patrióticos, a fortalecer el MPU y forjar la unidad de toda la nación en contra de la dictadura somocista y en defensa de nuestra soberanía nacional.

¡Viva la Unidad Sandinista!

¡¡Fortalezcamos al MPU!!

¡¡¡Construyamos la Unidad Nacional!!!

¡Desarrollemos la lucha guerrillera y marchemos hacia la insurrección!

¡¡¡Por el derrocamiento revolucionario de la dictadura!!!

Patria Libre o Morir

Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)
Tendencia Guerra Popular Prolongada

Comisión Política del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)
Tendencia Proletaria

Estado Mayor de la Resistencia Urbana del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Tendencia Insurreccional

En algún lugar de Nicaragua, 9 de diciembre de 1978.

* Comunicado del FSLN al Pueblo de Nicaragua, 9 de diciembre de 1978.

El programa sandinista para los campesinos de Nicaragua*

Algunas semanas después del triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, Jaime Wheelock, nuevo ministro de la Reforma Agraria, otorgó una entrevista al periódico trotskista *Perspectiva Mundial*, en la cual desarrolla un breve análisis de la estructura agraria del país y presenta el programa agrario del nuevo régimen. Jaime Wheelock fue de 1975 a 1978 uno de los principales dirigentes de la tendencia proletaria del FSLN, que preconizaba una estrategia de revolución socialista y antimperialista para Nicaragua.

—Para empezar quizás puedas describir un poco la estructura de la producción agrícola bajo la dictadura durante los últimos años.

—Desde el punto de vista del destino de la producción y de la tecnología, aquí nosotros teníamos dos tipos de producción básica. La producción interna de grano básico y de ganadería digamos ociosa, y la producción destinada a la exportación. La mayor parte de esta producción se manejaba en virtud de relaciones de producción mediante las cuales los trabajadores permanecían la mayor parte del tiempo ociosos, es decir, son cultivos estacionales. Y al mismo tiempo, la producción ésta era destinada a llenar fundamentalmente las necesidades de una capa muy reducida de propietarios, o sea prácticas latifundarias de la tierra.

El algodón, hay unas 300 mil manzanas de algodón; el café, unas 150 mil manzanas; ganadería intensiva, unas 200 mil reses para carne y una buena parte también para leche; producción de azúcar, había unas veintitantas mil manzanas controladas por dos familias, Somoza y Pelas. Y luego el tabaco y el arroz controlados fundamentalmente por el somocismo. Al mismo tiempo que encontramos una producción para el consumo interno, encontramos también un sector altamente latifundario y capitalista y un sector llamémosle de campesinos pobres y de campesinos medios.

Prácticamente del 40% al 60% de estas tierras cultivables estaban controladas por la familia Somoza. Y si sumamos a los somocistas, se puede elevar esta cifra a un 70%. El resto, quizás había unos 60 mil campesinos con poca tierra y como 100 mil campesinos que estaban trabajando en una forma mixta, viviendo del trabajo asalariado, trabajo mixto, trabajo asalariado y trabajo campesino pobre.

Claro está que muchos trabajadores, inclusive campesinos medios con unidades familiares, tienen o tenían que, en las paltas o maduras de la cosecha, dedicarse a la siembra o bien al corte. Solamente en el caso del algodón, habían más de 250 mil trabajadores agrícolas en el momento maduro. En el caso del café se requieren como 150 mil hombres en el periodo

* "La reforma agraria en marcha: el programa sandinista para los campesinos de Nicaragua", *Perspectiva Mundial*, vol. 3, n. 16, 3 de septiembre de 1979.

también alto. En el caso del azúcar como unos 15 mil trabajadores. O sea todo esto es una masa proletaria, pero una masa proletaria estacional, flotante.

Entonces, ¿qué es lo que había ocurrido? Que la práctica capitalista de explotación extensiva, y al mismo tiempo las prácticas extensivas ociosas de la vieja oligarquía, fueron desplazando a los pequeños productores, a los pequeños campesinos. Y en el caso, por ejemplo, de la producción capitalista de Chinandega tenemos que casi toda la tierra está cubierta por haciendas azucareras, algodonerías o por producción de banana, y la masa campesina ha sido desplazada de su tierra. Tiene vidas miserables en el medio del campo, o sea ese fenómeno que hay en las ciudades, de marginalidad, de barrios marginales. Eso se da en el campo. Eso es increíble, vos te encontrás con vidas marginales en el campo, como que si alguien los hubiera desplazado hacia fuera de la ciudad digamos, pero no, eso es un fenómeno distinto, es una reducción, un ahogamiento por la tierra.

En el caso de las ciudades se ha dado un fenómeno contrario. Algunos de los campesinos que han sido desplazados se ubican en las ciudades, en la periferia, y hacen los barrios marginales. Otros campesinos del sector de Chinandega estaban casi en el mar, o sea los van desplazando hasta casi echarlos al mar, viviendo de la pesca.

—¿Cuáles medidas están ustedes tomando para resolver este terrible problema?

—Aquí en Nicaragua nosotros tenemos distintos tipos de situación agrícola. Tenemos a los campesinos pobres de los departamentos del norte, donde no hay caminos, no hay infraestructura y la tierra, a pesar de que no es una necesidad urgente, a pesar de que hay cierta disponibilidad de tierra, esas tierras son improductivas. Allí nosotros queremos hacer un programa de ensanchamiento del área territorial de los campesinos combinada con asistencia técnica y de trabajo de infraestructura.

Por otro lado, aquí en el sector del Valle de Managua, Masaya y Carazo, donde tenemos la vieja comunidad indígena y campesina, que fue siendo ahogada también por la distensión latifundaria, tenemos unifundismo productor de granos pero bastante fuerte, bastante numeroso, una capa fuerte de unifundismo en el centro del país. Entonces nosotros queremos resolver allí el problema de la tierra entregando tierra a los campesinos. Tanto en el norte como en el caso de aquí vamos a entregar tierras.

Pero en otros sectores, por ejemplo en el caso de León, de Chinandega, de Rivas, nosotros no queremos entregar tierras. No vamos a hacer otra cosa que construir grandes empresas estatales que sean al mismo tiempo la base de impulso del desarrollo económico y social de la zona, y una base para la profundización de este proceso. O sea que queremos en algunos de los casos resolver el problema del campesino pobre sin tierras, con tierras; en otros casos vamos a resolver el problema del trabajador agrícola incorporándolo a la producción y dándole trabajo estable durante todo el

año y grandes beneficios sociales y económicos. Y en el caso en el que encontramos sistemas de producción con resabio indígena, vamos a entregarle al indígena la tierra, pero no como para productor individual sino como para la colectividad indígena. Una cantidad suficiente para que ellos puedan desarrollar su vida y su producción.

—¿Qué tipo de administración está planeada para este tipo de grandes empresas estatales?

—Yo te decía antes del problema de desarrollo económico y social. Nosotros vamos allí a establecer unas grandes empresas, una sociedad de producción en la que los trabajadores van a participar en la gestión y en las decisiones fundamentales de la empresa. Pero también una buena parte del producto de cada empresa se va a integrar al desarrollo social, educación, salud, vivienda, etcétera, de esos trabajadores y de toda la región.

Por ejemplo en el caso de Rivas, allí tenemos un gran ingenio que se llama Dolores. Es un ingenio que tiene una gran producción. Con la producción de ese ingenio, probablemente nosotros vamos a resolver la carencia de hospitales en todo el departamento de Rivas. Y eso los trabajadores lo tienen que saber. Esa es la conciencia que nosotros le queremos infundir al trabajador. Que sepan que fueron ellos con su producción los que le han resuelto el problema hospitalario a todo el departamento de Rivas, a pesar de que también nosotros a ellos, a esos trabajadores, los vamos a dotar de vivienda, los vamos a dotar de programas de educación, de programas de alfabetización, y al mismo tiempo los vamos a incorporar socialmente como hombres a la producción y a las decisiones, de la empresa y de toda la sociedad.

—Hubo un artículo en Barricada de unos días atrás que reportó que unos campesinos, creo que en León, demandaban armas para defender su nueva situación. ¿Se está estimulando este proceso de milicias campesinas?

—Sí. De hecho, ya hay milicias campesinas, se forjaron durante la guerra. Dentro de nuestro ejército hay una buena composición del campesinado.

—Otra pregunta, relacionada con el papel de los campesinos en la lucha contra Somoza, en la insurrección.

—Mira, el campesinado desde hace muchos años participa directamente en la lucha por la democracia y por la libertad, por el progreso en Nicaragua.

Esto viene desde los tiempos del general Sandino. Los campesinos fueron la fuerza numérica más importante de esa lucha de liberación nacional. Pero en esta nueva etapa también, los primeros núcleos del Frente Sandinista crecen en las montañas bajo el apoyo del campesino, y el campesinado ha sido aquí la capa social más golpeada por la represión.

Basta recordar como un ejemplo, porque hay muchos más, basta recordar la represión brutal, la escalada represiva que lanzó Somoza en el año 75-76 y 77 contra los campesinos en el norte. Hubo poblaciones como

el Barial, Sofana, Boca de Lulu, todo eso que fue totalmente desbaratada. Barial dejó de existir. Fueron miles de campesinos los sacrificados por las bandas somocistas. Y sin embargo el campesinado estuvo siempre en una actividad combativa y patriótica.

Entonces nosotros tenemos un gran compromiso con el campesino. Además, el campesino es promotor de esta revolución y él es el primer beneficiado de esta revolución. Y claro, también tendrá que trabajar por consolidar su revolución.

EGP DE GUATEMALA, *La revolución y los indígenas**

A fines de los años sesenta concluyó con la derrota un largo periodo de lucha guerrillera en Guatemala, con la destrucción de las principales columnas de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y del MR-13 (Movimiento Revolucionario 13 de junio) y la muerte de sus principales dirigentes (Turcios Lima, Yon Sosa). En 1973, algunos sobrevivientes de estos dos grupos se unen para constituir el EGP, Ejército Guerrillero de los Pobres, que se transforma en pocos años en la principal organización revolucionaria del país. Progresivamente surgen otros grupos político-militares; las FAR reconstituidas y la ORPA (Organización Revolucionaria del Pueblo Armado); las tres organizaciones armadas han recientemente constituido una Coordinación Unitaria, que incluye también a la izquierda del PGT (Partido Guatemalteco del Trabajo: el partido comunista tradicional). Paralelamente se ha desarrollado un proceso de movilización popular, bajo la dirección del CENUS (Consejo Nacional de Unidad Sindical) y del Frente Democrático contra la Represión, en el cual están organizados los principales sindicatos obreros, asociaciones campesinas, de maestros, estudiantes, etcétera; el Frente Democrático se solidariza con los objetivos por los que luchan las organizaciones político-militares.

Publicamos aquí unos pasajes del Manifiesto del EGP de octubre de 1979, que se refieren a la cuestión indígena en Guatemala. Ya en los años sesenta un dirigente de las FAR, Ricardo Ramírez, en su importante libro Cartas del frente guatemalteco, había subrayado la importancia de los indígenas para el proceso revolucionario. El EGP retoma esta temática y señala la necesidad de una solución socialista-revolucionaria al problema.

* EGP de Guatemala, *Manifiesto Internacional*, octubre de 1979, pp. 27-29, 35-36.

Con todo y lo que hay en común estructural y geopolíticamente con los países centroamericanos, Guatemala tiene una peculiaridad que la distingue del resto. Un factor que sin determinar cambios esenciales en la dinámica del proceso social, de lucha de clases y de lucha revolucionaria, introduce un elemento distintivo, que es a la vez una necesidad adicional de transformación revolucionaria en nuestro país.

Se trata del problema nacional-étnico. En Guatemala la mayoría de la población, el 60% de su totalidad, pertenece a 22 grupos minorías étnicas, indígenas que en conjunto constituyen la mayoría de los guatemaltecos, la mayoría de los dueños de la Patria.

Este 60 por ciento de los guatemaltecos ha permanecido marginado, discriminado y oprimido desde el tiempo de la colonia a los días presentes. En ellos se sintetiza el máximo de la opresión y el máximo de la explotación, pues también son ellos los que aportan la mayor parte de la mano de obra barata y forman la mayor proporción del semiproletariado.

En algunas regiones han sido relegados a los lugares más alejados, inhóspitos y pobres, de tal manera que a ellos no llegan ni las ventajas ni las desventajas de los servicios, del poder estatal, y de las instituciones de las clases dominantes. También son grandes los problemas de comunicación, de contacto y de intercambio, económico, social y cultural.

En estas condiciones no es dable hablar en Guatemala, de la existencia de una nacionalidad integrada. Los opresores de los indígenas guatemaltecos, los de antes y los de ahora, creyeron erróneamente que la servidumbre, la explotación o la marginación, quebrantarían el espíritu de resistencia de los pueblos maya-quiché y que sus rasgos sociales y culturales desaparecerían con el tiempo y serían finalmente absorbidos y digeridos por el sistema. Profundo y fatal error; esas condiciones han acumulado y fortalecido los factores de identidad propia de los pueblos indígenas, y la acumulación de su sorda rebeldía ha venido aumentando, de tal manera que ahora su magnitud no sólo ya no puede ser ignorada, como factor cataclítico, sino que se ha convertido, además, en un elemento decisivo para el futuro de nuestro país.

Las minorías étnicas guatemaltecas no pueden dirigir y construir libremente su desarrollo cultural, no pueden gozar de su legítimo derecho a participar en la conducción de la Patria y de participar en la configuración de su fisonomía social y cultural, en un país donde el sistema de producción y el desarrollo está determinado por las leyes de la explotación de clases y de la opresión de razas y culturas.

Por estas razones ningún cambio parcial que se opere en la sociedad guatemalteca, o en su régimen, eliminará estas diferencias que hacen de la mayoría de la población guatemalteca una masa subyugada. La historia ha comprobado que el capitalismo no puede resolver estos problemas,

porque su propia dinámica de dominación de clases lo conduce a incorporar a sus mecanismos la opresión nacional. La liberación verdadera y total de los grupos nacionales y oprimidos es imposible de llevar a cabo en el cuadro de una sociedad dividida en clases, explotadoras y explotadas.

Sólo en el socialismo, que elimina las fronteras de la explotación y de la división de clases, podrán los indígenas guatemaltecos formar parte de la comunidad nacional y cultural sin perder su identidad, pues entonces el factor que cohesione las partes componentes de la nacionalidad guatemalteca será un interés común, y no el dominio de unos sobre otros. La comunidad de los guatemaltecos no estará determinada por el sometimiento de todos a un mismo destino desigual, sino estará determinada por la convivencia común de un mismo destino conjunto, en una mecánica de recíproca comunicación, interacción e interinfluencia. Sólo en estas condiciones podremos hablar de la nación guatemalteca. Y este imperativo social constituye, junto con la lucha de clases, el impulso esencial de la revolución guatemalteca. [...]

- No podrá haber en Guatemala un triunfo revolucionario si éste no logra transformaciones en las estructuras y en las instituciones que reflejen básicamente las necesidades y los intereses concretos e históricos de la clase obrera y los demás sectores populares de Guatemala.

- No podrá haber triunfo revolucionario en Guatemala si éste no conlleva la desaparición de la opresión étnico-cultural, la incorporación de los pueblos indígenas a la plenitud de los derechos económicos, políticos y sociales, y a la constitución de un marco de convivencia nacional sin desigualdades, común y conjunto con la población mestiza.

- El desenvolvimiento histórico y económico-social de nuestro país, la conjunción de factores arcaicos y modernos, en el marco de la actual coyuntura mundial, determinan un entrelazamiento de las tareas revolucionarias, democráticas y socialistas, imposible de deslindar y de desligar como conjunto. La revolución guatemalteca deberá abordar esa problemática global. De esto deriva su contenido.

- La ubicación geopolítica de Guatemala y el actual grado de desarrollo del campo socialista, explica y determina que el triunfo revolucionario en Guatemala abra una fase de obligada transición, entre un sistema y otro, del capitalismo al socialismo, que persistirá en tanto que el socialismo, como sistema global, no logre una correlación de fuerzas decisiva en su favor.

- La liquidación del status de país dependiente del imperialismo y la instauración de un poder popular revolucionario constituyen las bases iniciales de ese periodo de transición.

COORDINADORA REVOLUCIONARIA DE MASAS DE EL SALVADOR,
*Programa del Gobierno Democrático Revolucionario**

En los años 1979-80 conoce El Salvador una intensificación y agudización de los enfrentamientos de clase; el cambio del régimen militar del general Romero por una Junta Civico-Militar en el golpe de Estado del 15 de octubre de 1979 no ha modificado la situación de crisis prerrevolucionaria. A principios de 1980 se produce un acercamiento entre las principales organizaciones populares: los tres grupos guerrilleros (EPL Farabundo Martí, Resistencia Nacional, ERP) y el Partido Comunista de El Salvador. En febrero del mismo año se produce un acuerdo entre los frentes de masas vinculados a esas organizaciones, frentes que reúnen a los principales sindicatos y asociaciones obreras, campesinas, estudiantiles, etcétera, el BPR, el FAPU, las LP-28 y la UDN. De ese acuerdo nace la Coordinadora Revolucionaria de Masas, de cuyo Programa publicamos aquí los extractos más significativos. Se trata de un programa que plantea, implícitamente, una dinámica de ruptura con el Estado burgués y su aparato militar, y de liquidación del capitalismo.

Las estructuras económicas y sociales de nuestro país, que han garantizado el enriquecimiento desmesurado de una minoría oligárquica y la explotación de nuestro Pueblo por el imperialismo yanqui se encuentra en una crisis profunda e insalvable.

También se encuentra en crisis la dictadura militar, todo el ordenamiento jurídico y la ideología que han defendido y defienden los intereses oligárquicos e imperialistas norteamericanos, oprimiendo y sometiendo al Pueblo Salvadoreño por medio siglo. Las filas de esas clases dominantes se han agrietado y los intentos fascistas y reformistas para superar la crisis han fracasado, víctimas de sus propias contradicciones y golpeados por la decidida y heroica acción del movimiento popular. Este fracaso no ha podido ser impedido ni siquiera por la cada vez más descarada intervención norteamericana en respaldo de esos proyectos antipopulares.

El fiel apego de las organizaciones revolucionarias a los intereses y aspiraciones del Pueblo Salvadoreño, ha permitido que, de manera indisculpable, se fortalezcan y ahonden sus raíces entre las grandes mayorías trabajadoras y las capas medias. El movimiento revolucionario por su arraigo popular, es ahora indestructible y constituye la única alternativa para el Pueblo Salvadoreño, que no podrá ser detenido ni desviado en su lucha por conquistar una Patria Libre en la que se realicen sus anhelos vitales.

La crisis económica y política de las clases dominantes, por un lado, y

* *Plataforma programática del Gobierno Democrático Revolucionario.* El Salvador, febrero de 1980, en *Combate*, Suecia, n. 55-56, marzo-abril de 1980, pp. 5-7.

por otro, la pujanza del movimiento popular, constituido en la fuerza política decisiva de nuestro país, han originado un proceso revolucionario y condiciones para que el Pueblo asuma el poder.

La transformación revolucionaria de nuestra sociedad, sometida hasta ahora a la injusticia, el entreguismo y el pillaje, es hoy una realidad posible y próxima. Sólo mediante ella conquistará y asegurará nuestro pueblo las libertades y derechos democráticos que le han sido negados. Únicamente la revolución solucionará el problema agrario, generando en beneficio de las masas campesinas y de los asalariados agrícolas condiciones materiales y espirituales de vida favorables a la inmensa mayoría de nuestra población, sumida hoy en la miseria, el atraso cultural y la marginalidad. Será la revolución la que conquiste la verdadera independencia política de nuestro país, dándole al Pueblo Salvadoreño el derecho de determinar libremente su destino y de alcanzar la independencia económica real.

Esta revolución es por ello, popular, democrática, antioligárquica y busca conquistar la efectiva y verdadera independencia nacional. Sólo la victoria revolucionaria detendrá la criminal represión y hará posible que el pueblo conquiste la paz de que hoy no goza; una paz sólida, basada en la libertad, la justicia social y la independencia nacional.

Esta revolución que está en marcha no es —ni podrá ser— la obra de un grupo de conspiradores; por el contrario, es el fruto de la lucha de todo el pueblo, es decir, de los obreros, de los campesinos, las capas medias en general y todos los sectores y personas honestamente democráticas y patrióticas.

Las filas más conscientes y organizadas del pueblo salvadoreño, que ya son multitudinarias, combaten ahora cada vez más ensanchadas y unidas. Por su disposición combativa, su grado de conciencia, temple y organización y su espíritu de sacrificio en aras del triunfo popular, la alianza de los obreros y campesinos ha confirmado ser el más firme puntal para garantizar la consecuencia y firmeza del movimiento hacia la liberación, en el cual se unen —como expresión de la unidad de todo el pueblo— las fuerzas revolucionarias y las fuerzas democráticas, los dos grandes torrentes engendrados por la larga lucha librada por el pueblo salvadoreño.

La tarea decisiva de la revolución de la cual depende el cumplimiento de todas las tareas y objetivos *es la conquista del poder y la instauración de un Gobierno Democrático Revolucionario que emprenda, a la cabeza del pueblo, la construcción de una nueva sociedad.*

TAREAS Y OBJETIVOS DE LA REVOLUCIÓN

Las tareas y objetivos de la revolución en El Salvador son los siguientes:

1. Derrocar la dictadura militar reaccionaria de la oligarquía y el imperialismo yanqui, impuesta y sostenida contra la voluntad del pueblo sal-

vadorense desde hace cincuenta años; destruir su criminal maquinaria político-militar y establecer el *Gobierno Democrático Revolucionario*, fundamentado en la unidad de las fuerzas revolucionarias y democráticas, en el Ejército Popular y en el pueblo salvadoreño.

2. Poner fin al poder y dominio político, económico y social en general, de los grandes señores del capital y de la tierra.

3. Liquidar definitivamente la dependencia económica política y militar de nuestro país respecto al imperialismo yanqui.

4. Asegurar los derechos y libertades democráticos para todo el Pueblo, particularmente para las masas trabajadoras, que son quienes menos los han disfrutado.

5. Traspasar al pueblo, mediante la nacionalización y la creación de empresas colectivas y asociativas, los medios de producción y distribución fundamentales, ahora acaparados por la oligarquía y los monopolios estadounidenses: la tierra en poder de los grandes terratenientes, las empresas productoras y distribuidoras de electricidad, la refinación de petróleo, las empresas industriales, comerciales y de servicios monopolísticas, el comercio exterior, la banca, las grandes empresas del transporte. Todo ello sin afectar a los pequeños y medianos empresarios privados, a los cuales se dará estímulo y apoyo, en todo sentido, en las diversas ramas de la economía nacional.

6. Elevar el nivel material y cultural de vida de la población.

7. Crear el nuevo Ejército de nuestro país, que surgirá fundamentalmente en base del Ejército Popular construido en el curso del proceso revolucionario, al cual podrán incorporarse aquellos elementos sanos, patrióticos y dignos que pertenecen al ejército actual.

8. Impulsar la organización popular en todos los niveles, sectores y formas, para garantizar su incorporación activa, creadora y democrática al proceso revolucionario y conseguir la más estrecha identificación entre el Pueblo y su Gobierno.

9. Orientar la política exterior y las relaciones internacionales de nuestro país por los principios de la independencia y la autodeterminación, la solidaridad, la convivencia pacífica, la igualdad de derechos y el respeto mutuo entre los Estados.

10. Con todo ello, asegurar en nuestro país la paz, la libertad, el bienestar del pueblo y el sucesivo progreso social. [...]

Es opinión unánime de las fuerzas populares y democráticas, que sólo con la realización de las medidas contenidas en esta plataforma se podrá resolver la profunda crisis estructural y política de nuestro país, en beneficio del pueblo salvadoreño.

Únicamente la oligarquía, el imperialismo norteamericano y quienes sirven a sus intereses antipatrióticos, se oponen y conspiran contra estos cambios. A partir del 15 de octubre de 1979, diversos partidos y sectores, vanamente han intentado, desde el gobierno, llevar a la práctica gran parte

de las medidas que proponemos, sin derrotar primero al viejo poder reaccionario y represivo y sin instaurar un poder verdaderamente revolucionario y popular. Esta experiencia confirmó con toda claridad, que esta obra transformadora sólo puede realizarla el movimiento revolucionario unido, en alianza con todas las fuerzas democráticas.

La hora de esta histórica victoria liberadora, por la que el pueblo salvadoreño ha luchado y derramado heroicamente tanta sangre suya, está llegando. Nada ni nadie podrá impedirlo.

¡¡ Por la unidad de las fuerzas revolucionarias y democráticas!!

¡¡ Hacia la conquista del gobierno democrático revolucionario!!

Coordinadora Revolucionaria de Masas

Por la Dirección Ejecutiva del Bloque Popular Revolucionario —BPR—

Juan Chacón, Secretario General

Julio Flores, Secretario de Organización

Por el Comité Coordinador Nacional CCN del FAPU

Héctor Recinos, José Napoleón Rodríguez Ruiz

Por la Comisión Política Nacional de las Ligas Populares 28 de Febrero

Leoncio Pichente

Por el Comité Coordinador Nacional de la Unión Democrática Nacionalista UDN

Manuel Franco.

San Salvador, El Salvador C. A. 23 de febrero de 1980.

TEODORO PETKOFF, *Socialismo para Venezuela**

La invasión de Checoslovaquia por la URSS en 1968 provoca en Europa un distanciamiento entre los partidos comunistas (Italia, España, Inglaterra, Francia, etcétera) y la dirección soviética. En América Latina uno de los pocos partidos que entra en una crisis de ese tipo es el venezolano, con el resultado de la ruptura de una gran parte de dirigentes y militantes con la URSS y la constitución de un partido independiente, el MAS (Movimiento al Socialismo) en 1971.

El libro de Teodoro Petkoff, uno de los dirigentes más conocidos del PCV, fue publicado poco antes de esta escisión en julio de 1970; los fragmentos que publicamos constituyen una vigorosa autocrítica de la política tradicional del partido y un intento de análisis marxista del problema, controvertido y crucial, de la burguesía llamada nacional.

La discusión sobre el carácter de la revolución se torna tan complicada porque un planteamiento como el que venimos haciendo embiste contra uno de los mitos sacrosantos de nuestras concepciones teóricas: la existencia de la burguesía nacional.

Desde hace varias décadas se maneja en América Latina, por parte de los partidos comunistas, la noción de que la lucha por la liberación nacional puede contar con la participación de una parte de las burguesías latinoamericanas, a la cual se ha bautizado con el equívoco nombre de *burguesía nacional*. De acuerdo a los postulados del esquema tradicional, se presume que una cierta porción de la burguesía venezolana —para hablar de nuestro caso— nacida sin conexión directa con el imperialismo, sometida a la presión tremenda de la competencia de los productos importados y acogotada por la tenaza de la economía imperialista y el gran capitalismo criollo, posee una potencialidad antimperialista que la haría capaz de colaborar en un gran frente de clases por la liberación nacional. En consecuencia, la política de nuestro partido se ha orientado —en lo que lleva de vida adulta, es decir, a partir de los años 40— a la construcción de esa alianza con la burguesía nacional. A tal efecto, el programa del partido hace importantes concesiones a esta burguesía “nacional”, incluyendo una

* Teodoro Petkoff, *Socialismo para Venezuela*, ed. Fuentes, Caracas, 1972, pp. 89-90, 96-99.

fundamental: plantear los objetivos de la transformación revolucionaria del país a nivel democrático-burgués y ofrece una perspectiva de *desarrollo* del capitalismo “nacional” una vez rota la dominación imperialista y ensanchado el mercado interno mediante la reforma agraria. La tesis de una revolución agraria y antimperialista no es sino la condensación de toda esta política dirigida hacia la burguesía “nacional”.

Y es precisamente ella la que constituye uno de los fundamentos “teóricos” básicos de la política derechista practicada por la dirección del partido durante algunos periodos, entre otros el crucial de 1958, después del derrocamiento de Pérez Jiménez. Aunque de palabra siempre reivindicamos la “hegemonía del proletariado” en esa supuesta alianza, en la práctica —dada nuestra debilidad ideológica más que de masas— el desarrollo de la política siempre coloca al partido a remolque de la burguesía —sobre todo de la *no* nacional, que como es natural, subyuga a la “nacional”. Sobre esto volveremos más adelante, al examinar la cuestión de las etapas en la revolución. [...]

Esa burguesía “nacional” comprende perfectamente que su sobrevivencia como clase explotadora, esto es, como sector de la sociedad que finca su riqueza en la explotación del trabajo asalariado, está indisolublemente asociada a la sobrevivencia del status neocolonial y a la vigencia político-económica del complejo imperialista-capitalista oligárquico.

Cualquiera que sea el grado de los conflictos que episódicamente oponen la burguesía “nacional” al complejo de la dependencia, ellos nunca suponen, en las soluciones que se sugieren para resolverlos, la subversión del pacto neocolonial, la modificación del *statu quo*. Lo supervivencia de éste constituye la premisa inalterable que permite y facilita todas las “audacias” nacionalistas que en ocasiones expresan algunos portavoces de esa burguesía.

Del mismo modo, la burguesía “nacional” comprende perfectamente que su sobrevivencia como sector social dominante —así sea en condición de socio menor, pero socio al fin— está inseparablemente ligada a la existencia del actual Estado venezolano. Puede luchar por mejorar sus posiciones en él, pero jamás se plantea romper su estructura neocolonial.

Y lo más grave es que la *tendencia* en el desarrollo de la conciencia de la burguesía “nacional” no es precisamente hacia el nacionalismo sino hacia la acelerada desnacionalización. Esta clase social, como toda la burguesía, es muy sensible a la acción de los medios de comunicación que continuamente cantan las excelencias del imperialismo y del capitalismo. La presencia americana, su gigantesca capacidad para impresionar las mentes de quienes por su propia situación social son sensibles a los argumentos del capitalismo; la amenaza revolucionaria mundial; el ejemplo cubano, donde resulta palpable que la ruptura de la dependencia entraña inevitablemente la liquidación del capitalismo; en fin, la acción del imperialismo

sobre la conciencia —ese factor subjetivo que está muy lejos de ser un mero reflejo de lo objetivo y que con temible facilidad puede ser transformado en *falsa conciencia*— trabaja en pro de acentuar la desnacionalización de la burguesía “nacional”.

En definitiva, la llamada burguesía nacional no posee esa potencialidad *revolucionaria* —tesis del III Congreso— o *neutralizable* —versión alterna de la misma tesis— que tan infatigablemente venimos atribuyéndole. Es un sector social contradictorio, que en ciertos periodos, en los cuales el movimiento popular no amenaza los intereses del orden constituido, se permite ciertos “atrevimientos”, pero que ubicado ante la disyuntiva de optar entre la alteración del *status* y el mantenimiento de éste, siempre se colocará —como ya lo ha hecho— contra el movimiento revolucionario.

Los conflictos que esta capa expresa con relación al imperialismo son —y deben ser— estimulados y apoyados porque los revolucionarios no pueden eximirse de hacerlo ante ninguna manifestación nacionalista, sea cual fuere el sector que la promueva, y porque tal cosa ayuda a robustecer la conciencia nacionalista del pueblo venezolano. Se trata de conflictos que tácticamente hablando no deben ser menospreciados. Pero, viendo la cosa estratégicamente, es decir, desde el punto de vista del programa general del partido para todo un periodo histórico, desde el ángulo de las alianzas históricas *para la revolución* y no para un cambio político cualquiera, no es posible continuar otorgando a esos conflictos una potencialidad subversiva, que expresamente la burguesía “nacional” rechaza, ni seguir viendo en ella cualidades y virtudes ya sea revolucionarias, ya sea de “aliado no importa cuán pequeño y débil” o de “sector posible de neutralizar”.

Y es que el esfuerzo de ganar ese sector, o de neutralizarlo, supone un determinado contenido de nuestro programa y de nuestra línea política general, destinado a efectuar las concesiones necesarias para lograr tal fin. Estas pueden rebajar el contenido revolucionario del programa, mistificar la naturaleza socialista del cambio revolucionario que promovemos, mantener las ilusiones democrático-burguesas y estimular las tendencias derechizantes acerca de un posible desarrollo independiente del país por vía capitalista... siempre que se rompa la dominación imperialista —pero sin asociar esta ruptura a todo un replanteamiento revolucionario del esquema social y económico del país, que bloquee el crecimiento del capitalismo y abra vía al desarrollo socialista. Y lo más grave es que aquella concepción repercute sobre la política del partido y contribuye a su alejamiento de las masas.

Rebajar el contenido revolucionario de nuestro programa y nuestra acción significa limitar nuestras posibilidades de ganar firmemente a aquellos sectores sociales que constituyen las fuerzas de clase principales sobre las cuales debe apoyarse el proceso revolucionario. La persecución tenaz de esa “gran alianza” con la burguesía nacional —que nunca hemos podido

materializar en ninguna clase de frente o acción concreta, por otra parte sea dicho— podría ser una de las cosas que está en el fondo de nuestra escasa capacidad de atracción sobre la clase obrera y otros sectores trabajadores y pobres. Tratando de “no asustar” a la burguesía “nacional”, de “abrirle perspectivas”, de “neutralizarla”, ocultamos tanto la naturaleza revolucionaria de nuestro movimiento, disminuimos tanto su contenido socialista, que dejamos completamente librados a la influencia de la ideología neocolonial a aquellos sectores populares que pretendemos ganar para nuestra causa. Hasta el momento la “operación burguesía nacional” no nos ha permitido ganar ni a esa burguesía... ni a la clase obrera.

SALVADOR ALLENDE, *La vía chilena hacia el socialismo**

El Partido Socialista de Chile ha tomado muchas veces posiciones más radicales y ha conocido una mayor influencia de la revolución cubana en sus filas que el Partido Comunista.

Este discurso de Salvador Allende, dirigente histórico del PS chileno, presidente de Chile bajo la Unidad Popular, asesinado por los militares golpistas en septiembre del 1973, es más bien característico de los sectores moderados del partido. Tiene a la vez planteamientos realmente radicales en cuanto a la transformación socialista de la sociedad e ilusiones sobre la posibilidad de un camino pacífico y constitucional hacia el socialismo en Chile. Es un testimonio de la generosidad y de los límites de un hombre comprometido con su pueblo y que murió con el arma en la mano luchando por sus ideales.

LA SUPERACIÓN DEL CAPITALISMO EN CHILE

Las circunstancias de Rusia en el año 17 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante.

La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia contemporánea. Allí se llegó a pensar que la Europa atrasada podría encontrarse delante de la Europa avanzada, que la primera revolución socialista no se daría, necesariamente, en las entrañas de las potencias industriales. Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado.

Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con grandes masas de población pueden, en periodos relativamente breves, romper con el atraso y po-

* Salvador Allende, “La vía chilena hacia el socialismo” (Mensaje al Congreso, 21 de mayo de 1971), *La vía chilena hacia el socialismo*, ed. Fundamentos, Madrid, 1971, pp. 28-32.

nerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elocuentes por sí mismos.

Como Rusia entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de constituir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista.

Sin embargo, una vez más, la historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista.

Este desafío despierta vivo interés más allá de las fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora la historia empieza a dar un nuevo giro, en la medida que estemos los chilenos conscientes de la empresa. Algunos entre nosotros, los menos quizás, sólo ven las enormes dificultades de la tarea. Otros, los más, buscamos la posibilidad de enfrentarla con éxito. Por mi parte, estoy seguro que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario.

Los escépticos y los catastrofistas dirán que no es posible. Dirán que un Parlamento que tan bien sirvió a las clases dominantes es incapaz de transfigurarse para llegar a ser el Parlamento del Pueblo chileno.

Aún más, enfáticamente han dicho que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil. Para decirlo en los propios términos del general Schneider, en las Fuerzas Armadas, como "parte integrante y representativa de la Nación y como estructura del Estado, lo permanente y lo temporal organizan y contrapesan los cambios periódicos que rigen su vida política dentro de un régimen legal".

Por mi parte declaro, Señores Miembros del Congreso Nacional, que fundándose esta Institución en el voto popular, nada en su naturaleza misma le impide renovarse para convertirse de hecho en el Parlamento del Pueblo. Y afirmo que las Fuerzas Armadas chilenas y el Cuerpo de Carabineros, guardando fidelidad a su deber y a su tradición de no interferir en el proceso político, serán el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad popular expresada en los términos que la Constitución establezca. Una ordenación más justa, más humana y más gene-

rosa para todos pero esencialmente para los trabajadores que hasta hoy dieron tanto sin recibir casi nada.

Las dificultades que enfrentamos no se sitúan en ese campo. Residen realmente en la extraordinaria complejidad de las tareas que nos esperan: institucionalizar la vía política hacia el socialismo, y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo, romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de prever a la prosperidad colectiva.

Las causas del atraso estuvieron —y están todavía— en el maridaje de las clases dominantes tradicionales con la subordinación externa y con la explotación clasista interna. Ellas se lucraban con la asociación a intereses extranjeros, y con la apropiación de los excedentes producidos por los trabajadores, no dejando a éstos sino un mínimo indispensable para reponer su capacidad laboral.

Nuestra primera tarea es deshacer esta estructura constricta, que sólo genera un crecimiento deformado. Pero simultáneamente es preciso edificar la nueva economía, de modo que suceda a la otra sin solución de continuidad, edificarla conservando al máximo la capacidad productiva y técnica que conseguiremos pese a las vicisitudes del subdesarrollo, edificarla sin crisis artificialmente elaboradas por los que verán proscritos sus arcaicos privilegios.

Más allá de estas cuestiones básicas se plantea una que desafía a nuestro tiempo como su interrogante esencial: ¿Cómo devolver al hombre, sobre todo al joven, un sentido de misión que le infunda una nueva alegría de vivir y que confiera dignidad a su existencia? No hay otro camino sino apasionarse en el esfuerzo generoso de realizar grandes tareas impersonales, como autosuperación de la propia condición humana, hasta hoy envilecida por la división entre privilegiados y desposeídos.

Nadie puede imaginar hoy soluciones para los tiempos lejanos del futuro, cuando todos los pueblos habrán alcanzado la abundancia y la satisfacción de sus necesidades materiales y heredado, al mismo tiempo, el patrimonio cultural de la humanidad. Pero aquí y ahora, en Chile y en América Latina, tenemos la posibilidad y el deber de desencadenar las energías creadoras particularmente de la juventud, para misiones que nos conmuevan más que cualquier otra empresa del pasado.

Tal es la esperanza de construir un mundo que supere la división entre ricos y pobres. Y en nuestro caso, edificar una sociedad en la que se proscriba la guerra de unos contra otros en la competencia económica; en la que no tengan sentido la lucha por privilegios profesionales; ni la indiferencia hacia el destino ajeno que convierte a los poderosos en extorsión de los débiles.

Pocas veces los hombres necesitaron tanto como ahora de fe en sí mis-

mos y en su capacidad de rehacer el mundo, de renovar la vida.

Es éste un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales de realizar las utopías más generosas del pasado. Sólo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta herencia. Sólo así se podrá convocar a los hombres y reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Éste es el ideal socialista.

IV. LOS PARTIDOS COMUNISTAS

RODNEY ARISMENDI, *Una revolución continental**

Secretario general del Partido Comunista Uruguayo, ex diputado, autor de varias obras políticas y filosóficas (por ejemplo, La justicia soviética defiende al mundo. Los procesos de Moscú, Montevideo, 1938, La filosofía del marxismo y el señor Haya de la Torre, Montevideo, 1946, Los intelectuales y el Partido Comunista, Montevideo, 1948), Rodney Arismendi es seguramente uno de los representantes más inteligentes y más cultos de la corriente marxista prosoviética.

Contrariamente a otros dirigentes comunistas (argentinos y brasileños por ejemplo) Arismendi colabora con la dirección cubana y desempeña un papel importante como "conciliador" entre el castrismo y los partidos comunistas en la conferencia de la OLAS.

Las páginas adjuntas están tomadas de un artículo del año 1961, publicado por la revista soviética Kommunist, que trata de incorporar la experiencia cubana y sus consecuencias en el marco de la doctrina tradicional de los partidos comunistas latinoamericanos.

EL MÉTODO REVOLUCIONARIO VERIFICA SU APTITUD PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS CANDENTES DE AMÉRICA LATINA

El segundo elemento a tener en cuenta en toda estimación de la incidencia de la revolución cubana en el proceso latinoamericano, consiste en que ésta llevó a cabo, por primera vez y de un modo radical, las tareas fundamentales ya maduras que el desarrollo social promueve ante la revolución continental y ante cada pueblo en particular. Hasta entonces, las luchas de los pueblos latinoamericanos, no habían logrado batir el yugo imperialista y el dominio de los grandes terratenientes y grandes capitalistas.¹

Las revoluciones democrático-burguesas iniciadas en algunos países —en la época del imperialismo, la revolución mexicana, y luego de la segunda

* Rodney Arismendi, *Problemas de una revolución continental*, ed. Pueblos Unidos, Montevideo, s.f., pp. 20-22, 50-54.

¹ La guerra de independencia —1810-1830— que liberó las colonias iberoamericanas de la dominación de España y Portugal, logró la independencia política, pero en general dejó en pie los problemas fundamentales de la revolución democrático-burguesa.

guerra mundial, la revolución boliviana— quedaron a mitad del camino como un testimonio más del carácter contradictorio y dual de la burguesía nacional y de su incapacidad orgánica para conducir en América Latina, de un modo profundo, la lucha democrática de liberación nacional.

La revolución cubana, por el contrario, llevó a cabo en un plazo exiguo las tareas democráticas generales y antimperialistas de la revolución, y sentó las premisas materiales para el tránsito a formas sociales más avanzadas.²

Por todo ello, Cuba encarna hoy —como lo proclama con acierto la Declaración de los Partidos Comunistas y Obreros de América Latina reunidos en La Habana en agosto de 1960— *“las aspiraciones patrióticas y democráticas de todos nuestros pueblos cuyas riquezas son esquilmas por el imperialismo yanqui y sus cómplices latifundistas y grandes capitalistas antinacionales y cuyas soberanías están mediatizadas por el dictado norteamericano en materia de política exterior”*.³

Es, en este sentido, una revolución agraria y antimperialista perfectamente definida; pero, como bien lo advirtieran los cubanos, esta revolución, por las fuerzas de clase que la sostienen y por los métodos radicales que emplea... “es una revolución popular avanzada”. “Las clases sociales que están objetivamente interesadas en la realización de estas tareas históricas son los obreros, los campesinos, las capas medias urbanas y la burguesía nacional. Pero las fuerzas motrices de la revolución, las que la impulsan y llevan adelante son principalmente los obreros, los campesinos pobres y los sectores radicales de la pequeña burguesía urbana”.⁴

Esta situación es, sin duda, una peculiaridad de la revolución cubana; sin embargo, ni la particularidad de su curso, ni su carácter avanzado, aminoran la repercusión en toda la revolución latinoamericana, cuyos rit-

² Expropió y nacionalizó compañías imperialistas norteamericanas por valor de mil millones de dólares; expropió y nacionalizó las propiedades de los hombres de la dictadura y enemigos de la revolución; realizó una reforma agraria radical, destruyó el latifundio, repartió la tierra a los campesinos y asalariados rurales y nacionalizó aquellos establecimientos cuya parcelación habría sido antieconómica; inició un amplio plan de desarrollo industrial y de diversificación agrícola con la ayuda generosa del campo socialista; adoptó importantes medidas para el mejoramiento material y cultural de los trabajadores; destruyó el viejo aparato militar y burocrático del Estado e inició la edificación de un nuevo poder revolucionario sostenido por el pueblo en armas, organizado en el ejército rebelde y las milicias obreras y campesinas. En las relaciones internacionales, el nuevo gobierno revolucionario cubano puso en práctica una política exterior independiente y de paz, se transformó en el acusador implacable del imperialismo norteamericano e inició relaciones de amistad con el campo socialista y con todos los pueblos amantes de la paz y adversos al colonialismo.

³ Reproducida por *Estudios*, n. 17, 1960. Revista teórico-política editada por el Comité Ejecutivo del Partido Comunista del Uruguay.

⁴ Blas Roca, “Informe a la VIII Asamblea Nacional del Partido Socialista Popular”, *Estudios*, n. 17, 1960.

mos de desarrollo son bien diversos, pero cuyos problemas esenciales y tareas generales son los mismos. Cuando formulamos esta aseveración, prevenimos, a fuer de cautelosos, que nos estamos refiriendo al contenido de la revolución y a sus experiencias más generales. En ello no hay ningún margen para el extremismo pequeñoburgués, que prescinde de las condiciones objetivas y que toma, como receta única, tal o cual forma particular de lucha empleada por los revolucionarios cubanos.

Sería un error creer que en todo el continente las campanas están anunciando la misma hora; ello podría precipitarnos en un esquematismo impolítico o en el pecado infantilista de quemar las etapas. Empero creemos que, por su sola presencia, la revolución cubana apremia el paso zigzagueante de la historia, pone las heridas en carne viva, sitúa toda la lucha en un plano superior. Sería pues, una miopía imperdonable perder de vista *el cambio cualitativo que la revolución cubana introdujo en la situación general del continente, en la experiencia de las masas, en la definición de las clases y capas sociales y en la lucha entre éstas, en la tensión explosiva de todas las contradicciones*.

Así lo confirma la ola de masas que Cuba ha evocado. Toda la batalla de ideas gira en el último año y medio, en nuestros países, en torno a Cuba o se enlaza directa o indirectamente con el debate suscitado por los actos de su revolución. El imperialismo, los latifundistas y los grandes capitalistas cubren las páginas de la gran prensa y los espacios radiales con la calumnia sistemática contra la revolución cubana. Los obreros, los estudiantes, los campesinos, los intelectuales, los sectores avanzados de la burguesía nacional, en las más diversas y activas formas de lucha, inundan las calles, fábricas y aulas con el soplo ardiente de la solidaridad.

POR QUÉ HABLAMOS DE UNA REVOLUCIÓN CONTINENTAL

Cuando hablamos de un cambio cualitativo en la situación general del continente, pensamos, precisamente, en la unidad esencial de la revolución latinoamericana de nuestra época, y en la revolución cubana como una expresión de ésta, y como un factor que, reactuando sobre ella, pasa a integrarla en calidad de condicionante.

Un mérito de los revolucionarios cubanos es el pensar su revolución en términos continentales. No debe entenderse esto en la acepción provocativa que le atribuyen el imperialismo yanqui y las clases dominantes vendidas que, mientras organizan la invasión a Cuba, acusan al gobierno revolucionario de “exportar la revolución”. ¡La revolución no se exporta ni se importa!

Los libertadores del siglo pasado tenían casi todos conciencia clara del carácter continental de la revolución. “Somos una nación de repúblicas”, decía Simón Bolívar. Desde entonces muchas cosas han cambiado y no po-

demostramos modificar, según nuestros deseos, lo que la historia ha hecho: veinte y más repúblicas si incluimos las islas o regiones de colonización francesa, holandesa, e inglesa, geográficamente situadas en la plataforma continental. Empero, esa diversidad y a veces fragmentación —que Lenin ya advirtiera en sus apuntes sobre el imperialismo— constituye un obstáculo para la comprensión del carácter único y global de la revolución latinoamericana.

Otras veces, la necesidad de luchar contra las utopías pequeñoburguesas que parlotean acerca de una unidad o confederación latinoamericana en el marco de las actuales estructuras, conduce a descuidar un poco la idea activa y no sólo especulativa de la unidad esencial del proceso revolucionario latinoamericano.

Las clases dominantes y hasta los agentes más descarados del imperialismo yanqui, utilizan el nacionalismo para enfrentar unos países a otros y desmenuzar la concepción de un frente común. Así procedió también la diplomacia inglesa en el siglo XIX con los hombres de la Independencia y así procura actuar el imperialismo yanqui en el centro y el sur de América.

Sólo el pensamiento internacionalista del proletariado puede resolver en la práctica los problemas que plantean la unidad y diversidad de la revolución latinoamericana. Por ello creemos que se puede y se debe hablar de una revolución latinoamericana, lo que no invalida la existencia de los caminos, ritmos y tiempos peculiares de una revolución cubana, brasileña, argentina, chilena, etcétera [...]

FILOSOFÍA SOCIAL Y PROGRAMA DE LA GRAN BURGUESÍA CONCILIADORA

La directiva política principal del gobierno norteamericano apunta pues, en primer término, a entroncar con sus intereses, los de las viejas clases dominantes, de latifundistas y grandes burgueses vendidos. No obstante, debe enfrentar a la vez, a regañadientes, la nueva situación que aumentó el ya importante papel de la gran burguesía conciliadora en muchos países de América Latina. Ésta ocupa posiciones destacadas en grandes partidos políticos de Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Colombia; el presidente de Venezuela, Betancourt y otros políticos centroamericanos corresponden al pensamiento político-social de esta capa de grandes burgueses latinoamericanos. Llamamos así a aquellas capas de la burguesía, económicamente poderosas, que no están conectadas directamente con los monopolios imperialistas, pero que tienen ciertos lazos con ellos y tienden preferentemente, a pesar de las frecuentes fricciones, a negociar con los imperialistas yanquis, a costa del pueblo y del país. Su posición objetiva está determinada por sus vínculos con sectores del latifundio, evolucionado en un sentido capitalista, y por su situación privilegiada en la estructura económico-social y también por la antigüedad y agudeza de la lucha de clases con el proletariado.

Desde el punto de vista de la orientación en materia de política exterior, la posición de la gran burguesía conciliadora se expresa por el intento fallido de resolver, dentro de la ficción panamericanista y sin romper con la OEA, vale decir, en el cuadro de la estrategia mundial yanqui, sus fricciones frecuentes y sus quejas siempre agudas, con los EEUU. En el plano interior, su directriz económica y su "propaganda" se sintetizan por el propósito de "desenvolver" el capitalismo y proseguir la industrialización sin romper las relaciones de producción latifundistas, desarrollando el capitalismo por las vías más dolorosas, a costa de las grandes masas trabajadoras. En este sentido, incurre en la aparente paradoja de oponerse a los monopolios imperialistas en el mercado interior y, a la vez, pedir la "ayuda de capitales" extranjeros para acelerar la industrialización; de aspirar a un ensanchamiento del mercado interior y, al tiempo, eludir todo enfrentamiento radical del problema agrario; de promover a veces el comercio con los países socialistas, para luego, a pesar de sus conveniencias, ponerse a temblar si el imperialismo yanqui y la gran burguesía vendida la acusan de hacerles el juego a los comunistas. En Uruguay decimos que esta capa de la gran burguesía "tiene su corazón en Washington, pero su bolsillo en Montevideo".

Las bases materiales de esta actitud tan contradictoria de la gran burguesía conciliadora hay que buscarlas en el proceso de desarrollo capitalista relativamente importante, pero deformado, que caracteriza a nuestros países.

El pensamiento político-social de este importante sector de la burguesía, se ha traducido en la llamada teoría "del desarrollo" o del "desenvolvimiento" que hoy influye también a capas de la burguesía nacional y la pequeña burguesía. Esta teoría —que inclusive ha sido motivo del estudio de un seminario de sociología, organizado por el Centro de Investigaciones de Ciencias Sociales de Río de Janeiro— sustituye la definición científica de la estructura de los países dependientes y semicoloniales, por la confusa expresión "países subdesarrollados". El subdesarrollo, como todos sabemos, es producto del desenvolvimento desigual del capitalismo, de la frustración de la revolución democrático-burguesa en continentes enteros, de la formación del sistema colonial del imperialismo y del mantenimiento de relaciones precapitalistas en una buena parte del mundo. La teoría "del desarrollo" elude definir la estructura de estos países en función de la presencia del imperialismo y del latifundio, y promueve, como ideal, la elevación de la "tasa de la producción por habitante" concibiéndola como un simple desarrollo cuantitativo de las fuerzas productivas sin romper las viejas relaciones de producción. Y de ahí, infiere la cuasi verdad de que urge una mayor disponibilidad de "capitales para la inversión"... los que pueden venir del extranjero, o de una "mayor productividad", lograda por el pillaje del campesino y la explotación redoblada del obrero, o por evitar los "gastos superfluos" de la legislación social, la cultura y la salud públicas.

La teoría del "desenvolvimiento" refleja, por un lado, la tendencia al desarrollo capitalista, por otro, la falta de voluntad de combatir firmemente por la independencia frente al imperialismo y por transformaciones democráticas profundas frente al latifundio. La expresión más conocida de este pensamiento y de esta postura frente a los tópicos cardinales de la revolución latinoamericana, la dio el Presidente J. Kubitschek de Brasil, cuando, a raíz de las demostraciones contra Nixon, postuló la Operación Panamericana. Pero, en lo esencial, lo mismo pensaban los sectores del batallismo en Uruguay, de los radicalismos argentino y chileno, de los liberales colombianos, Betancourt en Venezuela, muchos "revolucionarios" —con siete erres— del partido gubernamental mexicano y otros políticos de Centro y Sudamérica.

La tesis esencial consiste en conmover a Washington, esgrimiendo la "amenaza comunista" y mostrándole la importancia del continente para la estrategia mundial de los EEUU, a fin de que ayude a América Latina.⁵ Olvidan lo que medio siglo veinte de relaciones con EEUU ha demostrado y que Perogrullo ya sabía: que el olmo no da peras, ni aceite el ladrillo.

Como consecuencia de la Operación Panamericana, pero también del crecimiento del embate nacional-libertador, EEUU debió acceder a montar las conferencias de los "21", que ya se han reunido por tres veces, entre fracasos, quejas y seducciones dirigidas al imperialismo yanqui. El tercer cónclave de los "21" se realizó en Bogotá, luego de la Conferencia de Costa Rica, en la cual los gobiernos de América Latina, entre ellos los representantes de la gran burguesía conciliadora, aceptaron firmar la declaración apuntada contra Cuba, sobre la base de la promesa de Herter de un empréstito colectivo norteamericano.

En esta última reunión de los "21", EEUU volvió a burlarse de los gobiernos del sur ofreciéndoles para el futuro... ¡500 millones de dólares a repartir entre todos, previa aprobación del Congreso de Washington!

El delegado cubano R. Botti enjuició así los resultados de la Conferencia:

El fondo que propone ahora EEUU es el instrumento inventado para

⁵ "...esta situación (la de la economía latinoamericana) es un fértil campo de acción para el comunismo. No hay gobierno democrático que resista una prolongada crisis económica. Si el interés de EEUU es mantener los gobiernos democráticos, debe contribuir primero a asegurar sus economías" (Discurso del brasileño Schmidt en la Conferencia de los "21" de Buenos Aires). Y como un eco, el colombiano Turbay Ayala afirma en Bogotá —tercera Conferencia de los "21"— lo siguiente: "Cuando todos nosotros le hemos solicitado a los EEUU que asuman una nueva actitud frente a sus hermanos de Latinoamérica, sencillamente los estamos invitando a que complementen nuestro esfuerzo para impedir que se presenten situaciones incontrolables que seguramente podrán comprometer, con perjuicio para todos, la estructura de nuestras instituciones". Podríamos agregar toda una antología de discursos de igual sentido, donde varía apenas la nacionalidad del orador y a veces el estilo.

acallar la esperanza militante despertada en los pueblos laboriosos por la revolución cubana... Y "por otro lado" quiere "desviar la atención del problema fundamental: el desarrollo económico autosostenido, independiente".

LÍNEAS PRINCIPALES DE DESARROLLO QUE DISPUTAN HOY EL FUTURO DE AMÉRICA LATINA

Los terratenientes y la gran burguesía vendida asienten a la agresión contra Cuba; la gran burguesía conciliadora, por su parte, se sirve del espectro de la revolución para chalanear con el imperialismo yanqui en la absurda ilusión de que éste dejará de saquear a América Latina y ayudará a su desarrollo.

El 29 de octubre se constituyó en Washington, en la OEA, un nuevo comité de "alto nivel para coordinar planes interamericanos de estudios sobre desarrollo". El Comité está integrado por J. Mora, presidente de la OEA, Felipe Herrera, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y R. Prebisch, por la CEPAL. El embajador colombiano Sans de Santamaría dijo en su discurso: "*América Latina está corriendo una carrera entre la evolución y la revolución en su pugna por lograr el desarrollo económico*".⁶

En verdad, con este planteamiento se despejan las direcciones en pugna del curso latinoamericano. Más allá de la fraseología y la envoltura ideológica más o menos coloreada, el contenido social de clase, de los programas esenciales, está a la vista. Además de los latifundistas y la gran burguesía vendida, cuyos intereses histórica e intrínsecamente se confunden con el imperialismo y los peores rasgos de la caduca estructura económico-social en crisis, disputan hoy por el futuro de América Latina la concepción del desenvolvimiento de la gran burguesía conciliadora y el programa de la revolución democrática y nacional liberadora.

Esa lucha recorre toda la vida social y política, se encarna en la aguda y compleja lucha de las clases y se corporiza, desnuda o cubierta de disfraces, en el terreno de los encuentros ideológicos. La disputa se traba tanto en el plano de la pugna antimperialista como en los postulados programáticos respecto a la cuestión agraria. En este campo, la lucha se entabla más allá de las dos vías de desarrollo burgués que Lenin en su tiempo clásicamente analizara. A la línea de la paulatina transformación de los latifundios de un modo burgués se opone hoy la línea revolucionaria de una reforma agraria radical. Sólo el proletariado será capaz de sostener, con firmeza, esta segunda línea, uniéndola así los objetivos nacionales de la revolución con los agrarios, base ésta de la sólida alianza obrero-campesina y garantía del triunfo de la revolución democrática de liberación nacional.

⁶ *El País*, Montevideo, 10. de noviembre de 1960.

Dice bien, en este sentido, la Declaración de los Partidos Comunistas y Obreros:

La alianza de la clase obrera y de los campesinos es la fuerza más importante para conquistar y defender la independencia nacional, realizar profundas transformaciones democráticas y asegurar el progreso social. Esta alianza está llamada a ser la base de un amplio frente nacional. De su fuerza y solidez depende también en no pequeña medida el grado de participación de la burguesía nacional en la lucha liberadora.

ALGUNOS CAMINOS DE LA EDIFICACIÓN DEL FRENTE DEMOCRÁTICO NACIONAL

Los pueblos latinoamericanos construyen el frente democrático nacional, el poder social capaz de ejecutar el veredicto de la historia. Su vanguardia es el proletariado; su base, la alianza obrero-campesina; en torno a ésta se agrupan las grandes masas de las capas medias y los sectores avanzados de la burguesía nacional. Estas fuerzas sociales se empeñan por ganar o neutralizar a la mayor parte de la burguesía nacional y se apoyan, para el logro de sus objetivos estratégicos, en toda la gama de contradicciones con el imperialismo yanqui y las clases dominantes vendidas.

Este frente se está edificando ya en toda América Latina, según las particularidades políticas nacionales, aunque son todavía dispares en cada lugar, su estructura y desarrollo.

ANTES QUE NADA, LAS GRANDES MASAS

El papel protagónico de las multitudes, su experiencia colectiva y su ingreso apasionado en la arena político-social, constituye uno de los caracteres ostensibles de la actual correlación de las fuerzas. Lo comprueban, inclusive, los episodios negativos; por ejemplo, los grandes desplazamientos electorales que se han producido en varios países tras espejismos demagógicos. Pero lo verifica la historia más reciente.

La caída de las dictaduras, que el imperialismo yanqui implantara en el periodo de la guerra fría, no fue esta vez consecuencia de golpes de palacio o arreglos de trastienda. Tradujo la presencia de un tercero en discordia; las masas populares y el proletariado. Fue así aun en aquellos casos en que las clases dominantes controlaron luego la situación como en Colombia. Las masas, que derribaron las más feroces dictaduras, no enfrentaban sólo a los tiranos, sino también al poder oculto tras el trono: el imperialismo yanqui y las clases dominantes vendidas.

Los que dieron la batalla que modificó el rostro político de América

Latina fueron el proletariado, el campesinado, los estudiantes, las capas medias urbanas y el ala avanzada de la burguesía nacional.

JOSÉ REVUELTAS, *Un proletariado sin cabeza**

Uno de los más grandes novelistas mexicanos modernos, militante comunista durante largos años, José Revueltas rompe en 1960 con el PC mexicano. El libro *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (1962) explica las razones de esta disidencia y critica las concepciones predominantes en el seno de la izquierda mexicana, desde Lombardo Toledano hasta el mismo PCM. (pero en esa época aún sin cuestionar a la URSS y la tradición del Comintern stalinista). En 1968 Revueltas participa en el gran movimiento estudiantil y se asocia a jóvenes marxistas revolucionarios. Es arrestado y condenado a dieciséis años de prisión. Después de su liberación (1971) y hasta su muerte (1976) actúa como intelectual francotirador en el seno de la izquierda, sin comprometerse con ninguna organización.

¿Cuál es la forma en que Lombardo Toledano encara el problema de la burguesía nacional en el texto del artículo suyo que hemos transcrito?

Comencemos por destacar los elementos más esenciales del artículo de Lombardo, a saber:

a) Existencia en América Latina de una *burguesía nacionalista* en contradicción con la *burguesía nacional* "que sirve al extranjero"; b) *burguesía nacionalista* que, como "fenómeno histórico", en general, "representa una fuerza revolucionaria" (aunque sea "por el momento", como tiene a bien Lombardo "cubrirse" respecto a las eventualidades de su afirmación); c) *burguesía nacionalista* que liga sus aspiraciones con las del pueblo "formando, así, un *verdadero frente nacional*" que, pese a sus confusiones, tiene "un claro sentido de resistencia al imperialismo".

Después de examinar estos enunciados de Lombardo se llega a la conclusión de que difícilmente podría encontrarse caso tan perfecto de un contrapunto ideológico, donde pudieran ajustarse con mayor exactitud las coincidencias a la inversa, como el que se produce entre las recíprocas actitudes opuestas de Lombardo Toledano y el Partido Comunista Mexicano en el problema de la burguesía nacional.

En efecto, la "gran burguesía reaccionaria mexicana" del Partido Comunista, no viene a ser otra, en esencia, que la "burguesía nacionalista" de Lombardo. Podrá parecer sorprendente, aventurado e inexplicable a primera vista decirlo, pero el hecho histórico, real, es que ninguna de estas

* José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, ed. Era, México, 1980, pp. 105-8, 218-20.

dos categorías existen en México al margen, fuera e independientemente de la *burguesía nacional*. Esta burguesía nacional es la que existe en nuestro país (al margen, aquí sí, de los sectores financieros e intermediarios que ya existían desde los tiempos de la Dictadura Porfiriana, más aún, que fueron creados por la política económica seguida por Porfirio Díaz-Liman-tour, y que eran y siguen siendo los *aliados naturales* del Imperialismo). Y como decíamos, esta burguesía nacional mexicana se conduce de un modo cambiante, versátil, según las circunstancias. Ahora bien; esto es porque *puede hacerlo* en razón de que dentro de las fronteras del país no tiene un verdadero enemigo al frente en las demás clases sociales, sobre todo en la clase obrera, que se encuentre en condiciones de presionarla e inducirla, *por la fuerza política*, a seguir un camino determinado *aunque ella no quiera*.

De tal modo la burguesía nacional mexicana unas veces hace cierta política progresista y otras una abierta y cínica política reaccionaria, según sus conveniencias inmediatas, pero con la tendencia, cada vez más acusada, de realizar cada vez en mayor medida y preferentemente una política reaccionaria, sin que esto quiera decir que renuncie a determinadas formas *burguesas* de lucha (o de "tironeo", más bien) con el imperialismo. Pero entendámonos.

El prejuicio ideológico que debe desterrarse es aquél que hace consistir en *revolucionaria* toda la política *nacionalista* de la burguesía. En este prejuicio es en el que se sustentan los ideólogos de la burguesía nacional para confundir a la clase obrera y para perseguir e impedir sus luchas independientes. La política nacionalista de la burguesía no es revolucionaria en todos los casos, ni mucho menos; pero más aún, es perfectamente compatible con una política reaccionaria en el interior del país, como lo demuestra la experiencia histórica de México en numerosas ocasiones, con Carranza, con Obregón, con Calles.

Así pues, cuando el Partido Comunista Mexicano trata de explicarse la política antiobrera del Gobierno y atribuye dicha política a una "gran burguesía reaccionaria mexicana", no hace sino tratar de que aparezca como *menos burguesa* una burguesía nacional que se encuentra realmente en el poder, que es dueña material del Gobierno y cuya tendencia es seguir de modo preferente el camino reaccionario, *aunque no renuncie a su política nacionalista*, propia y muy suya, llena de las trampas, chicleos, simulaciones, balandronadas, hipocresías y "trastopijes" que le son tan psicológicamente característicos y que parecerían heredados por ella desde los tiempos del Emperador Moctezuma II.

Aquí es donde se produce el fenómeno de "coincidencia al revés" del Partido Comunista y de Lombardo Toledano. Mientras para el Partido Comunista parece inconciliable que el Gobierno pueda llevar a cabo una evidente aunque muy limitada política nacionalista, junto a una política

reaccionaria y antiobrera, abierta y franca, para Lombardo Toledano, en el sentido opuesto, ciertas medidas nacionalistas del Gobierno deben ser consideradas de un modo forzoso como revolucionarias y no pueden explicarse de ninguna otra manera que en esa condición. De tal suerte, mientras para satisfacer su esquema el Partido Comunista necesita una "gran burguesía reaccionaria" dentro del Gobierno y un sector de la "burguesía nacional" fuera; para satisfacer el suyo Lombardo necesita una "burguesía nacionalista" dentro del Gobierno y una "burguesía nacional" que sirva al extranjero, desde fuera del aparato gubernativo, el primero, al servicio de una línea sectaria e izquierdizante; y el segundo, de una línea oportunista de derecha.

Lo anterior evoca inevitablemente aquella situación en que dos sordos se encuentran a la orilla de un río y se produce entre ambos el siguiente diálogo:

Sordo I: ¿Vienes a pescar? *Sordo II*: No; vengo a pescar. *Sordo I*: ¡Ah, yo creí que venías a pescar!

Este diálogo de sordos parecería el que, cada quien por su lado, sostuvieran el Partido Comunista y Lombardo Toledano respecto a la burguesía nacional. Cada uno, con diferente carnada, ha ido a "pescar" a una misma e idéntica burguesía revolucionaria, progresista, antimperialista, susceptible de incorporarse o de formar con ella "un frente nacional". Sin embargo, para uno y otro este "frente nacional" representa, en apariencia, dos cosas completamente distintas entre sí. Para los unos (el Partido Comunista), en virtud de que la burguesía nacional que buscan no se encuentra dentro del Gobierno, el "frente nacional", en consecuencia, no sólo debe ser antimperialista, sino antigubernamental. Para los otros (Lombardo y sus amigos), la *burguesía nacionalista* está dentro o influye en la política del Gobierno y éste forma parte (en México) de las fuerzas revolucionarias, por lo que el "frente nacional" debe comprender al propio Gobierno dentro de sus filas. (Más adelante de los párrafos de su artículo que aquí reproducimos, dice Lombardo: "Hace unos días, en México, los dos sectores de la burguesía nacional, ligada al imperialismo yanqui, elevaron su protesta porque el Gobierno, prosiguiendo su política de nacionalización de las principales fuentes de la economía y los servicios públicos, después de la nacionalización de la industria eléctrica, ha tomado en sus manos el monopolio de la exhibición de las cintas cinematográficas, que funcionaba en violación abierta del texto de la Constitución".)

Para el primer sordo ideológico y político (Partido Comunista Mexicano) el frente nacional no existe y debe ser formado después de que se localice, con toda precisión, el punto donde la burguesía progresista se encuentra. Para el *Sordo II* (Vicente Lombardo), en cambio, esa burguesía *revolucionaria* ya está localizada, por lo que a México se refiere, dentro del propio Gobierno (bajo el aspecto de una burguesía *nacionalista*) y como dicha burguesía "liga sus aspiraciones a las que el pueblo tiene, formando,

así, un *verdadero frente nacional*", lo único que queda, entonces, es "impulsarla para que mantenga su actitud sin vacilaciones y sin concesiones peligrosas hacia el poder del exterior". [...]

Pero, ¿cómo proceden los ideólogos de la enajenación en México?

a] Pretenden, de hecho, que la opresión imperialista despoja a la burguesía nacional de su carácter de clase, de su inconsecuencia *natural* e inalienable, y que, entonces, dicha *burguesía nacional* se convierte, en virtud de sus circunstancias, en una burguesía *necesariamente* "progresista" y "antimperialista".

b] Consideran que la industrialización, en sí misma, y no porque facilite la lucha "del proletariado contra la burguesía por el socialismo" ya constituye una aceleración del proceso del desarrollo democrático-burgués (ignorando que este desarrollo pueda llevarse a cabo *sin la burguesía*), con lo que confunden la revolución democrática con la clase burguesa y abandonan en manos de ésta la hegemonía dentro del proceso. Aquí, de tal modo, y a título de que la industrialización constituye para el país la forma de liberarse económicamente del imperialismo, adoptan sin más ni más el punto de vista de la "prosperidad" capitalista, benéfica para el país y la nación, según ellos, y no como lo es, para la burguesía.

2. La realidad, sin embargo, echa por tierra, en cada ocasión, tales posiciones, como ya lo hemos visto repetidamente en este ensayo. Los ideólogos de la enajenación, así, tienen que recurrir a los siguientes elementos de "diversión" del problema:

a] Inventar una debilidad insuperable, permanente, de la burguesía nacional, que, en virtud de tal estado de indigencia se ve en la obligación ineludible de enfrentarse *siempre* a su causante, el imperialismo;

b] Como, a pesar de todo, esa burguesía (contra todas las previsiones de sus ideólogos en el campo obrero) se consolida y fortifica cada vez más, no queda otro recurso que dividirla en "sectores". Estos sectores, enriquecidos y fuertes, se entregan de inmediato y sin más trámites, al servicio del imperialismo y la reacción, dejando siempre, en el fondo del vaso de la prosperidad capitalista con que se embriagan, un residuo de *burguesía nacional* "antimperialista y progresista", pobre, maltrecha, y sin duda, también heroica. En esta forma no es la burguesía nacional "*como clase*" (Lenin) la que "*engendra inevitablemente su (propia) inconsecuencia en la revolución democrática*", sino que tal inconsecuencia radica en los "sectores" que "la traicionan";

c] Como, a pesar de todo también, el Estado mexicano es un Estado de clase, los ideólogos de la enajenación, como lo hemos dicho ya, salen del apuro, unos (el Partido Comunista Mexicano) cargando sobre él la influencia predominante de la "gran burguesía reaccionaria", y otros (Lombardo Toledano), entronizando en su seno a la "burguesía del capitalismo de Estado" como una burguesía que se autonega de hecho, de modo práctico y concreto, y no de una manera falsa y aparente, en su condición de

clase social burguesa, y ya no sólo como un núcleo que podría ser, en el peor de los casos, "inconsecuentemente" democrático y progresista.

3. La auténtica e indiscutible revisión del leninismo que *practican*, cada uno desde sus posiciones, Lombardo Toledano y el Partido Comunista Mexicano, por supuesto no se queda aquí.

Para Lombardo y el PCM, en palabras, el proletariado es la clase esencialmente revolucionaria, pero en los hechos es una clase que no existe como tal, porque jamás la han situado, ni quieren situarla, en el punto real de las relaciones de clase verdaderas que hay en la sociedad mexicana.

¿Dónde se expresa siempre, desde el punto de vista *político*, la realidad de las relaciones de clase? Se expresa en la posición estratégica que tengan las clases hacia el Estado y, consecuentemente, en la actitud táctica que observan frente al gobierno. Una clase que tenga en sus manos el poder del Estado, pretenderá conservarlo y defender, entonces, su posición hegemónica en el gobierno, expuesto el problema en sus líneas más generales. Una clase que aspire a la posesión (o sustitución) del Estado, estará colocada, pues, en la situación inversa, y mantendrá hacia el gobierno las relaciones tácticas que se derivan de una lucha de clases. Que estas relaciones tácticas supongan una lucha violenta o no violenta, dentro de la legalidad constitucional o fuera de ella, por procedimientos parlamentarios o a través de la lucha de masas (o por medio de una combinación de ambos métodos), serán cosas que decidan la correlación de fuerzas y otros factores. Pero ante todo se tratará de mantener hacia el Estado y el Gobierno una *posición de lucha de clases*.

Ahora bien; ni Lombardo Toledano ni el Partido Comunista Mexicano mantienen esa posición *en los hechos*, ante el Estado y el Gobierno, porque ambos, bajo diferentes formas, no ven sino una única clase consecuentemente democrática y progresista, y esa clase no es el proletariado, sino la *burguesía nacional*.

VITTORIO CODOVILLA, *Historia del marxismo en América Latina**

* Estos pasajes pertenecen a un artículo publicado en 1964 por Codovilla, presidente del Partido Comunista Argentino, con motivo de la celebración del centenario de la Primera Internacional por la Nouvelle Revue Internationale. Contienen un esbozo de historia "ortodoxa" del comunismo latinoamericano, orientado sobre todo en torno a la lucha contra las numerosas desviaciones que lo amenazaron o siguen amenazándolo: nacionalismo, browderismo, trotskismo, maoísmo, etcétera.

* Vittorio Codovilla, "La pénétration du marxisme-léninisme en Amérique Latine", *Nouvelle Revue Internationale*, agosto de 1964, pp. 91-95, 96-99.

Fue entre 1918 y 1922 cuando surgieron partidos comunistas en Argentina, en México, en Uruguay, en Chile y en Brasil. En 1925, se fundaba el Partido Comunista Cubano. Durante la gran crisis económica mundial y las grandiosas luchas entabladas por los trabajadores de los países de América Latina, se formaron partidos comunistas en Venezuela, en Colombia, en el Perú, en Ecuador, en Costa Rica, en el Salvador y en Paraguay; en otros países, se constituyeron en vísperas o después de la segunda guerra mundial.

En todos los países de América Latina, los comunistas lucharon con perseverancia por llevar a cabo la unidad sindical y política de la clase obrera y para desarrollar su conciencia de clase. Con este fin tuvieron que luchar sin cesar contra las ideologías burguesas y pequeñoburguesas que habían penetrado en el proletariado e incluso en los partidos comunistas. El marxismo-leninismo se impuso en el movimiento obrero y popular de América Latina combatiendo, por un lado, al anarquismo y sus variantes "extremistas", y, por otro, al socialismo reformista y el nacionalismo burgués, cuya manifestación más notoria fue y sigue siendo el aprismo, que trata de subordinar el movimiento de las masas a los intereses de la oligarquía terrateniente y del imperialismo, en particular del imperialismo yanqui, al utilizar una fraseología "de izquierda". En 1920-1930, los partidos comunistas tuvieron que combatir todas las formas de verbalismo seudorrevolucionario trotskista, así como los intentos oportunistas de adaptar al nacionalismo burgués la organización, el programa y la táctica de los partidos comunistas.

Así fue como estos últimos se endurecieron, se convirtieron en verdaderos partidos revolucionarios leninistas y preservaron su independencia de clase a pesar de los enemigos del marxismo-leninismo.

La conferencia de los partidos comunistas que se reunió en Buenos Aires en julio de 1929 desempeñó un gran papel en la vida de los partidos marxistas-leninistas, tanto desde el punto de vista ideológico como del organizativo. Esta conferencia (en la cual participaron los representantes de quince partidos comunistas y obreros de América Latina¹ así como una delegación del Partido Comunista de Estados Unidos) analizó la experiencia acumulada por los comunistas latinoamericanos desde hacía un decenio, sus éxitos y sus debilidades, y por vez primera el carácter de la revolución en América Latina y de sus fuerzas motrices fue definido a la luz de las enseñanzas del marxismo-leninismo.

La conferencia subrayó que Estados Unidos intensificaba su acción para asentar su dominación en la economía de los países latinoamericanos y su plantar al imperialismo inglés.

Señaló igualmente que si bien Estados Unidos se presentaba ante los

¹ Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba, Ecuador, Guatemala, México, Panamá, Paraguay, Perú, Salvador, Uruguay, Venezuela (el Partido Comunista de Chile anunció su adhesión, pero no pudo participar en la conferencia debido a la represión que causaba estragos en este país).

pueblos de América Latina como los paladines de la democracia y de la independencia nacional, seguía en realidad una política agresiva y reaccionaria, y se apoyaba ante todo en regímenes dictatoriales (tales como los de Ibáñez en Chile, de Leguía en Perú, de Gómez en Venezuela, de Machado en Cuba, y más tarde de Uriburu en Argentina) que, enarbolando consignas nacionalistas, gobernaban mediante métodos fascistas para reprimir a las masas y facilitar la penetración del imperialismo yanqui, y se apresuraban en confiar la explotación de los yacimientos petroleros y demás riquezas naturales a los monopolios de Estados Unidos.

Por lo tanto, la conferencia se empeñó en recordar que el enemigo número uno de la emancipación nacional era el imperialismo yanqui, el más poderoso y el más rapaz de todos, y que el combate principal debía dirigirse contra él. Y esto tanto más cuanto que en el partido del nacional-reformismo burgués ciertas voces preconizaban una política de conciliación con el imperialismo, afirmando que su penetración se acompañaba de una descolonización progresiva de los países latinoamericanos, y que por esta razón el imperialismo en general, y el imperialismo norteamericano en particular, desempeñaba, según las teorías del APRA, un papel progresista. La conferencia mostró que se trataba en realidad de una colonización reforzada, ya que el imperialismo yanqui, al penetrar en nuestros países, perpetuaba en ellos las formas feudales y semif feudales de propiedad y de explotación. En cuanto a la industrialización, si es que existía alguna, sólo interesaba a las empresas que pertenecían a los monopolios yanquis o dependientes de ellos, y se traducía por una redoblada explotación de las masas laboriosas.

Al reconocer que los principales enemigos de los pueblos eran el imperialismo norteamericano e inglés y las oligarquías terratenientes, la conferencia se dotaba de los medios para definir correctamente el carácter de la revolución en América Latina, revolución antimperialista, agraria y democrática burguesa. Por consiguiente, el golpe principal debía asestarse a los terratenientes mediante la aplicación de una reforma agraria radical, y contra la dominación imperialista mediante la expropiación y la nacionalización de las empresas pertenecientes a los monopolios.

En cuanto a las clases y a las capas sociales interesadas en la victoria de la revolución democrática burguesa, la conferencia precisó que si bien no había que subestimar el papel de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional en la lucha antifeudal y antimperialista, también era importante no olvidar nunca que llega un momento en que estas fuerzas tienden a comprometerse con los grandes propietarios y los monopolios extranjeros, y que, llegadas al poder, acaban por capitular ante ellos. Por lo tanto, las fuerzas motrices de la revolución deben ser los obreros y los campesinos que actúan en alianza estrecha y bajo la hegemonía del proletariado.

La conferencia denunció la actitud del APRA, previniendo contra la peligrosa idea de constituir partidos antimperialistas que representen a tres clases: la pequeña burguesía, el campesinado y el proletariado, bajo la di-

rección de intelectuales pequeñoburgueses. Por lo tanto, al mismo tiempo que estimó indispensable una alianza con las fuerzas dispuestas a combatir a los grandes propietarios y a los monopolios imperialistas, la conferencia recomendó fortalecer el partido de vanguardia del proletariado con respecto a la organización y a la ideología allí donde ya existía, y crear uno en los países donde aún no existía, ya que, recalcó, únicamente bajo la hegemonía del proletariado y la dirección de su vanguardia, el partido comunista, podrá llevarse a cabo la revolución democrática, agraria, y antimperialista, con el objetivo de transformarla en revolución socialista.

La conferencia analizó los diferentes tipos de guerra que podían estallar en América Latina y exhortó a los comunistas, a la clase obrera y a los pueblos a manifestar la más amplia solidaridad con las guerras de liberación nacional como la que dirigía Sandino en Nicaragua.

Llamó a los pueblos de América Latina a luchar contra el peligro de una guerra mundial y a defender a la URSS amenazada de agresión por el imperialismo, en particular por el imperialismo inglés.

Por consiguiente, se puede decir que la conferencia de 1929 asentó fundamentos que, desarrollados y enriquecidos durante los años siguientes, sirvieron de base para la consolidación de los partidos comunistas de América Latina en el plano de la ideología y de la organización, así como para sus programas.

A inicios de los años treinta, ante el creciente peligro de una guerra mundial después de la llegada al poder de Hitler en Alemania, un amplio movimiento se desarrolló, en América Latina igualmente, contra el fascismo y la guerra, movimiento encabezado por los partidos comunistas que cobró una amplitud particular en el momento de la campaña de solidaridad con la República española.

Después de la agresión de las hordas hitlerianas contra la URSS, los partidos comunistas de América Latina dedicaron esencialmente sus esfuerzos a organizar acciones de solidaridad con la Unión Soviética y la coalición antihitleriana.

Durante la segunda guerra mundial y los primeros años de la posguerra, se asistió, en cierto número de países de América Latina, al desarrollo de la industria (sobre todo de la industria ligera); en algunos de ellos (Brasil, México, Argentina y Chile) surgieron principios de industria pesada. Paralelamente, el proletariado aumentaba en número.

Después de la derrota del fascismo en la segunda guerra mundial, gracias ante todo a los esfuerzos del pueblo soviético y de sus ejércitos, y por consiguiente, de la de sus principales partidarios en América Latina, corrientes burguesas y pequeñoburguesas nacionalistas surgieron en algunos de nuestros países, que lanzaron demagógicamente consignas de justicia social y de independencia nacional para tratar de detener los progresos del comunismo y colocar a la clase obrera y a las masas populares bajo su dirección. A este respecto, el fenómeno más típico fue el peronismo en Ar-

gentina, que llegó al poder en 1934 mediante un golpe de Estado, y luego, aprovechando el aparato estatal, logró granjearse el apoyo de las masas en las elecciones y extender su influencia en otros países de América Latina.

En Argentina, el peronismo obtuvo en primer lugar su fuerza de las nuevas capas de obreros llegados principalmente de las regiones rurales y que se habían incorporado al proletariado durante los años de desarrollo industrial del periodo de guerra y de posguerra. Estos obreros, que aspiraban a la justicia social y estaban animados por un gran espíritu combativo, carecían de experiencia política y social. El peronismo pudo granjearse su adhesión no sólo debido a sus consignas demagógicas, sino también porque pudo satisfacer algunas de las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores, gracias a la coyuntura favorable por la que atravesó Argentina en aquella época, ya que vendía a buenos precios alimentos y materias primas a los países beligerantes.

Pero, llegados al poder, los peronistas se negaron a aprovechar esta coyuntura favorable para realizar las reformas radicales que habían prometido. Para ellos, la reforma agraria consistía en la adquisición de tierras mediante indemnización, de tal modo que no se perjudicaran los intereses de los latifundistas cuyas propiedades permanecieron intactas, y aun a veces se ensancharon; la nacionalización de las empresas extranjeras tuvo por contrapartida (y fue en efecto el caso para los ferrocarriles) el pago de compensaciones elevadas con el fin de no afectar en absoluto los intereses de los imperialistas.

En el exterior, el peronismo pretendió seguir una "tercera vía", que no hay que confundir con la actitud actual de los países "no comprometidos", que contribuye en lo esencial al mantenimiento de la paz. En cuanto al propio Perón, que pensaba que una nueva guerra mundial era inevitable, esta vez entre Estados Unidos y la URSS, declaraba que en caso de conflicto Argentina debería participar al lado de Estados Unidos, ya que era parte integrante de la "civilización occidental y cristiana". Por lo tanto, Perón persiguió a los comunistas y a las demás fuerzas progresistas en vez de buscar su alianza para llevar a cabo el programa prometido al pueblo.

El Partido Comunista de Argentina, así como los demás partidos comunistas de América Latina, se esforzó por ayudar a la clase obrera a liberarse de las ideas nacionalistas burguesas y a asimilar la ideología del proletariado, el marxismo-leninismo, a fin de que pudiera asumir el papel dirigente en el bloque de las fuerzas obreras, democráticas y populares que luchan por la revolución democrática, agraria y antimperialista, por una perspectiva socialista.

Durante los primeros años de posguerra, los partidos comunistas de América Latina tuvieron que combatir igualmente la desviación browderista que, so pretexto de la lucha antifascista y de la unidad de todas las fuerzas democráticas y progresistas para aniquilar los restos del fascismo e instaurar regímenes democráticos, preconizaba la necesidad de disolver los partidos

comunistas y crear frentes democráticos nacionales en los cuales las fuerzas comunistas se diluirían. Browder pensaba que podían firmar acuerdos los Estados Unidos imperialistas y la URSS socialista para garantizar el desarrollo económico de los países coloniales y dependientes sin crisis ni conflictos. De este modo hacía revivir la teoría, más peligrosa que nunca, del papel progresista del imperialismo. Esta corriente nefasta, que no dejó de influir en ciertos dirigentes de varios partidos comunistas de América Latina, fue vigorosamente combatida, luego aplastada, en el plano ideológico.

Simultáneamente, varios partidos comunistas tenían que luchar contra las corrientes sectarias que negaban la necesidad de una política de amplias alianzas con el fin de impulsar a las masas, tanto para hacer triunfar sus reivindicaciones inmediatas —económicas, sociales y políticas— como para alcanzar el objetivo fundamental de la revolución democrática, agraria y ant imperialista.

Esta lucha fortaleció ideológicamente a los partidos comunistas de América Latina. Pudieron así enfrentarse con éxito a la peligrosa desviación trotskizante, dogmática y aventurera, impregnada de ideas chovinistas burguesas, que es la de los dirigentes del Partido Comunista de China. Estos últimos, utilizando métodos inadmisibles en las relaciones entre partidos hermanos, tratan de imponer a nuestros partidos su línea antimarxista y antileninista y, si no lo logran, intentan dividirlos, como lo hicieron en varios países. Pisotean los documentos internacionales adoptados en las Conferencias de 1957 y 1960, documentos que firmaron ellos mismos.

Por esta razón cada partido comunista tiene conciencia de que su unidad y la unidad del movimiento comunista mundial requieren una lucha intransigente contra la línea que los dirigentes chinos tratan de imponer al movimiento comunista mundial. El hecho de que ningún partido comunista de América Latina apoye la posición de los dirigentes chinos demuestra la madurez ideológica y política de estos partidos. Todos repudian la política de escisión y estrechan filas, lo mismo que el conjunto del movimiento comunista internacional, en base al marxismo-leninismo, y todos reconocen el papel de vanguardia del glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética.

LUIS CORVALÁN, *El Gobierno Popular**

Poco después del triunfo electoral de Salvador Allende y la constitución del gobierno de la Unidad Popular (noviembre de 1970), Luis Corvalán pu-

* Luis Corvalán, "Chile, el pueblo al poder", *Revista Internacional* n. 12, diciembre de 1970, en L. Corvalán, *Camino de Victoria*, ed. de Homenaje al cincuentenario del PCCh, Santiago de Chile, septiembre de 1971, pp. 424-26.

blica en la Nouvelle Revue Internationale, órgano del movimiento comunista mundial (pro soviético), un artículo que desarrollaba los ejes estratégicos esenciales que iban a orientar al Partido Comunista Chileno durante los tres años de la UP. Esta estrategia se fundaba en dos supuestos fundamentales: la posibilidad de gobernar en cooperación con la Democracia Cristiana y la lealtad de las Fuerzas Armadas hacia el régimen constitucional.

Luis Corvalán fue detenido después del putsch de septiembre de 1973 y recluido en un campo de concentración por la Junta Militar.

A tres meses de la elección y a un mes de constituido el Gobierno Popular, la correlación de fuerzas ha cambiado en favor del nuevo régimen. Aunque en la oposición, la Democracia Cristiana no está en guerra contra el gobierno, la mayoría de ella se halla en ánimo de apoyar algunos proyectos y medidas. Y lo que es tanto o más importante, las masas populares que votaron por su candidato cierran filas junto a los partidos de izquierda. Incluso en un sector de los que sufragaron por Alessandri se observan actitudes positivas.

Estos hechos abren las posibilidades de consolidar y ampliar la unidad de todas las fuerzas ant imperialistas y antioligárquicas.

En virtud del carácter mismo de la revolución chilena, de los intereses de clases y capas populares, de la necesidad de aislar a los reaccionarios, de derrotar sus maniobras sediciosas, de impedir la intervención extranjera, de enfrentar las presiones imperialistas, de darle, en fin, un respaldo nacional al gobierno, en virtud de todo esto puede y debe desarrollarse todavía más la unidad del pueblo y convertirse éste en una fuerza realmente invencible.

¡Tal es la cuestión principal que hay que resolver en los días que corren!

Como ha dicho el Presidente de Chile, Salvador Allende, su elección no fue la victoria de un hombre, sino el triunfo de un pueblo.

Fue el triunfo de una vasta conjunción de fuerzas sociales y políticas agrupadas en torno a un programa de profundas transformaciones revolucionarias.

El Programa contempla la nacionalización de las riquezas básicas extractivas en poder del capital monopolista extranjero y de la oligarquía financiera; la nacionalización de la banca privada, de los seguros, del comercio exterior y de los monopolios de distribución, de los monopolios industriales estratégicos y en general de aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país. También incluye llevar adelante, con mayor profundidad y claridad, la reforma agraria iniciada por el gobierno demócratacristiano.

Bajo el Gobierno Popular habrá tres áreas en la economía: el área de propiedad social, formada por las empresas que actualmente posee el Es-

tado más las que se expropian; el área privada, constituida por los artesanos y los pequeños y medianos comerciantes, agricultores e industriales, y el área mixta, compuesta por aquellas empresas donde se combinen los capitales del Estado y los particulares. [...]

En cuanto a las Fuerzas Armadas, la Unidad Popular está por el afianzamiento de su carácter nacional y de su sentido profesional, por su "formación técnica abierta a todos los aportes de la ciencia militar", por hacer posible "su contribución al desarrollo económico del país" sin perjuicio de su labor esencial de defensa de la soberanía nacional y en materias afines a su función. Sobre estas bases —dice el Programa— es "necesario asegurar a las Fuerzas Armadas los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, promociones y jubilaciones que garanticen a oficiales, suboficiales, clases y tropas la seguridad económica durante su permanencia en las filas y en las condiciones de retiro y la posibilidad efectiva para todos de ascender atendiendo a sus condiciones personales".

Como ha señalado reiteradamente el Presidente Allende, los partidos de la Unidad Popular no han llegado al poder en lucha contra las Fuerzas Armadas o contra una parte de las mismas. Además, éstas se mantuvieron al margen de la pugna por el gobierno y una vez lograda la victoria popular, luego de ser ésta ratificada por el Congreso Pleno, la han reconocido expresamente.

Es cierto que no se debe pasar por alto las condiciones en que han sido formadas y sobre todo, la educación y el entrenamiento que han recibido en los últimos decenios, bajo la inspiración del Pentágono. Pero no por esto se las puede calificar de obsecuentes servidores del imperialismo y de las clases dominantes. En ellas impera el espíritu profesional y el respeto al gobierno establecido de acuerdo a la Constitución. Además, el Ejército y la Marina nacieron en la lucha por la independencia. Los soldados y suboficiales de las tres instituciones armadas provienen de capas sociales modestas y casi todos los oficiales han salido de las capas medias. Hace ya tiempo que la oligarquía y la burguesía más ricachona dejaron de interesar a sus hijos en la carrera militar. En especial se debe tener presente que ya no hay institución que permanezca impermeable a las conmociones sociales, cerrada a los vientos que corren en el mundo, ajena o indolente al drama de los millones y millones de seres humanos que viven en la miseria más atroz.

La actuación que le cupo a buena parte del Ejército Dominicano durante la invasión yanqui de su territorio y el carácter progresista del gobierno militar del Perú demuestran que las Fuerzas Armadas no deben ser miradas con criterio dogmático.

Es verdad que los institutos militares también necesitan cambios; pero éstos no pueden serles impuestos. Deben surgir de su propio seno, por su propio convencimiento.

En lo demás, el tiempo y la vida hablarán.

En conclusión, la cuestión del carácter del Estado y de sus instituciones y la cuestión del rol de la clase obrera, requieren ante todo soluciones prácticas. Esto es lo que se busca, sobre la base de ir siempre afianzando —y no debilitando— la unidad del pueblo, la cohesión y la operatividad del nuevo gobierno. Es claro que esto no se da de un día para otro. Pero el carácter de las fuerzas que toman la dirección del país permite señalar que se trata de un cambio esencial en la composición y en la orientación de clase del gobierno y que a este mismo cambio se debe llegar en toda la institucionalidad. El nuevo Estado de Derecho debe ser un Estado Popular.

JORGE DEL PRADO, *¿Revolución en el Perú?**

La aparición de regímenes militares llamados nacionalistas en América Latina no es un fenómeno nuevo, pero cobra en el periodo actual características particulares.

En 1968, una Junta Militar presidida por el general Velasco Alvarado toma el poder y decreta rápidamente una serie de reformas: nacionalizaciones (petróleo, etcétera), reforma de la empresa, reforma agraria, etcétera. El Partido Comunista Peruano aportará un creciente apoyo al nuevo régimen, como lo muestra este artículo de su secretario general, publicado en 1971. Para Jorge del Prado, las transformaciones realizadas por los militares nacionalistas "alejan poco a poco" al Perú del capitalismo y lo llevarán en último análisis al socialismo, si el gobierno "persiste en su voluntad de progreso económico y social".

La orientación del PC peruano es característica de la orientación de la mayoría de los partidos comunistas frente al fenómeno de la corriente militar reformadora, que se convierte —incluso allí donde no está en el poder— en una pieza clave en su análisis y su estrategia.

Las modificaciones estructurales que tienen lugar en el país gozan del apoyo de los campesinos, de los obreros del petróleo y de los obreros agrícolas. Diariamente se extiende la unidad del proletariado en el seno de la Confederación General de los Trabajadores del Perú, que se pronuncia resueltamente por transformaciones revolucionarias. Todo esto equivale a un nuevo reparto de las fuerzas de clases.

LA "DOCTRINA VELASCO"

En estas condiciones se formuló la "Doctrina Velasco" y se promulgaron

* Jorge del Prado, "¿Revolución en el Perú?", *Nouvelle Revue Internationale*, febrero de 1971, pp. 215-16, 219-22.

las leyes sobre la industria y la "comunidad industrial", marcando el inicio de una nueva etapa, un salto cualitativo en el proceso revolucionario.

El presidente de la República formuló cuatro principios fundamentales de la política del gobierno: 1] las principales riquezas y los recursos naturales del país deben pertenecer al Estado; 2] el desarrollo económico debe responder no a la sed de lucro de ciertas personas y de ciertos grupos, sino a los intereses del país; 3] las inversiones extranjeras también deben corresponder a los intereses nacionales; 4] todas estas medidas deben contribuir al fortalecimiento de la independencia del país y al mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo.

Las leyes promulgadas por el nuevo gobierno prevén la instauración de la propiedad estatal de la producción de los medios principales de producción, la planificación del desarrollo industrial del país, la participación de los trabajadores en el reparto de las utilidades y de las acciones y en la gestión de las empresas.

Todo esto supera el marco habitual de las relaciones de producción capitalistas. Se limita la propiedad capitalista privada de los medios de producción y la apropiación de la plusvalía por los capitalistas. La planificación obligatoria en el interés del país termina con la libre competencia y la anarquía de la producción, a condición, por supuesto, de que estas medidas se apliquen al pie de la letra.

Los imperialistas y la oligarquía local ponen el grito en el cielo y califican lo que ocurre de "socialismo oculto" y de "procomunismo". Para responder a estas afirmaciones, el gobierno declara que se trata de una nueva vía de desarrollo, ni capitalista, ni comunista, que elimina la explotación, los abusos, la rapacidad del capitalismo y la "deshumanización" del socialismo. Naturalmente, aunque no estemos de acuerdo con esta última afirmación, compartimos el punto de vista del gobierno, que piensa que las transformaciones que se realizan en el Perú nos alejan poco a poco del capitalismo. El presidente Velasco y sus colaboradores denuncian abiertamente el sistema capitalista como un régimen inhumano y como el principal responsable del estado de dependencia y del subdesarrollo de nuestro país.

Admitimos igualmente que la revolución en el Perú no es socialista y por consiguiente muy alejada del comunismo. Pero, si bien, respetamos la opinión del gobierno, no creemos en la posibilidad de una tercera vía, ni para el Perú, ni para otro país. El problema radica en que, pese al deseo loable de los miembros más progresistas del gobierno revolucionario de lograr la "armonía social" y pese a nuestra voluntad de llevar a cabo transformaciones revolucionarias sin recurrir a la violencia, la coexistencia permanente y pacífica del proletariado y de la burguesía (así como del imperialismo y del movimiento de liberación nacional) es imposible debido a las leyes objetivas del desarrollo social. Tampoco resulta posible conjugar por mucho tiempo la propiedad privada y la propiedad colectiva de los medios de

producción en el seno de una misma empresa. No se puede asegurar el desarrollo de las fuerzas productivas en beneficio de la sociedad entera sin socializar todos los medios de producción. Por lo tanto, la "comunidad industrial" sólo puede ser una etapa transitoria que llevará al socialismo con el tiempo si, como lo esperamos, el gobierno persiste en su voluntad de progreso económico y social, pese a la presión del imperialismo y de la oligarquía. Por el momento, los empresarios se niegan obstinadamente a pagar el 10% de sus ingresos a los obreros, el 15% a la "comunidad industrial" y el 2% a la investigación científica y técnica, como las leyes lo prevén. También se oponen por todos los medios a la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas. Los trabajadores, por su parte, luchan resueltamente por la aplicación de los derechos que conquistaron. [...]

En cuanto a las posiciones de clase actuales del gobierno peruano, se puede decir que traducen los intereses de la pequeña burguesía progresista y que, en el plano político, éste preconiza la edificación de una especie de sociedad intermedia entre el capitalismo y el socialismo. Pero como la concepción de esta sociedad carece de cualquier fundamento, el propio curso de los acontecimientos obligará al gobierno a hacer coincidir cada vez más sus posiciones con las del proletariado y de las masas de los trabajadores de las ciudades y del campo. En esas condiciones, la pequeña burguesía ya no será su principal apoyo político y social.

MASAS POPULARES Y PARTIDO

¿Acaso puede decirse que las masas populares no tuvieron ninguna relación con lo que ocurrió? ¿Acaso se puede afirmar que la clase obrera y el Partido Comunista Peruano no desempeñaron ningún papel? ¿Acaso el desarrollo de la revolución depende solamente de las fuerzas armadas?

Los años sesenta en el Perú estuvieron marcados por el crecimiento numérico del proletariado, por la consolidación de su organización y su fortalecimiento político, por la intensificación de la lucha y el aumento del nivel de conciencia revolucionaria de los trabajadores de la ciudad y del campo. La Confederación General de Trabajadores del Perú se reorganiza y se consolida, la lucha de los campesinos por la tierra se intensifica.

Nuestro partido denuncia resueltamente a los regímenes reaccionarios y las represiones brutales ejercidas por las fuerzas pro imperialistas y pro oligárquicas. Se deshace al mismo tiempo de los enemigos internos escisionistas y oportunistas. Revisa sus estructuras y elabora una nueva política. Todo esto forma parte de la acumulación de fuerzas que se tradujo en la creación del Frente Nacional de Defensa del Petróleo y del Frente de Liberación Nacional y en los éxitos obtenidos por la Unidad de la Izquierda en las elecciones.

Ahora que el gobierno revolucionario de las fuerzas armadas llegó al poder, la línea de nuestro partido es clara, firme y comprensible. Las amplias masas la aprueban. No se trata únicamente de formular y difundir un programa político, sino también de ponerlo en práctica. Alentamos sin reservas la participación consciente de la clase obrera organizada en la defensa y la extensión de las transformaciones antimperialistas, antioligárquicas y progresistas que se llevan a cabo en el país. Desplegamos igualmente grandes esfuerzos para asegurar la participación organizada de los estudiantes, de los campesinos, de las capas no proletarias de la población de las ciudades, del pueblo entero, en este proceso.

Los comunistas ven claramente la vía que tienen que seguir. Apoyamos al gobierno que marcó el inicio de la revolución antimperialista y antioligárquica por la cual siempre hemos luchado. Pero no olvidamos el papel de nuestro partido y la hegemonía del proletariado. La revolución en el Perú no ha llegado más que a su primera etapa. No olvidamos nuestra misión histórica y hacemos todo lo posible por llevarla a cabo.

PROCESO REVOLUCIONARIO Y CONSPIRACIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA

¿Acaso puede decirse que la revolución antimperialista y antilatifundista se desarrollará con éxito? ¿Acaso es justo pensar que ningún peligro la amenaza y que su camino será simple?

Si se examina la situación dentro del país y en el mundo, se puede decir, casi con certeza, que las conquistas logradas son irreversibles. Pero esto no significa que la revolución entre en un periodo de desarrollo y que ningún peligro la amenace. El imperialismo aún no está vencido, aunque sufra duras derrotas. Durante un mitin en Lima, el 3 de octubre de 1970, el presidente Velasco Alvarado recalcó las numerosas dificultades que el país debe enfrentar.

Quedan por resolver muchos problemas heredados del pasado. Habrá que nacionalizar varias empresas imperialistas, reformar el sistema de enseñanza, etcétera.

El aparato de Estado, sus importantes instituciones como la policía política, el poder local, están impregnados de conservadurismo, de burocratismo, de oportunismo, de espíritu reaccionario y de corrupción. Es en este ámbito que se corren los mayores peligros de sabotaje, de conspiración de la oligarquía y del imperialismo.

No se ha superado aún la crisis económica y los graves problemas que de ella derivan permanecen sin solución. Se observa, por ejemplo, un hecho paradójico. Por una parte, después de la nacionalización del petróleo y del comercio de los minerales, y del establecimiento de un control de cambios, etcétera, el déficit de la balanza de pagos y del presupuesto del Estado fue borrado por vez primera en seis años. Hay cuatrocientos mi-

llones de reservas en divisas en la Banca de Reserva y en el Banco Nacional. Por otra, el desempleo total y parcial afecta a quinientas mil personas y el índice del salario real bajó, entre enero de 1967 y noviembre de 1969, 25.5 puntos. Esto se debe a que los depositarios retiran su dinero del banco, mientras que los jefes de empresas recurren a despidos masivos de trabajadores y a otras medidas que disminuyen su nivel de vida.

Los estudiantes, los intelectuales y algunas otras capas de la población desconfían cada vez más del régimen militar. Esta desconfianza tiene raíces históricas y se encuentra alimentada por los medios de información y de propaganda de los enemigos del pueblo.

Pensamos que hace falta añadir a estos obstáculos el peligro de las tendencias de la "tercera vía". Al querer darle fundamentos históricos, sus adeptos acaban por alimentar el anticomunismo y enjuiciar el sincero y resuelto apoyo que la clase obrera, los trabajadores del campo y las masas no proletarias otorgan al gobierno y a su política de transformaciones fundamentales.

NUEVA FASE DEL PROCESO REVOLUCIONARIO

La promulgación de la ley general sobre la industria y de la ley sobre la "comunidad industrial" marcó el inicio de una nueva fase en el proceso revolucionario. Éste incluye las siguientes particularidades: las medidas tomadas afectan no sólo los intereses de los imperialistas y de los latifundistas, sino también los aspectos más nocivos de las relaciones de producción capitalistas. La participación de la clase obrera en las transformaciones se vuelve activa, organizada, consciente y decisiva. Se ha constituido un frente unido de las fuerzas populares; las corrientes que forman parte de él acordaron una alianza con los medios militares revolucionarios. Siete organizaciones forman actualmente el núcleo de este movimiento de masas: la Confederación General de Trabajadores del Perú, la Central General de las Nuevas Ciudades, la Asociación de los Sargentos, de los Soldados y de los Marineros, la Federación de Campesinos "Tupac Amaru", la Asociación Nacional de Cooperativas, la Brigada Nacional de Voluntarios para la Reforma Agraria y la cooperativa "Prensa y Pueblo"; la acción coordinada y consecuente de estas organizaciones atraerá a todos los peruanos dispuestos a luchar resueltamente para alcanzar los objetivos más elevados de la revolución.

PARTIDO COMUNISTA MEXICANO, *Por el pluralismo socialista**

El Partido Comunista Mexicano fue durante mucho tiempo uno de los

* "Saludo del PCM", *La Internacional*, n. 5-6, México, septiembre-diciembre de 1977.

más incondicionalmente stalinistas de América Latina. Alguno de sus dirigentes (Siqueiros) participó directamente en el primer intento de asesinar a Trotsky en 1940; uno de los principales líderes del partido, Valentín Campa, fue excluido en esa época porque no quería comprometer a los comunistas mexicanos en el homicidio del fundador del Ejército Rojo. Todavía en 1945, el periódico del PCM publicaba artículos con el título evocador "Aplastar a los reptiles trotskistas es una tarea de todos los antifascistas" y exigía del gobierno mexicano la prohibición del pequeño grupo trotskista mexicano (véase La Voz de México, órgano del PCM, 13 de mayo de 1945).

A partir de los años sesenta, empieza a producirse un cambio importante: la dirección del partido se renueva, el PCM guarda sus distancias hacia la URSS y condena la invasión de Checoslovaquia (será uno de los pocos partidos comunistas latinoamericanos en hacerlo). Valentín Campa es "rehabilitado" y vuelve a la dirección del partido (en 1976, es candidato en las elecciones presidenciales, apoyado por un frente que incluye a los trotskistas mexicanos).

El documento que publicamos aquí es el mensaje enviado por el PCM al PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), sección mexicana de la Cuarta Internacional, con motivo de su Congreso Extraordinario de septiembre de 1977 (durante el cual se le unieron otros dos grupos trotskistas mexicanos). Afirma dos principios importantes, sintomáticos de cierta ruptura con el pasado: la unidad de acción con la izquierda revolucionaria (incluso con los trotskistas) y el pluralismo de los partidos obreros en la construcción del socialismo.

El conjunto del planteamiento del PCM es bastante excepcional con respecto al resto del movimiento comunista tradicional en América Latina.

Compañeros delegados:

Reciban a nombre del Comité Central del Partido Comunista Mexicano un fraternal y revolucionario saludo, así como nuestros mejores deseos para que los acuerdos y resoluciones adoptados en este evento hagan avanzar el proceso de la lucha revolucionaria que hoy tiene lugar en nuestro país.

El momento político en el que se realiza este Congreso es de gran importancia e interés para todos los revolucionarios pues ustedes y nosotros somos no sólo testigos de las diversas acciones de la lucha que hoy se desarrolla en México, sino actores y participantes de ellas. Vivimos y actuamos en un país que padece una profunda crisis política y económica que ha llevado a una quiebra total de la cual no podrá recuperarse; todo su sistema político constituido para someter y controlar a las masas trabajadoras se está viniendo abajo y mostrando su quiebra; el sistema de partidos ya no engaña a nadie, el charrismo sindical es puesto en jaque constantemente por el proletariado; en el campo las masas pasan a la acción y

se organizan independientemente; éstos son los inicios del descontento que culminará si las fuerzas revolucionarias cumplimos nuestro papel en cambios de fondo.

En medio de esta situación estamos haciendo todo lo posible para que las fuerzas revolucionarias que pugnamos por la revolución socialista y que constituimos una alternativa a la situación de hoy, podamos marchar cada vez más unidas y avanzar hacia el objetivo que nos proponemos.

Los comunistas mexicanos no somos pesimistas respecto al proceso de unidad que hoy viven ustedes, al contrario, nos da gusto que se desarrollen, fortalezcan y superen como un partido serio, maduro, consolidado y revolucionario, pues estamos lejos de pensar que en la próxima revolución en México sólo estarán presentes los comunistas; la revolución la harán las masas y en ella participarán los partidos obreros revolucionarios, el más capaz será quien dirigirá. Somos partidarios de que en el socialismo puedan existir pluralidad de partidos obreros y será la capacidad científica y revolucionaria de esos partidos lo que los colocará a la vanguardia de la clase obrera y la conduzca a la tarea de construir la sociedad socialista.

Estamos por la unidad de acción con ustedes, nos interesa estrecharla, fortalecerla y multiplicarla, aún más de lo que hasta ahora hemos hecho, nos complace sobremanera y consideramos que podemos poner como ejemplo de unidad de acción las diversas actividades revolucionarias conjuntas llevadas a cabo por nuestros comités regionales en el Valle de México, cuestión que debería ser tomada en cuenta por el conjunto de nuestros partidos.

Somos conscientes y estamos claros de las discrepancias políticas e ideológicas que tenemos mutuamente, pero hoy es mucho más lo que nos une, aún tenemos un largo camino que recorrer juntos y en ese camino compañeros, debemos ir resolviendo y discutiendo nuestras diferencias, pues ponerlas hoy en el primer plano simplemente nos alejaría de la unidad; hagamos hoy el recorrido que corresponde para que mañana podamos recorrer el otro tramo sin que se convierta en un obstáculo.

Compañeros, hace sólo tres meses —no lo olvidamos— vuestro Partido fue víctima de una agresión reaccionaria en la que perdió la vida el camarada Alfonso Peralta, de nuevo queremos reiterar nuestra solidaridad militante en este Congreso y nos unimos a ustedes en el homenaje que hoy se le rinde a ese luchador revolucionario. Queremos dejar patente también, de que en los comunistas mexicanos encontrarán unos aliados firmes, leales, honestos y revolucionarios.

¡Viva el Primer Congreso Extraordinario del PRT!

PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL, *La revolución nacional-democrática**

Este documento, del año 1968, define la estrategia política fundamental del PC del Brasil. Se trata de la tradicional concepción de la revolución por etapas, en una versión totalmente clásica, stalinista. La orientación de la corriente castrista (la OLAS) es criticada por su intento de "mezclar" los objetivos socialistas y nacional-democráticos de la lucha. Desde este punto de vista, la doctrina del maoísmo brasileño parece menos una renovación que un regreso a la política del partido antes de 1956.

Las naciones latinoamericanas han visto trabado su progreso por los mismos obstáculos —la dominación imperialista extranjera y el sistema del latifundio— y tienen los mismos enemigos —los monopolios norteamericanos, los grandes propietarios de la tierra y la parte de la burguesía ligada a los intereses yanquis—. Los objetivos actuales de las luchas de los pueblos latinoamericanos se dirigen, así, a resolver tareas de tipo nacional y democrático.

La revolución en los diversos países de América Latina, por las tareas que ahora necesita afrontar, tiene un carácter democrático-burgués. En todos ellos los problemas por solucionar son semejantes en su contenido económico-social, aunque cada país tenga un diferente grado de desarrollo y presente características y particularidades propias. Pero esta revolución democrático-burguesa es una revolución de nuevo tipo. Forma parte de la revolución proletaria mundial. Su perspectiva es la transición hacia el socialismo. Justamente por eso es indispensable que el proletariado, cuyos intereses están directamente ligados a la conquista del socialismo, sea la fuerza dirigente.

No es procedente y es totalmente errónea la afirmación de ciertas corrientes de izquierda en el sentido de que la revolución en los países de América Latina debe ser socialista. No tienen tampoco razón quienes, no pudiendo negar los aspectos nacional y democrático de la revolución, intentan mezclarlos con los objetivos socialistas, aseverando que la revolución

* "Algunos problemas ideológicos da revolução na America Latina", en *A linha revolucionaria do PC do Brasil*, mayo de 1968, pp. 281-84.

es socialista de liberación nacional —como hacen ciertas agrupaciones católicas de izquierda— o definiendo su carácter como "de lucha por la independencia nacional, por la emancipación con respecto a las oligarquías y por el camino socialista para su pleno desarrollo económico y social" —como ejemplo de lo que declara la I Conferencia Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

Postular el socialismo como tarea de la etapa actual de la revolución es trabar el avance del proceso revolucionario porque restringe grandemente el campo de las fuerzas revolucionarias y facilita la acción de los enemigos del pueblo. Significa negar el papel de los campesinos. En las actuales circunstancias en América Latina, el movimiento campesino, principal base de masas de la revolución, es esencialmente democrático. Tiene como objetivo fundamental liquidar el latifundio y resolver el problema de la entrega de la tierra a los campesinos. No tiene, así, un carácter socialista. A su vez, las grandes masas urbanas, al igual que la clase obrera, si bien manifiestan simpatía por el socialismo, están imbuidas de prejuicios democrático-burgueses y no sienten la necesidad de la dictadura del proletariado. Todas ellas, por lo tanto, aspiran a liquidar los actuales obstáculos al progreso de sus países. Además, en la lucha contra el imperialismo, muchos otros sectores de la población están directamente interesados y pueden participar, levantar como consigna inmediata el socialismo es alejar de la revolución a tales sectores.

Es innegable que América Latina sólo podrá alcanzar un brillante futuro en el socialismo. Sólo este régimen social transformará radicalmente a las naciones latinoamericanas, dando plena expansión a sus fuerzas productivas, asegurando el bienestar de las masas, el amplio desarrollo de la cultura y la verdadera democracia para el pueblo. Pero el camino para alcanzarlo pasa necesariamente por la etapa nacional y democrática. En la construcción de las tareas de esa etapa se crean las condiciones, objetivas y subjetivas, favorables a la transición al socialismo.

Conviene destacar también que, en toda lucha, hay siempre un enemigo principal a combatir, cuya derrota posibilita la liquidación de los demás adversarios. Esto tiene relación directa con el carácter de la revolución. Concentrar esfuerzos contra el enemigo principal, movilizar contra él el máximo de aliados y neutralizar las fuerzas que podrían ser por él movilizadas, es el principio estratégico fundamental. No se consigue la victoria si no se tiene en cuenta este principio. En la actualidad, el imperialismo y el latifundio son los enemigos principales de los pueblos latinoamericanos. ¿Por qué agregar a estos enemigos el capitalismo nacional en su conjunto, levantando medidas socialistas como reivindicaciones inmediatas? Al presentar las exigencias democráticas y antimperialistas, que una vez satisfechas hieren de muerte a aquellos enemigos, el proletariado puede aliarse temporalmente con una parte de la burguesía, incluso vacilante, neutralizar a otra y golpear solamente a los sectores burgueses ligados al imperialismo.

Aplicación magistral y creadora de este principio básico de concentración de esfuerzos fue la realizada en el periodo de la segunda guerra mundial en la lucha contra el fascismo. La unión de los más amplios sectores de la población contra el enemigo común selló su derrota y abrió el camino hacia la victoria de la revolución en varios países de Europa y de Asia. Este principio fue hábilmente empleado en China. En este país, hasta la victoria final de la revolución, solamente se plantearon las reivindicaciones inherentes a la etapa democrático-burguesa y, durante un largo periodo de la lucha revolucionaria, la dirección del ataque principal fue orientada contra el imperialismo japonés, se intentó atraer a la burguesía hacia la lucha antijaponesa e inclusive se atenuó la lucha contra los latifundistas. Es bastante ilustrativo también el ejemplo de la Revolución Cubana. Sus líderes concentraron los ataques en la dictadura de Fulgencio Batista y contra ella orientaron la dirección del golpe principal de las fuerzas revolucionarias. Con este objetivo levantaron únicamente la bandera de la democracia, lo que posibilitó aislar al enemigo y fortalecer la revolución. Ernesto Che Guevara, en su artículo "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?", del 9 de abril de 1961, afirmó: "No creemos que se pueda considerar excepcional el hecho de que la burguesía, o, por lo menos, una buena parte de ella, se mostrara favorable a la guerra revolucionaria contra la tiranía". Y más adelante agregó: "Teniendo en cuenta las condiciones en que se libró la guerra revolucionaria y la complejidad de las tendencias políticas que se oponían a la tiranía, tampoco resulta excepcional el hecho de que algunos elementos latifundistas adoptaran una actitud neutral, o al menos, no beligerante, hacia las fuerzas insurreccionales". Esto prueba que la Revolución Cubana tuvo una etapa democrático-burguesa bien definida. Es de lamentar que esa experiencia haya sido abandonada por los dirigentes cubanos, inclusive por el autor del artículo, valiente y probado revolucionario, que poco antes de morir consideraba que el carácter de la revolución en los países de América Latina debe ser socialista. Ahora, las fuerzas revolucionarias de Vietnam unen a todos los patriotas en el combate contra los imperialistas yanquis y sus lacayos y contra ellos dirigen el filo de sus ataques. El programa del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, recientemente publicado, incluye solamente reivindicaciones correspondientes a la etapa nacional y democrática. Y esto cuando la parte norte del país ya es socialista.

Estas experiencias demuestran hasta qué punto es importante definir de manera correcta el carácter de la revolución y cómo es nocivo establecer ahora objetivos que corresponden a otra etapa del proceso revolucionario. Para los pueblos del continente ésta es una cuestión vital. En todos los países de América Latina es bastante evidente la naturaleza nacional y democrática, de carácter agrario y antimperialista, y el aspecto popular de la revolución.

PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL, *La guerra popular**

Durante los años 1968-71, el Partido Comunista del Brasil se niega a comprometerse en el proceso de lucha armada desencadenado por las organizaciones castristas, a las que acusará de aventurerismo. Durante los años setenta, el partido maoísta brasileño lanza su propia experiencia de combate, bajo la forma de una guerrilla rural en la Amazonia que es diezmada por la represión militar.

Este texto, fechado en 1969, trata de aplicar a la realidad brasileña la estrategia militar maoísta de cerco de las ciudades por el campo durante el transcurso de una guerra popular dirigida por el partido comunista.

Si desde el punto de vista de la estrategia política (revolución nacional-democrática), el Partido Comunista del Brasil no está muy alejado de su rival prosoviético, referente a este problema (la guerra del pueblo), sí se diferencia radicalmente de él.

Los factores favorables y desfavorables para la revolución, factores inherentes a la realidad brasileña, son elementos esenciales para determinar la vía de la lucha armada; se puede decir que de ahí se derivan las perspectivas fundamentales del desarrollo de la guerra revolucionaria en el Brasil.

¿Cuáles son esas perspectivas?

1] La lucha armada del pueblo brasileño será realmente una guerra popular que reúna a las masas más importantes de la población. La dependencia del país y la monopolización de la tierra por una minoría de grandes terratenientes confieren a la revolución un carácter nacional-democrático, lo que permite movilizar considerables fuerzas sociales para derrocar el régimen actual. Las clases dominantes no pueden resolver la contradicción entre el acelerado crecimiento demográfico y la carencia cada vez mayor de empleos, medios de educación y asistencia. Tampoco están capacitadas para evitar el contraste, cada vez más escandaloso, entre el Brasil de las grandes ciudades y el Brasil del interior. De aquí el creciente descontento de vastos sectores populares cuyas aspiraciones podrá satisfacer sólo la revolución. El hecho de que el pueblo brasileño ya haya gozado de ciertas libertades durante los recientes periodos de auge democrático, y haya desarrollado su conciencia política, lo impulsa a luchar cada vez más decididamente contra la reacción y la dominación imperialista. Una lucha armada de carácter verdaderamente popular no puede ser dirigida por la burguesía nacional, ni por la pequeña burguesía, fuerzas sociales ambas inconsecuentes. La dirección del Partido Comunista del Brasil, partido del

* "Guerra popular. Caminho da luta armada no Brasil", en *A linha revolucionária do PC do Brasil*, enero de 1969, pp. 300-3.

proletariado y defensor intransigente de los intereses de las masas más deprimidas, actuará de manera que la lucha revolucionaria sea la lucha de la aplastante mayoría de la población y que su acción resulte eficaz. En esta forma la lucha armada de las fuerzas revolucionarias tendrá un carácter eminentemente popular y será una guerra del pueblo.

2) Las grandes ciudades no pueden ser el escenario principal de la guerra de liberación del pueblo brasileño, porque los contingentes más importantes de las fuerzas enemigas se concentran en ellas. En Río de Janeiro, São Paulo, Porto Alegre, Recife, Belo Horizonte, Salvador, etcétera, se encuentran acantonadas guarniciones perfectamente equipadas y entrenadas para aplastar las luchas populares, insuficientemente armadas, por su parte, para entablar combate.

Esto no niega el importante papel de las grandes ciudades, no sólo en la preparación sino también en el desarrollo de la guerra popular. Los centros urbanos agrupan a tres millones de obreros y a una importante clase pequeñoburguesa que constituyen, unidos a los campesinos y a los asalariados agrícolas, las fuerzas motrices de la revolución. Las ciudades tienen una tradición de amplios y activos movimientos de masas; el de los estudiantes y el de las huelgas obreras constituyen un ejemplo en estos últimos años. Estas luchas minan el poder de las clases dominantes y obligan a la reacción a mantener importantes fuerzas militares en las ciudades. La acción revolucionaria puede alcanzar en ellas a los órganos de decisión política y militar del enemigo, tanto como a su base logística. Las ciudades enviarán a un considerable número de patriotas a unirse con las fuerzas armadas del interior. Una estrecha coordinación de las actividades revolucionarias, armadas y no armadas, en el campo y las ciudades, conducirá al triunfo de las fuerzas populares. El movimiento político de las masas en las ciudades ayuda a preparar y a desencadenar acciones armadas en el campo que a su vez impulsan las luchas de masas en los grandes centros urbanos. El interior, donde la población vive en el abandono, la ignorancia y la miseria, es un terreno propicio para la guerra popular. En todos los niveles, los campesinos se esfuerzan en la lucha por sus derechos; sus acciones tienen en conjunto un carácter radical debido a la brutal represión por parte de los latifundistas y de la policía. Principalmente en las zonas donde se han llevado a cabo invasiones de tierras (*posseiros*), son muy frecuentes los choques armados con las milicias privadas de los latifundistas (*grileiros*). La sexta conferencia nacional del partido ha subrayado la importancia de las masas campesinas para la conquista de los objetivos nacionales y democráticos. Reiteradamente han manifestado su aspiración a la posesión de la tierra; representan un considerable potencial revolucionario que, incluso en los momentos de reflujo, permanece sensible ante las luchas más virulentas y es capaz de suministrar el contingente de combatientes más importante de la guerra popular. El interior es el eslabón más débil en el dominio de las fuerzas reaccionarias del país, ya que éstas no disponen de

efectivos militares suficientes para ocupar las vastas zonas rurales que, incluso con millones de soldados, brasileños o norteamericanos, no podrían controlar. Las tropas reaccionarias se encontrarían en un medio hostil: situación geográfica favorable para los combatientes del pueblo y contraria para las unidades de represión, medios de transporte difíciles o ineficaces, dificultades de abastecimiento dado el número tan considerable de hombres, condiciones sociales desfavorables, etcétera. Las vías de comunicación con esta zona son precarias y bastante vulnerables y serían necesarios enormes contingentes de protección. Para ocupar estas zonas, las tropas de la reacción tendrían que dispersarse, quedando así expuestas a los golpes de los revolucionarios. En el interior, las fuerzas armadas populares dispondrán de un amplio campo de maniobras que les permitirá evitar el cerco, ahorrar y acumular sus fuerzas. Es también la zona donde es posible asegurar la supervivencia de los grupos combatientes en la difícil fase inicial de la guerra popular. Por lo tanto, el interior constituye el escenario principal de la guerra popular.

PARTIDO COMUNISTA (ML) DE COLOMBIA, *La guerra del pueblo**

El Partido Comunista (Marxista-Leninista) de Colombia, organización maoísta surgida de una escisión del partido prosoviético hacia 1963-1964, fue en un principio considerablemente influido por el castrismo. Sus primeros documentos mencionan tanto los escritos de Mao Tse-tung como los del Che Guevara y de Fidel Castro. Es también uno de los pocos grupos maoístas que emprendieron desde los años sesenta la lucha armada, mediante la creación, en 1967, del ELP (Ejército de Liberación del Pueblo), que fue durante algunos años un núcleo armado bastante importante (se debilitará mucho en los años setenta debido a las sucesivas escisiones del partido maoísta).

Este documento explica la concepción maoísta de la guerra del pueblo, en oposición a la estrategia de autodefensa de las masas, practicada por el PC tradicional, que tenía su propio instrumento armado (las FARC, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), encargado de la defensa de ciertas zonas campesinas.

La "autodefensa de masas" es una política promovida por los revisionistas desde 1948, fruto de su vil alianza con los grandes terratenientes. Se inició en Viota y alcanzó su apogeo en 1953-57, periodo en que los revisionistas lograron someter lo que quedaba del movimiento guerrillero. La "autode-

* "Conclusiones del II Pleno del Comité Central del PCML de Colombia", diciembre de 1965, *Combatiendo Unidos Venceremos*, Documentos 1, PC de Colombia-ML, ed. 8 de Junio, Medellín, 1975, p. 275-78, 292-93.

fensa" tiene como objetivo la transformación de la guerrilla en ligas campesinas, la alianza de estas últimas con los grandes terratenientes para "garantizar la paz en la región" y la canalización de toda expresión de la lucha de clases entre, por una parte, los latifundistas y, por otra, los obreros agrícolas, los campesinos pobres y los campesinos medios.

Naturalmente, no podemos desconocer el derecho de un pueblo a defenderse cuando se le ataca. Sin embargo, hacer del derecho de defensa la política estratégica de las masas para la toma del poder y presentar la "autodefensa" como una forma superior de lucha popular, no es solamente un error muy grave, sino una manifiesta traición a la causa de la revolución colombiana. La guerra popular no puede progresar sin ofensiva táctica o, como dice el Che Guevara, *sin defensa con ataque*.

Las principales fallas de esta estrategia revisionista están ligadas a sus propios orígenes:

a] El culto a la espontaneidad que deja toda iniciativa al enemigo, instala a los combatientes en una espera pasiva de la agresión y los convierte en protectores del miserable statu quo del campo; y esto es precisamente lo que quieren las clases dominantes.

Los revisionistas deducen este principio del hecho de que los campesinos —en la primera fase de violencia reaccionaria ya descrita— emprenden la lucha bajo la presión del enemigo, olvidando que los que se transforman así en guerrilleros son los sobrevivientes de las matanzas oficiales, que ya tenían en su haber a cientos de miles de muertos.

b] Una falsa idea del carácter *legalista* de la burguesía, ya que la "autodefensa" no es sino un intento "jurídico" de conducir la lucha armada sin apartarse de las normas del código penal vigente que garantiza el "derecho a la legítima defensa".

c] La supresión de todo criterio de clase, que lleva a los creadores de la "autodefensa" a impulsar a los campesinos a concertar alianzas contra natura con los terratenientes y sus agentes "a fin de evitar daños a la región", lo que conduce a una separación de los jefes del gobierno del aparato represivo, culpando así de la violencia a los oficiales y funcionarios menores (sargentos, subtenientes y alcaldes) o al "alto mando" del ejército, como si todos ellos no fueran burgueses, como si dirigieran la guerra contra el pueblo por su propia cuenta y no en calidad de ejecutores de la política de las clases dominantes y principalmente del imperialismo yanqui. En esta forma, se ven llevados a reclamar la paz a los ministros y al presidente, olvidándose de que éstos son burgueses o grandes terratenientes encargados de misiones dentro del gobierno o agentes especializados del mismo. Han llegado incluso a concluir, con algunos de sus miembros, pactos secretos que resultan siempre fatales para el pueblo.

d] Hacer de la primera fase de la lucha una *guerra de posiciones*, lo cual transforma a los defensores de las diferentes regiones en fácil presa

para el enemigo, como lo confirman las viejas experiencias de Villarica y de Sumapaz y la más reciente de Marquetalia, Pato, Guayabero y Río Chiquito.

e] El desprecio sistemático del objetivo estratégico de la lucha armada, que es la toma del poder político por el pueblo; se insiste en el error principal de la fase de guerrilla precedente, con la diferencia de que en este caso se trata de un error consciente y deliberado que se podría llamar traición con mayor exactitud.

Esto es tan cierto que casi siempre el único objetivo reconocido por los revisionistas ha sido el de la "paz" bajo el dominio de la burguesía autóctona y del imperialismo, sin aspiración alguna o cualquier cambio revolucionario. El resultado es que las regiones donde operan los movimientos campesinos —así como los movimientos mismos— han caído uno tras otro, por culpa suya, sin siquiera haberse arriesgado a romper la simultaneidad de la lucha en las distintas zonas que "dirigían" mediante un modesto plan de solidaridad mutua. Esta criminal indiferencia ha causado importantes pérdidas al pueblo y a ellos mismos; la manifiesta desobediencia de los combatientes que han tomado la iniciativa de convertirse en *guerrilleros por su cuenta* no es una de las pérdidas menores.

Aunque estos fundamentos teóricos sean a tal punto erróneos, la "autodefensa" nos ha dejado algunas importantes experiencias:

a] Ha puesto en evidencia que la lucha armada popular no puede limitarse a su propia defensa sino que debe consistir en una *defensa con ataque destinada a convertirse durante la lucha en una ofensiva estratégica*.

b] La aparición de algunas brigadas campesinas que se han pasado a la guerrilla, negando en la práctica las pretendidas virtudes de la "autodefensa" como forma superior de lucha; estas brigadas pueden constituir a corto plazo una reserva para el movimiento consciente y revolucionario si se liberan totalmente de la tutela revisionista.

c] El desarrollo de ciertas formas de cooperación popular entre las masas campesinas y los combatientes, debido principalmente al hecho de que estos últimos han sostenido con ella relaciones permanentes y han evitado el pillaje y el bandolerismo de los destacamentos armados, actitud motivada por la experiencia de fases anteriores.

LA GUERRA DEL PUEBLO

Conforme a lo dicho anteriormente, queda claro que estamos comprometidos a dirigir nuestra acción no simplemente *a favor de la lucha armada de un partido político por el poder popular, sino a favor de la guerra popular por el poder político*. Es decir, a favor de una lucha dirigida principalmente por las masas agrupadas alrededor de la alianza obrero-campesina, dentro de la cual nuestro partido, siendo la vanguardia de la clase

obrero, debe desempeñar el papel de vanguardia.

Esto significa que para nosotros el problema no es saber si debemos lanzar o no una ofensiva armada contra el imperialismo y la oligarquía autóctona, ni siquiera el de saber cómo lanzarla. Lo fundamental en el momento actual es lograr mantenerla y generalizarla para que se transforme en lo que reclaman los trabajadores colombianos: una vasta contraofensiva que respondería a la ofensiva que los explotadores de nuestro pueblo sostienen desde hace veinte años.

No lo lograremos sino mediante la más amplia movilización posible de las masas. Es decir por medio de un *cambio cualitativo* de la lucha reivindicativa en general, que se obtiene no sólo mediante una elevación del nivel de esta lucha, sino sobre todo por una diligente y constante *denuncia política*, del imperialismo yanqui y de la oligarquía y sus actos criminales, desenmascarando la realidad nacional y exponiendo los objetivos estratégicos de la revolución colombiana, pública e incansablemente.

No se trata de movilizar a las masas en abstracto, sino de llevarlas a la guerra contra sus enemigos después de haber realizado su unificación en el seno del frente patriótico de liberación nacional.

Solamente entonces la guerra popular será una forma superior de lucha de masas, generalizada y ascendente, totalmente diferente de la formación de uno o dos focos guerrilleros.

Con una gran parte del pueblo hemos intentado —y la experiencia ha demostrado que estábamos equivocados— hacer la guerra partiendo de uno o varios frentes armados (o "focos") dando más o menos la espalda a las masas. Para nuestro partido, se trata de *extender la guerra popular* a partir de varias zonas guerrilleras estrechamente vinculadas con el pueblo de cada región. Además sabemos que la concentración de las fuerzas revolucionarias en un solo lugar trae la concentración de fuerzas enemigas en ese mismo lugar, privándonos así de la superioridad táctica adquirida en el inicio. Por lo tanto es necesario desarrollar la lucha más o menos simultáneamente en diversas zonas con el objeto de dispersar los efectivos del enemigo. Nadie ignora lo que actualmente sucede en el país y que esto constituye una garantía de la extensión progresiva de la guerra popular.

VI. EL TROTSKISMO

HUGO BLANCO, *¿Milicia o guerrilla?**

Nacido en Cuzco en 1934, estudiante de agronomía y luego fundador del FIR (Frente de Izquierda Revolucionaria, organización trotskista peruana), Hugo Blanco animó uno de los más importantes movimientos campesinos de los años sesenta. Dirigente de la Federación Provincial de Campesinos de los valles de la Convención y Lares, organiza las huelgas, las ocupaciones de tierras y arma una milicia sindical, durante los años 1961-63. Detenido en 1963, Hugo Blanco pasará ocho años en prisión; en 1964, escribe en calidad de prisionero una carta que hace el balance de su experiencia y analiza el problema de la relación entre partido y sindicatos, guerrillas y milicia en la lucha revolucionaria de los campesinos.

Amnistiado en 1970, Hugo Blanco se incorporó a las luchas en Perú, por lo que fue varias veces deportado del país. En 1978 fue candidato del FOCEP (Frente Obrero Campesino Estudiantil del Perú) a la Asamblea Constituyente, y elegido diputado con la tercera votación más alta del país. En la actualidad es dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores (sección peruana de la IV Internacional).

Las experiencias cubana, china, etcétera, se caracterizaron, en su punto de partida, por la ausencia de organización de las masas combatientes, considerada hasta entonces como una condición previa. Era totalmente normal que el grupo armado no gozara en un principio de la confianza de las masas, lo que le daba el carácter nómada del guerrillero. Pero cuando el grupo armado logra granjearse la confianza y el apoyo de las masas, pierde su carácter nómada para instalarse en un mismo sitio. En estas condiciones, la guerrilla constituye el eje de la lucha del pueblo, el núcleo polarizador y organizador, la vanguardia. Se trata por lo tanto de un grupo que se preparó y organizó al margen de un movimiento de masas casi inexistente, movimiento que la guerrilla, surgida ella misma del seno de las masas, está llamada a organizar.

En el Perú ya existen organizaciones que agrupan a amplias masas. En

* Hugo Blanco, "A propos des guerrillas et des milices", *Quatrième Internationale*, París, n. 24, marzo de 1965, pp. 45-47. [Las notas son de la redacción de la revista.]

las regiones donde estas organizaciones están constituidas, pocas personas quedan al margen de éstas.

La pregunta fundamental es la siguiente: ¿acaso piensas que existe actualmente en el campo una situación de doble poder?¹ Si no lo piensas, tienes que pronunciarte por las guerrillas.² Pero si estás convencido de que esta situación existe, entonces debes escoger las milicias.³

Después de abril de 1962, cuando me encontraba separado de mis camaradas y que grandes nubes putschistas pasaban aún por mi mente, redacté bajo la presión de la realidad un informe titulado *La zona liberada antes de la insurrección*. Por cierto, este informe contiene algunos errores de apreciación, pero con el mero título puede uno darse cuenta de cómo se había desarrollado la situación de poder dual.⁴ También conoces lo que escribí acerca de los sindicatos campesinos.⁵ Parece inútil recordar estas cosas a un miembro del FIR, "factor consciente del despertar del campesinado", como tú dices. Si recuerdo estas cosas es porque me parece que tus ideas acerca de la lucha armada son el producto de tu desconocimiento y de tu aislamiento del trabajo de base del FIR.

Si para entablar la lucha armada se parte de situaciones tan diferentes a las de Cuba y de China, resulta obvio que esta lucha debe en un principio ser diferente de las demás. Éste es el "proceso dialéctico".

La guerrilla, como lo dices, debe "granjearse la simpatía del campesinado".

La milicia es el producto del ascenso del campesinado. Las masas, habiendo entendido la necesidad de la lucha armada, crean las milicias. Éstas son engendradas por el propio campesinado y gozan por lo tanto de su confianza, de su apoyo, aun antes de surgir. No olvides que los campesinos ya decidieron la constitución de comités de defensa: están conscientes de la necesidad de estos comités y saben que ellos mismos son los que deben crearlos.

A tu frase "*Aquí se une el movimiento de masas a las formas embrionarias de la lucha armada por el poder*", hubiera preferido ésta: "*Aquí el*

¹ Conviene precisar que se trata de la dualidad del poder que menciona la carta [de H. B.] fechada el 7 de febrero, es decir de una lucha por el poder dispersa, inconsciente, sin centralización y sin programa. No obstante, esta lucha tiende necesariamente a desarrollarse, a cobrar mayor conciencia, gracias a la acción de la vanguardia.

² Independientemente del desarrollo del movimiento de masas. Difieren de los Comités de Defensa, brazos armados del campesinado, que están destinados a emplear métodos de guerrillas durante la lucha.

³ Es la denominación más precisa que se puede dar a los Comités de Defensa debido a que se constituyen y se desarrollan en el seno de la masa campesina, independientemente de la técnica que utilizarán en el momento de los combates.

⁴ Este informe acerca de la dualidad de poder fue adoptado por la dirección nacional del FIR.

⁵ Este texto fue publicado por *Revolución Peruana* y adoptado por la dirección del FIR.

movimiento de las masas alcanza la fase de la lucha armada por el poder" (aun si no se percibe este objetivo conscientemente en un principio).

Preguntas: "*¿Cuál es el organismo destinado a preparar y a organizar la lucha armada: el sindicato campesino o el partido?*". Para ayudarnos a contestar, preguntaré a mi vez: ¿quién dirigirá la ocupación de las tierras en Cuzco? ¿Los sindicatos? ¿El Partido? ¿Y quién tomó el poder en Rusia... los soviets? ¿O el partido? La respuesta en los tres casos es: fue el partido a través de las organizaciones de masas, en nuestro caso a través de los sindicatos campesinos. Éstos ya demostraron que estaban de acuerdo en ello. No queda más que actuar.

"[...] esta forma de lucha es practicada por organismos formados y disciplinados en la ciencia y el arte de la guerra revolucionaria. Por lo tanto el sindicato no podría ni organizar ni dirigir la lucha armada". Estos organismos son precisamente los comités de defensa del sindicato revolucionario dirigido por el partido.

No niego la gran importancia que tiene el partido. Por el contrario, reconozco que la enorme carencia de 1962 se identifica con la ausencia de un partido, y que de ahí derivaron todas las debilidades.

Es el deber del partido tener células en los sindicatos campesinos; esto es necesario si queremos dirigir lo mejor posible la lucha armada. Debemos aprovechar las experiencias. Si hubiera existido un partido bien organizado —por lo menos en la Convención y en Lares— hubiéramos obtenido otros resultados. Fue una experiencia de signo negativo.

Pero debemos aprovechar igualmente las experiencias positivas. ¿Por qué (mis compañeros y yo) nos mantuvimos más tiempo que cualquier otro grupo pese a la ausencia de partido, de claridad política, de conocimientos técnicos, etcétera? Porque éramos un grupo surgido del sindicato campesino, alimentado y apoyado por el sindicato.

En nuestra experiencia hay aportaciones que un guerrillero llamaría de la segunda etapa: se conoce a las personas que constituyen la población, y por consiguiente a los tres o cuatro esquirols que viven en ella (a menos que hayan sido alejados de la zona como se hizo en Quochapampa, Mesada, etcétera). Casi toda la población está organizada. No solamente apoyará económicamente, protegerá, informará, alimentará, etcétera, a los grupos armados, sino que hará aún más: llegado el momento practicará el sabotaje y entablará incluso la lucha armada en masa. Por cierto esta lucha sería episódica si se llevara a cabo antes de la insurrección; pero las ocasiones no faltarán para que se produzca. No quiero decir con ello que hay que promover semejante lucha en todas las circunstancias, aunque a veces habrá que hacerlo. Lo que deseo es mostrarte cómo se presentan y se presentarán las cosas ante nosotros: hay que señalar que ya tenemos mucha experiencia para empezar y que no debemos desperdiciar ninguna fuerza. (Durante la época de tensión contra Chaupinayo todos los sindicatos ha-

cían guardia por turno.) La riqueza de información de la cual disponían los sindicatos se encontraba inexplorada debido a la falta de un partido.

Todas estas condiciones, semejantes a las de la "segunda etapa de las guerrillas", ofrecen a un grupo armado la posibilidad de instalarse en una población que le es muy favorable. Si la caza tenaz de tal o cual miliciano planteara algún problema, hay que transferirlo al sindicato de otra región.

Una de las condiciones fundamentales de la lucha de las milicias es la gran amplitud del territorio en la cual se desarrolla. Hacen falta muchas milicias en el territorio previsto: una por sindicato. Si no, la milicia tomaría el carácter de guerrilla y el enemigo concentraría sus ataques en ella y su sindicato. (Eso es lo que nos ocurrió; sin embargo no éramos una guerrilla clásica de la primera etapa.) Ya no volveremos a actuar como en Chaurimayo, donde atrajimos las fuerzas concentradas del enemigo.

En cuanto a la táctica de la guerrilla, estoy de acuerdo en que hay que enseñársela a los comités de defensa. Éstos no deben recurrir al empirismo, ya que el partido de vanguardia tiene sus razones de ser. Hay que explotar todos los conocimientos en materia de guerrillas que puedan adaptarse a nuestra estrategia.

Y ahora una pregunta de suma importancia: ¿acaso resulta más fácil reclutar guerrilleros que reclutar milicianos?⁶

Gran parte de los campesinos están dispuestos a perder la vida pero no a dejar su tierra, su modo de vivir. Aprueban así la consigna "¡Tierra o muerte!" Por lo tanto el guerrillero deja su hogar para regresar a él al terminar la lucha. En cambio, el miliciano se queda en casa, se dedica a su trabajo y cuando hay que luchar, lucha. De unos cien campesinos dispuestos a la lucha, 99 querrán ser milicianos y sólo uno guerrillero. No quiero entrar aquí en detalles, pero puedes creerme: ya hice la experiencia de ello. Manco II, que había cercado a Cuzco para dar el asalto, fue abandonado por sus tropas porque había llegado el momento de plantar las papas o de recogerlas; no me acuerdo cuál de los dos.

No obstante, nada se opone a la organización de guerrillas. Pueden constituirse algunas con los elementos dispuestos a ello, para ayudar a las milicias.⁷ Pero el organismo fundamental de la lucha armada en el Perú es la milicia del sindicato dirigida por el partido.

Aprovechemos todas las particularidades de la realidad peruana y no volvamos a empezar desde el principio, después de haber avanzado tanto.

Dices: "El FIR debe entablar la lucha armada por la toma del poder". Muy bien: así cabalgando sobre el movimiento campesino ocurrió en Cuba. Pero los cubanos tomaron primero las armas y luego montaron a caballo,

⁶ Tomando en cuenta la relación de fuerzas, el carácter y el nivel de las luchas campesinas.

⁷ Pero estas guerrillas tendrán una dirección centralizada, y en el marco de la organización revolucionaria de masas [de los sindicatos] y no fuera de ella. Las necesidades de la lucha determinarán el número de las guerrillas.

cuando nosotros montamos a caballo, pero carecemos de armas. ¿Por qué pondríamos pie en tierra?

Estoy convencido de que si mi respuesta no logra convencerte tu unión con los militantes de base se encargará de ello. Y mientras más pronto mejor.

¡Tierra o muerte! ¡Venceremos!

Prisión central de Arequipa, a 7 de abril de 1964.

LUIS VITALE, *América Latina: ¿feudal o capitalista?*

Luis Vitale (1927), historiador argentino nacionalizado chileno —autor de una importante Interpretación marxista de la historia de Chile (cuatro volúmenes editados a partir de 1967)—, publica en 1966 este texto que estimuló la polémica sobre la naturaleza de las formaciones socio-económicas latinoamericanas. El punto de partida teórico de Vitale es que América Latina no es una reedición de la Europa del siglo XIX y no ha atravesado los mismos estudios históricos que la sociedad europea. Se trata, naturalmente, de un debate cargado de implicaciones políticas importantes, que son puestas en evidencia por el autor en las conclusiones del ensayo.

Ex-dirigente del MIR, militante trotskista, Vitale fue detenido después del golpe militar de 1973 y encarcelado durante casi tres años en un campo de concentración.

III

La tercera tesis del reformismo sostiene que la aristocracia feudal, nacida en la Colonia, impulsó la Independencia contra España. Nosotros afirmamos que España conquistó América no para reproducir en ella el ciclo feudal europeo, sino para incorporarla al nuevo sistema de producción capitalista. Esta "impronta" tendrá repercusiones no sólo en la gestación de las clases sociales sino que generará las causas de la revolución americana de principios del siglo XIX. La colonización española originó una burguesía criolla que, al desarrollarse y entrar en contradicción con los intereses imperiales, dirigió la emancipación latinoamericana.

El desarrollo de América Latina estuvo subordinado desde el comienzo a su condición de colonia. Su economía nació deformada, para servir los intereses de la metrópoli. La característica de América Latina, como continente productor de materia prima, proviene de la época colonial. La evolución de la industria autóctona —condición básica, junto a la reforma

* Luis Vitale, "América Latina, ¿feudal o capitalista?", *Estrategia*, Santiago de Chile, 1966.

agraria, para crear el mercado interno— fue coartada por España. La Colonia cumplía la doble función de exportador de materia prima e importador de productos elaborados.

España ejercía el monopolio de la exportación e importación colonial, imposibilitando a los productores criollos para obtener mejores precios en otros mercados y comprar productos manufacturados más baratos. A fin de apaciguar las protestas contra el monopolio, los reyes de la Casa de Borbón inauguraron una política, de corte reformista, al permitir la apertura de 33 nuevos puertos para el comercio con América en 1778. El relativo auge comercial acrecentó las expectativas de la burguesía criolla. Las concesiones borbónicas, en lugar de atenuar el descontento de las colonias, sirvieron como acicate a las aspiraciones de los terratenientes, mineros y comerciantes criollos. Las reformas impulsadas por los ministros liberales de Carlos III demuestran que la Colonia estaba perdida para España mucho antes de 1810.

La economía colonial generó una burguesía productora de materias primas. El sello capitalista de la colonización determinó que en América Latina la burguesía naciera directamente de la Colonia, sin necesidad de pasar por el ciclo europeo. Pero dada su condición de dependiente y de abastecedora exclusiva de materia prima, esta burguesía no alcanzó la fisonomía moderna. No fue una burguesía industrial, sino una burguesía productora y exportadora de materia prima. Su interés no residía en el desarrollo de un mercado interno, sino en la colocación de sus productos en el mercado europeo.

El hecho de que los criollos acomodados adquirieran títulos de nobleza, establecieran mayorazgos y otras reminiscencias medievales, ha inducido a liberales y reformistas a cometer el error sociológico de caracterizar como aristocracia feudal a esta capa de la sociedad. La verdad es que estas instituciones feudales eran sólo el aspecto exterior, formal, de una clase social que se asentaba en las leyes inexorables del mercado mundial capitalista en formación. Más aún, los títulos de nobleza eran adquiridos con el dinero que los criollos obtenían de su actividad esencialmente burguesa y no por baños de sangre azul de una supuesta condición de nobles feudales.

La existencia de otras clases sociales demuestra, asimismo, que la Colonia no se desarrollaba bajo el signo feudal. La pequeña burguesía, cuyo papel ha sido subestimado por los historiadores, se componía de empleados públicos, comerciantes minoristas, pequeños agricultores, mayordomos de fundos, pequeños industriales, pulperos, matarifes, baja oficialidad del ejército, abogados, etcétera. La estructuración de una clase media no es característica propia del feudalismo. La existencia de artesanos, que tendían a superar el régimen de corporaciones medievales, el crecimiento de asalariados mestizos en las minas, campos, plantaciones, obras e industrias derivadas de la ganadería, demuestran el curso capitalista, aunque incipiente y embrionario, que siguieron las colonias. [...]

IV

La tesis cuarta del reformismo establece que la aristocracia feudal gobernó a los países latinoamericanos durante los siglos XIX y XX, impidiendo la evolución capitalista y el surgimiento de una burguesía nacional. Su conclusión es que falta por cumplir una etapa de desarrollo capitalista, tarea que debe acometer la "burguesía progresista".

Nosotros creemos, por el contrario, que nuestros países han sido dirigidos no por señores feudales sino por una burguesía esencialmente productora de materia prima. Esta burguesía no tenía ningún interés en desarrollar el mercado interno y la industria nacional durante el siglo XIX porque su fuente básica residía en el comercio de exportación. Después de abortar los primeros planes de fomento a la industria esbozados por el ala más avanzada de la primera generación de revolucionarios de 1810, los terratenientes y comerciantes —comprometidos con Inglaterra y Francia para permitir la introducción de mercaderías extranjeras a cambio de un buen trato para sus materias primas— fueron los sepultureros de las incipientes industrias artesanales del interior de cada país. El libre comercio significaba una ventaja para la burguesía criolla exportadora que detentaba el poder, pero era la liquidación de los pequeños talleres regionales que habían tenido un pequeño auge durante las guerras de la Independencia al abastecer las necesidades de los ejércitos patriotas. La apariencia exterior de esta clase social, sin interés alguno en el desarrollo industrial, ha inducido a caracterizarla como feudal. A pesar de que la explotación de la mano de obra empleada por los gamonales conserva restos semif feudales —pongaje en Bolivia, por ejemplo— el sistema de producción no es feudal sino capitalista pues sus productos están destinados al mercado exterior.

Pocas décadas después de la Independencia, se acelera el proceso de acumulación primitiva de la tierra con la conquista violenta de las propiedades que aún conservan las comunidades indígenas. Se afirma así la gran propiedad latifundiaria, que algunos confunden con el feudalismo por su extensión y atraso. Durante la segunda mitad del siglo XIX se echan las bases de la hacienda moderna como fruto del proceso de desarrollo del capitalismo agrario, condicionado por la demanda cada vez más creciente de materia prima de las naciones altamente industrializadas. Los agricultores capitalistas no surgen en América Latina a causa del desarrollo de la producción industrial y del mercado interno, como en la Europa de la revolución industrial, sino directamente ligados con la demanda del mercado mundial.

Para ciertos economistas, desarrollo capitalista e importancia social de la burguesía sólo significa mecanización fabril o industria avanzada. Es decir, donde no existe industria no habría capitalismo ni burguesía. Este criterio sirve para medir si un país es más adelantado que otro, pero siembra la

confusión si se aplica a los países coloniales y semicoloniales. En éstos no existe una industria adelantada, pero sí un sistema de producción capitalista en la explotación agrícola, ganadera, etcétera y una clase social —la burguesía nacional terrateniente y minera— que se rige por las leyes del valor, la plusvalía y la cuota de ganancia. A mediados del siglo pasado, esta clase introduce en América Latina el medio más moderno de comunicación —el ferrocarril— e inaugura el sistema bancario que comienza a financiar las empresas agrícolas, frigoríficos, ingenios azucareros, fundiciones. Los mineros chilenos logran una alta productividad en las minas de cobre y salitre. Los terratenientes argentinos aumentan la exportación de ganado con la introducción de nuevas técnicas e inician el auge del capitalismo agrario. La burguesía terrateniente cubana se convierte en la principal abastecedora de azúcar del mundo, lo mismo que la boliviana con el estaño. La clase exportadora de nuestro continente cabalgaba hace ya más de un siglo en un corcel que no tascaba el freno feudal sino burgués. El atraso de América Latina no es producido por un sistema feudal que jamás existió sino por su calidad de continente productor de materia prima y dependiente del mercado mundial. Es efectivo que existían —y existen— comunidades indígenas y resabios semif feudales en las relaciones entre las clases. Pero estos factores de atraso coexisten con los adelantos más modernos de la técnica. Junto a la pequeña producción familiar y a los miserables talleres artesanales, se levantan grandes empresas capitalistas. Son los signos distintivos del desarrollo desigual combinado que caracteriza a las naciones atrasadas, según la aguda apreciación de León Trotsky, quien con la categoría de “combinado” complementó la teoría del desarrollo desigual de Marx y Lenin.

La inauguración de una nueva etapa del capitalismo a fines del siglo XIX —el imperialismo— selló el destino posterior de América Latina. La inversión de capital financiero foráneo transformó a nuestros países de dependientes en semicoloniales. Las materias primas, en manos de la burguesía nacional en el pasado, pasaron en gran parte a poder del imperialismo europeo, primero, y yanqui, después. Es historia conocida la entrega del cobre chileno, el estaño boliviano, las plantaciones centroamericanas, etcétera, por lo que no nos vamos a referir a este fenómeno de semicolonización. Queremos sí detenernos en la industria, ya que los revisionistas hacen tanto caudal acerca de la progresividad y el carácter nacional y ant imperialista de la burguesía industrial.

Al revés de la europea —que se generó en lucha contra la nobleza terrateniente y en una época histórica caracterizada por el capitalismo libre-cambista y competitivo— la burguesía industrial latinoamericana nació directamente ligada a los terratenientes y al imperialismo. A fines del siglo pasado, el imperialismo no sólo inundó los mercados con sus manufacturas sino que controló desde el comienzo la mayoría de las acciones de las prin-

cipales industrias que se crearon en nuestros países. Durante las dos guerras mundiales hubo un relativo desarrollo de la industria, debido a las dificultades para importar productos manufacturados. Este proceso —realizado en plena etapa monopolista— se produjo en el sector de la industria ligera (textil, calzado, etcétera).

Los reformistas creen que existe una gran contradicción entre el imperialismo y el desarrollo de esta producción industrial. La verdad es que la evolución de la industria se ha hecho bajo el control del imperialismo y ha significado una mayor dependencia porque la industria ligera está obligada a comprar su maquinaria al monopolio extranjero. Precisamente, uno de los rasgos que caracteriza nuestra condición de países semicoloniales es la importación de maquinarias. Al imperialismo, especialmente norteamericano, le conviene el desarrollo de la industria ligera en los países atrasados, porque constituye nuevos mercados para la colocación de los productos de su industria pesada. Uno de los objetivos de la Alianza para el Progreso, cuando preconiza la “reforma agraria”, es que al desarrollarse la industria liviana latinoamericana —como resultado de un aumento del poder de compra campesino— significará una mayor demanda de maquinarias, acrecentándose así las ventas en bienes de producción de las empresas norteamericanas. Este objetivo de la “Alianza” ha sido manifestado en forma casi descarada por los voceros de Wall Street. Los revisionistas al proclamar que existe incompatibilidad entre el imperialismo y el desarrollo industrial de los países atrasados, parece ignorar que lo básico para el gran monopolio contemporáneo no es la exportación de artículos de consumo (vestuario, calzado, alimentos, lavarropas, etcétera) sino la venta de la maquinaria que elabora su industria pesada (productos durables). Al viejo capitalismo —decía Lenin— le interesaba la exportación de mercancías, al moderno —el imperialismo— la exportación de capitales en forma de bienes de producción. En fin, la burguesía industrial latinoamericana —que surgió íntimamente ligada al monopolio extranjero en plena época imperialista— depende ahora más que nunca de la importación de maquinaria producida por las metrópolis.

La burguesía industrial nativa nace combinada con otras clases dominantes. Los escuálidos capitales de la industria nacional provienen de las inversiones de los terratenientes o mineros. Los industriales, a su vez, adquieren tierras y se convierten en latifundistas. En América Latina, se establecen vínculos estrechos entre el capital financiero extranjero, los terratenientes y la burguesía industrial, sectores que se trutstifican cada vez con mayor intensidad.

Sintetizando, es falso que la aristocracia feudal ha gobernado los países latinoamericanos. Lo cierto es que el poder ha sido ejercido por una burguesía exportadora de materia prima, que ha condicionado el atraso de nuestro continente. La etapa imperialista significó el traspaso de estas materias primas al capital financiero extranjero. La burguesía industrial de

dientes de leche se ha mantenido dependiente del imperialismo por su incapacidad histórica para desarrollar la industria pesada, condición básica para la evolución progresiva de un país en la actual etapa de la civilización. El atraso de América Latina no es producto del feudalismo sino de una burguesía que ha agotado todas las posibilidades de desarrollo de un continente semicolonial en plena época imperialista. Es falso, por consiguiente, afirmar, como lo hace el revisionismo, que falta una etapa de desarrollo capitalista factible de ser realizada por la "burguesía progresista".

Y llegamos a la tesis final del reformismo, objetivo de todos los afanes seudohistóricos de los revisionistas: "los partidos populares deben apoyar a la burguesía progresista contra la oligarquía feudal para realizar las tareas democrático-burguesas, a través de un Frente de Liberación Nacional".

La estrategia política de los revisionistas se basa en la teoría de la Revolución por etapas. Como, según ellos, América Latina ha sido dominada por la oligarquía feudal, es necesario hacer primero la revolución antifeudal; a cuya cabeza debe ponerse la burguesía progresista, para realizar la etapa de desarrollo capitalista que falta por cumplir. Este esquema histórico —fabricado para justificar una estrategia política falsa— nada tiene que ver con la realidad. América Latina no ha sido una copia mecánica de la Europa del siglo XIX, donde la nueva clase burguesa en ascenso tuvo que derrocar al feudalismo para iniciar el ciclo de las revoluciones democrático-burguesas. Nuestro continente no atravesó por las clásicas etapas del Viejo Mundo sino que pasó directamente de las comunidades indígenas primitivas al capitalismo incipiente introducido por la colonización española. Al independizarse de España, América Latina no fue gobernada por la fantasmagórica oligarquía feudal sino por una burguesía productora de materias primas que, al depender del mercado mundial capitalista, condicionó el atraso de nuestro continente.

La historia ha demostrado que esta burguesía es incapaz de realizar las tareas democráticas. El carácter combinado de las clases dominantes determina que la burguesía nacional —incluida la industrial— no pueda ni quiera realizar la reforma agraria porque todas las clases están comprometidas en la tenencia de la tierra. Es por tanto ilusorio —por no decir criminal— sostener que la burguesía industrial, que tuvo una gran cuota de poder en los gobiernos latinoamericanos de posguerra, encabece la lucha por la reforma agraria. La burguesía industrial también está incapacitada para romper con el imperialismo por su grado de dependencia respecto del capital financiero. Puede tener ciertos roces con algunas empresas foráneas que introducen productos competitivos con la industria ligera, pero su lucha no va más allá de imponer débiles barreras aduaneras. A una clase cuya existencia misma depende del imperialismo no puede pedírsele que se haga el

"haraquiri" por la simple razón de que una clase no va nunca contra sí misma. Por tanto, la reforma agraria y la expulsión del imperialismo se ha hecho y se hará no con sino contra la burguesía industrial. "Aunque hay intereses en conflicto y alianzas efímeras, las supuestas contradicciones fundamentales entre la 'burguesía nacional', los 'señores feudales', la 'burguesía compradora' y los 'imperialistas', como justamente lo señalan Huberman y Sweezy y a despecho de toda la cháchara en sentido contrario, son en gran medida un mito". Para entender la relación entre burguesía nacional e imperialismo no hay que aplicar el principio de identidad sino el de unidad. Imperialismo no es exactamente igual a burguesía nacional. Los roces entre ambos se producen dentro de una unidad integrada por el capital financiero extranjero, los terratenientes y la burguesía industrial. De ahí que los antagonismos sean secundarios y que estas clases cierren filas en la lucha contra el enemigo común: el proletariado y el campesinado. La política de gobiernos bonapartistas como Perón, Vargas, Goulart, Paz Estenssoro, etcétera, nunca tendió a romper con el imperialismo sino sólo a chantajearlo para obtener un acuerdo más provechoso en el reparto de la renta nacional.

Las ilusiones reformistas en la capacidad de la burguesía "progresista" para cumplir una etapa democrática de reforma agraria, independencia nacional y desarrollo industrial, han sido barridas por la experiencia histórica. El curso de las revoluciones rusa, china, cubana, etcétera, ha demostrado que la Revolución es un solo proceso permanente e ininterrumpido; que tal como lo anticipara Trotsky en 1905 no hay primero una etapa democrática —dirigida por la burguesía o en alianza con ella— y después una etapa socialista. Si Fidel Castro y el Che Guevara se hubieran detenido en la mera lucha antimperialista y agraria, dejando intacta a la burguesía nacional, hoy día en Cuba las campanas estarían sonando a muerte, como ocurrió en la Guatemala de Arbens. O la revolución avanza expropiando a los expropiadores o la burguesía prepara la contrarrevolución bañando en sangre al proletariado, como ha sucedido en Indonesia con los 100 000 comunistas asesinados por el gobierno burgués "progresista" de Sukarno. La historia contemporánea de los países semicoloniales ha demostrado que sólo el proletariado, unido al campesinado y demás capas pobres, puede garantizar por medio de la Revolución Social, la liquidación del imperialismo y la Revolución Agraria. El gobierno revolucionario, asentado en los órganos de poder armado de obreros y campesinos, cumple las tareas democráticas que la burguesía no fue capaz de realizar, medidas que combina con tareas de tipo socialista, como ha sido comprobado por las experiencias rusa, china, cubana. El hecho de que la Revolución en los países atrasados no pueda realizar de inmediato tareas ciento por ciento socialistas, no significa que la burguesía tenga todavía un papel progresivo que cumplir.

La táctica de la vía pacífica está determinada por la teoría de la revolu-

ción por etapas. Los revisionistas garantizan a la respetable matrona burguesa que el parto de la revolución antifeudal será sin dolor. De lo contrario, no se concibe cómo esta señora entraría a un frente en el que actuaran desorbitados partidarios de la vía violenta; esos guerrilleros que sin respetar las buenas maneras y los pactos de caballeros pueden saltarse las etapas convenidas expropiando no sólo al imperialismo y a la "oligarquía feudal" sino también a sus propios patrones criollos: los industriales "progresistas".

La nueva generación latinoamericana, surgida al calor de la Revolución Cubana, ya no podrá ser mistificada con los viejos esquemas de la revolución por etapas, llámese ésta democrática, antifeudal, agraria, nacional o antimperialista. Sabe que hay un solo camino para derrotar a los enemigos seculares del atraso continental: la *insurrección popular armada para implantar el socialismo*.

A los teóricos que en un vuelo gallináceo sin par han llegado a sostener que la clase obrera y campesina de nuestros países no está madura, la historia se ha encargado de ponerles el epitafio definitivo: la primera revolución social se realizó en uno de los países más atrasados del mundo; la segunda, tercera, cuarta y quinta, también.

Santiago de Chile, febrero de 1966.

*El POR boliviano y la guerrilla del Che**

En mayo de 1967, cuando la guerrilla iniciada por el Che Guevara en Bolivia empieza a actuar, el POR (Partido Obrero Revolucionario) publica una declaración (redactada por su dirigente principal Hugo González Moscoso) de solidaridad con los guerrilleros. Además el POR es la única organización que apoyará abiertamente a los combatientes de Nacahuasu. Sin embargo, no se concibe este apoyo simplemente en términos de adhesión a la guerrilla; el documento del partido trotskista boliviano insiste en la importancia del desarrollo de la lucha de masas urbana, de la movilización de los sindicatos de mineros, de la organización de las milicias obreras.

Poco después de la publicación de este documento, González Moscoso y los demás dirigentes del POR son detenidos y la actividad del partido quedará temporalmente paralizada.

¡Levantémonos en honor de las guerrillas de Nacahuasu! Frente a la demoralización de los indecisos, al oportunismo de los explotadores y cuando

* "En Bolivie, tout le peuple est aux côtés des guérillas", *Quatrième Internationale*, n. 31, París, julio de 1967, pp. 15-18.

la represión militar, después de haber llenado los campos de concentración de los bosques occidentales, ha puesto fuera de la ley al POR y al PC, la aparición de las guerrillas en el sureste del país constituye la respuesta adecuada a los crímenes de los gorilas dictadores. Las guerrillas son un llamamiento al combate e indican el camino que deben seguir las masas bolivianas para aplastar el yugo que las oprime y las explota.

Las guerrillas no son una loca aventura y menos aún una transposición mecánica y artificial de la guerrilla cubana. Si bien es cierto que la lucha armada victoriosa de la Sierra Maestra es una de las lecciones más válidas de la revolución cubana que sepultó el revisionismo de los partidos del "modus vivendi" con el imperialismo y de las "vías pacíficas al socialismo", la guerrilla surgida en Bolivia es el punto culminante de un proceso político interno. El pueblo boliviano no es ajeno a la lucha armada, ésta es por el contrario, la conclusión que sacó de su realidad objetiva actual. Toda la historia de Bolivia está marcada por las sublevaciones armadas de las masas ansiosas por romper sus cadenas. La acción de las guerrillas de la Independencia, de los Padilla, de las Juana Azurduy, de los Lanza, de los Moto Méndez, las tesis de Pulacayo y sus comités armados, la acción del 9 de abril con las milicias sindicales armadas, constituyen la fuente histórica en que se alimentan los guerrilleros de Nacahuasu. Es simbólico que el teatro de sus acciones sea el mismo en que Juana Azurduy y Manuel Padilla vencieron al ejército real español gracias a las guerrillas durante la segunda década del siglo pasado.

El pueblo boliviano tenía que regresar a esta tradición histórica incitado por la experiencia vivida de estos últimos quince años. Los guerrilleros de Nacahuasu expresan una corriente popular general y son sus mejores voceros.

La decisión de pasar a la lucha armada maduró en la conciencia obrera y popular mediante un lento proceso. Estos últimos quince años muestran cómo los trabajadores, los campesinos, los intelectuales, los partidos obreros y populares y todo el pueblo boliviano lucharon por elevar sus condiciones de vida, por sacar al país de su dependencia y de su atraso. Numerosos congresos obreros, campesinos y estudiantiles elaboraron reivindicaciones, formularon planes y programas. Las masas movilizadas dieron su apoyo y su fuerza a una u otra de las direcciones burguesas para que, llegadas al poder, dieran satisfacción a sus aspiraciones y a sus deseos de progreso. Pero las masas siempre fueron engañadas. Las conquistas sociales y políticas, impuestas a costa de numerosos sacrificios, se transformaron en el momento de su realización en discursos líricos y pomposos. La reforma agraria no mejoró la existencia de las masas campesinas que siguen en la miseria con el ingreso anual por habitante más bajo de América Latina. La nacionalización de las minas sirvió para enriquecer a una casta y esto, con el extraño objetivo de crear una "burguesía fuerte". En vez de obtener la independencia nacional, el capital financiero se apoderó de nuevo del petróleo y del

oro. Los agentes imperialistas se infiltraron en todas las instituciones empezando por el gobierno, el ejército, la enseñanza y todas las actividades administrativas y económicas del país. Centenares de espías del supuesto "Cuerpo de Paz", comisiones militares, bancarias, agrícolas, mineras, culturales dominan de un lado a otro del territorio.

Cuando las masas se sintieron embaucadas, se impacientaron y exigieron soluciones y cambios en su existencia. Sus ídolos se convirtieron en sus verdugos y cada reivindicación, cada movilización de los trabajadores fueron acogidas por una represión militar abierta. Pero el encarcelamiento de los dirigentes obreros, el aislamiento de los dirigentes trotskistas y comunistas no resolvieron la crisis económica y no hicieron desaparecer el desempleo, como tampoco dieron de comer al pueblo.

El agravamiento de esta crisis llevó a los militares al poder; el gobierno militar apareció para aplastar al pueblo. Su impotencia para resolver los problemas nacionales y obreros lo indujo a matar a los mineros de Siglo XX, a bombardear y a ametrallar Milluni y Alto La Paz, a confiscar los bienes sindicales y a no tomar en cuenta a los sindicatos. En vez de dar más pan al pueblo, el gobierno militar bajó los salarios en más de un 300%. Con la dictadura militar, la opresión imperialista se agravó. Por consiguiente, los últimos vestigios de libertad, la democracia para las masas y para sus partidarios desaparecieron. Pero la capitulación ante el imperialismo, la destrucción de los sindicatos, el desempleo y, finalmente, la puesta fuera de la ley del POR y del PCB, lejos de resolver la crisis económica, sólo la acentuaron. El gobierno militar y sus métodos de terror no pueden resolver el menor problema mientras se desarrollen el caos y la bancarrota.

LAS GUERRILLAS ABREN LA VÍA DE LA LIBERACIÓN DE BOLIVIA

Las guerrillas surgieron para acabar con esta situación y para abrir un nuevo camino, verdadero éste, que garantice el progreso del país. Los métodos de lucha normales, legales, resultaron ineficaces frente a la dictadura. La lucha armada, en forma de guerrillas, fue impuesta por las condiciones actuales. La dictadura militar cerró el camino de la democracia y provocó el nacimiento de las guerrillas. Es una verdad indiscutible. Cuando se destruye y se destruye a los sindicatos, cuando se encarcela y se acosa a los dirigentes sindicales y a los militantes revolucionarios, cuando se responde a cada reivindicación y a cada propuesta obrera por las armas y la cárcel, es que ya no hay cabida para los métodos de lucha legal y democrática.

La dictadura militar es la que se puso fuera de la ley y provocó la lucha armada. El único responsable de la existencia de las guerrillas y de sus consecuencias es el gobierno militar, lacayo del imperialismo.

Las masas aprendieron gracias a su experiencia cotidiana que la rebelión armada es hoy día la única vía que permite derrocar a la dictadura militar

y al imperialismo y crear después un Estado obrero y popular. El pueblo se dio cuenta de que la burguesía y el imperialismo eran incapaces de desarrollar el país. Las reuniones de los ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, de la CEPAL, la reunión en la cumbre de los presidentes, la Alianza para el Progreso, los planes económicos de toda clase, fracasaron y se convirtieron en cortina de humo destinada a ocultar la realidad latinoamericana y boliviana, dramática y desgarradora.

Todos estos organismos estudiaron la crisis boliviana durante veinte años. Por cierto no faltan planes, programas, encuestas, etcétera. Bolivia fue estudiada desde todos los puntos de vista, pero los imperialistas y sus lacayos nunca pudieron encontrar una solución a su atraso. La razón de ello es muy simple; los males de Bolivia, su situación atrasada, su dependencia y su miseria sólo puede curarlos el socialismo, y este remedio es un veneno para los explotadores y la burguesía nacional. Por lo tanto es natural que los pueblos ya no confíen en los planes y los organismos del imperialismo y de las burguesías semicoloniales. Después de una larga experiencia, ya no se puede esperar que los explotadores cambien y se vuelvan sensibles a las necesidades y a los intereses de sus explotados; apenas lograron disimularse tras una verborrea vacía y demagógica. Barrientos habla de desarrollo, de diálogo con el pueblo, pero para él el desarrollo significa la capitulación, y dialoga con la oligarquía y con los agentes del imperialismo. Habla de concordia y de pacificación entre bolivianos, pero al mismo tiempo persigue, encarcela y mata. El diálogo del cual Barrientos habla, lo hemos visto en Siglo XX cuando el ejército penetró en él. La paz que ofrece es la paz de los cementerios, como ocurrió para el obrero de la construcción Adrián Arce, para el dirigente de los mineros, miembro del POR, César Lora, asesinado de una bala en la cabeza. Este diálogo es la pacificación del panóptico, de San Pedro, de Puerto Rico, de Huaragoys, de Pekín, de Madidi, de Ixlamas, de Ulla Ulla donde están confinados los oponentes revolucionarios a su régimen antinacional y antiobrero. Es la prohibición del POR y del PCB. El pueblo boliviano entero rechaza y condena semejante diálogo y semejante pacificación.

LOS GUERRILLEROS SON LOS HIJOS DEL PUEBLO

Gracias a esta convicción, el pueblo y la gran mayoría de la nación están convencidos de que la lucha armada y la guerrilla son actualmente la única vía y la única salida. A esto se debe que las guerrillas emanen de las necesidades del pueblo y de sus entrañas.

En las sierras de Nacahuasu, los hijos más decididos y más valientes del pueblo boliviano combaten: los mineros que fueron expulsados de las minas y condenados a morir de hambre, los obreros de fábricas y de la construcción que vieron su salario disminuir y sus derechos suprimidos, los cam-

pesinos que en su humilde choza esperaron en vano el progreso y vieron la reforma agraria transformarse en una farsa cruel, los jóvenes sin trabajo que prefirieron sacrificarse por la patria en vez de exiliarse, los universitarios cuyas esperanzas fueron engañadas por la crisis y el desempleo.

La dictadura militar califica a estos hijos de Bolivia, estos hijos de mineros, de campesinos e intelectuales de "mercenarios extranjeros". Rechazamos esta ofensa hecha a los patriotas que son los hijos del pueblo. Los mercenarios son los espías yanquis, homenajeados desde el Palacio de Gobierno hasta la última oficina. El "gorilismo" de Barrientos armó un escándalo a propósito de tres periodistas, pero permanece callado acerca de la llegada de militares yanquis y de agentes del FBI. Los mercenarios extranjeros son los mercenarios argentinos, norteamericanos y brasileños que, pisoteando la soberanía nacional, remplazaron en los hechos al alto mando militar incapaz y al propio gobierno. Los mercenarios son aquellos que siguen al amo imperialista y transformaron a Bolivia en una cárcel para los bolivianos.

¿PARA QUÉ LUCHAN LOS GUERRILLEROS?

Los objetivos de los guerrilleros son obvios y no necesitan una propaganda particular. Surgidos de lo más profundo del pueblo, tratan de acabar con la injusticia social, la ausencia de garantías y de libertad democrática, la opresión nacional impuesta por el imperialismo.

La lucha de guerrillas se origina en todas las aspiraciones populares y obreras, en las reivindicaciones de los mineros, de los obreros, de los maestros y de los universitarios que hasta ahora sólo recibieron una respuesta negativa y violenta de la dictadura militar.

LA ACTITUD DE LA DICTADURA MILITAR

El "gorilismo" contestó a la presencia de guerrillas en Ñacahuasu como lo había hecho antes a las reivindicaciones obreras, o sea por el terror, la mentira y el engaño. Sin reflexionar acerca de las causas económicas y sociales, la camarilla militar se lanzó rabiosamente contra el pueblo. En las ciudades, en las minas, decenas de dirigentes sindicales revolucionarios fueron encarcelados. Los campos de concentración de los bosques orientales están repletos de militantes y de dirigentes del POR, del PCB y del PRIN, de dirigentes mineros y estudiantiles. En el campo, la burocracia adicta a la dictadura desencadenó el terror y las víctimas campesinas son numerosas. En la zona de las guerrillas, los militares yanquis, argentinos y brasileños muestran una severidad criminal; tres mil soldados de infantería, la artillería pesada, los aviones de caza, los bombarderos, los paracaidistas, la DIC

y la Guardia Nacional con perros policías fueron lanzados contra un puñado de patriotas bolivianos, contra los guerrilleros. Diariamente, se bombardea y se ametralla con violencia y sin discriminación los bosques, el chaco y los edificios, los campesinos, los ganaderos, los campesinos pobres que reciben las bombas de napalm de la ayuda norteamericana. Las aldeas de Camiri, Lagunillas, Muyupampa y Monteagudo viven horas angustiosas debido a los verdugos militares. Día tras día, se hacen prisioneros, se detiene a supuestos partidarios de las guerrillas, entre los cuales muchos son hallados "suicidados" después de horribles torturas.

La actitud de los militares mercenarios yanquis, argentinos y brasileños así como de los traidores bolivianos contrasta con la conducta humana de los guerrilleros que llaman a la rendición y que sólo disparan para defenderse, que tratan bien a los prisioneros y los liberan después de haberlos curado.

Ésta es la razón de los muertos en la zona de guerrilla; la dictadura militar y sus mercenarios gorilas son enteramente responsables de ello.

ES UN DEBER APOYAR A LAS GUERRILLAS

La causa de los guerrilleros es la causa de todos los bolivianos. Las guerrillas son el brazo armado del pueblo que debe oponerse a los que hacen padecer hambre a las masas, a los asesinos de Arce y de Lora, de Siglo XX, de Milluni, de Alto La Paz de 1965, a los que son responsables del atraso y de la miseria de Bolivia, de la reducción de los salarios, y por último a los que venden y entregan la patria a la voracidad imperialista.

Los guerrilleros, cuya lucha es la de toda Bolivia, representan a cada boliviano, a cada sector de la población. Pero resulta necesario organizar y coordinar el apoyo del pueblo. La mejor ayuda es desarrollar la lucha de las masas urbanas, de los mineros, de los obreros, de los campesinos, de los universitarios por sus propias reivindicaciones. ¡Hay que luchar por recuperar las minas! ¡Hay que luchar por el aumento general de los salarios! ¡Hay que desarrollar la lucha de los maestros, de los universitarios, de los estudiantes, de los campesinos! ¡Hay que luchar por la obtención de garantías democráticas y la libertad para los encarcelados! ¡Las guerrillas apoyan la lucha del pueblo con las armas en la mano! ¡Movilícense contra la dictadura militar, contra los mercenarios y los gorilas!

Todos los revolucionarios deben unirse para fortalecer el poderoso Frente de Izquierda. Deben reaparecer los comités clandestinos, las milicias armadas en los sindicatos, hacen falta direcciones sindicales audaces. En este proceso, hay que reorganizar vigorosamente los sindicatos, desde la base hasta la dirección de la COB con hombres que estén a la altura de la lucha armada iniciada por las guerrillas. Las masas deben partir del nivel que alcanzaron gracias a las experiencias de los últimos años.

El pueblo es invencible y las guerrillas que son su expresión armada triunfarán. La debilidad del imperialismo y del gobierno fantoche son visibles, y ya se observan signos de crisis y de desmoralización a nivel del alto mando militar, de los oficiales y de la tropa. El gabinete mixto del Cao Ky boliviano, Barrientos, se bambolea. Si no hubo ruptura entre el ejército y el gobierno hasta ahora, fue gracias a la presión de la embajada norteamericana. Una parte del ejército reclamó el retiro de Barrientos y exige un gobierno únicamente militar.

Esta crisis ha sido frenada hoy día, pero se acentuará y estallará. La guerrilla y la lucha de las masas vencerán todos los obstáculos y a los aparatos represivos. Después, Bolivia será libre y encontrará el camino de su desarrollo que la llevará a crear una nueva sociedad de trabajadores en la cual los explotadores ya no existirán.

Buró Político del POR
(Sección Boliviana de la IV Internacional)

Bolivia, mayo de 1967

ADOLFO GILLY, *México, la revolución interrumpida**

Militante trotskista argentino, autor de trabajos sobre la economía cubana de los años sesenta y colaborador, en esa época, de la revista marxista norteamericana Monthly Review, Adolfo Gilly ha vivido durante muchos años en México. Detenido en abril de 1966 y acusado de "conspiración subversiva" fue encarcelado durante más de seis años. Fue en la cárcel de Lecumberri de México donde escribió el libro La revolución interrumpida, publicada en 1971; tuvo un gran éxito y estimuló muchas discusiones dentro de la izquierda mexicana. El libro estudia la revolución mexicana de los años 1910-20 a la luz de la teoría de la revolución permanente de Trotsky.

Los dos fragmentos que publicamos se refieren al papel revolucionario del campesinado; la ocupación de la ciudad de México en diciembre de 1914 por la División del Norte de Pancho Villa y el Ejército de Liberación del Sur de Emiliano Zapata, y la comuna campesina zapatista del estado de Morelos en el sur de México.

* Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida, México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, ed. El Caballito, México, 1977, pp. 139-41, 151-52, 236-37.

La capital ocupada por los ejércitos campesinos es la síntesis de lo que sucede en el país. La guerra campesina ha llegado a su punto más alto. La vieja oligarquía ha perdido el poder para siempre, junto con gran parte de sus bienes, cosa que aún no había sucedido ni sucedería hasta muchos años después en ningún país de América Latina. Los representantes de la nueva burguesía aún no han podido afirmar ese poder en sus manos. No sólo no han podido, sino que han debido ceder al embate de las armas campesinas y abandonarles el centro político del país, la capital, y el símbolo material de ese poder, el Palacio Nacional, ocupado por las tropas zapatistas.

En realidad, el poder está vacante. Pues no basta que la oligarquía lo pierda y la burguesía no tenga fuerzas para sostenerlo: alguien debe tomarlo. Y la dirección campesina no lo toma, nomás lo tiene "en custodia", como al Palacio Nacional, para entregarlo a los dirigentes pequeñoburgueses de la Convención. Ejercer el poder exige un programa. Aplicar un programa demanda una política. Llevar una política requiere un partido. Ninguna de esas cosas tenían los campesinos, ni podían tenerlas.

El proletariado, como fuerza política independiente, estaba ausente. Había proletarios, particularmente mineros y ferroviarios, en el ejército de Villa; pero como individuos, no como fuerza o tendencia de clase. Había jornaleros agrícolas en cantidad en los dos ejércitos campesinos. Pero ninguna tendencia, ni aun dirigentes individuales, representaban o asumían una posición de clase proletaria. El anarquismo —los magonistas— no existía como organización independiente, sino como tendencia pequeñoburguesa difusa en la dirección de los incipientes sindicatos. Y tanto a título de dirigentes sindicales como a título de corriente política, la inclinación de los dirigentes anarcosindicalistas, en México entonces como en todas partes siempre, era a vincularse y entrelazarse con el poder estatal burgués, no a correr la aventura de unir su suerte al incierto destino de los campesinos en armas. Por otra parte, tampoco tenían un programa que ofrecer a éstos, porque los llamados del magonismo, además filtrados a través del prisma burocrático de los dirigentes sindicales anarcosindicalistas, no llegaban a ser un programa de clase ni tenían punto de enganche en la realidad de la lucha de clases tal como se daba, no tal como la trazaban las especulaciones anarquistas.

Los obreros y artesanos de la capital miraban con simpatía a los ejércitos campesinos. En mil formas espontáneas les expresaron su solidaridad de clase, su fraternidad y su amistad, cuando entraron en México. Pero los sentimientos no alcanzan a establecer la alianza obrera y campesina, hacen falta además el programa y la política que la expresen, y los organismos que la lleven adelante. Nada de eso tenían los incipientes sindicatos entonces, ni sus dirigentes, y tampoco la dirección campesina comprendió ni pudo

comprender la necesidad de esa alianza, tironeada entre los impulsos revolucionarios y radicales que partían de la base en armas y la ingenuidad y las ilusiones pequeñoburguesas en las "buenas leyes" y los "buenos hombres ilustrados" de que aún no se habían despojado sus dirigentes, ni tampoco las mismas masas campesinas a pesar de su natural desconfianza de clase hacia los catrines. En realidad, no bastaba la experiencia anterior, sino que sólo la aparición de un centro proletario independiente podía eliminar esas ilusiones, que se alimentaban de la situación contradictoria e intermedia del campesinado en la sociedad burguesa y de la ausencia nacional y mundial de ese centro.

No existían la dirección ni el centro proletario a escala nacional, ni había aún un solo Estado obrero en el mundo que sirviera como guía, centro de atracción y punto de apoyo a la revolución mexicana. La revolución mundial estaba en su punto más bajo en muchos años. Acababa de estallar la primera gran guerra imperialista y las masas de Europa estaban paralizadas y envueltas en la matanza burguesa.

Esto no sólo determina la situación de aislamiento mundial de la revolución mexicana en ese momento culminante. Mide también la hazaña histórica de los campesinos mexicanos que, aun sin saberlo, eran en ese mes de diciembre de 1914 la punta más alta de la revolución en todo el mundo, cuando asumiendo la representación de las masas de todo el país se hicieron dueños de la ciudad de México. Y con ingenuidad, pero también con resolución, trataron de sacar adelante la tarea que la historia y su propio coraje habían colocado sobre sus hombros.

La ocupación de México por los ejércitos campesinos es uno de los episodios más hermosos y conmovedores de toda la revolución mexicana, una expresión temprana, violenta y ordenada de la potencia de las masas que ha dejado hasta hoy su marca en el país, y uno de los cimientos históricos en que se afirman, sin que reveses, traiciones ni contrastes hayan podido conmoverlo, el orgullo y la altivez del campesino mexicano. Es, en la conciencia histórica de las masas, una cabecera de puente de la insurrección obrera, el asalto al poder y la revolución socialista. [...]

Lo que demuestra el empuje poderoso de la revolución es que los campesinos llegaron a intentar independizarse políticamente del gobierno de la burguesía, instaurando ellos un gobierno en la capital del país bajo su ocupación, y no simplemente manteniendo la guerra en los campos. Pero el poder campesino mediado por los pequeñoburgueses —los "gabinetes", como diría Pancho Villa—, al no llegar a ser un poder proletario, irremediablemente era un poder burgués suspendido del aire, en contradicción con el real gobierno burgués de Carranza pero en el fondo mucho más en contradicción con la misma base campesina insurrecta que lo sostenía frente a Carranza. Por eso terminó actuando como agente de éste contra las direcciones campesinas.

Así lo escribió años después, con toda lucidez y todo cinismo, el que vino a ser el cronista de la indecisión convencionista, Martín Luis Guzmán, en *El águila y la serpiente*.

Eulalio que no se mamaba el dedo, se dio exacta cuenta de la situación en que nos encontrábamos: le bastaron tres o cuatro semanas de estancia en el poder (o lo que fuera) para confirmarse en su primitiva idea de que nada podía hacerse por de pronto, salvo ganar tiempo y buscar el medio de escapar de Villa sin caer en Carranza. Pero esperar quería decir defenderse —defenderse del amago más próximo, que era el de Villa y Zapata—, por donde nos fue preciso desarrollar una de las políticas más incongruentes de cuantas puedan concebirse: contribuir a que nuestros enemigos declarados —los carrancistas— vencieran a nuestros sostenedores oficiales —los villistas y zapatistas— a fin de que eso nos librara un tanto de la presión tremenda con que nos sujetaba el poder más próximo.

El gobierno de la Convención instalado en la capital y sostenido en ejércitos que dominaban la mayor y más importante parte del país, significaba en esencia que la dinámica de la revolución exigía un organismo que expresara en términos políticos el poder de las masas campesinas, y al mismo tiempo que éstas no podían crearlo, aunque su empuje revolucionario rebasaba y rechazaba los marcos del poder burgués. Entonces la Convención no llegaba a ser un organismo de poder —y así lo reconoce el mismo Guzmán cuando habla de su "estancia en el poder, o lo que fuera"— sino de alianza inestable y conflictiva con un sector de la pequeña burguesía radicalizada. Era una especie de preconstituyente, y como toda asamblea constituyente o similar, planteaba dos problemas pero no los resolvía: a dónde va el país y quién ha de dirigir esa marcha. No podía dar respuesta al primero, y mucho menos al segundo (que en definitiva es el que decide sobre el primero) para el cual hacen falta no los debates sino la fuerza material: el programa, la organización y las armas. Todo eso no podía durar mucho, y no duró.

El gobierno en sí reflejaba íntegramente esta contradicción. Era un conjunto heterogéneo sin base de clase propia y sin confianza en las masas, o más bien, hostil a éstas, que lo tenían prisionero. En realidad, la perspectiva de sus elementos más conscientes era negociar con Obregón y a través de él con Carranza, aprovechando la fuerza de los campesinos. Nada más que para ser aceptados como interlocutores en la negociación habrían debido demostrar que controlaban esa fuerza, y sólo podían mostrar que saboteaban bajo cuerda, pero que no controlaban nada. En otros de sus miembros, la perspectiva era completamente inestable y nebulosa, eran aventureros o ingenuos arrastrados en la ola revolucionaria. Como un todo, era un conjunto de pequeñoburgueses compuesto de arribistas, ilusos, aventureros, in-

ciertos y vividores, o en el mejor de los casos, desorientados. Su diferencia con las cumbres de otros "partidos campesinos" de la historia era que en este caso, la base campesina armada dominaba el país —no era una simple masa electoral— y tenía sus direcciones propias, en particular el zapatismo que era el decisivo políticamente, y a través de ellas ejercía una profunda desconfianza armada sobre esas cumbres pequeñoburguesas, atravesándole fusiles en el camino de sus maniobras. Inevitablemente, la contradicción tenía que estallar en corto plazo.

Esos pequeñoburgueses, impotentes hasta para dictar una ley de reforma agraria porque iba a dar a la base campesina un centro antiburgués para oponerse a ellos o para empujarlos, eran una traba con su sola presencia. Odiaban, despreciaban y temían a Villa y a Zapata. Alzaban con su presencia, con sus actos, con sus modos y con su inacción, una barrera pequeñoburguesa entre los campesinos villistas y zapatistas y el proletariado, barrera que completaban del otro lado los dirigentes sindicales anarcosindicalistas que veían perspectivas de carrerismo con Obregón, no con Villa y Zapata. Paralizaban y traicionaban todo. Los más corrompidos vivían en el lujo abandonado por la burguesía, los más ilusos vivían en las nubes. Ninguno representaba nada, salvo la ausencia del proletariado como fuerza política independiente y la impotencia del campesinado para serlo.

Es decir, representaban dos ausencias, dos signos negativos que no alcanzaban a hacer uno positivo.

Pero si el gobierno convencionista era todo eso, el hecho de su formación expresa algo más duradero y profundo que los hombres que lo integraban. Significa también que las masas campesinas, a través de la organización y la centralización militar expresada en Villa y a través de la intransigencia política expresada en Zapata, manifestaron una capacidad hasta entonces única en la historia de las guerras campesinas para hacer un esfuerzo supremo para romper con la burguesía y constituirse en fuerza nacional independiente; para arrastrar en esas condiciones a un sector de la pequeña burguesía, así fuera condicional y transitoriamente, y para influir poderosamente al otro (la tendencia radical y jacobina en el constitucionalismo), a través del cual terminaría por expresarse en términos políticos más permanentes el peso campesino en el curso de la revolución.

Este gran esfuerzo supremo, inevitablemente fallido como tal, era no obstante el anuncio de la inminencia de la era de las revoluciones proletarias victoriosas en el mundo, que iba a abrir tres años después la revolución rusa; y el presagio de que finalmente el campesinado, como ahora dice Posadas, iba a ser arrancado mundialmente como masa a la perspectiva burguesa y ganado a la revolución socialista.

La guerra campesina y la revolución mexicana se alzan en el confín de dos épocas históricas mundiales. Su protagonista, el campesinado de México, al intentar establecer su propio poder nacional utilizando para ello los

inservibles instrumentos pequeñoburgueses que encontró a la mano, es un precursor histórico de los gobiernos obreros y campesinos, a la manera como —salvando las diferencias— en el campo teórico los socialistas utópicos son precursores del marxismo como teoría científica del socialismo y la revolución proletaria. [...]

A partir de la retirada de México en enero de 1915 la revolución campesina, unida frágilmente en Xochimilco y en la ocupación de la capital en diciembre de 1914, volvió a dividirse en sus dos sectores, norte y sur, esta vez definitivamente. A diferencia del periodo anterior, en que ambos sectores eran llevados por la ola ascendente de las masas hacia la conquista de todo el país y de sus centros de poder y hacia su unificación nacional, esta vez la retirada tomó la forma del doble repliegue hacia las regiones de origen, sin más porvenir que la guerra defensiva primero y la guerra de guerrillas que se desencadenó después.

Sin embargo, como en toda guerra campesina, por definición dispersa y sin centro único, el ritmo y las formas del repliegue tuvieron características diferentes. El carrancismo, como se ha visto, concentró toda su presión militar en 1915 sobre el ejército villista. Es decir, se concentró en batir a la fuerza militar decisiva de la revolución campesina y la que al mismo tiempo significaba potencialmente una alternativa burguesa —a través de Felipe Ángeles— apoyada en un sector del campesinado, al gobierno burgués del carrancismo apoyado en un sector de la pequeña burguesía urbana, del proletariado y aun del mismo campesinado. La lucha militar contra el zapatismo, en ese periodo, fue entonces esencialmente una acción de contención, que no aspiraba a aplastarlo todavía sino solamente a impedir que se extendiera.

Este objetivo era realizable en virtud de que coincidía con las características mismas del movimiento de Morelos, apegado a sus tierras y a su región hasta en sus formas de organización militar.

El carrancismo y su jefe militar, Obregón, eludían combatir en dos frentes no solamente por razones de debilidad militar. También porque su debilidad social todavía era grande, el tumulto de la revolución campesina continuaba, la marea sólo empezaba entonces a cambiar de sentido y eran indicios los que aparecían, no seguridades: nadie en ese momento, ni aun el instinto político bonapartista de Obregón, podía ver ninguna garantía de triunfo en el futuro inmediato. El Ejército de Operaciones era todavía una fracción militar trashumante, no más débil pero tampoco más fuerte que los dos ejércitos campesinos tomados separadamente. Por otra parte, Obregón comprendía que contra Villa se trataba de llevar una guerra esencialmente militar, de ejército contra ejército, mientras que contra Zapata, atrincherado éste en su región, la perspectiva era mucho más una guerra social encubierta por formas militares. Y no era Obregón el hombre para llevar esta guerra con las armas, sino para recoger después sus frutos con la

transacción política.

Por todas estas razones, mientras el ejército de la democracia pequeño-burguesa dirigido por Obregón entró en campaña para combatir al ejército campesino de Villa y recuperar el control del centro y el norte del país, las masas del sur tuvieron un relativo respiro en las acciones militares, se sintieron dueñas de su estado de Morelos y desarrollaron en consecuencia su democracia campesina.

Este es uno de los episodios de mayor significación histórica, más hermosos y menos conocidos de la revolución mexicana.¹ Los campesinos de Morelos aplicaron en su estado lo que ellos entendían por el Plan de Ayala. Al aplicarlo, le dieron su verdadero contenido: liquidar revolucionariamente los latifundios. Pero como los latifundios y sus centros económicos, los ingenios azucareros, eran la forma de existencia del capitalismo en Morelos, liquidaron entonces los centros fundamentales del capitalismo en la región. Aplicaron la vieja concepción campesina precapitalista y comunitaria, pero al traducirla sus dirigentes en leyes en la segunda década del siglo xx, ella tomó una forma anticapitalista. Y la conclusión fue: expropiar sin pago los ingenios y nacionalizarlos, poniéndolos bajo la administración de los campesinos a través de sus jefes militares. Allí donde los campesinos y los obreros agrícolas finalmente establecieron su gobierno directo por un periodo, la revolución mexicana adquirió ese carácter anticapitalista empírico. De ahí la conspiración del silencio de los escritores de la burguesía y de los teóricos de la revolución por etapas acerca de este episodio crucial de la revolución. Pero no hay conspiración del silencio ni deformación de la historia que pueda borrar lo que ha quedado en la conciencia colectiva de las masas a través de su propia experiencia revolucionaria. Es lo que vuelve a aparecer en cada nueva etapa de ascenso de la revolución, porque las conquistas de la experiencia y de la conciencia pueden quedar cubiertas y vivir subterráneamente por todo un periodo, pero son las que nunca se pierden.

La lucha armada, el reparto de tierras desde 1911 en adelante, el triunfo militar sobre el ejército federal, la derrota del Estado burgués de Díaz, Madero y Huerta y la ocupación de la capital del país, dieron a las masas campesinas de Morelos, en un proceso ascendente de cuatro años, una gran seguridad histórica, la seguridad y la confianza de que podían decidir. Eso fue lo que aplicaron en su territorio.

Entonces, la detención y el comienzo del retroceso de la marea revolucionaria en escala nacional a partir de diciembre de 1914, se combinó aún con una etapa de continuación del ascenso en escala local. Se había roto el impulso nacional, pero continuaba por sectores, aunque forzosamente no

¹ Este periodo ha sido descrito en detalle, sobre la base de un minucioso estudio de archivos sobre todo de origen zapatista, por el historiador norteamericano John Womack en su obra *Zapata y la revolución mexicana*. Constituye la fuente principal en cuanto a hechos para este capítulo, aunque la interpretación de ellos difiera de la de Womack.

podía ser por mucho tiempo. Pero eso no podían saberlo, ni siquiera sospecharlo, los campesinos y obreros agrícolas que se pusieron a reconstruir la sociedad de Morelos sobre la base de sus propias concepciones.

Este desajuste es un fenómeno típico de la revolución campesina. Su empirismo, la limitación o la ausencia de una concepción nacional de la lucha, altera los tiempos de la revolución, los desacompaña por regiones. En Morelos, los jefes campesinos, apoyándose en la fuerza y en las aspiraciones del campesinado organizado en el ejército zapatista y en los pueblos de la región, aplicaron lo que hubieran querido hacer como fuerza nacional a través del gobierno nacional que no pudieron mantener. Lo hicieron en escala local, donde conocían el terreno y las gentes y se sentían seguros social, organizativa, política y militarmente. La fuerza les venía de una revolución campesina mucho más profunda que su propia comprensión, porque tenía sus raíces en viejas tradiciones colectivas comunales y en una estructura social tradicional que siempre había sido un instrumento de lucha y resistencia del campesinado.

*Tesis del PRT sobre la Revolución Mexicana**

Es en el curso del movimiento de 1968 y en el seno del Comité Nacional de Huelga que surge el primer núcleo del GCI (Grupo Comunista Internacionalista) que se transformará más tarde a través de un proceso de fusiones (y escisiones) en el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) sección mexicana de la Cuarta Internacional. Recientemente (1981) el PRT obtuvo su registro condicional como partido político legal; constituye actualmente la más importante organización de la IV en América Latina.

En su congreso de fundación (1976) el PRT aprobó un documento que es a la vez un análisis histórico sobre el desarrollo de la lucha de clases en México desde la revolución de 1910 hasta el movimiento de 1968, y un programa para la futura revolución socialista en México.

EL RÉGIMEN DE LA REVOLUCIÓN: EL BONAPARTISMO MEXICANO

El fracaso de la democracia constitucionalista, encarnado sangrientamente en la ejecución de Venustiano Carranza, como consecuencia del alzamiento de los generales en Agua Prieta en 1919, la instauración del equipo sonorense en el poder con Adolfo de la Huerta como presidente provisional, la campaña populista de Obregón que recorrió la República entera en busca

* *Tesis del PRT sobre la Revolución Mexicana (pasada y futura)*, Folletos Bandera Socialista n. 36, septiembre de 1976, pp. 16-18, 31-35.

de votos para las elecciones de 1920 y el ascenso de Obregón en el mismo año, en la rápida sucesión en que se desarrollaron, marcaron el nacimiento del "régimen de la revolución mexicana" que está a punto de cumplir 60 años de sólida permanencia en el poder.

Los fundamentos internos de este régimen posrevolucionario eran el ejército, la policía y el control de las masas obreras y campesinas a través de los sindicatos y las ligas agrarias. En el exterior el apoyo buscado afanosamente y encontrado venturosamente era el reconocimiento de Estados Unidos. La longevidad que este régimen ha experimentado se basa en el hecho de que esos ejes fundamentales se equilibran parcial y mutuamente. El tipo de régimen que se instauró con la contrarrevolución que inauguró el equipo sonoreño tiene todas las características de un *régimen bonapartista de un país semicolonial*.

El bonapartismo (forma de gobierno que se compara con el cesarismo de la antigüedad) está siempre en embrión en los gobiernos burgueses, como lo decía Federico Engels: "todo gobierno en la actualidad se esta convirtiendo en bonapartista, *noles volens* (quíralo o no)". En la época de la decadencia del capitalismo esta forma de gobernar se justifica más que nunca, en la medida en que el conflicto esencial de la sociedad capitalista entre la burguesía y el proletariado no se resuelve definitivamente en favor de uno (fascismo) o de otro (socialismo). La conciliación de clases, que en épocas del auge capitalista se pudo realizar a través de la democracia parlamentaria, en la actualidad cuando la exacerbación de las tensiones de clase ponen en peligro la sociedad en su conjunto, es cada día más difícil, y la burguesía se ve obligada a recurrir a otra forma de gobernar para garantizar su dominio. Esta es la bonapartista que se basa en la fuerza del aparato burocrático-militar que se eleva como el aparente árbitro de las clases en pugna y se erige, encarnado en el caudillo nacional, en el salvador de la patria.

El bonapartismo asume, desde un principio este carácter arbitral, que se refuerza por el carácter *sui generis* que adopta, es decir, de mediador entre las masas revolucionarias y el imperialismo. Este carácter es lo que determina su rol "antimperialista", heredado de la Revolución, pero al mismo tiempo su supuesto carácter popular, que es más bien populista, manipulador y controlador de las masas.

En México, además, el bonapartismo es un producto de la situación posrevolucionaria en un país semicolonial, lo que le dio una estabilidad mucho mayor que lo eleva más allá de un simple régimen de transición entre la democracia y el fascismo o el socialismo. Cuando se argumenta que es difícil que un régimen de transición como el bonapartista, logre una estabilidad y una edad tan avanzada como en México, se olvida que en la política las definiciones no tienen como objeto medir el tiempo de la duración de los procesos que definen. Las formas bonapartistas de gobierno, en realidad, están determinadas por las relaciones de clases que en último término se

expresan al nivel gubernamental y son ellas las que pueden durar mucho o poco, ser transitorias o no.

En México, la inoperancia de la democracia burguesa y la ausencia de la alternativa del proletariado socialista-revolucionaria, en conjunción con un movimiento campesino extremadamente agresivo y heredero de luchas revolucionarias, han constituido anclas pesadas para la estabilidad bonapartista. Las luchas masivas y el sentimiento que dejaron contra el imperialismo constituyen su otro gran fundamento vinculado a la política del régimen mexicano.

El bonapartismo mexicano es de carácter burgués y, en último término, profundamente reaccionario. Esto no significa que en 1920, Obregón volvió a una situación contrarrevolucionaria pre-1910. Tampoco quiere decir que la burguesía se identifique plenamente en él o con algunas de sus medidas que incluso a veces pueden contar con el total repudio de la clase capitalista nacional (la reforma agraria que afectó a los latifundistas) y del imperialismo (la expropiación petrolera que afectó a los capitalistas norteamericanos y, fundamentalmente, ingleses). [...]

1968: EL PRINCIPIO DEL FIN

El año de 1968 representa históricamente el punto de inflexión fundamental en el largo trayecto del sistema bonapartista, claramente el punto de inicio de su decadencia. Si antes, desde Alemán, el sistema se había comenzado a endurecer y desgastar visiblemente, había, sin embargo, logrado superar las pruebas a las que había sido sometido sin grandes problemas. En 1968 no fue así.

La marca con que selló el movimiento popular de ese año al bonapartismo, ha permanecido. Tlatelolco es la fecha límite que ha marcado ante millones de mexicanos la bancarrota y el desprestigio de un régimen represor y antidemocrático.

La movilización de 1968 concentró los rasgos característicos que, sin duda, serán los que identificarán en el futuro las movilizaciones revolucionarias que sacudirán al país. Ellos son:

- Su carácter independiente del gobierno. Es decir, por primera vez desde los años veinte, una dirección de un gran movimiento de masas no respondía a interés del gobierno, no acepta las orientaciones de sus diversas facciones (liberales, moderadas, progresistas o reaccionarias). El Consejo Nacional de Huelga (CNH) es el símbolo más importante que hasta ahora ha surgido en la historia de las luchas populares, de un organismo revolucionario de autorganización y de dirección de masas.

- Su carácter democrático. Las masas encontraron sus propios canales de expresión, ampliando su concepción y reorientando su visión, tradicionalmente subordinada al Estado, hacia formas y contenidos políticos y cul-

turales nuevos, pioneros de la vida en el futuro socialista.

- Su carácter masivo, no corporativo. A diferencia del vallejismo y de tantos movimientos campesinos, en 1968 la protesta popular confluyó con los intereses populares más amplios y sentidos en el país. Desde este punto de vista, a pesar de su raíz estudiantil original, y pese a que los partidos políticos de izquierda no estuvieron a su cabeza, fue un movimiento *político revolucionario* que desbordó los marcos corporativos estrechos.

La levadura de 1968 no fue liquidada en Tlatelolco. Desde entonces produce sus efectos en todo el país. Es ante todo en las repercusiones que ha tenido en la clase obrera en donde hoy es más evidente su importancia. La insurgencia sindical que, con altas y bajas, se desarrolla desde 1971 es uno de los procesos principales que surgieron bajo sus efectos. El movimiento campesino desde entonces experimentó un renacimiento que por primera vez desde la época de la revolución mexicana, lo está llevando a un curso independiente del gobierno.

En 1968 México se incorporó de lleno a la corriente universal revolucionaria contemporánea. Junto con el movimiento de Mayo en Francia, con la protesta antiburocrática en Checoslovaquia y la heroica lucha vietnamita, el proceso estudiantil-popular de 1968 entró en la época del nuevo ascenso de la revolución mundial que hoy amplía y profundiza su marcha a lo largo y ancho del planeta.

En 1968 se abrió de par en par la etapa de preparación e intensificación de los procesos que culminarán en la segunda revolución mexicana, socialista y democrática, que se avecina aceleradamente.

LA PERSPECTIVA HACIA LA SEGUNDA REVOLUCIÓN MEXICANA SOCIALISTA Y DEMOCRÁTICA

La revolución permanente en México

La segunda revolución que se gesta en este momento en México tiene como objetivo principal completar las tareas que no logró cumplir completamente la primera revolución mexicana del siglo xx.

País semicolonial, sólo parcialmente industrializado, sometido a la acción desequilibradora de desarrollo desigual y combinado en una estructura económica preponderantemente agraria, y dominada cada vez más por el capital imperialista. México presenciara por segunda vez en este siglo el estallido de un proceso de revolución permanente: la lucha de sus masas trabajadoras y explotadas por la consecución de sus derechos democráticos, consecución que no podrán lograr sino a través de una lucha a muerte contra los capitalistas "nacionales" y extranjeros y su gobierno bonapartista. La combinación de la dinámica de revolución democrática con los objetivos y los métodos de una revolución anticapitalista, proletaria y socialista, cons-

tituye el aspecto esencial de la segunda revolución mexicana. Revolución socialista y democrática porque su impulso y fuerza iniciales surgirán ante la represión y el despotismo antidemocrático del régimen, que no podrán detenerse en una mera reforma liberal burguesa del mismo, sino que deberán golpear los orígenes, causas y estructuras capitalistas que impiden el auge democrático en México. Revolución democrática porque el pueblo mexicano ejercerá sus derechos negados secularmente, revolución socialista porque dentro del sistema capitalista es imposible aspirar a la autodeterminación libre y democrática del pueblo trabajador, y por último, revolución proletaria porque es sólo a través de la dirección y hegemonía de la clase obrera como puede la movilización revolucionaria de las masas vencer y aplastar a sus enemigos principales, la clase capitalista y sus aliados imperialistas.

La segunda revolución se vinculará, por arriba del periodo de contrarrevolución que ha significado el dominio del bonapartismo desde 1920, con los objetivos no realizados de la primera revolución mexicana, encabezada por Zapata y Villa, revolución que no logró culminar al nivel subjetivo, político y consciente lo que en la práctica de la lucha de clase realizó de manera objetiva: la liquidación de los terratenientes capitalistas y el enfrentamiento contra sus nuevos retoños. Igualmente, será más precisa en la realización de la tarea de erigir sobre los huesos del antiguo régimen, un verdadero gobierno revolucionario, fundamentado en los organismos democráticos de los obreros y campesinos, eliminando toda posibilidad de que una camarilla caudillista expropié a las masas sus triunfos revolucionarios obtenidos en el campo de la lucha de clases más violenta.

Las condiciones subjetivas que faltaron en 1910-1917, a saber, un partido revolucionario marxista y una clase obrera consciente de sus intereses socialistas, son los factores que se forjan desde hoy y que garantizarán el triunfo revolucionario de la segunda oleada de las transformaciones y las luchas masivas del pueblo mexicano. Estos factores intervendrán determinante para realizar la expropiación de los medios de producción, de comercio y de cambio y su estatización. Expropiación que sentará las premisas para el inicio de la construcción de una economía socialista y la instauración de la planificación democrática de las prioridades consideradas como fundamentales por las masas mexicanas. La clase obrera mexicana desempeñará en este renglón un papel clave como la fuerza socialista más consciente y sacrificada.

En el agro, la revolución socialista concederá la propiedad privada a todos los campesinos que la quieran y, leal y desinteresadamente, los ayudará con los créditos y la maquinización que el gobierno bonapartista siempre ha prometido pero jamás hecho realidades. Al mismo tiempo, la revolución no esconderá a nadie sus objetivos en el campo: lograr la instauración de una estructura de explotaciones colectivas, fundamentadas en la tecnificación y el aprovechamiento de los recursos más variados que permitirán la elevación de la productividad a niveles nunca imaginados por la reforma

agraria burguesa. Pero la colectivización no será forzada. No se repetirán los fracasos stalinistas sobre el particular, sino que, de acuerdo con la tradición de Marx y Engels, se pondrá en práctica un procedimiento de convencimiento consciente y voluntario hacia el pequeño agricultor privado que le demuestre en los hechos las mayores ventajas, en todos los niveles, de la agricultura colectivizada.

La revolución mexicana socialista será internacionalista. Se identificará con las luchas de los pueblos de América Latina, a las que tenderá la mano con todo tipo de ayuda solidaria. A través de la organización internacional marxista revolucionaria, se identificará, igualmente con los combates proletarios y revolucionarios de los demás continentes: con la revolución colonial de los pueblos de Asia y África en su lucha contra el imperialismo dentro de una dinámica de revolución permanente, con la revolución política de los obreros y las masas trabajadoras de los Estados obreros, burocratizados y con el combate proletario de la clase trabajadora de los Estados Unidos, Europa Occidental, Japón y demás países imperialistas.

La segunda revolución mexicana, socialista y democrática, reivindicará y pondrá en práctica los principios comunistas fundados por Marx y Engels y continuados y enriquecidos por Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo y Ernesto Che Guevara, expresiones cimeras en este siglo del combate comunista revolucionario en favor de la liberación social de la humanidad, en contra del imperialismo explotador y la burocracia stalinista usurpadora y por la instauración de la solidaridad y fraternidad socialistas del género humano.

XI CONGRESO DE LA IV INTERNACIONAL, *Resolución sobre América Latina**

Este documento, redactado colectivamente, expresa la nueva orientación de la IV Internacional en América Latina, aprobada en su XI Congreso Mundial, en 1979. Autocriticándose su anterior orientación "guerrillista" —expresada en las resoluciones sobre América Latina en el IX (1969) y X (1973) Congresos— la IV Internacional adopta una línea de implantación en el proletariado y de lucha por la independencia política de la clase obrera como tareas prioritarias. El extracto que publicamos subraya la importancia capital que atribuyen los trotskistas a las movilizaciones obreras en el continente, sin por eso ignorar el papel decisivo de los aliados de la clase obrera: campesinos y pueblos oprimidos (indios y negros).

* XI Congreso de la IV Internacional, "Resolución sobre América Latina", 1979, capítulo IV y extractos del capítulo V.

LA CLASE OBRERA VA A LA CABEZA DE LA LUCHA DE CLASES

En los años siguientes a la derrota argentina de 1976, ha habido un ascenso constante en las luchas de las masas explotadas de América Latina, bajo condiciones diferentes en cada país. Las luchas más profundas fueron las enormes movilizaciones de masas de 1977-78 que culminaron en situaciones prerrevolucionarias en Nicaragua y Perú. Las huelgas de la clase obrera argentina en 1977-78; de los trabajadores y estudiantes brasileños en 1977-78; y una serie de huelgas generales en Bolivia y en Ecuador en 1977 son señales de recuperación después de las derrotas sufridas en esos países. El paro cívico nacional en Colombia en 1977 y las grandes movilizaciones sindicales en México en 1975-77 han minado la estabilidad política de estos países.

En el contexto de esta recuperación y este ascenso del movimiento de masas se puede detectar una tendencia: la iniciativa y el papel de vanguardia del proletariado en la lucha de clases con respecto al conjunto de las masas populares. El proletariado, en la medida que afirme su independencia de clase, se convertirá en la dirección de las masas revolucionarias (el campesinado, los pobres del campo y la ciudad y la pequeña burguesía pobre) y podrá ser capaz de evitar las derrotas y el colapso de prometedores movimientos de masas, como ha ocurrido tantas veces en el pasado. De esta manera, la experiencia de la revolución rusa de 1917 es cada vez de mayor vigencia para los revolucionarios latinoamericanos.

12. El movimiento sindical en América Latina se centró inicialmente en la industria de la construcción textil y las industrias orientadas a la exportación tales como los ferrocarriles, el comercio marítimo y la minería. Desde el final de la segunda guerra mundial hasta los años sesenta, los sindicatos crecieron en las industrias que aparecieron para producir para el mercado interno en expansión, como son las industrias enlatadoras y de envases de alimentos, nuevas industrias textiles y las industrias eléctricas y metalúrgicas. A partir de los años sesenta aparecieron sindicatos en nuevas industrias como la automotriz, la petroquímica y la de nuevos artefactos eléctricos.

Los burócratas sindicales se aliaron con la burguesía nacional en base a su interés común en el desarrollo de un mercado interno. Durante décadas esta alianza contribuyó a mantener al movimiento obrero subordinado políticamente a la burguesía y dominado ideológicamente por concepciones burguesas nacionalistas. Los ejemplos más destacados de esto son el peronismo en Argentina y el "charrismo" en México.

Los partidos comunistas, con su concepto stalinista de forjar alianzas con sectores de la burguesía, jugaron un papel decisivo para permitir la consolidación de las burocracias sindicales nacionalistas burguesas. Durante la segunda guerra mundial y en el periodo de la posguerra, los PCs impulsaron una línea de "frentes antifascistas" y de "unidad nacional" de acuer-

do con la búsqueda de alianzas diplomáticas por parte de Moscú. En Brasil, Chile, México y Cuba, esto los llevó a atar al movimiento obrero a los regímenes autoritarios que empleaban una demagogia populista. En este mismo periodo, en Argentina y Bolivia, la versión stalinista del "antifascismo" llevó a los PCs a unirse con fuerzas oligárquicas y proimperialistas y a caracterizar al peronismo y al MNR como fascistas. Esta política les dejó el campo libre a los peronistas y al MNR, quienes pudieron presentarse ante los trabajadores como los únicos defensores de la lucha antimperialista.

Por ende, los stalinistas nunca pudieron lograr avances en el campo sindical de acuerdo con sus propias posibilidades. En la mayor parte de los países de América Latina son fuerzas abiertamente políticas burguesas las que controlan gran parte de los sindicatos.

13. El crecimiento de la industria de bienes de consumo durable en los países relativamente industrializados ha traído consigo el desarrollo de nuevos sectores del proletariado concentrado en grandes complejos industriales. Como se vio en la seminsurrección en Córdoba, Argentina, en 1969 y en las enormes huelgas de Brasil en mayo y noviembre de 1978, iniciadas por los trabajadores automotrices, y en la serie de huelgas generales en las ciudades y provincias cuya chispa fueron las luchas de los mineros metalúrgicos y los trabajadores de los astilleros en Chimbote, Perú en 1978, los trabajadores en estos centros industriales comienzan a definirse como la vanguardia de la clase.

Los trabajadores en los grandes centros industriales y mineros son los que están mejor preparados para afirmar su fuerza, con confianza en sí mismos, actuando tanto a través de las estructuras oficiales del sindicato como por medio de comités *ad hoc* en las plantas.

Estos sectores de la clase obrera pueden movilizarse desafiando a las clases dominantes en todo un amplio frente económico y político y comenzar a impugnar efectivamente el control de los burócratas sindicales para combatir a los patrones.

La continua extensión de la tecnología y la resultante proletarianización de los empleados oficinistas también han ensanchado el sector organizado de la clase obrera. Estos trabajadores, organizados en nuevos sindicatos que frecuentemente están menos burocratizados que los antiguos sindicatos, muchas veces han llevado a cabo luchas combativas, por ejemplo, los maestros, los bancarios y los trabajadores de la salud en Colombia. A pesar de que su peso social y su importancia política es menor a la de los trabajadores industriales, también están jugando un papel en esta etapa de recuperación de la combatividad de la clase obrera. En Perú, por ejemplo, se dieron grandes huelgas de los trabajadores de la salud y de los hospitales, así como de los mineros del cobre y metalúrgicos en diciembre de 1977. En julio de 1978, los maestros y los trabajadores de la salud estuvieron en la primera

línea, y en agosto y septiembre los empleados públicos se movilizaron junto con los mineros y trabajadores metalúrgicos. La ola de huelgas de obreros industriales en Brasil en mayo y junio de 1978 fue seguida en agosto y septiembre por grandes luchas de maestros y empleados bancarios.

En México en 1977-78, golpeados duramente por una crisis económica y un intento por parte del gobierno de imponer medidas de austeridad, los trabajadores electricistas, de teléfonos, ferrocarrileros y mineros han sido la punta de lanza de una respuesta obrera al ataque de la burguesía. Esto ha presionado considerablemente a la poderosa y corrupta burocracia que controla los sindicatos. Como resultado de esto, el "charrismo", sin abandonar su línea agresiva, incluso de violencia física contra las bases, ha tenido que adoptar una postura verbal más agresiva ante la patronal y ha amenazado con llamar grandes movilizaciones por primera vez en cuarenta años. Los trabajadores están siendo atraídos a los sindicatos, y buscan transformarlos en instrumentos de lucha contra los patrones.

14. Es necesaria una dirección consecuentemente proletaria para reemplazar a los burócratas colaboracionistas de clase y convertir a los sindicatos en instrumentos de lucha revolucionaria. Este proceso no será automático ni meramente espontáneo. En la medida que no surja una alternativa clasista de masas, las antiguas direcciones, a pesar de sus traiciones, seguirán apareciendo ante los trabajadores como su único recurso y las burocracias podrán reafirmarse con la ayuda, claro está, de los gobiernos burgueses. Incluso en los países donde los sindicatos han sido aplastados, como en Brasil, Uruguay y Chile, aún quedan elementos de las viejas burocracias sindicales ellas mismas víctimas de la represión y, por lo tanto, capaces de preservar cierto prestigio ante los trabajadores; estas burocracias son una carta en la mano de los capitalistas, y la jugarán cuando sea necesario en el futuro. En otros países, aun cuando se está dando un resurgimiento de las luchas proletarias después de las derrotas, se puede observar que la recuperación de las burocracias desacreditadas marcha a la par con el desarrollo de un espíritu combativo de la clase obrera: éste es ya parcialmente el caso de lo que sucede con la dirección sindical peronista en Argentina y es el caso de la dirección de Lechín entre los mineros bolivianos. En Perú, mientras que el APRA ha sido singularmente incapaz de restablecer su posición, otrora hegemónica, en los sindicatos, el Partido Comunista sí ha podido mantener su control del aparato del principal centro sindical, la Confederación General de Trabajadores de Perú (CGTP).

Por otra parte, la experiencia de luchas obreras ha tenido como resultado el desarrollo de una nueva capa de activistas y organizadores. Esta capa la componen muchos delegados y comités de fábrica, representantes de coordinadoras, activistas de varias corrientes sindicales y en algunos casos dirigentes de los sindicatos de las fábricas individuales. En su conjunto, con la dirección reconocida de la clase en los centros de producción. En diversas ocasiones se ha visto que tienen un peso decisivo en los momentos claves

de la lucha de clases en cuanto a la formación de las actitudes de sus compañeros de trabajo y en el desarrollo de organismos de lucha. En muchos casos esta capa ha podido tener continuidad a lo largo de los años, a pesar de los altibajos de las organizaciones de masas. Esta vanguardia proletaria ha podido fungir, en cierta medida, como la "memoria" de la clase, transmitiéndole las experiencias adquiridas en la lucha a una nueva generación de militantes.

Entre los ejemplos de este fenómeno está el núcleo dinámico de la corriente conocida como el "peronismo clasista" en Argentina, que mantuvo formas clandestinas de organización en las plantas durante las dos décadas de proscripción política del peronismo; la vanguardia de los mineros en Bolivia, que ha evitado la consolidación de varias dictaduras en ese país; los sectores de vanguardia de los mineros de carbón y del cobre y de los trabajadores metalúrgicos en Chile; los mineros metalúrgicos de vanguardia y las tendencias militantes clasistas en los sindicatos en Perú; los sectores más combativos de los trabajadores electricistas, telefonistas, ferrocarrileros y mineros en México.

Pero estas tendencias clasistas carecen de claridad política y estabilidad organizativa. El proceso de organizar la lucha contra la clase dominante y de remover a los falsos dirigentes para remplazarlos con una dirección clara y consecuentemente proletaria que incluya las capas combativas descritas anteriormente, requiere de la participación y dirección política del partido marxista revolucionario.

15. En la interrelación entre el partido marxista revolucionario, la vanguardia militante del proletariado y la clase en su conjunto, el partido le presta atención especial a la vanguardia. Pero el programa y la política en torno a las cuales busca organizar a esta vanguardia no son nada diferentes al programa y política que plantea para la clase en su conjunto. El objetivo es simplemente impulsar un programa de acción que le permita a la vanguardia proletaria, organizada en un ala consecuentemente clasista, organizar, movilizar y dirigir a la clase y sus aliados contra los ataques de la clase dominante, y en el curso de este proceso remplazar a los burócratas que propugnan por la colaboración de clase.

Es necesaria la movilización en torno a un programa amplio de acción, que corresponda a los problemas más agudos de todos los obreros y los oprimidos, para enfrentarse a la ofensiva patronal. Tomando como punto de partida la defensa de los sindicatos, de las condiciones de trabajo y del nivel de vida de las masas, este programa apuntará al control obrero de la producción y a un gobierno de los obreros y campesinos. Los trabajadores deben aprender a pensar en términos sociales y a actuar políticamente: para comprender las grandes cuestiones sociales y políticas a las que se enfrentan todos los oprimidos y explotados, para defender sus intereses tanto como los de los trabajadores y para unirlos y conducirlos a la acción independiente en el campo político tanto como en el económico. Al defender los inte-

reses de la clase obrera y de todos los oprimidos, y al luchar por movilizarlos en este sentido, surgirá una corriente consecuentemente proletaria que podrá convertir a los sindicatos y a las otras organizaciones de masas en instrumentos de lucha revolucionaria.

Este será un proceso desigual. Inicialmente surgirán tendencias y luchas combativas en torno a algunos, pero no todos, los puntos de un programa completo de acción. Los marxistas revolucionarios apoyarán estas luchas como un paso adelante, a la vez que buscarán ganar adherentes a un programa de acción más avanzado y más completo.

Un ejemplo de la desigualdad de este proceso es el desarrollo de la Tendencia Democrática de los trabajadores electricistas mexicanos, la cual ha estado en la vanguardia de muchas luchas. En 1975, un mitin masivo de trabajadores electricistas en México, a iniciativa de la Tendencia Democrática, adoptó la declaración de Guadalajara que planteaba una amplia plataforma sindical de reivindicaciones económicas y de democracia sindical, pero que no rompía claramente, al nivel político, con el gobierno burgués del PRI. Al mismo tiempo que los marxistas revolucionarios apoyan los avances de la Tendencia Democrática, libran una batalla para que rompa con el PRI y adopte un programa de acción que se dirija a las necesidades de todos los oprimidos.

La construcción de una tendencia consecuentemente proletaria requiere la dirección del partido marxista revolucionario. Esto, a la vez, requiere que el partido mismo esté enraizado en los sectores claves de la clase obrera, particularmente entre los obreros industriales, quienes serán la piedra de toque de una dirección consecuentemente proletaria para la clase en su conjunto. En el curso de la lucha por forjar de esta manera una dirección clasista, el partido crecerá hasta ser un partido proletario de masas.

LA MOVILIZACIÓN DE LOS ALIADOS DE LA CLASE OBRERA

16. El capitalismo penetró los sectores de la agricultura destruyendo o absorbiendo las economías agrarias primitivas. Pero éste fue un proceso incompleto. De manera que hoy en día existe una extensa gama de relaciones sociales en el campo, desde aquellas en las que los campesinos sobreviven en una base agrícola de subsistencia, que incluye en algunos casos formas prehispánicas de subsistencia, hasta las modernas empresas agrocapitalistas ("agrobusiness").

Las contradicciones que se desarrollaron en América Latina han unido a las empobrecidas masas campesinas; al proletariado agrícola, al semiproletariado y a los trabajadores migratorios contra el bloque de las clases dominantes compuesto de los terratenientes, la moderna burguesía agraria y las compañías propiedad de los imperialistas. Todos ellos en el marco de

la dominación financiera imperialista.

El objetivo principal de las masas campesinas que no pueden subsistir por medio del cultivo de sus pequeñas parcelas (los minifundistas), o de los que han sido despojados, sigue siendo la tierra. Todas las reformas agrarias burguesas, hayan sido logradas mediante movilizaciones de masas, como en Perú, o iniciadas desde arriba por regímenes burgueses con el propósito de modernizar la agricultura, han demostrado su incapacidad total de satisfacer las necesidades de la mayoría de los campesinos latinoamericanos. Como resultado de ésta se dan constantemente las ocupaciones de tierra.

Las reformas agrarias logradas por las revoluciones boliviana y mexicana tampoco han podido satisfacer las necesidades de las masas. La reforma agraria en México fue la más radical de todas las reformas agrarias llevadas a cabo bajo el capitalismo en América Latina. La tierra que los campesinos conquistaron en sus luchas fue declarada propiedad de la nación por el gobierno burgués; estas tierras (los ejidos) se suponía recibirían protección legal para que no volvieran a pasar a manos de latifundistas —mientras la tierra estuviera bajo cultivo, le pertenecería a quien la trabajaba, quien la podría arrendar o traspasar a sus herederos, pero no vender. Pero los ejidatarios no pudieron resistir el avance arrollador de la agricultura capitalista mecanizada ni, como fue el caso especialmente en el norte de México, de los crecientes *agrobusiness* vinculados al imperialismo, el cual mantiene su dominación mediante el control de la maquinaria agrícola, los fertilizantes químicos, la industria alimenticia y la venta de los productos. Así, los ejidatarios se han visto cada vez más forzados a “arrendar” sus parcelas a los *agrobusiness*, y luego a trabajar como asalariados agrícolas. En el estado de Sonora se arriendan el 70% de los ejidos, en Sinaloa más del 40%. En México en 1970, 2.5 millones de campesinos trabajan sus propias tierras, mientras 3.3 millones no poseían tierra (comparado con los 1.5 millones sin tierra en 1950).

De manera que la realización de una nueva reforma agraria se presenta como una de las tareas del campesinado mexicano. Ésta se deberá basar en lo logrado anteriormente, pero ir mucho más lejos. La revolución socialista en Cuba es el único ejemplo de una reforma agraria que ha tenido éxito en América Latina.

Millones de campesinos en América Latina ven amenazada su existencia ante el avance de las empresas agrícolas capitalistas a gran escala y los procesos de modernización en el campo, que se llevan a cabo para beneficio del imperialismo.

Ha surgido por toda América Latina una enorme masa de campesinos pauperizados, escasamente sobreviviendo al margen del proceso de producción. Emigran a las ciudades en grandes números, ensanchando las filas de los desempleados y los pobres de las urbes, o se quedan en el campo como un ejército de reserva de trabajadores migratorios que serán usados para satisfacer las necesidades temporales de la agricultura capitalista.

En varios países la clase dominante ha iniciado una contrarreforma agraria cuyo propósito ha sido cambiar los limitados logros de los periodos anteriores. Por ejemplo en Chile, Pinochet no solamente devolvió a sus antiguos dueños casi todas las tierras que les habían sido expropiadas a los grandes propietarios durante el gobierno de Allende, sino que también ha tomado medidas para revertir las distribuciones de tierra llevadas a cabo anteriormente bajo gobiernos demócrata-cristianos. Los marxistas revolucionarios, al mismo tiempo que explican el carácter limitado de las presentes reformas agrarias, defienden lo que las masas ya han conquistado.

Una reforma agraria radical es necesaria hoy más que nunca. Ésta requiere no sólo la nacionalización de las gigantescas haciendas y latifundios y la distribución de la tierra a los que no la tienen, sino también el establecimiento de los mecanismos necesarios para ayudar a los pequeños agricultores, tales como la concesión de crédito barato a los pequeños propietarios, el desarrollo de proyectos de irrigación y otros tipos de ayuda tecnológica. Las medidas para romper el control de los intermediarios que se benefician de los campesinos y que deben mantener los precios bajos, son especialmente importantes para forjar la alianza entre los obreros y los campesinos.

El proceso contradictorio de la expansión capitalista en el campo está creando un sector cada vez más numeroso de trabajadores agrícolas, principalmente en los sectores de la agricultura y de la ganadería más vinculados con el desarrollo del *agrobusiness*. En muchos casos el trabajo es temporal, y los trabajadores agrícolas son condenados por el resto del año a una existencia marginal como desempleados o trabajando parcelas mínimas.

Estos trabajadores pueden ser movilizados junto con los campesinos en ocupaciones de tierras y otras formas de luchas en torno a la tierra. También pueden ser movilizados en torno a reivindicaciones específicamente relacionadas con su posición como trabajadores agrícolas (aumentos de salarios, salarios por hora en vez de a destajo, límites al día de trabajo, prestaciones de servicio médico y de cesantía). Particularmente importante es el derecho a la organización sindical, el cual ha sido uno de los ejes principales de los ataques de la clase dominante.

Los regímenes burgueses han empleado una variedad de métodos en sus intentos por impedir la organización de los campesinos en su lucha por la tierra. Éstos van desde la represión abierta como el caso de Chile, donde se prohíbe cualquier tipo de organización campesina independiente, a la manipulación de las organizaciones agrarias, como en el caso del “Pacto campesino-militar” en Bolivia y la Confederación de Asentamientos Campesinos en Panamá, el gobierno ha fomentado el desarrollo de direcciones campesinas locales vinculadas a él.

Bajo estas condiciones la lucha por la independencia de las organizaciones campesinas ante las manipulaciones de la burguesía y los terratenientes

es un paso fundamental en la lucha por la liberación de las masas campesinas en América Latina.

Casos ejemplares de este tipo de luchas fueron las luchas que libraron los sindicatos campesinos en los valles de Convención y Lares en Perú en 1962-63, las de las Ligas Campesinas en el noreste de Brasil en 1961-62, y las luchas de 1975-76 de los campesinos mexicanos que hoy se organizan en la Coordinadora Campesina Revolucionaria Independiente.

Las luchas guerrilleras basadas en ascensos de las masas campesinas han sido endémicas en América Latina como en Colombia en 1948 y después. Son algo bien diferente a las aventuras foquistas de los años 60, en las que pequeños grupos de guerrilleros trataron de establecerse en el campo. Pero en la mayoría de los casos, aún las guerrillas vinculadas a las masas campesinas han demostrado su incapacidad de impulsar a las masas de campesinos y semiproletarios a avanzar hacia organizaciones nacionales, hacia la independencia política del Estado burgués y hacia la unidad orgánica con el proletariado en las ciudades.

Solamente bajo la dirección del proletariado se puede forjar la alianza entre los obreros y los campesinos y avanzar en la lucha victoriosa contra el enemigo común, la burguesía.

Esta alianza basada en reivindicaciones democráticas, adquiere cada vez más una dinámica anticapitalista. Los ciclos de las luchas campesinas tienden a coincidir cada vez más con los de las luchas obreras. No es posible, sin embargo, sellar esta alianza en forma espontánea. La acción de los revolucionarios, con un programa que expresa la convergencia fundamental de las dos clases en su lucha contra la burguesía y su Estado, es fundamental. El coronamiento de la acción de propaganda de los revolucionarios es el gobierno obrero y campesino.

17. La lucha contra la opresión nacional y el racismo dentro de América Latina constituye un punto clave de la lucha de clases, y en varios países es de importancia decisiva para la revolución socialista.

Existen dos grupos principales de pueblos nacionalmente oprimidos en América Latina: los negros y los indios. Cada uno de estos grupos tiene muchos componentes.

a) Los indios. Existen casi 30 millones de indios en América Latina, en su mayoría concentrados en lo que fueron los centros de las civilizaciones precolombinas: México y Guatemala; Perú, Bolivia y Ecuador. En otras partes tienen importancia numérica en ciertas regiones.

Y en todas partes su lucha tiene un gran peso moral, debido a la historia del continente.

Los indios en su mayoría continúan viviendo en el campo y conforman la capa más pobre de los trabajadores agrícolas, aparceros, campesinos pobres y sin tierra. Un creciente número de ellos, sin embargo, se han visto forzados a emigrar a las ciudades y vivir en las barriadas, en las favelas,

las colonias populares y campamentos urbanos. Sus bajos ingresos, su analfabetismo, su tasa de mortalidad infantil, sus promedios de vida... todos estos hechos y otros más demuestran la agudeza de la opresión contra los indios. El despojo de sus tierras, la supresión de sus lenguas y otras herencias culturales, su carencia de derechos cívicos (tales como el derecho al voto) refuerzan y ayudan a perpetuar su extrema explotación. Es esencial que el movimiento obrero emprenda la lucha contra estas terribles condiciones de vida de los indios: su lucha por la tierra, etcétera.

En aquellos países donde la población indígena es baja, como en Chile y Argentina, su existencia ha sido deliberadamente ignorada por los regímenes burgueses, y no se ha llevado a cabo ningún tipo de medidas que permitan a los indios, si así lo desean, preservar sus lenguajes y culturas. Los indios que habitan en las selvas (tal vez un millón) son los que más sufren. En Brasil y Paraguay, la clase dominante los ha visto como obstáculos al desarrollo capitalista de la región, siendo, por lo tanto, víctimas de la más salvaje represión, incluso del genocidio, hambrunas intencionales y epidemias producidas artificialmente. En Paraguay todavía existen hoy indios que son forzados a vivir bajo condiciones de virtual esclavitud.

Las revoluciones en México y Bolivia trajeron consigo reformas sustanciales para los indios. Pero la política del "indigenismo" desarrollada bajo los auspicios de los gobiernos burgueses es esencialmente paternalista. Mediante el uso de proyectos de servicio social y la preservación de ciertos aspectos de la cultura indígena, se busca integrar al indio a la sociedad capitalista. Dada la ausencia de mejoras socioeconómicas significativas, esta política ha fracasado y en algunos casos le ha cedido el terreno a medidas represivas, como por ejemplo la masacre de los indios mexicanos en el estado de Hidalgo, México en 1977.

La opresión de los indios sólo será abolida mediante su movilización independiente, como parte de un auge revolucionario más amplio. Las revoluciones en México y Bolivia, lo mismo que el ascenso en Guatemala al principio de los años 50, fueron acompañados de movilizaciones indígenas, que se manifestaron principalmente en las medidas de reforma agraria y en los avances iniciales para la eliminación de la discriminación contra las lenguas nativas, así como también en las luchas contra otras formas tradicionales de su opresión. Esto trajo como resultado una mayor participación de los indígenas en la vida política en el curso de esas luchas. Ejemplo aleccionador de la manera de impulsar las movilizaciones indígenas es el de los movimientos campesinos en Perú en 1962-63. Mientras que hasta entonces el movimiento obrero se había limitado a dar apoyo verbal a los indios, Hugo Blanco y otros líderes vieron la necesidad de desarrollar una dirección autóctona quechua que pudiera fomentar en las masas campesinas indias de la Convención y Lares el orgullo y la confianza en su propia fuerza y de esta manera organizar la lucha por la tierra de la manera más eficaz.

b) Los negros. Los negros llegaron a América Latina como esclavos y en la actualidad continúan siendo víctimas de todo un sistema de prácticas racistas, aún después de la abolición legal de la esclavitud. Esto los ha convertido en minorías que sufren la opresión nacional en el continente.

La concentración más grande de la población negra es en Brasil. Según cifras de 1950, el 11 por ciento de todos los habitantes se identificaron como negros y el 26.6 por ciento como mulatos. En ciertas regiones importantes del país estos dos grupos juntos conforman la mayoría de la población. La clase dominante brasileña es tan sensible a esta cuestión candente en un país de 115 millones de habitantes, que desde 1950 se han eliminado totalmente de los censos todas las referencias que indiquen la raza.

La opresión racial es un factor inherente a la estructura social del capitalismo en Brasil. La población blanca tiene un monopolio de los mejores trabajos, viviendas y servicios sociales. En las áreas rurales del país los negros conforman los sectores más pobres y más oprimidos de los campesinos y trabajadores. Las estadísticas del censo de 1950 en lo referente a la educación presentan esta opresión en la manera más dramática. Los que se identificaron como negros formaban solamente el 4.2 por ciento de los egresados de escuelas primarias, el 0.6 por ciento de los egresados de escuelas secundarias, y el 0.2 por ciento de los egresados de las universidades. Los que se identificaron como de raza mixta formaban solamente el 10.2 por ciento de los egresados de escuelas primarias, el 4.2 por ciento de los egresados de escuelas secundarias y el 2.2 por ciento de los egresados de universidades.

Todavía está por desarrollarse un movimiento negro de masas en Brasil, y cualquier intento de los negros para organizarse independientemente se ha enfrentado con la actitud hostil del gobierno. Sin embargo, bajo el impacto de la revolución africana y de las luchas de los negros en Estados Unidos han surgido las primeras expresiones de un movimiento negro. El 7 de julio de 1978, más de 1 000 negros se manifestaron en São Paulo contra la opresión racial. Se ha formado una organización llamada el Movimiento Unido Contra la Discriminación Racial, siendo la primera organización de este tipo desde 1937, año en el que el gobierno de Vargas prohibió el Frente Negro. Otra manera en que la renaciente conciencia nacionalista negra se manifiesta, es mediante el trasplante de ciertos aspectos culturales de los negros en Estados Unidos.

La opresión nacional de los negros es también una cuestión importante en América Central, las islas del Caribe, Ecuador, Colombia y Venezuela. Los trabajadores negros son importantes en ciertas industrias, como en aquellas relacionadas al funcionamiento del Canal de Panamá. Hasta en países donde los negros son un sector muy pequeño de la población, a menudo viven concentrados en ciertas regiones en las que por lo tanto tienen mayor peso social, como en el área de Limón en Costa Rica y la costa pacífica y atlántica de Colombia.

Imprenta Madero, S. A.
Avenida 102
Col. Granjas Esmeralda
Del. Iztapalapa
09810 México, D. F.
30-IX-1982
Edición de 4 000 ejemplares

IMPRESA MADERO